

LILY PEROZO



 *Mariposa*
CAPOEIRISTA

Tabla de contenido

<u>CAPÍTULO 1</u>
<u>CAPÍTULO 2</u>
<u>CAPÍTULO 3</u>
<u>CAPÍTULO 4</u>
<u>CAPÍTULO 5</u>
<u>CAPÍTULO 6</u>
<u>CAPÍTULO 7</u>
<u>CAPÍTULO 8</u>
<u>CAPÍTULO 9</u>
<u>CAPÍTULO 10</u>
<u>CAPÍTULO 11</u>
<u>CAPÍTULO 12</u>
<u>CAPÍTULO 13</u>
<u>CAPÍTULO 14</u>
<u>CAPÍTULO 15</u>
<u>CAPÍTULO 16</u>
<u>CAPÍTULO 17</u>
<u>CAPÍTULO 18</u>
<u>CAPÍTULO 19</u>
<u>CAPÍTULO 20</u>
<u>CAPÍTULO 21</u>
<u>CAPÍTULO 22</u>
<u>CAPÍTULO 23</u>
<u>CAPÍTULO 24</u>
<u>CAPÍTULO 25</u>
<u>CAPÍTULO 26</u>
<u>CAPÍTULO 27</u>
<u>CAPÍTULO 28</u>
<u>CAPÍTULO 29</u>
<u>CAPÍTULO 30</u>
<u>CAPÍTULO 31</u>
<u>CAPÍTULO 32</u>
<u>CAPÍTULO 33</u>
<u>CAPÍTULO 34</u>
<u>CAPÍTULO 35</u>
<u>CAPÍTULO 36</u>
<u>CAPÍTULO 37</u>

[CAPÍTULO 38](#)
[CAPÍTULO 39](#)
[CAPÍTULO 40](#)
[CAPÍTULO 41](#)
[CAPÍTULO 42](#)
[CAPÍTULO 43](#)
[CAPÍTULO 44](#)
[CAPÍTULO 45](#)
[CAPÍTULO 46](#)
[CAPÍTULO 47](#)
[CAPÍTULO 48](#)
[CAPÍTULO 49](#)
[CAPÍTULO 50](#)
[CAPÍTULO 51](#)
[CAPÍTULO 52](#)
[CAPÍTULO 53](#)
[CAPÍTULO 54](#)
[CAPÍTULO 55](#)
[CAPÍTULO 56](#)
[CAPÍTULO 57](#)
[CAPÍTULO 58](#)

**Será una obsesión
Será la ansiedad
Será que no lo quiero evitar.**

Abel Pinto.

DEDICATORIA

Especialmente a mi hermano **Omar Altamar**, quien estuvo a mi lado durante gran parte de la creación de la historia, pero en el proceso me abandonó físicamente; sin embargo, sé que desde donde se encuentra ahora, sigue apoyándome incondicionalmente.

Gracias por ser más que un hermano, por ser padre, amigo, consejero; gracias por tu infinito amor, no solo hacia mí, sino hacia a Lina. Ambas estamos aprendiendo a vivir sin tu presencia, porque sé que así lo hubieses querido; no obstante, te extrañamos a cada minuto, todos los días.

Solo nosotras sabemos que nuestras vidas cambiaron drásticamente aquella mañana del 25 de mayo, cuando te fuiste, llevándote contigo todos los planes que teníamos, dejándonos desamparadas y con una gran responsabilidad, que tratamos de afrontar con valentía. No nos doblegamos porque nos enseñaste a luchar sin importar cuán fuertes sean los golpes.

AGRADECIMIENTOS

A Dios, por guiar mis pasos y mis decisiones.

A mi familia, que sigue siendo mi mayor apoyo y me alientan día a día.

A Jessica Fermín, por trabajar codo a codo conmigo, para poder mostrarles un trabajo de calidad.

A Tania Gialluca, por crear una portada con la más pura esencia de la historia.

A mis lectoras betas: Georgina Maio, Andrea Aljaro y Rhoda Ann, porque gracias a sus opiniones se logró hacer la historia lo más completa posible, pero sobre todo a sus comentarios, que me alentaron a seguir, y me ayudaron a mermar un poco los nervios.

A todas las personas que apoyan mi trabajo y lo respetan al pagar por mi esfuerzo y dedicación.

¡GRACIAS!

PRÓLOGO.

El sonido de la cámara fotográfica capturando una imagen tras otra, volvía a rescatarla del estado de inconciencia en el que prefería permanecer, porque odiaba despertar al infierno en el que se había convertido su vida en los últimos días.

¿Mi vida? Ni siquiera sé si es mía, si realmente me pertenece —pensó, sintiéndose todavía aturrida y débil por las drogas que envenenaban su organismo.

La cámara volvía a dispararse en una ráfaga de fotos, que tal vez, buscaban el mejor ángulo de su cuerpo totalmente desnudo y sudado.

Giró la cabeza bruscamente, en busca del sonido que provenía desde algún rincón hacia su derecha. Luego los pasos se movieron por el lugar, y ella prefirió concentrarse en contarlos, para predecir qué tan cerca podría estar su fotógrafo y atacante.

Uno, dos, tres, cuatro... —enumeraba mentalmente, y una vez más, las lágrimas se le arremolinaban en la garganta, mientras los latidos de su corazón hacían eco en sus oídos, al igual que los pasos.

Darí­a lo que no tenía en ese momento por poder pasarse la lengua por los labios agrietados y tomar un poco de agua; la sed era totalmente abrazadora, y el trapo que la amordazaba, solo aumentaba su agonía.

No tenía idea de si era de día o de noche, no sabía cuánto tiempo había pasado en ese lugar, sobre ese piso rústico que había lastimado su piel; ya el dolor había provocado que perdiera la sensibilidad en las muñecas y en los tobillos; no sentía las cuerdas que le mantenían inmóviles las extremidades.

Dio un respingo, cuando sintió unos nudillos acariciarle el mentón; automáticamente adoptó posición fetal, en un intento por cubrirse, por protegerse de la tortura a la que era sometida todos los días y a cualquier hora.

Con los dientes, se aferró al sucio trapo, pero sus comisuras rajadas y adoloridas, la obligaron a aflojar la mordedura.

—Por favor —suplicó con la voz ahogada por el trapo—. Ya no más..., no más. —Sus lágrimas mojaban la inexorable venda que cubría sus ojos; los espasmos producto del pánico, recorrían su cuerpo y lo hacían vibrar de manera involuntaria, como si una ráfaga de brisa helada la recorriera sin piedad.

Sorbía las lágrimas e inhalaba profundamente para poder respirar, ya no sentía pudor y no le importaba saberse desnuda delante del lente fotográfico y de esos ojos que no conocía; sentía que había perdido completamente la identidad, justo en el momento en que le retiraron el chip de identificación.

Las primeras horas; o tal vez, los primeros días, pensaba constantemente en su familia, en todo lo que había sido su vida; mentalmente, se recordaba cada rasgo que la identificaba, se repetía una y otra vez su nombre, para no olvidar quién era; pero poco a poco, hicieron polvo lo que había sido. Ahora solo era un cuerpo receptor de abusos.

Sintió las manos de alguien sosteniéndole la cabeza, por lo que ahogó un grito en su mordaza y todo su cuerpo se tensó; solo suplicaba porque el corazón se le reventara, que terminara de explotar y la liberara de esa tortura.

Eso no sucedió; en cambio, prefirió quedarse muy quieta, para que no le hicieran más daño del que ya le habían hecho; no quería sufrir.

La venda que había cubierto sus ojos desde el mismo instante en que la habían raptado, se aflojó; y de un tirón, se la quitaron, arrancándole algunos cabellos que se quedaron enredados en el nudo.

Fue revitalizante dejar de sentir esa tortuosa presión en sus párpados. Abrió los ojos y la luz los lastimó, pero la imperiosa necesidad de saber dónde estaba, era más poderosa, por lo que parpadeó constantemente, hasta acostumbrar la vista.

Parado frente a ella, con las piernas ligeramente separadas, se encontraba un hombre, quien seguía fotografiándola a cada segundo, inmortalizando ese instante y desmoralizándola aún más.

Él apartó ligeramente la cámara, dejando completamente en evidencia su rostro. Ella no lo podía creer, sollozó, sorprendida y aterrada; pero sobre todo, sintiendo que el corazón, que hasta ese momento latía presuroso, se le detenía de golpe y se le rompía en mil pedazos; simplemente, se le pulverizaba.

Las lágrimas empezaron a derramárseles sin control, mientras negaba con la cabeza, tratando de rechazar lo que veía, sin comprender por qué él le estaba haciendo eso.

—No es nada personal, solo necesito el pago que me ofrecen... Lo siento. —Siguió tomando fotografías.

Ella, con los ojos muy abiertos ante el pánico y la desilusión, tenía la certeza de que le estaba mintiendo; no era verdad que lo sentía; no lo hacía en absoluto, porque no mostró ningún tipo de alteración en su voz.

Miró a su alrededor, descubriendo que se encontraba en una habitación de paredes pintadas en un azul celeste, sin ventanas, solo tenía dos puertas, que parecían ser de acero macizo; una de ellas, seguramente conducía al baño al que la llevaban cuando lo necesitaba. Y cuatro reflectores con luces incandescentes en cada esquina, que parecían que la vigilaban constantemente.

Comprendió porqué todo el tiempo sentía tanto calor.

Desde que había sido encerrada en ese ataúd, no había escuchado ningún ruido proveniente del exterior; había sido enterrada viva, y tenía la certeza de que ya nada podía hacer, de que en muy poco tiempo, moriría en ese lugar y ni siquiera hallarían su cuerpo.

Él iba a asesinarla, lo haría una vez que le tomara todas las fotografías que le diera la gana; le había visto la cara a su captor, lo conocía más de lo que deseaba en ese momento; la quimera de los mejores instantes vividos entre esos brazos y bajo ese cuerpo, era diluida por la desilusión y el miedo.

Él no correría riesgos y no le perdonaría la vida; ni siquiera se detendría a pensar en todas las veces que ella le había confesado su amor.

CAPÍTULO 1

La muerte es parte de la vida, es la única manera de cerrar ese círculo, que a lo largo de nuestra existencia, nos regala incontables momentos y situaciones que nos definen mientras habitamos la tierra.

Sin embargo, no solo se limita al ser humano, sino a todo ser vivo que mora en nuestro mundo.

Hay especies que forman parte importante, no solo del universo sino de nuestros corazones, y es imposible no sentir dolorosamente la ausencia cuando les toca definitivamente cerrar el círculo de la vida, partiendo a un lugar completamente desconocido, dejándonos solo con los recuerdos, viviendo de esos momentos que fielmente nos ofrecieron por tanto tiempo.

Snow había sido más que una mascota para Rachell y Samuel, había sido un hijo que adoptaron apenas siendo un cachorro, uno al que salvaron de una inminente muerte en ese camino nevado en Valdez.

Llegó a sus vidas cuando atravesaban una de las etapas más trascendentales, justo en el momento que habían expresado el sentimiento que les inundaba el alma, al que se entregaron sin ningún tipo de secretos ni artificios.

Snow había sido el cómplice más fiel de esa oportunidad que el amor les había brindado.

—¡Papi, papi!

Una pequeña de ojos azules corría a su encuentro, unos ojos que en ocasiones, sobre todo cuando se molestaba, se le veían violetas, como los de la madre.

—Hola, mi mariposa princesa. —Le respondió, cargándola con energía y cubriéndole el pecoso rostro de besos, arrancándole divertidas carcajadas, que a él le alegraban el alma. Nada lo hacía más feliz que escuchar las risas de sus hijos.

—Papi, ¿por qué siempre me dices mariposa princesa y a Elizabeth le dices mariposa capoeirista? Yo también quiero ser una mariposa capoeirista —reprochó frunciendo el ceño, juntando las tupidas cejas que había heredado de él.

—Porque tú eres mi mariposa princesa, eres la pequeña de mi reina mariposa —explicó, colocándole un dedo en la nariz, ante la pregunta que Violet nunca se cansaba de hacerle—. ¿Dónde está tu mami?

—En la habitación. —Hizo un puchero y bajó la mirada—. Aún sigue triste porque Snow se fue al cielo. ¿Es malo el cielo, papi? —preguntó, arrastrada por la curiosidad y la inocencia.

—No cariño, el cielo no es malo. Es que tu madre extraña verlo. No podemos evitar sentirnos triste cuando alguien nos hace falta, pero dentro de poco se le pasará. —Le regalaba una caricia constante a la sonrojada y suave mejilla. Caminó con ella a uno de los sofás y tomó asiento—. ¿Y dónde están Elizabeth y Oscar? Será que ya no les importa el padre. —Con su mirada color miel, recorría cada anexo de la sala, esperando que sus otros hijos llegaran a recibirlo.

—Elizabeth está en la habitación con mi mami y tía Roxy; Oscar en su habitación, supongo que intentando ser un buen guitarrista.

—Tu hermano es un buen guitarrista. —Le recordó, mientras la niña le revoloteaba encima, hasta que se paró sobre el sofá detrás de él. Ya sabía que lo que quería era quitarle el saco, y mansamente se dejó.

—Lo dices porque es mi hermano. —Soltó una carcajada y a la vez que hacía esfuerzo por quitarle el saco a su padre.

—Tienes una lengua muy afilada para esos ocho años. —Samuel se carcajeó, divertido.

—Mami dice que es tu culpa.

—Ahora yo soy el culpable de todo —bufó, aflojándose la corbata, sintiendo un gran alivio en ese momento.

—No papi, tú eres un superhéroe, siempre atrapas a los malos.

—Yo no los atrapo, eso lo hace la policía —aclaró, porque no le gustaba que su niña se creara falsos estereotipos sobre él.

—Pero tú los mandas a todos, eres el Fiscal General. Eres el más listo de todos; mucho más que los policías —expresó con gran entusiasmo, demostrando sentirse realmente orgullosa de su padre.

A todos sus compañeros de clase, les mostraba la foto donde su papá salía junto al presidente de los Estados Unidos, y los vídeos, cuando hacía algún comunicado a la Nación.

Samuel sonrió resignado, ante lo sobrevalorado que su hija lo tenía, y le dio un beso en la frente. En ese momento, el inusitado ardor e incomodidad que se apoderaba de su estómago, cada vez que le veía la cara de muñeco de cera al novio de su hija mayor, estalló sin más.

Como un mantra, recordó cada una de las palabras de Rachell, sobre la aceptación del «modelucho»; quien bajaba del Ferrari que acababa de estacionar frente a la casa.

Esa que siempre había sido su hogar, desde que decidieron irse a vivir juntos; y que después de tantos años, seguían compartiendo.

Respiró profundo y no se tomó la molestia de levantarse para ir a abrirle, tampoco permitió que Violet lo hiciera. Por lo menos, que pasara un poco de frío.

Fue Esther quien se condolió del joven y lo invitó a pasar.

Luck se frotó las manos y se las calentó con el aliento, mientras buscaba con la mirada a su novia, suponiendo que ella debía estar esperándolo; pero en cambio, se encontró con su reacio suegro.

—Buenas noches, señor Garnett —saludó, tratando de ser amigable.

—Buenas noches, Luck. Pasa y siéntate, recuerda que estás en tu casa —refunfuñó, poniéndose de pie, decidido a dejarlo solo.

—Gracias —dijo el chico, siguiendo con su mirada gris, cómo Violet se le subía en la espalda a su padre.

—¡Hola, Luck! —saludó la niña, agitando con energía una de sus manos.

—Hola, Violet —correspondió con una afable sonrisa.

—¿Vienes a besar a Eli? —preguntó sin ningún tipo de filtro. Dejando en evidencia, que en más de una ocasión había visto al novio de su hermana dándole besos.

Samuel carraspeó ante la imprudencia de su hija menor, quien no tenía la más remota idea de la molestia que le causaba enterarse de los momentos íntimos entre Elizabeth y Luck.

—Probablemente —contestó, después de mucho pensarlo, pues no estaba seguro de cuál sería la reacción de su suegro—. Pero vine a ver cómo seguía tu mamá.

—Sigue llorando. —Hizo un gracioso puchero, que acentuó aún más sus pecas—, y ya no quiere otro perro. Solo quiere a Snow.

—Aún está afligida, seguramente en unos días se le pasará —intervino Samuel.

—Rachell adoraba a Snow —respondió al comentario del señor Garnett.

—Le avisaré a Elizabeth que has llegado. —El tono de voz con el que pronunció esas palabras, dejaba completamente claro que no le agradaba lo que debía hacer.

—Gracias, señor.

Samuel caminó con Violet en su espalda, quien no lo abandonaba en ningún momento; aunque estuviese agotado por su día laboral, siempre le dedicaba tiempo a su familia.

En el rellano de la escalera, se dio media vuelta y ancló su mirada una vez más en el chico, quien se había llevado las manos a los bolsillos del pantalón.

—Luck, estaré en el segundo piso. —Le advirtió, con lo que parecía ser el intento de una sonrisa franca.

—Está bien, señor. —Sonrió de forma nerviosa, mientras mentalmente se recriminaba por haberse metido en semejante situación.

Samuel siguió con su camino y antes de entrar a la habitación que compartía con su esposa, tocó a la puerta.

Nadie contestó, pero su hermosa mariposa capoeirista le abrió, sorprendiéndolo gratamente y recibéndolo con un beso en la mejilla. Aún le costaba creer que fuese una mujer y que los años se hubiesen escurrido como agua entre los dedos.

Los cambios que poco a poco fueron convirtiéndola en mujer, los tenía muy presentes, quería revivirlos una y mil veces más, regresar en el tiempo y volver a enseñarle cada paso de la capoeira; a ponerse aquel ridículo tutú y dar volteretas.

Daría lo que fuera por levantarse un domingo después de las diez de la mañana, con la cara como un travesti; volvería a dejar que le pintara las uñas de fucsia y jugaría con muñecas.

Sonrió al recordar que Elizabeth se había desarrollado en el auto, una tarde cuando fue a recogerla de sus prácticas de ballet; fue a él a quien le tocó bajar y comprar las toallas sanitarias, después se quitó la camisa para que pudiera cubrirse, y la acompañó a un baño.

Se sentía tan nervioso, tan asustado, pero debía esconder su estado para brindarle confianza, y que ella dejara de sentirse avergonzada, y comprendiera que era un proceso natural en toda mujer.

Esa noche, como un estúpido, lloró sobre el pecho de Rachell, porque inevitablemente, Elizabeth había dejado de ser una niña.

Con Violet volvía a vivir las emociones, pero era de manera distinta, con cada uno de sus hijos el proceso era irrepitable. Tampoco quería que llegara el momento en que su pequeña Violet se convirtiera en mujer, aunque sabía que inevitablemente llegaría.

Tal vez debería conversar con Rachell y proponerle tener otro hijo; suponía que con cincuenta y tres años, aún podía convertirse en madre por cuarta vez.

—Abajo te esperan —notificó, torciendo la boca, en un gesto de desagrado.

—Papá, no has sido grosero con Luck, ¿verdad? —preguntó, entornando su mirada gris azulada, pero en sus labios se asomaba una hermosa sonrisa.

—Me pregunto si ese es su nombre o si usa algún seudónimo.

—Es su nombre. —Soltó una carcajada ante las ocurrencias de su padre.

—Muy conveniente, ¿no crees? —inquirió, tomándole la barbilla con cariño.

—Es culpa de los padres que decidieron llamarlo de esa manera. —Miró a los ojos de su padre, surcados por las líneas de expresión—. Bueno..., me voy a ver a mi novio. Hablamos luego, papá.

Samuel puso los ojos en blanco, llenándose de paciencia y tratando de acostumbrarse a escuchar a su pequeña mariposa hablar de un hombre que no fuera él.

Era consciente de que Elizabeth arrancaba suspiros a media ciudad. Ser una de las modelos más cotizadas de Nueva York, le ponía a los pies a todos los hombres que quisiera, pero agradecía que su niña fuese realmente mesurada; y hasta el momento, le hubiese dado muy pocos dolores de cabeza.

Rachell fue al encuentro de su esposo, seguía siendo tan elegante y delgada como siempre; sin embargo, su semblante dejaba ver que había llorado; eso, definitivamente, le bajaba las defensas a Samuel.

Él también había sentido la pérdida de Snow tres días atrás, pero su mujer era mucho más sentimental y se le hacía difícil reponerse a ese tipo de situaciones.

Le posó una mano en la nuca y la atrajo a su boca, dándole un tierno beso, que poco a poco se fue

intensificando; y aunque Rachell no lo rechazaba, sí podía sentir que todavía la embargaba la nostalgia.

—Hay niños. —Se hizo notar Violet, quien seguía colgada de la espalda de su padre, mientras se tapaba los ojos con una mano.

A los esposos no les quedó más que dejar para otro momento la intensidad del beso.

—Ven aquí, princesa enana. —Le dijo Rachell, tendiéndole los brazos, para que dejara descansar a Samuel.

—No, mami. Quiero estar con papi.

—Déjala, no estoy cansado —intervino él, guiñándole un ojo a su esposa.

Caminaron a un lado de la habitación, que se extendía en una amplia terraza con media pared de cristal. Donde había un juego de sillas de ratán con cojines blancos y una mesa redonda, al otro extremo un sofá de tres plazas de cuero blanco y un revistero pequeño.

—Hola, Sam —saludó Roxanna, poniéndose de pie y regalándole una linda sonrisa.

—Hola Roxy, ¿cómo estás? —preguntó, desviando sutilmente la mirada a su barriga, que orgullosamente mostraba el séptimo mes de gestación de su segundo hijo.

—Bien, muy bien. Esperando a Edward, que no debe... —hablaba, cuando el sonido de un claxon la interrumpió—. Acaba de llegar. —Sonrió ante la casualidad.

Se acercó hasta Rachell y le dio un beso en la mejilla, al que la hermana correspondió con un abrazo.

Rachell adoraba a su hermana menor, era una mujer admirable, dedicada a su trabajo como ilustradora de mangas, que tenía la fortuna de pertenecer al equipo de varias editoriales japonesas.

Aún vivía en Canadá, muy cerca de la madre de ambas, a la que Rachell visitaba una vez por año. Había conseguido perdonarla, después de que Samuel le insistiera en que viera a un psicólogo, para que le ayudara a superar un poco el pasado.

En esas sesiones, comprendió que su madre también había sido una víctima, que el miedo que sentía hacia su agresor no le permitía encontrar el valor para enfrentarlo.

Samuel y Roxanna, se encargaron de planear el encuentro, las dejaron toda una noche encerradas en la habitación de un hotel, donde Rachell se sacó todo lo que llevaba por dentro, le dijo todo lo que sentía; y su madre le confesó que su mayor anhelo era tener el poder para regresar el tiempo y evitar todo el daño que le causaron tan solo siendo una niña, pero que lamentablemente no podía hacerlo; sin embargo, pidió otra oportunidad para reparar lo causado, le suplicó que le permitiera ser la madre que nunca había sido.

Después de muchos años, volvieron a abrazarse como madre e hija, desde ese entonces, Rebecca había demostrado ser una buena madre, preocupada por sus hijas y sus nietos, logró ganarse la confianza de Rachell, tanto, como para que le permitiera llevarse a Elizabeth de vacaciones a Ámsterdam cuando esta tenía doce años.

—Llámame apenas llegues al hotel —pidió Rachell, mirándola a los ojos, mientras le acariciaba los cabellos.

—Lo haré.

Roxanna se despidió con un beso en la mejilla de Samuel y otro en la mejilla de Violet, quien le hizo prometer que vendría a buscarla cuando naciera el bebé. La niña quería pasar unos días en la casa de su tía en Canadá.

—Te acompañaré. —Se ofreció Samuel, dejando a Violet de pie sobre uno de los sillones.

—No, no es necesario, puedo sola. —Sonrió amablemente.

La hermana de Rachell salió de la habitación; y desde las escaleras, pudo ver a Edward, un profesor de matemáticas de la universidad de Ontario, sentado junto a Elizabeth y Luck, quienes conversaban con él.

Su esposo se levantó para recibirla, ella le sonrió y se despidió de su sobrina con un beso en la mejilla y un abrazo; de Luck lo hizo con un gesto simpático.

—Vamos adentro —pidió Samuel, nalgueando tiernamente a Violet, quien bajó de un brinco de la silla y corrió a la habitación, al tiempo que Rachell cerraba las puertas que daban a la terraza.

—No te... —Ella iba a pedirle a Violet que no se subiera a la cama con los zapatos puestos, pero fue demasiado tarde, ya estaba brincando como un resorte.

—Violet, ve a molestar a Oscar, que tu mami y yo necesitamos platicar en privado —pidió Samuel, poniéndole las manos sobre los hombros, para que dejara de brincar.

—¿Van a seguir besándose? —preguntó, sacando la lengua en un gesto de desagrado.

—Además de besarnos, voy a hacerle una propuesta —dijo, divertido, entrecerrando los párpados, provocando que las líneas de expresión alrededor de los ojos, que los años le habían otorgado, se acentuaran.

—¿Me gustará esa propuesta? —preguntó la niña, haciendo un gesto pensativo, mientras tamborileaba con uno de sus deditos en su mejilla.

—Seguro que sí. —Le guiñó un ojo.

—Ya, Violet. Ve con Oscar —intervino Rachell, al ser consciente de que su hija menor, derretía completamente a Samuel Garnett.

—Está bien, mami, siempre quieres a papi para ti solita —refunfuñó, bajándose de la cama de un brinco.

—Te recuerdo jovencita, que me pertenece por derecho de antigüedad; ya mucho lo he compartido con ustedes... Así que ve a jugar con tu hermano.

—No es justo, no es justo —reprochó, inflando las mejillas.

Rachell controló la carcajada que se le arremolinó en la garganta, le gustaba molestar a Violet, porque no tenía la más remota idea de a quién había salido tan celosa y posesiva.

—Ve con tu hermano, prometo que en la cena te sentarás a mi lado. —La consoló el enamorado padre.

—Papi se sentará a mi lado —canturreó, sintiéndose victoriosa, corrió dando saltitos a la puerta y la cerró

—Si no fuese mi hija, empezaría a preocuparme; y usted señor, tendría serios problemas por andar de coqueto. —Apuntó uno de sus dedos de manera acusadora hacia Samuel.

—¿Celosa de tu propia hija? —preguntó, halándole el dedo y acortando la distancia que los separaba, hasta refugiarla en sus brazos.

—¿Cómo no estarlo si cree que tú le perteneces? —masculló, embriagándose con el perfume provocadoramente varonil de su esposo.

—Tiene a quién salir. No sé cómo saldré ileso de todo esto, eso me pasa por enredarme con mujeres tan posesivas.

—Yo que tú ni lo intento, te toca cargar con esta familia —aconsejó, sonriente.

—Me alegra mucho verte de esta manera. —Le acarició los cabellos.

Esas palabras de Samuel solo le recordaron la ausencia de Snow, por lo que hizo el abrazo más fuerte, sintiendo que el vacío en su pecho no pensaba dejar de torturarla.

—Lo extraño —murmuró su lamento—. Muchísimo.

—Yo también. —Fue completamente sincero, porque no era lo mismo llegar a casa y no ir hasta donde Snow lo esperaba, ya con su edad, poco podía andar—, pero vivió más del tiempo estipulado, y eso fue gracias a tus cuidados. —Le cubrió las mejillas con sus manos e instó a que lo mirara a los ojos—. Eché a Violet de la habitación, porque quiero hacerte una propuesta, y debo darme prisa, antes de que vuelva a entrar y nos interrumpa.

—¿No ibas a besarme primero? Pensé que me besarías y después me harías la propuesta. ¿O no lo

dijiste siguiendo algún orden? —curioseó, entregada al calor de las manos de su esposo sobre sus mejillas.

—No lo haré precisamente en ese orden. Te haré la propuesta; y si me dices que sí, no solo te daré un beso, sino que cogeremos toda la noche.

—Ya no rinde para tanto, fiscal —dijo, burlona—. Cómo extraño esos fines de semanas en tu apartamento o en el mío, cuando gozábamos la noche entera. Amo a nuestros hijos y todo lo que tenemos, pero algunos días me gustaría volver a tener veintitrés, cuando solo éramos nosotros dos.

—Puedo demostrarte que aún logro mantenerte despierta toda la noche, y hacerte sentir de veintitrés.

—Una vez me dijiste que no te gustaba prometer imposibles; y en este momento, estás faltando a tu palabra. Solo me estás coaccionando para que te dé un sí, así que ya, no te guardes más esa propuesta —pidió, acariciándole el cuello.

—No pretendo faltar a mi palabra, y te lo demostraré. A partir de mañana tengo dos meses de vacaciones, y voy a aprovecharlos.

—¿Tus vacaciones no eran el próximo mes? —preguntó, algo extrañada.

—Sí, lo eran, pero creo que es el momento justo para adelantarlas, ¿qué te parece? ¿Quieres acompañarme a Brasil? Iremos con los niños, aprovechamos y los dejamos dos semanas con Sophia. Es tu momento de decidir a dónde quieres gozar las noches enteras, si en Noronha o en Maranhão.

La mirada de Rachell se iluminó y no pudo evitar sonreír, al imaginarse bañándose desnuda junto a Samuel en las *Lençóis Maranhenses*, pero eso no era lo que habían programado unos meses atrás.

—¿A Brasil? Pero no era lo que habíamos planeado para las vacaciones. Ya tengo mi agenda programada. —Sus pupilas danzaban de un lado a otro, cargadas de sorpresa.

—Puedes reprogramarla, creo que es momento de que pases un tiempo en la sucursal de Río; desde ahí podrás atender tus negocios, si es que tienes algunos asuntos inaplazables —planteó, esperando que Rachell aceptara modificar las vacaciones.

—Sí, tengo varios compromisos... No sé Sam... Necesitaría revisar... ¿Sabes qué? No hay problema, me encantaría ver a Sophie, pero...

—Sin peros. —Hizo un puchero—. Estoy seguro de que puedes hacerlo, tus asistentes se encargarán de todo, mientras tú pasas unas noches totalmente alejada del mundo, refugiada en los brazos de tu esposo.

—Está bien..., está bien. —Le acarició las sienes, deslizando sus manos por las hebras plateadas que adornaban los cabellos de su fiscal—. Mañana trataré de reorganizar todo. —Sonrió emocionada, sintiéndose completamente embargada por la excitación, ante la promesa de Samuel. Con cada hijo y ante cada interrupción, aprendieron a ser más mesurados.

Realmente necesitaba unos días de desenfrenada pasión, anhelaba revivir momentos candentes junto a su esposo, porque toda la lujuria desmedida, había ido menguando con los años.

—¿Cuántas veces en todos estos años te he dicho que te amo y que no me arrepiento de haberte elegido como mi mujer? —curioseó con una gran sonrisa, admirando los ojos violetas de su esposa.

—No las suficientes como para que me canse de escucharlo. —Suspiró, cerrando con sus brazos el cuello de su atractivo esposo—. ¿Cuándo nos vamos?

—Mañana por la noche, tenemos que aprovechar los días; y no sé tú, pero yo quiero desvelarme en tu cuerpo cuanto antes. —Bajó sus manos y se apoderó con vehemencia de las nalgas de su mujer.

Ella lo besó con intensidad, anhelando cerrar los ojos y poder aparecer sobre la suave arena de las dunas.

Permitió que en medio de besos, su esposo la llevara hasta la cama; y suspiró, sonriente, al sentir la barba hacerle cosquillas en el cuello.

Rachell se aferraba al culo de Samuel, quien no dejaba de besarla; y aprovechó para empezar a desabotonarle la camisa, mientras ella se retorció gustosa bajo su cuerpo, ante los insistentes roces que le gritaban que aún era merecedora de las poderosas erecciones de su esposo.

—¡Papá! —El grito de Oscar reventó la burbuja de placer en la que Samuel y Rachell intentaban aislarse del mundo exterior—. ¡Papá!

Samuel resopló, enterrando el rostro en el cuello de Rachell, ante otro frustrado intento por tener sexo con su esposa.

—Por favor, llévame cuanto antes a Maranhão —suplicó ella con voz temblorosa, sintiendo ganas de llorar. Odiaba tener que mandar al diablo la excitación; amaba a sus hijos, sin pensarlo daría mil veces la vida por ellos, pero en momentos como esos quería asesinarlos.

—¡Deja eso! ¡Te voy a colgar por las trenzas! —Fuera de la habitación, las amenazas de Oscar seguían constantes.

CAPÍTULO 2

Con mucho cuidado y devoción, Luck colocó un mechón de cabello castaño sedoso detrás de la oreja de su novia, mientras la miraba a los ojos y le regalaba una sonrisa cargada de complicidad, disfrutando de esa carcajada cantarina que retumbaba en la sala.

Elizabeth no podía contener las lágrimas que brotaban de sus ojos, ante las carcajadas que no conseguía detener. Ya le dolía el estómago y las mejillas; sin embargo, seguía riendo abiertamente.

Eso era lo que más le gustaba de Luck, que la hacía reír como nadie, sabía estar a su lado asegurando momentos inagotables de diversión.

—Tuve que salir del estudio, estaba seguro de que si te miraba, tendrías esta reacción —dijo Luck, partícipe de ese momento que habían vivido.

Estaban recordando el episodio gracioso del día anterior, cuando en la grabación de un comercial para una famosa marca de perfume, parte de la extravagante escenografía se vino abajo, cayéndole encima al productor, silenciando sus estúpidas exigencias.

En ese momento no pudieron burlarse abiertamente como tanto anhelaban, pero ahora nada se los impedía.

El instante de diversión entre los novios fue interrumpido, debido a la algarabía de Violet, corriendo escaleras abajo, siendo perseguida por un furioso Oscar.

—¿Qué sucede? —preguntó Elizabeth, siguiendo con la mirada a su hermana, quien se paraba justo detrás de Luck.

Los estrepitosos pasos de Oscar eran seguidos de cerca por Samuel, que aún excitado, tuvo que salir de la habitación para poner orden entre sus hijos.

—Dame eso enana del demonio —exigió Oscar con sus ojos avellanas destellando de rabia.

—Solo quiero ver lo que haces —dijo, escondiendo tras ella las partituras de una de las canciones que estaba componiendo su hermano. Usaba a Luck como escudo, porque sabía que Oscar no la buscaría detrás de él.

—Papá, ¿se las quitas tú o se las quito yo? —advirtió el joven, desviando la mirada hacia su padre.

Samuel se abotonaba la camisa, dejándosela por fuera, para poder esconder la erección, a la que no le dejaron cobrar vida completamente.

—Violet, entrégale las partituras a tu hermano —pidió el padre, dejando libre un pesado suspiro, armándose de paciencia para lidiar con sus comunes problemas familiares.

—Pero papi, solo quiero ver lo que está haciendo. —Hizo un puchero, renuente a entregar lo que mantenía escondido; aún sin salir de detrás de Luck.

—Ve con papá —pidió Elizabeth, sintiéndose avergonzada ante el espectáculo que su familia estaba protagonizando delante de su novio.

La niña solo bajó la cabeza y negó, mientras seguía aferrada a las hojas.

—Violet —intervino Rachell con contundencia—. Le entregas eso a tu hermano o mañana te quedarás con tu tío Thor y nosotros nos iremos a Brasil. Y pasarás las vacaciones cuidando de tus primos.

Violet, ante la amenaza de su madre, corrió y le entregó de mala gana las partituras a su hermano, sacándole la lengua.

Prefería dejar su curiosidad de lado y no tener que pasar sus vacaciones con los quintillizos. Quería a sus primitos, pero no podía imaginar pasar tanto tiempo con ellos, porque eran muy inquietos.

—¿Mañana? —preguntó Elizabeth, poniéndose de pie casi automáticamente, pero fue ignorada

totalmente cuando Oscar protestó.

—La próxima vez que te metas con mis cosas, te voy a...

—Bueno..., bueno, ya deja de tratar así a tu hermana —interrumpió Samuel, en un intento de dar por finalizado los episodios de peleas de esa noche.

—Por eso está así, porque siempre le consientes todo; si fuese mi hija, la castigaría —protestó Oscar.

—Pero no es tu hija, es tu hermana. Espero seguir con vida para ver cómo criarás a tus propios hijos...

—¿Cómo que mañana? Papá... ¡Papá! —Elizabeth exigió atención, para que dejara de discutir con Oscar y le explicara lo que su madre había dicho—. ¿Las vacaciones no serán el próximo mes, en Egipto? —Logró que su padre la mirara.

—No, señorita. Nos vamos mañana para Brasil. Estaremos un par de meses en casa de tu abuelo. —Desvió la mirada al novio de su hija—. Así que Luck, ahora puedes despedirte.

—Papá, tengo cosas pendientes. No quiero ir a Brasil, estoy cansada de que todo el tiempo vayamos el mismo destino. —Luego miró a su novio—. ¿Vas conmigo?

—No, él no va. Es un viaje familiar —intervino Samuel con determinación, respondiendo por el novio de su hija.

—Luck es parte de la familia —dijo, dolida y avergonzada. No comprendía por qué su padre era tan injusto con Luck.

—Solo tienes sesenta y seis días saliendo con él, eso no lo convierte en parte de la familia —aseguró, dejando en evidencia que llevaba calculada de manera metódica cada día que su hija sumaba a un noviazgo, con el cual no podía estar de acuerdo. ¡Era su niña!

—Pero lo conoces de toda la vida. Luck va o yo no voy —condicionó, era momento de que su padre le aceptara de manera amigable a Luck.

—Sam, amor —acotó Rachell, acariciándole la espalda, consciente de que su esposo estaba siendo grosero con el joven—. Luck, puedes ir con nosotros. —Le dijo con cariño al chico de cabello oscuro.

—Gracias por la invitación, Rachell. —A ella la tuteaba, después que se lo pidiera en infinitas oportunidades. Le tomó la mano a su novia para ganar su atención—. Debo irme, pero antes me gustaría hablar contigo. —Vio cómo el señor Garnett se llevaba las manos a la cintura, esperando a que lo hiciera delante de todos—. A solas —recalcó. No le temía a su suegro, ya lo conocía y sabía lo obstinado que era.

Elizabeth asintió en silencio y lo acompañó a la salida, no sin antes dirigirle una mirada de reproche a su padre.

Al abrir la puerta principal, se dieron cuenta de que la temperatura había bajado drásticamente, y la brisa helada le arrebolaba las mejillas.

—Hace frío —dijo, quitándose la chaqueta de cuero y colocándosela sobre los hombros a su novia.

—Disculpa a mi papá, ya sabes cómo es. Pero te tiene cariño. —Sonrió, tratando de convencerlo.

—Al parecer, ese cariño desapareció totalmente, en el instante que decidiste ser mi novia. Creo que esto es más complicado de lo que habíamos pensado.

—No, Luck. No lo es —dijo, negando con la cabeza—. Ya verás que ahora que viajemos a Brasil y pasemos juntos más tiempo, terminará por hacerse a la idea...

—No voy a ir a Brasil —La interrumpió, y Elizabeth automáticamente dejó de sonreír.

—Entonces yo tampoco iré.

—Debes ir, es un viaje familiar. —Le pidió, calentándole las mejillas con las manos.

—¿Lo haces por mi papá? —preguntó, y los hermosos ojos azules se le llenaron de lágrimas.

—No, sabes que no. Tengo otros compromisos inaplazables. No puedo decir que no a la sesión de fotos con Boss, ya el contrato está firmado.

—¿Eres consciente de que estaremos más de dos meses separados? No quiero estar tanto tiempo lejos de ti. —Se mordió el labio y bajó la mirada.

—Lo soy, y sé que me harás mucha falta. —La abrazó, estrechándola con pertenencia—. Solo espero que te portes bien y no caigas en los brazos de un brasileño.

—Sabes que no, espero que tú tampoco andes de casanova por ahí. Estoy segura de que no te conviene conocer la intensidad de mis celos. —Le guiñó un ojo con picardía.

Luck sonrió y negó con la cabeza. No podía evitar sentirse triste, porque no sería fácil pasar tanto tiempo sin Elizabeth a su lado.

No obstante, sabía que tarde o temprano le tocaría vivir ese momento, porque inevitablemente, tanto sus familias como sus trabajos, les exigían tiempo fuera del país.

Elizabeth estaba de espaldas a su casa, pero podía asegurar que su padre seguía parado en el mismo lugar, observando atentamente a través de los cristales cada uno de sus movimientos.

—Nunca te daré motivos. Eres la número uno y nadie podrá reemplazarte... Nadie... Te quiero. —Volvió a tomar entre sus manos el suave rostro de Elizabeth y le dio un beso en el pómulos izquierdo.

—Yo también. —Suspiró, complacida ante el cálido toque de labios de su novio—. Prometo llamarte todos los días. —Cubrió con sus manos las de Luck.

—Esperaré esas llamadas. Pero por si el sol y el calor te nublan la razón y se te olvida, lo haré yo.

—Está bien. —Elizabeth le besó las manos—. Podrás llamarme todas las veces que quieras. Te doy permiso para que seas un novio extremadamente intenso.

—Seré muy pero muy intenso.

Elizabeth hizo un puchero y los ojos se le inundaron una vez más. No quería despedirse, no quería pasar tanto tiempo alejada de Luck. Suponía que las vacaciones familiares serían en Egipto, donde él tenía que viajar en un par de semanas por trabajo y aprovecharían para verse, pero ahora sus planes habían dado un giro de 180 grados.

—Adiós. —Se despidió, sin poder ocultar la voz ronca por las lágrimas.

Luck no soportaría ver a Elizabeth llorar, por lo que se dio prisa y le dio un beso en la frente.

—Hasta pronto, mariposa revoltosa. —Dio un par de pasos hacia atrás para después girarse, y con la decisión a punto de quebrarse, caminó hacia su Ferrari.

Elizabeth lo vio subir al auto y marcharse.

Solo esperaba que su padre lograra ver el maravilloso ser humano que era Luck y dejara por fuera esos enfermizos celos paternales.

Entró a la casa y sus padres disimularon estar haciendo otra cosa que no fuese espiarla, pero como actores, eran mejor en lo que hacían.

—Gracias papá. Gracias por ser tan amable con Luck —reprochó, mientras luchaba con las lágrimas.

—Mi vida, disculpa a tu padre... —Rachell se acercó hasta ella y la abrazó.

—No es necesario que me defiendas, Rachell —intervino Samuel—. Sé que fui un poco grosero con ese chico...

—¿Un poco? —Se sorprendió Elizabeth ante la intransigencia de su padre—. No sé por qué lo tratas de esa manera, si crecimos juntos... Lo conoces desde que era un niño.

Rachell dejó de abrazarla, pero seguía acariciándole los cabellos.

—Está bien, admito que no debí hablarle de esa manera. —Caminó hasta el teléfono inalámbrico, lo agarró y se lo ofreció—. Llámalo y dile que puede viajar con nosotros; después llamaré a su padre para informarle. Pero desde este instante te advierto, ni en sueños dormirán en la misma habitación.

—No iré, no puede. Tiene trabajo... —explicó, dejando a su padre con el teléfono en la mano—. Con permiso, necesito llamar a Cristina para informarle sobre las súbitas vacaciones —informó que llamaría a su agente, se encaminó a su habitación, pero antes de subir las escaleras, su padre la retuvo por la muñeca.

Samuel no podía evitar sentirse culpable, tal vez debía permitirle elegir si acompañarlos o no. No quería que ella se sintiera obligada a ir con ellos.

—No es necesario que aplaces tus compromisos. —Haló de la mano a su hija, y aunque ella se encontraba renuente, consiguió abrazarla—. Si tienes cosas importantes, puedes quedarte; después, si quieres ir, enviaré por ti.

—Realmente no tengo ningún compromiso, pero es necesario informarle a Cristina —masculló, abrazada a su padre.

Samuel le besó la frente una y otra vez, tratando de mimarla y que verdaderamente no estuviera molesta con él.

—Lo siento, prometo ser más amable con Luck.

—Eso espero, sabes que es un buen chico. —No podía evitar disfrutar de los mimos de su padre.

—Sé que sí, pero no puedo dejar de verte como mi niña, y a él como el malo que me la quiere robar.

—Ay, papá...

—Está bien, está bien... —La interrumpió, antes de que le dijera que era un viejo sentimental—. Ve a llamar a Cristina.

Rachell admiraba sonriente a Samuel, reducido a la nada en los brazos de Elizabeth. Cada segundo de ese hombre junto su hija mayor, era revivir ese momento en que la vieron por primera vez.

Elizabeth sonrió, le dio un beso en la mejilla y subió las escaleras, perdiéndose en la segunda planta.

—Sé que metí la pata —dijo en voz baja, anclando la mirada en Rachell.

—Hasta el fondo —asintió, sonriente, y se llevó las manos a las caderas.

En el avión, solo se oían las notas ahogadas del rock estridente que Oscar escuchaba en sus audífonos. Su padre aún no lograba comprender cómo podía dormir con ese ruido taladrándole los tímpanos. Si a él, que no tenía el aparato ese en la cabeza, no lo dejaba concentrarse en el libro que leía.

—Hey, deja a tu hermano —reprendió Rachell en un murmullo a Violet, quien usaba el cabello de su Barbie para esculcarle la nariz a Oscar.

A Rachell no se le escapaba nada, siempre estaba pendiente de lo que hacía cada uno, y los mantenía al límite, mientras que Samuel les permitía que hicieran y deshicieran a su antojo. No poseía la voluntad para reprenderlos, al menos no por nimiedades.

—¿Qué haces, Violet? —preguntó Samuel en voz baja, levantando la mirada del libro y anclándola en su hija menor, quien iba sentada al lado de Oscar.

—Nada. —Gesticuló de forma exagerada casi sin voz.

Ante el gesto de la niña, el hombre tuvo que volver la mirada hacia la ventanilla, para que no viera la sonrisa que le provocaba; respiró profundo, buscando calmarse y parecer realmente serio.

Quería mostrar carácter delante de ella, pero era indiscutible que su pequeña traviesa, le derretía el corazón. Cerró el libro y lo dejó a un lado.

—Ven aquí, pequeño terremoto. Deja dormir a tu hermano —pidió, tendiéndole la mano, esa donde destellaba la argolla matrimonial.

—Pero, papi. No estoy haciendo nada —masculló, sin levantarse de su puesto.

—Ven aquí —repitió con ternura.

—Es que no entiendo por qué tenemos que hablar bajito, si igual Oscar tiene su música a todo volumen —refunfuñó, poniéndose de pie y caminando hacia su padre.

—Violet, no tienes que hablar bajito, solo tienes que dejarlo tranquilo —intervino Rachell con una dulce sonrisa—. Ven con mami. —La niña fue con su madre y se le sentó en las piernas—. A ti no te gusta que te molesten cuando estás durmiendo, ¿o sí? Dime y te haré cosquillas en los pies esta noche. —La refugió en sus brazos, regalándole varios besos en las mejillas.

Samuel se quedó admirando a su esposa e hija, en ese momento de ternura, que lo envolvía todo y lo hacía sentirse el hombre más dichoso del planeta.

Los minutos pasaban y él no podía ser consciente, porque no se cansaba de ver cómo la mujer que amaba, arrullaba con infinita dedicación a su mujercita que también adoraba.

—¿Qué vamos a hacer para celebrar los dieciséis de Oscar? —preguntó Rachell, captando la atención de su esposo, quien parecía estar perdido, observando cómo ella mecía a una adormecida Violet.

—Aún no lo sé, tal vez aprovechar que estaremos en Río y llevarlo con unas garotas —acotó con toda la intención de molestar a Rachell.

—Sam, si quieres conservar las pelotas, es mejor que cambies de idea —amenazó, tomándose totalmente en serio las palabras de su esposo.

—Sabes que no harías algo así. —Siguió con su juego, prometiendo falsamente, celebrar la próxima semana el cumpleaños de su hijo con algunas chicas—; además, ya Oscar es un hombre, tienes que aceptarlo.

—Acepto que es un hombre, lo que no acepto es la manera en que quieres celebrarle el cumpleaños. Y ya tu abono de familia dio lo que tenía que dar, así que no dudaría en aplastártelos.

Samuel se removió en el asiento e hizo una mueca de dolor, al tiempo que se acunaba los testículos con una de las manos. Le regaló un guiño de ojo y se puso de pie.

—Sabes que todavía puede dar mucho más —murmuró mirándola a los ojos—. Dame a la gorda —pidió, tendiéndole los brazos, y Rachell se la entregó con un poco de dificultad—. La llevaré a la habitación.

Samuel cargó a la niña con cuidado, protegiéndola como si fuese el tesoro más valioso del universo, y se dio media vuelta.

—Sam —murmuro Rachell, antes de que diera más de un paso.

—¿Sí? —preguntó, volviéndose a medias.

—No dijiste en serio lo de Oscar, ¿verdad? —suplicó, mirándolo a los ojos.

Él sonrió dulcemente y se acercó a su esposa. Tratando de ser lo más cuidadoso posible, le dio un beso en los cabellos y le acarició la mejilla.

—No lo dije en serio, pero es justo que te enteres que tu hijo ya no es virgen. Sé por qué te lo digo, y no es para que te pongas a llorar. Juraría que fue con Melissa, no creo que tengan tantos proyectos escolares.

—¿Y me lo dices así? Quedan prohibidos los proyectos en la casa. Oscar debería contármelo, le he dado la confianza suficiente.

—No va a hacerlo.

—¿Te lo ha dicho? No es justo que me dejen por fuera —masculló, sintiéndose traicionada por los dos hombres de su vida.

—No, no me lo ha dicho. Alguna vez te dije que suelo ser intuitivo y observador. Solo eso. —Le regaló una sonrisa tranquilizadora—. Creo que debemos reducirle los cereales a Violet, cada vez está más pesada. Ya vuelvo.

Rachell asintió en silencio, al tiempo que tragaba en seco, para pasar las lágrimas que ahogaban su garganta; observando cómo su esposo se alejaba por el angosto pasillo que lo conducía a la habitación de la aeronave.

Samuel tocó la puerta antes de entrar, esperó varios segundos y abrió. Encontrándose a Elizabeth acostada boca abajo, disfrutando en su iPad, de un capítulo de su serie televisiva favorita.

—Al fin se quedó dormida, no sé de dónde saca tanta energía —dijo Elizabeth, dejando de lado el aparato, y se puso de pie, para ayudar a su padre con su hermanita. Entre los dos la acostaron, pero apenas tocó el colchón, se despertó.

—Papi. —Lo llamó al tiempo que palmeaba la cama, para que su padre se acostara a su lado.

Samuel dejó libre un suspiro, sin duda era agotador atender a la niña, pero lo hacía con el mayor de los placeres, porque su adoración le brindaba fuerzas.

Elizabeth sonrió al notar en su padre la resignación, y observó cómo mansamente se vencía ante las peticiones de Violet.

Samuel se acostó y la niña rodó hasta quedar sobre su pecho.

—Creo que la están consintiendo más de la cuenta —dijo la mayor, tomando el iPad para apagarlo.

—Yo creo que una mariposa está celosa. —Sonrió Violet, medio dormida.

—No seas tonta, que no estoy celosa. Ya soy una mujer y no voy a pelear contigo por el pecho de papá.

—Ven aquí, mi mariposa, hay espacio para las dos —pidió Samuel, palmeándose el espacio que quedaba en su pecho.

Elizabeth, que no se negaba a las peticiones de su padre, sonriente se acostó en la cama y apoyó su cabeza en el tibio pecho, justo donde los latidos de ese corazón paterno, le decían cuánto la amaban.

Violet le sacó la lengua y ella también lo hizo, en una contienda de caprichosas, mientras su padre les acariciaba los cabellos.

—¿Me cantas? —pidió Elizabeth en un susurro, extrañando esa canción que su padre siempre le entonaba de pequeña, que no era de cuna, pues él le había confesado que nunca logró aprenderse ninguna, pero secretamente, a ella le encantaba esa que él le dedicaba, porque la hacía sentir segura, le hacía sentir, que a su lado nada malo le pasaría, que él siempre la protegería.

—Cuando caiga la oscuridad y te rodee... —empezó Samuel a canturrear en voz baja, mientras seguía acariciando los cabellos de sus amores—. Cuando caigas, cuando tengas miedo y estés perdida, sé valiente. Voy a abrazarte ahora. —Ante esas palabras, estrechó a sus hijas con pertenencia—. Cuando toda tu fuerza se haya ido y te sientas mal, como si se te escapara la vida, sígueme, puedes seguirme. No te abandonaré ahora...

Rachell observaba quedamente a Oscar, perdiéndose en cada rasgo de su hijo. Solo dormido reencontraba en él esa ternura que la embargó justamente en el instante que lo vio por primera vez, mientras lloraba y amenazaba con dejar sordos a todos en el quirófano.

De sus tres hijos, él había sido el que más complicaciones le había dado durante el embarazo. Obligándola a último momento a recurrir a la cesárea, porque no podía tenerlo por parto natural, como tanto anhelaba.

Pensó que sería el que más dolores de cabeza le daría, imaginaba a un niño realmente inquieto, que cometería travesuras por minutos, pero al lado de las hembras, era un verdadero angelito.

Se había desarrollado de una manera increíble, con casi dieciséis años, estaba del alto del padre y aparentaba unos dieciocho. Cuando salía con él, la mayoría de las veces se lo adjudicaban de hermano; y eso, definitivamente, era un halago para ella, pero no para Oscar, quien se encelaba al notar las intenciones de los hombres, y dejaba claro que era su hijo.

Aunque ya estuviese grande, ella jamás podría olvidar el momento en que vio esos ojitos

marrones, que le robaron poquito a poco el corazón con cada parpadeo.

Ese jovencito, era la réplica de Samuel, de ese hombre al que amaba y al que había odiado algunas veces.

Su vida al lado de Samuel Garnett no había sido fácil, habían pasado por situaciones difíciles, por grandes conflictos, incluyendo una separación de veintiún días, cuando Oscar tan solo tenía cuatro años.

Sin duda, fueron los días más dolorosos de su vida, pero fue necesario para que aprendieran a valorarse el uno al otro, para que la tolerancia reinara en el hogar.

Esa separación, que tristemente recordaba de vez en cuando, tan solo les dejó claro que uno no podía vivir sin el otro. Que ella no podría jamás quedarse sola con sus hijos, porque necesitaba de ese hombre con todo, incluso con sus muy malos estados de ánimo, y con todas sus presiones del trabajo.

Comprendió que Samuel Garnett no llevaba una vida fácil, que debía comprenderlo y aceptarlo, que el amor no radicaba exclusivamente en los momentos en que todo era color de rosa, que también debía aprender a amarlo en momentos de oscuridad.

CAPÍTULO 3

—¡Avô! ¡Avô! —Violet bajó de la camioneta, y como un torbellino, corrió por el camino de grava, hasta la gran entrada de la mansión, donde los esperaba Reinhard Garnett de pie, equilibrando su peso con la ayuda de un bastón.

—*Pequena Violeta*. —La saludó en portugués con una sonrisa.

Violet, casi sin aliento, se aferró con fuerza a la cintura de su abuelo, recordándose que debía hablar en portugués; mientras él le acariciaba los sedosos cabellos con la mano libre.

—Te he extrañado mucho, Avô. —Elevó la mirada, para ver los ojos azules de su adorado consentidor.

—Yo también, pequeña princesa —confesó y miró al frente, donde Oscar trotaba hacia él, siendo seguido por Elizabeth.

Reinhard recibió los abrazos de sus adorados nietos, sintiéndose muy feliz de estar rodeado por los hijos de Samuel y Rachell, quienes tomados de la mano, se acercaban a donde él se encontraba, siendo asediado por los niños.

Samuel admiró a su tío, sonriente y con mucha energía; aunque su cabello estuviese totalmente blanco y el rostro ajado por las arrugas, sus ojos azules aún se notaban llenos de vida.

—¡Oh por Dios! ¡Qué hermosos están! —exclamó Sophia, quien en ese momento salía a recibirlos, corriendo sobre sus elegantes tacones, y con los brazos extendidos.

Los chicos corrieron a abrazar a la estilizada pelirroja, mientras que Samuel y Rachell eran recibidos con abrazos por parte de Reinhard.

—¿Cómo estuvo el viaje, hijo? —preguntó, palmeándole un hombro a su amado fiscal.

—Bien, muy tranquilo —respondió, sin apartar la mirada de Rachell, quien corrió a abrazar a Sophia, mientras los niños caminaban al interior de la casa.

—El gran Reinhard Garnett —saludó Liam, llegando hasta ellos, después de que le pidiera a los choferes que llevaran el equipaje de su tío Samuel a la casa.

—Te has dignado a venir, supongo que tu padre te ha obligado —reprochó Reinhard, tratando de parecer duro con su nieto mayor.

—Solo presionó un poco. —Sonrió, dándole un beso en la mejilla y un caluroso abrazo, echando a bajo cualquier comportamiento severo.

—Vamos adentro —intervino Samuel, aferrándose a uno de los brazos de su tío—. Déjame ayudarte.

—Sam..., Sam. —Su sobrino no captó su sutil petición—. No es necesario que me ayudes, aún puedo caminar por cuenta propia; el bastón solo es de apoyo.

—Está bien, está bien... Los años lo han vuelto más cascarrabias. —Le palmeó la espalda y acopló su paso al lento de su tío.

—Thor llamó esta mañana, piensa venir en un par de meses.

—Sí, los planes eran veniros juntos, pasaría una semana aquí con Rachell y los niños y después partiríamos a Egipto, pero decidí adelantar las vacaciones, porque Rach está muy afligida por la muerte de Snow, y quiero que se distraiga un poco.

—Has tomado la decisión más acertada, seguro que Sophia te ayudará a que Rachell se distraiga —mencionó Reinhard, a quien no le extrañó la muerte del perro, pero sí la lamentó, porque la mascota era parte de la familia; imposible no recordar que siempre que lo visitaban traían a Snow.

—¿Cómo le va a tío Thor con los quintillizos? —preguntó Liam, interviniendo en la conversación.

—Realmente no me gustaría estar en sus zapatos. Esos niños valen por diez, tres niñas no son suficientes. —Sonrió, mientras negaba con la cabeza.

—Pobre de mi hijo y de Megan. Si yo con tres estuve a punto de enloquecer, no quiero imaginar cómo lo hacen con cinco, y todos de la misma edad.

—¿Supiste que Matt se fue a vivir solo?

—No, Thor no me ha dicho nada —comentó, frunciendo el ceño, mostrándose sorprendido.

—Lo decidió hace un par de semanas, y ahora Oscar pretende hacer lo mismo... Y la verdad es que no sé qué hacer para convencerlo de lo contrario. Algunas veces siento que las cosas se me salen de las manos.

—Cuando eres padre, no recuerdas que fuiste hijo —ironizó Reinhard.

—No voy a permitirlo, la única forma de que Oscar abandone el hogar, será sobre mi cadáver. Apenas va a cumplir dieciséis.

—A esa edad, te subiste a un avión y te fuiste a estudiar a Alemania.

—Es muy distinto, eran otros tiempos.

—Los tiempos de los padres, nunca van de la mano con los tiempos de los hijos. Siempre serán otros tiempos.

—No sé por qué siempre supuse que serías un abuelo alcahuete —masculló Samuel.

—Pero no lo es —comentó Liam—. Al menos, no conmigo.

—Liam, si sigues tentando a la suerte, creo que tendré una seria conversación con tu padre... Tal vez, en uno de esos momentos en los que me falla la memoria, le contaré que la mayoría de las veces que le pediste permiso para venir aquí los fines semana, terminabas desapareciendo.

— Avô, sabes que no hablo en serio. —Le pasó un brazo por encima de los hombros y le dio un beso en la mejilla.

Pasaron a la sala, donde conversaron por un largo rato, hasta que a Liam le tocó marcharse a atender algunos asuntos.

Samuel y Rachell aprovecharon para descansar, mientras que los niños prefirieron subir a divertirse en la piscina.

Al día siguiente, Elizabeth se levantó muy temprano, lo hizo antes de que sus padres se despertaran, porque estaba segura de que Samuel Garnett, encontraría una excusa para que no fuera a correr. Y el hecho de que ella estuviera de vacaciones, no era motivo suficiente para romper con su religiosa rutina.

Vistió un *short* rosado, que le llegaba justo al filo de las nalgas, dejando tremendamente expuestas sus largas y torneadas piernas; un *top* de licra, de un color gris pizarra; y unas zapatillas deportivas, con la misma combinación de tonos que la ropa.

Se recogió el cabello con una liga, y se aseguró de llevar todo lo necesario para mantenerse hidratada y entretenida mientras cumplía con su práctica.

La soledad y el silencio imperaban en la mansión, se paseó por la sala, atravesó la biblioteca y pasó por el salón que daba a la terraza trasera.

El día estaba bastante fresco y nublado, solo esperaba que no lloviera. Inhaló profundamente, llenándose los pulmones del aire fresco.

En ese instante, decidió que no correría por la propiedad, que se encontraba inmersa en la reserva natural, prefería un ambiente más seco, menos árboles y más compañía; quería sentirse definitivamente en Río.

Regresó a la casa, mientras buscaba en su teléfono móvil la aplicación para pedir un taxi que fuese

confiable, porque estaba segura de que su auto no estaba preparado para ser usado; no si llevaba casi un año confinado en el estacionamiento.

—¿Qué haces despierta tan temprano?

Elizabeth se sobresaltó, y por poco el teléfono se le escapa de las manos.

—¡Dios! ¡Renato! —exclamó en voz baja, sintiendo que los latidos del corazón la ahogarían—. Me has asustado. —Siguió manteniendo el tono de voz muy bajo.

—¿Acaso estás haciendo algo malo? —inquirió con una sonrisa pícara, que provocó que sus ojos azules brillaran.

—No, solo voy a correr. ¿Ya te vas a clases? —preguntó, acercándose un poco más a su primo; encontrando la oportunidad perfecta para que la llevara.

—Sí, debo darme prisa o llegaré tarde.

—¿Me llevas? —pidió, modulando la voz como la de una niña, al tiempo que guardaba su teléfono móvil.

—¿A clases? ¿Vestida así?

—No, por supuesto que no, Renatinho... Voy a correr de Leblon a Copacabana.

—¿Sola?

—Se te hace tarde, ¿me puedes hacer las preguntas en el auto? —Lo giró y lo empujó, para que avanzara hacia el estacionamiento.

—¿Le pediste permiso a tío Sam? —La miró por encima del hombro, mientras ese terremoto femenino lo llevaba a empujones.

—Sí, camina.

—¿Y te lo dio así sin más?

—No fue fácil, pero lo convencí —mintió.

Llegaron al lugar donde guardaban por lo menos una docena de autos; pero se notaba que había algunos a los que se les daban más uso que a otros.

Renato subió a su vehículo y lo puso en marcha. Él llevaba tres meses de haberse mudado definitivamente a la casa de su abuelo.

Le pareció realmente necesario, porque entre las clases de la universidad, su trabajo en el grupo EMX y el asesoramiento que Reinhard Garnett le daba, con el que lo preparaba para asumir la presidencia del grupo, se le iban los días.

Su abuelo no quería dejar en manos de otras personas el sueño por el que tanto había luchado, y él aceptó con gran honor la responsabilidad de hacerse cargo del imperio Garnett; ya que su hermano Liam, a pesar de trabajar con su padre en ARDENT, definitivamente, no sabía lo que quería en la vida.

Además, él no contaba con los amigos suficientes para que le recriminaran su falta de tiempo, que lo instaran a salir a divertirse; realmente nunca había sido una persona sociable, prefería limitar sus relaciones al mundo electrónico. Se sentía más seguro de esa manera.

Sus padres llevaban años reclamándole para que saliera más a menudo, hasta lo habían llevado a un psicólogo, cuando se dieron cuenta de su dependencia a los aparatos electrónicos. El muy hijo de puta, empeoró la situación, al diagnosticarle «nomofobia».

¿Qué podía saber él? Su problema no era estar necesariamente conectado a la tecnología; en realidad, él no veía problema en preferir las relaciones a través de las redes sociales y portales web.

Su madre pensaba que él no era verdaderamente feliz, solo porque optaba estar encerrado en su habitación, charlando por el teléfono o conectado a la computadora, antes que irse de fiesta. Como si ya no tuviese suficiente con Liam, ella quería otro casanova sociable empedernido.

Mientras el portón se abría, aprovechó para revisar su móvil.

—Si quieres puedo conducir, así revisas con tranquilidad tu teléfono. No quiero que terminemos

estrellándonos.

—Claro, y si nos estrellamos, cómo le explicarías a tío Sam que estabas conmigo y no durmiendo —comentó, sin desviar la mirada de la pantalla. Ya contaba con la habilidad de escuchar y atender lo que fuera que estuviese haciendo en internet.

Elizabeth se quitó el cinturón de seguridad y abrió la puerta del copiloto.

—Ya te dije que le pedí permiso.

—Sí, claro, por eso te asustaste cuando te encontré hace un rato.

—Renatinho, mejor quítate del volante, que hace un minuto el portón está esperando a que avancemos —pidió, al verlo sumido en el teléfono, vislumbrando la oportunidad de cambiar el tema.

Bajó y bordeó el vehículo deportivo.

Renato no se opuso, se pasó al asiento del copiloto y en poco tiempo Elizabeth hizo rugir el motor. Ella había heredado esa peligrosa y extraña fascinación por la velocidad, que poseían todos los hombres de la familia Garnett; todos menos él, claro. Renato era la excepción.

—¿Cómo te va con Luck...? Es así como se llama, ¿no? —preguntó, para cortar el silencio que repentinamente se había instalado en el interior del vehículo.

—Muy bien, me sigue haciendo feliz, como lo ha hecho desde que nos conocimos.

—¡Oh, qué lindo es el amor! —Se burló, soltando una carcajada socarrona.

Elizabeth se aferró con la mano izquierda al volante, y con la derecha le dio un puñetazo en la boca del estómago a su primo, arrancándole un jadeo al dejarlo sin aliento; sin embargo, él siguió riendo.

—Haré de cuenta que solo ha sido un comentario, provocado por esa intensa envidia que te corroe.

—Sí, la envidia me consume —ironizó, poniendo los ojos en blanco; y una vez más, su teléfono móvil lo incitaba desmedidamente.

—Cambiando de tema... —comentó ella, y él la miró, esperando que hablara, pero ella solo le dio una mirada breve y siguió mirando al frente—. No sé por dónde empezar...

—Suéltalo ya, Eli. ¿Qué quieres? —pidió, sonriendo como un tonto, por una estúpida noticia que vio en uno de los portales web, que comúnmente visitaba.

—Quiero volver a estudiar, deseo postularme para Harvard, y dejar por un tiempo, o tal vez definitivamente el modelaje, pero temo no contar con la capacidad intelectual para ser aceptada.

—Eli, eres una chica muy inteligente, eres astuta y perspicaz. Estoy seguro que fácilmente podrías ser aceptada. ¿Ya lo has hablado con mis tíos?

Elizabeth negó con la cabeza, mientras rebasaba a otro vehículo dentro del Túnel Zuzu Angel, provocando que repentinamente, a Renato se le subiera el corazón a la garganta.

—No, aún no... Es que no tengo idea de cómo conversarlo con ellos.

—¿Y qué estás pensando estudiar?

—Me gustaría ir a la escuela de derecho. —Casi lo susurró, como si se sintiera avergonzada de lo que acababa de decir.

—A tío Sam le van a explotar las pelotas de orgullo. Yo que tú ni lo pensarías, vas a tener el ingreso asegurado.

—Hay un problema...

—No estás segura de querer estudiar eso.

—Sí, por supuesto que lo estoy, solo que... Bueno, temo decepcionarlo; temo no ser tan buena como él. —Soltó un pesado suspiro, el estado de temor en el que se encontraba, no afectaba absolutamente en nada su manera endemoniada de conducir—. También temo romperle el corazón a mi mamá. Desde que tengo uso de razón, me ha inculcado el modelaje... Y ya le rechacé el ballet.

—Pero también ha aceptado tu pasión por la capoeira, la velocidad y los deportes extremos. No

creo que le afecte que decidas parecerle un poquito más a Samuel Garnett. ¿Qué te dice Luck?

—Que solo persiga mis propios sueños... Que no solo me limite a ser la creación perfecta de mis padres, solo por temor a decepcionarlos. Me ha invitado a romper las reglas.

—Bueno..., en cierta manera tiene razón. Aunque en el fondo, también veo que implícitamente, te está pidiendo que le des el regalito; si es que ya no se lo has dado.

—Renatinho, no te voy a contar nada...

—¡Se lo has dado! —aguijoneó, pinchándole un costado.

—Nos vamos a estrellar —advirtió, esquivando las cosquillas de los inquietos dedos de su primo, sin poder resistirse a reír.

—Ya imagino a tío Sam, colgándolo de las pelota mientras le dice: «Maldito, te has cogido a mi niña..., a mi tesorito» «¡Eres hombre muerto!» —Se burló, imitando la voz de Samuel.

—Papá no es así, solo cuida de mí, pero también me da libertad suficiente como para no recriminarle nada. Hasta ahora, he hecho con mi vida lo que he querido y cómo he querido. —Sonrió con añoranza, como si ante sus ojos pasaran los mejores momentos de su vida junto a Samuel Garnett—. Es el mejor padre del mundo, y por eso temo no ser la hija que se merece. Temo ser una abogada fracasada.

—No lo serás, el truco de los abogados está en discutir y siempre creer que tienen la razón; seguro que se te dará muy bien.

Elizabeth se mofó de mala gana ante las ocurrencias de su primo. Estacionó entre las avenidas Visconde de Albuquerque y Delfim Moreira.

—¿Cómo regresarás? —preguntó él, suponiendo que ese era el destino de Elizabeth.

—En taxi. —Le dijo, mientras observaba a través del retrovisor, con el dedo pulgar puesto en el comando integrado en el volante, esperando que ningún auto pasara para poder abrir la puerta.

—Ten cuidado, asegúrate de subir a uno que sea seguro, y solo por si acaso, estaré conectado. Pásame la ruta que harás, para seguir tu circuito minuto a minuto.

—¡Oh señor! ¡Estarás conectado! ¡Qué novedad! —Se burló—. Realmente no pongo en duda que me seguirás minuto a minuto.

—Agradece que invierta mi tiempo en seguirte, cuando podría estar prestando atención a la clase.

—Renatinho, gracias por el sacrificio. —Parpadeó rápidamente y soltó una carcajada.

Sabía que su primo prefería estar con la cabeza metida en el móvil, haciendo cualquier estupidez, antes que enfrentar el mundo real.

Aprovechó que no se acercaba ningún auto, pulsó el botón que abrió la puerta y bajó.

—Nos vemos por la tarde.

—Bien. —Cerró de un portazo.

Renato se pasó al asiento del conductor y puso en marcha el auto, para seguir hasta la Pontificia Universidad Católica de Río, donde estudiaba el último semestre de Administración.

Elizabeth atravesó la avenida, trotando, y se puso segura en la ciclo vía, que no solo era transitada por ciclistas, sino también por los que preferían correr o andar en patines y skate.

La calzada había sido destinada exclusivamente para quienes optaban por caminar. Siguió hasta el puesto número doce, donde se detuvo justo frente a la caseta blanca.

Subió a la mítica calzada con los típicos colores blanco y negro, que era uno de los grandes atractivos para los turistas.

Miró su reloj de pulsera y vio que faltaban diez minutos para la siete de la mañana. Ya el sol estaba en lo alto, el día nublado solo había sido una falsa alarma.

Las vías se encontraban abarrotadas, tanto de autos ocupados por personas que se dirigían a sus trabajos, como de todos los que elegían las mañanas para ejercitarse un poco y liberar las toxinas.

Buscó su teléfono móvil y le envió su circuito a Renato, como había prometido, adjuntándole una

carita feliz. Recibió su respuesta casi de inmediato, una manito con el pulgar arriba, en señal de que lo había recibido.

—Mierda —masculló al darse cuenta de que había dejado su botella de agua en el auto.

No se hizo problema por eso, porque ya estaban algunos puestos abiertos, donde podría comprar algo para hidratarse.

Para entretenerse, puso a reproducir música, aseguró su teléfono móvil en la banda elástica del brazo, se acomodó los audífonos e inmediatamente sus oídos fueron inundados por música electrónica.

Cada vez que la escuchaba, no podía evitar recordar ese día en que cumplió la mayoría de edad y lo celebró en el Tomorrowland, junto a sus padres y toda la familia Garnett, menos su abuelo y su tía Sophia, quienes se quedaron al cuidado de su pequeña hermana Violet.

Desde ese momento, asistir al festival se había convertido en un ritual que repetían cada año; y contrario a que la gente pensara que sus padres y tíos eran unos ridículos, los veían como unos modelos a seguir.

Estiró un poco las piernas, mientras ajustaba el cronómetro de su reloj de pulsera, para iniciar su rutina.

Empezó a trotar, sintiendo la brisa fresca de la mañana, acariciarla con la misma sutileza que lo hacían las miradas de algunos cariocas, que pasaban a su lado o venían de frente a ella.

Estaba totalmente acostumbrada al escrutinio masculino, no le molestaba, a menos que se pasaran de vulgares.

Suponía que tal vez, algunos la reconocerían, pero no se detenían a preguntarle si verdaderamente era la modelo Elizabeth Garnett.

Sonrió, mientras negaba ligeramente con la cabeza, recordando que tampoco era muy reconocida a nivel internacional, que en realidad, fuera de Nueva York, era una chica normal, a la que tal vez, reconocerían como hija de la afamada diseñadora Rachell Winstead.

En medio de una agradable bruma de tontos pensamientos y música, había recorrido el tramo de unos cinco kilómetros, hasta el puesto número ocho.

Poco a poco, fue reduciendo el trote, hasta detenerse. Compró una botella de agua y bebió un poco, mientras sacudía ligeramente las piernas, buscando relajar los músculos entumecidos.

En el tiempo de descanso, el sudor que había cubierto su cuerpo y pegado algunos cabellos al cuello, se volvió frío ante la brisa, provocándole una sensación realmente placentera.

Miraba a su alrededor y le gustaba lo que veía, en ninguna otra parte del mundo se apreciaba un espectáculo como ese; tantos hombres y mujeres perfectamente torneados, con pieles bronceadas, expuestas sin el más mínimo recato, al igual que ella, solo llevaban lo necesario para ejercitarse.

Era entonces cuando se sentía orgullosa de llevar sangre latina en sus venas, de contar con la intensidad avasalladora de los brasileños, pero también con un toque de delicadeza en sus rasgos, heredados de su madre.

Era una contradicción de rostro angelical y cuerpo voluptuoso, que no la había hecho merecedora de las pasarelas europeas, porque no estaba decidida a dejar su alimentación sana por una estricta dieta.

Lo menos que anhelaba era vivir esclavizada a un peso que la desdibujara.

Cinco minutos fueron suficientes para que descansara, salió de la sombra que le ofrecía el puesto *Pôr do sol*, y continuó con su trayecto, bajo el brillante sol de Río de Janeiro.

El aliento le sofocaba la garganta, quería detenerse para hidratarse; sin dudas, el cambio de clima le afectaba, pero no era prudente interrumpir de manera tan seguida y abrupta la rutina. Aunque sintiera una sed abrazadora y las sienes le retumbaran, seguiría un poco más.

El tramado con formas de ondas en pequeñas lajas de piedras blancas y negras, le anunciaba que

estaba en Copacabana, un poco más de la mitad de su recorrido, por lo que se alentó a seguir trotando.

Cuando por fin llegó a su destino, era toda latidos y sudor; podía jurar que estaba furiosamente sonrojada y despeinada.

Recuperaba despacio el aliento, mientras bebía pequeños tragos de agua, para después limpiarse con el dorso de la mano, el sudor que moleestamente le cubría la frente.

En ese momento el teléfono empezó a vibrar en su brazo, desde el comando de los audífonos, atendió la llamada.

—*Oi borboleta brasileira.* —Se dejó escuchar la voz de Luck al otro lado.

—¡Hola, guapo! Noto que estás practicando el portugués. —Sonrió ampliamente y caminó con lentitud, para resguardarse del sol, debajo de uno de los árboles que estaban frente al puesto número dos.

João Moreira se encargaba él mismo de llenar el tanque de su vehículo en la estación de Petrobras, que estaba diagonal al puesto número dos, mientras que el operador limpiaba el cristal delantero.

—Cobra, dame reales para el combustible, que el aventón no te saldrá gratis —pidió el moreno de ojos verdes, solicitándole dinero al amigo que ocupaba el puesto del copiloto.

—Ya lo suponía, contigo nada es gratis, Moreira —masculló, sacando varios billetes algo arrugados, de uno de los bolsillos delanteros de sus *jeans* negro, y se los plantó en la mano a su amigo, para seguir con toda su atención puesta en los papeles que tenía en las manos.

João pagó el servicio y subió.

—Ahora sí. —Encendió el motor y puso en marcha el auto—. Sin interrupciones, derecho a la misma mierda de todos los días... Avísame —pidió el paso de otros vehículos, para entrar de nuevo a la Avenida Atlântica.

—Ahora —aseguró Cobra, y al saber que se integrarían a la avenida sin problemas, volvió la mirada al frente, y fue en ese instante que la vio.

Su mirada gris se ancló insistentemente en ella, parada en la calzada; sonreía mientras hablaba sola. Estaba seguro de que no estaba loca, que simplemente conversaba con alguien por teléfono, con alguien que en ese instante la hacía feliz.

No lo podía creer, después de más de un año la volvía a ver; había regresado a Río.

Quiso pedirle a Moreira que se detuviera, o por lo menos que no pisara el maldito acelerador a fondo, como solía hacer, para poder admirarla un poco más, pero sencillamente los latidos enloquecidos de su corazón no le permitieron hablar.

Pasó junto a esa chiquilla, teniendo la certeza de que no estaba delirando, no la estaba imaginando; giró un poco el cuello, para que no se le escapara tan rápido a las pupilas; e intentaba grabársela en las retinas, como lo había hecho por años, manteniéndola constante, con todo y los cambios que poco a poco la convirtieron de casi una niña a mujer.

—Está buenísima. —Sonrió Moreira, captando la atención de Cobra, dejándole saber que se había dado cuenta de su interés por la chica—. Casi te sales por la ventana.

—Solo me pareció conocida. —Carraspeó y regresó la mirada a las hojas en sus manos.

João soltó una estruendosa carcajada.

—¿Que te pareció conocida? Ni en sueños, ni en otra vida vas a conocer a una mujer así.

—No hables mierda, Moreira —bufó, tratando de defenderse; aunque decidió guardar silencio.

Después de un par de minutos reviviendo ese efímero instante en que volvió a verla, no pudo evitar que algo parecido a una sonrisa aflorara en sus labios, un gesto que en él, era como el Cometa Halley.

En medio de un nostálgico suspiro, le dijo adiós a Luck; no sin antes prometerle que esa noche, antes de irse a la cama, lo llamaría.

Cuando la llamada llegó a su fin, de manera automática la música volvió a cobrar vida, retumbando en sus oídos.

Ya se había refrescado y descansado lo suficiente, por lo que emprendió su recorrido de regreso al punto de partida, donde se aseguró de subir a un taxi de confianza.

Al llegar a la casa, le inventó a su padre que había estado corriendo por los alrededores; procuraba mirarlo a los ojos mientras le mentía; a pesar de que él entornaba los párpados, escudriñando en sus pupilas, pretendiendo que estas le develaran sus secretos mejor guardados.

Cuando estaba niña él le descubría las mentiras, pero con los años, aprendió a ser más astuta que su padre; aprendió a creerse momentáneamente sus propias invenciones, para poder salir victoriosa.

Subió a su habitación, y mientras se deshacía de la ropa, puso a llenar el jacuzzi; prefería relajarse un poco antes de comer.

Complementar su esfuerzo matutino con la delicia de relajar en agua caliente su cuerpo.

Puso música, pero esta vez prefirió las placenteras notas de la Bossa Nova, para sumergirse en el espumoso líquido con aroma a mandarina.

CAPÍTULO 4

Decidió escaparse una hora antes de cumplir con su horario laboral, salió del gran edificio en la Avenida Gomes Freire, y como era de suponerse, a esa hora el tráfico era un caos.

Sabía que irse en taxi le llevaría más de una hora llegar a su anhelado destino, por lo que inmediatamente desechó esa opción y se decidió por uno de los transportes públicos.

Llevaba mucho tiempo sin subirse al metro, hasta juraba que había olvidado qué líneas tomar, pero eso no significaba gran problema para él.

Al entrar a la estación Carioca, se sacó el móvil del bolsillo de los *jeans* que llevaba puesto, y buscó el número del mecánico.

—Alves, quiero buenas noticias. —Casi exigió, mientras bajaba las escaleras casi corriendo, para que no se le pasara el tren subterráneo.

—Cobra, mañana por la tarde la tendrás lista, está quedando como nueva.

—No me interesa que quede como nueva, solo la necesito. Hace una semana que te la llevé y me aseguraste que en dos días la arreglarías.

—Siempre se presentan inconvenientes y te lo dije...

—Estoy siendo comprensivo. —Cortó las explicaciones de Alves, su mecánico de confianza—. Paso por ella mañana en la tarde.

—A las cinco —pidió el hombre al otro lado de la línea.

—Está bien, saluda a la familia.

—Lo haré con gusto.

Cobra finalizó la llamada y mientras se guardaba el móvil, tuvo que correr para que no se le pasara el tren.

No quería esperar el otro, solo quería llegar a su destino cuanto antes; y cerciorarse de que lo que había visto por la mañana, no era producto de su imaginación.

En el vagón le tocó ir de pie, aunque tampoco se preocupaba mucho por encontrar un puesto; y aferrado a la barra de acero, aprovechó para mirar en el mapa interno dónde tenía que hacer el cambio de línea.

Mientras una mujer se le pegaba y lo rozaba más de la cuenta. Disimuladamente la miró por encima del hombro, estaba seguro de que no iba a robarle, que seguramente solo quería rozarle el culo.

Extraño fetiche el de las mujeres, algunas solían ser más perversas y arriesgadas que los hombres.

Con cada estación, el vagón se llenaba más; y la osada mujer aumentaba los roces; tanto, que podía sentir que la pesada respiración femenina, traspasaba la camiseta de algodón negra que llevaba puesta.

Cuando la miraba, ella intentaba mostrarse apenada por el excitante momento, pero realmente se lo estaba gozando; estaba seguro de que mucho más que él.

En otro momento se habría volteado y coqueteado con la aventurada desconocida, pero en ese instante su concentración estaba dirigida a otra parte, y no a su infalible amigo entre las piernas.

Después de seis estaciones, en medio de roces, algunos malos olores mezclados con perfumes; después de conversaciones sin sentido, ronquidos, risas y llantos de niños, bajó en Botafogo, para hacer la transferencia de línea.

Cambió de tren y en cada una de las cuatro estaciones restantes, miraba la hora en su reloj de pulsera, hasta que por fin bajó en la General Osorio.

Estaba seguro que tomar un autobús le llevaría mucho tiempo, por lo que prefirió caminar, estaba realmente acostumbrado a hacerlo.

Con contundencia apresuraba el paso, sintiendo la brisa de la costa refrescarle el rostro, asimismo los latidos del corazón se le aceleraban con cada paso.

Por fin había llegado a su destino en Leblon, ahí, al otro lado de la calle, estaba la famosa y prestigiosa tienda de tres pisos, que ocupaba una cuadra, totalmente de cristales transparentes.

Dejando a la vista de cualquier persona que transitara por el lugar, las ostentosas prendas de la mundialmente reconocida marca: Winstead.

Esa firma se había convertido en la preferida para la élite femenina brasileña y de otras partes del mundo.

Inhaló profundamente para llenar sus pulmones, mientras luchaba contra los palpitos que le ahogaban la garganta.

Con su atenta mirada, recorrió cada piso, buscando entre las mujeres que se paseaban distraídamente entre los aparadores; él solo necesitaba ver a una, solo una lo había llevado hasta ese lugar.

Después de media hora tratando de no levantar sospechas sobre su dudosa estadía, vio a la dueña, quien conversaba con varias mujeres. Sus pupilas se movieron desesperadamente, en busca de su único objetivo, pero después de esperar por mucho más tiempo, no la vio.

Ver a Rachell Garnett en ese lugar, le daba la certeza de que su extraña y sublime obsesión, se encontraba en Río, pero que en ese preciso momento, no estaba en la tienda.

En contra de sus deseos, decidió marcharse, solo esperaba verla una vez más.

El atardecer pintaba de un intenso naranja a toda la ciudad, bajó un par de calles hasta la calzada; caminaba distraídamente con el sol ocultándose a sus espaldas, tras el Morro Dois Irmãos, cuando su móvil vibró en el bolsillo donde lo había guardado, al ver quién lo llamaba, no dudó ni un segundo en responder.

—Parca.

—Cobra, en dos horas roda en Alemão, ¿cuento contigo?

—No tienes que preguntarlo, voy camino a casa. Me ducho y salgo para allá. —Aprovechó un taxi desocupado y lo mandó a parar; debía darse prisa si quería llegar a tiempo.

—Te esperamos en el mismo lugar. —Le respondió el otro con una voz gutural y contundente.

—Ahí estaré. —Finalizó la llamada y subió al vehículo.

En medio de la adrenalina que lo recorría internamente, le dio la dirección al taxista.

La Capoeira era esa parte que le daba razón a su existencia, lo rescataba de los caóticos momentos en que recordaba lo difícil que era su vida de mierda, los problemas personales, las obligaciones que día a día aumentaban.

No era un hombre completamente amargado, pero estaba tan jodido, que en más de una oportunidad pensó lanzarse del puente de Niterói.

Luchar contra sus oponentes, que después de cada encuentro seguían siendo amigos, le ayudaba a liberar esa tensión que se le posaba sobre los hombros como toneladas de cemento.

Bajó del taxi y al entrar a su apartamento empezó a desvestirse, caminando hacia el baño; debía apresurarse.

Después de media hora volvía a salir del edificio, llevando consigo lo necesario para protegerse, maldiciendo tener que trasladarse en transporte público.

Parca era un afrobrasileño, tan oscuro como la noche más cerrada; dueño de unos ojos casi malignos; tenía más de dos metros de estatura. Lo alto e impenetrable de su apariencia le daban el aspecto de una muralla.

Esperaba a Cobra en la esquina de siempre, junto a doce hombres más, quienes conformarían la

roda y desbordarían adrenalina, en medio de los corridos y las acrobacias, poniéndole sentido a esa noche cargada de humedad.

Asistir por lo menos a tres rodas por semana, en algunas favelas, era lo que avivaba esa pasión por el arte en el hombre de ojos grises y cabello cobrizo.

Él estaba seguro que desde los catorce años, se metía a los lugares más peligrosos de la ciudad, en busca de los mejores contrincantes de capoeira.

Donde había hecho amigos realmente fieles, ya muchos lo conocían; se había hecho una pequeña fama y ganado el respeto; al menos para no ser blanco fácil para los delincuentes.

Le veía la cara día a día al peligro, a la muerte, con la que inevitablemente tenía una relación muy estrecha; y a pesar de todo lo tenebroso que pudiera ser, se la llevaba muy bien con ella.

Los jóvenes se saludaron con abrazos, palmeándose con fuerza las espaldas; se quitaron las camisetas, los zapatos y formaron la roda.

Parca se apoderó del Berimbau e inició el corrido, dándole vida a la lucha que derrochaba testosterona. Algunas personas, atraídas por la curiosidad, se acercaban a ver la contienda que se llevaba de manera respetuosa, aunque no hacían falta las palabras soeces ni las burlas.

El polvo amarillento se levantaba, ensuciando los pantalones de capoeira, ya curtidos por el tiempo de uso en terrenos como esos, y el sudor emanaba por cada poro de esas pieles bronceadas y tostadas, hasta que las gotas caían al suelo.

Dos horas no eran suficientes para que Cobra drenara toda la energía que por dentro lo revolucionaba, pero debían regresar a sus hogares, ya que las obligaciones de todos empezaban a primera hora de la mañana y debían cumplirlas.

CAPÍTULO 5

Elizabeth era recibida en la academia de capoeira en medio de un fuerte y constante aplauso, no podía evitar sonrojarse ante la muestra de cariño por parte de sus compañeros y el mestre, quienes habían decorado el lugar con varios colgantes de mariposas.

Aunque asistía a una academia en Nueva York, jamás la compararía con la calidez que la embargaba cada vez que visitaba a su gente en Río.

—*Borboleta, Borboleta* —coreaban felices.

El mestre abrió los brazos para recibirla con un abrazo y una gran sonrisa.

—Bienvenida. —Le dijo con sinceridad, mientras la estrechaba con gran partencia y le daba un beso en cada mejilla.

—Gracias mestre, estoy muy feliz de estar de vuelta.

—Debes venir más seguido, solo son nueve horas de distancia.

—Quisiera, pero algunas obligaciones me lo impiden.

—Comprendo, no debe ser fácil ser una modelo tan cotizada. —Sonrió, dejando al descubierto su perfecta dentadura blanca, que relajaba ese rostro negro que incitaba al respeto—. Y tu padre, ¿por qué no vino?

—Me trajo, pero estaba algo apurado. Volverá a recogerme en tres horas y prometió entrar a saludar.

—Sigue pensando que eres esa niña que se debe llevar y buscar al colegio.

—No lo supera. —Elevó ambas cejas y sonrió.

Otavio se hizo a un lado para que Elizabeth saludara a sus compañeros, de toda la vida, los que habían aprendido junto a ella todo el arte de la capoeira.

Elizabeth los abrazó uno a uno, hasta que llegó a un hombre al que nunca antes había visto. Él la había estado mirando desde que entró al lugar.

—Hola —saludó, tendiéndole la mano, ofreciéndole amistad y respeto.

—Hola, soy Paulo... Y soy prácticamente nuevo en la academia.

—Paulo lleva un año asistiendo, desde que se mudó a Río —intervino el mestre.

—Soy de Minas, es un placer. —Sonrió, aferrado al cordial apretón en la delicada mano de la chica.

—Mucho gusto Paulo, soy Elizabeth. Bienvenido —dijo con total sinceridad, anclando la mirada en los bonitos ojos grises que curiosamente brillaban.

—Gracias, es un placer conocer a la famosa borboleta. —Le regaló una sonrisa sensualmente torcida.

A Elizabeth le gustó ese gesto que derrochaba seguridad, admitía que Paulo era realmente atractivo. El poco cabello que se asomaba en su cabeza casi rapada, sus pestañas y las cejas, no le dejaban duda de que era castaño muy claro, pero con unos rasgos muy fuertes y pronunciados; unos labios gruesos, común en los afrobrasileños, pero con una nariz recta. Sin duda podía jurar que era una mezcla extraordinaria entre brasileño y europeo.

—Bueno, como apenas se conocen, vamos a iniciar la roda con Elizabeth y Paulo —pidió el mestre, que al igual que al resto de los compañeros de la academia, no pasó desapercibida la química que surgió entre ambos.

—Paulo, te recomiendo que te prepares, porque vas a enfrentar a la mejor capoeirista —dijo uno de los chicos.

Elizabeth se sonrojó un poco, no podía controlar sus reacciones ante los cumplidos masculinos,

aunque ese fuese su día a día.

—Entonces no te dejaré ganar. —Se mordió ligeramente el labio y sonrió, desplegando seducción a raudales.

—No tienes que hacerlo. —Retrocedió un paso, al tiempo que se quitaba la camiseta, quedando con el *top* de *spandex* blanco, que tenía el logo de la academia sobre el pecho, dejando al descubierto su torso marcado, producto de todos los deportes y bailes que practicaba.

Se acuclilló para quitarse las zapatillas deportivas e inevitablemente su mirada se desvió un poco hasta los dedos de los pies de Paulo, que se asomaban por el pantalón de capoeira; le gustó lo que vio, eran limpios y tenía las uñas muy cuidadas.

Tragó saliva y se dio prisa, casi jadeó de placer al sentir el frío parqué bajo sus pies.

La roda empezó a formarse una vez más, ya que se había roto en el momento que Elizabeth llegó.

Mientras cada uno se ubicaba en su puesto, formando el círculo humano, ella sacudía las piernas y movía los hombros en forma circular, para relajarse y calentar los músculos.

Paulo vestía su uniforme de capoeira, pero le había quitado el cuello a la camiseta y eso lo hacía lucir más atrayente que el resto; se podía apreciar fácilmente sus fuertes pectorales y un trapecio perfectamente formado.

Otavio le dio vida al instrumento de cuerda, iniciando el ritual.

—Dia que eu amanheço, dia que eu amanheço. —Las palmas acompañaron al coro de los capoeiristas, al que se le sumaron los retumbes constantes del atabaque.

Elizabeth y Paulo entraron al círculo, donde se apegaron a las reglas establecidas.

Él dio el primer ataque, pero Elizabeth lo esquivó de forma magistral al bajar su cuerpo, aprovechó la altura de él, estiró la pierna, y en medio de un giro lo barrió.

Paulo supo mantener el equilibrio, mientras el corrido le ponía ritmo, indicando que debían ir más rápido.

Aunque él era contundente, rápido y contaba con muy buena técnica, no poseía la malicia de Elizabeth y la ligereza con que ella se movía por el círculo.

Entró Manoel, el Camaleão, dejando por fuera a Paulo, quien debía respetar las reglas y aceptar la derrota, al menos en ese primer encuentro. Aprovechó su postura en la roda para mirar con mayor detenimiento a Elizabeth, quien le había llamado desmedidamente la atención desde el instante en que entró al lugar.

Después de tres contrincantes, Elizabeth salió por decisión propia. En más de una oportunidad cruzó miradas con Paulo, y sonrieron.

Justo en el momento que la roda se rompió, cuando terminaron, él se acercó a ella.

—¿Puedo invitarle alguna bebida a la vencedora? —Se acercó a ella con sus manos en los bolsillos del pantalón blanco.

—No es necesario. —Sonrió, sonrojada por el esfuerzo del ejercicio y por la cercanía de ese hombre que exudaba seguridad y sensualidad—, pero no me negaré a recibir mi recompensa, solo si me dejas ofrecerte una bebida como premio de consolación.

—Tu compañía será mi mayor galardón —aseguró, acercándose un poco más—. Voy por mis zapatillas.

—Está bien. —Elizabeth caminó hasta donde estaban sus cosas en el suelo y se calzó. Decidió no ponerse la camiseta, porque aún estaba sudada.

Paulo regresó en menos de un minuto y se la encontró en el momento que se volvía a recoger el cabello.

—Vamos —dijo él, reteniendo las ganas de ponerle la mano en la espalda para guiarla.

Dejaron atrás una estela de murmullos y risitas, a diferencia de un par de chicas, quienes habían puesto su total atención y deseo en Paulo. Inevitablemente, Elizabeth llegaba despertando celos y

resentimiento en Celina y Priscila.

Salieron del gran salón, e inmediatamente la pureza de la naturaleza les daba la bienvenida. El exclusivo club, se encontraba estratégicamente ubicado en el parque Nacional de Tijuca, muy cerca del Jardín Botánico.

Elizabeth inhaló profundamente para llenarse los pulmones, percibiendo un ligero aroma a lluvia, por lo que elevó la cabeza para poder ver a través del espeso follaje de los altos árboles, y fijarse si había nubarrones, pero el cielo estaba totalmente despejado.

—Y bien, ¿quién es Elizabeth o Borboleta? —preguntó Paulo, y a cada paso que daba se acercaba más a ella, casi hasta rozarla con su hombro, mientras admiraba el hermoso perfil de la chica.

—Supongo que sabes quién es la Borboleta. —Miró de soslayo al alto y fornido hombre que caminaba a su lado.

—Hasta ahora he comprobado que es la mejor capoeirista, pero no pretendo que lo sea por mucho tiempo. Voy a esforzarme lo suficiente para arrebatarse ese título.

—Espero que tengas suerte con eso. —No pudo evitar derrochar seguridad. Era buena en Capoeira y lo sabía, era por eso que secretamente anhelaba a alguien que de verdad le diera la pelea, que la llevara al límite y le ganara; que le ganara de verdad y no que ella le permitiera hacerlo.

—Lo haré, voy a convertirme en tu mayor reto —prometió, sin dejar por un segundo de sonreír seductoramente—. ¿Quién es Elizabeth? ¿Por qué nunca antes habías venido a la academia?

—Supuse que eso lo sabías. —Subieron una escalinata que tenía las barandas cubiertas por hiedras florales, donde el rosado de las diminutas flores se mezclaba con el verde intenso.

—No soy de los que les gusta hacer muchas preguntas —comentó, abriéndole la puerta de la pequeña cafetería, que por fuera parecía ser un invernadero.

—No lo parece. —No pudo evitar sonreír y bajar la mirada, realmente se sentía atraída por ese chico, como nunca lo había estado por otro, y eso la hacía sentir extraña.

—Disculpa si parezco algún detective, o peor aún, un psicólogo. Solo quiero conocerte un poco más. Me interesó saber quién eras desde el instante que atravesaste la puerta del salón.

Elizabeth carraspeó ante la extraña confesión de Paulo e inevitablemente le esquivó la mirada, sintiéndose tonta.

Él comprendió que la había incomodado un poco, por lo que prefirió de momento, cambiar la conversación.

—¿Quieres algo de tomar o prefieres comer? —Caminó hasta la barra del café, decorado como si de un invernadero se tratara.

—Un açai, gracias. —Una sonrisa tímida afloró en sus labios y se obligó a mirar a la chica que atendía en el lugar.

Paulo le parecía atractivo y seductor, eran cualidades que a ella le mandaban la seguridad al lodo.

—Dos açai, por favor —pidió y pagó.

La chica les dijo que se ubicaran en una de las mesas, que ellos se encargarían de llevarles las bebidas.

Paulo la guio hasta la mesa más alejada, pegada a la pared de cristal. Afuera había un par de monos, haciendo divertidas muecas en las ramas bajas de algunos árboles.

—Vine de vacaciones, vivo en Nueva York.

—Pero dominas perfectamente el portugués.

—Bueno..., soy brasileña, pernambucana. Nací en Noronha.

—Naciste en el paraíso —aseguró con una gran sonrisa.

—Eso dicen mis padres. Mi papá es brasileño y mi mamá norteamericana. Y cada año venimos a pasar las vacaciones aquí.

—¿Y la Capoeira? ¿De dónde nació esa pasión? —Apoyó los codos sobre la mesa y se acercó más

a ella, demostrándole toda su atención.

—La llevo en la sangre. Mi abuela era capoeirista, mi papá también lo es.

—¿Es mestre?

—No, nunca vio la capoeira como una profesión, es... —Iba a decirle que era el Fiscal General de Nueva York, pero prefirió obviar ese pequeño detalle. No quería que Paulo huyera y la dejara sola con el açaí que acababa de llegar—. Es abogado. ¿Y quién es Paulo? —preguntó, bajando la mirada al espeso líquido de color casi vino, decorado por una ramita de menta y granola.

—Viví en Minas Gerais hasta el año pasado, decidí venir a Río a estudiar. Mi padre es alemán y mi madre es una diosa de ébano.

Elizabeth comprendió que no se había equivocado en la exótica mezcla de Paulo.

—¿Y qué estudias? —Se relamió los labios un poco para saborear su açaí.

—Seguramente tendría largas conversaciones con tu padre, estudio Derecho en la Pontificia Católica.

La mirada de Elizabeth se iluminó, suponía que Paulo sería un buen candidato a novio, aceptable para Samuel Garnett.

—Tengo un primo que estudia allí, Administración.

—Seguramente lo conozco.

—Estoy segura de que no. No es muy sociable. —Elevó ambas cejas, consciente de que a Renato no le gustaban las relaciones públicas—. ¿Desde cuándo practicas capoeira? —curioseó, pues se había dado cuenta de que Paulo no era un experto.

—Hace unos tres años. Antes practicaba más el baile.

—¡Eres bailarín! —ironizó, hundiendo la cucharilla en el açaí.

El soltó una carcajada ronca y putamente sensual, que provocó que el corazón de Elizabeth diera un vuelco, y un extraño abismo se abriera en la boca de su estómago.

—No precisamente bailarín, no era algo profesional... No del todo —explicó, sonrojado.

Ella no sabía si se había sonrojado porque lo había intimidado o simplemente había sido por la carcajada.

—Realmente, amaría que fueses bailarín —declaró con total sinceridad, se llevó la cuchara a la boca y saboreó el cremoso açaí—. Me encanta bailar.

—He dicho que no soy bailarín profesional, pero no que no sepa bailar, mucho menos que no me guste. Te lo puedo demostrar mañana, te llevaré a una disco.

—Eh... eeh. —Empezó a tartamudear, no sabía cómo negarse o si realmente quería declinar esa tentadora invitación; por segundos imaginó que Paulo podría ser ese hombre que realmente supiera bailar salsa o kizomba—. Déjame pensarlo. —No se atrevió a aceptarlo ni tampoco a rechazarlo, porque no quería arrepentirse de una decisión tomada a la ligera.

—No tienes nada que pensar, solo vamos a bailar y ya. —La miró a los ojos, quedándose por mucho tiempo con sus pupilas ancladas en las de ella—. Debes aprovechar las vacaciones.

—Es que mañana regresan de viaje mis primas... Bueno..., mis tías.

—¿Primas o tías? —inquirió, pensando que Elizabeth le estaba dando la más absurda de las explicaciones.

—Es algo complicado. —Suspiró y volvió a probar de su delicioso açaí—. Por parte de mi mamá son mis primas, pero por parte de mi papá son mis tías.

—Es complicado. —Exageró, pegándose al espaldar de la silla, brindándole un poco de espacio a la chica, a la vez que se mostraba tentador y relajado.

—Sí —asintió, sonriendo—. Es muy complicado.

En ese momento entraron dos capoeiristas más y se ubicaron en la mesa que estaba detrás de Elizabeth, no sin antes saludar a la pareja que se había escapado justo al terminar la roda.

—No me arriesgo a ir —comentó uno de los chicos en voz baja, reanudando la conversación que mantenían—. Es una favela y no pisaría Rocinha ni porque vaya a estar el mismísimo mestre Bimba reencarnado.

Esa pequeña parte de la conversación no escapó de los oídos de Elizabeth, quien se obligó a mantener su atención en cada una de las palabras de Paulo, pero también estaba atenta a lo que se secreteaban Bruno y Fabio.

—Dicen que son los mejores y que se reunirán mañana por la tarde.

—No, no. —Bruno negaba con la cabeza, pero internamente su pasión latía. Sabía que no podía comparar a sus compañeros de élite con los desalmados capoeirista forjados en las favelas, donde la violencia era el ingrediente principal de sus rodas.

En la cabeza de Elizabeth hacía eco: «los mejores», y el corazón le latía desaforado. Quiso proponerle a Paulo que se arriesgara a acompañarla, pero estaba segura que le diría que no, y tampoco pretendía demostrar que estaba pendiente de la conversación de sus compañeros.

La puerta de la cafetería se abrió una vez más, y la imponente presencia de Samuel Garnett irrumpió en el lugar.

Elizabeth se removi6 en la silla, sintiéndose algo inquieta; e internamente suplicaba que su padre no le espantara a Paulo.

—Debo irme, mi padre ha venido por mí —dijo, levantándose.

—No tengo tu número de teléfono, ¿cómo sabré si has pensado en ir a bailar? —También se levantó.

—Puedo buscarte en alguna red social y enviártelo por privado. —Prefirió que fuese de esa manera, porque si su padre veía que le estaba dando su número de teléfono a un hombre al que apenas llevaba un par de horas conociendo, le reclamaría su falta de prudencia.

—Paulo Morais, no lo olvides —pidió, andando un paso detrás de ella.

—No lo olvidaré —comentó con ganas de detenerse y preguntarle qué demonios hacía siguiéndola—. Papá —saludó, percatándose de ese bendito ceño fruncido de su padre, el que gritaba desconfianza.

—Buenas tardes —saludó Paulo.

—Buenas tardes —correspondió Samuel con una evidente mirada de recelo.

—Papá, él es Paulo. Creo no lo conoces, porque apenas lleva un año en la academia —explicó Elizabeth, colgándose del brazo de Samuel.

—Mucho gusto, señor. —Le tendió la mano, mostrándose amable.

—Bienvenido, es un placer. —Recibió el gesto afable del joven y desvió la mirada a su hija—. Es hora de irnos, tu madre está esperando. —Volvió a mirar a Paulo—. Recuerda que la capoeira es una disciplina que debes practicar todos los días. Hasta luego. —Lanzó el consejo e inmediatamente se despidió.

Elizabeth no lo podía creer, su padre se había portado amable con Paulo, y eso que no sabía que también estudiaba derecho. No pudo evitar sonreír.

—Eso hago, señor.

—Adiós Paulo, fue un placer vencerte. —Se vanaglorió delante de su progenitor.

—Prometo mejorar y ser un contrincante a tu altura.

—Eso espero.

Caminó junto a su padre hacia la salida, pero se aventuró a mirar por encima de su hombro a Paulo, y pudo entender claramente cuando él gesticuló: «No olvides contactarme», y le guiñó un ojo, provocando que sus rodillas empezaran a temblar. Le sonrió en respuesta y volvió la mirada al frente.

CAPÍTULO 6

Ya era pasada la medianoche y Elizabeth estaba acostada, pero su rostro era iluminado por la luz del teléfono móvil, mientras sonreía como una tonta ante las ocurrencias de Paulo.

Era el hombre más adorable y divertido que alguna vez hubiese conocido, era tan espontáneo y seductor al mismo tiempo, que no podía dejar de conversar con él.

Había aceptado su invitación de ir a bailar, estaba segura de que su padre no la dejaría salir sola, pero afortunadamente, faltaba muy poco para que Hera y Helena llegaran, y por experiencia sabía, que escaparse con ellas no resultaba ningún inconveniente.

—Debo dormir —murmuró ella—. Hasta mañana.

—Aún es temprano, pero te dejaré descansar para que mañana tengas energías suficientes, porque vamos a bailar toda la noche. —Su voz algo ronca y pausada le arrancaba suspiros a Elizabeth.

—Espero que tu destreza para el baile sea mucho mejor que para la capoeira. —Soltó una risita divertida, sintiéndose tan bien con esa química que inmediatamente había estallado entre ellos.

Violet empezó a removerse en la cama de al lado, por lo que Elizabeth se cubrió con las sábanas para que el resplandor y los murmullos no despertaran a su hermanita.

—Mañana saldrás de dudas. —Fue la respuesta de Paulo—. Espero que duermas bien.

—Igual, que tengas dulces sueños. —Le pareció que esa despedida fue algo tonta, pero ya era demasiado tarde.

Recibió varios emoticones de besos y abrazos, y ella le envió de vuelta otros parecidos.

Puso su teléfono sobre la mesa de noche que dividía las dos camas, se mordió el labio y sonrió, presintiendo que esas vacaciones serían inolvidables.

De manera repentina recordó la conversación de Bruno y Fabio, y las palabras: «los mejores», taladraban con mucha fuerza en su cabeza.

Eran hombres que habían aprendido capoeira en las calles de las favelas, que tal vez la usaban como defensa, como lucha y no como un deporte elitista. No para formarse un buen cuerpo como lo hacían todos sus compañeros de la academia.

Los hombres de las favelas no habían tergiversado el sentido de la capoeira, y ella se moría por remontar a la verdadera esencia de eso que tanto le apasionaba.

Empezó a dar vueltas en la cama y en varias oportunidades agarró el teléfono con la firme convicción de escribirle a Paulo, para proponerle que la acompañara; o en el peor de los casos, a condicionarlo de que si quería que fuesen a bailar, debía llevarla a esa favela, pero en todos los intentos terminó por desistir, no quería ponerlo en riesgo.

—Los mejores —murmuró con añoranza y con la mirada en el techo.

Admitía que le daba miedo entrar a una favela, que era arriesgar su integridad, pero era más poderosa la excitación que en ella despertaba la idea de combatir con desconocidos.

Tres de la mañana y ella seguía pensando en la posibilidad de poder ir a esa roda en Rocinha, pero sabía que sola era imposible.

Resopló ante la molestia de no poder conciliar el sueño, de un tirón se quitó las sábanas y salió de la cama, para ir en busca de un poco de agua o de algo que le ayudara a dormir.

Todas las luces estaban apagadas, y las sombras provenientes del jardín que atravesaban los cristales danzaban en el lugar, brindando una sensación de sosiego.

En su paseo hacia la cocina, vio un resplandor que se colaba por debajo de la puerta del despacho.

—No es raro que Renato olvide apagar las luces —murmuró, negando con la cabeza. Se dirigió al lugar y sin llamar abrió la puerta.

Suponía que en el lugar no había nadie, pero su sorpresa fue desmedida cuando vio a su primo tras el escritorio, sonriéndole a la pantalla, mientras se desabotonaba la camisa del pijama.

Él se sobresaltó ante la inesperada interrupción y bajó de manera violenta la tapa del portátil, se puso de pie y empezó a abotonarse la camisa.

—¿Qué haces Renatinho? —inquirió, sorprendida, pero no pudo evitar seguir hasta su primo.

—Nada... ¿Qué haces despierta a esta hora? —interrogó Renato, sin poder ocultar el nerviosismo que lo embargaba.

—No podía dormir... ¿Acaso estabas en una sesión de sexo cibernético?

—No es tu problema, largo de aquí. —Caminó, sacándola del despacho.

—Renato, no tienes que recurrir a eso, hay muchas chicas que sin dudar lo se meterían en tu cama.

—Ve a dormir, no necesito de tus consejos de primita entrometida.

—Está bien, está bien. Te dejo para que te masturbes frente a una extraña que podría grabarte y colgarte en una página gay.

—Elizabeth, eres una señorita, no hables de esa manera o se lo diré a tío Sam.

—Me largo, pero no porque me dé miedo que puedas decirle a mi papá que soy una señorita que habla de sexo sin pelos en la lengua, sino para que sigas con tu cita.

—Te aseguro que tendrías problemas.

—Creo que tú tendrías más problemas que yo, si Avô se entera de las «otras» funciones que le estás dando al despacho.

—Lo haces y te arranco la lengua... Fuera de aquí —masculló y le cerró la puerta en la cara, pero ella volvió a abrirla y asomó medio cuerpo.

—Ya me voy, que tenga buenas noches, «manos ligeras». —Soltó una risita, cerró la puerta y se marchó.

En medio del letargo que la sacaba del sueño, escuchó a sus padres murmurando y se removió entre las sábanas revueltas, quería seguir durmiendo porque no había conseguido quedarse dormida sino hasta casi el amanecer.

—No podemos llevarte, pero regresaremos por la tarde...

—Papi, quiero ir... —protestó Violet en voz bajita.

—Mi amor, son cuestiones de trabajo, seguro terminarás fastidiada en la boutique, y tu padre no podrá dejar lo que esté haciendo solo por traerte —intervino Rachell, quien se había sentado al borde de la cama.

—Mami, si vinimos de vacaciones y todavía no he ido a la playa. No quiero estar encerrada. —Hizo un puchero y los hermosos ojos azules se le llenaron de lágrimas.

—Amor, pero si solo llevamos dos días aquí —argumentó Rachell.

—Pero papi me dijo que en las vacaciones no iban a trabajar y que aprovecharíamos todos los días. —Le recordó anclando los ojos llorosos en Samuel.

—Será solo por hoy, prometo que a partir de mañana te llevaré a pasear —dijo Rachell sujetándole una mano—. Le diré a la tía Sophie que te lleve a comer helado de maracuyá. —Le regaló una tierna sonrisa, al tiempo que atrapaba una lágrima que corría por la sonrojada y pecosa mejilla de su hija.

—No quiero helado de maracuyá. —Sorbió las lágrimas.

—Pero si es tu preferido, ¿o prefieres de coco? —Samuel trataba de consentir y al mismo tiempo consolar a su niña.

—No quiero helado, quiero ir con ustedes.

—Violet, no podemos llevarte, lo siento, pero debes comprender que tu mami necesita trabajar y yo debo ayudarle con algunas cosas.

—Es mejor que se vayan —intervino Elizabeth con la voz algo ronca—. Solo los está manipulando.

—No los estoy manipulando, solo quiero que me lleven o se queden.

—Peor aún, eso es coacción.

—No hables como papi —reprochó en medio de un sollozo.

—Violet, no le hables así a tu hermana, respétala. Ya no eres una bebé y debes comprender que tengo cosas importantes que hacer —reprendió Rachell.

—Siempre tienen cosas importantes que hacer. —Se lanzó a la cama y se echó a llorar, cubriéndose la cabeza con la almohada.

Samuel iba a consolarla, tal vez a cargarla, pero Rachell con un gesto le pidió que no lo hiciera.

—Amor, regresaremos por la tarde. —Rachell miró a Elizabeth, quien salía de la cama—. Por favor, compórtense y no discutan. Oscar aún está dormido, así que no vayan a molestarlo. —Casi suplicó.

—Es normal que la marmota duerma hasta mediodía. Es mejor que se vayan, ya se le pasará el ataque de «préstenme atención».

Samuel se guardó las ganas de acariciarle la espalda a Violet, era consciente de que solo empeoraría el estado de su hija menor. Caminó hasta Elizabeth y le dio un beso en la frente.

—Trataremos de regresar antes de las cinco, y por la noche los llevaremos a comer fuera... Cuídate.

—Ve tranquilo papá, y disfruten de su sábado. —Le guiñó un ojo en un gesto cómplice—. Tómense todo el tiempo que necesiten.

—Ojalá nuestra salida fuese en plan de lo que estás pensando, «mariposa traviesa».

—No puedes probar que estoy pensando lo que tú crees. —Sonrió y le plantó un beso en la mejilla.

—Vamos, vamos, que se nos hace tarde —apresuró Rachell, quien le dio un beso a Elizabeth antes de salir.

Violet hizo más fuerte el llanto, para que sus padres a último momento reconsideraran su decisión, pero por más que lloró, no consiguió su objetivo.

Elizabeth se fue al baño y después de media hora, salía con el albornoz.

—Vi, ve a bañarte.

—No quiero..., no quiero. —Seguía con la cabeza bajo la almohada.

—Tenía pensado que nos fuéramos al gimnasio a bailar, pero si no quieres me iré a trotar y te dejaré aquí.

En ese instante Violet se incorporó con los cabellos revueltos y el rostro totalmente sonrojado por el llanto.

—Solo si practicamos mi coreografía.

—Está bien, practicaremos con tu música, pero ve a bañarte antes de que cambie de opinión.

La niña saltó de la cama y corrió al baño. Elizabeth no pudo evitar sonreír y se sentó al borde del colchón, donde empezó a desenredarse los cabellos.

Su mirada gris captó su móvil sobre la mesa de noche, inmediatamente lo agarró y le marcó a Luck, pero no le contestó, incluso después de varios intentos seguía sin hacerlo.

—Seguro sigue dormido. —Volvió a dejarlo sobre la mesa y continuó desenredándose los cabellos.

Cuando Violet salió del baño, ella se fue al vestidor a buscar las prendas que ambas usarían, ya sabía qué tipo de ropa elegir, porque llevaban tiempo practicando ese baile que obsesionaba a su hermanita, que aunque no lograba perfeccionarlo, no se daba por vencida.

Aprovechó para ponerse la ropa interior, admirándose un poco en el espejo y sintiéndose totalmente satisfecha con lo que veía.

Al regresar a la habitación, encontró a Violet usando su teléfono, hablaba muy animadamente. Estaba segura de que lo hacía con Luck.

—Enana, ¿acaso quieres quitarme el novio? —preguntó, sonriente.

—No, Luck solo es mi amigo. Prefiero a los chicos rubios, como Matt —confesó, entregándole el móvil.

—Matt es tu primo, además de que es mucho mayor que tú. Y ya no es rubio, se tiñe el cabello.

—Le diré que ya no lo haga. —Rebuscó entre las prendas que su hermana había traído, buscando las de ella, provocando un contante tintineo por las monedas doradas del caderín.

Elizabeth se llevó el teléfono al oído.

—Es normal que en algún momento nos sintamos atraídos por familiares. Confieso que de pequeño también me gustaban mis primas —alegó Luck con tono pícaro.

—Viniendo de ti realmente no me extraña, ¿eres un pervertido! —reclamó, sonriente, mientras le hacía señas a Violet para que fuera a secarse el cabello—. No quise seguir intentando porque pensé que todavía estarías durmiendo.

—No, me levanté temprano, estaba con la rutina y no quise llamarte antes, porque no quiero ser del tipo de novio que no tiene la delicadeza de respetar las horas de sueño de su chica.

—¡Por eso te amo! Bueno, tienes a favor que me conoces desde hace mucho. Haber sido primero mi amigo, te da ventaja sobre las cosas que me agradan y que no... ¿Tienes algo preparado para hoy? —preguntó para cambiar de tema. Se levantó de la cama, caminó hacia las puertas que daban a la terraza y pulsó el botón que estaba en la pared, lo que hizo que las cortinas se corrieran automáticamente.

—Sí, por la noche voy a salir con mi hermana, una amiga y Clement. ¿Y tú?

—Tengo que pasar mi mañana como niñera —comentó, mientras admiraba a lo lejos al Cristo Redentor con una espesa neblina envolviéndolo—. Por la tarde regresan de viaje las gemelas. Espero que me acompañen a salir esta noche. Conocí a un chico en la academia que me invitó a bailar.

—Espero que lo haga peor que yo —farfulló.

—No lo creo. —Soltó una carcajada.

En ese momento Violet regresó con el cabello a medio secar.

—No te burles, que hago mi mejor esfuerzo. Espero que no le permitas propasarse.

—Prometo que no se lo permitiré.

Siguieron conversando hasta que Violet le dijo que ya estaba lista, por lo que Elizabeth tuvo que despedirse de su novio. Dejó el móvil sobre el escritorio y empezó a cambiarse. Se puso una falda larga con capas en color negro y un sujetador dorado, adornado por colgantes y monedas, al igual que el caderín.

Violet vistió igual, pero con la falda blanca.

Las dos salieron de la habitación, y antes de irse a bailar, bajaron a desayunar.

La niña eligió cereales y leche descremada, mientras que Elizabeth se sirvió mango y papaya.

—¡Que lindas están! —elogió Cléo, una mujer trigueña de pelo blanco y ojos verde aceituna, que llevaba más de treinta años trabajando en la casa de Reinhard Garnett. Cuando llegó, Samuel, Ian y Thor eran adolescentes y todavía recordaba claramente, lo consentidos y tremendos que eran.

—Gracias Cléo. —Sonrió Elizabeth, dándole un beso en la mejilla.

—Es que vamos a bailar Báladi —dijo Violet—. Ven a bailar con nosotras.

—Gracias pequeña Violet, pero tengo mucho trabajo que hacer... Si me voy a bailar, ¿quién preparará el almuerzo? —dijo, acariciándole los cabellos a la hermosa niña de ojos violeta.

—Puedo decirle a mi abuelito que hoy comeremos pizza, seguro que le gustará la idea —dijo

sonriente.

—Mejor me invitan a bailar otro día, algo que no tenga que ver con tanto movimiento de cadera... Ya la osteoporosis no me permite hacer esas danzas. —Sonrió con dulzura.

—Oste... —No pudo completar la difícil palabra—. ¿Qué es eso? —preguntó frunciendo el ceño, mostrándose totalmente confundida.

—Es que mis huesos ya están viejos y son muy débiles, si me muevo mucho, pueden romperse —explicó con infinita ternura.

—Ah —asintió en un gesto de comprensión—. Está bien, buscaré un baile fácil para ti... —Se quedó pensando—. ¿Puedes bailar Bossa Nova?

—Sí, creo que Bossa Nova es mejor opción. —Sonrió.

—Entonces, voy a practicar para que bailemos.

—Gracias. —Le besó los cabellos y se fue a la nevera para sacar el churrasco que necesitaba descongelar.

Terminaron de desayunar y se fueron al gimnasio, donde contaban con un área de piso de parqué, frente a una pared de espejo. Violet puso la música y corrió al lado de Elizabeth.

El sonido de la flauta dio inicio a las hipnóticas notas de medio oriente, y ambas empezaron a mover las caderas lentamente, elevando a su vez los talones para crear el sensual ritmo que requería el baile.

Violet miraba a través del espejo a Elizabeth, que le indicaba como hacer y ella con mucha paciencia aprendía, porque en la academia a la que asistía, le habían enseñado que el secreto estaba en la perseverancia y no en la habilidad.

Después de casi dos horas, seguía sin conseguir dominarlo tan perfecto como su hermana mayor, pero al menos ya sabía los pasos y eso para ella era muy importante.

Elizabeth la instó a que se divirtieran un rato, le propuso bailar Sau Sau, ese sí que Violet lo bailaba muy bien, porque era menos exigente con el movimiento del abdomen y porque no descansó hasta aprenderlo, ya que quedó fascinada cuando lo vio por primera vez el año pasado, cuando hicieron un viaje familiar de fin de semana a Isla de Pascua en Chile.

Terminaron sudorosas y sonrientes, por lo que decidieron volver a la habitación para quitarse el extravagante atuendo y ponerse algo más cómodo.

Violet se fue con Sophia y Reinhard al jardín, quienes merendaban, mientras la niña le daba de comer a las palomas que siempre revoloteaban por allí.

Elizabeth subió a la piscina, donde se encontró a Renato acostado en una tumbona bajo un parasol, con los lentes de sol puestos para disimular sus ojeras.

—Pensé que irías a visitar a tus padres —interrumpió la soledad de su primo.

—No, ¿para qué hacerlo si vendrán al almuerzo de mañana? Prefiero aprovechar este día libre para descansar. —Suspiró, como muestra de lo relajado que se encontraba.

Elizabeth se sentó en la misma tumbona, a los pies de su primo.

—Renato... —Se relamió los labios sin saber cómo empezar a pedirle lo que quería—. ¿Alguna vez has escuchado de las rodas en las favelas?

—Sí, muchas veces... Mi padre me ha contado que el tío Sam cuando joven se escapaba a las favelas, pero no creo que sigan haciéndolas.

—Sí, aún lo hacen... Lo escuché en la academia. —Miró a la piscina, pero los destellos que el sol le sacaba al agua, la encandilaron, por lo que regresó la mirada hacia su primo—. ¿Podrías acompañarme? —susurró, temía que alguien más pudiese escucharla, aunque realmente estaban solos.

—¡Estás loca! —Se incorporó casi violentamente—. Ni muerto voy a un lugar de esos.

—Por favor Renato, no son tan peligrosas como dicen.

—No, son peores. Hay narcotraficantes, violadores, atracadores y todo tipo de delincuentes. ¿Acaso no estás al tanto de las noticias?

—Puedo asegurar que son más las personas buenas que las malas... Odio cuando generalizan. No toda la gente pobre es mala o delincuente.

—No estoy generalizando, solo digo lo que también hay en un lugar como ese.

—Por favor primito, acompáñame. Hoy habrá una roda en Rocinha —suplicó, haciendo un puchero.

—No, no insistas porque no iré.

—Está bien, no me acompañes. Me voy sola.

—Inténtalo y llamaré inmediatamente a tío Sam —amenazó. Su prima estaba loca si creía que permitiría que fuera a una favela.

—No, no lo harás, porque si lo haces le diré a Avô que te masturbas en su sillón mientras ves pornografía.

Renato boqueó, molesto y sorprendido ante la amenaza de Elizabeth.

—Hazlo —dijo al fin, alzándose de hombros, tratando de mostrarse despreocupado—. Es tu palabra contra la mía. Le diré que es en venganza porque me negué a acompañarte a Rocinha.

—Creo que tu palabra se hará polvo... —Se levantó y caminó hacia el interior de la casa—, en el momento que le muestre las direcciones IP que se han visitado recientemente desde su portátil.

—Está bien, está bien —soltó inmediatamente Renato, impidiendo que Elizabeth avanzara—. Te acompañaré, pero no lo hago por tu amenaza. Avô es hombre y me comprenderá, lo hago porque soy un buen primo y sé cuáles son tus anhelos.

—Eres un buen primo —dijo sonriendo. Aunque realmente quería correr y comérselo a besos, no debía mostrarse tan entusiasmada, porque daría con su debilidad—. Nos vemos en una hora en el portón. Será mejor que vayamos en taxi, no creo prudente que lo hagamos en tu auto.

—Iremos bajo tu propio riesgo —resopló, sin poder negarse a sí mismo que le asustaba adentrarse en una favela.

—Quiero arriesgarme —aseguró y entró a la casa, con ganas de correr a su habitación para ponerse su ropa de capoeira.

CAPÍTULO 7

«No me gustaría mirar el jardín solamente con espinos... Es muy bueno tener una rosa en el jardín».
Mestre Nô.

Llevaban más de dos horas recorriendo las estrechas y empinadas calles de Rocinha, mientras Elizabeth buscaba atentamente con su mirada la famosa roda, aún guardaba la esperanza de encontrarla. Sabía que otra oportunidad como esa no la tendría jamás en su vida, que Renato no se dejaría intimidar por mucho tiempo, y que no encontraría a nadie más, dispuesto a acompañarla.

—Eli, es mejor desistir, no vas a encontrar ninguna roda. Si tanto quieres practicar, no tengo ningún inconveniente en acompañarte a la academia.

—No quiero ir a la academia, puedo hacerlo cualquier otro día. Quiero contrincantes de verdad, no los mismos con los he combatido toda mi vida.

—¿Por qué eres tan obstinada? —reprochó y desvió la mirada al taxista—. Señor, ¿puede llevarnos de regreso? —pidió, y una vez más se pegaba más a su prima, al ver cómo un motorizado casi le arrancaba el retrovisor al auto.

—No, no señor, solo avancemos un poco más.

—Elizabeth Garnett, ¿sabes cuánto peligro corremos aquí? Eres tú quien corre más peligro. Ni siquiera es seguro que podamos agarrar un taxi de regreso.

—El señor nos va a esperar. —La joven de ojos gris azulado desvió la mirada al chofer—. ¿Verdad?

—Disculpe señorita, pero no podré, ya mi horario termina. Necesito buscar a mis hijos a la escuela —expresó el hombre, sintiéndose algo avergonzado.

Elizabeth hizo una mueca de frustración y resopló, al parecer ese día la suerte no estaba de su lado. Llevaba años queriendo tener nuevos retos en lo que le apasionaba, al parecer tenía que conformarse con sus compañeros de academia, a los que ya les conocía las mejores técnicas capoeirísticas.

Poco a poco su pasión estaba pasando a la historia. Durante sus vacaciones en Río no importaba cuánto se paseara por los principales lugares de la ciudad, a los que su padre creía seguros, no encontraba una bendita roda.

Ni si quiera las veces que había viajado a Bahía, había contado con esa suerte. Inevitablemente, uno de los deportes más lindos, que alguna vez fue consagrado como un patrimonio, lo estaban dejando morir.

Cada vez que hablaban acerca de las rodas en algunas favelas, era como si se refiriesen a algún mito. Todos sabían que aún se mantenían, pero muy pocos las veían, y no porque el maravilloso arte de la capoeira hubiese remontado a sus inicios, en los cuales era penalizado, sino porque ya no había el mismo interés por ese arte.

—Señor, por favor, llévenos de vuelta —determinó Renato, incorporándose un poco más en el asiento, para estar más cerca del chofer que estaba sentado delante de él.

—¡Allá! ¡Allá! —gritó Elizabeth, al ver cómo en una plataforma de concreto que sobresalía de las casas en lo alto de la montaña, había una roda.

Sin esperar que el auto se detuviera completamente, abrió la puerta y golpeó un poste de cableado eléctrico, que parecía ser una intrincada tela de araña, por la cantidad de cables de varios colores entrelazados que iban a todas partes.

Sentía el corazón a punto de explotar, su mito se había convertido en realidad, y era incapaz de

contener la gran sonrisa que la hacía lucir más juvenil.

—Disculpe señor —intervino Renato, aún en el asiento trasero, mientras buscaba su billetera. Se había resignado a que debía bajarse en ese lugar, porque si no había logrado convencer a su prima de que eso era una total locura antes de que viera una roda, ahora que lo había hecho ya no lo haría, estaba a punto de pagarle, pero retuvo la tarjeta de crédito—. ¿Será que puede acercarnos un poco más?

—No, no puedo. —Ya había prestado el servicio por mucho tiempo, debía regresar al norte de la ciudad, y estaban al otro extremo—. Pero será mucho más rápido para ustedes si se meten por lo callejones. Tampoco es mucho lo que pueda adentrarlos, pues a dos cuadras la calle se vuelve más angosta y solo se puede pasar en motos —explicó muy amablemente, como era esencia en los brasileiros.

A Renato no le quedó más que pagar el servicio y bajar con la mirada aturdida, como si se encontrara en el mismísimo infierno.

—¡No lo puedo creer! ¡Míralos! —exclamó Elizabeth, extendiendo el brazo y señalando a la distancia, donde apenas se podía distinguir a varias personas con los torsos desnudos y pantalones de capoeira de distintos colores.

Estaba tan emocionada que se controlaba para no dar saltos como si fuera una niña, lo que no pudo evitar fue quitarse rápidamente el sencillo vestido que llevaba puesto, dejando al descubierto su vestimenta de capoeira, siendo el centro de atención de más de un transeúnte.

—Yo tampoco lo puedo creer, no puedo creer que estemos en este lugar —murmuró Renato, con el corazón brincando en la garganta e intentando esconder su mirada azul tras la visera de la gorra blanca que llevaba puesta. Como si pretendiera ocultar su identidad.

—¿Tienes miedo, Renatinho? —Se burló ella, sonriendo.

—También deberías tenerlo, ¿acaso crees que podrás pasar desapercibida?

—Sé que no vamos a pasar desapercibidos, pero no es peligroso. Antes de venir le pregunté a un guía turístico y me aseguró que nunca le han hecho daño a ningún turista por esta zona.

—No eres turista.

—Solo habla mitad inglés, mitad portugués y te creerán turista —sugirió, guardando el vestido en el bolso que llevaba Renato.

—¿Qué turistas vienen solos? —refunfuñó y siguió a Elizabeth, quien emprendió el andar sin esperarlo—. ¿Podrías esperar? —preguntó, aligerando el paso por el realmente empinado camino, que empezaba a robarle todo el aliento.

—Es que no haces más que quejarte, y entre más tiempo perdamos, más tarde vamos a regresar a casa.

—Señorita sabelotodo, creo que es conveniente preguntar primero.

—No será necesario, solo seguimos los callejones y llegaremos pronto.

—Sabes que los callejones no son más que un puto laberinto. —Le dijo, mostrándose realmente serio y reteniéndola por un brazo—. Vamos a preguntar o agarro el primer taxi disponible —amenazó sin siquiera espabilar.

—Está bien, preguntemos —cedió ante la amenaza de su primo—. Voy a preguntarle a aquel señor —dijo, alargando la mirada hacia el hombre de unos sesenta años, que estaba sentado en la calzada, al otro lado de la calle.

Elizabeth trotó, agradeciendo al hombre del automóvil que amablemente le había cedido el paso, mientras él, sin ningún recato, disfrutaba del delgado y torneado torso al descubierto.

Ella llegó hasta el señor de piel oscura y cabello blanco ensortijado, que estaba sentado sin camisa en el frente de lo que parecía ser su vivienda. Elizabeth, con esa sonrisa encantadora que había heredado del padre, se aventuró a preguntarle cómo podría llegar a donde estaban los capoeiristas.

Renato miraba a todos lados, temeroso de estar en un lugar que solo había visto desde afuera. Estaban en una de las mejores zonas de Río de Janeiro, la zona sur; pero las favelas estaban distribuidas de esa manera, donde uno menos se lo esperaba y en medio de la opulencia, surgían miles de casas rudimentarias que parecían haber sido construidas estratégicamente, una encima de la otra, en toda la montaña.

O era como se las imaginaba, pero dentro, en medio de esa calle, con tanto bullicio proveniente de algún lugar cercano, todo era totalmente contrario a como estaba en su cabeza. Eso le pasaba por nunca haber acompañado a su abuelo a obras sociales.

Nunca había sido de su agrado salir de su muy reducido círculo social, para él no había más realidad que la que vivía; se cegaba a los problemas sociales, y no solo del país, sino a nivel mundial. Su madre constantemente le reclamaba su falta de interés por todo lo que lo rodeaba, pero era su vida y la vivía como mejor le parecía.

—No es tan complicado —dijo Elizabeth con entusiasmo—. Renatinho, sé que no es de tu agrado estar aquí —empezó a explicar, al ver la cara de descontento del joven—, pero es una experiencia que tal vez nunca más pueda experimentar, por favor primo, por favor —suplicó, abrazándolo—. Es el momento que he esperado toda mi vida.

—Está bien, eres la mujer más manipuladora que he conocido —aseguró, apretándole la nariz en un gesto divertido—. Solo será por dos horas, ni un minuto más ni un minuto menos. Esto es mi regalo de cumpleaños por adelantado.

—Lo prometo —dijo alejándose y elevando la mano derecha a modo de juramento. Después utilizó sus dedos índices y los llevó a la comisura de la boca de Renato, plegándole los labios, en una mueca de sonrisa—. Así está mucho mejor —confesó sonriendo y le guiñó un ojo.

Él le tomó la mano y emprendieron el camino. A los pocos pasos Elizabeth prácticamente lo arrastraba cuesta arriba; justamente eran cuatro cuerdas, y cruzar por el callejón a la derecha.

A Renato el aliento se le sofocaba en la garganta, las piernas le dolían y juraba que no podía dar un paso más. Esa maldita subida era la peor de las torturas. Estaba totalmente sonrojado y sudado, con el sol prácticamente posado en su cabeza.

Al asomarse al callejón, pensó que por primera vez en la vida sufriría de un ataque de claustrofobia, era tan estrecho que debía ir uno detrás del otro; los cables de la electricidad, de un lado a otro todos enmarañados, daban la impresión de ser una colorida y peligrosa hiedra.

Al pasar por el lado de unos botes de agua negra, tuvo que contener la respiración. Al menos agradecía que en ciertos tramos hubiera escaleras que les tocaba bajar. Suponía que algo parecido a eso debía ser la entrada al infierno, aromatizado con una mezcla de olores a cloaca y marihuana.

Escuchaba gente hablando, gritando, cantando, proveniente de las casas que franqueaban ese reducido camino.

En varias oportunidades se toparon con personas a las que él ni se atrevía a mirar a la cara por temor, mientras que Elizabeth los saludaba a todos. Estaba seguro que lo hacía para drenar el miedo que muy en el fondo sentía, pero se hacía la valiente con tal de cumplir su anhelada locura.

Después de mucho andar entre callejones, llegaron a una calle considerablemente ancha, pero no era usada para el paso vehicular, sino que había un improvisado mercado, en el que las personas, en medio de gritos, ofrecían sus productos.

Poder entender quién vendía qué cosa, era realmente complicado, porque todos hablaban al mismo tiempo, además de que diferentes ritmos musicales sonaban por todas partes.

—Voy a preguntar qué camino debemos seguir ahora —acotó Elizabeth—. ¿Quieres algo?

—No gracias, no quiero absolutamente nada —dijo, mirando asqueado a su alrededor.

Elizabeth ignoró la actitud de su primo y se acercó a una señora obesa, que alegremente cantaba y movía su voluptuoso cuerpo al ritmo del Ciranda que entonaba, mientras atendía su venta de bebidas

refrescantes.

Renato siempre mantenía la distancia y se distraía con algunos lienzos colgados, de un prosaico pintor, que con destreza trabajaba sobre un atardecer en Ipanema, con el único objetivo de vender sus obras a los turistas.

—Sigamos, ya estamos por llegar. —Le dijo Elizabeth, entregándole una botella con agua a su sonrojado y acalorado primo.

—Solo espero que estemos en el camino correcto, ya ni siquiera vemos la roda para guiarnos; y sobre todo, espero que recuerdes cómo regresar —comentó mientras destapaba la botella de agua, porque verdaderamente tenía una sed abrasadora.

—Tengo memoria eidética, así que puedes estar tranquilo —afirmó, quitándole la botella de agua y dándole un trago.

—Sería más confiable si le tomamos algunas fotografías a algunos lugares en específico.

—Renato, ni se te ocurra sacar el móvil aquí, no quiero pasar un mal momento. —Le aconsejo, sin dejar de caminar con rapidez. Estaba realmente ansiosa por llegar.

Tuvieron que abandonar la calle donde se encontraba el improvisado mercado, y se adentraron en un nuevo callejón, que los llevaba a algunas casas que parecían nunca haber sido terminadas, porque los pisos eran de tierra, no tenían puertas ni ventanas, y los ladrillos no estaban revestidos de ningún material.

—Esto parece el escenario de alguna película de terror. —Se quejó Elizabeth, en voz muy baja. Pero antes de que su primo protestara, continuó—: ¿No te parece excitante? —inquirió, fingiendo una gran sonrisa.

—No, para nada.

Subieron unas escaleras y salieron a otra calle, siendo recibidos por música. Había un grupo de adolescentes, chicas que montaban una coreografía de funk y bailaban contoneando sus cuerpos, como si estuviesen quebrándose poco a poco, con un retumbar de caderas que atrapó totalmente la atención de Renato.

Ralentizó el paso, como si las caderas de esas chicas tuvieran el poder para retenerlo en el lugar, mientras se obligaba a no abrir la boca y que sus pupilas no siguieran el endemoniado movimiento de los pueriles culos sacudiéndose sin ningún tipo de pudor.

Ese contoneo solo había acelerado todos los latidos del cuerpo masculino.

Nunca en su vida había visto en vivo y directo a mujeres que se movieran con esa rapidez y contundencia; inevitablemente despertaron en él los más obscenos pensamientos. Una de ellas, la que tenía la piel color canela, los ojos más amarillos que verdes, el cabello ondulado hasta la cintura, se percató de que era el centro de atención de la mirada del buenmozo visitante; y sin ningún tipo de vergüenza, le regaló una impúdica sonrisa.

El primitivo hombre visceral, casi cavernícola, le correspondió de la misma manera; pero todo el encanto se le fue a la mierda, justo en el momento que tropezó con una piedra y casi cae de bruces, pasando de ser el seductor «turista» al estúpido payaso que les provocó sonoras carcajadas.

Por lo que prefirió seguir con su camino, desviando su atención al frente, intentando ocultar su rostro sonrojado por la vergüenza.

—Ten cuidado —pidió Elizabeth, también riendo. Siendo consciente de que su primo había quedado aturdido ante las jovencitas que solo pretendían imitar a uno de los tantos grupos musicales del momento, así como ella misma lo había hecho durante su adolescencia, junto a Hera y Helena. Llevándose más de una reprimenda de parte de sus padres, por moverse de esa manera tan vulgar, según ellos.

Otro caparazón de lo que posiblemente había sido una vivienda, con las paredes llenas de grafitis de diferentes colores, tamaños y modelos, algunos parecían ser verdaderas obras de arte, les daba la

bienvenida. El viento que se arremolinaba en el lugar silbaba en sus oídos y levantaba el polvo.

Las palmadas que acompañaban a los corridos, marcaron el ritmo de los latidos del corazón de Elizabeth, así mismo como se le erizó cada poro del cuerpo. Siguió las voces masculinas y corrió escaleras arriba; cada escalón de concreto que alcanzaba, era un escalón menos que la alejaba de por fin ser parte de un juego en donde no conocía a ninguno de sus contrincantes.

La adrenalina burbujeaba en su sangre al escuchar a través del corrido algunas palabras soeces y los golpes. Nunca en todos los años que llevaba apasionada por la capoeira, había tenido la oportunidad de ser testigo de un vocabulario fuera de lugar; en la academia todos se trataban con respeto.

Pisó el último escalón, y por fin estaba en la plataforma de concreto, que en algún tiempo había sido el techo de esa vivienda, que ahora estaba totalmente abandonada y a la merced de los jóvenes rebeldes de Rocinha, para plasmar sus obras de arte.

Hombres completamente sumidos en el *jogo*, no había ni una mujer combatiendo, lo que aumentó las expectativas que ya traía. Quedó cautivada por las espaldas sudorosas, algunas adornadas por tatuajes, que marcaban los músculos ante cada palmada; varios tipos de cabellos, cortos, largos, lisos, rulos rebeldes, rastas atrayentes, y pieles desde el blanco tostado por el sol, hasta el negro más intenso.

La energía que esos cuerpos masculinos desprendían era única, sin duda alguna, era un tesoro de más de veinte hombres, que la hacían sentir reina, aunque una parte de ella temía recibir algún tipo de rechazo.

Supuso que al no haber mujeres, era porque no estaban permitidas en ese círculo que derrochaba testosterona.

Elizabeth no podía ver más allá de la roda, pero Renato no lograba desviar su mirada del extraordinario paisaje. Era la vista más hermosa que alguna vez hubiese tenido de Río de Janeiro.

Estaban en lo más alto de la favela, y la ciudad se presentaba ante él maravillosa, imponente. Desde ese punto tenía a Río en un plano de 360 grados, podía verlo todo. La laguna Rodrigo de Freitas, el Cristo Redentor, Pan de Azúcar, Copacabana, Piedra Bonita y muchos lugares más.

Era realmente increíble, apreciar lo hermosa que era su ciudad; sin duda alguna, la mejor vista la tenían los habitantes de esa comunidad.

Ella decidió arriesgarse, y tan solo con su pantalón de capoeira blanco, un *top* de *spandex* en el mismo color, su cabello en una trenza que se había desordenado por la caminata, y sus más fervientes ganas, se adentró a la roda, que no detuvo el *jogo*.

Se ganó más de una mirada masculina, todas con evidente desaprobación; prefirió no mirar a ninguno de los capoeiristas en la roda, solo a los que estaban combatiendo; y con la barbilla elevada en señal de orgullo, se acopló al corrido con palmadas, sintiendo las insistentes miradas de la gran mayoría de los hombres. Pero no se dejaría intimidar, estaba ahí para jugar y eso haría.

Por primera vez en su vida presenciaba un *jogo* duro, y aunque era testigo de cómo los jugadores se daban golpes fuertes hasta terminar en el suelo, ella no se acobardaba.

Poco a poco fue ganándose el puesto, cada dos nuevos contrincantes, ella rodaba un paso en la roda, cada vez más cerca del Berimbau, y a su primera competencia con capoeiristas desconocidos, en un *jogo* duro, donde debería demostrar que estaba hecha para eso.

Estaba segura que no la sacarían, porque desde las enseñanzas más remotas de la capoeira, a ningún jugador se le discriminaba.

Evitaba mirar a la cara de los contrincantes, para no llenarse de nervios, faltando a la principal regla de su padre, que decía que siempre debía mirarlos a los ojos; solo veía las palmas chocarse al ritmo de los instrumentos, y los pechos hinchados de poder, hermosamente marcados y sudados, como no estaba acostumbrada a verlos, porque en la academia siempre practicaban con camisetas,

sobre pisos pulidos de madera y aire acondicionado.

Decían que eran hombres peligrosos, que no le tenían miedo ni al mismísimo Diablo, pero en ese momento eso a ella no le importaba, estaba segura que ese día algo cambiaría, se apasionaría aún más por la capoeira que llevaba en la sangre o definitivamente se decepcionaría.

Tras la roda, y atento a cada movimiento de su prima estaba Renato, implorando en silencio que alguno de esos hombres no le hiciera algún daño. Ella estaba totalmente loca y seguro él pagaría las consecuencias.

«Tío Samuel va a matarme, va a matarme». —Se lamentó en pensamientos, sintiendo que las pelotas se les subían a la garganta.

Todo era tan distinto a como hasta el momento ella lo había vivido, sentía vergüenza de su uniforme de un blanco impoluto; todos llevaban pantalones de distintos colores, algunos más deteriorados y sucios que otros.

Estaba a tan solo un contrincante para entrar al juego, mientras que los que estaban en el centro de la roda, con movimientos ágiles, potentes y candentes, demostraban que las armas esenciales eran la malicia, el engaño y la sorpresa.

Ni siquiera ella, que estaba atenta a cada uno de los movimientos, lograba predecir cómo atacaría cada uno de ellos. La roda tuvo que retroceder un paso cuando el más alto y fornido, sorprendentemente estrelló al otro contra el piso, y se le fue encima, haciendo más rápido e incitador al corrido que ella misma aplaudía.

No pudo evitar que millones de cosquillas se despertaran en su estómago. Era una sensación de vacío emocionante, era adrenalina en estado puro.

Había llegado el momento, ese que había soñado durante mucho tiempo, y por fin miró fijamente a su contrincante, a esos ojos oscuros como la noche, intentando intimidarlo; aunque al lado de ese negro, era realmente diminuta. Lamentablemente solo ella hizo el movimiento ginga para entrar. El hombre no se había intimidado; simplemente, la había rechazado.

No era más que un estúpido machista, que tal vez no la consideraba una jugadora de su mismo nivel; o sencillamente, porque no tenía un par de pelotas entre las piernas. Ninguno más entraba, ninguno más se atrevía, no se reían, pero en sus rostros se evidenciaba la burla.

—«La mujer para mí, tiene que ser buena escribiendo —empezó a cantar el mestre, invitando a los capoeiristas, o mejor dicho: «trogloditas», que la despreciaban—. Tiene que jugar capoeira, ser buena, gustosa y bonita, cosita rica es mujer».

—Cosita rica es mujer —repetía el coro—, cosita rica es mujer...

Todas las miradas estaban puestas sobre ella, y ninguno la veía como un contrincante más, sino como un buen culo y un par de tetas. A veces los hombres parecían que nunca hubiesen avanzado, y se mostraban tan elementales que la exasperaban.

En ese instante apareció su contrincante, aunque estaba muy molesta por el evidente rechazo, no pudo evitar sentirse feliz, y se obligó a no sonreír.

Era un hombre de rastas rubias, que le llegaban por debajo de los hombros, con unos imponentes rasgos de negro, sobre todo los gruesos labios, los ojos grises, que por el insistente sol, le brillaban como los de un demonio.

Al igual que Renato y ella, parecía no encajar en ese lugar; su piel blanca era cuidada y estaba realmente sonrojada por el sol. En definitiva, no era un hombre más de favela.

Empezó el juego, y él tenía una técnica muy parecida a la de ella, eran movimientos altos y de gran destreza; no se había dejado tocar o él no quería tocarla, por lo que lo instigó en varias oportunidades, demostrando que era una capoeirista que sabía dominar el juego.

Sorpresivamente, el hombre con alas de halcón tatuadas en la espalda, se movió en vengativa, y con el hombro izquierdo le golpeó con contundencia el seno derecho; el dolor la cegó e

inevitavelmente se le escapó un jadeo.

Todo pasó muy rápido, frente a ella se plantó otro capoeirista, robándole su minuto para demostrar que podía seguir luchando. Sin más, la había sacado del juego, y en ese instante, el hombre de rizos cobrizos pasaba a convertirse en su peor rival, su próximo reto a vencer, por haberla dejado en ridículo.

Inevitablemente se llenó de ira en contra de ese hombre que le había arrebatado su puesto dentro de la roda.

Le importaba una mierda si se saltaba los principios de la capoeira, si no esperaba un nuevo turno para entrar, volvió a tomar participación en el juego, y esta vez sacó al capoeirista con alas de halcón, y luchó contra el que la había hecho quedar en ridículo.

Sentía los latidos de su cuerpo alterados, el calor la sofocaba; tenía cabellos pegados en la frente y el cuello debido al sudor; la adrenalina burbujeaba en su ser, y si no la liberaba, terminaría explotando.

Se movió con rapidez y contundencia, mientras que el hombre se quedó parado, observando a la distancia con las manos en las caderas. Dejando completamente claro que con ella no jugaría.

—Hijo de puta —murmuró realmente molesta, al ver que se empeñaba en ridiculizarla.

Con todo el valor que poseía se le fue encima, dispuesta a derribarlo; sin embargo, esos ojos grises la miraban intensamente, con los párpados entornados, como si estuviese atento a cada uno de sus reflejos.

Elizabeth dio un par de volteretas con puentes altos, hasta caer justo en frente de ese primate cobrizo de rizos rebeldes. Ella no pudo predecir el inesperado «arrastrão», y en un acto reflejo, cerró sus piernas en torno a la cintura masculina y se le aferró a los hombros; para acto seguido sentir el fuerte golpe en su espalda, al chocar contra el concreto caliente; y a él sofocándola con el peso de su cuerpo.

—Eres muy predecible, *moça* —murmuró, mirándola directamente a los ojos, y Elizabeth empezó a preguntarse si ese hombre no sabía lo que era espabilar.

Ella se retorció bajo el fuerte cuerpo que la mantenía aprisionada contra el maldito concreto caliente y áspero, que también le lastimaba el torso desnudo, por lo que se arqueó un poco, pegándose al sudado y fuerte hombre; en medio de la lucha, la fricción de los cuerpos estaba provocando efectos secundarios en el capoeirista.

Elizabeth apretó los dientes; tanto, que rechinaron, mientras él seguía observando y disfrutando cómo la sometía, cómo ella era una mariposa en la boca de un león.

—Quítate, quítate. —Le exigió con dientes apretados, porque el muy pervertido se la estaba cogiendo con la ropa puesta y en medio de una roda.

No iba a ponerse a gritar ni a suplicar ayuda, porque de hacerlo, terminaría siendo la burla de todos. Debía demostrar que podía luchar, que sus técnicas y su potencia estaban a la altura de ese irascible que empezaba a ponerla nerviosa.

De manera inevitable desvió su mirada, en un intento por escapar de esa mirada tan posesiva e intimidante. Sus pupilas se fijaron en el imponente hombro izquierdo, donde estaba su mano; la quitó como si fuese un hierro ardiente, percatándose de que todo su hombro estaba cubierto por un tatuaje con la cabeza de una cobra y su incitadora lengua.

Entonces recordó esa espalda, atravesada por el ondeante cuerpo de una serpiente que se perdía debajo del pantalón negro de capoeira. La había visto apenas pisó esa plataforma de concreto.

—Si me liberaras la cintura, podría hacerlo —condicionó, poniendo al tanto a la hermosa y delicada criatura de que era ella quien lo tenía prisionero.

De cerca era mucho más hermosa, con una boca a la que le desgastaría los labios. Era apenas una niña, pero cómo lo ponía; no sabía si estaba más duro el suelo o su pene.

—¡Gavião! —Se dejó escuchar el grito de un hombre que irrumpía en el lugar.

La roda se rompió y todos empezaron a correr en diferentes direcciones. Renato, aturdido, sin saber qué hacer, buscaba desesperadamente con la mirada a Elizabeth. En un segundo estaba luchando con el capoeirista, y al otro ya no.

Todo era un completo caos, y al ver a varios hombres armados subiendo por las escaleras, también se echó a correr, lanzándose por el barranco, que lo hizo rodar cuesta abajo, y milagrosamente terminó en un botadero de basura, apenas con un par de rasguños en un brazo.

Desde ese lugar vio a los hombres con más armamento que el BOPE, y sin ningún disimulo las llevaban en lo alto, mientras corrían por los callejones, detrás de quién sabe qué o quién.

Las detonaciones no se hicieron esperar, obligándolo a que se lanzara al montón de basura pestilente, convirtiéndolo en una masa trémula. Esperó a que los disparos cesaran para levantarse.

—¡Eli! ¡Elizabeth! —gritaba el nombre de su prima, mientras agarraba el bolso que había caído a un par de metros alejado de él—. Dios mío —murmuró temblando íntegramente, mientras caminaba entre la basura para salir de ahí—. ¿Dónde está? Dios, que no le pase nada, es mi culpa, es mi culpa. Nunca debí acceder a sus chantajes —decía, llevándose las manos a la cabeza. Se dejó caer sentado con los nervios haciendo estragos en todo su ser, y decidió buscar el teléfono móvil en el bolso; sabía que no tenía cómo comunicarse con ella, porque él llevaba todo consigo, hasta el dinero.

Estaba decidido a llamar a su tío Samuel, pero si lo hacía para informarle que Elizabeth había sido llevada por más de veinte hombres a las entrañas de la favela más grande de América, moriría de un ataque, aunque sería capaz de guardar las fuerzas solo para matarlo.

—¡Elizabeth! —Volvió a gritar con todas sus fuerzas, y al no tener respuesta, se echó a llorar con las manos en la cabeza.

CAPÍTULO 8

Antes de que pudiera entender qué pasaba, porqué todo el mundo se echaba a correr como si un tsunami arrasara con la ciudad, ella era halada por la mano del hombre que segundos antes la había derribado en medio del jogo, dejándola en completo ridículo delante de todos los capoeiristas.

—¡Espera! ¡Espera! —gritaba, viendo cuerpos sudorosos y atléticos pasar a su lado; más de uno tropezándola, y si no fuese por el hombre de la serpiente, habría sido pisoteada por la estampida de cavernícolas—. ¡Renatinho! ¡Renato! —Con desespero miraba por encima de su hombro, para no perder de vista a su primo, pero era demasiado tarde, se adentraba por los callejones de donde estaba segura nunca podría salir.

Ya no podía más, el aliento se le sofocaba en la garganta, y respirar le hacía doler el pecho; sentía como si los muslos fuesen torturados por docenas de alfileres, y le era imposible liberarse de esa mano que le cerraba con tanta fuerza la muñeca, mientras corría a un paso del hombre que la llevaba quién sabe a dónde.

El corazón le brincaba en la garganta y escuchaba los pasos retumbando por el estrecho callejón.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! —suplicaba al presentir que los hombres armados le pisaban los talones, mientras gritaban miles de improperios que adornaban al nombre del tal Gavião.

Internamente suplicaba por su padre y se juraba que si se libraba de eso, nunca más pisaría una favela, que olvidaría la capoeira y hasta se olvidaría de Brasil.

Las irregularidades del suelo de concreto hacían más difícil la huida, al menos para ella, porque al hombre al que se le marcaba cada músculo en la espalda ante el esfuerzo de correr, parecía que comúnmente se enfrentaba a situaciones como esa.

Pisó mal y el peso de su cuerpo la llevó a soltarse del agarre y caer de bruces, todo el impacto se lo llevó su rodilla derecha.

Cobra siguió corriendo, no iba a arriesgarse por la torpeza de una chiquilla millonaria, pero no había avanzado mucho cuando resopló y se detuvo, sabía que no podía dejarla ahí, que terminaría muy mal, y no era el destino que merecía. Solo era una tonta que quería jugar a ser capoeirista; además, quería seguir espionándola cada tarde en la tienda que la madre tenía en Leblon.

Regresó y la consiguió a cuatro patas, con el cabello totalmente revuelto. Bendita su imaginación que le jugaba de manera tan sucia, sin importarle que estuviesen en peligro por culpa del maldito Gavião.

—Levántate —pidió, tendiéndole la mano.

—Déjame —sollozó con rabia, dándole un manotazo, apartando bruscamente la mano que le ofrecía ayuda. Se dejó caer sentada en el suelo, toda temblorosa, observando cómo el pantalón se le había roto y su rodilla tenía un gran raspón, que ardía y dolía como los mil demonios. No sabía qué le preocupaba más, si el regaño de su padre o el de su agente, cuando se dieran cuenta de lo que le había pasado; eso en caso de que existiera la posibilidad de que saliera con vida de ese espantoso lugar—. No quiero ir a ninguna parte y mucho menos contigo —confesó, intentando mantener oculto el rostro tras el cabello desordenado, sin saber dónde se le habría caído la liga que le sostenía la trenza.

—¿Estás llorando? —preguntó incrédulo, suponía que era más fuerte de lo que aparentaba. Se llevó las manos a las caderas a modo de jarra.

Elizabeth puso los ojos en blanco y resopló ante la pregunta tan estúpida, mientras que con una mano intentaba abanicarse el raspón, que por suerte ya había dejado de sangrar, y supuraba un líquido transparente.

Miró a todos lados y no veía a nadie más en ese estrecho callejón, que parecía ser la vértebra de un peligroso laberinto. Ancló la mirada en las escaleras de concreto adornadas por trozos irregulares de cerámicas de varios colores, mientras se limpiaba con el dorso de la mano las lágrimas.

Sabía que subir las escaleras aumentaría el dolor en su rodilla, pero jamás le pediría ayuda a ese hombre al que no conocía, debía ponerse a salvo porque había demostrado no tener buenas intenciones con ella, seguramente la estaba llevando a alguna de esas casas, para hacerle cualquier barbaridad.

En ese instante unas ráfagas de cuatro disparos sonaron muy cerca, en un acto reflejo, se llevó las manos a la cabeza, y suprimió el grito de miedo y sorpresa; cerró los ojos, queriendo desaparecer de ese infierno.

—Vamos, vamos o te dejaré aquí —amenazó el hombre, que rápidamente se había acuclillado a su lado.

—Puedes dejarme aquí, lárgate. —Paseó su mirada de la rodilla herida a los ojos grises del hombre de rizos desordenados, que tenían una decoloración natural en las puntas, quizás por el abuso del sol y del agua de la playa.

—Está bien, si quieres quedarte en medio del fuego cruzado puedes hacerlo... Los amigos de Gavião van a aparecer para defenderlo. —Se levantó, dejándola a ella tirada en el suelo. Había hecho el intento, y no perdería su tiempo tratando de convencer a una niña mimada.

Empezó a caminar, pero no podía alejarse tan rápido como quería, su maldita conciencia y deseo, lo obligaban a retardar su huida.

Elizabeth, al sentirse un poco más segura, con mucho cuidado se levantó, sosteniéndose a una pared, pero apoyar la pierna lastimada la obligó a quejarse, miró hacia atrás, implorando que su primo apareciera; entonces, en ese momento fue consciente de que Renato pudo haber sido blanco de alguno de los disparos.

Con gran dificultad empezó a caminar, y el hombre que iba delante de ella, parecía contar los pasos. Nuevos disparos volvieron a hacer eco entre los callejones, se empezaron a escuchar gritos y pasos corriendo. Ya no podía hacer nada, solo cerró los ojos con el corazón a punto de salirse del pecho.

—Sube a mi espalda —pidió el hombre.

—Van a matarnos —dijo temblorosa, con la garganta inundada.

—A mí van a matarme, a ti te llevarán para que seas la distracción de esta noche. Sube de una vez, muñeca testaruda —exigió con dientes apretados.

—Está bien, está bien, pero debes mantenerme a salvo —dijo, aferrándosele a los hombros, él fue mucho más rápido y le agarró los muslos, como si ella fuese una marioneta.

Sin ninguna dificultad Cobra se echó a correr, subiendo de dos en dos las escaleras; los hombres que perseguían a Gavião volvían a disparar al aire, sin importarle una mierda que esas balas pudieran cobrar las vidas de seres inocentes.

—Dios mío, Dios mío, debes mantenerme a salvo —suplicaba, aferrada a la fuerte, sudorosa y caliente espalda del hombre que corría entre callejones.

—¿Puedes callarte? No soy tu ángel de la guarda, solo trato de salvarme a mí mismo. Me estás asfixiando —dijo, para que aflojara un poco el agarre que le tenía alrededor del cuello.

De manera inesperada el hombre cambió el rumbo y entró a una casa abandonada, tenía techo de lata y el piso de concreto en muy mal estado; algunas paredes parecían que se habían caído con el tiempo. Entraron a otro anexo de la escuálida estructura y por fin se detuvieron.

—Bájate. —Se acuclilló un poco para que pudiera hacerlo.

Elizabeth miró a todos lados, mientras bajaba de esa espalda a la que en poco tiempo se había acostumbrado.

—¿Dónde estamos? —preguntó nerviosamente, alejándose unos pasos, poniendo distancia entre ambos y sintiendo el dolor en la rodilla—. Pensé que ibas a sacarme de aquí. —Buscó con la mirada algo con lo que pudiera defenderse, pero no había más que ladrillos, y estaban justo detrás de él.

Iba a retroceder un paso más, pero antes de que pudiera hacerlo, con la rapidez de una serpiente, él la sostuvo por la muñeca, evitándole alejarse un centímetro.

Sin soltarla se acuclilló y estiró la mano libre, halando unos cartones que estaban tras ella.

Elizabeth apenas logró mirar por encima de su hombro, y al filo de sus talones, se encontraba un hueco; una vez más se le cortaba la respiración y su cuerpo se volvía tembloroso. Sin duda alguna el hombre conocía el lugar, pero antes de que pudiera forjar alguna idea, se sobresaltó cuando nuevas detonaciones retumbaron, e inevitablemente fue a dar al vacío.

Todo pasó muy rápido, cayó de espaldas sobre algo acolchado, sin embargo, trataba de recuperar el aliento que se le había escapado con el golpe; puntos blancos nublaban su visión, que a cada respiro se aclaraba, para darse cuenta de que tenía al hombre acuclillado justo al lado.

Estaba tan adolorida que ni siquiera podía levantarse, giró medio cuerpo, intentando alejarse del verdadero peligro que empezaba a representar ese hombre en ese reducido lugar.

No lo conocía, nunca en su vida lo había visto, y realmente tenía una penetrante mirada de sádico, que le gritaba que ni muerta se escaparía de esas garras.

—Aléjate —dijo casi sin aliento, sintiendo que todo le daba vueltas—. Mi papá vendrá por mí, él vendrá por mí —aseguró con la garganta inundada por el miedo.

—Dudo mucho que tu padre pueda encontrarnos —aseguró, dejándose caer sentado sobre la goma espuma que cubría el suelo de ese acalorado hueco, con la mirada hacia arriba—. Estamos jodidos —murmuró, maldiciéndose internamente por haberse lanzado tan rápido, que había olvidado bajar la escalera. Estaba seguro de que no podrían salir de ahí, al menos no por el momento.

—Sácame de aquí, quiero irme a casa... Necesito encontrar a Renato. —Logró sentarse y con los talones se apoyó, rodándose hacia atrás, hasta pegarse a la pared de tierra.

—¿Puedes dejar de darme órdenes? No puedo sacarte de aquí; además, no estarías pasando por esto si hubieses salido de la roda. No eres una capoeirista de jogo duro, debiste comprenderlo a la primera demostración.

—¡Ah, es eso! —dijo, reponiéndose un poco, dejando que el miedo diera paso a la molestia—. Debí suponerlo, traerme hasta aquí no ha sido más que tu acto de venganza por haberte retado. ¿Ahora qué vas a hacer? ¿Violarme? ¿Pretendes demostrar que eres más fuerte y que puedes someterme?

—¿Puedes callarte? Verdaderamente no sé cuántas tonterías puedes decir por minuto. Calladita te ves más bonita *moça*.

Elizabeth abrió la boca y la cerró, inflando ligeramente las mejillas, sin saber qué insulto usar en contra del primate de ojos grises. Le exasperaba que fuese tan malditamente arrogante.

—No eres quién para mandarme a callar, hablo todo lo que se me dé la gana —soltó, pero ya no tenía nada más que decir. No lograba pensar con coherencia frente al hombre, y empezaba a sentir mucho calor. Suponía que debían estar a muchos metros bajo tierra, en ese hueco al que entraba poco oxígeno.

—Bien, habla todo lo que te dé la gana. —La alentó con un ademán, mirando fijamente a esos ojos que ya conocía de memoria.

—Ahora no lo haré, no me da la gana —aseguró, girando la cabeza a otro lado, evitando la intensa mirada gris. Miró hacia arriba y tragó saliva.

La angustia hacía mella en su ser, necesitaba desesperadamente saber de su primo. Si algo malo le pasaba nunca se lo perdonaría, no podría vivir con eso.

Ambos guardaron silencio, él se quedó sentado frente a ella, manteniendo la distancia, ambos

rehuyéndose las miradas, pero las reencontraban más de lo que verdaderamente querían, y estúpidamente intentaban disimular el pequeño desliz.

Cobra dejó de jugar al gato y al ratón, y sin ningún reparo fijó la mirada en ella, no iba a privarse el placer de verla como nunca antes, con el cabello revuelto, sudorosa y toda sucia por la tierra.

En su descarado e insistente escrutinio, se percató de que la rodilla le estaba sangrando y la tenía realmente hinchada. Necesitaba curarla un poco, al menos cubrirla para que no se siguiera llenando de tierra.

Con la mirada buscó algo que le sirviera para hacer una venda, pero él solo llevaba puesto el pantalón de capoeira. Se levantó, y sin previo aviso se quitó la prenda, quedándose con el sunga negro.

Elizabeth se tensó al ver que el hombre se estaba desnudando, como si no fuera suficiente lo nerviosa que la tenía con esa mirada que no le despegaba ni un segundo, tragó en seco, y él parecía ignorarla.

Cobra, en un acto reflejo, y más por costumbre que por algún tipo de malicia, se llevó la mano al bulto entre sus piernas, reacomodándolo un poco; era una manía muy común de la cual no se avergonzaba.

Elizabeth no pudo detener sus inquietas pupilas, que viajaron al libidinoso encuentro entre la mano y el miembro cubierto por el sunga, justo cuando el hombre se lo reacomodó.

Se quiso morir, porque él se dio cuenta de su traviesa mirada; sin embargo, disimuló al obligarse a mirar a otro lado. Era en momentos como esos que deseaba sacarse los ojos y pisotearlos por ser tan imprudentes.

Cobra se volvió y se acuclilló, levantó la goma espuma que siempre amortiguaba el golpe cuando se lanzaba, y buscó el bolso que mantenía escondido, en el que tenía unos zapatos deportivos, unos *jeans*, además de otras cosas que creía necesarias.

Sacó una navaja y rasgó una de las piernas del pantalón, creando una tira que sirviera de venda para cubrir el raspón de la chica.

—Por favor, por favor... No me hagas daño —suplicó Elizabeth asustada, al ver que él, con navaja en mano, estiraba el pedazo de tela, que para ella no era más que una mordaza o algo para atarla.

—No pienso hacerlo. —La tranquilizó al ver que los ojos gris azulado se llenaban de lágrimas y pánico. Al tiempo que se levantaba y se pegaba a la pared arenosa—. Solo pretendo ayudarte.

—¡Suelta la navaja y aléjate! ¡Aléjate! —gritó, y en medio del desespero miró hacia arriba—. ¡Ayuda! ¡Auxilio! ¡Renato! ¡Renato! —Volvió a gritar, sintiendo que el pánico la gobernaba.

—Sshhuu, deja de gritar. —Le exigió a punto de perder la paciencia—. Solo pretendo ayudarte con la rodilla. —Lanzó la navaja al bolso—. No voy a hacer nada de lo que estás pensando. Tienes una mente realmente fantasiosa.

—Sé perfectamente qué clase de hombre eres.

—¡Ya sabes qué clase de hombre soy! Eso verdaderamente me sorprende —ironizó, tomándola por una mano y halándola hacia abajo—. Siéntate.

Elizabeth no supo por qué razón se dejó arrastrar por el sutil tirón, y volvió a sentarse sobre la goma espuma, sin apartar la mirada del rostro del hombre, apreciando por primera vez algunas difusas pecas, que tal vez pasaban desapercibidas por la piel bronceada, lo que le indicaba que al hombre le gustaba pasar tiempo en la playa, o tal vez practicaba alguno de los tantos deportes acuáticos.

—Estira la pierna —pidió con la voz en remanso. Se llevó la punta de la tela a la boca y la aprisionó entre los dientes, mientras que le ayudaba a estirar la extremidad—. Tendrás que limpiarte muy bien este raspón —aconsejó, enrollando alrededor de la rodilla el pedazo de tela.

—Solo estaba mirando el tatuaje —murmuró, sintiéndose avergonzada, para que él no pensara que su impúdica mirada de momentos atrás se debía a alguna insinuación. Realmente la marca indeleble en su piel había sido uno de los detalles que la llevaron a clavar las pupilas en esa zona.

—Está bien, no me incomoda, suele pasar todo el tiempo; atrae miradas —dijo, sin atreverse a levantar la vista de lo que hacía. Él también sabía que más allá del tatuaje, su manía de acunarse y reacomodarse el bulto llamaba la atención, pero no era el único, era algo muy común en los brasileños; para ellos era algo normal.

Elizabeth volvió a mirar la cabeza de la cobra con una intimidante lengua que le abarcaba el hombro izquierdo, bajaba justo por la axila; un extravagante y atrayente cuerpo se ondulaba por la espalda, hasta bajar por el oblicuo derecho, que se perdía en el sunga.

¡Dios! No quiero imaginar dónde termina la cola.

—Cobra —murmuró y automáticamente él levantó la mirada, como si lo hubiese llamado por su nombre—. El tatuaje es una cobra —aseguró, pero sabía que así había sido bautizado como capoeirista.

—Así parece —dijo ante lo que era evidente. Terminó de anudar el pedazo de tela alrededor de la rodilla. Se levantó y caminó hasta el bolso que estaba al otro extremo del reducido lugar.

Elizabeth una vez más no logró controlar sus pupilas y esta vez no se fijaron en el cuerpo de la cobra, al menos no la del tatuaje, sino que volaron un poco más abajo, justo donde el sunga parecía quedarle pequeño. El hombre podría ser un cavernícola arrogante, pobretón y todo lo que quisiera, pero tenía un culo que ni los dioses.

Del bolso sacó unos *jeans* que sacudió y se lo puso, anulándole el entretenimiento a Elizabeth.

—Te pagaré el pantalón —aseguró, desviando la mirada a la tela negra que cubría el raspón.

—Entonces estás estudiando la posibilidad de verme una vez más. Pensé que había sido suficiente con todo lo que has pasado hoy, como para no querer pisar una favela de nuevo —acotó, abotonándose los *jeans*.

—Si logro salir de aquí nunca más pisaré una. Te llevaré tu pantalón a un lugar que sea seguro.

—Si logramos salir de aquí, no quiero que me devuelvas ningún pantalón, sencillamente, no nos veremos más. —Se dejó caer sentado al lado de ella, cerca, tan cerca que podía tocarla con su brazo.

Elizabeth no se alejó, extrañamente le gustaba sentir la tibia piel de ese hombre contra la de ella.

—No me gusta deberle nada a nadie, pero si así lo decides... —Se alzó de hombros—. ¿Por qué me sacaste del juego? —reprochó, buscando la mirada gris.

—Porque tu turno había pasado, te habían rechazado y debías retirarte, esperar a otro y no robarme la oportunidad que tenía para combatir con Gavião.

—Fue el único caballero que no me ridiculizó.

—Fue el único cobarde que buscó al contrincante más débil, para demostrar que podía ganar. Solo hice lo que la Capoeira dicta, proteger al más débil, por eso te protegí.

—No fue esa la verdadera razón —aseguró ella, molesta. No le gustaba que le vieran la cara de estúpida—. Lo hiciste porque soy mujer, porque no aceptan mujeres en su juego; lo hiciste porque querías competir contra ese tal Gavião, y demostrar que tus testículos son tan grandes que no te caben en el sunga. Eres muy orgulloso para admitir tus verdaderas intenciones.

—Piensa lo que quieras —dijo con la cabeza pegada a la pared arenosa, sin importarle que los rizos se le ensuciaran; ya no sabía cuánto tiempo llevaban ahí. De lo que estaba completamente seguro era de que cada segundo que pasaba, era un segundo menos que le quedaba para estar a solas con ella.

Elizabeth se quedó como tonta, admirando el perfil que ese hombre le mostraba; era tan masculino que despertaba cierta fascinación; la barba de pocos días que llevaba era de un brillante rubio oscuro, o tal vez cobriza, no podía definirla; con una nariz recta y unas orejas pequeñas que se dejaban ver a

través de los rizos rebeldes.

—¿Quién es Renato? —preguntó sin aventurarse a mirarla.

—Es mi primo, estaba en la roda. —De manera inevitable las lágrimas se le arremolinaron en la garganta—. Él no es muy aventurero, temo que haya sido alcanzado por las balas. ¿Crees que pueda estar muerto?

—Probablemente. No todos tienen la misma suerte que nosotros.

—¡Ay, por Dios! —chilló y se llevó las manos al rostro, tratando de ocultar su llanto—. Ha sido mi culpa, ya no quiero salir de este hueco, no quiero... Merezco quedarme aquí de por vida.

—Quedarte aquí no solucionará nada, no sirve de nada quedarse estancado en un hueco —comentó sin ningún tipo de emoción en la voz.

A Elizabeth le parecía que ni siquiera se condolía de la situación por la que estaba pasando. Ese hombre era realmente extraño, un completo indolente. Le decía que su primo estaba muerto y no hacía nada para quitarle la angustia.

—Fue mi culpa, yo le pedí que me trajera... —Intentaba explicar, mientras el mentón le temblaba por contener el llanto, pretendiendo mostrarse fuerte delante del desconocido, cuando él la interrumpió.

—Sin duda, tu primo ha muerto por un capricho muy pero muy estúpido.

—¡Ya! ¡No me digas que está muerto! —pidió en medio de un grito, llevándose las manos al cabello—. Seguramente otro capoeirista se lo llevó y lo puso a salvo, como lo hiciste tú conmigo. —Se brindó una cuota de esperanza. No podía creer que su primo hubiese sido alcanzado por las balas y que su cuerpo se hallara tendido en cualquier lugar de esa espantosa favela.

—Ninguno de los hombres que estaba en esa roda iba a exponer su vida para salvar a tu primo, ni siquiera yo lo hubiese hecho.

—Entonces, ¿por qué lo hiciste conmigo? ¿Por qué me salvaste?

Cobra volvió la cabeza al frente, se mantuvo en silencio y con el rostro inexpresivo. No iba a responder a esa pregunta ni muerto.

Elizabeth se quedó esperando con la mirada en su perfil, anhelaba que le diera una explicación por mínima que fuera, pero definitivamente había enmudecido.

Otra vez con la rapidez de una cobra se adelantaba a los reflejos de ella y la pilló observándolo, aunque intentó volver la cabeza al frente, no lo consiguió; él le había llevado una mano a la mejilla, impidiéndole cualquier movimiento. Era un toque suave y al mismo tiempo rústico, tenía callos en las manos, eso se debía a las prácticas de Capoeira y a que no tenía los medios para cuidárselas.

Inevitablemente, ella pensó que esa mano era lo más cercano a un hombre rudo, a un hombre sexualmente agresivo; cerró los ojos intentando escapar de sus propios pensamientos y de esa mirada que estaba fija en su boca.

De manera automática abrió los ojos, al sentir el aliento de él sobre sus labios, era un aliento caliente y agradable, pero sentía miedo, miedo de dejarse besar por un hombre al que no conocía, del que no sabía absolutamente nada; ni siquiera estaba segura si vivía en esa favela, ni tampoco tenía la certeza de si estaba casado, con hijos; para la edad que aparentaba, debía tener mujer.

Un hueco sin fondo se le abrió en el estómago y cada vez lo sentía más cerca, y ella con menos ganas de rechazarlo.

—¿Vas a besarme? —murmuró, mirándolo directamente a los ojos, apreciando unas finas betas verdes.

—Sí, voy a besarte, Mariposa —aseguró, relamiéndose los labios con la punta de la lengua, preparándose para ese beso que latía desesperadamente en su boca, ese que había anhelado desde hacía mucho tiempo—, porque estoy seguro de que quieres que lo haga. —Lo haría despacio, no quería asustarla, no quería que por fin que el destino la había puesto en ese lugar, a un respiro de su

boca, se le escapara.

—¡Cobra! ¡Cobra!

La voz de Moreira llamándolo alertó a Elizabeth, quien se alejó bruscamente, siendo consciente en ese instante de que en ningún momento le había dicho su apodo de capoeirista, y ese hombre lo sabía.

¿Cómo demonios lo sabe?

CAPÍTULO 9

Las ráfagas de disparos habían cesado y las piernas de Renato aún eran víctimas de los constantes temblores producto del pánico, el corazón no dejaba de martillarle contra el pecho y el olor pestilente de la basura le provocaba arcadas cada diez segundos.

—Lo primero que tengo que hacer es salir de aquí —sollozó, pensando que tal vez Elizabeth había sido alcanzada por una bala o que en ese preciso momento estaría siendo abusada, quién sabe por cuántas bestias—. Necesito ir con la policía, debo ir con la policía. —Se animó, emprendiendo la subida por el montón de basura.

Mientras avanzaba buscaba en el bolso su móvil y vio el de Elizabeth también, no pudo evitar que el oxígeno se le sofocara en la garganta.

—Tal vez deba llamar a Liam, él me ayudará... —Con dedos temblorosos buscó la marcación rápida de su hermano—. ¡Mierda! ¡Maldita mierda! —gritó desesperado cuando la llamada fue desviada automáticamente al buzón de voz.

Desistió de llamar a su hermano y marcó al 197, a la Policía Civil, después de un par de tonos, atendieron la llamada.

—Policía Civil, ¿cuál es su emergencia? —preguntó una voz serena y al mismo tiempo contundente al otro lado.

—Señor, necesito su ayuda.

—Supongo que por eso llama, ¿cuál es su emergencia? —Volvió a preguntar.

—Estoy perdido, mi prima también está perdida, se la llevaron varios hombres.

—¿Cuál es su ubicación?

—Estoy en Rocinha... ¡Y no soy de esta puta favela! —Se llevó la mano libre a la cabeza y se la rascó con desesperación.

—¿Necesito su ubicación exacta?

—No lo sé, no lo sé... No conozco este lugar... Solo tiene que salvar a mi prima, se la llevaron unos hombres.

—¿Cuántos hombres?

—No sé, eran más de una docena, eran muchos más. Mi tío va a asesinarme. —No podía controlar el llanto, pero respiró profundo para poder hablar—. Todo pasó en medio de un tiroteo en Rocinha, solo sé que queda al sur de la ciudad.

—Sabemos dónde queda la favela, pero necesitamos una ubicación más específica.

—Estoy en un botadero de basura. ¿Acaso no pueden rastrear esta llamada?

—Aún el sistema no lo localiza. ¿El enfrentamiento fue por parte de narcotraficantes? ¿Estaban en busca de drogas?

—No, no... No nos drogamos, no tenemos nada que ver con drogas. Por favor, ya no haga más preguntas y envíe a alguien.

—Dígame su nombre y el de su prima.

—Renato... —Estaba por dar su apellido, cuando vio en lo alto de la plataforma a las tres chicas que bailaban funk.

—¡Ey, gringo! —Una de ellas, sin pensarlo se lanzó al basurero.

—Señor, necesitamos su nombre completo, señor... ¿Sigue ahí?...

—No llames a la policía, puedes empeorar la situación. —La joven le arrancó el móvil y finalizó la llamada—. Aquí la policía no entra, y si entra no sale.

—Necesito encontrar a mi prima, se la llevaron los capoeiristas.

La chica lo ayudó a salir hasta la plataforma de concreto, donde otra le dio un vaso con agua helada.

—Si ellos se la llevaron no le harán daño, bebe. —Le indicó, dándole el vaso.

Renato miró el envase de plástico azul, estaba algo rayado y percutido, aunque eso le daba asco no dudó en tomársela porque tenía mucha sed.

—¿Cómo sé que no le harán daño?

—Son capoeiristas no delincuentes, pero si se la llevaron los hombres de Caio, no saldrá con vida. —La chica de cabello rizado vio desesperación en los ojos azules—. Si está con los capoeiristas van a llevarla a un lugar seguro, y es mejor que tú también vayas a uno. Rocinha para ti no lo es.

—¿Podemos acompañarlo a buscar un taxi? —Le preguntó una a la otra.

—Yo no quiero irme de aquí sin Elizabeth, no puedo. —Negó con la cabeza y una vez más las lágrimas acudían a sus ojos.

—Debes irte, confía en que esté donde esté, se encuentra bien. —Lo consoló una de las chicas.

—¡Es mi prima!

—Lo sabemos, ya deja de llorar que pareces un *viado*. —Las tres soltaron una risita de burla—. Eres un niño de papi.

—Creo que se ha cagado en los pantalones. —Se mofó otra—. Apesta a mierda.

Realmente ese era el desagradable aroma que llevaba Renato encima, a consecuencia de su estadía en el botadero de basura.

—Ya, no sean malas. Es normal que esté asustado —pidió la más consciente de la situación—. Vamos a llevarte a que subas a un taxi seguro.

—Ustedes solo quieren que me vaya, seguro son cómplices de esos malditos.

—A ver muñeco lindo, no somos cómplices de nadie, solo pretendemos ayudarte porque no sabes ni dónde estás parado —replicó una de ellas, sintiéndose ofendida—. Pero tranquilo, te dejaremos aquí para que vuelvas a llamar a la policía. ¿Crees que las cosas pasarán igual que en las películas? ¿Acaso esperas que envíen a la tropa de élite en helicóptero y bajen con cuerdas para rescatarte? ¿Crees que invadirán Rocinha y encontrarán a tu prima? Sigue pensando que las cosas realmente pasarán de esa manera y arréglatelas como puedas. —Se molestó la que hasta el momento se había mostrado más sensata.

Renato comprendió que no ganaba nada con quedarse en ese lugar, porque no tenía idea de dónde estaba, y seguramente antes de que llegara la policía, ya lo habrían encontrado delincuentes que terminarían asesinandolo o haciéndole cosas peores.

—Está bien, por favor, ayúdenme a conseguir un taxi que sea confiable.

—Es la solución que te hemos ofrecido. Vamos, con nosotras estarás seguro —confesó la de los ojos color avellana. Empezaron a caminar y Renato las siguió.

Las chicas lo llevaron por varios callejones, entraron por algunas casas pidiendo permiso, como si fueran de ellas, invadiendo en los hogares donde las personas veían televisión o comían sentados en los caóticos comedores de madera con manteles de plástico; las saludaban con mucho agrado, por lo que suponía que las conocían.

En menos de lo esperado y tras bajar una empinada calle, llegaron a una vía donde vio que transitaban varios autobuses; inevitablemente pensó que estaba a salvo. Escuchó a una de las chicas decir que estaban en Estrada da Gávea. A su alrededor todo seguía siendo tan deprimente y escuálido; tanto, que el pánico no lo abandonaba.

Una de ellas mandó a parar un taxi. Estaba rotulado y supuso que sería seguro.

—Sube —pidió una de ellas, quien le abrió la puerta—. ¿Tienes para pagar?

—Sí, sí. —Buscó en su bolso la billetera y tenía varios billetes, los suficientes como para pagar

unas veinte carreras. No dudó en sacar algunos reales y se los ofreció a la chica de cabellos rizados —. Toma, muchas gracias.

—No, no es necesario. —Se negó a recibir el dinero—. Espero que tu prima logre salir.

—Gracias.

—Adiós, y no vuelvas a estos lugares. No son para niños ricos.

Renato se obligó a asentir y a regalarle una ligera sonrisa. En ese instante comprendió porqué su abuelo ayudaba a las personas de las favelas, porqué merecían que alguien les tendiera una mano.

Pensó a dónde podía ir, tal vez a la policía, pero temía empeorar la situación como le habían dicho las chicas del funk; entonces prefirió ir al apartamento de su hermano, seguramente él podría ayudarlo.

—Señor, a Barra... En unos minutos le doy la dirección exacta —pidió.

El taxista arrancó y las chicas se despidieron con gentiles ademanes, a los que él correspondió de la misma manera, para después anclar su mirada en cada rincón de esas calles, anhelando poder ver a Elizabeth.

Deseaba con todas sus fuerzas encontrársela caminando.

Elizabeth lo empujó, al parecer el calor y la conmoción la estaban enloqueciendo, porque iba a ceder al beso de un pobretón completamente desconocido. Ni siquiera podía estar segura de que contara con una aceptable higiene bucal.

—¡Ayuda! ¡Ayuda! —Empezó a gritar para que el hombre que acababa de llegar supiera que estaban en ese maldito hueco.

Cobra resopló, sintiéndose furioso y nervioso, una extraña mezcla que le arrebatava el control.

—¿Ahora te traes las citas al hueco? —preguntó Moreira acuclillándose al borde.

—Por favor señor, ayúdeme a salir de aquí, por favor... —Elizabeth se levantó con dificultad por el raspón en la rodilla y elevó la cabeza para encontrarse con un mulato de ojos claros.

Varios cordones dorados colgaban de su cuello y se balanceaban, captando su atención. Estaba totalmente segura de que no eran de oro, porque si lo fueran, los delincuentes no lo habrían dejado llegar hasta ese lugar.

—Un momento señorita, calma... Lamento mucho si mi amigo la ha decepcionado profundamente. Algunas veces no funciona, pero es por culpa del estrés... —hablaba el mulato, quien también estaba cubierto de tatuajes, cuando Cobra intervino.

—Moreira, baja la escalera. Necesito sacar a esta cacatúa de aquí.

Elizabeth volvió la cabeza hacia Cobra, dedicándole una mirada asesina, una que provocó que sus ojos se tornaran más grises que azules.

La ignoró completamente porque el decepcionado había sido él. Había preferido quedarse con la imagen de la niña preciosa e inalcanzable, atesorar esa personalidad que él mismo se había inventado y olvidar a la caprichosa e inmadura que estaba dando gritos como loca.

Una escalera de madera descendió al hueco y Elizabeth se aferró inmediatamente a las barras, para salir cuanto antes de ese caluroso lugar. Se sentía muy sucia, sudada y adolorida. Intentó escalar, pero el dolor en la rodilla le arrancó un sonoro jadeo, y apretó fuertemente los dientes en busca de valor.

Cobra suspiró al ver que a ella se le haría imposible subir, pensaba que era más fuerte, más aguerrida, pero seguía confirmándole que era una niña mimada, y le pulverizaba a la chica que había idealizado.

Él no iba a quedarse toda la vida en ese lugar, porque no contaba con la paciencia suficiente, por lo que llevó las manos a su pequeña cintura para ayudarle a subir, pero también disfrutaba del

contacto con esa suave piel y tener junto a su nariz el perfecto culo de la mariposa que revoloteaba en sus sueños más ardientes.

—Moreira, ayuda un poco, no solo te quedas mirando... Está herida —pidió a su amigo, que solo sonreía como un estúpido.

El hombre estiró uno de sus tatuados brazos y Elizabeth se aferró a la mano del fortachón, quien la haló, pero no era mucho lo que avanzaba, entonces sintió unas grandes manos cerrarle las nalgas con fuerza, e inmediatamente miró hacia abajo.

—¡No me agarres el culo! —Le exigió, molesta por tal atrevimiento.

—Cobra, no te aproveches. —Soltó Moreira con una carcajada, evidenciando la fuerza que ejercía para ayudarla a salir.

—Está bien. —La soltó sin previo aviso, y por poco el peso de Elizabeth se llevaba consigo a Moreira al hueco.

—¡Mierda, mi brazo...! ¡Lo vas a dislocar! —dijo con los dientes apretados—. Suelta, suelta.

—No puedo, no puedo. —Elizabeth movía los pies en busca de los peldaños, pero no los encontraba, tampoco se soltaba de la mano masculina.

—¡Cobra, ayuda! ¡Hijo de puta, ayuda! —suplicó Moreira, furiosamente sonrojando, al tiempo que intentaba soltar a la mujer, pero ella se le aferraba como una gata a punto de caer a un pozo de agua.

—La única manera es agarrarle el culo a la señorita intocable.

—Está bien agárralo, agárralo... Agárrame el culo, pero no lo aprietes —condicionó, sintiéndose desesperada. No quería volver a sufrir la horrorosa caída.

Cobra, quien estaba en la posición más ventajosa y menos sufrida, no pudo evitar divertirse con ese instante, como no lo había hecho en mucho tiempo, pero no sonrió, volvió a agarrarle el turgente culo a la mariposa y no respetó la condición, se lo apretó al momento de elevarla. Sabía que era su primera y última oportunidad para tenerla de esa forma entre sus manos y no la desperdiciaría.

Por fin Elizabeth salió de lo que para ella había sido lo más cercano al infierno, e inhaló profundamente, para llenarse los pulmones de aire fresco.

—Gracias, muchas gracias. —Le dijo al hombre de ojos verdes y labios gruesos—. Debo marcharme, tengo que buscar a mi primo. —Se sacudió un poco el pantalón y se recogió el cabello, sosteniéndolo con las mismas hebras.

Moreira se quedó alucinado ante la mujer que tenía en frente, llevaba puesto un pantalón de capoeira blanco, sucio, muy sucio y manchado de sangre, pero lo dejaba sin aliento el perfecto torso marcado; incluso más definido que el suyo.

Suponía que debía llevar una estricta rutina de ejercicios para que el vientre y los oblicuos se le apreciaran de esa manera tan tentadora. Sin duda alguna poseía un cuerpo fibroso, con una cara de querubín.

Si llevara el pantalón un centímetro más abajo, solo uno, tendría la complacencia de verle la piel del pubis.

No pasó ni un minuto para que Cobra estuviese a su lado, y no consiguió imaginar de dónde su amigo había sacado a ese templo de mujer.

—Es mejor que vayas a tu casa, no puedes ir a buscar a tu primo, porque no avanzarás más de dos cuadras sin que caigas en manos de hombres realmente despiadados —advirtió Cobra.

—Y ellos no te van a soltar el culo aunque se lo supliques. —Estuvo de acuerdo Moreira. Ciertamente, él tampoco lo haría, pero aún podía controlar sus instintos más carnales.

—No puedo largarme así como si nada... Sin saber lo que pasó con Renato —dijo con nerviosismo, y sus pupilas viajaban de un hombre a otro.

—Tendrás que hacerlo o arriesgarte a ser presa de narcos, posiblemente te venderán a los tratantes, y pasarás por lo menos un par de años drogada y siendo abusada.

Elizabeth tragó saliva, no podía creer lo insensible que era ese par. Suponía que solo pretendían hacerla entrar en razón, pero vaya manera de hacerlo.

—Creo que tienen razón... —Inmensas ganas de llorar provocaron que su voz pareciera que la estuviesen estrangulando—. Entonces mejor voy a la policía, ellos me acompañarán a buscarlo.

João y Cobra se miraron y negaron con la cabeza.

—No pierdas el tiempo porque no vendrán, pero ¿tienes alguna manera de comunicarte con él? —preguntó Cobra, llevándose las manos a las caderas, mientras intentaba disimular su minucioso escrutinio a la mariposa.

—¿Cómo pueden estar seguro de que la policía no vendrá? Es su deber.

—No vendrán —repitió João.

—No pueden asegurarlo, ni que fueran policías.

Ellos volvieron a mirarse y se alzaron de hombros de manera despreocupada.

—No lo somos, pero si yo fuese policía, no vendría —aseguró Cobra.

—Está bien. —Se giró y cojeando se encaminó a la salida—. Si la policía no viene por mi primo, mi papá y mi tío lo harán. No puedo seguir perdiendo el tiempo. —Un remolino de lágrimas se le formó en la garganta, producto del miedo y la culpa que la gobernaba.

—¿A dónde vas? —preguntó Cobra, mientras que João sin ningún disimulo, le dejaba la baba en el culo.

—A casa, ¡quiero largarme de este espantoso lugar! —gritó con su andar irregular.

—Te llevaremos hasta un lugar seguro. —Cobra le palmeó el pecho a Moreira para que saliera del estado de letargo en el que se encontraba y dejara de mirarle el culo a su mariposa.

—No gracias, tomaré un taxi.

—No es seguro.

Los hombres avanzaron detrás de ella.

—Sé que nada aquí es seguro, ni siquiera ustedes, así que ya déjenme en paz... Les agradezco lo que hicieron, pero ya no los quiero cerca.

—Déjala Cobra, deja que se joda —masculló Moreira, quien no iba a suplicar ser el guardaespaldas de esa desconocida.

—Si le pasa algo no podré con el cargo de conciencia —comentó, siguiéndola con la mirada—. No sabe por dónde anda.

—¿Acaso tienes conciencia? —ironizó, cruzándose de brazos—. Yo igual voy a dormir como un bebé.

Elizabeth salió de esa construcción, topándose con el callejón por el que habían entrado, miró a ambos lados, dudando qué dirección tomar, a la final se decidió por la derecha; caminó un par de cuadras por el reducido lugar, mientras escuchaba algunos perros ladrar, y algunos gritos provenientes de las casas.

Se vio tentada a tocar a una de esas puertas, para que alguien le prestara un teléfono y llamar a su padre para que viniera por ella, porque ya la tarde empezaba a caer, pero no estaba segura si detrás de esas puertas habitaba algún narcotraficante o algún tipo de delincuente.

Así que caminó otro poco hasta que vio a su izquierda una salida, por donde estaban transitando varios vehículos; espontáneamente miró al cielo y agradeció a Dios. Apresuró el paso para llegar cuanto antes a la salida, algunas personas la miraban, extrañados. Sabía que se debía a su aspecto tan bochornoso, debía estar toda sucia y el pantalón manchado de sangre, lo que le recordaba que la rodilla le latía dolorosamente.

Se paró en la calzada, a la espera de un taxi, no pudo evitar mandar a parar al primer auto con cartel disponible. Era un vehículo negro y anunciaba ser taxi con un cartón en el parabrisas.

No era seguro pero debía arriesgarse, lo único que quería era salir de ahí cuanto antes.

Cobra no podía dejarla ir así, sabía que era peligroso, por lo que corrió por el callejón hasta la avenida y la vio justo cuando se montaba en el auto.

—¡Espera! ¡No te subas! —No le dio tiempo a detenerla, el auto había arrancado—. ¡Mierda! ¡Mierda! —Se llevó las manos a los rizos y corrió de regreso a donde estaba Moreira, pero antes de llegar ya su amigo venía en camino—. La muy estúpida subió a un auto sin placa —dijo casi sin aliento y desesperado—. No tenía una puta placa de identificación.

—Cálmate, déjala que se joda, intentamos ayudarla y no quiso.

—No, no puedo dejar que se joda, no puedo... No lo entiendes... Por una mierda, Moreira... ¿Dónde está la moto?

—En el mismo lugar de siempre, ahí te la dejé. —Ya él sabía que Cobra necesitaría las llaves, por lo que se las sacó del bolsillo, y este prácticamente se las arrebató.

Cobra salió corriendo con todas sus fuerzas, sus pasos retumbaban entre los angostos callejones de Rocinha, tratando de esquivar cualquier objeto que pudiera lastimarlo, porque aún se encontraba descalzo y descamisado. Con el pecho a punto de reventar, suplicaba que solo le diese tiempo para no perder al maldito auto, si pensaba llevarla a su casa, sabía exactamente qué camino tomar.

En menos de un minuto estuvo de vuelta en su guarida, sin pensarlo saltó dentro del hueco, cayendo acuclillado, levantó la goma espuma y del bolso que guardaba en ese lugar, sacó una camiseta negra sin cuello ni mangas, con el Cristo Redentor estampado al frente, la que se puso en un parpadear; le quedaba holgada.

Se calzó unas botas corte militar, que estaban desgastadas por el uso. Rebuscó hasta encontrar su pistola automática, con el ágil movimiento de la experiencia, revisó que el cargador estuviese lleno.

Se levantó al tiempo que se aseguraba el arma entre los *jeans* y el vientre. Subió la escalera como si fuese un lince y salió corriendo, para ir en busca de la moto, no tenía tiempo para irse por los callejones, por lo que sin permiso alguno se saltó varios bahareques y atravesó patios, topándose en algunos con ropa colgada en los tendederos, dejando a su paso los desafortunados ladridos de los perros.

Elizabeth no pudo evitar asustarse cuando el hombre pasó el seguro a las puertas del auto, pero intentó mantener la calma, suponía que lo había hecho por seguridad. También se alentaba a mantenerse tranquila cada vez que la miraba a través del retrovisor.

Pero no pudo seguir conteniendo sus nervios cuando el hombre se adentró por un callejón que no había pasado el taxi que los había traído.

—Disculpe, señor. —Luchó con todas sus fuerzas para que la voz no le vibrara, pero fue imposible—. Esta no es la vía, no es por aquí.

—Solo hemos tomado un atajo, a esta hora hay mucho tráfico —comentó el hombre, quien la miraba de manera insistente por el retrovisor.

¡Dios mío! No está tomando ningún atajo —pensó Elizabeth, sintiendo que el corazón se le iba a reventar. Sabía que había sido una estúpida, una inconsciente; que debió aceptar la ayuda del primate albino y su amigo el mulato.

No quería imaginar lo que iba a pasar con ella. Quería hablar, tratar de entablar una conversación con el hombre, para saber cuáles eran sus intenciones, pero no podía esbozar una sola palabra.

El corazón iba a ahogarla, se sentía mareada y le dolía el estómago; era como si tuviese una enorme piedra en este. Todas las clases de defensa personal y seguridad que su padre le había enseñado por años, no funcionaban, su sistema nervioso era un completo caos y no contaba con la sangre fría como para atacar al hombre.

Llevó una de sus manos al botón para bajar la ventanilla, pero el cristal tintado no cedía, no descendía ni un milímetro.

—Se... señor —balbuceó, intentando conversar con el hombre—. ¿Podría decirme la hora?

El hombre de espesas cejas y pronunciadas ojeras solo la miró por el retrovisor, después de un tiempo que Elizabeth no pudo contar, y cuando pensó que no hablaría, lo hizo.

—No sé... —contestó al fin—. Pero debe faltar poco para las dieciocho —dijo con la mirada al frente.

—Gracias. —Su voz dejaba en evidencia lo nerviosa que se encontraba—. ¿Cuándo vamos a salir a la avenida principal? Creo que este atajo solo nos está llevando en sentido contrario. —Miró a su alrededor y el paisaje era cada vez más aterrador; vio en una esquina a varios hombres drogándose sin ningún tipo de reparo y todos estaban armados—. Señor...

—Cálmese, solo quédese tranquila.

Elizabeth tenía los ojos a punto de salirseles de las órbitas e inundados en lágrimas. Mentalmente le suplicó a su padre, lo quería, lo necesitaba desesperadamente, pero sabía que era imposible que pudiese acudir en su ayuda.

CAPÍTULO 10

En el preciso momento que el helicóptero aterrizó en el helipuerto de la mansión Garnett, Samuel se desabrochó el cinturón y bajó sin esperar y sin ayudar a Rachell, dejándola completamente confundida ante su actitud tan poco caballerosa.

Definitivamente algo le pasaba, pero como era costumbre de ese cavernícola, no le diría nada y a ella le tocaría adivinar a qué se debía su rechazo. Estaba claro que Dios le había dado mucha paciencia para soportar a ese hombre por treinta años.

Con lentitud se desabrochó el cinturón, mientras observaba cómo él se alejaba dando largas zancadas, en un intento por huir de ella.

—Gracias, Ayrton. —Le sonrió al piloto que le tendió la mano para ayudarla a bajar, mientras intentaba ocultar la molestia que le embargaba el pecho.

Desde que habían salido de la boutique en Leblon, Samuel no había pronunciado ni una sola palabra. Ella supuso que estaría cansado de haberle acompañado durante todo el día, pero esa actitud iba más allá de un simple agotamiento.

Caminó con rapidez y bajó las escaleras de la plataforma de concreto casi corriendo, e intentó mantener el equilibrio sobre sus tacones, para no terminar rodando escaleras abajo; casi en los últimos peldaños, vio a Samuel decidido a entrar en el ascensor que lo llevaría a la sala de la casa.

—¿Podrías esperarme? —preguntó hoscamente.

Samuel se relamió los labios y se llevó las manos a los bolsillos del pantalón, en un claro gesto de impaciencia, pero no entró al ascensor que esperaba con las puertas de cristal abiertas.

—Adelante señora —ironizó, al tiempo que le hacía un ademán hacia el interior del aparato.

Rachell le dedicó una mirada cargada de molestia y él la siguió, parándosele al lado.

—¿Qué te pasa Samuel? —preguntó, observando cómo él presionaba el botón y las puertas se cerraban—. Sé sincero. —Le pidió, atenta a cómo tras la barba, se notaba que tenía la mandíbula tensada.

—Quien debe ser sincera eres tú —comentó con la mirada al frente—, y dejarle claro a tus amigos, socios o quien mierda sean, que soy tu esposo, dentro y fuera de una cama; que me has parido tres hijos y que llevamos veinticuatro años casados. —Casi exigió, clavando su mirada fuego en los ojos violeta.

—No entiendo a qué viene ese comentario. Mejor dejemos los celos enfermizos para otro momento, por favor —resopló, sin importarle que a Samuel le pareciera que estaba fastidiada.

—Ahora no entiendes a qué viene mi comentario, pero al español del carajo ese le sonreías ante cada uno de sus intentos por seducirte —discutió con la molestia en aumento, con esa bendita agonía que lo atacaba cada vez que los malditos hombres intentaban entrometerse entre ellos.

—¡Por favor! —exclamó, realmente impresionada—. Pablo no me estaba seduciendo, solo estábamos negociando. —Empezó a negar con la cabeza, sin poder creer los estúpidos celos de su esposo. Muchas veces prefería mantenerlo alejado de sus actividades, porque siempre veía que cada hombre la enamoraba, como si esa etapa de deslumbramiento ya no se la hubiese ganado él muchos años atrás—. Ahora te sientes amenazado por un tipo que solo veo a través de una pantalla. Te recuerdo que Pablo está en Madrid.

—Le importaba una mierda la pantalla, cada vez que podía te miraba las tetas... Puedo refrescarte la parte de la conversación en la que te dijo que pensaba visitarte en Nueva York. —Inhaló ruidosamente y chasqueó los labios, tratando de controlar la rapidez con la que circulaba su sangre.

Rachell soltó una corta carcajada de incredulidad y molestia; en ese momento las puertas del ascensor se abrieron y ambos salieron con pasos enérgicos, llevados por la molestia de esa acalorada discusión.

—Samuel..., es preciso que dejes los estúpidos celos, y antes de que me digas algo más sobre mi escote, te recuerdo que nunca te he dejado interferir en mi manera de vestir. Si te sientes tan amenazado por Pablo, tal vez sea porque no estás siendo tan especial como para que tengas la seguridad de que aún con tres hijos, yo permanezca a tu lado.

—¿Dime cuándo no he sido especial? —preguntó, abriéndose de brazos.

—Justo en este momento no lo eres. Prefieres dudar de mí y creer que Pablo tendrá el suficiente poder de convencimiento como para que deje de amarte... —Detuvo su reproche al ver que tras uno de los sofás de la sala, había una cabecita de cabellos oscuros, y no quería que sus hijos los vieran discutir. Se suponía que estaban de vacaciones.

Samuel resopló ante el golpe bajo de Rachell, bendita mujer que siempre encontraba las palabras exactas para hacerlo sentir como un estúpido.

—Pablo... Pablo la mierda —masculló, sin poder evitar que Rachell le adelantara varios pasos, para ir en busca de Violet.

—Hola mi pequeña, ¿qué haces aquí tan solita? —preguntó Rachell, al ver que la niña estaba sentada con el diario en las manos.

—Aburrida. —Resopló, dejando caer el periódico a un lado, y mostrándole a sus padres que había estado llorando.

—¿Dónde están Elizabeth y Oscar? —Samuel llegó hasta la niña y la cargó, sintiéndose molesto con sus hijos mayores, por haber dejado sola a la niña. El fiscal se enterneció con su pequeña.

—Eli salió con Renatinho... —Le cerró el cuello a su padre con los brazos y se echó a llorar—, y Oscar se fue a la playa y no me llevó, me dejó aquí sola y... Me dijo que quería surfear y no estar pendiente de mí... Ya quiero ser grande para hacer cosas yo solita —expresó en medio del llanto, teniendo la certeza de que con eso su padre haría cualquier cosa por ella.

Samuel empezó a acariciarle la espalda y caminó con ella, calmándola mientras le susurraba tiernas palabras al oído.

Rachell se dejó caer sentada en el sofá para quitarse los zapatos, y una desagradable fotografía en el diario que estaba leyendo su hija llamó su atención. Era el cuerpo de una mujer en posición fetal dentro de una bolsa negra, pero en otra imagen se mostraba media pierna fuera de la bolsa; inevitablemente, ver eso le causó repulsión, y las alarmas de su interior se encendieron.

—Violet, ¿por qué estabas leyendo esta noticia? —Agarró el Jornal do Brasil, y descalza se encaminó hasta donde la niña estaba en brazos de su padre, siendo malcriada como tanto le gustaba.

—Porque le gusta leer —comentó Samuel sin saber a qué noticia se refería Rachell, y la niña asintió para darle la razón a su padre.

—Para leer te has traído un montón de libros acordes a tu edad. —Le tendió el diario a Samuel—. No puedes estar leyendo estas cosas. —Alzó ambas cejas y le dedicó una mirada acusadora a su esposo—. Mucho menos ver esas fotografías. Terminarás por tener pesadillas.

Violet se echó a llorar una vez más, era su manera de escapar al regaño de su madre.

—Estaba solita —sollozó, mojándole con las lágrimas la camisa a su padre—. No quiero que el asesino venga por mí.

—Ven aquí... —pidió Rachell quitándole la niña a Samuel y entregándole el diario—. Ese asesino no puede entrar en la casa, y no debes leer este tipo de cosas. Seguramente la policía lo atrapará esta noche —consolaba a su hija, yendo de regreso al sofá.

Samuel se quedó con el periódico en las manos y su mirada se ancló en la cruda fotografía. La víctima era una joven de aproximadamente veinticinco años, a la que no habían logrado reconocer,

porque le habían retirado el microchip de identificación. La encontraron desmembrada en la Avenida Brasil, a la altura del Rio das Pedras.

Era el tercero en tres meses, todos presentaban el mismo Modus Operandi: los cuerpos desmembrados de mujeres entre los veinte y treinta años, abandonados en la misma avenida, dentro de bolsas negras, junto a una sesión de fotos en blanco y negro, que iban desde cómo había sido la víctima, pasando por todo el cruel proceso al que fue sometida, hasta cada pedazo cercenado.

Los crímenes se los imputaban a un asesino en serie, tal vez el más radical en la historia de Río de Janeiro, si lo comparaban con el caso de Das Graças.

Inevitablemente, el instinto investigativo de Samuel se centró en cada detalle de la fotografía y en la información que tan solo le ofrecía esa noticia. Era imposible que no reaccionara de esa manera, que sus neuronas no hicieran sinapsis en busca de respuestas.

En otra imagen había un par de las fotografías en blanco y negro, recopiladas dentro de la bolsa, se mostraban algo estropeadas, pero no lo suficiente como para haber permanecido junto a un cadáver.

La joven estaba maniatada, amordazada y desnuda, en medio de una habitación de un color claro. Estaba seguro de que no era blanco, pero tampoco podría definir exactamente qué tono tenían las paredes.

Todos sus demonios internos rugían al pensar en la tortura a la que pudo haber sido sometida aquella pobre mujer. Sin dejar de mirar la imagen, se llevó una mano al bolsillo del pantalón y buscó su teléfono móvil, sintiendo una imperiosa necesidad por corroborar que Elizabeth estaba con Renato y que se encontraba bien; necesitaba escuchar su voz.

Buscó entre sus llamadas recientes el nombre de su hija, remarcó y se llevó el celular a la oreja, mientras el corazón le golpeteaba fuertemente contra el pecho, y súbitamente la boca se le había secado.

—¡Samuel! ¡Sam!, te estoy hablando. —Se hizo notar Rachell al hablarle en voz muy alta, sacando a su esposo del tormentoso momento en que él mismo se había sumergido.

Samuel se giró, encontrándose con una Rachell descontenta; le había prometido dejar al fiscal en Nueva York, y lo había pillado sumido en esa noticia, por lo que finalizó la llamada, esperando que Elizabeth se comunicara con él en cuanto viera la llamada perdida.

—Vamos a buscar a Oscar, y aprovechamos para llevar un rato a Violet a la playa —propuso Rachell para calmar a la niña, y porque no podía evitar sentirse culpable de haberla dejado sola por tanto tiempo.

—Pero si tienes la piscina, princesa. —Samuel dejó sobre la mesa el diario, y caminó hasta donde estaba Violet, sentada en las piernas de la madre.

—No es lo mismo. —Hizo un puchero, aferrándose a los hombros de su padre—. La piscina no tiene olas.

—Está bien, vamos a la playa —concedió, cargándola, y se encaminó al segundo piso, siendo seguido por Rachell, quien llevaba los zapatos en las manos.

Casi una hora en la camioneta les tomó llegar a Leblon, Samuel hubiese preferido el helicóptero, que desde hacía algunos años se había convertido en uno de los predilectos medios de transporte, para evitar el congestionado tráfico; pero supuso que a esa hora las vías no estarían tan atiborradas.

Mientras paseaban a un lado de la isla que dividía la Avenida Delfim Moreira, buscando dónde estacionarse, Rachell esperaba a que Oscar se dignara a atenderle el teléfono; internamente pensaba que apenas lo viera, le iba a halar las orejas.

—¡Hasta que por fin contestas! —dijo, sin poder ocultar la molestia—. ¿Dónde estás metido Oscar Sébastien? —Ella sabía que él odiaba que lo llamaran por su nombre completo, pero no podía evitar hacerlo cuando se sentía más preocupada que molesta.

—Mami, reclámale porque me dejó sola. —Violet no pudo evitar sembrar cizaña.

Samuel carraspeó, aunque hubiesen pasado dieciséis años, no toleraba escuchar el nombre completo de su hijo, pero en ese entonces estaba tan enamorado, que no se negó a cumplirle ese capricho a Rachell.

Ciertamente aprovechó el momento más emotivo y en el que no era más que una masa de orgullo al ver a su varoncito.

—Nada de Rachell, soy tu madre... ¿Dónde estás? —cuestionó una vez más, y Violet seguía insistiendo en que le reclamara porque no quiso sacarla de casa—. No te muevas, ya vamos para allá... No, ya estamos estacionando en la avenida... No te muevas Oscar.

Rachell finalizó la llamada y resopló como si estuviese agotada, mientras Samuel esperaba a un auto que salía para ocupar el puesto.

—¿Dónde está? —preguntó, apagando el motor.

—En el puesto doce —comentó, desabrochándose el cinturón de seguridad.

Samuel se encargó de bajar a Violet y le tomó la mano para cruzar el otro tramo de la avenida.

—El doce es allá —avisó Violet, señalando la caseta blanca con el número en azul, mientras se quitaba algunos cabellos que le cubrían el rostro, producto del viento—. Papi, le dices que me dejó sola. —Volvió a recalcarle. Violet no olvidaba y era persistente, había heredado la parte rencorosa de Samuel.

Rachell iba con un bolso, y sin que ella lo esperara, él le tomó la mano, llenando perfectamente los espacios entre los dedos de la mujer que amaba.

Ella sabía que esa era su manera de disculparse, y con una sonrisa, aceptó que a su manera, le pidiera perdón, y admitió ese beso que se acercó a ofrecerle, apenas un contacto de labios, que era más importante que muchas palabras.

Cuando sus pies se hundieron en la arena frente al puesto doce, divisaron en la orilla de la playa a Oscar, sentado con la mirada hacia el horizonte y la tabla de surfear a un lado.

Violet se soltó de la mano de su padre y salió corriendo hasta donde estaba su hermano; antes de llegar, agarró un puñado de arena y en venganza, se la echó en el cabello.

—¡Me trajeron a la playa! ¡Me trajeron a la playa! —canturreó, brincando alrededor de su hermano, quien anhelaba asesinarla mientras se sacudía el pelo, pero era imposible sacarse toda la arena porque lo tenía mojado.

—¡Violet! No hagas eso —reprendió Samuel, agarrándola por la mano y plantándola delante de Oscar—. Pídele disculpas a tu hermano —exigió.

—Pero papi, él me dejó solita. —Hizo un puchero.

—Eso no te da derecho a echarle arena, pídele disculpas.

—Déjala, papá. —Resopló Oscar, levantándose.

—Lo... lo siento. —Dos lagrimones corrieron por sus mejillas.

—Acepto tus disculpas, enana. —Le revolvió el cabello, mientras Violet lloraba—. Vamos a bañarnos —pidió y ella negó con la cabeza.

—Ya no quiero —sollozó.

A Samuel le dolía tener que reprender a Violet, pero en algunas ocasiones debía hacerlo, porque pasaba de ser traviesa a irrespetuosa; prefería luchar él contra esa presión en el pecho al verla llorar y saber que era el causante de las lágrimas de su pequeña, a que llegara el momento en que no pudiese controlarla.

—Violet, deja el berrinche. —Rachell se acuclilló a su lado—. Tu padre tiene razón, no puedes irrespetar a tu hermano, él es mucho mayor que tú. —Le decía mientras le desabotonaba el lindo vestido floreado.

—Yo no lo hice con alevosía —suspiró con sentimiento.

Rachell sonrió con dulzura, le encantaba ser testigo de cómo sus hijos adoptaban el argot de su padre.

—Estoy segura de eso, solo querías divertirte, pero a veces no todas las cosas que hacemos son divertidas. —Terminó por quitarle el vestido, dejándola con el traje de baño de una sola pieza en color turquesa—. Debes aprender a diferenciar.

—Ven, vamos a bañarnos. —Oscar le tendió la mano—. Solo por hoy permitiré que uses mi tabla.

—¿En serio? —Elevó la mirada cargada de lágrimas para mirar a su hermano, sin poder creérselo.

—Es tu única oportunidad. —Le sonrió ampliamente, dejando al descubierto su perfecta dentadura, y agarró la tabla.

Violet se le aferró a la mano y permitió que su madre le quitara las sandalias.

—Hoy voy a surfear. —Le dijo en voz muy baja a Rachell, como si pretendiera que Oscar no la escuchara.

—Así es, aprovecha que tu hermano está de buen ánimo. —Le guiñó un ojo.

Caminaron hasta la playa y las olas no dejaban avanzar a Violet, a quien revolcaron más de una vez; inevitablemente, les arrancaba carcajadas a sus padres y hermano.

—Ven, sube a la tabla. —Le pidió Oscar al verla sonrojada y asustada por las olas que amenazaban con ahogarla.

Ella sonrió con los ojos muy rojos a consecuencia del agua, tratando de mostrarse segura, porque a pesar de todo, le gustaba esa adrenalina a la que se enfrentaba.

—¡Oscar, no se alejen demasiado! —pidió Samuel, dejándose caer sentado en la arena. Se descalzó y se arremangó el pantalón hasta las pantorrillas.

Rachell, quien también estaba atenta, se quitó los zapatos y caminó hasta la orilla, permitiéndole a las olas estrellarse contra sus piernas.

Las carcajadas divertidas de Violet y las risas pícaras de Oscar, quien alentaba a su hermana a mantenerse en pie sobre la tabla, llegaban hasta Samuel, quien observaba sonriente la maravillosa escena ante sus ojos.

Recordó que Elizabeth no le había devuelto la llamada, por lo que buscó su móvil en el bolsillo del pantalón y le marcó. No le gustaba hostigar a su hija, prefería dejarla ser, brindarle el espacio y tiempo necesario, pero sentía una extraña sensación en el pecho cada vez que pensaba en ella.

Como buen brasileño era algo supersticioso y le costaba mucho no relacionar esa tonta agonía con su hija mayor.

—Contesta Elizabeth —murmuró, mientras cada repique acrecentaba ese miedo irracional—. Contesta... —suplicó, pero al cuarto tono fue desviado al buzón de voz.

Antes de adelantarse a localizarla por el GPS, prefirió marcarle a Renato.

—¡Papi, papi, tómame fotos! ¡Lo logré! ¡Lo logré! —gritó una eufórica Violet, de pie sobre la tabla, sostenida por Oscar, quien reía abiertamente mientras Rachell aplaudía.

Él también se emocionó por ese gran logro de su pequeña, desistió de llamar a Renato para fotografiar a Violet, pero a los segundos se cayó de la tabla, zambulléndose y siendo rescatada por su hermano mayor, quien volvió a subirla sobre la tabla.

CAPÍTULO 11

El móvil de Elizabeth volvía a sonar con otra llamada entrante de: «papá». El aparato temblaba en las manos de Renato, quien no contaba con la hombría suficiente para atender.

—Mierda... ¡Dios! ¡Mierda! —murmuró con el pánico haciendo mella en su ser, mientras la bendita canción anunciaba constantemente la llamada de Samuel Garnett.

—¿Se siente bien? —preguntó el taxista mirándolo por el espejo retrovisor, percatándose de que estaba extremadamente pálido.

—No, voy a vomitar... Pare, por favor.

Al taxista le tomó al menos un minuto encontrar un lugar donde estacionarse.

Renato apenas abrió la puerta y sin bajar del auto, devolvió el almuerzo, mientras la angustia le aprisionaba tortuosamente el pecho. El cargo de consciencia aunado al miedo iba a matarlo.

Ni siquiera quería llegar con su hermano, no encontraba una puta solución en su cabeza.

Con el dorso de la mano se limpió la boca, necesitaba desesperadamente poder quitarse el amargo sabor.

—Señor, necesito comprar un poco de agua —suplicó con la garganta ardida.

—Más adelante hay un lugar.

—Se lo agradezco, y disculpe. —Se sentía totalmente avergonzado con el pobre hombre, quien no podía disimular la cara de asco y preocupación.

—Si quiere podemos llegar a un hospital. —Se ofreció de manera amable.

—No, realmente no es necesario, solo estoy un poco nervioso.

El hombre puso en marcha el auto, y de vez en cuando le echaba una mirada al pasajero, lo menos que esperaba era que alguien se le muriera en el vehículo.

Cobra llegó a la casa donde dejaba guardada su moto Aprila cada vez que iba a Rocinha, subió en ella y la puso en marcha, a la mierda el casco protector y los guantes, no tenía tiempo para buscarlos; solo agarró el escapulario de Nuestra Señora de la Concepción Aparecida, «La Patrona de Brasil», que colgaba de su cuello, atada a un cordón negro, y la besó.

La Aprila negra con dorado ronroneó entre sus piernas, mientras probaba el acelerador, lo que le llevó contados segundos, aflojó un poco el embrague y arrancó.

Salió a la angosta calle, donde poco a poco fue aumentando la velocidad. Lo bueno de contar con una supermoto, era que no había embotellamiento ni terreno irregular que le impidiera avanzar.

La adrenalina corría desbocada por su sangre, el viento silbaba en sus oídos y movía furiosamente sus rizos cobrizos, mientras que su mirada buscaba atentamente el maldito auto negro que se había llevado a su mariposa.

Se encontró con las primeras escaleras, por lo que se incorporó para bajarlas con rapidez.

Inclinó su cuerpo hacia la derecha y extendió la pierna izquierda, para cruzar y no terminar estrellado contra la pared; siguió por una pendiente y esquivó un par de autos.

Los minutos pasaban y no veía el auto, no importaba cuántos atajos tomara, no divisaba el puto vehículo.

Elevó la parte delantera para acelerar, solo usando el caucho trasero; cayó sobre un charco de aguas negras que lo salpicó; no pudo evitar maldecir la política, al sistema y a todos los hijos de putas responsables de que hubiera botaderos de mierda por todas las calles de las favelas.

Definitivamente el auto se había desviado, y a él, el corazón le golpeteaba fuertemente contra el pecho; se sentía culpable de lo que pudiera pasarle a esa chica, porque estaba seguro de que no le sucedería nada bueno.

Inmediatamente saltó a su memoria la primera vez que la vio, no podía tener más de quince años, y era la poseedora de la sonrisa más linda y tierna que alguna vez hubiese visto.

Pasaron algunas horas de desmedido anhelo para que fuese consciente de que estaba jodido, porque una niña no podía atraerle de esa manera, no de manera tan carnal; pensó que tal vez se empezaba a despertar en él algún tipo de parafilia, que empezaría a obsesionarse con niñas, y hasta dejó de visitar a su familia por un tiempo, pero eso no sucedió.

No hubo otra que llamara su atención, solo pensaba en la sonrisa de esa jovencita de la que no sabía absolutamente nada, pero de la que poco a poco se encargó de saberlo todo.

Pensó con rapidez a dónde podrían llevarla, si eso no era un taxi común, era un delincuente en busca de dinero.

—La llevará a la zona roja —aseguró.

Giró bruscamente a la izquierda para cambiar su destino, agradecía al cielo que se conocía Rocinha como la palma de su mano; aprovechó los angostos laberintos para ganar tiempo y tratar de adelantar al auto.

Caminos de tierras empinados, metros y metros de escaleras, aguas negras, barro... De todo eso encontraba en los atajos que recorría, a la velocidad que podía mantener para no estrellarse ni ser víctima de un atraco, por parte de las peligrosas bandas organizadas que imperaban en el sector.

Se lanzó sobre una plataforma de concreto, que servía de techo para varias casas, y de un nuevo salto se integró a la vía principal.

Sintió que el alma le regresó al cuerpo cuando vio el auto negro, estaba seguro de que no podría rebasarlo porque no había el espacio suficiente; volvió a adentrarse por los callejones, con el único objetivo de adelantarlo.

Calculó la distancia suficiente y volvió a salir a la vía principal, un par de cuadras adelante del auto.

Detuvo la moto en medio del camino, y se bajó, al tiempo que sacaba la pistola, caminó con decisión hacia el auto, apuntando directamente al conductor.

—¡Para! ¡Para! —exigió a punto de grito, pero el hombre seguía avanzando. Estaba seguro de que no le importaría llevárselo por delante, por lo que sin titubear disparó al neumático delantero izquierdo.

Elizabeth no lo podía creer, se sentía salvada o tal vez no, ya no sabía nada, presa de los nervios empezó a llorar, y gritó cuando la detonación resonó. Se llevó las manos a la cabeza y se tiró sobre el asiento para evitar salir herida.

Cuando el auto bajó la velocidad por la irregularidad del neumático, Cobra corrió y de un ágil brinco subió sobre el capó, sin dejar de apuntar al maldito conductor, consiguiendo que se detuviera.

—Abre las puertas ahora mismo hijo de puta... ¡Abre! —exigió, al ver que el hombre no cedía—. ¿Quieres que te deje irreconocible para el funeral?... ¿Eso quieres? —Pateó con el talón el cristal delantero en varias oportunidades, consiguiendo resquebrajarlo.

—¡Dios mío! ¡Dios! —gritaba Elizabeth en medio del llanto, al tiempo que tiraba de la manilla, pero la puerta no cedía, el conductor no le quitaba el seguro.

El hombre no se dejaba intimidar por Cobra, ya se había enfrentado a varios delincuentes y su sangre se espesaba cada vez más; buscó rápidamente la navaja que escondía debajo de una camiseta que tenía al lado, giró medio cuerpo y se aferró al cabello de Elizabeth.

Ante el tirón, la chica empezó a manotear para liberarse, consiguiendo golpearlo en un par de oportunidades en la cara.

Cobra no quería arriesgarse a que el hombre hiriera a su mariposa, por lo que rápidamente brincó y corrió a la puerta del conductor; sin parpadear pateó la ventanilla que era más frágil, haciéndola añicos. Con toda la ira que lo gobernaba, agarró al hombre por el cabello.

—¡Te dije que abrieras las putas puertas! ¡Suéltala! ¡Suéltala! —Halaba al hombre por el cabello, pero él seguía aferrado a los de Elizabeth.

No iba a seguir en ese estúpido forcejeo, brindándole oportunidades a un parásito; sin pensarlo le disparó justo en la rodilla izquierda.

El hombre, ante el dolor soltó a Elizabeth y la navaja, para presionarse donde la bala se le había incrustado; pudo sentir cómo le había atravesado la rótula.

—Ya no volverás a secuestrar a nadie... —Le agarró la cabeza y se la estrellaba una y otra vez contra el volante, mientras el hombre bramaba en medio del dolor, y Cobra era un toro embravecido, que no conseguía ver más allá de su objetivo.

—Ya, por favor. Cobra, para ya... Sácame de aquí, por favor —suplicaba Elizabeth al verlo enceguecido por la ira, al parecer iba a matar al hombre que tenía todo el rostro ensangrentado.

Cobra respiró profundamente para calmarse y desde el comando del volante desactivó el seguro de las puertas.

Elizabeth bajó y salió corriendo, lo hizo en sentido contrario a Cobra, porque verdaderamente estaba aterrorizada ante la actitud tan agresiva por parte de él, y solo anhelaba huir.

Él corrió, alcanzándola a los segundos y la agarró por el brazo, prácticamente llevándola arrastras.

—Te llevaré a un lugar seguro, Mariposa. Ya deja de exponerte... No hagas más estupideces —exigió con dientes apretados, al tiempo que se guardaba la pistola

Al llegar a la moto subió y con un solo brazo le envolvió la cintura; sin el mínimo esfuerzo la elevó y la sentó ahorcadas frente a él, sintiéndola más cerca que nunca, piel contra piel, latido contra latido.

Sabía que no podía quedarse un minuto más en ese lugar, porque era peligroso para ambos; las personas empezaban a asomarse por las ventanas para saber qué había pasado, ya que ante la primera detonación todo el mundo se había encerrado, como se acostumbraba en las favelas.

—Aférrate a mí. —Le pidió y la moto rugió.

Elizabeth cerró con fuerza la cintura de Cobra y enterró el rostro en su pecho; todavía seguía temblando y los latidos iban a hacerle estallar el corazón en mil pedazos. Sentir el arma contra su vientre no le ayudaba a que los nervios mermaran.

No era la primera vez que veía una, de hecho, sabía perfectamente cómo usarlas, pero nunca había tenido que hacerlo más allá de un polígono.

Sus muslos estaban encima de los de Cobra y podía sentir los fuertes músculos esforzándose por mantener el equilibrio de ambos. La moto arrancó y cerró los ojos con fuerza, solo quería abrirlos y aparecer en su casa, mientras sentía las irregularidades del terreno lastimar su trasero.

En varias oportunidades él maniobraba la moto con una sola mano y volvía a cerrarle la cintura con el brazo, envolviéndola con su calor, haciendo polvo los centímetros que los separaban. Era como si desesperadamente quisiera asegurarse de que la llevaba con él.

Después de varios minutos de andar por las calles, sintiendo el corazón de Cobra golpetear contra su frente, así como su pesada respiración, se detuvieron, y ella fue consciente del sonido de vehículos. Estaban en una calle mucho más transitada.

—Todo va a estar bien, sé que estás muy nerviosa... —decía, mientras el ronroneo de la moto los hacía vibrar un poco a ambos—. No vuelvas a pisar nunca más una favela, no vuelvas a arriesgarte de esta manera. —Subió su mano, recorriéndole la espalda, y le acarició el cabello, reacomodándole un poco la maraña enredada de hebras castañas.

—¿Lo has asesinado? —preguntó, despegando la frente del caliente pecho y mirándolo a los ojos grises. Estaban mucho más claros y parecían dos gotas de mercurio.

Tenía un poco de sangre en la frente, quiso quitársela, pero temía que reaccionara de manera violenta, mientras seguían esperando a que el semáforo cambiara de color.

Inevitablemente eran el centro de miradas de muchos curiosos. Ella se percató en ese momento de que ninguno de los dos llevaba casco protector, y que se estaban burlando descaradamente de las leyes de tránsito, al estar sobre una moto de esa manera.

—No, lamentablemente.

—La policía va a atraparnos, mis huellas quedaron en el auto, van a relacionarme —sollozó temerosa. Cómo le explicaría a su padre todo eso, y no quería ir a prisión.

—Ese hombre no va a ir con la policía porque no le conviene, y la policía mucho menos llegará a ese lugar, así que puedes estar tranquila. —Le dijo, para que dejara de angustiarse.

Cobra tenía la certeza de que con la ley no tendrían problemas, pero que tal vez él sí había firmado su sentencia de muerte. No estaba seguro de si ese hombre pertenecía a alguna red organizada de trata de blancas. Si era así, lo buscarían y le harían pagar lo que había hecho.

Ella podría regresar a Nueva York sin ningún inconveniente, el dinero de su familia la protegería, pero a él nadie podría brindarle protección.

Atravesaron la calle y se detuvo donde había algunos puestos con vendedores ambulantes de tapiocas, frente a varias tiendas, en su mayoría atendidas por inmigrantes de los países de Oriente.

La bajó sin el mínimo esfuerzo, él también desmontó; la tomó por la mano llevándola con él, como si ciertamente entre ellos existiera algo más allá que la serie de fortuitos sucesos que los habían llevado a ese lugar.

—Roberto, ¿cómo estás? —saludó a uno de los hombres de la venta de tapiocas.

—¡Cobra! ¡Hermano! ¡Qué alegría verte por aquí! —Lo saludó, dándole un abrazo—. Bien, muy bien... Trabajando para llevarle la comida a los hijos.

Elizabeth sentía las piernas algo entumecidas, además del dolor en la rodilla que no parecía cesar; e inconscientemente, se aferraba a la áspera mano de Cobra. Él le brindaba un agarre protector, lo hacía para que no se le escapara, y aunque sentía el miedo latir en cada célula de su ser, ella no quería escapar, no quería que él la soltara.

—Roberto, necesito un favor.

—Habla.

—¿Podrías prestarme tu móvil? Necesito hacer una llamada.

—Sí, claro. —El hombre buscó en el bolsillo de su pantalón el teléfono y se lo ofreció a Cobra.

—Gracias, será breve. —Lo agarró y se alejó un par de pasos, llevando a su mariposa con él, dejando libre el espacio para que Roberto pudiese atender su puesto—. Llama a tu primo. —Le dio el teléfono.

Elizabeth miró el aparato y miró a Cobra, no estaba indecisa sino sorprendida por el amable gesto de ese hombre, que le estampaba en la cara que verdaderamente quería ayudarla.

—Gracias —musitó con la mirada en la fuerte mano que le ofrecía el teléfono.

Él le regaló una caía de párpados, alentándola a que no lo dejara con la mano tendida.

Elizabeth lo agarró y se quedó pensando con los pulgares en la pantalla.

—¿Pasa algo? —preguntó él, llevándose las manos a las caderas, al ver que ella no hacía nada.

—No me sé su número —confesó en voz baja, sintiéndose algo avergonzada.

—¿El de tu casa? —preguntó, y ella negó con la cabeza—. El de tus padres, tus hermanos. —Ella volvía a negar y se mordió el labio.

Se quedó mirando a la pantalla, sintiendo que la impotencia la gobernaba; tal vez debía pedirle a Cobra que la llevara a casa, porque verdaderamente la sola idea de subirse a un taxi la llenaba de

pánico, pero no quería aparecerse en esas condiciones, mucho menos sin Renato, de quien no sabía absolutamente nada.

—¡Qué estúpida soy! —exclamó, como si hubiese estado olvidando algo realmente importante—. Renato tiene mi teléfono, es el único número que me sé.

—Es necesario que memorices algún número de emergencia. —Le sugirió, atento a cada dígito que ella marcaba.

Elizabeth esperaba escuchar la voz de Renato al otro lado de la línea o al menos la de alguien conocido. Después de varios repiques nadie respondió.

—Intenta una vez más. —La alentó Cobra, mirando a todos lados, atento a cualquier peligro. Sabía que aunque se hubiesen alejado lo suficiente de la zona roja, si querían encontrarlos, lo harían sin ningún inconveniente.

Elizabeth volvió a marcar, y mientras esperaba a que alguien atendiera la llamada, ancló su mirada en el hombre frente a ella, quien miraba a su derecha; lo notó algo preocupado o tal vez ya se estaba hartando de su papel de salvador y quería deshacerse de ella cuanto antes.

Una vez más sus reflejos eran demasiado lentos para la rapidez de Cobra y la pilló observándolo; tragó en seco para armarse de valor y no desviarle la mirada. Él tampoco lo hizo, siguió mirándola sin ningún disimulo.

Sus pupilas viajaron a los labios masculinos e internamente se recriminó no haberle permitido que la besara. Ahora suponía que contaba con una excelente higiene bucal, lo poco que había podido apreciar de sus dientes, se mostraban sanos y su aliento era cálido y agradable.

—¿Hola...? —Se dejó escuchar la voz estrangulada de Renato al otro lado, haciendo polvo la fantasía de Elizabeth, que se encontró anhelando perderse en esa boca de delgados y masculinos labios.

—¡Renato! ¡Renatinho! ¿Estás bien?

—Eli... ¡Eli! ¡¿Cómo estás?! ¡¿Dónde estás?! ¡Por favor, dime que estás bien!

Los primos hablaban al mismo tiempo, evidenciando la desesperación que los embargaba.

Cobra carraspeó, para pasar esa extraña mezcla de nervios y excitación; retrocedió un paso, para darle un poco de espacio a la chica.

—Sí... sí, estoy bien... No... no me hicieron daño —respondía al alterado interrogatorio de su primo—. Un capoeirista me llevó a un lugar seguro. —Miró a Cobra y le sonrió, él no correspondió, su rostro pétreo no demostraba ninguna emoción. Llevaban juntos más de tres horas y no lo había visto sonreír ni una sola vez.

—Gracias al cielo, Elizabeth, primera y última vez que pisamos un lugar como ese... Todo fue tu culpa, pudimos salir lastimados o haber muerto —reprochó con aspereza y desesperación—. Casi muero de la angustia, ni siquiera pensaba volver a la casa, hasta pensé en suicidarme antes de aparecer sin ti.

—Lo siento Renato, lo siento mucho... —Se mordió el labio para contener las lágrimas que se le arremolinaron en la garganta ante la culpa que la invadía—. Solo quería ver una roda de verdad, quería luchar con buenos capoeiristas. —Bajó la mirada, sintiendo vergüenza de que Cobra descubriera la verdadera razón de porqué estaba en Rocinha, de porqué se había expuesto de esa manera.

—Bueno, olvídale y dime dónde estás. Iré por ti —preguntó al escuchar la voz abrumada de su prima. Estaba completamente seguro de que se había aterrado tanto como él ante la experiencia vivida.

—Estoy a las afueras de Rocinha, eso creo. —Miró a su alrededor, para ver si encontraba algún punto de referencia más allá de la mueblería que tenía enfrente.

—No te muevas de donde estás. —Le exigió y le solicitó al taxista que lo regresara a la favela.

—Está bien, te esperaré aquí. —Estuvo de acuerdo ella, pero Cobra empezó hacerle algunos ademanes de negación—. Espera un momento Renato.

—Aquí no, dile que te busque en el Forte de Copacabana —dijo en voz baja—. Es más seguro.

—Renato, mejor nos vemos en el Forte de Copacabana —aceptó Elizabeth, mientras Cobra le hacía señas, pidiéndole que le informara que él la llevaría—. El capoeirista que me rescató me llevará. —Al decir eso, Cobra asintió.

—Eli, no quiero que te arriesgues, ¿es confiable ese hombre? Podría llevarte a otro lugar...

—Sí... sí, es confiable. Me ha sacado de la favela y me ha prestado un teléfono para que pueda comunicarme contigo.

—Confío en tu instinto, nos vemos en un momento. Ten cuidado.

—Lo tendré, me alegra saber que estás bien... Pensé lo peor.

—Te aseguro que tu angustia era mínima comparada con la mía.

—Lo siento... Renato, no quiero abusar, el teléfono es prestado.

—Está bien, nos vemos en el Forte.

Elizabeth finalizó la llamada, sintiendo que acababa de despertar de la más horrorosa pesadilla. Liberó un suspiro, como fiel muestra de esa tranquilidad que la embargaba.

—Vamos. —Él volvió a agarrarla de la mano y la llevó de vuelta hasta el puesto de tapiocas, donde le regresaron el teléfono al dueño y ambos le agradecieron la gentileza.

Cobra subió a la moto y volvió a agarrarla por la cintura, envolviéndola con su brazo, como si tuviese total poder sobre ella, provocando que un abismo se abriera en la boca del estómago de Elizabeth.

Él pretendía subirla a la moto, pero ella no podía permitirlo, el pánico había cesado, la adrenalina había bajado sus peligrosos niveles, por lo que ahora sí podía ser consciente de la manera nada convencional en la que iba en una moto con un total desconocido.

—No, espera... ¿Puedo ir atrás? Es que creo que delante y en esa posición podríamos estrellarnos.

—Como prefieras, pero te aseguro que no vamos a estrellarnos. Llevarte sentada sobre mí no me hará perder el control.

Eso decepcionó un poco a Elizabeth, quien por un momento anheló descontrolarlo, deseó poder sentarse sobre ese hombre y que enloqueciera. Suspiró para contener sus deseos alterados por las emociones vividas y subió a la moto, detrás de él.

No pudo evitar que sus manos se escabulleran por dentro de las holgadas mangas de la camiseta, que dejaba al descubierto los costados de Cobra, y le cerró el torso, deleitándose con su caliente y firme piel.

Cobra se maldijo porque la piel se le erizó íntegramente, y antes de que ella pudiese darse cuenta del bochornoso espectáculo que protagonizaban los vellos de sus brazos, arrancó; tomándose la libertad de ir mucho más rápido.

Al salir del túnel Zuzu Ángel, tenían los oídos casi tapados, todo a su alrededor se escuchaba como un lejano zumbido y los autos que sobrepasaban se convertían en borrones de varios colores.

Cobra eligió toda la vía de la costa para llegar más rápido a su destino, aunque realmente no quería llegar. No quería dejarla porque deseaba que la única oportunidad que había tenido no se esfumara tan rápido.

El viento agitaba con fiereza el cabello de Elizabeth, su cuerpo estaba en total tensión por encontrarse aferrada a ese hombre. Ni siquiera había sido consciente de que disfrutaba de las suaves cosquillas que les provocaban a las yemas de sus dedos los vellos del fuerte pecho masculino, hasta se había familiarizado con el retumbar de ese apresurado corazón.

El majestuoso paisaje costero que había visto durante toda su vida, por primera vez no captaba su atención, absolutamente nada lo hacía; estaba aturdida, era como si una gran nube blanca le vetara la

razón. Solo podía sentir la fuerte espalda contra sus senos; y por instinto, presionaba fuertemente sus muslos contra las perfiladas y poderosas caderas de Cobra.

Después de que Violet se cansara de estar en el agua y de sus intentos por querer surfear como su hermano, decidieron ir a uno de los quioscos, donde se ubicaron en una de las mesas, mientras el lugar era amenizado por una mujer que cantaba Bossa Nova.

El sol inmenso y dorado se ocultaba tras el imponente morro de granito, dejando una hipnótica estela anaranjada en el cielo; el atardecer daba su último aliento, otro día agonizaba, siendo alentado con el agradecimiento de los aplausos de varias personas, entre esas los hijos de los esposos Garnett, quienes habían adoptado una de las costumbres más antiguas de la Ciudad Maravillosa.

Samuel disfrutaba de una Skol Beats helada, Rachell de una copa de vino blanco, mientras que Oscar y Violet se habían decidido por jugo de maracuyá, y para contrarrestar el hambre que les había provocado tanto desgaste físico, comían camarones apanados con papás fritas.

Si Samuel y Rachell no hubiesen estado completamente atentos a cómo Oscar y Violet disfrutaban de la comida, hubieran visto a su hija mayor pasar junto a ellos por la Avenida Delfim Moreira sobre una moto, aferrada a un completo desconocido.

La moto se detuvo frente al histórico pórtico del fuerte, pintado de blanco, con el Escudo de Armas de la República en la parte superior, como en cada entrada, estaba tallada inexorablemente la frase que acompañó importantes hechos: «SI VIS PACEM PARA BELLUM».

Renato, que había estado esperando sentado en la banca al lado de uno de los cañones, que orgullosamente llevaba a cuesta parte importante de la historia de Brasil, se levantó y empezó a caminar con decisión hasta donde se había estacionado la moto de la que descendía su prima.

Elizabeth bajó, quedándose anclada a esa mirada gris que armonizaba perfectamente con ese rostro bronceado y esa barba cobriza, iluminado por las últimas luces del atardecer.

—Gracias, te debo la vida... —No sabía qué decir, ni siquiera quería despedirse—. Y lo menos que puedo hacer es regresarte un pantalón nuevo.

—No es necesario, déjalo así... Solo no regreses a la favela, realmente has contado con mucha suerte. —Le recordó, atesorando el poco momento que le quedaba. Estaba seguro de que nunca más volvería a verla tan de cerca. Realmente había cambiado muy poco desde que la vio por primera vez. Seguía manteniendo ese gesto curioso cuando miraba fijamente, también esa extraña manía de mover mucho las manos cuando hablaba, era como si quisiera expresar cada una de sus palabras con movimientos.

—Más que suerte, creo que conté contigo... Aunque no te perdono que me hayas sacado de juego, dejándome en ridículo. No volveré a la favela, aprendí la lección... Pero si algún día nos volvemos a topar, te demostraré la excelente capoeirista que soy.

—Pude notarlo cuando enfrentaste a Gavião, no tienes que demostrarme nada. —Cobra vio a un joven de piel clara y cabello oscuro, que se acercaba dando largas zancadas; supuso que ese era el primo de Elizabeth, por lo que aceleró la moto para que ella comprendiera que ya debía marcharse.

—Por cierto, me llamo Elizabeth —comentó sintiéndose estúpidamente nerviosa. Esperando que él también le dijera su nombre y que comprendiera que estaba invitándolo a que se vieran una vez más; quería competir con Cobra, que la llevara a los límites de su pasión por la Capoeira.

Fue muy poco lo que vio de su destreza, pero fue suficiente como para saber que ese era el contrincante que había anhelado toda su vida.

Cobra quiso decirle que ya sabía su nombre, que estaría impresionada si supiera todas las cosas que ya conocía de ella, y que hasta llevaban el mismo tatuaje. Eso había sido una maravillosa

coincidencia, pero prefirió cortar de raíz la conversación.

—Adiós, Elizabeth... —Saboreó su nombre por haberlo expresado por primera vez en voz alta.

Arrancó justo antes de que Renato llegara hasta ellos, dejando el sonido vibrante de la moto en el ambiente. Ella lo siguió con la mirada y una extraña sensación de vértigo la invadió, cuando Cobra elevó la parte delantera de la moto para ganar velocidad, pero a los segundos la dejó caer; inevitablemente se alejó demasiado rápido del lugar y sin haberle dicho si quiera cómo se llamaba.

—Eli... ¿Estás bien? ¿Por qué estás así? ¿Esto es sangre? ¿Te hicieron daño? Vamos a la policía. —Renato no paraba de hablar y ella solo se quedó mirando a la Avenida Atlántica, por donde Cobra se había perdido al rebasar varios autos.

—Estoy bien... —Se miró la rodilla donde aún tenía el pedazo de tela negra amarrada—. Solo me caí cuando salimos corriendo.

—Vamos a la clínica, es mejor que te vea un doctor —pidió tomándola por el brazo, siendo consciente del desastre que era su prima.

—No es necesario, solo es un raspón, nada grave. —De manera repentina se abrazó fuertemente a su primo—. Gracias a Dios que estás bien, me asusté mucho, temí que hubieses sido alcanzado por una bala.

—Más miedo del que yo sentí lo dudo... Casi muero de un ataque al corazón cuando tío Sam te estuvo llamando.

—Déjame regresarle la llamada, no quiero que se preocupe.

Elizabeth buscó su teléfono y marcó a su padre, quien al primer repique le contestó.

Ella le mintió, le dijo que estaba bien y que solo estaba con Renato en Copacabana con unos amigos, que en un rato regresarían a casa. Su padre le informó que estaba en Leblon, junto a su madre y hermanos, que la esperaba ahí.

Se echó un vistazo y miró a Renato. Así como estaban no podían presentarse frente a sus padres, le dijo que en unos minutos lo volvería a llamar, porque no sabía cuánto podrían tardar.

—Papá está en Leblon, quiere esperarnos para que regresemos a casa con él.

—No, mira cómo estamos.

—Eso mismo pensé, pero podemos ir a una de las tiendas del frente y comprar algo para ti. En el bolso tengo mi vestido. Nos ducharemos rápido y... Realmente no quiero regresar en taxi —confesó, aunque estuviese en compañía de Renato, era muy pronto como para volver a subirse a un auto público, sin revivir todo el pánico que había experimentado.

—Está bien, dile que en cuarenta minutos.

Elizabeth volvió a marcar al teléfono de su padre y le pidió que le esperara el tiempo que Renato le había solicitado; mientras conversaba por teléfono, su primo la tomó del brazo, instándola para que caminara.

Cruzaron la calle y entraron en la primera tienda de ropa que vieron, compraron justo lo necesario y regresaron a los baños públicos, donde trataron de mejorar la apariencia que les había dejado ir a Rocinha.

Cuarenta y cinco minutos después, llegaron a donde estaban sus padres y hermanos, les dijeron la mentira que habían practicado durante todo el trayecto.

Se ubicaron en una mesa para disfrutar de algunas bebidas refrescantes. Inevitablemente, Elizabeth se preguntaba en pensamientos si el hombre con la serpiente tatuada en la espalda habría llegado a su casa. A partir de eso, cientos de dudas surgieron en su cabeza con relación a él, y quería desesperadamente encontrar las respuestas.

CAPÍTULO 12

—¡Buenas noches! —Las voces de las gemelas se dejaron escuchar al unísono, al tiempo que irrumpían en la sala, donde estaba la reunión familiar de más de una docena de personas.

—¡Hemos llegado! —gritó Hera corriendo con sus tacones hacia donde estaba su madre, a la que abrazó fuertemente.

Casi al mismo tiempo, Helena también se aferró a Sophia, dejándole caer un montón de besos en las mejillas.

—¡Papito! ¡Papito hermoso! —Hera se sentó sobre las piernas de su padre y le cerró el cuello con los brazos, mientras Reinhard reía complacido, ofreciéndole un caluroso abrazo—. Te extrañé.

Helena sabía que Hera se apoderaría de esa manera de su padre, por lo que aprovechó para saludar a sus hermanos, cuñadas y sobrinos.

Recibió besos y abrazos de todos, quienes le elogiaban el magnífico bronceado, a diferencia de Sam, quien era el único que siempre se burlaba de sus pecas y le decía que aunque estuviese bronceada, su cara parecía una galleta con chispas de chocolate.

En la sala todo era una algarabía, Violet les preguntaba a sus tías si les habían traído algún regalo.

Renato, como era costumbre, solo estaba presente físicamente, porque toda su atención estaba concentrada en el teléfono, mientras que Thais algunas veces le exigía un poco de atención hacia la familia.

Liam se encontraba impaciente por marcharse, esa noche tenía planeado salir con algunos amigos, y esa reunión familiar le estaba robando parte de su preciado tiempo.

Oscar conversaba con su tío Ian, mientras las gemelas se robaban la atención de todos los demás.

Aunque Elizabeth estaba atenta a los divertidos comentarios de sus primas, de lo bien que lo habían pasado durante sus vacaciones, pudo sentir el teléfono vibrándole en la mano.

—Mierda —masculló al ver en la pantalla la llamada entrante de Paulo. Se levantó como si fuese un resorte.

Para Samuel no pasó desapercibido la exaltación de su hija al momento de levantarse tan sonriente, pero regresó su atención hacia los presentes, suponiendo que quien la llamaba era el novio.

—Permiso, debo atender. —Se disculpó y se recordó que no debía cojear, porque lo que menos quería era que su familia se diera cuenta del horrible raspón que le adornaba la rodilla, que le causaba una molestia torturante.

Caminó a la terraza con el corazón latiéndole desahogado y una estúpida sonrisa le ganaba la partida. Respiró profundo antes de atender para parecer calmada.

—Hola —saludó cerrando el cristal, al tiempo que le daba la espalda a la reunión familiar.

—Solo dime dónde nos vemos y a qué hora. —La voz de Paulo caló seductoramente en el oído de Elizabeth—. Estoy realmente ansioso por verte.

Elizabeth se mordió el labio y sonrió, era increíble cómo ese chico la descontrolaba. Ella se moría por ir a bailar con él, estaba segura de que si le pedía a sus primas que la acompañaran no se negarían, para ellas un viaje de más de nueve horas no significaba ningún tipo de cansancio, mucho menos una excusa para no divertirse. Pero no era posible, no estaba dispuesta para bailar.

—Paulo, lo siento... No podré ir. —Pudo escuchar un quejido al otro lado de la línea—. Es que tuve un accidente. —Se apresuró a explicar.

—Realmente no puedo creerte, no puedo tener tan mala suerte... Elizabeth, por favor, hice una reserva para esta noche. Vas a perder la oportunidad de comprobar que soy mejor con el baile que con la Capoeira...

—¡Paulo! Ya no me tortures. —Le recriminó por atormentarla. La verdad que se lamentaba por no poder aprovechar ese momento—. No te estoy mintiendo, tuve un accidente.

—Lo siento, ¿estás bien? ¿Ha sido grave? —Se mostró serio.

—No ha sido grave, pero no me dejará bailar.

—¡Eli, mira! ¡Mira! —Violet la interrumpió, trayendo consigo una camiseta y un bolso de maquillaje—. Es mi regalo.

—Disculpa, es mi hermanita —secreteó, como si estuviese mal lo que estaba haciendo—. Es que hace un rato llegaron mis primas.

—Las que también son tus tías.

—Así es. —No pudo evitar reír.

—¿Estás hablando con Luck? —preguntó la niña, llegando hasta ella.

—No...

—¿Quién es Luck? —intervino Paulo al otro lado.

—Paulo debo colgar. —Se excusó, porque no sabía qué respuesta darle, e inevitablemente empezó a sentirse muy nerviosa.

—Está bien, me obligaré a pensar que no me estás rechazando.

—No, solo que estoy en una reunión familiar.

—¿Es Luck? —Volvió a preguntar la chiquilla.

Elizabeth hizo a un lado el móvil y miró a su hermana, quien algunas veces solía ser demasiado impertinente.

—No enana, no es Luck... Ve con papá, ahora me muestras tus regalos. —La despidió y la niña se fue refunfuñando. Elizabeth volvió a atender la llamada—. Paulo, tenía muchas ganas de ir a bailar, pero tranquilo, mis vacaciones apenas comienzan, así que podremos salir cualquier noche.

—No quiero que sea cualquier noche, me gustaría aprovechar cada día que estés en Río... Sé que es un poco apresurado, pero tal vez me vaya a estudiar a Nueva York.

Elizabeth cerró los ojos y evitó que se le escapara el suspiro que le aleteaba en el pecho.

—Seguro que te irá muy bien allá —comentó al fin—. Y ya cuentas con una amiga.

—Tal vez..., aún no sé... Podría ser amiga... o enamorada. Todo dependerá de lo que pase en los días que estés aquí.

Elizabeth pensó que Paulo iba a más de cuatrocientos kilómetros por hora, pero ella siempre había sido una apasionada de las velocidades.

—Eso lo veremos cuando me demuestres qué tan buena pareja de baile eres.

—Si de eso depende, entonces iré averiguando de algún apartamento en Nueva York.

Elizabeth no pudo evitar soltar una sonora carcajada, y una vez más su inquieta hermanita amenazaba con regresar a la terraza, por lo que le hizo un ademán para que permaneciera donde estaba.

—Debo colgar, ya van a servir la cena.

—Entonces te dejo, pero si te sientes mejor, estaré disponible toda la noche.

—En este instante no hay nada más que desee que sentirme mejor —suspiró, haciéndolo partícipe de sus anhelos—. Hasta mañana.

—Hasta mañana, Elizabeth. —Su voz parecía la de un niño caprichoso.

Elizabeth se volvió de espaldas a su familia, miró por encima del hombro, y vio que todos estaban concentrados en la conversación que dominaban sus primas, por lo que aprovechó para subirse un poco el vestido, y tomarse una fotografía en la rodilla afectada.

Se la envió a Paulo junto a un mensaje que decía:

«Si no fuese por este pequeño detalle, estaría preparándome para que me llevaras a bailar».

No esperó a que él respondiera, se encaminó al interior de la casa y en pocos minutos pasaron al

comedor.

Después de la cena, Liam, Ian y Thais se despidieron; Sophia y Reinhard subieron a su habitación; Rachell y Samuel también se fueron a la que ocupaban, en compañía de Violet, quien quería ver televisión con sus padres.

Mientras que Renato y Oscar decidieron ir al salón de entretenimiento, para disfrutar de una película de acción.

Ella aprovechó para salir al área de la piscina y conversar con Hera y Helena, quienes sin ningún recato le contaron cómo habían pasado sus vacaciones. Entre ellas había suficiente confianza como para no dejar ningún detalle por fuera, reían cómplices y felices; sin embargo, Elizabeth no les contó de su escapada a la favela y todo lo que había pasado, pero sí les hizo saber de Paulo y que pensaba salir con él. Esperaba que ellas la acompañaran.

Hera y Helena no lo dudaron ni por un segundo; además, desde que Elizabeth les mostró algunas de las fotografías que el chico le había enviado, la secundaron en que saliera él.

—Eli, no debes desperdiciar esta oportunidad, está buenísimo y babea por ti —comentó Hera con la mirada en la fotografía de Paulo Morais.

—Creo que no la desperdiciaré, realmente me gusta mucho... Es divertido; según él, sabe bailar, es capoeirista... Bueno, se esfuerza en serlo. —Soltó una risita y no pudo evitar sonrojarse como si fuese una niña—. Estudia derecho. Íbamos a salir hoy, pero... —Se detuvo antes de decirles lo del raspón en la rodilla—. Sabía que papá no me permitiría salir sola...

—Nosotras te hubiésemos acompañado, a Sam le decimos que te vas a quedar en nuestro apartamento y listo —intervino Helena—. Si quieres salir con un gato, nos dices y te ayudamos para que puedas disfrutar de las vacaciones como debe ser.

—Eso pensé, pero sé que deben estar cansadas, el viaje debió ser agotador.

—Sabes perfectamente que soportamos maratones peores que un simple viaje; anda, llámalo y dile que aceptas su invitación —instó Hera.

—No, ya se comprometió a trabajar en un proyecto de la universidad —mintió, porque bien sabía que no podría disfrutar de la noche por el raspón en su rodilla, y ni loca iba a contarle a sus primas cómo y dónde se lo había hecho.

Las chicas siguieron hablando, contándose personalmente muchas cosas que se escapaban a sus charlas virtuales que mantenían cada semana.

La confianza entre ellas era el principal eslabón de la amistad que habían forjado durante toda la vida. Eran muchos los secretos que compartían, entre ellos la primera vez que Elizabeth mantuvo relaciones sexuales, cuando tenía quince años, y que había sido con su mejor amigo.

El pobre joven con gafas, catalogado como el cerebritito de la clase, al que ninguna chica miraba.

Lo habían hecho solo por experimentar, por saber qué era lo que se sentía despertar al mundo de la sexualidad. El sentimiento que los unía era mucho más puro que el del amor, era una amistad que no alimentaba celos ni egoísmo.

Pero él se había ido a estudiar a Londres y no había regresado, allá conoció a una chica con la que podía compartir sentimientos y no solo urgencias sexuales.

Contrario a lo que pensaran las gemelas, que iba a enamorarse de Travis, eso no pasó, solo tenían sexo y seguían siendo muy buenos amigos; entonces, después de compartir más de tres años de satisfactoria relaciones sexuales con él, supo que el sexo no siempre iba ligado al amor.

De lo que sí estuvo segura fue que el sexo era una ardiente necesidad, porque cuando Travis se marchó, había sufrido como nunca; las primeras semanas le pareció estar en el infierno, cuando necesitó liberarse y no tuvo a su amigo a su lado.

Esa noche las gemelas se quedarían en casa de sus padres, pero al día siguiente regresarían a su ático.

A eso de la una de la madrugada, Elizabeth les pidió que se fueran a descansar, ella haría lo mismo. Cuando entró a la habitación que estaba compartiendo con Violet, ya la niña estaba rendida.

Se acercó y la arropó, porque como era su costumbre, pateaba las sábanas y las tiraba al piso. Puso en la mesa de noche el móvil y se fue al baño, se duchó y se preparó para dormir.

Se metió a la cama y apagó la luz del velador que estaba sobre la cabecera; aunque se había curado la rodilla, la sentía caliente y le latía dolorosamente.

De manera inevitable, sus pensamientos se enfrascaron en todo lo vivido durante la tarde; en el pánico que había sentido durante los sonidos de los disparos que se sucedían como ráfagas, haciendo eco entre los callejones; en los pasos apurados que retumbaban y en los cuerpos sudorosos que la atropellaban sin ningún cuidado.

Debía sentirse agradecida con Cobra, porque le había salvado la vida en dos oportunidades, pero ahora que podía estudiar todas las probabilidades, sabía que también le temía, que despertaba en ella angustia. Era un hombre violento y de sangre fría.

Le había disparado a ese hombre sin sentir ningún remordimiento, y le había destrozado el rostro; podía jurar que estaba acostumbrado a hacer eso. Seguramente era un delincuente y por ella solo había sentido lástima, pero lo que realmente le desconcertaba y le provocaba temor, era que se sabía su apodo de capoeirista.

—Seguramente conoce a Avô, tal vez me reconoció... Quizás Avô lo habrá ayudado con sus obras sociales, como lo ha hecho con tantos habitantes de las favelas. ¿Me habrá salvado en agradecimiento a él?

Más allá de cualquier justificación que le diera a la actitud de ese hombre, no quería volver nunca más a una favela, no volvería a exponer su vida; iba a conformarse con seguir viviendo su pasión en las academias, con capoeiristas íntegros y respetuosos, no con delincuentes que tal vez se valían de un deporte tan hermoso para hacerle daño a personas inocentes.

Sus pensamientos empezaban a formar una tela de araña, asimismo el sueño poco a poco iba venciéndola, estaba casi dormida cuando el zumbido de su móvil, vibrando sobre la mesa de noche la alertó, espantando todo indicio de sueño; se giró un poco e inevitablemente se lastimó la rodilla.

—Mierda. —Se quejó, apretando los dientes para soportar el dolor. Estaba segura de que solo era un raspón y no necesitaba ningún tipo de atención médica, pero no por eso dejaba de ser torturante.

Mientras el teléfono seguía con la pantalla iluminada lo agarró, suponiendo que era el hombre al que había dejado embarcado.

—Al parecer Paulo no piensa desistir —dijo sonriente, con la emoción burbujeando, pero al ver la pantalla, la llamada era de un número desconocido, y de un teléfono local. Pensó en no atender, porque era muy tarde como para que alguien equivocado estuviese molestando. No obstante, su dedo pulgar aceptó la llamada—. ¿Sí? —habló con precaución, pero después de varios segundos, no recibió respuesta. Escuchó atenta, percibiendo una respiración agitada y pesada, como si la persona al otro lado acabara de hacer algún tipo de esfuerzo o simplemente se encontraba nerviosa—. ¿Hola? —Volvió a saludar, y no escuchaba más que esa respiración casi excitante—. Si no habla voy a colgar. —Aunque amenazó con colgar, quien fuera que estuviese al otro lado no habló, y ella tampoco finalizó la llamada—. Creo que está equivocado.

No tenía la más remota idea de quién podía estar al otro lado de la línea, porque no hablaba, pero seguía ahí, podía escuchar esa respiración que súbitamente despertaba una legión de mariposas en su estómago; no sabía si era de miedo, emoción, excitación. Solo tenía la certeza de que se sentía muy extraña.

Por un momento fugaz, a su memoria llegó como un inesperado meteorito, el recuerdo de ese hombre que la salvó en la favela, con quien había vivido momentos de extrema adrenalina, pánico y rabia, pero también instantes de una fascinación desconocida.

No tenía la certeza y tampoco se arriesgaría a intentar adivinar, tras esa respiración que no quería dejar de escuchar, podía percibir el sonido de vehículos, lo que le hacía suponer que a esa hora estaba en la vía pública y solo la zona sur era la que comúnmente a toda hora era transitada.

—Si no quieres hablar, voy a colgar. —En ese instante la llamada llegó a su fin, el ensordecedor pitido le anunciaba que la habían dejado hablando sola. Eso realmente no le gustó, suponía que era ella quien debía finalizar la comunicación, por lo que volvió a marcar, pero por más que sonó, nadie respondió.

Cobra se quedó aferrado al auricular del teléfono público, apretándolo tan fuerte que los nudillos se le tornaron blancos; por más que timbró, no atendió. Se asió a toda su fuerza de voluntad para no responder y hacerle saber que era él quien la había llamado.

A pesar de todo, había valido la pena memorizar su número, confirmó que le pertenecía y estaba seguro de que no podría olvidarlo. No encontró el valor para responderle, porque era consciente de que debía alejarse; no quería joderle la vida, y él mismo no quería complicarse aún más la suya.

Una suave llovizna caía sobre Río, bañándolo de a poco; la temperatura había bajado y la brisa marina lo hacía tiritar. O tal vez eran los estúpidos nervios que despertaba en él esa chiquilla. Odiaba sentirse tan patético, odiaba todo lo que provocaba Elizabeth Garnett en él.

Decidió regresar a su hogar, por lo que se dio media vuelta y emprendió el camino de regreso por la calzada, pasando frente a hoteles y restaurantes, que a esa hora aún estaban abarrotados de turistas, quienes disfrutaban de algún trago y conversaban sobre lo fascinados que los tenía la Ciudad Maravillosa.

Elizabeth dejó de llamar y apagó el teléfono, para que no la molestaran más, mientras luchaba por arrancar de su mente ese extraño momento, que la inquietó al punto de aniquilarle todo rastro de sueño.

Empezó a dar vueltas en la cama y solo consiguió lastimarse la rodilla en más de una oportunidad; la última vez que había visto la hora en el reloj en forma de un tierno gato, sobre la mesa de noche, marcaba las cuatro y diez de la mañana.

Después de más de un año sin visitar Río, despertaba su primer domingo en la ciudad, en medio de los zarandeos de Violet, a quien poco le importaba si se había desvelado.

Su hermanita solo quería que cumpliera su promesa de llevarla a Rio Water Planet.

Solo repetía una y otra vez que ya Liam había llegado a buscarlas, y que no esperaría mucho tiempo para llevarlas a su apartamento, donde se quedarían a pasar la noche.

A Elizabeth no le quedó más que levantarse de la cama y arreglarse, para ir a pasar su día a Barra e ir a un parque acuático, del cual no podría disfrutar, porque el latente dolor en su hinchada rodilla, le recordaba el accidente que había sufrido el día anterior.

Trató de mantener el horrible raspón oculto de sus padres, por lo que no solo usó un vestido largo, sino que también se obligó a no caminar de manera irregular delante de ellos.

En medio de besos y abrazos se despidieron, mientras ellos le recordaban aplicarse suficiente protector solar, y les pedían a los mayores que tuviesen mucho cuidado con Violet, que no le permitieran entrar a las piscinas de adultos.

Pero una vez que la camioneta de Liam salió del estacionamiento, Violet le recordó a su primo mayor, que le había prometido que ese año sí le permitiría lanzarse al Space Ball.

—Solo si sabes nadar —condicionó el hombre de atrayentes ojos grises. Ella le aseguró que sabía hacerlo y le pidió apoyo a su hermano.

En medio de la alegre música que mezclaba inglés y portugués, iniciaron el trayecto. Liam tomó la avenida Das Américas y otras vías que en menos de una hora los llevaron a su destino.

Para Violet estar en Río era disfrutar del agua como si fuese un pez, se aventuró a lanzarse por todos los toboganes, entrar en cada piscina y finalizaron en el Family Ride, donde todos subieron a

un bote inflable, y se aventuraron por el gran tobogán que ofrecía caídas y rápidos, permitiéndoles disfrutar de pura adrenalina.

Al llegar la tarde, decidieron ir a la Laguna Marapendi, solo para ver el atardecer reflejado en los dos espejos de agua, unidos por canales y rodeados del verdor de la naturaleza.

Oscar no se conformó con solo mirar y aprovechó para practicar en compañía de Liam un poco de Windsurf.

Elizabeth moría por subir a una tabla y dirigir la veleta en la dirección del viento, pero era consciente del estado de su rodilla, y no debía esforzarse más, por lo que desde la orilla observó junto a Violet a su hermano y a su primo, quienes se divirtieron por lo menos una hora, mientras el sol impresionante descendía sobre la costa.

A pesar de todo el protector solar que Violet usó, presentaba las huellas de un intenso bronceado, aun así, la energía parecía no agotársele.

Elizabeth aprovechó para llamar a Luck, con quien habló por mucho tiempo, desde que subieron a la camioneta hasta que llegaron al apartamento de Liam.

El maravilloso Pent House, se encontraba ubicado en una exclusiva zona de Barra, el área residencial solo estaba compuesta por cuatro torres de edificios de sesenta pisos cada uno, de un blanco impoluto y cristales.

Contaban con una cancha de golf, una de tenis y otra de equitación, con vista a la playa más extensa de todo Río de Janeiro.

Liam los invitó a pasar, y fueron recibidos por Marina, una mujer de unos cincuenta años, mulata y de una amable sonrisa. Ya ellos la conocían, era quien había trabajado en la casa de Reinhard Garnett, y desde hacía un par de años había sido enviada a ese apartamento, para que la vida de su primo no fuese un completo desastre.

Les dio una calurosa bienvenida en medio de besos y abrazos, y los dirigió a cada uno a las habitaciones que habían sido preparadas para pasar la noche en el lugar.

Se tomó la molestia de cocinarle a cada uno su comida preferida, para consentirlos como era su costumbre cada vez que los hijos de Samuel Garnett los visitaban.

Esa noche Elizabeth recibió una llamada de Paulo, quien se mostraba preocupado por su accidente del día anterior. Ella le dijo que estaba mucho mejor, pero que aún necesitaba tiempo para recuperarse.

Sin darse cuenta, él la hacía reír y suspirar; anhelaba verlo, deseaba ver a ese chico de ojos grises y sonrisa coqueta, por lo que le aseguró que por la mañana iría a la academia, pero que lamentablemente no podría competir.

Paulo no deseaba competir con ella, solo quería verla, quería que se diera la oportunidad anhelada.

En medio de la promesa de volver a verse en pocas horas, finalizaron la llamada.

Elizabeth dejó el teléfono sobre la almohada de al lado, esperando a que el sueño la venciera; no obstante, aguardaba porque la pantalla de su móvil se iluminara una vez más, anunciando la llamada entrante de un número desconocido, pero por más que esperó, eso no pasó y quedó totalmente rendida.

CAPÍTULO 13

Había pasado casi un año para que Elizabeth volviera a sacar su auto del estacionamiento de la casa de su abuelo. Ya no necesitaba de su padre para que la llevara a la academia, así podría disponer de su tiempo como mejor le pareciera.

Llevaba el tipo de música que le gustaba, al volumen que deseaba e iba a la velocidad que le daba la gana, aunque algunas veces el tráfico la limitaba.

Se sabía de memoria el camino a la academia, porque llevaba años asistiendo, fue en ese lugar donde la bautizaron como capoeirista, seguía siendo el mismo mestre, y casi todos los que acudían a ese lugar habían crecido con ella, eran los mismos.

Muy pocos habían dejado de asistir, a los que le había perdido el rastro, y otros nuevos se integraban, como era el caso de Paulo.

Abandonó la carretera principal y agarró el camino que la llevaba a ese lugar inmerso en el parque nacional, rodeado del más hermoso paisaje. Estacionó debajo de un árbol, en el área dispuesta para los que asistían a la academia.

Bajó del auto y caminó hasta el salón, inevitablemente buscó con su mirada a Paulo, entre las personas que estaban sentados en el parque, formando un círculo, todos vestidos de blanco.

Lo vio al lado de Priscila, conversando con ella, quien se mostraba realmente animada. Su instinto femenino se activó, gritándole que esa manera de mirarlo y de tocarse el cabello, no era más que un evidente coqueteo con Paulo.

Caminó hasta la roda y se sentó lo más alejada posible de Paulo, no quería interrumpir a la parejita.

Él la miró y ella lo ignoró olímpicamente, prefirió ponerse a hablar con Bruno, quien estaba a su lado; quería contarle que había ido a la roda en la favela como él tanto anhelaba, pero que lamentablemente no había tenido la oportunidad de disfrutar del deporte como esperaba, porque en menos de diez minutos se encontraba corriendo por los callejones en medio de un tiroteo.

Se moría por aconsejarle que nunca se arriesgara a ir, que no se expusiera de esa manera, pero sabía que si se lo contaba, seguramente se lo diría a Liam, entre ese par no existían secretos.

El mestre los mandó a poner de pie, el juego empezó y aunque ella se moría por entrar a competir, solo se limitó a cantar los corridos y animarlos con palmadas.

Paulo, después de competir y perder, se integró nuevamente en la roda justo a su lado, ella siguió con la mirada al frente, molesta y siendo consciente de cómo Priscila quería asesinarla con la mirada.

—Dijiste que me avisarías apenas llegaras para encontrarnos en la entrada. —Le dijo Paulo en voz baja, inclinándose un poco para estar más cerca del oído de Elizabeth.

—Lo olvidé —murmuró, sin dejar de seguir el corrido con la mirada, atenta a los combatientes, y se movió un poco hacia la derecha para alejarse de él.

—¿Cómo sigues de la rodilla? —preguntó, acortando la distancia.

—Mucho mejor. —Se limitó solo a contestar eso, no pretendía entablar una amena conversación con él, porque solo podía pensar que mientras ella no estaba, él coqueteaba con las demás.

—Entonces ya podemos ir a bailar, ¿vamos esta noche? —preguntó, llevándole una mano a la parte baja de la espalda.

—No puedo, tengo asuntos importantes que atender —dijo determinante, quitándose la mano de él.

—Elizabeth, te noto distante, ¿qué pasa?

—Nada, no pasa nada.

El mestre les dedicó una mirada de desaprobación ante la falta de respeto de ambos, no les quedó más que fijar su atención en la lucha y cantar el corrido.

Uno a uno fueron pasando y Priscila anhelaba luchar contra Elizabeth, aun cuando no contara con la misma experiencia que la Mariposa, necesitaba competir contra ella, porque confiaba en su destreza y así le podía demostrar a Paulo que podía ser mejor, pero se quedó con las ganas porque Elizabeth se negó, y no por cobardía, sino porque no estaba apta para hacerlo.

El juego terminó y la rueda se rompió, cada integrante se apartó, y empezaron a formarse pequeños grupos para seguir conversando; otros seguían practicando las técnicas, mientras que Elizabeth dio por terminada su estadía en ese lugar.

Se despidió del mestre Otavio y salió, siendo seguida por Paulo, quien no le importó rechazar abiertamente a Priscila.

—Elizabeth, vamos a la cafetería, te invito una bebida —propuso, acoplándose al lado de la chica de ojos gris azulado.

—No, gracias... De verdad gracias Paulo, pero es mejor que regreses al salón. —Caminaba enérgica, sin importar sentir un poco de molestia en su rodilla.

—Ya terminó la roda, no haré nada en el salón, por el contrario, quiero compartir contigo, llevamos mucho tiempo sin vernos.

—Solo nos hemos visto una vez y eso fue hace tres días.

—Personalmente nos habíamos visto una vez, pero ya hemos pasado horas conversando, hemos forjado una extraordinaria amistad en solo tres días. —Él seguía el andar apresurado—. Supongo que viene tu padre a buscarte, puedes esperarlo mientras nos conocemos un poco más. Recuerda que me debes una invitación para ir a bailar.

—Mi padre no vendrá, vine en mi propio auto.

—Entonces puedes quedarte un poco más o podríamos ir a otro sitio —Le cerró el codo con la mano, impidiéndole que avanzara—. Por favor Elizabeth, no me hagas rogar... Noté tu cambio de actitud cuando me viste conversando con Priscila, no debes preocuparte por ella, solo es una compañera, no me importa... Eres tú quien me interesa.

Elizabeth lo miró a los ojos, advertía sinceridad, o al menos eso era lo que parecía. Realmente no quería nada serio con Paulo, porque ella debía regresar a Nueva York y seguir su vida con Luck, mantenerse a su lado, demostrarle afecto y fidelidad.

También muy en el fondo, se recordaba que toda su vida había renegado del hombre brasileño; fuera de algunos hombres de su familia, los demás eran unos casanovas empedernidos, que fácilmente podían tener diez novias al mismo tiempo, sin sentir un poquito de remordimiento. Para ellos era imprescindible tener con quién quitarse las ganas y nada más.

Estaba completamente segura de que Paulo le tenía ganas, pero así como se las tenía a ella, también podría tenerlas por Priscila, Celina y muchas más fuera de la academia.

Agarró una bocanada de aire y miró a las ramas de los árboles que le daban sombra. Intentando erradicar la tonta molestia que la embargaba.

—Realmente Priscila no me preocupa, creo que estás confundiendo las cosas... Paulo —suspiró, fijando la mirada en los ojos grises—. Solo podemos ser amigos...

—Por ahora —interrumpió—, solo hasta que me haya ganado tu confianza.

—No se trata de eso. —Lo detuvo, tirando sutilmente del brazo para que la soltara—. Es que no podemos tener nada más. En unas semanas regresaré a Nueva York. —Evitó contarle de su relación con Luck, debía dejarlo por fuera, porque nada tenía que ver.

—¿Por qué mejor no le dejamos lo nuestro al tiempo? En días encontraremos las respuestas... Como amigo te invito, acompáñame, quiero mostrarte un lugar muy especial —dijo, mostrándole una encantadora sonrisa.

—Conozco este lugar mejor que tú, así que dudo que puedas sorprenderme.

—Ya verás. —Le agarró la mano.

Elizabeth no se negó al agarre de Paulo, se dejó envolver la mano por esa cálida piel, por esos dedos varoniles, y correspondió al cerrar su mano alrededor de la de él.

Empezaron a caminar por el parque, en medio de grandes y frondosos árboles, del canto de los pájaros y del chillido gracioso de los monos títes que abundaban en el lugar y se balanceaban escondidos entre las ramas.

—¿Te duele la rodilla? —preguntó, después de que llevaban más de diez minutos caminando, sumergiéndose cada vez más entre el espeso bosque.

—No, realmente ya no me duele —aseguró, observando una pequeña cascada que bajaba entre piedras, y el riachuelo que pasaba debajo del puente de piedra en el que estaban parados—. ¿Falta mucho? —preguntó, soltándose un momento de la mano de Paulo, para acomodarse el cabello.

—No, falta muy poco, pero ahora debes hacer silencio, mucho silencio o arruinarás la sorpresa.

—Está bien, cerraré la boca —aceptó con un asentimiento.

Estaba segura de que si su padre se enteraba de que había permitido que Paulo la llevara a ese lugar tan apartado, le daría un ataque, porque todas sus advertencias de desconfiar de los desconocidos las estaba burlando.

Aunque para ella ya Paulo no era un desconocido, llevaba tres días hablando con él a diario. Sabía de su vida en Minas, conocía a su familia y amigos, al menos por fotos.

Él volvió a agarrarle la mano y ella una vez más se dejó, hicieron el andar más lento y cauteloso, hasta que pudo ver dos troncos inmensos con las ramas entrelazadas, dando la impresión de ser un portal hacia otro universo.

Paulo le dedicó una mirada significativa, informándole que ese era el lugar, atravesaron los dos árboles y con mucho cuidado él la hizo volverse. Elizabeth no podía creer lo que había ante sus ojos, era maravilloso, era increíble.

Era el más bonito espectáculo que alguna vez hubiese visto. Cubriendo los troncos de los árboles había cientos de mariposas, parecían dormir y daban la impresión de ser una majestuosa alfombra de alas azules y negro.

Paulo chocó sus palmas y todas de ellas alzaron el vuelo, revoloteando alrededor de ambos.

Elizabeth rio divertida e impresionada, era un espectáculo único en el mundo, sin duda Paulo la había impresionado, tenía a cientos de mariposas acariciándole las manos que había extendido.

Paulo sonría, complacido al ver la cara de felicidad en Elizabeth, le llevó las manos a la cintura y la pegó contra el gran tronco, adhiriendo su cuerpo al de ella.

—Mira —susurró, elevando la cabeza para que viera hacia las ramas, donde empezaban a posarse las mariposas que aleteaban constantemente.

En medio de la emoción, Elizabeth no lo alejó de su cuerpo e hizo lo que él le pidió, observaba embelesada cómo las ramas se pintaban de azul.

No había bajado la cabeza cuando las manos de Paulo le cubrieron las mejillas, y sin previo aviso le robó un beso, un beso que desde que cayó sobre sus labios fue intenso, arrollador.

De manera inevitable se encontró correspondiendo a ese tornado en su boca, recibió gustosa la lengua de Paulo, abrazándola con la de ella. Ese beso le estaba demoliendo los sentidos, obligándola a que su respiración se hiciera más pesada y que sus manos se le aferraran a la espalda, mientras él la mantenía atrapada entre el tronco y su fuerte cuerpo.

—Haz hecho trampa —reprochó divertida, sintiendo el aliento sofocado de Paulo sobre su boca, quien le sonreía con una sensualidad enloquecedora.

No podía alejarlo de su cuerpo porque le había gustado, había disfrutado de ese beso no podía negarlo; tanto, que agarró una profunda bocanada de aire, preparándose para otro asalto de esa boca.

—No, no he hecho trampa, todo era parte de la sorpresa. Dime que no te he sorprendido. —Le guiñó un ojo con pillería y volvió a rozarle los labios, mientras se ahogaba en esos ojos gris azulado.

—Realmente lo has hecho —confesó y fue ella quien le llevó las manos al cuello y lo besó, permitiéndose disfrutar de esos labios gruesos y de las sensaciones que despertaban en ella.

Las manos de Paulo le recorrían los costados, deleitándose con la piel del torso femenino, mientras que la seguía presionando con su cuerpo, sintiendo cada turgencia acoplarse a sus músculos.

En ese momento el teléfono de Elizabeth rompió el sonido de las respiraciones agitadas; y ella, al reconocer la melodía de la llamada entrante, abruptamente dejó de besar a Paulo y prácticamente lo alejó a empujones.

Él, aunque sorprendido mantuvo la distancia, observando cómo ella buscaba el teléfono en el pequeño bolso que llevaba e intentaba calmar su respiración y los latidos enardecidos.

Estaba seguro de que Elizabeth había sido consciente de su naciente erección, esa que debía mandar a dormir una vez más.

—Debemos irnos —dijo ella, al tiempo que canceló la llamada, sin poder evitar que los nervios la dominaran.

—Puedes atender. —Le hizo un gesto, instándola.

—No, no es necesario, enviaré un mensaje. —Se alejó del tronco y empezó a caminar de regreso, sin esperarlo, mientras le escribía un mensaje a Luck.

En unos minutos te devuelvo la llamada, feo.

Le envió el mensaje junto a un emoticón de guiño y otro lanzándole un beso.

—¿Puedo preguntar quién te llamó? —interrogó Paulo, alcanzándola.

—Mi primo —mintió descaradamente, no sabía por qué no podía ser sincera con él—. Olvidé que habíamos quedado apenas terminara en la academia.

—Bien... ¿Vamos a bailar esta noche? —Caminó a su lado y le pasó una mano por la cintura, tomándose el atrevimiento de ser más osado con ella; suponía que los besos que se habían dado eran suficientes para permitirselo.

—Realmente esta noche no puedo, mañana debo levantarme muy temprano, tengo un compromiso con mi madre. —Soltó una risita al sentir a Paulo mordisquearle la oreja, pero también se despertó en ella una alerta, porque él iba demasiado rápido, por lo que se alejó, y con disimulo, puso distancia entre ambos—. El jueves, ¿te parece bien?

—De acuerdo, me parece perfecto... El jueves vamos a pasarlo genial. —Sonrió, tratando de esconder que se había dado cuenta de que ella simplemente estaba alargando el tiempo.

El camino de regreso fue mucho más rápido, Elizabeth plantó la palma de su mano sobre el cristal de la ventana y el seguro del auto cedió, retrocedió un paso, al tiempo que la puerta se elevaba.

—Por favor, llámame para saber si has llegado bien —pidió.

Elizabeth subió y bajó la ventanilla, en ese momento Paulo se agachó para estar a la altura de ese maravilloso rostro de muñeca.

—Prometo que te llamaré. —Le sonrió y se quedó mirando esos ojos grises y esa provocativa boca.

—¿No vas a darme un beso de despedida? —preguntó, acercándose un poco más a ella.

Elizabeth sonrió, ni siquiera podía pensar porqué esa mirada no se lo permitía, encendió el auto y le ofreció la mejilla, pero él volvió a aprovecharse del momento y se le comió la boca una vez más.

Elizabeth esta vez no le permitió que el beso durara más que unos segundos. Se alejó, sintiendo que toda la sangre se le estaba concentrando en las mejillas.

—Debes ir más despacio —sugirió, poniéndose en marcha.

Él solo se alzó de hombros y negó con la cabeza, mientras sonreía con ese desenfado que a Elizabeth la tenía encantada.

CAPÍTULO 14

Elizabeth no le había mentado a Paulo cuando le dijo que debía dormir temprano porque le tocaba madrugar; sin embargo, terminó desvelándose por pasar la noche hablando con él, por lo que había pasado todo el día bostezando.

—Mi vida, ¿puedes darte prisa?... Están esperando por ti. —Rachell al otro lado de la puerta del probador la presionaba—. Si quieres puedo ayudarte.

—Un minuto mamá, ya casi estoy lista —dijo en voz alta, mientras ataba la cinta del sexto vestido que se probaba ese día. No había permitido ni por un segundo que su madre la viera en ropa interior, porque entonces descubriría el raspón que tanto se había empeñado en ocultar.

Estaba acostumbrada a esos interminables días de cambios de ropas, maquillajes y peinados, para después posar para fotógrafos, pero realmente ya estaba un poco cansada de todo eso. Era lo mismo que venía haciendo desde que tenía uso de razón.

Quería un poco más de libertad, más tiempo para sí misma; suponía que los días en Brasil serían para relajarse, pero ahí estaba, cumpliendo con su deber. Tal vez no quería dejar definitivamente de lado su carrera como modelo, pero sí suplicaba por un tiempo completamente alejada de todo eso; no obstante, no se atrevía a decírselo a su madre, porque no quería romperle el corazón.

Se giró y abrió la puerta, dándole la espalda al espejo. Ahí estaba su madre, parada enfrente, con ese hermoso brillo invadiendo sus ojos, como siempre que la veía con alguno de los trajes diseñados por ella.

—¿Cómo me queda? —preguntó con una encantadora sonrisa.

—Preciosa, pareces una muñeca —confesó Rachell, sintiéndose realmente orgullosa de su hija.

Elizabeth sonrió, esa era la respuesta que su madre siempre le ofrecía, que aunque fuese su amiga y cómplice, seguía viéndola como a una muñeca.

—Me encanta este vestido, es el más lindo de esta colección.

—Puedes quedártelo. —Le acarició la mejilla con el pulgar.

Elizabeth sumaba un vestido más a su interminable colección de ropa, ya ni recordaba la última vez que había repetido alguna prenda, unos zapatos o carteras. Por eso anualmente los llevaba a alguna fundación benéfica y regalaba cosas que solo había usado una vez.

—Gracias mamá... —Se quedó mirándola a los ojos, y una vez más la atacaban esas ganas de contarle sobre Paulo. Estuvo a punto de hacerlo esa mañana durante el trayecto de la casa a la boutique, pero no encontró el valor. Sabía que era muy pronto.

—Démonos prisa, que Violet volverá loco a tu padre. —Le puso una mano en la espalda para guiarla—. Me llamó hace unos minutos pidiéndome que no tardara.

Su madre interrumpió el valor que estaba reuniendo para contarle que llevaba cuatro días conociendo a un chico y ya se habían besado. No le quedó más que esperar otro momento.

—Compadezco a papá, nadie puede pasar un día entero con la enana. —Se levantó un poco la parte delantera del vestido de tela de gasa, que formaba atrayentes ondulaciones ante la ligereza.

—Mi niña solo es un poco inquieta —comentó Rachell, sonriendo.

Sabía que su hija menor era un torbellino que reclama demasiada atención, pero a ella se le hacía muy fácil justificarla.

—¿Solo un poco? —ironizó Elizabeth en medio de una carcajada—. Sabes que tanto papá como tú la tienen muy consentida.

A Elizabeth la estaban esperando las personas de maquillaje, peluquería y estilista, quienes se encargarían de prepararla para la última sesión de fotos de ese día. Rachell la dejó en manos de los

profesionales y bajó.

En la planta baja de Winstead Boutique, más de una clienta la detuvo, porque deseaban fotografiarse junto a la selecta diseñadora, mundialmente reconocida como una de las mejores.

Violet bailaba enérgicamente frente al televisor, imitando a una de las jovencitas que protagonizaba el musical que transmitían en el canal infantil que había sintonizado durante todo el día, absolutamente todo el día.

Samuel, sentado en la cama con el portátil sobre su regazo, la observaba de vez en cuando, sin descuidar lo que hacía. Respondía a todas las preguntas que ella le hacía o se dedicaba a conversar unos minutos con ella, mientras pasaban el espacio publicitario que a la niña no le interesaba.

—Papi, ¿todavía estás trabajando? —Con control en mano subió a la cama, dejándose caer al lado de su padre, para ver lo que había en la pantalla del portátil. Ya que el programa que la mantenía entretenida había finalizado.

—No, ya he terminado.

—Entonces, ¿por qué sigues con la computadora? ¡Ay qué lindo! —Señaló la pantalla, tocando con su dedo un hermoso paisaje de dunas.

—¿Te gusta? —preguntó, observando cómo la niña miraba atentamente.

—Es hermoso papi, ¿me llevas? ¿Es aquí en Brasil?

—Sí, es en Maranhão. Te llevaré, prometo hacerlo, pero será el próximo año, porque la semana que viene me iré con tu madre, y tú te quedarás con tus hermanos.

—No papi. Quiero ir... Llévame porfa, porfa. Dime que sí, dime que sí —suplicaba, poniéndose de rodillas sobre la cama—. Si me dices que sí, te regalo una guerra de besos. —Elevaba sus tupidas cejas y sonreía, intentando convencer a su padre.

—No puedo llevarte, pero... ¿Quieres un hermanito? —preguntó, quitándose los lentes de lectura.

—¡No! Otro como Oscar no. —Hizo un puchero.

—Será un bebé, uno pequeñito.

La mirada de Violet se iluminó e hizo la sonrisa más amplia.

—Si es un bebé entonces sí, que sea pequeñito, muy pequeñito. ¿Y me dejarás cargarlo?

—Sí, claro, todo lo que quieras.

—Sí papi... ¡Quiero un hermanito! —dijo realmente emocionada, aunque duró muy poco antes de que cayera en cuenta—. ¿Pero qué tiene que ver un bebé con Maranhão?

—Que tu madre y yo vamos a buscarlo en los días que pasemos allá.

—Pero yo puedo ayudar a buscarlo —dijo de manera inmediata—. Soy buena exploradora.

Samuel soltó una carcajada ante la disposición de su pequeña.

—Sé que eres muy buena exploradora, pero no puedes estar presente. Es algo que solo debemos hacer tu madre y yo... No puede haber niños presentes —expresó las últimas palabras en voz baja.

—No entiendo papi, creo que no quieres llevarme. —Volvió a hacer un puchero y se cruzó de brazos.

—Entonces le diré a mami que yo le ayudaré a buscar al bebé, seguro que sí me lleva.

—No, no puedes decirle a tu madre que vamos a buscar un bebé, ella no lo sabe; solo quiero hacerle la propuesta cuando estemos en Maranhão. Tienes que guardarme el secreto.

—Eli dice que no sé guardar secretos.

—Claro que sí sabes. Vamos a demostrarle a Eli que sí puedes hacerlo.

—Está bien papi, lo haré. Te guardaré el secreto... ¿Puedo saber cómo lo buscarán?

Samuel no sabía qué decirle. Hablar de esos temas con las niñas siempre le había costado un poco

más que hacerlo con Oscar.

—Con amor —dijo al fin—. Vamos a buscarlo con amor.

—¿Se van a besar mientras lo buscan? —preguntó, sacando la lengua en un gesto de asco, sabiendo que sus padres demostraban su amor cuando se besaban.

—Sí, nos besaremos mucho, mucho, mucho...

—Está bien, pero el bebé tiene que ser muy bonito, así como yo.

Samuel volvió a soltar otra carcajada, a la que ella acompañó.

—Pondré todo mi empeño para que el bebé sea tan lindo como tú. —Le apretó juguetonamente la nariz salpicada de pecas.

—¿Lo prometes?

—Lo prometo. Aunque es difícil, porque eres el ser más precioso que mis ojos han visto. —Se acercó y empezó a besarle una de las mejillas—. Ahora ve a bañarte, que tu madre no debe tardar.

—Está bien..., voy a ponerme un poquito más linda.

—Pero solo un poquito, que si te pones demasiado linda tu madre se pondrá celosa.

Ella soltó una risita y le dio un beso en cada mejilla a su padre.

—Te dejaré el canal de noticias —dijo, mientras que con el control sintonizaba un noticiero nacional.

Violet bajó de la cama y salió de la habitación ante la mirada de Samuel, quien regresó su atención a los preparativos de su próximo viaje a Maranhão. Esas cosas prefería hacerlas personalmente, y no dejarle a nadie más la tarea de organizar los días que pasaría junto a su mujer.

Soltó un pesado suspiro de alivio para liberar un poco el agotamiento, le encantaba pasar tiempo con sus hijos, pero cuando quedaba solo con Violet, sin que nadie más le ayudara, ella le consumía todas las energías; lo agotaba más que una semana con sus labores en la fiscalía.

Y pensar que era masoquista de su parte buscar otro hijo a esa edad, pero eran más los momentos maravillosos que experimentaba, y sencillamente quería repetirlos.

Agarró el control que Violet había dejado sobre la cama, para apagar el televisor y concentrarse en el itinerario de lo que podría ser su segunda luna de miel, pero la voz del presentador de noticias, que hablaba rápidamente en portugués, y las fotografías de tres mujeres jóvenes en la pantalla captaron su atención.

Anunciaban a las víctimas que misteriosamente habían aparecido desmembradas dentro de bolsas de basura a lo largo de la Avenida Brasil.

Todo apuntaba a que los crímenes habían sido perpetrados por algún asesino serial, porque seguían el mismo Modus Operandi: todas las víctimas eran mujeres, con características físicas parecidas, edades comprendidas entre los veinte y veinticinco años, y ninguna era oriunda de Río. La manera tan aberrante en que fueron asesinadas y las fotografías junto a los cadáveres era lo mismo en todos los casos. Se llevaba una víctima cada mes, puesto que todas tenían data de muerte un día veintiocho.

Víctima número uno: una turista de origen italiano.

Víctima número dos: una estudiante universitaria residente temporalmente en Río, procedente de Brasilia.

Víctima número tres: una residente ilegal cubana, con más de cinco años en Río, era prostituta.

Samuel, inmediatamente concluyó que el hijo de puta elegía a víctimas, de las que la policía no recibiría denuncias de desaparición en por lo menos un par de días. Eso le daba una ventaja realmente considerable.

La policía llevaba tres meses investigando, tres largos meses y nada, mientras el veintiocho de cada mes, una mujer era brutalmente asesinada. Pensar en eso, solo lastimaba una herida que él creía sanada.

Imperiosamente necesitaba enterarse un poco más, tal vez tomar participación en la investigación, hablar con Cauê Souza, jefe de la Policía Científica de Río, para ver en qué podía ayudar.

Se sentía con el deber moral y social para hacerlo, porque mientras ese hijo de puta estuviese suelto, corrían peligro las mujeres que amaba, aunque la única que contaba con las características físicas adecuadas para él, era Elizabeth; y de solo pensarlo, la sangre se le helaba.

A Elizabeth le habían retocado el maquillaje, acentuándoselo por unos colores más cálidos, y el cabello se lo habían soltado; le dieron volumen, para que tuviese un estilo tan salvaje como la melena de un león, todo a cargo de Laura Barajas, la estilista personal que compartía con su madre, y que mandaron a traer desde Nueva York.

Una vez más se ayudó con las manos, recogiendo un poco la larga y ancha falda del vestido; entró al ascensor, y en menos de un minuto estuvo en la planta baja, donde ya la esperaba el fotógrafo, para hacerle una sesión junto a las clientas que tomarían por sorpresa, con algunos diseños exclusivos de su madre.

—Eli, usa estas. —Rachell le ofreció unas hermosas sandalias verdes, con un tacón de unos dieciséis centímetros.

Ella se encontraba descalza para reposar los pies de un extenuante día de cambios de zapatos altos y algunos hasta extravagantes.

—Rachell, las sandalias pueden esperar, primero haremos unas fotografías al lado de la firma —intervino el fotógrafo, señalando el apellido «Winstead», que se encontraba rotulado en metal dorado e incrustado en la pared—. Con la estatura de Eli es suficiente.

Ella le sonrió a su madre y caminó hasta el lugar que el fotógrafo había señalado, muy cerca de la entrada, convirtiéndose en ese momento en el centro de atención de casi todas las personas que estaban en la boutique.

Ya el equipo fotográfico había acomodado los reflectores en el lugar apropiado. Elizabeth llevaba en la sangre una gama de actitudes, que adoptaba dependiendo el enfoque de cada sesión fotográfica.

Miró al lente, asumiendo una actitud cargada de sensualidad y seguridad, en la que aparentaba una mujer de unos treinta años. Se mostraba soberbia para algunas y con una carismática sonrisa para otras, mientras el fotógrafo la alentaba un poco más con espontáneas palabras.

Rachell se sentía orgullosa de su hija, como lo había hecho desde el momento en que nació. Era la luz de sus ojos y el amor hacia ella casi no le cabía en el pecho.

El fotógrafo le pidió a Elizabeth que mirara hacia la calle, sin ninguna objeción ella obedeció; cuando sin esperarlo, su mirada se topó con un hombre sobre una moto al otro lado de la calle. De manera sorpresiva y estúpida, el corazón se le instaló en la garganta y una inusitada felicidad la golpeó brutalmente.

Todas las personas a su alrededor desaparecieron, solo quedó él con su cabello cobrizo rizado, siendo mecido por el viento, la miraba con esos ojos grises que robaban la cordura. Él era consciente de que ella se había dado cuenta de su presencia y de que estaba como una estúpida, observándolo.

Ambos se quedaron atados a ese extraño poder que nacía de sus miradas. Elizabeth, en un acto reflejo que no pudo contener, se levantó la parte delantera del vestido y salió corriendo, los sensores de las puertas se activaron ante su cercanía y se abrieron.

Cuando sus pies descalzos tocaron la calzada de lajas blancas y negras la moto arrancó, dejó vibrando en el aire el poderoso sonido que tocó fibras internas. Ella solo echó un vistazo a la calle y

aprovechó que no venía ningún auto para cruzar corriendo.

—¡Cobra! —gritó sin dejar de correr, mientras la ligera tela de su vestido se agitaba, creando un atrayente espectáculo; sin embargo, él no se detuvo, y en muy poco tiempo lo perdió de vista.

Dejó de correr, porque sabía que seguir haciéndolo era caso perdido; con la respiración agitada se quedó de pie, intentando recuperar el aliento mientras estúpidamente sonreía, porque pensó que nunca más volvería a verlo, y cuando menos lo esperaba, apareció una vez más.

El viento le agitaba el cabello y el vestido, convirtiéndose en el centro de miradas de los transeúntes.

—Eli. —La voz agitada de su madre la sacó de ese extraño momento que experimentaba. Debía sentirse furiosa porque Cobra había escapado, teniendo la certeza de que ella había salido a su encuentro, pero contrariamente, se sentía feliz de haberlo visto una vez más—. Cariño, ¿por qué has salido de esa manera? ¿Qué pasó?

Elizabeth miró a su madre, quien se le paraba al lado, y junto a ella estaba el fotógrafo.

—No pasa nada mamá —dijo al fin, volviéndose—. Solo me pareció ver a alguien conocido, pero me equivoqué —mintió; definitivamente, mentir se estaba convirtiendo en su especialidad.

—No debes salir de esa manera, ni siquiera miraste la calle al cruzar. Me has dado un gran susto.

—Sí miré. No debes preocuparte. —Volvió a mirar por encima de su hombro por donde Cobra había desaparecido, con la esperanza de que regresara, pero eso no pasó.

Durante el tiempo que se llevó la sesión fotográfica, miraba constantemente hacia afuera, para ver si Cobra aparecía, pero definitivamente no volvería.

Cuando subieron al helicóptero que esperaba por ellas, en el helipuerto del edificio, Elizabeth solo se dedicó a mirar desde el cielo el maravilloso e irrepetible atardecer dorado de Río de Janeiro, mientras a su memoria regresaba la imagen de Cobra sobre la moto, y apenas fue consciente de que no era la misma que había usado para sacarla de la favela, ahora iba en una Harley Davidson.

Sintió la mano de su madre sobre la de ella, por lo que volvió la mirada hacia esos hermosos ojos violeta, que le hubiese encantado heredar. Le sonreía; sin embargo, podía advertir en ellos esa mezcla de preocupación y desconcierto.

—Todo está bien. —Le dijo.

—¿Quién era ese chico? —pregunto, sonriente.

—¿Qué chico? —Tragó en seco, tratando de que los nervios no la delataran.

—El de la moto, no lo vi muy bien pero fue detrás de él que corríste.

Sabía que no tenía sentido seguir mintiéndole a su madre.

—No lo sé —dijo al fin.

—¿Cómo que no lo sabes?

—Realmente no lo sé... —No sabía cómo hablar con ella sobre Cobra, porque hacerlo significaba confesarle que había ido a la favela, y si se enteraba de eso, iba a reprenderla como nunca lo había hecho—. Es amigo de... Bruno, el amigo de Liam que asiste a la academia de Capoeira. —Seguía coleccionando mentiras sin poder evitarlo.

—¿Te gusta? —preguntó con una brillante sonrisa, convirtiéndose en la cómplice de su hija.

—¡No! —respondió de manera inmediata.

—¿Ni un poquito? —Le guiñó un ojo.

—Ni... ni un poquito —titubeó y volvió a pasar ese extraño nudo que se le formaba en la garganta—. Es un grosero. —Hizo un puchero casi infantil.

—Bien, ojalá y no hayas heredado de mí la fascinación por los hombres groseros y misteriosos.

—Papá no es grosero ni misterioso. ¡Es adorable! —suspiró, evidenciando ese amor por su padre, que le colmaba el corazón.

—¡Ja! ¡Ahora lo parece! Cuando lo conocí era el hombre más irritable que podía existir. Era

arrogante, antipático... ¿Te conté alguna vez cómo nos conocimos? —preguntó, agarrándole una mano.

—Sí, me dijeron que en un accidente.

—Bueno, la historia no fue realmente así, sino que él intentó atropellarme. —Sonrió al recordar ese fortuito «accidente».

Elizabeth se carcajeó divertida al conocer un poco más de la historia de sus padres, esa que tanto le encantaba escuchar, aunque muchas cosas ellos se reservaban.

—Cuéntame, ¿cómo conociste al chico de la moto? —indagó Rachell, en busca de un poco de información.

—Realmente no es un chico, es algo mayor.

—¿Qué edad tiene?

—No lo sé, no sé nada de él, mamá; y la verdad no me gusta. No me gusta. —Elizabeth empezaba a sentirse muy nerviosa; por primera vez en la vida, hablar con su madre sobre un chico que le gustaba, le incomodaba, y estaba segura de que eso se debía al abismo que la diferencia de clases sociales interponía entre Cobra y ella.

—Está bien, si no es de tu gusto lo acepto, pero ¿por qué crees que es grosero?

—¡Porque me ganó en una roda! —Por primera vez exteriorizó lo que realmente había pasado, y que ella se negaba a admitir.

—Entiendo —asintió Rachell, sonriendo—. ¿Va a la academia?

—Ya sé que pretendes acompañarme para conocerlo pero no, no va a la academia, solo es amigo de Bruno, y Liam no lo conoce. —Se apresuró a decir, antes de que a su madre se le diera por preguntarle a su primo sobre Cobra.

—Está bien, tengo claro que ese hombre no es de tu agrado —dijo, sin poder dejar de sonreír.

Elizabeth le sonrió, sintiéndose un poco más aliviada. El resto del trayecto lo hicieron en silencio, con la mirada en el paisaje carioca.

CAPÍTULO 15

Violet estaba jugando con su tía Sophia en la sala de estar, cuando escuchó el aterrizaje del helicóptero en el que llegaban su madre y su hermana, por lo que corrió al tercer piso de la mansión, al área de la piscina, donde estaba su padre conversando con su abuelo.

—Papi, papi, ya llegó mami —avisó con la voz agitada por el esfuerzo realizado.

—Está bien, vamos a recibirla. —Samuel se puso de pie y le palmeó un hombro a su tío, pidiéndole permiso para retirarse—. Regreso en un rato.

—Ve tranquilo.

Violet le agarró la mano a su padre, prácticamente llevándolo arrastras.

—¿Crees que mami se dará cuenta de que me he puesto linda para ella? —preguntó, emocionada.

—Estoy seguro de que notará tu belleza —afirmó Samuel, consciente de que Rachell se daría cuenta de que Violet había usado sus maquillajes. Él no pudo decirle que no imitara a su madre, como tanto le gustaba hacer.

—Papi, me vería mejor con los zapatos altos.

—Ya te dije que puedes lastimarte los pies con esos zapatos.

—Sé caminar con ellos —dijo con supremacía, mientras bajaban las escaleras.

En ese momento las puertas del ascensor se abrieron y salieron Elizabeth y Rachell.

—Buenas tardes —saludaron al unísono.

—Casi buenas noches —dijo Samuel—. No pensé que tardarían tanto.

—Ya sabes cómo es. —Le recordó Elizabeth acercándose a él, dándole un beso y un abrazo—. Deberías acostumbrarte.

—¡Pero qué hermosa está mi pequeña! —Se emocionó Rachell, acuclillándose para recibir a Violet, quien corría hacia ella. Con gran esfuerzo la cargó—. ¿Te maquilló tu papi? —preguntó, echándole un vistazo a Samuel, quien le regaló un guiño.

—No mami, esta vez lo hice yo solita.

—Con razón te ha quedado más lindo, ¡mira esas pestañas! —Se percató de que había usado rímel—. ¿Y dónde está Oscar? —preguntó, bajando a Violet, porque realmente estaba pesada.

Elizabeth soltó a su padre para ir en busca de Sophia, quien estaba en la terraza, permitiéndole un poco de privacidad a la familia.

Samuel se acercó hasta Rachell y le dio un beso en los labios.

—Está con sus videojuegos —contestó mirándola a los ojos, esos hermosos ojos que lo habían cautivado hacía casi treinta años—. Supongo que estás algo cansada.

—Muy cansada, necesito de un baño y de alguien que esté dispuesto a quitarme un poco de tensión.

—Yo lo estoy, pero ¿qué hacemos con...? —Miró a Violet, quien como era costumbre, revisaba la cartera de su madre, para ver si le había traído alguna golosina.

—Sophie. —Rachell caminó hasta donde estaba la pelirroja conversando con su hija mayor—. ¿Te puedo pedir un favor?

—Sabes que no tienes que preguntarlo.

—¿Podrías cuidar de las niñas mientras me doy un baño?

—¡Claro! A ver, niñas... Sus padres necesitan estar un rato a solas. —Sonrió con picardía.

—Tía, te alivianaré un poco la carga, porque me voy a mi habitación, necesito ducharme. —Se adelantó Elizabeth.

—Violet, vamos con tu abuelo, que tiene unos brigadeiros riquísimos. —Le agarró la mano a la niña, consciente de que Violet sentía debilidad por los dulces de chocolate.

Ya en la habitación, Rachell aprovechó que Samuel puso a llenar la bañera para ir a saludar a su hijo.

Oscar estaba totalmente entretenido con los videojuegos, sabía que no le prestaría atención a lo que le dijera, y que solo le respondería de manera automática, pero al menos salió de la habitación de su hermoso adolescente con un beso como premio.

Cuando regresó, la bañera estaba casi llena, por lo que se desvistió y se metió junto a su esposo, quien con besos, caricias y un orgasmo, le quitó un poco de cansancio. Adoraba ese poder que aún poseía Samuel Garnett para hacerla levitar.

Aunque quisieran quedarse abrazados en la cama y dejar al mundo fuera de la habitación, no podían hacerlo, porque tenían que bajar a cenar con los demás.

—Ve por Oscar, yo voy por Eli. —Le dijo Samuel a Rachell cuando estuvieron en el pasillo—. Necesito conversar con ella, en un rato los alcanzamos.

Elizabeth escuchó cuando tocaban a la puerta y mandó a pasar, mientras seguía tecleando el teléfono, manteniendo una animada conversación con Luck, a quien le contaba cómo la estaba pasando en Río, y también dejándole saber que le hacía mucha falta.

—Hola —saludó Samuel, asomando medio cuerpo—. ¿Puedo pasar?

—Claro papá, acércate —dijo con una sonrisa—. ¿Ya está lista la cena?

—Supongo que en unos minutos, primero me gustaría hablar contigo. —Avanzó hasta la cama de Violet, donde se sentó.

—Ven aquí —pidió Elizabeth, palmeando a su lado; quería a su padre más cerca.

Samuel aceptó la invitación y se sentó junto a ella, pasándole un brazo por encima de los hombros.

—Eli, lo he pensado mejor y quiero que vayas a Egipto como lo tenías planeado —soltó sin más, porque no pretendía andar con rodeos con su hija.

Elizabeth levantó la mirada hacia sus ojos dorados, sintiéndose totalmente extrañada por el repentino cambio de idea de su padre. No pudo evitar sentirse mal, porque suponía que él creía que no estaba a gusto en Brasil.

—Papá, no niego que me ilusionaba mucho ir a Egipto, pero lo estoy pasando muy bien... De verdad, quiero estar aquí con ustedes. —Le acarició la barba, mientras le regalaba una sonrisa.

—Creo que ya has compartido mucho tiempo con nosotros, ya fue suficiente; ahora puedes ir a pasarlo bien a tu manera, sin que te sientas limitada por tu familia.

—Lo estoy pasando muy bien, ya no quiero ir a Egipto, y lo digo en serio.

—Yo quiero que vayas.

Su padre le estaba insistiendo, pero aunque estuviese hablando con él, estaba pensando en que si se iba, no podría seguir conociendo a Paulo, y quería conocerlo mucho más; quería que volviera a besarla, y también anhelaba saber qué tan buen bailarín era.

—Papá, quiero quedarme en Río, ¿o acaso hay una razón por la que no quieres que esté aquí? —preguntó entrecerrando los ojos, como lo hacía desde niña, en un intento por develar las intenciones de su padre—. ¿Quieres deshacerte de tu hija?

Samuel le regaló una sonrisa, pero realmente escondía el temor que le provocaba que ella estuviese en la ciudad, sabiendo que un asesino andaba suelto, y que buscaba a mujeres precisamente con sus características.

No quería alarmar a nadie, mucho menos quería que Rachell pensara que estaba sobreprotegiendo a Elizabeth, ni que creyera que hasta en sus vacaciones lo perseguía su intuición de peligro constante, por eso no se atrevía a contarle sobre sus miedos a su hija.

—No hay ninguna razón, solo que quiero que seas feliz... ¿No querías ir con tu Luck a Egipto?

—Papá, ¿te sientes bien? —Le acunó el rostro, para ver si no tenía fiebre—. ¿Ahora resulta que quieres que viaje sola con Luck? ¡Pero si ni lo toleras!

—Bueno. —Chasqueó los labios—. Estoy intentando ser un poco más comprensivo con ese jovencito.

Elizabeth se carcajeó, con ese simple gesto hizo feliz a su padre, quien adoraba la sonrisa cantarina de su niña.

—Agradezco el gran esfuerzo que estás haciendo. —Se levantó de la cama ante la mirada desconcertada de su padre—, pero no iré a Egipto, me quedaré en Río, así mamá y tú podrán irse tranquilos, porque cuidaré muy bien de Violet.

—No tienes que hacerlo por tu madre ni por mí, ya Violet se ha quedado otras veces con Sophia.

—Bueno, no lo hago por ustedes... Quiero quedarme, tenía mucho tiempo sin visitar mi país y había olvidado lo hermoso que es y toda esa energía positiva que me brinda. —Abrió la puerta de la habitación—. Vámonos a cenar, no puedo dejar pasar la hora.

Samuel se levantó y la siguió, no quería presionar a Elizabeth pero volvería a intentarlo, estaba seguro de que no se iría tranquilo a Maranhão si la dejaba en Río, porque ni su tío ni Sophia le iban a prohibir que saliera a divertirse, sin saber realmente el peligro que podía correr su hija.

Cobra aprovechó el momento, porque sabía que tal vez no tendría otra oportunidad para estar solo. Con el corazón brincándole en la garganta y los dedos temblorosos, moviéndolos rápidamente sobre un teclado, eligió cinco elementos, los cuales pasaría a una nube cifrada, imposible de rastrear, donde luego los descifraría y eliminaría cualquier código que lo implicara.

Estaba seguro de que lo que hacía lo exponía gravemente, pero no tenía opciones, porque estaba contra la puta pared que significaban los compromisos adquiridos.

A segundos desviaba la mirada del monitor, mientras intentaba parecer normal, cuando realmente sus nervios amenazaban con ponerlo en evidencia. No era la primera vez que cometía un delito tan grave, pero tampoco terminaba de acostumbrarse.

En ese momento sintió el móvil vibrar en el bolsillo de los *jeans* negros que llevaba puesto.

—Mierda —susurró buscando el móvil, mientras su mirada gris seguía fija en la barra que marcaba el proceso de carga de los elementos que se pasaban del programa a la nube.

No debía ser adivino para saber que la llamada entrante era de la persona interesada en los archivos que él se estaba robando, estaba decidido a bloquearlo y que esperara; sin embargo, al ver la pantalla, se dio cuenta de que sus suposiciones estaban erradas, puesto que era una de las personas a las que le atendía las llamadas por sobre todas las cosas, pero esta vez sería diferente, porque lo que menos quería era distraerse.

Desvió la llamada y antes de que Luana volviera a telefonarle, decidió escribirle un mensaje.

Amor, estoy ocupado, te devolveré la llamada en unos minutos.

Envió el mensaje y dejó el móvil sobre la mesa; en ese momento la transferencia de datos se completó, con gran agilidad cerró el programa del que había extraído la información, borró cualquier rastro de la base de datos y apagó la computadora. No se quedaría un minuto más, porque su horario extra laboral había terminado.

Agarró el móvil y la chaqueta de cuero, y se la puso mientras salía del lugar que estaba prácticamente desolado y con la mayoría de las luces apagadas; sin embargo, se mantenía alerta. Era ese estado de zozobra con el que continuamente vivía.

Disimuladamente agarró una bocanada de aire y plantó la palma de su mano en el panel de control para chequear su salida, automáticamente las puertas de seguridad se abrieron y salió al pasillo, evitando mirar hacia las demás oficinas.

Entró al ascensor que lo llevaría hasta el estacionamiento subterráneo del edificio, donde lo esperaba su Harley Davidson. Sin perder tiempo subió a la moto y la puso en marcha, porque necesitaba alejarse de ese lugar cuanto antes.

Decidió hacer una parada antes de llegar a su casa para fumarse un cigarro y así bajar los niveles de adrenalina. Estacionó a un lado de la Avenida Vieira Souto y buscó en el bolsillo interior de su chaqueta los cigarrillos y el moderno encendedor.

Le fue inevitable no intercambiar miradas con un par de chicas que pasaron sonrientes a su lado, y no disimuló su libidinoso escrutinio sobre los tentadores cuerpos bronceados.

Ellas siguieron con su camino y él agradeció la ligera distracción, miró su reloj de pulsera, percatándose de que solo eran las ocho y diez de la noche, muy temprano para irse a casa, por lo que bajó de la moto y decidió entrar al Bar Astor, de donde habían salido las dos mujeres.

Se sentó en la terraza con vista a Ipanema y pidió una Franziskaner helada, mientras encendía el cigarrillo y se dejaba envolver por el ambiente bohemio del bar.

Al minuto tuvo la cerveza sobre la mesa, la que casi se bebió de un trago. Para no pensar en toda la mierda que llevaba encima, buscó su móvil y le devolvió la llamada a Luana, antes de que ella lo hiciera y empezara a reclamarle, como era su costumbre.

CAPÍTULO 16

Elizabeth había conseguido el permiso de sus padres para pasar unos días con Hera y Helena, en el ático de dos pisos que compartían en uno de los edificios más altos de la zona sur de Río de Janeiro.

La habitación que utilizaban como vestidor, estaba decorada con paredes de espejos, era un espacio envidiable y lo suficientemente grande como para pasarse todo un día escogiendo entre ropa, zapatos y accesorios.

En el vanidoso lugar había dos peinadoras con cómodas sillas, estanterías repletas de maquillajes y perfumes. Sobre repisas reposaban los maniqués con pelucas de muchos colores, largos y peinados.

Laura Barajas había pasado toda la tarde maquillando y peinando a las chicas, quienes asistirían a un compromiso nocturno del que hablaban muy animadamente.

—Lau, deberías venir con nosotras —propuso Helena, mientras observaba a través del espejo cómo la estilista le ondulaba el cabello rojizo con las pinzas.

—Sí, Lau. Acompáñanos, así disfrutas de una noche carioca. —Apareció Elizabeth, con un conjunto realmente sexi de lencería, del color de su piel.

—Me gustaría acompañarlas, pero no quiero que se retrasen por mi culpa... —Soltó la pinza, y el brillante mechón rojizo cayó rebotando ligeramente—. No traje ropa adecuada, la he dejado en el hotel.

—No te preocupes —dijo Hera, quien se retocaba por quinta vez el color de los labios frente al espejo de aumento—. Llamaré para que te traigan algo.

—No, no es necesario. Será en otra ocasión.

—Laura, no seas tímida —intervino Elizabeth, paseando cómodamente por la habitación mientras iba vestida solo con la ropa interior, sin importarle verse reflejada en los espejos, y ante las demás mujeres, porque ya la habían visto hasta desnuda—. Verás cómo en unos quince minutos llega el pedido. —Le posó las manos sobre los hombros a su estilista y amiga, regalándole una sonrisa.

—Está bien —asintió, mirando a Elizabeth a través del espejo—. Muero por recorrer un poco más la ciudad.

—Enseguida —dijo Hera soltando el pintalabios—. Te traerán la suficiente para que puedas elegir. —Agarró el móvil y buscó entre sus contactos a una de las tantas boutiques de diseñadores exclusivos, que estaban disponible las veinticuatro horas para las herederas Garnett.

Ellas le hubiesen dado algún vestido, pero Laura contaba con un par de tallas más.

Mientras Hera parloteaba por teléfono, Laura siguió ondulando el cabello de Helena, y Elizabeth regresó al vestidor para ponerse algo de ropa.

No estaba segura de si esa noche tendría sexo con Paulo, pero solo por si las cosas se daban, no le complicaría el trabajo de desnudarla, por lo que se decidió por ropa que fuera realmente fácil de quitar.

Nada conseguía con negarse a ella misma sus propios deseos, le gustaba ese hombre y quería disfrutarlo más allá de unos intensos besos. Estaba segura de que el sexo con él debía ser extraordinario, tan solo le bastaba con recordar el ímpetu de esa lengua haciendo fiesta en su boca, como para obtener señal húmeda entre sus piernas.

Veinte minutos después, llegaban tres mujeres trayendo consigo ropa como para un año, ya las gemelas y Elizabeth estaban listas, por lo que solo se limitaron a mirar todo lo que Laura se probaba.

Pensaron que nunca iban a ponerse de acuerdo con algo, porque si a una le parecía bien, las otras sencillamente le encontraban cualquier defecto.

Eligieron un vestido negro que le llegaba por debajo de las rodillas, con un entallado en piedras debajo de los senos, con un escote en forma de V, que dejaba a la vista uno de los mayores atributos de la estilista.

Con el vestido, accesorios y zapatos elegidos, Laura no perdió tiempo para vestirse, peinarse y maquillarse, realmente le emocionaba mucho compartir con las chicas.

Cuando bajaron al estacionamiento, las esperaba el chofer encargado de llevarlas al lugar que habían acordado.

Elizabeth respondía a los mensajes de Paulo, quien le informaba que ya la estaba esperando y que estaba realmente ansioso por verla.

A sus sonrisas les acompañaban cómplices sus revoltosas primas, quienes la alentaban a disfrutar de esa noche.

—Laura, recuerda que todo lo que pase esta noche debes olvidarlo —dijo Helena, consciente de que sus aventuras eran un secreto para sus padres y para la sociedad.

—Y sobre todo, no lo comentes con mi madre —intervino Elizabeth—. Voy a verme con un chico, y no quiero que se entere nadie.

—Prometo no abrir la boca —respondió, casi de manera automática, pero en su cabeza martillaba constantemente la imagen de Luck. Suponía que Elizabeth seguía de novia con él.

—Tú también podrás pasarlo bien, que de mi boca no saldrá ni una sola palabra.

—Admito que me pone un poco nerviosa no saber portugués.

—No te preocupes por eso —intervino Helena—. A donde vamos casi todos saben hablar inglés, pero solo por si acaso consigues a algún *gato*, que no te entienda ni una sola palabra, solo síguele la corriente.

Laura asintió enérgica con una gran sonrisa, sintiéndose eufórica. Apenas el auto se estacionó una calle antes de llegar a la discoteca de tres pisos y ya veían filas de personas esperando para poder entrar.

En los alrededores había algunos autos con música a todo volumen y grupos de personas bebiendo y conversado en medio de risas.

Elizabeth y las demás, caminaron hasta el lugar donde se encontraría con Paulo, inevitablemente el corazón se le aceleró al verlo, vistiendo unos *jeans* y una camisa a cuadros blanco y negro.

Él no se había dado cuenta de su presencia, parecía algo distraído, por lo que ella le telefoneó, y justo antes de que contestara la llamada, la vio.

Elizabeth aceleró el paso, sintiéndose arrastrada por la emoción; y él, sonriente, fue a su encuentro, demostrando estar tan emocionado como ella.

—Hola. —Lo saludó, sintiéndose un poco nerviosa.

—Hola. —Se acercó él con la firme convicción de probar esa boca que tanto deseaba.

—No tan rápido. —Elizabeth lo esquivó y le dio un beso en una mejilla—. Vengo acompañada—. Le recordó, dejándole caer otro beso en la mejilla contraria.

—Debiste informarles a tus acompañantes lo que tenemos —murmuró, muy cerca de su oído—. No me agrada para nada tener que fingir que solo somos amigos.

—Pero solo somos amigos, Paulo. —Le aclaró, alejándose un paso, y miró a su lado derecho, donde estaban las chicas—. Te presento a mis primas Hera y Helena.

—Es un placer conocerlas, admito que por un momento pensé que eran un absurdo invento de Elizabeth para rechazar mi invitación —alegó, observando a las gemelas, realmente le costaría mucho distinguirlas. Aunque una llevara el pelo liso y flequillo, y la otra el pelo un poco ondulado, eran idénticas.

—Supongo que te confundió un poco con eso de que somos sus primas y también sus tías —dijo Helena, recibiendo un beso en cada mejilla por parte de Paulo, y disfrutó de su exquisito perfume

varonil, que indudablemente revolucionaba hormonas.

—Sí, me confundió mucho. —Sonrió, acercándose a la otra pelirroja y saludándola de la misma forma que lo hizo con su hermana.

—Y ella es Laura, mi estilista y amiga. —Elizabeth hizo un ademán—. No habla portugués.

Laura sabía que le tocaba presentarse, le tendió la mano, pero el sexi carioca ignoró su saludo y llevó las manos hasta los hombros de la estilista y le plantó un beso en cada mejilla.

—Bienvenida a la *Cidade Maravilhosa*. —La saludó, mezclando inglés y portugués—. Espero que disfrutes la estadía.

—Gracias. —Laura se sonrojó un poco ante la intensidad de esa mirada gris, enmarcada por las espesas cejas rubias—. Río es muy lindo. —No tuvo problemas de hablar en inglés, porque el hombre había demostrado que dominaba perfectamente el idioma.

—¿Entramos? —preguntó Paulo, desviando la mirada a Elizabeth, quien lucía hermosa y sexi. No veía la hora de poder estar a solas con ella.

—Sí claro, entremos. —Elizabeth estuvo de acuerdo.

Paulo les hizo un ademán para que se adelantaran, pero las escoltó por muy poco tiempo, ya que prefirió caminar al lado de Elizabeth, y sin que ella se lo esperara, le agarró la mano y entrelazó sus dedos.

—Luces preciosa. —Le dijo al oído, retomando la conversación que habían dejado de lado a consecuencia de la presentación. Le gustaba sentir cómo ella permitía su cercanía—. Somos más que amigos, esta noche me encargaré de dejártelo muy claro.

Elizabeth no pudo evitar sentir que la piel se le erizaba ante el tibio aliento de Paulo en su oreja, la contundencia de sus palabras y la promesa que encerraban.

—También estás muy guapo —murmuró y observó cómo Helena le dedicaba una sonrisa cómplice, con la que le pedía que no se cohibiera—, pero tendrás que esforzarte mucho esta noche para que considere que somos más que amigos.

—Nada que tenga que ver contigo representa un esfuerzo para mí, así que será un verdadero placer hacerte entender lo que seré para ti de hoy en adelante.

Elizabeth trató de disimular cómo tragaba en seco, sencillamente se había quedado sin palabras y las piernas le temblaban ante los elogios de Paulo.

En la entrada del local nocturno, afamado por ser punto de encuentro de gran parte de la élite carioca, Paulo se acercó hasta la puerta por donde ingresaban quienes ya habían hecho reserva en alguno de los palcos privados. Solo le bastó escanear el código que llevaba en su móvil, para que las puertas de cristal les permitieran el acceso.

Al otro lado los recibieron un par de chicas en un amplio pasillo, iluminado tenuemente; inmediatamente les ofrecieron copas de Veuve Clicquot, y los guiaron hasta el exclusivo apartado, mientras la música electrónica amenizaba esa zona del local.

El salón que le habían asignado, simulaba ser un cielo estrellado con las paredes negras y diminutas luces empotradas, que cuando unas se apagaban progresivamente, otras se encendían.

Pegado a la pared había un sofá negro de tres plazas, y en el centro mesas plateadas y dos sillones, igualmente de cuero negro, con formas de media luna. Del techo colgaban cadenas de estrellas plateadas, que giraban captando la atención de Laura.

A cada lado del sofá había otras mesas bajas, adornadas con ramos de rosas blancas.

Las gemelas se sentaron en el sofá y le pidieron a Laura que se ubicara en medio de ellas, estaban dispuestas a conversar con la amiga de Elizabeth, tanto como para que le confesara sus secretos mejores guardados, con tal de que se sintiera cómoda y no interfiriera entre Elizabeth y Paulo.

—Laura, ¿qué vas a tomar? —preguntó Helena, agarrando la carta de cocteles.

Elizabeth se sentó en uno de los sillones con forma de media luna.

—¿Crees que quede espacio para mí? —preguntó Paulo, sin la mínima intención de tener por medio una mesa entre Elizabeth y él.

—Supongo que sí —dijo Elizabeth, rodándose un poco—. Si no te incomoda estar pegado a mí.

Paulo la miró y se mordió el labio, apenas por contados segundos, reservándose las ganas de decirle que más que pegado, anhelaba estar dentro de ella.

—Seguro que no —dijo al fin, sentándose y disfrutando de ese perfume con aroma floral que lo cautivaba.

Elizabeth empezaba a sentirse nerviosa con la cercanía de Paulo, el corazón le brincaba en la garganta y las estúpidas cosquillas gobernaban su estómago. Trató de distraerse al agarrar la carta, para hacer lo mismo que hacían sus primas y Laura.

Cerró los ojos al sentir las yemas de los dedos de Paulo deslizarse suavemente por su brazo, ella lo miró de reojo y él fingió estar concentrado en la carta, eligiendo su bebida.

—¿Qué vas a tomar? —Le preguntó, captando su atención.

—Aún no lo sé... Supongo que champán, no me apetece ningún coctel. —Se aventuró a mirarlo y en ese instante supo que había sido muy mala idea permitirle que se sentara en el mismo sillón, porque estaban tan cerca, que podía sentir el tibio y agradable aliento de Paulo sobre sus labios.

—¿Y tú? ¿Qué piensas beber? —preguntó, sintiendo que el nudo en su garganta casi no le dejaba hablar.

—Quiero un Le Shock Royal. —Paulo pidió un coctel a base de Vodka Grey Goose, Chambord Royal, jugo de arándano, un toque de champán Veuve Clicquot y pimienta. Desvió la mirada hacia las primas de Elizabeth—. Y ustedes, ¿ya decidieron qué tomar? —preguntó, sonriente, mostrándose seguro, como si no fuese consciente de que tenía a Elizabeth hecha un manojito de nervios y excitación.

—Sí —habló Hera—. Yo quiero un Porno Star Martini, Helena y Laura prefieren seguir con champán. —Señaló las copas que las chicas llevaban a la mitad.

—Bien. —Sonrió Paulo, y le hizo una seña a una de las chicas encargadas de atenderlos.

La mujer trigueña se acercó a la mesa con tableta electrónica en mano, y Paulo le hizo el pedido.

Pocos minutos después ella regresaba en compañía de una rubia, entre las dos traían dos bandejas con los cocteles y una botella de Veuve Clicquot dentro de una hielera, adornada con varios hologramas que simulaban ser velas de bengala, iluminando de forma chispeante el lugar.

Una vez extinguida la pirotecnia y servidas las copas de champán, hicieron un brindis. Paulo aprovechó el momento y alcanzó a darle un beso a Elizabeth en la comisura de la boca, luego de que ella lo esquivara.

Ella sabía que le estaba costando entregarse tan rápido a sus deseos, quizás por la presencia de Laura, puesto que ella pasaba mucho tiempo con su madre y temía que le contara sobre lo que vería esa noche.

Paulo rápidamente se compenetró con sus primas, era un excelente conversador, sabía cómo mantenerlas entretenidas y hacerlas reír. Al menos la primera hora había sido extraordinaria, porque aunque lo tuviera muy cerca, estaba haciendo polvo sus nervios, o tal vez se debía a su tercera copa de champán.

—En el tercer piso están los ritmos tropicales... ¿Vamos a bailar? —preguntó él repentinamente, captando la atención de Elizabeth.

Ella lo miró a los ojos, mientras pensaba en su respuesta. Sabía que estaba en ese lugar para bailar, para comprobar qué tan buen bailarín era Paulo, pero le costaba liberarse.

Hera y Helena intercambiaron una mirada y supieron que era momento de actuar, porque Elizabeth no pensaba avanzar.

—Eli, ¿me acompañas al baño? —Helena se puso de pie y le tendió la mano, para que no

rechazara su petición.

Elizabeth asintió y se levantó, dejando a Paulo sin una respuesta.

—Vuelvo en un minuto. —Le sonrió.

Él asintió, correspondiéndole de igual manera, y Helena prácticamente arrastró a Elizabeth al baño.

—¿Qué pasa Eli? ¿No me digas que te has acobardado...?

—No, no lo he hecho, es solo que... No sé.

—¡Por Dios, Eli! Paulo está demasiado bueno, está *gostoso*.

—Me pone nerviosa la manera en la que me mira —resopló Elizabeth, mirando a los ojos azules de su prima.

—Solo te mira con ganas, pero ¿te pone nerviosa o te excita? —preguntó, buscando en su bolso el polvo para retocarse un poco el maquillaje.

—Ambos... —confesó, observando en el espejo que estaba sonrojada hasta el cabello.

—Pequeña, no pierdas el tiempo... Si te gusta, deja de pensar y disfruta. ¿Qué es lo que te detiene?

—No sé, me avergüenza un poco que Laura esté presente, ella es muy amiga de mamá y... —suspiró, sin conseguir que el corazón dejara de martillarle fuertemente contra el pecho—, conoce a Luck —murmuró, bajando la mirada.

—¿Y no se supone que Luck y tú llevan una relación abierta?

—Sí, pero eso solo lo saben Hera y tú, nadie más.

—No te preocupes por eso, déjame a mí. Se lo explicaré..., y lo comprenderá, ya verás. —Guardó en su bolso el polvo compacto y buscó un paquetito dorado; lo sostuvo con su dedo índice y medio, y dejó el condón dentro del escote de Elizabeth, en medio de sus tetas—. Tú encárgate de gozar la noche. No dejes pasar a Paulo, que está buenísimo... Ya después podrás regresar a Nueva York y seguir siendo la novia fiel de Luck, quien seguramente en este momento debe estarlo pasando de maravilla entre algunas piernas, sin sentir un poquito de remordimiento por ti.

—Está bien... Voy a dejar de pensar y me dejaré llevar por las ganas que le tengo, que si coge como besa, no terminaré arrepintiéndome. —Casi jadeó de placer con solo pensarlo.

—Me he topado con algunos que son buenos con la lengua, y con aquello —dijo, mirando ligeramente hacia abajo, haciendo un gesto de tristeza—. Nada de nada. Pero no quiero destrozarte tus expectativas, es mejor que lo compruebes y salgas de dudas.

—Está bien, voy a comprobarlo —dijo con convicción.

—Así me gusta, ahora espérame un segundo, que me estoy haciendo pis. —Corrió hacia el cubículo y Elizabeth aprovechó para ir también.

Al salir, se lavaron las manos y regresaron al apartado VIP que estaban ocupando. Paulo seguía conversando animadamente con las chicas.

Helena, disimuladamente le levantó el pulgar y le guiñó un ojo a su hermana, indicándole que todo estaba bien.

Elizabeth se armó de valor para liberar sus deseos y se acuclilló a un lado de Paulo; sorprendiéndolo, le acunó el rostro y lo besó. Lo hizo como si no hubiese nadie más presente; y él, sin ningún tipo de incomodidad, le correspondió.

—Vamos a ver qué tan bien te mueves —murmuró contra los labios húmedos por su saliva. Le agarró la mano, y él se levantó.

—Vamos a bailar, regresamos en un rato. —Le comunicó Paulo a las demás, con esa sonrisa de medio lado, que provocaba que los latidos en las mujeres se alteraran.

Elizabeth caminó tomada de su mano, pero antes de salir del apartado, miró por encima del hombro a sus primas, quienes sonrieron pícaramente y asintieron con energía.

Laura ya sospechaba que entre Elizabeth y Paulo había más que una simple amistad, le tocó

recurrir a toda su prudencia para no mostrarse perturbada, pero inevitablemente se sentía muy mal por Luck, y sobre todo por los padres de ella, quienes la seguían viendo como si fuese una niña inocente.

Sin duda alguna las primas estaban de acuerdo con la actitud de Elizabeth, porque hasta se lo estaban festejando, en medio de un brindis del cual ella debió ser partícipe.

—Laura, no te sientas mal —dijo Hera, siendo consciente del semblante de la estilista—. Eli sabe lo que hace y solo quiere pasarlo bien. Por favor, cero comentario de esto a tía Rach.

—Sabemos que le está siendo infiel a Luck, pero él también lo hace... La relación entre ellos es algo... —Intentaba explicar Helena—. Son novios, pero tienen la libertad de andar con otras personas, es decir..., ellos saben que la atracción física y el sexo no tienen nada que ver con el amor.

Laura parpadeaba sin poder comprender totalmente, o tal vez sí lo hacía, pero si Rachell se enteraba de la verdadera relación que mantenía Elizabeth con Luck, le daría un infarto.

—Creo que es riesgoso, alguno podría terminar enganchado... Por no decir, perdidamente enamorado de una de esas aventuras. —Trató de razonar Laura.

—No si solo se hace una o como máximo dos veces, la idea es tener aventuras con personas que no volverás a ver.

—Tendrá que deshacerse muy rápido de Paulo, porque él no la mira como si pretendiera conformarse con una o dos veces, y a las vacaciones de Elizabeth todavía le quedan más de seis semanas.

—Ya encontrará la manera de quitárselo de encima, por eso no te preocupes. —Helena volvió a chocar su copa con la de Laura, invitándola a un brindis, para que dejara de preocuparse tanto por lo que era solo sexo.

Paulo llevaba a Elizabeth de la mano hasta el salón de música tropical, para demostrarle que el ritmo caliente le corría por las venas, pero en ese instante era más poderoso el deseo que lo consumía.

Sin previo aviso se detuvo y la adhirió a la pared del pasillo, donde se encargó de comerle la boca. Saboreaba con arrebatos esos carnosos labios, solo quería robarle el aliento y la razón, que no razonara ni un instante cuando le propusiera irse con él a su apartamento al final de la noche.

No se privaba de hurgar con su lengua, robándose el sabor de esa mujer, aunque eran el blanco de más de un tropezón de las personas que pasaban a su lado.

—Espero que esto no sea una excusa para decirme que realmente no sabes bailar —dijo, extasiada, respirando el aliento caliente y agradable de Paulo.

—No es una excusa, es mi manera de decirte que me tienes hechizado —murmuró e iba una vez más en busca de otro beso, pero Elizabeth le llevó la mano a la boca y lo alejó de manera juguetona mientras sonreía.

—Acepté esta invitación para venir a bailar, no para que me arrinconaras contra la pared y me besaras delante de todo el mundo.

Él se carcajeó seductoramente y le tomó la mano, guiándola hacia el ascensor.

—Prometo que la próxima vez que te arrincone será en un lugar más privado, y tal vez no sea contra una pared, sino sobre una cama —soltó sin más, no le interesaba en lo más mínimo ocultarle a Elizabeth sus más fervientes deseos.

Ella tragó en seco, intentado pasar ese extraño nudo de nervios y excitación, que se le había aferrado en la garganta.

—Tendrás que esperar mucho para que eso suceda. —Odió que su voz se escuchara estrangulada.

—No me molesta esperar. —Sonrió de medio lado, porque estaba seguro de que lo máximo que esa mujer lo haría esperar serían unas cinco horas.

Entraron al elevador junto a un grupo de personas, todos iban al tercer piso, esperando disfrutar

de las notas tropicales y bailar en pareja.

Cuando las puertas se abrieron, las notas contagiosas y alegres de la salsa inundaban el lugar, de manera inmediata el corazón de Elizabeth se desbocó, y tomada de la mano de Paulo, caminó mientras se dejaba contagiar por el ritmo, y sonreía alegremente.

Parte de su rigurosa rutina diaria era asistir por dos horas a la academia de baile especializada en ritmos latinos, y le enorgullecía que Violet la acompañara.

Paulo la llevó hasta la pista, donde había varias parejas moviéndose a ese ritmo contagioso. Él, con una maravillosa sonrisa, la guio en el primer paso, y en menos de diez segundos Elizabeth comprobó que no le había mentado, que era un excelente bailarín.

Paulo exudaba seguridad, rapidez, desenvoltura; la guiaba por la pista moviendo el cuerpo de manera enérgica, y ella con una gran sonrisa y el corazón retumbándole en la garganta de felicidad, lo seguía y lo miraba a la cara, sintiéndose realmente atraída por ese hombre.

Sin darse cuenta, un grupo de curiosos empezó a formar un círculo alrededor de ellos. Sin darle mucha importancia, continuaron bailando y disfrutando del momento, pero en muy poco tiempo un hombre moreno se la quitaba a Paulo.

Ella se alzó ligeramente de hombros, y sin dejar de bailar, se fue a los brazos de ese desconocido, que debía admitir también bailaba muy bien.

Paulo, de manera renuente tuvo que ceder a Elizabeth, porque no quería parecer un hombre posesivo, pero apenas le concedería al entrometido unos segundos; sin embargo, cuando intentó recuperarla, ella terminó en los brazos de otro y otro y otro hombre.

Angustiado, observó cómo el círculo se agrandaba y más entrometidos se sumaban. Juraba que la hubiese sacado de ahí por un brazo, si no fuese porque veía que ella lo estaba pasando muy bien.

De cierta manera, comprendía a los que esperaban la mínima oportunidad para bailar con esa mujer, porque además de hermosa y ser poseedora de un extraordinario cuerpo, bailaba perfectamente; se acoplaba rápidamente al ritmo de cada bailarín.

Elizabeth gozaba plenamente ese momento, ya había perdido el número de acompañantes con los que había bailando durante esa canción, las venas le iban a estallar, sentía la sangre correr presurosa mientras hacía gala de sus pasos.

Un nuevo bailarín aprovechó la oportunidad y todo su cuerpo se tensó, justo en el momento que vio esos conocidos ojos grises, que no eran precisamente los de Paulo, a quien no le habían permitido la oportunidad de volver a tocarla.

Por contados segundos se paralizó, pero tuvo que seguir con el baile y acoplarse al ritmo de esa nueva pareja.

—¿Qué haces aquí? —preguntó con el corazón retumbándole en la garganta, mientras observaba cómo esos ojos la miraban con reproche.

—Lo mismo te pregunto, ¿qué haces aquí, Elizabeth?

Eso no era una pregunta, sino un regaño, y vaya regaño.

—Estoy bailando...

—¿Sola? ¿Tío Sam sabe que estás aquí?

—No estoy sola. —Se apresuró a decir mientras seguía bailando con Liam. Jamás imaginó encontrárselo en ese lugar. Definitivamente, las cosas nunca le salían como las planeaba—. Estoy con Hera y Helena. —Tragó en seco cuando la música terminó, y él le dedicó una mirada asesina a Paulo, quien se acercaba por ella con una visible actitud posesiva.

—Amigo, ya la canción terminó, suelta a mi novia —dijo, llevándole una mano al pecho, con la clara convicción de alejarlo de su chica.

A Elizabeth se le iba a salir el corazón del pecho y los ojos de las órbitas, mientras negaba con la cabeza, mirando a Paulo.

—Así que tu novia... —rugió Liam, mirando la mano del tipo plantada en su pecho, pretendiendo que lo alejaría de Elizabeth.

—Paulo, él es mi primo... —Consiguió decir con voz temblorosa, y regresó la mirada suplicante a Liam—. Es un amigo, solo pretende defenderme.

Elizabeth volvió a mirar a Paulo y de manera inaudible le dijo: «por favor».

Paulo carraspeó, atendió a la súplica de Elizabeth y le retiró la mano del pecho a Liam.

Elizabeth se soltó de su primo y se alejó, porque no quería seguir siendo el centro de miradas.

Liam la siguió y también lo hizo Paulo.

—¿Dónde están las gemelas? —preguntó, sujetándola por el brazo.

—Voy con ellas, están abajo —explicó, molesta por su actitud.

—¿Así que son amigos? —Le preguntó Liam a Paulo.

—Sí. —Paulo no titubeó.

—¿Y de dónde se conocen? Nunca antes te había visto.

—Nos conocimos en la academia de capoeira —respondió Elizabeth, mientras ponía su huella para llamar al ascensor—. Y ya deja tu interrogatorio, que no ando preguntándote por tus amistades. —Se cruzó de brazos.

—Respeto, «mariposita». —Le pidió con un tono de voz que a Elizabeth le pareció una cruda advertencia.

Ella resopló y dio un paso más hacia Paulo.

—Ya puedes regresar con quien quiera que estabas, yo iré con las gemelas. —Le solicitó, al tiempo que le agarró la mano a Paulo y lo haló dentro del ascensor, pero de manera inmediata, Liam también entró.

—Voy a ver a las gemelas, quiero saludarlas.

—¿Acaso crees que te estoy mintiendo? —preguntó, indignada.

—No, solo quiero saber que estás segura. —Miró de manera desconfiada a Paulo.

—Veo que no llevan una buena relación de primos —comentó Paulo, sintiendo que el aire en el reducido lugar se encontraba realmente denso.

—De hecho llevamos una muy buena relación.

—Tanta, que algunas veces se cree mi padre —masculló Elizabeth, rodando los ojos.

Liam soltó una carcajada cargada de sarcasmo, y solo por hacerla enojar un poco más, le dio un beso en la cabeza.

—Solo cuido de ella, es mi deber por ser su primo mayor... No permitiré que...

—Por favor, Liam —pidió, suponiendo que en algún momento dejaría en evidencia delante de Paulo su relación con Luck.

Cuando las puertas del ascensor se abrieron, Elizabeth caminó con energía y altanería hasta donde se encontraban sus primas, pero solo se encontró con Laura, quien en ese momento estaba en una íntima conversación con un rubio.

—No pensé que regresarías tan pronto —comentó Laura, un poco sorprendida ante la inesperada llegada de Elizabeth.

—No pensaba hacerlo, pero siempre aparece un aguafiestas —comentó, y en ese instante aparecían detrás de ella Liam y Paulo.

—¿Dónde están las gemelas? —preguntó Liam, recorriendo con su mirada el lugar, creyendo que verdaderamente Elizabeth le había mentido.

—Están bailando —dijo Laura tragando en seco al verlo.

—Entonces las esperaré aquí, tengo ganas de saludarlas. —Se dejó caer sentado en uno de los sillones.

Laura, para liberarse de ese difícil momento, aceptó la invitación que tantas veces le había hecho

David sobre ir a bailar, y la que había rechazado.

Elizabeth se sentó en el sofá y Paulo prefirió sentarse en el sillón frente a Liam, quien se servía un poco de champán.

—Realmente me gusta más este lugar. —Bebió del líquido burbujeante y regresó la copa a la mesa—. ¿Te importa si me quedo aquí?

—Igual te vas a quedar —dijo Elizabeth. Ella no iba a permitir que le amargaran la noche—. Pide otra botella, que Paulo y yo nos regresamos a bailar. —Se levantó.

—Bien, pediré otra, y ya que me dices que Paulo es tu amigo de la academia, voy a pedirle a Bruno que baje.

Elizabeth sabía que Liam hacía eso para probar si verdaderamente Paulo pertenecía a la academia.

—Como quieras. —Le sostuvo la mano a Paulo y se fue a la pista de baile—. Lo siento Paulo, mi primo es un poco entrometido, no es su culpa, lo lleva en la sangre.

—No te preocupes, no me incomoda... —Le llevó las manos a la cintura y la pegó a su cuerpo, mientras se movía sensualmente al ritmo de la música—. Si fueses mi prima también te cuidaría. —Le dijo al oído y después puso un poco de distancia entre ambos.

Paulo minimizó su seductor acoso y solo se dedicó a bailar con ella, a disfrutar de ese momento, como si las ganas por cogérsela no lo estuviesen torturando.

Quince minutos después regresaban al apartado VIP y ya las gemelas estaban junto a Laura, Liam y Bruno, quien estaba sentado en una butaca que seguramente Liam había pedido.

Paulo saludó a Bruno, estrellándole en la cara al primo de Elizabeth que se conocían. Cinco minutos compartiendo con ellos fueron suficientes como para él darse cuenta de que Bruno también pretendía a su chica.

Liam aprovechó la oportunidad para hacerle el favor a Bruno de que compartiera un poco más con Elizabeth. Él era fiel testigo de cómo su amigo había estado enloquecido por su prima desde hacía algunos años, así que le dio un poco de felicidad al pobre cobarde, cuando le dio permiso para que la invitara a bailar.

Realmente disfrutó al ver cómo se le enrojeció la cara al tal Paulo, cuando Bruno se llevó a Elizabeth tomada de la mano; solo esperaba que su amigo no aprovechara el momento y traicionara su confianza.

Al finalizar la noche, Liam no se rindió hasta conseguir llevar a las chicas al apartamento, dejándolas seguras en el lugar. Sabía que estaba de rompe ovarios, pero no le interesaba en lo más mínimo.

CAPÍTULO 17

—Lo siento Martina—suspiró apenado, dejándose caer acostado a un lado de la sudorosa mujer—, solo me dejé llevar —dijo, aún con el pecho agitado y la sangre alterada.

—Últimamente te estás dejando llevar muy seguido, no es la primera vez Cobra —reprochó la mujer, levantándose.

En ella aún pululaban las huellas del reciente orgasmo que había disfrutado, pero no podía permanecer un minuto más al lado de un hombre que casi siempre terminaba llamándola por el nombre de otra, dejándole completamente claro que mentalmente no era a ella a quien se cogía.

Conocía las condiciones de esa relación con la que él jamás iba a comprometerse, porque no la veía más allá de un cuerpo en el cual eyaculaba las ganas que sentía hacia esa mujer que lo obsesionaba, y ella así lo había aceptado. No podía volver el juego a su favor, porque él ni siquiera la veía como a una jugadora.

Cobra no encontró una respuesta que pudiera justificar la cagada que acababa de hacer, por lo que prefirió quedarse callado y vio cómo Martina recogía su ropa y empezaba a vestirse.

Ella se moría porque al menos le pidiera que no se marchara, pero se quedó callado. En ese momento se sentía cansada de esa relación, de ser en la vida de Cobra una más del montón, una más de ese ejército de mujeres a las que seguramente también terminaba llamando: «Elizabeth».

Debía tener un poquito de orgullo y negarse cuando la llamara, o simplemente ni siquiera responderle al teléfono, pero cada vez que veía una llamada entrante de ese hombre, perdía toda la voluntad e iba a donde fuera que él le pidiera, así fuese al mismo infierno.

Cobra se levantó de la cama, recogió el pantalón de chándal del suelo, se lo puso y caminó hasta la mesa donde estaba su cartera, y sacó varios billetes.

—Toma, para que pagues el taxi. —Le ofreció.

Martina miró con indignación los billetes en la mano de Cobra, sin atreverse a recibirlos.

—No me trates como a una puta —exigió con los dientes apretados, reteniendo las lágrimas que amenazaban al filo de los párpados.

—No te estoy tratando así, solo te lo doy por si lo necesitas. —Trató de enmendar un poco su error, pero terminó arruinando aún más las cosas con Martina. Notaba en su mirada azul molestia y dolor.

Quería ponerle detrás de la oreja ese mechón de pelo sedoso y castaño que tenía sobre la cara, o tal vez darle un abrazo, pero sabía que si lo hacía, alimentaría en ella ese sentimiento que sin duda empezaba a sentir por él.

—No lo necesito, puedes estar tranquilo.

—Sabes que no podré estar tranquilo, no me gusta que te vayas molesta.

—No estoy molesta, solo un poco... decepcionada.

—Está bien... —No se atrevió a decir nada más.

Era un completo imbécil y lo sabía, pero no iba a hacer más honda la herida en Martina.

Ella estaba implicando sentimientos que él le había pedido no involucrar, porque era consciente de que nada dolía más que amar a alguien sin ser correspondido.

Él jamás podría ofrecerle lo que ella esperaba, porque muy en contra de sus deseos, estaba totalmente entregado a alguien inalcanzable.

Martina se dio media vuelta y se marchó, salió del lugar sin saber que él no volvería a llamarla, que esa era la despedida, así como lo había hecho con tantas otras. Todas parecidas físicamente a Elizabeth, pero ninguna como ella. Ninguna era ella.

Elizabeth no pudo dormir más de cuatro horas, por lo que decidió salir, dejando a sus primas y a Laura aún rendidas. Le escribió un mensaje a Paulo, pero no le había respondido, suponía que aún seguía dormido.

Prefería hacerse esa teoría a pensar que él no la buscaría más, y el único culpable sería Liam, a quien le dio por hacerle la vida imposible la noche anterior, mandando a la mierda los planes que ella se había trazado con Paulo.

A primera hora de la mañana, le pidió a uno de los choferes de las gemelas que la llevaran hasta la laguna Rodrigo de Freitas, donde iniciaría su infaltable rutina de ejercicios, para desintoxicarse del alcohol con el que había envenenado su sangre.

Bajó del auto frente al Club Naval Piraquê y le pidió a Leonel que pasara por ella al mismo lugar en dos horas.

Ajustó el cronómetro de su reloj de pulsera con cuarenta minutos para hacer la primera vuelta a la laguna, que contaba con casi ocho kilómetros. Inhaló profundamente, mientras miraba al Corcovado; estaba segura que detrás de la espesa neblina que se posaba sobre la montaña, estaba el Cristo Redentor con su eterna bendición a la ciudad.

Se puso los audífonos y sin perder más tiempo, inició su carrera por la ciclo vía. La agradable brisa fresca de la mañana le acariciaba la piel. A uno de sus lados se mostraba la laguna con sus aguas calmas y oscuras, lo que le provocaba una sensación de sosiego maravillosa, mientras que del otro, había varios autos estacionados, tal vez pertenecientes a quienes aprovechaban esas horas de la mañana para ejercitarse, al igual que ella.

Seguía con su recorrido que constantemente cambiaba, ya fuese con la laguna bordeada por la hierba o frondosos árboles que le limitaban la visión al otro lado, también el ajetreado tráfico en la avenida Borges de Medeiros.

A su lado pasaban personas en bicicletas, en patines o *skate*, también quienes iban corriendo igual que ella, todos sumergidos en sus propios pensamientos, disfrutando de esa fresca mañana.

Sin descansar cumplía la mitad de su recorrido, y el sol ya destellaba contra los cristales de los edificios al otro lado de la avenida, encandilándola un poco, pero eso no era motivo para detenerse, por lo que seguía con su mirada al frente, bajo la intermitente sombra de los árboles y el Corcovado a su espalda, mientras bordeaba la laguna, tratando de gastar muy lentamente el oxígeno, para no fatigarse antes de tiempo y tener que verse obligada a interrumpir la rutina.

Inevitablemente su mirada fue captada por la destreza con que un *skater* zigzagueaba de manera impresionante y daba la sensación de que esa difícil tarea era «pan comido». Estaba segura que debía contar con demasiado equilibrio y fortaleza en las piernas, llevaba puesto unos *jeans* e iba sin camiseta, dejando al descubierto un torso sonrojado por el sol y unas rastas rubias; sin embargo, no se dejó deslumbrar, y sin titubear, siguió con su recorrido.

Solo bastaron segundos para que cayera en cuenta que a ese hombre ella lo conocía, estaba segura de que lo había visto en algún lado.

Pensó detenerse y regresar, para convencerse de que sí lo conocía.

—¡Hey! ¡*Moça!*

Elizabeth se detuvo, segura de que era con ella; al girarse, vio venir al *skater* de rastas, corriendo hacia ella con el *skate* bajo el brazo.

—¿Te conozco? —preguntó, haciéndose la desentendida.

—Sí, nos conocemos... Eres muy buena capoeirista, te recuerdo de la favela.

¡La madre que lo parió!

Claro que lo recordaba, era el tal Gavião, por el que los hombres armados interrumpieron la roda en medio de disparos. Por culpa de ese desgraciado casi que la asesinan y terminó en un hueco al lado del simio blanco. Bueno realmente su mote era: «Cobra».

Pero si no hubiese sido por él, seguramente en estos momentos todavía estaría siendo abusada sexualmente; o en el peor de los casos, muerta y tirada en algún botadero de basura en Rocinha.

Lo señaló, acusándolo descaradamente. Abrió la boca para insultarlo de todas las maneras posibles, sin importarle que estuviesen en un espacio público.

—Lo siento, de verdad siento todo lo que pasó. —Se adelantó, al predecir las intenciones de la chica, con los ojos como el cielo cuando se nublaba ante la llegada de una tormenta—. Realmente no iban a hacerle daño a nadie.

—¿Que no iban a qué? —preguntó, incrédula, inflando las mejillas—. ¡Mira lo que me pasó! —Se señaló el raspón que aún no sanaba del todo—. Y esto fue lo de menos, pude haber sido alcanzada por una bala fría.

—Bueno, tal vez eso pudo pasar —mascullo, avergonzado—. Pero no soy un delincuente.

—Déjame dudarlo... Si no lo fueras no te hubiesen ido a buscar de esa manera, sin importarles la integridad física de todos los que ahí estábamos —reprochó, observando el rostro sonrojado del tal Gavião y los ojos grises le brillaban por el sol.

—¿Acaso tengo cara de delincuente? —preguntó.

—Conozco a muchos que no tienen cara de serlo y son los peores. Solo mira el ejemplo del que vive en el Palácio do Planalto; o simplemente, a cualquier político.

Gavião suponía que lo había dicho con toda la seriedad posible, pero él no pudo evitar reír ante la comparación.

—Tienes razón.

—Bien, ahora te quiero lejos de mí, a kilómetros. Temo que en algún momento se presenten una vez más esos esbirros y me hagan correr despavorida, y te aseguro que no quiero volver a vivir esa experiencia. —Al ver que él estaba como un tonto mirándola, se volvió para ser ella quien pusiera los kilómetros de distancia entre ambos, pero no pudo alejarse más de dos pasos, porque él la sostuvo por el brazo a la altura del codo, brindándole un toque cálido y suave.

—Espera, no te vayas. —Le suplicó, impidiéndole que se marchara—. Sé que no perteneces a ninguna favela, se nota a millas, y creo que eres la única que podría comprenderme.

—¿Comprender que tengas cuentas pendientes con asesinos?

—¡Que no soy un delincuente! ¡Y esos no eran asesinos! —Se exasperó al ver lo testaruda que era esa mujer capoeirista, que hasta el momento lo había impresionado.

—Entonces convénceme de lo contrario, necesito una explicación y que sea creíble, porque de lo contrario me largo ya mismo.

—Claro que voy a explicarte, pero mejor vamos bajo la sombra. No quiero que te asolees por mi culpa.

—Ojalá hubieses mostrador la misma preocupación cuando huiste de la roda, dejándonos a todos en medio de una lluvia de balas.

—Ya te pedí disculpas. —Le recordó, y aun sosteniéndola por el brazo, la llevó hasta donde se encontraban unas mesas y bancos de madera, que pertenecían a un restaurante que en ese momento estaba cerrado.

Elizabeth se sentó, procurando mantenerse alejada de la arara azul que se paseaba por las mesas, ante la cuidadosa mirada del hombre que lo cuidaba y lo alimentaba con nueces.

El ave le parecía realmente hermosa, con su azul brillante y los ojos como si hubiesen sido perfectamente delineados con ese amarillo incandescente, pero prefería que estuviera bien lejos de

ella; temía que pudiera sorprenderla cayéndole a apicotazos; era absurdo su miedo, pero no podía evitarlo.

Gavião se sentó frente a Elizabeth, dejó caer el *skate* sobre la hierba y se quitó la liga que llevaba en la muñeca, haciéndose una coleta con las rastas; aprovechó para mirar un poco más allá del raspón en la rodilla, disfrutando de las torneadas piernas.

Él creía que era conveniente presentarse, así que le ofreció la mano.

—Wagner Ferraz.

Elizabeth correspondió al saludo, sintiendo la palma suave, y miró las uñas cuidadas del joven; en ese instante el apellido taladraba en su cabeza y empezó a hacer conjeturas, por lo que tragó en seco.

—¿Ferraz? —murmuró roncamente.

—Sí, soy de los Ferraz que estás pensando, pero no te preocupes.

—Lo siento, es decir... No generalicé. Quise decir solo algunos políticos. —Trataba de enmendar su error, eso le pasaba por siempre ser tan lengua suelta—. Y no aplica para las mujeres. —Soltó la mano y se rascó la nuca, sintiéndose estúpida por haber llamado delincuente a la madre del joven.

—Olvídalo. —Negó con la cabeza mientras sonreía, al ver el sonrojo que se apoderaba del hermoso rostro, producto de la vergüenza—. Mejor cuéntame, ¿qué hacías ese día en la favela? Las he visitado por cinco años y nunca antes te había visto.

—Era la primera vez que iba, quería asistir a una roda callejera. Solo era curiosidad —comentó sin que en ella mermara la vergüenza, no podía olvidarlo simplemente porque él se lo había pedido—. Disculpa, me llamo Elizabeth.

—Eli, entonces tenemos la misma pasión. Disculpa, ¿puedo llamarte Eli?

—Todo el mundo lo hace. —Sonrió, percatándose en ese momento del tatuaje de una flor de Lis que tenía en el costado izquierdo, a la altura del pecho.

—Me apasiona la Capoeira, más específicamente la callejera... Porque es una lucha más real.

—¿Y qué tiene que ver tu pasión por la capoeira callejera con los hombres armados que llegaron ese día? —Prefirió no llamarlos delincuentes, para no revivir el momento en que puso al mismo nivel de su madre.

—No sé cómo entraste a la favela, mucho menos cómo conseguiste salir sin que te hicieran daño, y no precisamente los hombres que me buscaban.

—Eso es un cuento bastante largo, puedo decir que corrí con suerte.

—Mucha suerte. Cuando los de nuestra clase entran a una favela, no salen... Supongo que te diste cuenta de lo peligroso que es.

—Realmente es menos peligroso de lo que pensaba —confesó y en ese momento el sonido del cronómetro le anunciaba que ya debía haber terminado la primera vuelta a la laguna. Lo silenció y continuó—: ¿Cómo es que llevas cinco años yendo a favelas callejeras en Rocinha y no te ha pasado nada?

—Porque pago, tengo que pagarles mensualmente a los hombres que llegaron ese día a buscarme. Estaba atrasado con un par de cuotas y me habían advertido que no podía regresar hasta pagarles.

—¿Te cobran para que puedas entrar a la favela? Eso es injusto.

—Ellos no lo ven de esa manera, porque estoy pagando por mi seguridad. Son muchos los que me protegen en Rocinha, puedo entrar y salir sin que me pase nada.

Elizabeth se quedó en silencio, sin pensar siquiera. Había quedado totalmente en blanco, mientras el corazón le latía frenéticamente y la sangre le circulaba con mayor rapidez.

—¿Así vayas solo? —preguntó al fin, con una nueva idea latiendo en ella. Consciente de que Renato nunca más la llevaría de regreso. De hecho, la acusaría con su padre si llegaba a mencionarlo.

—Siempre voy solo, si llevo a alguien más me tocaría pagar...

—Yo pagaría mi cuota —interrumpió, dando un respingo en el banco. Realmente no estaba

pensando, solo se estaba dejando llevar por la adrenalina del momento.

—Eli, no creo conveniente que regreses allí... Solo estoy tratando de explicarte que no soy un delincuente y porqué me buscaban esos hombres. Ellos solo querían sacarme de la favela, porque no les había pagado.

—Dijiste que si pagaba no me harían daño. Yo puedo pagar.

—Ni siquiera tendrías que pagar, yo podía invitarte, pero...

—Wagner, también me apasiona la Capoeira... Sobre todo la callejera. ¿Siempre van los mismos capoeiristas?

—Creo que solo quieres experimentar. Eres muy buena, pero se nota que no al nivel callejero. Podría ser peligroso para una chica.

—Olvidaré que acabas de hacer un comentario realmente machista, y que no estás faltando a una de las principales reglas de la Capoeira. No me has contestado si siempre van los mismos.

—Casi siempre, ¿por qué lo preguntas? —Frunció el ceño, mostrándose un poco confundido.

—Porque por si no lo recuerdas, interrumpieron mi lucha con el tal Cobra, y quiero la revancha. —Se irguió decidida y sonriente.

Wagner se levantó y ella lo miró sorprendida, sujetándolo por una mano cuando se agachó para agarrar el *skate*.

—Olvídalo, no te llevaré y no lucharás con él... No tienes idea de con quién pretendes meterte.

—Wagner, solo es un capoeirista más.

—¡No! No es uno más. Cualquiera otro capoeirista te respetaría, no sería tan agresivo, simplemente combatiría a la altura del contrincante, pero Cobra es un animal, se ciega y es realmente agresivo; no te verá como a una mujer, sino como a un contrincante al que tendrá que vencer con tal de seguir alimentado su propio ego de ser el mejor capoeirista callejero.

—Wagner, no me subestimes —dijo ella mirándolo a los ojos. Era consciente de que Cobra era un hombre violento, por sí misma lo había comprobado.

—Eres tú quien subestimas a los hombres de las rodas callejeras. No es un juego Elizabeth.

—Sé que no lo es, y realmente estoy cansada de que lo vean de esa manera. Casi toda mi vida he asistido a prácticas de Capoeira, donde realmente no luchan, sino que se esmeran en demostrar quién es mejor dando un espectáculo de asombrosas acrobacias, y eso no es lo que quiero. —Tiró un poco de la mano de él—. Vuelve a sentarte —pidió, mirando esos ojos grises con betas verdes—. Dijiste que podría comprenderte y lo hago. Me gustaría que también me comprendieras.

Wagner volvió a sentarse, dejando sobre uno de sus muslos el *skate*, mientras observaba detenidamente a la preciosa mujer frente a sus ojos, comprendiendo que la mejor manera de acercarse a ella era a través de esa pasión que compartían, eso le permitiría pasar juntos más tiempo.

—Está bien, te llevaré conmigo y estarás segura —suspiró y disfrutó de la gran sonrisa que ella le regalaba—. Pero con una condición.

—Bien, que no sea muy difícil.

—No vas a luchar con Cobra, lo harás conmigo.

—Eso no es justo, seguramente me dejarás ganar para que me respeten en la roda.

—No voy a dejarte ganar, y el respeto te lo ganarás tú misma.

—No siempre voy a luchar contigo.

—Seguro que no, por eso no te dejaré ganar; pero nunca lo harás con Cobra, si se te presenta la oportunidad, simplemente lo rechazas. No quiero que te haga algún daño.

—Bien, pero ese Cobra me la debe y espero ganar mucha fortaleza y destreza con los demás, para después enfrentarlo... —Ante su comentario, Gavião empezó a negar—. No será mañana ni en un mes..., pero algún día voy a arrebatarte ese título. Quiero ver la cara de todos esos machistas, cuando una mujer se consagre como la mejor capoeirista callejera.

—Me gusta tu optimismo. —Sonrió, sin ánimos de lanzar por el suelo las esperanzas de Elizabeth.

—Ahora yo te tengo una condición —dijo, elevando la barbilla en señal de orgullo, y él le hizo un gesto para que continuara—. Yo pago mi pase a la favela.

—No tienes que hacerlo, serás mi invitada.

—Me has dicho que debes un par de meses.

—Así es, pero ya tengo para pagarlo... Mi padre me había cancelado las tarjetas, porque no quise acompañarlo a Recife. Así que invito yo.

—En ese caso, ¿cuándo podremos ir? —preguntó, ansiosa. Ya había olvidado totalmente toda la amarga experiencia por la que pasó.

—El domingo por la tarde... No te muevas mucho, que a la arara le gusta tu cabello. —Se carcajeó, mirando por encima del hombro de Elizabeth cómo el ave azul le picoteaba algunos mechones.

Elizabeth se paralizó y el corazón se le instaló inmediatamente en la garganta.

—Aléjalo —suplicó, mirando de reojo, percatándose de las plumas azules y del sonido que hacía su pelo al ser machacado.

—No te hará daño. —Trató de tranquilizarla, mientras sacaba del bolsillo su móvil y dejó a un lado el *skate*.

—Está muy cerca de mi oreja —chilló con la voz rota por el miedo.

—¿Y así pretendes convertirte en la mejor capoeirista callejera? No puede ser que le tengas miedo a una simple arara.

Elizabeth quería salir corriendo, pero temía que el animal se asustara y realmente le hiciera daño.

Wagner no perdió el momento para hacerle un par de fotografías y un vídeo del cómico momento. Le agradó mucho que ella se obligara a sonreír, tratando de mostrar valentía. Ella había soportado más de un minuto y él tenía suficiente material en su teléfono, por lo que finalizó el vídeo y se levantó.

Elizabeth sintió que volvía a respirar en el momento que Gavião alejó la arara, soltó el aliento y se levantó para no arriesgarse una vez más.

—Han quedado muy lindas las fotos —dijo mostrándoselas, pero no hizo lo mismo con el vídeo.

—A pesar de mi cara de terror, están muy lindas —dijo, sonriente—. ¿Podrías pasármelas?

—Sí, claro. Anota también mi número para acordar el punto de encuentro del domingo.

—Perfecto... —Elizabeth guardó el número, sin poder evitar sonreír al ver en su teléfono las fotografías.

—¿Vas a continuar con tu rutina? Porque podría llevarte a casa.

—No te preocupes, vendrán por mí. Espero que nos veamos el domingo.

—Es seguro, ¿dónde quieres que te recoja?

Elizabeth ya no tenía que convencer a nadie para que le diera el permiso, tenía total libertad ese fin de semana, porque sus primas jamás le preguntarían para dónde iba ni qué iba a hacer.

—En el mirante de Leblon.

—Mañana por la noche te llamaré para informarte de la hora.

—Perfecto.

—Y por favor, no te lles un uniforme tan pulcro, pónitelo preferiblemente sin combinar.

—Está bien, trataré de usar colores oscuros. —No podía negar que se sentía pletórica. Si poseyera el poder de aligerar el tiempo, no dudaría ni un segundo en saltarse al domingo. Se acercó al chico y le dio un beso en cada mejilla—. Esperaré tu llamada.

—Adiós Eli, ha sido un placer... Me alegra mucho que me comprendieras.

—Igualmente Gavião. Y mi mote es: «Borboleta».

—Te queda perfecto, eres hermosa y pareces delicada, pero definitivamente no lo eres.

Ella retomó su carrera para completar su vuelta a la laguna, y él volvió a subirse al *skate*, demostrando que no solo era bueno como capoeirista, sino que era todo un *skater* profesional.

CAPÍTULO 18

El sábado se le había hecho eterno, declinó la invitación de sus primas de acompañarlas al Jockey Club, prometiéndoles que lo haría en otra oportunidad; prefirió aprovechar el tiempo practicando arduamente Capoeira, como no lo había hecho nunca.

No iba a permitir que volvieran a tomarla por sorpresa y quedar en ridículo una vez más, deseaba desesperadamente ganarse el respeto de los capoeiristas de esa favela.

No les había contado a Hera y Helena sobre sus planes de ir a Rocinha, porque estaba segura de que no se lo permitirían, pero sí sospechaban, porque le habían hecho muchas preguntas acerca de sus incansables prácticas, sobre todo la relacionaban con Paulo, a quien también le había cancelado la cita.

Con Paulo era totalmente distinto, con él no tendría que practicar, porque con lo más básico lo haría polvo, pero con Wagner, y sobre todo, con Cobra, era completamente distinto, ponía en juego su orgullo y sus años de esfuerzo.

Se sorprendía a sí misma anhelando poder luchar contra el hombre serpiente, pero inmediatamente se recordaba que le había prometido a su nuevo amigo que no lo haría.

Apenas consiguió dormir unas cuatro horas, se la pasó dando vueltas en la cama, pensando en el instante que le tocara una vez más entrar a la roda en la favela.

El domingo se levantó mucho antes de que el sol saliera, decidió no ir a correr, sino que siguió practicando, y para hacer más fuertes y contundentes sus golpes, practicó con el saco de boxeo, el que creaba un eco ensordecedor cada vez que lo golpeaba.

Las pantorrillas y los pies le ardían, estaban seriamente sonrojados; y ella bañada en sudor, con mechones de pelo pegados en la cara y cuello, pero no se detenía.

Su madre siempre había criticado que heredara la perseverancia de su padre, porque al extremo que la gobernaba no era sano, pero tampoco podía controlarlo.

Se preparó un desayuno nutritivo, que la llenó de energías; y cuatro horas antes del encuentro pautado con Wagner, salió del ático de sus primas, llevando en una mochila su ropa de Capoeira.

Le hubiese gustado acompañarlas ese domingo a visitar Ilha Josefa, la que pretendían alquilar por una semana, para la fiesta sorpresa que le harían a Aninha, la hija de su tío Thiago.

Le pidió al chofer que la dejara en el Shopping Leblon, por donde se paseó entre tiendas, hasta que llegó a una de artículos deportivos, donde compró un par de pantalones de capoeira, suponiendo que Cobra poseía la misma textura que el hombre que le ayudó a escogerlos.

Se decidió por uno negro y uno gris, porque algo le decía que era partidario de los colores oscuros y sobrios; metió la bolsa en la mochila, para que Wagner no la viera.

En uno de los baños se quitó los *jeans* que llevaba puestos y se los cambió por un pantalón de capoeira verde selva, la camiseta se la podría quitar antes de ingresar a la roda y quedar con el *top* de *spandex* negro que llevaba debajo.

No quiso almorzar, tan solo se bebió un jugo de frutos verdes mientras esperaba la hora. Miraba a todos lados, suplicando que los minutos avanzaran con mayor rapidez, mientras jugueteaba con su teléfono.

Rechazó todas las llamadas, porque de momento no le interesaba, hasta que vio el nombre de «Wagner (Gavião)» en la pantalla, e inmediatamente la emoción y la adrenalina crearon un hueco en su estómago.

—Hola —saludó, sintiendo que el corazón se le reventaría.

—Hola, ¿ya estás preparada? —preguntó con una afable sonrisa. Había esperado demasiado para

volver a escucharla y se sentía estúpidamente nervioso.

—Sí, realmente más que preparada, aunque también estoy ansiosa —confesó levantándose de la silla y dejando un billete sobre la mesa.

—¿Te parece si nos vemos en quince minutos en el punto de encuentro?

—En diez estaré ahí —aseguró, caminando rápidamente, como si pretendiera huir del lugar.

Wagner se carcajeó divertido ante la ansiedad que se notaba en Elizabeth, y se sentía completamente identificado, porque así mismo estaba el primer día que aseguró sus entradas a la favela.

—Está bien, en diez.

—De acuerdo, si tardo un minuto más, no vayas a dejarme por favor... Espérame.

—Te esperaré por media hora, por si se presenta algún inconveniente.

—Gracias, gracias Wagner. —Finalizó la llamada y aunque las escaleras eran eléctricas, las bajó corriendo.

Al salir, supo que caminando se llevaría al menos unos veinte minutos, por lo que decidió subirse a un taxi. Estaba segura de que no sería un delincuente como el último que tomo, ya que este pertenecía al centro comercial.

—Señor, ¿me lleva al Mirante, por favor? —pidió con el corazón saltándole en la garganta.

En menos de nueve minutos el auto abandonaba la Avenida Niemeyer, para entrar al estacionamiento del Mirante, donde paró para dejarla.

Apenas bajó del taxi, vio las inconfundibles rastas rubias de Wagner, quien estaba sentado en una de las sillas plásticas del quiosco Mirante Sonhador, donde predominaba el color amarillo y el atrayente azul del Océano Atlántico.

El sonido del fuerte oleaje que se estrellaba contra las piedras del rompeolas, sobre las que habían construido la plataforma de madera, inundó sus oídos, así como la brisa fresca intentaba bajar un poco la adrenalina que corría por sus venas, pero realmente era imposible.

Él se levantó al verla, dejando de lado el agua de coco que se estaba bebiendo.

—Estoy preparada —dijo, recibiendo el par de besos que Wagner le daba en cada mejilla.

—Bien, déjame pagar y nos vamos —comentó, alejándose un par de pasos. Le entregó un billete a uno de los hombres que atendían las mesas y le dijo que se quedara con el cambio—. Iremos en taxi, es más seguro.

—Está bien, ¿más o menos cuánto tiempo vamos a tardar? —preguntó en su camino hacia la carretera.

—Depende, algunas veces podemos estar hasta cuatro horas, pero si quieres abandonar mucho antes la roda solo me dices, que no tendré problema en que nos regresemos.

—Si por mí fuera, me quedaría mucho más —dijo emocionada, mientras Wagner mandaba a parar un taxi.

—Eso lo veremos, algunas veces puede llegar a ser agotador estar tanto tiempo, el calor y la fatiga se intensifica.

Subieron al auto y Wagner le dio la dirección exacta al chofer.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —curioseó, para que el silencio no hiciera incómodo el viaje; además, quería conocer un poco más del que ya no le quedaban dudas era el hijo de la diputada Claudia Ferraz. Ya se había encargado de averiguarlo por internet.

—Claro, adelante —concedió, mirándola a los ojos.

—¿Tus padres saben que vienes a esta favela? —preguntó, echándole un vistazo al hueco que tenía su pantalón de capoeira en una rodilla.

—No, si lo supieran no me lo permitirían. Es un secreto que me ha costado mucho mantener. Y tú, ¿le has contado a tus padres?

—No, morirían... —Sonrió con pillería—. O me enviarían de regreso a casa, y no podría disfrutar mis vacaciones.

—¿No vives en Río? —preguntó, elevando las cejas con displicencia.

—No, vivo en Nueva York...

—Pero ¿eres de aquí o tienes familia en Río? —inquirió, interesado—. Lo pregunto porque no tienes acento extranjero.

—Ambas, mi apellido es Garnett.

—Garnett... —dijo con voz estrangulada—. ¿Eres la hija del Fiscal General de Nueva York? ¿La nieta de Reinhard Garnett? —murmuró, temiendo que el taxista los escuchara. Ella asintió en silencio y él dejó caer la cabeza contra el respaldo, mirando al techo del auto—. Mierda, mierda —chilló—. Creo que la he cagado como nunca. Demonios, estoy metido en un gran problema. Mejor regresamos... —dijo, volviendo la mirada hacia ella—. No es buena idea...

—¡No! No, por favor Wagner —suplicó, tomándole una mano y apretándosela. Él no pudo evitar clavar la mirada en el agarre—. Dijiste que podías entenderme.

—Porque no sabía quién eras —masculló muy bajito, acercándose más a ella, para no tener que dejar en evidencia su identidad delante del hombre que los llevaba a la favela.

—Quien sea no cambia mi pasión por la Capoeira.

—Lo cambia todo si te llega a pasar algo... Al menos un mal golpe... ¡Dios! Si mi padre se enterara de que te he traído aquí, me asesinará.

—Pero me has dicho que tu padre no sabe que vienes a este lugar.

—No, no lo sabe. Si se llegara a enterar, simplemente me encerraría o me enviaría a estudiar a Londres como tanto anhela, pero si además de eso se entera que me he traído a la nieta de Reinhard Garnett a una favela, me asesina.

—Por mi abuelo no te preocupes, él las visita todo el tiempo, les agradan.

—Pero lo hace por obras benéficas y con un ejército de guardaespaldas; hasta los del BOPE lo escoltan... No viene solo, a luchar contra capoeiristas callejeros.

—Wagner, por favor. Nadie más tiene por qué enterarse de quién soy.

—Lo sabrán, cuando te vi me pareciste conocida, pero no sabía de dónde, seguro que alguien más te reconocerá.

—Podría disfrazarme... —comentó, pero al ver cómo él elevaba una ceja en un claro gesto de incredulidad, prosiguió—: Esa gente no pensará que la nieta de Reinhard Garnett es tan tonta como para venir a un lugar como este, seguro creerán que me parezco mucho, pero que definitivamente no puedo ser.

—Realmente eres muy tonta... —confesó, posándole una mano en la mejilla, y acercándose tanto, que ella sentía su tibio aliento sobre los labios; inevitablemente, sintió cómo se tensaba—. Muy tonta —repitió, mirándola a los ojos—. Pero solo porque te comprendo, dejaré que me acompañes esta vez.

—Gracias. —Elizabeth trató de disimular y se alejó un poco—. Y solo por si me toca defenderme, he traído una Colt, y soy muy buena con la puntería. —Se aferró a la mochila, donde llevaba la pistola que le había tomado prestada a Helena.

—No quiero ser el blanco, puedes estar tranquila. —Volvió a sonreír y se alejó.

—Oh no, de ninguna manera pienses que te estoy amenazando. —Se apresuró a decir—. Es solo por si es necesario con algún delincuente en la favela.

—Espero que no tengas que hacer uso de ella —comentó, observando cómo ella se había sonrojado, y le parecía que era lo más hermoso que jamás había visto.

Elizabeth volvía a reencontrarse con las calles de la favela, con las edificaciones precarias u otras a medio construir, con las calles abarrotadas de negocios y gente humilde caminando por las

empinadas cuestas.

Inevitablemente, la piel se le erizó al recordar la última vez que había estado en ese lugar, era una extraña mezcla entre miedo y felicidad.

Sabía que ir esta vez en compañía de Gavião haría una gran diferencia, porque él se había ganado un puesto, era aceptado y ahora les tocaba aceptarla a ella también.

El taxi se detuvo, Wagner le pagó y bajaron.

—¿Hay algún problema si te presento como mi novia? Es para evitar que empiecen a hacer preguntas, pero si no quieres no hay problema... Me inventaré cualquier otra cosa —hablaba rápidamente, sintiendo un extraño nudo en la garganta.

—No, no me incomoda, está bien —dijo, colocándose la mochila en la espalda.

—Llévala adelante, porque si la dejas así, sin darte cuenta te sacarán todo. —Le aconsejó, pero casi enseguida se la quitó—. Yo la llevaré.

—Gracias. —Sonrió y sintió cómo él le agarró la mano.

Caminaron un par de calles y doblaron a la derecha. En una esquina había un grupo de cinco hombres. Estaba segura de que esas eran las famosas y temidas «Bocas de fumo».

—No te asustes, no nos harán daño... Pero no le demuestres miedo —dijo, apretándole el agarre en la mano, disfrutando de ese contacto—. ¡Fabio! —llamó a uno de ellos, a pocos pasos de llegar hasta donde estaban reunidos.

En ese momento un hombre alto, de cuerpo atlético y piel trigueña se volvió, llevaba puesta una bermuda, una camiseta sin manga y unas zapatillas deportivas sin calcetines. Dejando al descubierto la culata de la pistola en su cintura.

Elizabeth tragó en seco y se recordó no mostrar miedo, debía confiar en Wagner.

—Gavião, espero que hayas traído lo que debes... Y ya te había advertido que sin acompañantes —dijo sin pelos en la lengua, sin interesarse por disimular delante de Elizabeth.

Wagner abrió su koala y sacó un fajo considerablemente grueso de billetes con la denominación más alta.

—Esto es por el par de meses que te debía. —Le ofreció y el hombre lo revisó rápidamente. Wagner sacó otro fajo de billetes con menos cantidad—. Esto es lo de este mes. —Sacó otro igual y lo juntó, dándoselo a Fabio—. Y esto es por el mes de mi enamorada.

—Habíamos quedado que sin invitados, pero haré una excepción porque es tu chica. —Se mostró amigable, mientras miraba los billetes—. ¡Bienvenidos a Rocinha! —Les regaló una sonrisa, dejando en evidencia un diente dorado, tal vez enchapado en oro—. Juliano y Segundo los acompañarán. —Le hizo una seña a dos de los hombres que estaban reunidos a varios pasos, pero atentos a la mínima señal del que evidentemente era el líder de esa banda.

Elizabeth no tenía la más remota idea de cuánto había pagado Wagner, pero estaba segura de que era una cantidad exorbitante, solo por entrar a una favela, que al fin y al cabo era de todos los ciudadanos, donde se suponía que por derecho se debía andar libremente.

Los dos hombres que se acercaron, también estaban armados e igualmente se mostraron amigables, y felicitaron a Gavião por la enamorada.

Se despidieron y siguieron con su camino hacia donde se armaría la roda en unos minutos. Ellos iban escoltados por los dos hombres, quienes le hacían señas a otros tantos que estaban en algunas esquinas.

—Están dejándoles claro que no deben meterse con nosotros —murmuró Wagner al percibir en el rostro de Elizabeth que no comprendía a qué se debía ese intercambio de señales.

—¿Cuánto te cobran por mes? —preguntó en voz baja y agitada, sintiendo que le faltaba el aliento por la inclinada calle que subían.

—Es mejor que no lo sepas —respondió, sonrojado por el sol y el esfuerzo realizado, mientras

que los hombres que los escoltaban se mantenían totalmente calmados.

En los angostos callejones reinaban los malos olores, y Elizabeth intentaba contener la respiración y caminar más rápido, esquivando basura y botes de aguas negras.

Empezaron a subir unas escaleras que estaban adornadas con trozos de cerámicas de varios colores y le pareció recordar ese lugar, pero no podía estar segura si era el mismo callejón por el que había escapado con Cobra, porque todo le parecía igual.

—Hasta aquí llegamos —dijo Juliano—. No tendrás problemas para regresar. —Se dirigió a Wagner, quien asintió.

—Gracias Juliano.

—De nada... —Se marchó, pero antes de dar un par de pasos, se volvió—. Gavião, tengo la garganta seca.

Wagner sabía lo que eso significaba, por lo que buscó en el koala un par de billetes y se los entregó, como si no hubiese sido suficiente con todo lo que le había dado a Fabio, Juliano le pedía un poco más, pero eso era lo que tenía que pagar para poder darle rienda suelta a su pasión.

Los hombres se marcharon y él siguió su camino junto a Elizabeth, sin soltarle la mano, aprovechándose del momento para poder fortalecer su lazo con ella.

—Creo que exageran, le has dado demasiado dinero. Definitivamente, te ayudaré con el pago.

—No voy a permitir que lo hagas, eres mi invitada.

—Lo que le has dado a esa gente es lo equivalente a un año en la academia.

—No quiero ir a una academia, fui a una por un par de años y terminé decepcionándome, prefiero la adrenalina.

—Ciertamente, en una academia no encontrarás lo mismo, pero tampoco son tan aburridas —confesó, porque a pesar de todo, se sentía muy bien en la que asistía, donde contaba con muy buenos amigos.

Tuvo que soltarse de la mano de Gavião para poder subir unas escaleras, por las que debían andar uno detrás de otro, y ahora sí, empezaba a reconocer el lugar; esta vez el trayecto le pareció mucho más corto que la primera vez.

Reconocía la casa que estaba prácticamente resumida a escombros y se encontraron con un par de capoeiristas más, quienes saludaron muy alegremente a Gavião; entonces tuvo la certeza de que le había dicho la verdad, porque si solo llevase problemas a la roda, no sería bienvenido.

Los hombres la reconocieron y no pudieron ocultar su asombro de verla una vez más en el lugar. Wagner volvió a sostenerle la mano y presentarla como su novia.

Ella quiso desmentir y decir que solo eran amigos, pero no le dieron el tiempo ni la importancia, caminaron entre las casas, avanzando hacia la plataforma de cemento, donde formarían la roda.

—Creí que la mentira de que era tu novia solo sería con los hombres a los que les pagas —comentó en voz baja, mientras observaba cómo las piernas de los pantalones de capoeira de los hombres morenos que iban delante de ellos levantaban el polvo.

—Lo creí prudente para que te ganes el respeto, pero si quieres puedo aclararlo —murmuró soltándole la mano, suponiendo que ella se había molestado por su atrevimiento.

—No, ya no es necesario, pero me gustaría ganarme el respeto por mí misma —alegó con total claridad. Lo que menos quería era hacerse un lugar en las rodas callejeras a la sombra de Wagner.

Subieron a la plataforma de cemento, el viento le refrescaba el rostro, y el extraordinario paisaje le hacía olvidar lo difícil que era llegar hasta ese lugar; de su cuerpo se esfumaba el cansancio y una gran energía se apoderaba de su ser.

Dejó caer la mochila a un lado y Wagner hizo lo mismo con el koala.

Tras ellos llegaron tres capoeiristas más, mientras Elizabeth, sin ser plenamente consciente, esperaba la ansiosa llegada de Cobra.

Poco a poco y sentados en el suelo, empezaban a formar la roda, mientras conversaban y la convertían a ella en el centro de miradas; algunos no podían ocultar el desagrado de verla ahí, otros simplemente la miraban como a un trozo de carne, al que se devorarían de un solo bocado.

En medio de chistes machistas, acordaron suavizar su vocabulario, haciéndola sentir como a una niña, pero bien que se sabía un gran repertorio de palabrotas que también los intimidaría, pero prefirió hacerse la estúpida y no empezar con mal pie.

Todos mostraron respeto cuando llegó el mestre, un hombre moreno con unas rastas negras que le llegaban a la cintura, y un par de cicatrices en la mejilla izquierda.

Tenía más cara de delincuente que de mestre, pero se ganó su respeto cuando le dio la bienvenida a la roda.

Ella sentía que el sol le estaba traspasando la piel, sino fuera por la brisa, no hubiera permanecido por más de cinco minutos en el lugar; sin embargo, a todos los demás parecía que no les importaba en lo más mínimo.

Iban a dar inicio a la roda y Cobra no había llegado, al parecer ya estaban todos, y aunque no quería admitirlo, se sentía decepcionada.

Wagner se quitó la camiseta delante de ella, por lo que lo imitó e hizo lo mismo, dejando al descubierto su marcado abdomen, llevándose las miradas de los hombres. Mientras tanto, ella se sintió atraída por el par de argollas plateadas que adornaban las tetillas rosadas de Wagner.

—No te había visto los *piercings*. —Sonrió, tocando uno con el dedo índice. Le parecían realmente sexis.

—No los uso todo el tiempo. —Le detuvo el dedo, para que dejara de causarle cosquillas. En ese momento los instrumentos empezaron a ser ejecutados y la música anunciaba que iban a empezar—. Vamos. —Le pidió, sujetándola por la mano y llevándola hasta donde todos estaban formando la roda, alrededor del círculo blanco que había sido pintado en el suelo.

Elizabeth se sorprendió cuando le pidieron a ella que iniciara el juego. Con el corazón retumbándole contra el pecho y obligándose a no sonreír, para no parecer una chiquilla impresionada, aceptó ser la primera.

Sin importar cuánto se esforzara por disimular su actitud, lo cierto era que el sonrojo en su rostro dejaba en evidencia la emoción que la gobernaba; se sentía reina entre tantos hombres.

Si su padre pudiera verla, seguramente se sentiría sumamente orgulloso de lo que había logrado.

Gavião fue su primer contrincante, él se aventuró a luchar y llevarla hasta el límite; se emocionó aún más cuando otro capoeirista sacó a Gavião, aunque no era violento sí era rápido, obligándola a actuar ágilmente.

Cuando entró otro, tuvo la certeza de que solo estaban poniendo a prueba su resistencia, y en más de una oportunidad atacó de manera violenta, pero no conseguía mover un ápice a esas murallas de casi dos metros.

Gavião observaba atentamente a Elizabeth, estaba sonrojada, sudada, agitada y despeinada; daba la impresión de que estaba a punto de darse por vencida, pero no lo hacía, demostrando que era la mujer capoeirista con más agallas que alguna vez hubiese visto; más allá de parecerle hermosa, empezaba a admirarla.

A Elizabeth le ardían las palmas de las manos, por el maltrato que le causaba el cemento rústico caliente, por lo que evitaba hacer seguidamente movimientos que requirieran el apoyo de sus palmas.

El sudor le entraba en los ojos y el pelo se le pegaba a la cara, los músculos de las piernas y brazos habían dejado de doler y los sentía entumecidos, pero seguía, porque sabía que esta era su única oportunidad para ganarse un puesto en la roda de juego duro, y estaba amando ese momento.

Sentía que toda esa pasión que llevaba en la sangre, se reducía a ese momento, que era amenizado por las palmadas y las voces graves de los capoeiristas.

El último de la roda finalizó y le tendió la mano; ella la recibió, y él la haló hacia su cuerpo, obligándola a chocar contra la piel negra y extremadamente sudada. Le palmeó la espalda mientras sonreía, tratándola como a un hombre más, mientras ella apenas podía respirar por estar tan agitada.

Sentía que el aliento le quemaba la garganta, pero igual sonreía, sintiéndose pletórica y dichosa.

Miró a todos en la roda, quienes le sonreían francamente, y ella se moría por hacerles una reverencia. Se pondría de rodillas y les agradecería; sin embargo, le entristecía un poco vivir sola ese momento, que su padre, su ejemplo a seguir, no estuviese ahí, eso le empequeñecía el corazón.

Se tragó un torrente de lágrimas y dio varios pasos hacia atrás, saliendo del círculo de pintura en el suelo.

Ella se integró a la roda y Gavião volvió a tomar participación, demostrando que era muy bueno. Ella lo animaba palmeando y cantando el corrido.

Por una fracción de segundo, su vista se desvió de la lucha y vio tras el círculo de hombres a Cobra. Su mirada se encontró con la de él, quien estaba con las manos en las caderas y las facciones endurecidas.

Lo vio dar un par de pasos hacia atrás, estaba segura de que se marcharía, por lo que salió de la roda, y entonces él se echó a correr.

—Maldita sea —masculló, sintiéndose impotente ante el enigma que era ese hombre. Decidió seguirlo y en su carrera agarró la mochila.

Odiaba que la tuviera corriendo, como si fuera la gran cosa. Cuando llegó a las escaleras, lo vio saltando ágilmente una pared de ladrillos que estaba a la mitad.

Esta vez no se detendría ni lo dejaría escapar, por lo que también corrió con todas sus fuerzas; no estaba segura si podría alcanzarlo, pero si no lo hacía a tiempo, podría terminar perdiéndose entre los callejones donde retumbaban sus pasos y hacían eco en sus sienes.

—¡Cobra! —Le gritó con la voz agitada y el aliento sofocándola—. ¡Detente! —Siguió corriendo, subió varias escaleras, pero el muy salvaje le llevaba ventaja, porque las subía de dos en dos, dejándola muy por detrás. Solo se preguntaba de dónde podía sacar tanta resistencia y huir con tanta agilidad—. ¡Cobarde! —Volvió a gritar, al sentir que ya no podía más, y una vez más se le escaparía.

Si hubiese sabido que esa palabra iba a provocar que él se detuviera, la habría vociferado al menos un minuto antes.

Ella corría hacia él, acortando la gran ventaja que le llevaba, pero al verlo girarse y caminar con decisión hacia ella, se paró abruptamente, con el corazón chocándole contra el pecho, y respirando con la boca abierta para poder llenar los pulmones.

El maldito hombre era un animal al acecho, e inevitablemente la intimidaba, pero no se acobardaría.

—¿Qué haces aquí? Te dije que no regresarás... ¿Estás loca? —reprochó con contundencia y los ojos le brillaban ante la rabia.

Elizabeth dio un par de pasos hacia atrás, espabilando con cada palabra que él soltaba.

—No, no estoy loca... ¿Por qué huyes de mí?

—No estoy huyendo, simplemente no me apetecía formar parte del circo que había ahí arriba —respondió, dejando en evidencia el pecho agitado por la respiración costosa.

A Elizabeth le dolió que se burlara de esa manera de la aceptación que le habían ofrecido, pero mucho más la llenaba de ira. Suponía que al ser el mejor, él entendía que debía ser al único al que debían rendirle pleitesía, y quería pagar con ella su frustración.

—No tienes los huevos suficientes para confesar que huyes —escupió con molestia—. Porque fue lo mismo que hiciste en Leblon, ¿o me equivoco?

—No sé de lo que hablas, y mis huevos no los uso para responder a estupideces de *patricinhas* que solo juegan a ser capoeiristas.

—¿Por qué estás molesto? ¿Acaso temes que te robe protagónico? ¿Te sientes intimidado por una *patricinha*? —discutió, sin desviar su mirada de esos ojos color mercurio.

—Dudo que sepas lo que es intimidar, no es una actitud que puedas adoptar para sentirte superior a alguien más. Estás muy lejos de intimidarme o de que me robes protagonismo, y esta vez no voy a sacarte de la favela, por mí puedes joderte... O salir con quien entraste...

—¿Sabes cómo entré...? No tienes idea de cómo lo hice —interrumpió con un extraño nudo de molestia y lágrimas anidándole en la garganta, por las palabras tan duras que había usado; como si la semana pasada no hubiese sido realmente especial. Definitivamente, el título de superhéroe que le había puesto se le iba a la mierda.

—Sé exactamente cómo entraste y no ha sido la opción más inteligente, esto no es un juego, ya te lo he dicho... Sigues actuado tontamente, como todos los de tu clase, que creen que el dinero todo lo puede.

—No, claro que no ha sido inteligente, pero ha sido la única manera, porque ustedes se quejan de la división de clases sociales; se quejan de quienes tenemos dinero; nos critican y hablan mal, queriendo dejarnos como los malvados de esta maldita sociedad; dicen que los excluimos, pero ustedes son más excluyentes. —Soltaba el torrente de palabras casi sin respirar—. Nos excluyen y nos extorsionan. Me parece inaudito que cobren una fortuna para permitirnos entrar aquí, porque si no, sencillamente nos hacen daño. —Abrió la mochila con las manos temblorosas por la rabia, sacó la bolsa que tenía los pantalones y sin ningún cuidado la estrelló fuertemente contra el pecho de Cobra—. A los de mi clase no les gusta deberle nada a nadie.

Ante la agresión él se acercó más, y ella retrocedió varios pasos, hasta que su espalda chocó contra la pared del callejón, mientras recordaba que Wagner le había dicho que ese hombre era violento.

La bolsa cayó a sus pies, donde Cobra la había acorralado. Él plantó las manos contra la pared y a cada lado de la cabeza, mientras ella buscaba dentro de la mochila la Colt, sin encontrarla y con el corazón dejándola en evidencia, porque estaba segura de que él podía escucharlo retumbar contra su pecho.

—No puedes verlo, Elizabeth, no quieres verlo... —murmuró con los dientes apretados, a un palmo del rostro sonrojado de ella. Esa carita parecía la de una muñeca de porcelana, tenía la certeza de que su piel era más suave que la seda. Era lo más delicado que alguna vez hubiese tocado y se moría por volver a hacerlo, pero no debía, porque estaba seguro de que ella estaba tramando algo. Tenía algo dentro de la mochila, posiblemente gas pimienta y no quería terminar con los ojos irritados—. No puedes ser tan confiada, corres peligro en este lugar... Si te llegan a reconocer, estarás en serios problemas, y no precisamente con la gente pobre. —Se acercó un poco más, sintiéndose atraído por esa pequeña boca de labios hechiceros. Quería besarla, mataría por hacerlo, por finalmente pasar de la fantasía a la realidad.

Elizabeth dejó de mirarlo a los ojos, y sus pupilas se anclaron en su boca, mientras el corazón amenazaba con ahogarla, y en pensamientos suplicaba porque la besara. No sabía por qué lo deseaba, pero estaba a punto de gritarle que lo hiciera de una buena vez, que ella haría de cuenta que la tomaba por sorpresa, se rehusaría al principio, pero si le gustaba, sin duda alguna correspondería.

Suponía que lo que le atraía de ese hombre era el peligro que representaba, tal vez la experiencia que se reflejaba en esos ojos grises o alguna fantasía con un hombre mayor, que no sabía que latía en ella.

Las ganas de Cobra tenían la fuerza de un huracán y le costaba luchar contra eso, se alejó un poco pero no por mucho tiempo, porque volvió a acercarse, hasta que su nariz rozó la de ella.

Disfrutó de un jadeo bajito que se escapó de la garganta de Elizabeth, quiso pensar que esa expresión había sido de placer y no de miedo, por lo que su entrepierna empezó a protestar.

Si tan solo tuviese una oportunidad con esa chiquilla, se quitaría esas ganas enfermizas que le tenía, se daría un festín con ese cuerpo, y temía que ella no saliera ilesa de eso.

—Regresa a la roda —murmuró contra sus labios—. Y dile a Gavião que más le vale que te saque de aquí sana y salva, porque de lo contrario, deseará no haber nacido; disfrutaré asesinándolo lentamente.

Elizabeth separó los labios mansamente, bebiéndose el tibio aliento. Más allá de eso, quería pedirle que la besara, pero las benditas palabras se habían atorado con los latidos desaforados.

Él también se quedó con los labios separados, y podía jurar que le estaban temblando, pero no la besó; volvió a alejarse y esta vez fue de manera definitiva.

Ella estaba segura de que las intenciones de Cobra era comerle la boca, pero a último momento se había arrepentido, y ella se moría por saber cuáles habían sido las razones, porque hasta contuvo la respiración para que nada lo distrajera.

Cobra agarró la bolsa con los pantalones y salió corriendo, dejándola temblorosa y confundida.

—Demonios —resopló al ver cómo él se perdía rápidamente de su vista. Era realmente rápido y sigiloso.

CAPÍTULO 19

Samuel se encontraba en la biblioteca, revisando los casos que tenían asignados los asistentes fiscales, porque para el Fiscal General del Estado de Nueva York, las vacaciones en las que se desconectaba totalmente del mundo no existían, llevaba una gran responsabilidad sobre sus hombros, con las que debía cumplir todos los días sin respetar horarios.

Al menos había conseguido hacerlo desde la distancia y no desde su oficina en el One Hogan Place.

En la laptop tenía varias páginas abiertas, entre las cuales el caso del asesino en serie que amenazaba a Río, porque le interesaba seguir muy de cerca los pasos de ese hijo de puta; sin embargo, estaba tan estancado como la policía.

De vez en cuando miraba a través del cristal hacia donde estaba Violet con su tío, en el área de la piscina. A ese par le gustaba pasar juntos mucho tiempo, su hija era una parlanchina y más si Reinhard amenizaba las conversaciones con brigaderios. Como si fuese a él a quien le tocara cargarla para llevarla a la cama.

—Buenas noches.

Lo tomó por sorpresa la voz maravillosa, los suaves brazos que le rodearon el cuello y el cálido beso en la mejilla; complacido, sonrió ante la muestra del amor más puro.

—Pensé que te habías olvidado de la familia. —Giró el cuello para plantarle un beso en la mejilla a su hija mayor.

—Papá, estaba con la familia... No seas tan celoso. —Le dio un beso en la cabeza, lo rodeó; y sin pedirle permiso, se le sentó en las piernas.

—¿Cómo lo pasaste? —preguntó, acomodándole un mechón detrás de la oreja, mientras disfrutaba del peso de su hija, ese que con los años fue cambiando; pero aún le parecía que había sido ayer cuando la cargó por primera vez.

—Muy bien, sabes que me gusta compartir con Hera y Helena... Pasar los días con ellas es sinónimo de pasarlo bien.

—¿Fueron a la playa? —preguntó con el ceño ligeramente fruncido.

—No.

—Estás bastante bronceada —comentó, posándole un dedo en la nariz.

Elizabeth tragó en seco, sabía que su bronceado se debía a las horas que había pasado terriblemente expuesta al sol esa tarde en la favela.

—Ayer salí a correr. —Desvió la mirada a la Mac—. ¿Qué haces? —curioseó, tratando de desviar el tema, mientras sus dedos empezaron a moverse inquietos, revisando lo que su padre hacía.

—Solo trabajo. Deja eso. —Le pidió, para que no descubriera el caso que él, sin permiso, se había armado sobre el asesino, pero Elizabeth contaba con una agilidad impresionante.

—¿Y esto? —preguntó, un poco confundida—. ¿Hay un asesino en serie aquí en Río?

—Sí, bueno, es lo que se supone... Al parecer no has estado muy atenta a las noticias..., pero tranquila, no debes temer.

—Papá, no tengo miedo, tan solo es una hipótesis... —Desvió la mirada hacia su padre, descubriendo en los de él, preocupación—. Creo que quien está un tanto perturbado eres tú.

—Solo estoy al día con las noticias y no puedo evitar preocuparme, pero no es por nada malo, esa es mi naturaleza.

—Esa naturaleza desconfiada... Creo que cada vez estás más viejo —dijo en tono divertido—. Déjame ver un poco la loca teoría que estás armando. —Volvió una vez más la mirada a la pantalla,

para revisar como lo había hecho desde niña, fascinada con el trabajo de su padre.

Inevitablemente, recordó la primera vez que él la castigó y le pegó en las manos, porque sin que él se diera cuenta, usó su Mac y le borró una carpeta con varios casos de una nube cifrada, por lo que no pudo recuperar la información; en ese entonces, tan solo contaba con diez años; sin embargo, eso no fue suficiente para que dejara de jugar con el trabajo de su padre.

—No es necesario. —Samuel intentó cerrar la página, pero ella le dio un manotón.

—Deja, Garnett. Solo quiero ver.

Elizabeth leyó superficialmente todo lo que su padre tenía, hasta vio las dantescas fotos y algunos videos de noticias. Al cabo de unos minutos, volvió la mirada hacia esos ojos color del sol.

—Papá, sabes que no va a pasarme nada malo, ¿verdad? —Le acunó el rostro—. No te hagas ideas tontas... Ese hombre no me buscará precisamente a mí. Río tiene una población de más de doce millones —comentó, al ver que su padre resaltaba con gran énfasis las características físicas de las víctimas, y ella conocía perfectamente cómo Samuel Garnett ordenaba las ideas en su cabeza.

—Lizzie, no lo estoy relacionando contigo... —mintió, para no preocupar más a su hija.

—Recuerdo cuando no me dejaste ir al colegio por dos meses, porque estaban desapareciendo niñas en Texas. Casi perdí el año escolar... Te conozco, Garnett. —Le agarró la barbilla y lo instó a asentir.

—Lo que sea, no te preocupes por eso. —Cerró la laptop—. Solo es una manera de distraerme mientras estoy aquí.

—¡Vaya manera de distracción! Armando casos de supuestos asesinos en serie... Son más entretenidos los que tiene Oscar en los videojuegos. —Sonrió, acariciándole las sienes—. Pero hablemos de algo más interesante, cuéntame cómo va lo del viaje a Maranhão. ¿No me digas que lo has dejado de lado?

—No, solo lo he pospuesto por unos días... Ahora que hablamos de eso, quiero comentarte que tu madre y yo hemos decidido traerlos con nosotros.

—¡Ay no papá! No seas aguafiestas. No puedes llevarnos, porque de hacerlo no sería una luna de miel.

—Seguro que sí. Es que Violet quiere ir.

—No, en otro momento los acompañaremos, pero esta vez no. Ustedes necesitan mucha privacidad, y no creo justo que mamá y tú deban reprimir sus deseos porque nosotros estemos presentes. No estoy interesada en lo más mínimo de escuchar sus gritos y jadeos.

—¡Elizabeth! —Abrió mucho los ojos, escandalizado por cómo su hija se expresaba.

—Ay papá, hace muchos años que comprendí que no me trajo la cigüeña, ya sé cómo se hacen los niños, y más allá de que el cuerpo sea usado para la procreación, también sé que es más beneficioso y aprovechado para el placer. —Disfrutaba ver cómo la cara de Samuel Garnett se sonrojaba, cuando ella trataba de conversar sobre sexualidad con él—. Ya no soy una niña papá... Tengo la misma edad de mamá cuando te conoció, y conozco perfectamente todos los tipos de afectos, situaciones y momentos que comparte una pareja.

—Elizabeth Garnett, ¿qué estás tratando de decirme? —preguntó, tragando en seco, sintiéndose realmente incómodo.

—Que... Que tengo novio hace algunos meses —dijo al fin, poniéndose de pie, antes de que a su padre le diera un colapso nervioso.

—Ya no sigas, porque asesinaré a Luck —amenazó, observando cómo su hija se le escapaba.

—Seguro que el abuelo Oscar no fue tan intransigente contigo. No seas tan anticuado, Garnett. —Le pidió, sonriente mientras abría la puerta.

—Ese... Ese era peor que yo. Vivía amenazando con que me rompería el cuello. —No pudo evitar recordar a ese hombre de casi dos metros, que siempre intentaba intimidarlo, e inevitablemente se

llenó de nostalgia.

—Lo dices para salvarte... En fin, a esa luna de miel no llevarán más que las ganas. Siempre se viven quejando de que necesitan tiempo para ustedes, así que aprovechen que se los estamos concediendo. —Salió de la biblioteca sin esperar a que su padre volviera con el tema.

A primera hora del día, Rachell, en compañía de Samuel, entraron sin llamar a la habitación de Oscar, quien estaba totalmente rendido.

—Feliz cumpleaños —susurró ella, sentada al borde de la cama y dándole un beso en la espalda—. Feliz cumpleaños a mi pequeño dormilón. —Le plantó otro beso, mientras Samuel admiraba la escena.

—Mamá, ¿puedes felicitar me más tarde? Por favor, tengo sueño.

—Creo que el sueño se te quitará en el momento que veas el regalo que te espera afuera —habló Samuel para hacerse notar—. Anda, levántate Oscar.

El chico con el sueño aferrado a cada partícula de su ser, se volvió en la cama, quedando de frente a su madre, quien le sonreía y le acariciaba la frente. Sabía que ella deseaba abrazarlo, por lo que extendió los brazos, pidiéndole eso que tanto ella se moría por ofrecerle.

Rachell se dejó caer sobre su hijo, descansó la mejilla en el cálido pecho de su pequeño, mientras él la envolvía con sus brazos.

—Gracias mamá.

—Ay, mi niño cada vez se pone más grande, pero igual seguirás siendo mi pequeñito.

—Dejé de ser un niño hace mucho —comentó, pero vio cómo su padre le hacía gestos para que le siguiera la corriente a su madre—, pero igual te quiero —completó, dándole un beso en los cabellos—. Quiero ver mi regalo, ¿qué es? —preguntó, entusiasmado.

Rachell se puso de pie, al tiempo que Samuel caminó a las puertas que daban a la terraza y las abrió.

Oscar echó la sábana a un lado y se levantó, vistiendo una bermuda celeste que le llegaba a los muslos y una camiseta sin mangas, gris.

Con la curiosidad en el punto más alto, salió a la terraza y vio en la entrada de la casa un auto; no, no un auto, era «el» auto. Igual al que siempre elegía en los videojuegos, rojo, con un gran lazo plateado en el capó.

De manera automática, se llevó las manos a la cabeza y una gran sonrisa de sorpresa se hizo presente.

—¿Es mío? —preguntó sin poder creerlo.

—Claro, pero no es nuestro regalo, es el de tu abuelo, ya sabes que es su manera de sorprender.

Samuel apenas terminó de hablar, cuando Oscar salió corriendo de la habitación, sin importarle estar descalzo.

Justo al llegar a las escaleras, se encontró a toda su familia, quienes le entonaban con mucho entusiasmo: «feliz cumpleaños».

Corrió y los abrazó a todos, pero con Reinhard hizo la excepción y le dio varios besos, agradeciendo infinitamente el regalo tan perfecto que le había hecho. No sabía cómo su abuelo había logrado adivinar ese modelo con el que tanto soñaba.

Salió por la puerta principal y todavía a un paso del impactante auto, no podía creérselo.

—Quiero probarlo —dijo, recibiendo las llaves que Reinhard le entregaba.

—Tienes que configurar el sistema de seguridad y arranque.

—Ya mismo lo haré... Avô, ¡eres el mejor del mundo! —dijo, aferrado al volante, mientras todos

reían por ver lo emocionado que estaba.

—Tengo que conducirlo.

—Eso harás, en este momento vamos al autódromo —comentó Samuel.

—Entonces no quiero perder el tiempo.

—Solo esperábamos por ti —dijo Liam.

Oscar salió del auto y corrió a la casa, pero a los pocos pasos regresó y volvió a plantarle un beso en la mejilla a Reinhard.

—Eres el mejor, todavía no sé cómo convenciste a papá, pero eso no importa, ¡ya tengo mi auto!

—Con un poco de presión. —Le guiñó un ojo y le palmeó la mejilla—. Ve, que tienes una carrera pendiente.

Oscar se fue y en menos de media hora ya estaba de vuelta, salieron de la casa en caravana. Liam, Renato, Ian, Samuel, Elizabeth, Hera, Helena y Oscar iban en sus propios autos; mientras que Rachell, Reinhard, Sophia, Thais y Violet, abordaron una camioneta.

Al llegar al autódromo, que ya había sido alquilado previamente por Reinhard, Oscar siguió llevándose sorpresas, porque el lugar había sido decorado como si fuese a disputarse el Gran Premio de Brasil, solo que en las pantallas no proyectaban a los asistentes, sino vídeos de él, desde que tenía uso de razón, junto a su familia.

Se encargó de probar la pista, primero lo hizo en compañía de su padre como copiloto y después lo hizo solo, permitiendo que la adrenalina estallara en sus venas, era como estar dentro de uno de los videojuegos que tanto le obsesionaban.

La competencia no se hizo esperar, todos ocuparon la pista con sus deportivos, mientras que el resto los alentaban desde las gradas.

Los motores rugían y el viento silbaba entre las carrocerías, después de varias vueltas, le permitieron al cumpleañosero ganar, mientras que Renato, quien no era para nada partidario de la velocidad, se quedaba de último.

Al terminar la competencia, fueron a almorzar al mejor restaurante de Río, donde siguieron celebrando el cumpleaños número dieciséis de Oscar; y allí, todos los miembros de la familia fueron haciéndole entrega de sus regalos.

Tres días después, Samuel y Rachell estaban preparados para marcharse a Maranhão, listos para disfrutar de su segunda luna de miel entre dunas y lagunas de aguas cristalinas. Samuel había hecho un itinerario por dos semanas; suponía que ese era tiempo suficiente para disfrutar de su mujer sin ningún tipo de interrupciones.

—Renato, eres el mayor —señaló Rachell a su sobrino, quien estaba parado junto a Oscar—. Así que si van a surfear, nada de estar cazando olas peligrosas. —Se acercó y le acunó el rostro a su hijo, quien ya era mucho más alto que ella, y le dio un beso en la mejilla—. Cuídate y cuida de tus hermanas; aunque no seas el mayor, eres el hombre.

—Está bien mamá, eso si algún día se dignan a hacerme caso —comentó, consciente de que sus hermanas hacían lo que se les daba la gana, y él no iba a darse mala vida por ellas.

—Y recuerda que hasta que no tengas tu permiso, no puedes salir solo en el auto, ¿entendido? —indicó Samuel.

—Sí papá.

—Por mí no se preocupen... Pasaré las dos semanas con Hera y Helena, aunque vendré todos los días.

Samuel se acercó a Elizabeth, la abrazó y le repartió besos en el rostro. Ella le envolvió el cuello con sus brazos y le dedicó unas palabras.

—Papá, no te preocupes por nada y disfruta al máximo estos días.

—Necesito que te cuides princesa, o no podré irme en paz.

—Lo haré, te lo prometo.

Samuel le dio un último beso y se acuclilló para estar a la altura de Violet, quien milagrosamente no estaba llorando ni suplicando que la llevaran. La pequeña se acercó al oído de su padre para susurrarle:

—Te estoy guardando el secreto papi. —Le dijo en voz bajita y Samuel sonrió—. No olvides al bebé, que sea lindo.

—Seguro que no lo olvidaré —respondió en un murmullo. Le llevó las manos sobre los hombros, alejándose un poco y la miró a los ojos—. Promete que no llorarás y te portarás muy bien.

—No lloraré, Avô me dijo que cuando ustedes no estén, me llevará al grupo y me enseñará todo, para que trabaje con Renatinho —dijo con una gran sonrisa de entusiasmo.

—Ya sabía yo que por algo no estaba haciendo berrinche —interrumpió Oscar y miró a Renato—. Te compadezco, no será fácil tener a esa compañera, seguro terminarás firmando la renuncia.

—Me portaré muy bien —resopló Violet—. Voy a aprender mucho.

—Seguro que aprenderás todo, eres muy inteligente —dijo Renato, estaba seguro de que su abuelo la llevaría, pero se la dejaría a alguna de las secretarias de la oficina, quien seguramente encantada le haría un *tour* por el edificio.

—Prepárate para responder más de una inquietud. —Rachell le dijo a Reinhard, quien miraba divertido la situación.

—Será un verdadero placer... —dijo, sonriente—. La pequeña Violeta y yo tenemos muchos planes. Tenía pensado llevarla también a una escuela de Samba, porque a las mujeres de la familia les sobra el talento para el baile, y quiero que ella lo explote.

—Los acompañaré —intervino Elizabeth, emocionada.

—Bueno, bueno. Dense prisa, que el piloto debe estar soltando sapos y culebras por la demora —comentó Sophia, segura de la poca paciencia que poseía Ian.

En medio de besos y abrazos, Rachell y Samuel se despidieron de todos, y se marcharon decididos a pasar unos días inolvidables.

CAPÍTULO 20

Elizabeth pedaleaba con gran energía por la ciclo vía Leblon Niemeyer, con su característico suelo de cemento pintado de naranja al borde del camino, casi sobre el océano.

Esa mañana había despedido a sus primas, quienes lamentablemente no estaban de vacaciones y debían cumplir con sus obligaciones en la sede principal del grupo EMX, y como ella no pensaba quedarse todo el día encerrada en el ático, decidió aprovechar su día al máximo, sobre todo si tenía la libertad de ir a donde le diera la gana, sin tener que darles explicaciones a sus padres.

Después de mucho pensar, decidió escribirle a Wagner, para practicar un poco de capoeira y compartir un rato con él. Suponía que debía fortalecer su lazo de amistad si pretendía que la llevara todo ese mes a la favela.

Ahora que había sido aceptada en la roda de juego duro, no podía desaparecer así como si nada, o solo ir de vez en cuando; debía demostrarle a los capoeiristas callejeros que respetaba y se tomaba en serio lo que hacían, sobre todo que el insoportable de Cobra comprendiera, que lo de ella era su verdadera pasión y no simplemente el capricho de una *patricinha*.

—*Patricinha* yo... Estúpido... —masculló, sintiendo que la sangre se le alteraba, y empezó a pedalear con mayor rapidez—. Solo porque se piensa el mejor cree que puede humillarme. Tal vez lo sea, pero no por mucho tiempo... Me esforzaré lo suficiente para vencerlo y me daré el placer de dejarlo en ridículo delante de todos los demás.

Al llegar al punto de encuentro, dejó la bicicleta asegurada en la barra de aparcamiento, mientras buscaba su teléfono en la mochila, para escribirle a Wagner, pero antes de hacerlo, lo vio sentado de espaldas en la orilla de la playa.

Imposible no distinguirlo con las rastas rubias y sus alas de halcón tatuadas en la espalda, las que se extendían hasta los tríceps, por lo que cuando movía los brazos, daba la impresión de que estaba en plan de vuelo.

Corrió hacia él, pero al estar cerca, caminó lentamente y se acuclilló detrás, cubriéndole los ojos.

—¿Eli? —preguntó, sonriendo y poniendo sus manos sobre las de ella.

—Se nota que no te gusta el suspenso —dijo, dejándose caer sentada a su lado.

—Imposible no descubrirte, tus manos son muy suaves. —Se quedó observándola—. No parecen las de una capoeirista.

Esa mañana no llevaba su resplandeciente uniforme de capoeira, como una niña bien, de esas que iban a las academias que él odiaba, sino que vestía unas mallas de licra súper ajustadas en color gris y un *top* en el mismo material y el mismo tono, con los bordes magenta.

—Lo sé, además de ser capoeirista también soy modelo, y paso gran parte de mi tiempo en tratamientos de belleza —explicó en voz baja, sintiéndose un poco avergonzada de su profesión en ese momento.

—Creo que todos esos tratamientos son inútiles —confesó muy serio, perdiéndose en esa mirada, que por la luz de la mañana, era casi celeste. Elizabeth se dejó llevar por la confianza que había despertado Wagner en ella, y le golpeó un hombro, mostrándose realmente ofendida—. Creo que has malinterpretado mi comentario. —Se carcajeó, divertido—. Quise decir que no te hacen falta. Eres muy bella sin necesidad de ningún tratamiento ni artificio.

—Solo resalto mi belleza —aseguró con el pecho hinchado de orgullo, mientras sonreía—.

Bueno. —Se levantó, sacudiéndose la arena de la malla, e inevitablemente la mirada de Wagner se le posó en el trasero, y ella decidió ignorar ese pequeño desliz elemental de su condición de hombre—. Hemos venido hasta aquí para practicar, no a admirar el amanecer, sentados en la orilla. Quiero estar preparada para la próxima roda.

—No te he invitado a la próxima. —Se levantó y se paró delante de ella, quien a pesar de ser alta, no alcanzaba su estatura.

—Tendrás que hacerlo o iré sola, ya me conozco el camino.

—Realmente eres testaruda. —Se quitó las Havaianas que llevaba puestas, dejándolas a un lado de su camiseta, que ya estaba prácticamente enterrada por la arena de la playa.

—No me defino de esa manera, prefiero pensar que soy «persistente». —Imitó a Wagner y dejó a un lado su bolso, también se quitó las zapatillas deportivas y las dejó sobre la arena.

Sin perder tiempo empezaron a luchar, sin darse tregua, bajo el sol naciente y la brisa fresca del océano; como corrido tenían al relajante sonido de las olas al mojar la orilla.

Elizabeth amaba competir contra Wagner, porque admitía que él estaba por encima de ella, lo que la llevaba a esforzarse mucho más por querer vencerlo. Eso la ayudaba a mejorar y a hacer más contundente su técnica, también a que su malicia aumentara. Definitivamente, con él era una verdadera lucha.

Wagner no le permitía que le ganara, luchaba con ella como si fuese cualquier otro capoeirista, aunque aprovechaba más de una oportunidad para tenerla entre sus brazos, para pegar su piel a la de ella, para mirarla más de cerca y robarle el aroma.

Suponía que Elizabeth no notaba que su lucha no era más que un pretexto para poder disfrutar de la cercanía entre ambos.

El tiempo pasaba y el sol se hacía más insistente, pero ellos seguían luchando, disfrutando de ese cansancio que se apoderaba de sus cuerpos, mientras reían de vez en cuando, sobre todo cuando en medio de las acrobacias, levantaban arena y terminaban llenos.

Wagner aprovechó un momento de debilidad para derrumbarla y dejarla bajo su cuerpo, en ese instante, supo que nunca vería nada más hermoso que el rostro de Elizabeth sonrojado y sonriente.

Sin siquiera pensarlo, se dejó llevar por las ganas que sentía hacia ella y se decidió a besarla; sin embargo, un puñado de arena se estrelló contra su boca.

Elizabeth se lo quitó de encima, mientras se carcajeaba al verlo escupir. Estaba segura de que él pretendía besarla, pero prefirió hacer el momento divertido, porque realmente no quería que él se hiciera falsas esperanzas con ella, que solo anhelaba una amistad.

—Creo que ha sido suficiente por hoy —comentó él sonriendo, aunque tras esa sonrisa escondía la vergüenza.

No estaba acostumbrado a que las mujeres lo rechazaran, y ante esa primera vez, no sabía cómo reaccionar.

—Sí, de Capoeira. —Estuvo de acuerdo Elizabeth mientras recogía sus cosas, buscó dentro de la mochila su teléfono y lo revisó, encontrándose con tres mensajes de Paulo, uno diciendo que la estaba esperando en la academia, otro que seguía esperando y otro diciendo que si no quería responderle que no lo hiciera.

Evidentemente el último dejaba ver la molestia en él. En ese instante se percató de que era realmente tarde.

En verdad no le agradaba que empezara a controlarle el tiempo ni que se creyera con el derecho de reclamarle, solo porque habían compartido unos cuantos besos. Sí, el chico le gustaba, pero no por eso iba a dejar de lado su propia vida, para estar todo el tiempo con él.

Pensó en no responderle, pero al final lo hizo. Le dijo que ese día no iría a la academia, porque tenía cosas importantes que hacer. Realmente no tenía nada planeado, pero ya no le daría tiempo y

tampoco quería que Paulo creyera que por enviarle esos mensajes, la coaccionaría a que hiciera lo que a él le diera la gana.

Guardó el teléfono en la mochila y siguió en lo que estaba. Aunque su práctica de Capoeira por ese día había finalizado.

—¿Quieres desayunar? —Preguntó Wagner.

Para él no pasó desapercibido cómo el semblante de ella cambió, desde el momento en que revisó el teléfono.

Ella pensó en negarse, pero estaba segura de que no quería estar encerrada en el ático de sus primas o andar sola por ahí.

—Sí, me parece una excelente idea —dijo, sonriendo—. Necesito reponer fuerzas. —Agarró las zapatillas y caminó a su lado por la arena.

Antes de que pudiera llegar a la calzada, su mirada captó a un grupo de personas practicando Slackline; inevitablemente, recordó lo mucho que lo jugaba de niña con la ayuda de su padre, y una gran sonrisa afloró en sus labios, mientras que sus pasos la guiaron al lugar y se detuvo a observar las acrobacias de quienes dominaban la cinta elástica.

—¿Te gusta? —preguntó Wagner, sonriente.

—De niña lo practicaba, pero seguramente ya no poseo la misma destreza.

—Inténtalo. —La alentó, al tiempo que él se hacía una coleta con las rastas.

—No, terminaré comiendo arena —dijo sonriente, pero sin dejar de mirar cómo una chica de unos quince años, saltaba y caía sentada sobre la cinta.

—Si tú no quieres hacerlo, yo sí... El desayuno puede esperar un poco. —Sin aguardar la respuesta de Elizabeth, caminó hasta la fila de quienes esperaban su turno.

A ella no le quedó más que armarse de valor y seguirlo.

—Está bien, lo intentaré.

—Ten por seguro que si te caes, el golpe no será tan fuerte. —Le guiñó un ojo con picardía.

A Elizabeth le impresionó ver la habilidad con la que Wagner saltaba sobre la cinta elástica y todas las acrobacias que hacía; debió suponerlo si contaba con tanto equilibrio como para ser un excelente patinador.

Cuando fue su turno dudó un poco, y sentada sobre la cinta, rebotaba una y otra vez, esperando la oportunidad para poder ponerse de pie; después de varios intentos lo logró, provocando que el corazón se le acelerara, porque si esta vez caía, no estaría Samuel Garnett para sostenerla.

Con cada intento fue venciendo poco a poco el miedo, hasta que logró dominarlo una vez más, dándose cuenta de que era como montar en bicicleta, una vez aprendido, nunca se olvidaba.

Estuvieron en el lugar por más de una hora, cuando se percataron del tiempo, se dieron cuenta de que era muy tarde para desayunar, por lo que caminaron hasta un restaurante cercano y fueron a almorzar.

Eran casi las tres de la tarde cuando se despidieron dentro del taxi que la dejó frente al edificio donde vivían sus primas. Elizabeth había decidido que después enviaría a alguien por la bicicleta.

Se prometieron seguir en contacto durante la semana, para ir a la roda del próximo sábado.

Elizabeth siempre había preferido tener amistades masculinas, porque los hombres eran más honestos que las mujeres. Con solo doce años, en la escuela de ballet comprendió que entre las niñas existía mucha envidia, todas querían ser las mejores, resaltar y obtener méritos, sin importar traicionar la amistad y la confianza.

Las únicas amigas que tenía eran las de su familia, sus primas, sus tías, su madre y su hermana, las que no tuvieran ningún tipo de lazo filial con ella, solo las trataba sin ningún tipo de apego. A algunas chicas de su equipo de trabajo les guardaba respeto o gratitud, pero más de una «colega» modelo, seguía demostrándole que la envidia era lo que reinaba en su entorno.

En el momento que entró al ascensor buscó en su mochila el móvil, y justamente Paulo estaba llamando. Se quedó mirando la pantalla e inevitablemente dudó en responderle, imaginaba que aún estaba molesto porque no había asistido a la academia y no se veían desde el jueves.

—Hola —respondió, mientras se miraba distraídamente en el espejo del ascensor.

—Hola Eli, pensé que tampoco me responderías. ¿Acaso bailo tan mal que te he decepcionado?

—No, no seas tonto Paulo, bailas muy bien... —Sonrió, tratando de obviar el sutil reclamo—. Creo que te dejé muy claro lo bien que la pasamos.

—No lo creo, porque a mi parecer me estás rechazando... Sé perfectamente cuándo le intereso o no a una mujer...

—Paulo —interrumpió la absurda discusión—. He estado algo ocupada, y no puedo pasar todo el tiempo hablando contigo.

—¿Ocupada en qué? ¿Acaso no estás de vacaciones? Solo hasta la semana pasada hablábamos todo el tiempo, te notaba más entusiasmada.

—No voy a darte explicación de cuáles son mis ocupaciones... Tengo una familia que también me necesita... Y otras tantas cosas que hacer. —No podía decirle que estaba yendo a las favelas a las rodas callejera, porque seguramente se lo prohibiría o se lo contaría a alguien más, y por nada del mundo iba a exponer su mayor secreto—. Lamento si sientes que mi entusiasmo ha disminuido, pero recuerda que solo somos amigos.

—¿Solo amigos?... Yo no lo veo de esa manera —suspiró, tratando de crear una válvula de escape a su molestia—. Nos hemos besado... Y estoy seguro de que si el jueves tu primo no aparece a arruinarlo todo, hubiésemos dado el siguiente paso.

Elizabeth sabía a qué se refería él con el siguiente paso, y sí, lo hubiese dado, hubiese tenido sexo con Paulo, pero gracias a Dios que no pasó y que el entrometido de su primo apareció para arruinarle los planes.

—Veo que estás muy interesado en dar «ese paso» —ironizó con una gran carga de rabia en su voz—. No me molesta que dejes ver que solo quieres tener sexo conmigo, porque realmente esos también eran mis planes, pero ahora lo estoy dudando, ya que si apenas nos hemos besado y ya me estás llamando para reclamarme por tonterías, supongo que acostarme contigo te hará pensar que tienes todo el derecho sobre mi cuerpo y mi tiempo, y eso verdaderamente no lo voy a permitir.

Paulo apretó con fuerza el teléfono, amenazando con romperlo. Se contuvo de estrellar su puño contra la pared, le llevó al menos un minuto calmarse y ocultar la ira que lo gobernaba.

—Eli, sabes perfectamente que mis deseos no se limitan solamente a tener sexo, realmente me gustas y muero porque pasemos juntos más tiempo. Pequeña, lo siento... Siento que hayamos tenido nuestra primera discusión tan pronto. Prometo no volver a reclamarte y respetar tu tiempo —murmuró con voz cariñosa, tratando de reparar el daño causado. La había cagado y rogaba porque Elizabeth lo perdonara.

—Paulo. —No tenía la más remota idea de qué decir, tal vez debía serle sincera y no permitir que él se siguiera haciendo falsas ilusiones—. No lo sé, realmente no estoy preparada para comprometerme, no quiero algo serio... Pensé que solo íbamos a pasarlo bien, sin complicaciones... Como buenos amigos, realmente eres atractivo y me gustas, pero hablar de una relación seria para mí es muy pronto.

—Te comprendo y no voy a presionarte... Vamos a pasarlo bien, sin compromisos, lo prometo.

—Bien... —pensó en proponerle ir a cenar esa noche, pero solo terminaría confundiéndolo aún más—. Te creo, pero no podré ir a la academia hasta el próximo lunes... Mis papás están de viaje y les prometí pasar tiempo con mis hermanos.

—Si desean salir a pasear me ofrezco a llevarlos.

Elizabeth sonrió porque de cierta manera, ese gesto la llenaba de ternura, pero presentárselo a sus

hermanos sería lo último que haría, porque Violet inmediatamente le contaría todo de Luck, y estaba segura de que Paulo no comprendería la relación que ella llevaba con su novio.

—No será para nada divertido. —Soltó una corta carcajada—, pero si ellos se animan, seguro que te avisaré.

—Espero que al menos podamos seguir en contacto por teléfono.

—Por supuesto. Te envío un beso.

—Yo te envío muchos... Me muero por besarte una vez más. No sé qué tiene tu boca que me vuelve loco. —Su voz se escuchó ronca por el deseo contenido.

—Ya, deja de ser tan adulator —reprendió, divertida.

Él se carcajeó y empezó a lanzarle besos al teléfono. Ella también le lanzó uno y finalizó la llamada.

CAPÍTULO 21

Las camisetas blancas habían llegado el día anterior, y aunque Helena pretendía enviárselas a una costurera para que le hiciera los cambios a su gusto, Elizabeth no lo permitió. No aprobaría que una tradición que habían practicado por años, terminara en manos de alguien más.

Por lo que muy temprano visitaron varias tiendas, en busca de todos los accesorios para decorar las camisetas que usarían en la *Feiojada* a la que asistirían el sábado.

En ese momento las tres se encontraban sobre una alfombra blanca, rodeadas de retazos de telas, cristales de Swarovski, hilos de diferentes colores, lentejuelas, botones, flecos y muchas cosas más, con las que jugarían a adornar sus camisetas, que llevaban estampado el logo de la Santa Feiojada, que se llevaría a cabo en la granja Santa Gertrudes en São Paulo.

Buscaban crear un diseño exclusivo con cada una, hacer de una simple camiseta algo especial y atrayente, mientras la música electrónica llenaba el ambiente, acompañando sus conversaciones mientras disfrutaban de esos momentos de complicidad.

Casi a medianoche habían terminado, y se sentían realmente satisfechas con sus creaciones. Estaban tan agotadas que ni siquiera se molestaron en recoger las cosas de la alfombra, solo se dieron una ducha y se fueron a dormir, porque les esperaba un día excitantemente largo.

Los despertadores empezaron a sonar a las ocho de la mañana, y cada una en su habitación, se removió perezosa entre las sábanas, sin tener la más mínima intención de levantarse, pero debían hacerlo, no tenían más opciones si querían asistir a la *Feiojada*.

Elizabeth, después de dar varias vueltas en la cama, decidió levantarse, y arrastrando los pies se fue al baño, del que salió cuarenta minutos después, con las energías en su punto más alto, vistiendo solo un albornoz violeta.

Las escandalosas de sus primas estaban en la cocina, podía escucharlas discutiendo sobre qué desayunarían.

—Lo que sea está bien, si siguen discutiendo solo se nos hará tarde —interrumpió a las pelirrojas, quienes tenían un montón de alimentos sobre la encimera de mármol. Agarró el envase de cartón de claras de huevo—. Helena, prepara las tostadas. Hera, exprime algunas naranjas. Yo haré unas tortillas.

Completaron el desayuno con frutas picadas y yogurt, después de comer se fueron al vestidor. Las camisetas estaban preparadas, cada una distinta a la otra, con detalles en pedrerías que la hacían lucir hermosas. Las tres habían optado por quitarle las mangas y hacerlas más cortas y ajustadas.

Helena se decidió por unos *jeans* sumamente cortos y ajustados, mientras que Hera y Elizabeth complementaron su atuendo con minifaldas de *jean* y botas texanas de flecos.

A la una de la tarde subieron a un Rolls Royce negro. No tuvieron que decirles al chofer que las llevara al helipuerto, ya él estaba al tanto de adónde llevarlas.

Dos horas después, el helicóptero blanco aterrizaba en el terreno de la granja, cerca de la imponente estructura colonial, pintada de amarillo y blanco. Al otro lado de un muro de piedras, se encontraban estacionados los lujosos vehículos de los visitantes al evento.

Las tres bajaron sonrientes del helicóptero, mientras protegían sus ojos con lentes oscuros, con una seña le avisaron al piloto que podía volver. Ya sabía que debía regresar por ellas a medianoche.

Se alejaron lo más rápido posible por el camino de grava suelta, para que el viento provocado por las paletas de rotor, dejara de despeñarlas.

En su camino, Hera y Helena empezaron a encontrarse con personas conocidas, y se saludaban en medio de besos y abrazos, mientras que a la propiedad seguían llegando por el camino enmarcado en

palmeras, autos del año y de las mejores marcas, entre los que destacaban los clásicos: Lamborghini, Ferrari, Porsche, Maserati y Bugatti. También seguían aterrizando helicópteros, otros sobrevolaban la zona, y uno que otro rebelde que llegaba en moto.

Cada auspiciante del evento tenía su toldo blanco con el logotipo de su marca. Bajo esa moderna y gran estructura, se llevaba de forma independiente una fiesta, con la infaltable Feiojada para comer, por la que llevaba el nombre el evento, entre otros aperitivos más exclusivos; también disfrutaban de los más célebres artistas brasileños del momento, quienes cantaban en vivo y así como de algunos DJs locales.

Todos llevaban sus camisetas del evento, los hombres sin haberles hecho ninguna modificación, mientras que en su mayoría las de las mujeres habían sido decoradas y transformadas, como lo habían hecho las chicas Garnett, demostrando creatividad con cada diseño.

Las lagunas habían sido adornadas con farolas, así mismo estaban los árboles, para crear el mejor de los ambientes, como si de un cuento de hadas para la *line up* de alto nivel brasileño se tratara.

Rápidamente se integraron a un grupo que contaba con hombres y mujeres, hijos de empresarios influyentes al igual que Reinhard Garnett.

Se lo estaban pasando muy bien, conversaban de trivialidades y reían divertidos, hasta que llegó Ângelo Pomeranz, en compañía de su prometida, la puta plástica de Lúcia; inevitablemente, Elizabeth y Helena se percataron de la tensión que se creó en el ambiente, por lo que prefirieron ir a otro lugar, llevándose a Hera lejos de Ângelo.

—Esa mujer ha sido la desgracia para Ângelo —comentó Hera, mientras se alejaban y luchaba con los sentimientos aún latentes por su ex.

—Realmente él ha sido su propia desgracia, es un pedazo de mierda que no merece la pena —discutió Helena, mientras caminaba con energía.

Odiaba al hijo de puta que había engañado a su hermana, y que ella aún justificaba. Realmente muchas veces Helena deseaba que se parecieran tanto en actitudes como físicamente. Porque Hera se pasaba de tonta.

—Helena tiene razón; además, llegó y ni una mirada te dio... Hera, es momento de que te lo saques definitivamente del corazón. Vales mucho más que él —dijo Elizabeth.

—No fue su culpa... Él me pidió perdón, me juró que nunca más volvería a hacerlo, y fui yo la que no quiso entrar en razón. Me negué a perdonarlo y..., y... Debí hacerlo.

—No, no debiste... No sé cómo puedes creer en su arrepentimiento, ¿acaso no ves que sigue con Lúcia? —Helena la sostuvo por un brazo, halándola más hacia su cuerpo—. Y no me digas que la culpa es de la zorra esa. Él eligió, no luchó por ti... Solo lo intentó una vez y jamás ha intentado recuperar lo que tuvo contigo. No demostró sentir amor verdadero. —Pudo ver cómo los ojos de su hermana se llenaban de lágrimas—. Hermanita, no mereces a un hombre que solo quiera pelear una batalla. Mereces a uno que quiera luchar la guerra.

—Hera... —intervino Elizabeth, acariciándole la espalda—. Es duro pero debes comprenderlo. Que ese idiota siga con la mujer que te engañó, solo deja claro que disfruta estar con ella. Si de verdad sintiera algo por ti, a la última persona que deseara tener cerca es a esa víbora.

—Quiero alejarme... —Hera empezó a caminar, no quería que Ângelo la viera sufrir—. Voy a ir a pasarlo bien.

—A eso hemos venido. —Sonrió Helena—. Encontrarás de sobra quién quiera hacértelo pasar de lujo.

Hera recibió un par de codazos por parte de Elizabeth y Helena, por lo que sonrió, tratando de recuperar el buen ánimo. Llevaba más de seis meses sufriendo la falta de Ângelo, y aunque había tenido sexo con muchos hombres y lo había disfrutado, ninguna aventura había durado más de una

noche, como para que terminara por sacarle a ese hombre del pecho.

En su camino hacia el toldo patrocinado por Veuve Clicquot, se toparon con más personas conocidas, pero decidieron no volver a integrarse a otro grupo, por el momento lo estaban pasando genial las tres.

La fiesta allí era amenizada por una reconocida DJ, proveniente de Brasilia, quien tenía cautivado al público que disfrutaba del espectáculo con copas de champán en mano.

En muy poco tiempo Elizabeth, Hera y Helena empezaron a disfrutar del ambiente, asediadas por hombres que las invitaban a bailar y a tomar, algunos contaban con la fortuna de ser aceptados, otros simplemente, eran mandados a volar.

En medio de la diversión, y sin siquiera darse cuenta, la noche se cernía sobre la granja, sumergiendo en oscuridad todo a su alrededor, pero donde se llevaba a cabo la Feiojada, las pantallas de alta tecnología y los juegos de luces de todos los colores de las tarimas, competían para ver cuál era más avanzado.

Las botellas de champán, adornadas con velas digitales se paseaban en lo alto, a través de los asistentes que bailaban, conversaban o se fotografiaban. En medio de hologramas que proyectaban unos papelillos dorados y plateados danzando en el ambiente.

Y de los árboles más altos, colgaban mujeres y hombres disfrazados de hadas y duendes, haciendo piruetas entre telas.

João le plantó un beso en la mejilla a Juninho, quien aterrizaba el helicóptero negro, sintiéndose putamente feliz, porque estaba seguro de que esa noche sería inolvidable. Ni en sueños imaginó asistir a la Santa Feiojada, a la que solo podía asistir la élite brasileña.

Su compañero de trabajo le había dicho que lo habían invitado porque el organizador del evento le debía un favor. Ante la adrenalina desbocada de saber que asistiría a la Feiojada, ni siquiera le preguntó cuál era ese favor.

Estaba seguro de que si llegaban a descubrir que habían sacado el helicóptero, diciéndole mentiras a su supervisor, se meterían en graves problemas, pero estaba dispuesto a recibir cualquier amonestación.

—Cobra, ¿ya se te pasó el mal genio? —Le preguntó Juninho, volviendo medio cuerpo dentro del helicóptero, para ver a su amigo sentado en el asiento trasero, quien miraba hacia donde estaba la fiesta en pleno.

—Sigo pensando que es una mala idea, nos meterás en problemas.

—No te preocupes..., ya te he dicho que piensan que he venido en plan de trabajo, y ni siquiera saben que ustedes vienen conmigo. Mejor prepárate para disfrutar de las pocas horas que tienes, cenicienta. —Se carcajeó y bajaron del aparato.

Juninho buscó el teléfono en el bolsillo de sus *jeans* y le envió un mensaje al organizador, informándole que había llegado con dos amigos.

A sus oídos llegaba la mezcla musical proveniente de los toldos, cada uno con diferente género, y los reflectores, que con sus rayos directos y poderosos traspasaban el follaje de los árboles, proyectándose en el cielo.

Justo en ese momento pasaban entre los autos, cuando un Mustang con los vidrios empañados captó la atención de los hombres, por su balanceo lento y constante. João soltó un silbido, mirando el moderno vehículo.

—Sí que está buena la fiesta. —Soltó una risita, mientras intentaba ver a la pareja que celebraba de manera tan particular.

Juninho y Cobra siguieron su camino, sin haberle prestado mucha atención a los que cogían

dentro del lujoso auto.

Antes de llegar al primer toldo, el organizador del evento se aproximó a ellos. Era un hombre alto, de pelo negro y barba tupida.

—Me alegra que hayas venido, Juninho. —Lo saludó dándole un abrazo.

Se hicieron las correspondientes presentaciones.

—Bienvenidos, disfruten de la Santa Feiojada. —Les exhortó, entregándole a cada uno camisetas blancas con el logotipo del evento.

A los chicos no les quedó más que quitarse las que llevaban y ponerse esas.

—Después se las devolveré. —Mateo les quitó las prendas a los tres y caminó para que lo siguieran.

Cobra no se sentía cómodo con esa camiseta, sentía que el cuello lo ahogaba y las mangas le quedaban muy apretadas, por lo que iba varios pasos atrás, mientras estiraba la tela.

En el momento que Mateo los dejó para que empezaran a disfrutar y se les perdió de vista, Cobra se quitó la puta camiseta, sacó de su bota una navaja y le quitó el cuello y las mangas a la prenda, dejándola mucho más a su estilo, y no como la llevaban todos los demás, quienes parecían venir de algún curso de primaria.

Se pasearon por varios toldos, aprovechando las bebidas e invitando a bailar a más de una chica, disfrutando de una oportunidad única para ellos, porque sus eventos sociales se limitaban a bares.

Se acercaron a una barra a pedir unas cervezas, mientras todos los presentes coreaban un Pagode, que era interpretado en vivo por el cantante del momento de ese género.

Elizabeth tenía demasiada sed y no iba a esperar a que llegara algún mesonero hasta donde estaba en compañía de sus primas, por lo que decidió ir a buscar algo para beber, mientras seguía coreando y bailando la canción.

Sin embargo, a unos pasos de llegar, se detuvo abruptamente al ver los rizos cobrizos de un hombre sentado en un taburete en la barra, no le dio tiempo de pensar que estaba confundida, porque él miró hacia la tarima y ese perfil no la engañaba.

—¿Qué demonios hace aquí? —masculló con el corazón brincándole en la garganta, y la boca más seca aún.

Se sentía realmente confundida, porque estaba segura de que Cobra no contaba con los medios para estar en ese lugar, no era de su estilo y se lo dejaba claro lo que había hecho con la camiseta; aunque admitía que lucía perversamente sexi.

Antes de que pudiera verla se dio media vuelta y se fue de regreso hasta donde estaban sus primas.

—Y vienes con las manos vacías —dijo Hera, quien también estaba sedienta.

—Es que..., que...

—¿Se te pegó la lengua? —La zarandéo Helena, quien se estaba divirtiendo bailando el Pagode.

Elizabeth volvió a mirar por encima de su hombro donde estaba Cobra, y entonces reconoció al hombre que lo acompañaba, fue el mismo que lo ayudó a sacarla del hueco en la favela, y al instante un gran abismo se le abrió en el estómago.

Helena, quien la sostenía por los hombros, miró en la misma dirección que ella.

—Te dejó sin aliento el ricitos... Parece un chico rebelde. —Le guiñó un ojo con pillería—. ¿O acaso fue el moreno de los tatuajes?

Elizabeth volvió la mirada hacia su prima y negó con la cabeza.

—No comprendo qué hace aquí... No lo comprendo...

—Lo conoces —afirmó Hera, quien sin ningún disimulo miraba hacia los hombres que intermitentemente se les perdían de vista, por las personas que se atravesaban.

—Sí, los conozco, sobre todo al de rizos. Se supone que no debería estar aquí...

—¿Por qué no debería estarlo? —Quiso saber Helena.

—Es pobre..., vive en Rocinha —explicó, sintiéndose cada vez más confundida, sin ser plenamente consciente de lo que estaba diciendo.

—¿Rocinha...? ¿Y cómo lo conociste? —intervino nuevamente Hera.

A Elizabeth se le pegó la lengua al paladar y sus ojos se abrieron desmesuradamente, mientras intentaba desesperadamente inventarse una mentira.

—Es capoeirista, lo conocí... Lo conocí por casualidad mientras corría —farfulló, sin encontrar algo más convincente que decir—. Me dijo que vivía en esa favela...

—¿Y te gusta? —Siguió su prima interrogando, al tiempo que elevaba la comisura derecha, en un claro gesto de complicidad.

—¡No! —Se apresuró a negar—. Solo que intentó besarme y se burla de mí. Dice que no soy una buena capoeirista... Es un arrogante de mierda y no sé qué hace aquí. Seguro que entró sin ser invitado, quizás esté mirando qué puede robarse.

—¿Y querías que te besara? —Le preguntó Helena.

—Helena, te he dicho que es un pobretón de favela —reprendió totalmente alarmada.

—¿Y? —Se alzó de hombros de manera despreocupada—. Eli..., si te gusta, que no sea una clase social lo que se interponga. No tienes ni la más remota idea de lo placentero que puede ser. —Puso los ojos en blanco y Hera soltó una risita—. Coger con un hombre común está a este nivel —Hizo un ademán a la altura de su cintura—. Coger con un brasileño está a este nivel. —Ahora elevó su mano hasta su pecho—. Pero coger con un brasileño, pobretón, de favela y toda la mierda que dices, es extraterrenal. —Elevó la mano por encima de ella.

—Esos tipos de favelas te dan el mejor orgasmo de tu vida. Son rudos..., son apasionados..., son salvajes... ¡Vas a tener sexo de verdad! —exclamó esta vez Hera.

Elizabeth boqueó y solo miró de una a otra, quienes sonreían con determinación, por lo que empezó a señalarlas, y las gemelas asentían de manera sincronizada.

—Son los mejores —aseguró Hera casi sin voz.

—Si Avô se entera se muere, ahora sí que se muere. —Sonrió, mientras negaba con la cabeza—. Y ustedes habrán contribuido con la muerte de su padre.

—No se va a enterar..., y tú no te arrepentirás. Te lo decimos tus primas, a quienes les gustó tanto como para que hayan repetido con gatos de favela.

—No sabía que tenían debilidad por..., por... Por pobres —balbuceó, sorprendida.

—Tampoco lo sabíamos, hasta que tuvimos la oportunidad. No es que nos vamos a las favelas a cazarlos, han sido casos muy fortuitos... Pero ya dejemos de hablar de nuestras experiencias y ve a coquetearle a tu chico rudo. —Le dijo Helena con pillaría.

—No, realmente no quiero; además, ni siquiera le gusto, no me besó.

—¡Ay, Eli! A esos hombres les gusta lo que sea que tenga faldas, y tú llevas una realmente provocativa. —Le echó un vistazo a la minifalda de su prima.

Elizabeth se sentía realmente nerviosa y excitada, la expectativa la gobernaba y no lograba pensar con claridad.

—No puedo..., ya tengo a Paulo para pasar las vacaciones —dijo al fin, soltando el oxígeno caliente que casi le quemaba los pulmones.

—Bien, como prefieras, pero no te quedes con las ganas de saber cómo besa. Anda, ve y bésalo.

—¡Estás loca Helena!

—Si él no te ha besado, piensa en que esta puede ser la última vez que lo veas. Solo bésalo y ya.

—No, no.

—¿Tienes miedo? —preguntó Hera, divertida—. ¿Tienes miedo de que el pobretón te robe el corazón?

—Ay, por favor —resopló con fastidio—. No digas tonterías, Hera.

—A que no lo besas. —La desafió.

—Si quisiera lo haría, pero no quiero. —Se cruzó de brazos, tratando de mostrarse despreocupada.

—Claro que quieres, tu mirada no sabe mentir, Elizabeth Garnett —aseguró Helena.

—Está bien, voy a hacerlo... Lo haré solo para que veas que puedo y no me afecta.

—¡Esa es mi prima! —celebró Helena—. Adelante, no pierdas tiempo, que capaz y otra se te adelanta.

Elizabeth resopló, se descruzó de brazos y trató de relajar los hombros, mientras las piernas le temblaban y el corazón iba a reventarle el pecho. Estaba segura de que sus primas se daban cuenta de que era un manojo de nervios.

Agarró una bocanada de aire para llenarse de valor, y sin pensarlo, se dio media vuelta y caminó de regreso a la barra. Sentía que la distancia era mínima y que de un momento a otro todo quedaría en silencio, y ella pasaría a ser el centro de atención de todo el mundo.

Estudió la posibilidad de regresar y soportar los comentarios molestos de sus primas acerca de su falta de valor, pero ella nunca rechazaba un reto, y esta no sería la primera vez.

Cobra seguía mirando hacia la tarima donde se presentaba el cantante al que alababa el público, mientras que João hablaba con el barman.

Un paso antes de plantársele en frente, Elizabeth le agarró la cara y lo hizo volver; sin siquiera darle tiempo a que la distinguiera lo besó, le plantó un beso que lo tomó por sorpresa, y que a ella le calentó la piel.

Había cumplido su promesa, lo había besado y en los términos del beso no se discutió que debía usar la lengua y menos el tiempo de duración, por lo que separó sus labios de los calientes de Cobra.

Él no lo podía creer, Elizabeth lo había sorprendido, no solo al aparecer de la nada, sino que lo besó sin ninguna explicación. Era ella quien lo buscaba, era una paloma que mansamente caía en la trampa de una serpiente.

Las cadenas que mantenían fervientemente atado su control hacia ella se reventaron, liberando esa extraña obsesión que lo había gobernado por tantos años. Nunca imaginó que sería esa niña la que diera el primer paso, quien lo tentara de esa manera.

A Elizabeth solo le dio tiempo de alejarse a un respiro de la boca de Cobra, cuando él la inmovilizó, le llevó las manos a la nuca y abrió su boca para comerse la de ella sin ningún tipo de reparo, como si quisiera devorarla de un solo bocado.

Cobra le chupó los labios muchas veces, hasta que ella cedió al beso, hasta que le doblegó cualquier fortaleza e hizo desaparecer todo a su alrededor. Elizabeth sintió la gruesa y caliente lengua invadiendo su boca, por lo que tuvo que abrir para permitirle más espacio y que terminara por robarle el aliento, mientras se le aferraba con fuerza a la nuca.

En medio del delirante beso, él solo usó una de sus manos para sostenerle la nuca, y con el otro brazo le envolvió la cintura, estrellándola contra su cuerpo, encajándola entre sus muslos, mientras seguía sentado en el taburete y ella de pie.

En ese instante descubría que su imaginación no le hacía justicia, que Elizabeth era mucho mejor, mejor que todas las veces que la imaginó.

Tenerla ahí era mejor que la primera vez que su mente la había materializado bajo su cuerpo, cuando ella apenas tenía quince años.

Elizabeth se entregaba a ese beso como no se había entregado a ningún otro, porque ninguno había sido tan invasivo, ningún otro le había hecho temblar las piernas ni doler el cuerpo, ningún otro le había robado el aliento de esa manera.

No era consciente de nada más que de la lengua de Cobra entrando, saliendo y moviéndose por

cada rincón de su boca, de sus manos apoderándose con fuerza de su cuerpo sin ningún cuidado; ni siquiera era consciente de que ella le cerraba el cuello con los brazos para tenerlo más cerca.

El beso fue reduciendo la intensidad, era como si el alma le volviera al cuerpo después haberse dado un paseo por el universo. No quería que dejara de besarla, y al parecer él tampoco quería abandonar su boca, porque seguía mordisqueándole los labios, y ella trataba de hacer lo mismo con los de él.

Se relamió los labios, sintiéndolos hinchados y latentes, mientras él le apartaba el cabello de la cara e hizo un puño en su nuca con sus cabellos. Sin dejarle recobrar el aliento, volvió a estrellarla contra su boca, volvía a enloquecerla con su lengua, que provocaba punzadas en su vientre y humedad entre sus muslos.

Cobra estaba haciendo el beso plazeramente eterno, podía sentir cómo le aprisionaba las caderas con las piernas, y una de las manos de él bajó, aprensando su espalda hasta que se apoderó de su culo. Ella sintió cómo los dedos, sin permiso alguno, interrumpieron entre sus nalgas, encajándola más en él.

Aunque disfrutaba de esa intromisión tan obscena, y estaba segura de que él se había percatado de la humedad que reinaba entre sus piernas, no pudo obviar que estaban dando un espectáculo, en medio de un mar de personas que coreaban vivamente.

***Beija a minha boca
Vem te deixo louca
Depois não vai querer parar
Curte só o momento
Esquece o sentimento
Cuidado eu sou de apaixonar...***

Muy en contra de sus deseos le llevó las manos al pecho, en un intento de alejarlo, pero a cambio, solo conseguía que la pegara más a su cuerpo, y que esa boca desesperara en la de ella.

—Basta..., detente —jadeó en el segundo que logró alejar su boca de la de él—. Ya no sigas —suplicó, y la voz le temblaba tanto como las piernas.

Cobra se obligó a cortar la dependencia, y jadeante se alejó, apenas contados centímetros, fijando su mirada en los ojos gris azulado de Elizabeth. Estaba furiosamente sonrojada, sudorosa y despeinada.

Nunca en su puta vida él había tenido una visión tan perfecta.

—Ven conmigo. —Se levantó sin soltarle las caderas.

—¡No! ¿A dónde? —La turbación que la gobernaba no le permitía coordinar con exactitud, y dejaba en evidencia su lucha entre la razón y el deseo.

—A donde sea, lejos de aquí... Necesito que estemos a solas —contestó sin desviar su mirada de la cara de muñeca de Elizabeth.

—Espera un momento, no voy a ningún lado contigo.

—Cobra, Cobra —intervino João, al ver que la chica se rehusaba y su amigo parecía un poseso. Suponía que la cerveza se le estaba subiendo a la cabeza—. Déjala..., no quiere ir contigo.

Él había sido totalmente discreto y prefirió mirar a otro lado mientras Cobra le comía la boca a la jovencita, pero en el momento que las cosas se salían de control, no pudo seguir haciéndose el desentendido.

Cobra miró a su amigo, quien lo hizo razonar, por lo que volvió la mirada una vez más a Elizabeth, mostrándose más calmado. Aunque renuente, le quitó una de las manos de las caderas.

—Necesito hablar contigo —dijo en voz baja, con el pecho aún agitado.

—¿Ahora? —preguntó ella un poco más calmada, al saber que a muy poca distancia contaba con un defensor—. No quiero volver a discutir, mucho menos que intentes persuadirme de no regresar a la favela, porque desde ya te informo que solo perderás tu tiempo.

—¿Piensas seguir yendo?

—Cada sábado —asintió con contundencia.

En ese gesto Cobra se sintió más cercano a esa chica adolescente que le había robado el corazón.

—Bien —asintió mostrándose comprensivo, y eso solo la desconcertó aún más. Miró hacia donde estaban sus primas, y las vio observando divertidas ese incómodo momento. Solo agradecía al cielo que no pudieran escuchar su conversación con Cobra—. ¿Podemos hablar? —Le preguntó, acercándose nuevamente para que lo escuchara, porque la música y la gente cantando dificultaban la comunicación.

—No lo sé, realmente no tenemos nada de qué hablar... —Tragó en seco para pasar la extraña mezcla de miedo y exaltación que la gobernaba.

—¿Por qué me has besado? —Le preguntó, mirándola fijamente a los ojos.

Elizabeth sintió que un escalofrío la recorrió por completo, y no pudo evitar que su cuerpo empezara a temblar; tal vez era esa insistente mirada que la llenaba de miedo. No sabía qué responder a su pregunta, necesitaba inventarse lo que fuera, menos decirle que había sido por un reto impuesto por sus primas. No pretendía hacerlo sentir mal, cuando él la había hecho sentir tan bien.

—No lo sé...

—¡No te escucho! —mintió, como método de presión para que accediera a irse con él.

—¡Que no lo sé! —Levantó un poco más la voz.

—¿Qué no sabes qué? —Se hizo el desentendido, volvió a sujetarla por la cintura y la pegó a su cuerpo, para poder hablarle en el oído—. No te escucho muy bien.

—¿Acaso eres sordo? —ironizó hablándole al oído, mientras que la respiración caliente y agitada de él calando en un oído, le estaba arrebatando la cordura.

—Un poco... Vamos a un lugar más calmado. —Con lentitud le soltó la cintura y le agarró la mano.

—Está bien, pero no nos alejaremos mucho... —Quiso decirle que más allá de saber Capoeira, también practicaba defensa personal, pero no lo haría, porque si se propasaba lo tomaría por sorpresa.

—No, solo te llevaré a las estrellas. —Sintió cómo ella se tensaba un poco—. Solo estoy bromeando... También tengo sentido del humor —dijo, sin mostrar ni un atisbo de sonrisa.

—Te toca ponerlo en práctica, porque no es el mejor. —Por más que tragaba, no lograba pasar el nudo en su garganta; al contrario, se hacía más intrincado al sentir una provocativa amenaza contra su vientre.

—Lo intentaré —prometió, sin desviar su mirada de los preciosos ojos de Elizabeth.

Después miró a João, para que supiera que todo estaba bien. Su amigo solo se alzó de hombros y elevó la cerveza en un silencioso brindis.

Le soltó la mano a Elizabeth y le pasó el brazo por encima de los hombros, pegándola a él cómo ni siquiera en sus más locos sueños había imaginado, pero ella no le permitió el placer por mucho tiempo, porque sin ningún disimulo puso distancia entre ambos.

Se abrieron espacio entre las personas, mientras se mantenían en silencio, alejándose lo más posible, donde la música tan solo era un lejano eco.

—Y bien, ¿de qué quieres hablar? —preguntó Elizabeth, llevándose las manos a los bolsillos de la minifalda, sintiendo cómo la piel se le erizaba por el frío en Campinas, o tal vez era por la incitadora cercanía de Cobra.

—¿Por qué lo hiciste? —respondió con la misma pregunta que le hiciera dentro, y no le permitió

avanzar más, porque se le plantó en frente.

Elizabeth desvió la mirada hacia el campo nocturno que los rodeaba, hacia la neblina que le imposibilitaba ver más allá de los árboles iluminados por las farolas. Las mejillas le ardían ante el frío.

—No lo sé —dijo al fin, volviendo la mirada hacia él, y el movimiento de sus rizos, provocado por la gélida brisa, captaba su atención y la incitaba a tocarlos, por lo que empuñó sus manos dentro de los bolsillos de su minifalda.

—No lo sabes... —repitió la respuesta de ella en voz baja.

Elizabeth negó con la cabeza. Se sentía realmente estúpida y nerviosa, solo quería regresar con sus primas y ponerse a salvo.

En un movimiento rápido, Cobra le llevó las manos al cuello y la pegó a su cuerpo, y sin que ella pudiera hacer nada, volvió a besarla, encontrándose con los labios sumamente fríos. Él, gustoso, los calentaría.

Elizabeth se quedó inmóvil, con las manos dentro de los bolsillos, pero correspondió al beso, se dejó arrastrar por ese huracán que la llevaba a lugares remotos, por esos besos que eran los más intensos que le habían dado, y toda ella empezó a temblar.

El beso duró por lo menos un minuto, hasta que el aliento caliente y la respiración entrecortada de ambos espesó el ambiente.

—¿Ahora lo sabes? —preguntó contra los labios entreabiertos de Elizabeth.

Ella volvió a negar, sin despegar su frente de la de él. Cerró los ojos, preparándose para ese beso que irrumpía una vez más, como la promesa cumplida.

CAPÍTULO 22

La razón de Elizabeth estaba fuera de juego y se dejó arrastrar por todo lo que ese hombre despertaba en ella, ni siquiera era consciente de que estaba colgada del cuello de él y de puntillas, para poder alcanzar esa boca, mientras su mente era bombardeada con escenas de ese momento en que él la rescató en la favela.

Él se había puesto en peligro por ella, había agredido brutalmente a un delincuente por salvarla; después la sacó de esa pesadilla en su moto, no como un príncipe azul, sino como un guerrero, y era justo lo que ella anhelaba.

Sin ningún aviso y sin el mínimo esfuerzo, Cobra la elevó y ella envolvió con sus piernas la perfilada cintura masculina, pegando su centro caliente a un abdomen, que ya ella sabía perfectamente marcado; inevitablemente y en busca de un poco de calma a las punzadas en su centro, movió su pelvis, frotándose contra él, quien la sujetaba con fuerza desmedida por el culo.

Sin dejar de besarla empezó a caminar, se la llevaba quién sabe a qué lugar, pero no tenía la boca libre como para protestar. Sintió cómo una de sus manos se aventuró debajo de su minifalda, y lo siguiente que sintió fue un tirón que le quemó la piel de la cadera, se la dejó ardiendo, y los girones de la diminuta tela de encaje colgando.

— No... no. —Se negó con la voz muy baja. Ni siquiera estaba segura de que él la hubiese escuchado.

El cuerpo no se le tensó, no se rehusó a que él siguiera tirando de su tanga de hilo de encaje; era toda latidos y estremecimientos, un cuerpo que no encontraba aliento ni convicción.

—No voy a detenerme hasta que tú misma sepas por qué me besaste. —Le mordió el labio y después se lo mimó con la punta de la lengua, mientras se guardaba en uno de los bolsillos traseros de los *jeans* la destrozada tanga de hilo.

Siguió caminando hasta que atravesó el estacionamiento, siendo seguido por algunas miradas curiosas de aquellos que ya se retiraban de la Feiojada; mientras, ellos seguían sumergidos entre beso y beso.

Elizabeth sintió que su cuerpo se pegó contra un metal extremadamente frío, lo que provocó que interrumpiera el beso y mirara por encima de su hombro, percatándose de que estaba contra un helicóptero negro.

Cobra le agarró el mentón y le hizo volver la cabeza, iba a besarla en la boca, pero ella no se dejó, por lo que empezó a mordisquearle la línea de la mandíbula, hasta perderse en su delicado cuello, arrancándole estremecimientos, gemidos y risitas que le volvieron el mundo de cabeza.

Elizabeth disfrutaba de los chupones, de la respiración ahogada en su cuello y de la humedad entre sus piernas.

Miró al cielo, tratando de encontrar un poco de valor para frenar las acciones de ese hombre, pero solo pudo ver una de las paletas del rotor principal del helicóptero, y el sonido de la puerta al correrse fue un estallido para su excitación.

—Te besé... porque en la favela tú no lo hiciste, solo te fuiste... Y yo quería que lo hicieras —confesó al fin, y como si fuera una muñeca sin ningún tipo de voluntad, Cobra la metió dentro del aparato, dejándola contra el suelo y él encima de ella, por lo que se aferró aún más a las caderas de él con sus piernas.

—Ahora te voy a besar todo lo que quieras y todo lo que yo deseo —dijo, rosándole con el dedo pulgar el labio inferior—. Aún puedo detenerme, si me lo pides ahora..., justo ahora, antes de que vuelva a probar tu boca; después no podré responder por mis acciones, las que irán mucho más allá de un beso, mucho más, Elizabeth... —murmuró tembloroso la propuesta contra los labios de ella,

con una erección que lo estaba matando. Mientras internamente suplicaba poder hacer realidad su más anhelada fantasía.

—No quiero que lo hagas, no te detengas... Quítame la ropa, bésame todo lo que desees y arriégate a más... Mucho más. —Con desesperación, empezó a quitarle la camiseta y él le ayudó a hacerlo.

Cobra se incorporó un poco y deslizó la puerta de metal del helicóptero, dejando al mundo por fuera, mientras ella sentía contra su espalda el frío suelo, cubierto por una alfombra de hule.

Él se mordió el labio inferior, intentando concentrar toda su fuerza. Llevó sus manos al cuello de la camiseta rediseñada por ella y la rasgó al frente, abriéndola de par en par, mandando a la mierda horas y horas de dedicación en el diseño exclusivo, que antes de que la arruinara, le llegaba por encima del ombligo. Cumpliendo así con la petición de que le quitara la ropa.

Elizabeth solo jadeó ruidosamente, sintiéndose sorprendida y exaltada, mientras veía el rostro bronceado de Cobra de manera intermitente, cada vez que los reflectores iluminaban ese lugar y la luz atravesaba los cristales del helicóptero.

Ella le llevó las manos a la cintura para que volviera sobre su cuerpo, para sentirlo más cerca, calentándole la piel; y a cambio ganó que volviera a besarla, mientras le abría más las piernas y se frotaba desesperadamente contra su centro, calmando ese vacío agónico que suplicaba por ser llenado.

Elizabeth le llevó las manos al rostro, regalándole enérgicas caricias y dándose el placer de colgarse de sus suaves rizos. Sentía sus labios arder ante el descontrol de los besos y el roce de la barba, pero no se detenía.

Las grandes y rústicas manos de Cobra se entrometieron por debajo de su sujetador, se le aferró a las tetas, y ella volvió a jadear en su boca, al sentir la aspereza de esas palmas rozando su delicada piel.

—No te besé..., porque sabía que si lo hacía, no habría vuelta atrás... No iba a parar... —confesó, dejándole caer húmedos besos sobre los labios, mientras se deleitaba aferrado a las tetas de su más hermosa obsesión.

Elizabeth no podía soportar más, lo necesitaba con urgencia, por lo que sin dejar de corresponder a sus besos, le desabotonó los *jeans* y le bajó el cierre. Una de sus atrevidas manos se apoderó de su erección por encima de la tela de la ropa interior, y era más, mucho más grande de lo que imaginaba; era tan vigoroso que su cuerpo se estremeció y la boca se le hizo agua.

Cobra sabía que había llegado el momento más esperado de toda su vida, que su máspreciado sueño se convertiría en realidad, por lo que le soltó las tetas y con las manos temblorosas buscó su cartera en el bolsillo de su pantalón, encontrando tres preservativos en una tira. Desprendió uno.

Mientras él sacaba el condón del empaque, Elizabeth le bajaba los *jeans*, hasta las rodillas y después le bajó el sunga, dejando al descubierto la poderosa erección que se elevaba totalmente intimidante.

En ese instante ella deseó con todas sus fuerzas un poco más de iluminación, para llenarse la vista con ese tesoro que había tanteado, pero debía resignarse con solo ser perceptiva.

Cobra intentó por todos los medios controlar la ansiedad, debía ser cuidadoso, no ser brusco. Tratarla como a una princesa, no como a una puta. Así que muy lentamente entró en ella, lo hizo conteniendo el aliento y el jadeo que se le arremolinaba en la garganta, pero no encontró ninguna barrera, ninguna pared de inocencia le impidió avanzar.

No era su niña imaginada, suponía que ella debía haber esperado intacta para ese momento, porque aunque no lo supiera, él merecía ser el primero. Él había sido el primero en ver lo hermosa que era, en desearla como a una mujer, porque para él nunca pasó inadvertida.

Estaba seguro que cuando la vio por primera vez y ella le robó el corazón, aún era virgen, era

pura; y había deseado incontables veces ser el merecedor de ese momento, ser su metamorfosis de niña a mujer, pero lamentablemente otro le había robado esa dicha.

Elizabeth jadeó y se aferró a la fuerte espalda de Cobra, mientras movía su pelvis en busca de más; lo sentía muy duro dentro de ella, lo anhelaba calando en su alma, pero ese cuidado con el que la trataba, no concordaba con la rudeza de segundos atrás.

Se había quedado muy tranquilo, con la forzosa respiración calentándole el cuello, y no sabía cómo interpretar ese momento de aparente calma. Sin privarse de buscar su propio placer, le llevó las manos al culo y lo apretó fuertemente, empujándolo contra ella.

Una ráfaga de jadeos salió de su garganta cuando él tomó verdadera participación y empezó a penetrarla fuerte y rápidamente, con la experiencia de ser un hombre mayor, porque estaba segura de que Cobra tenía más de treinta años.

Ya la alfombra de hule bajo su cuerpo no estaba fría, ya no la sentía dura ni molesta, solo halaba los cabellos de Cobra y abría las piernas, para que siguiera embistiéndola con tanto ahínco.

Definitivamente, estaba llevándola a las estrellas como lo había prometido, porque en ese momento millones de destellos nublaban su visión, y la respiración agitada y forzosa de Cobra, era el más crudo estimulante de descontrol.

Él no dejaba de mirarla a los ojos ni de acariciarle la cara, le delineaba con el pulgar los labios que tenía entreabiertos para poder respirar, mientras su pelvis se movía con enloquecedora rapidez y contundencia.

Su deseo la llevaba más allá de los límites permitidos, porque en otra situación, jamás hubiese dejado que su lengua saboreara el dedo pulgar de un hombre como ese, sin saber si tenía o no las manos limpias, eso en ese instante no importaba, por lo que lo atrapó y lo chupó con lentitud, sintiéndolo fuerte y algo áspero.

Se sorprendió al descubrirse disfrutando y ganándose por permio un gruñido casi animal; entonces él empezó a mover su dedo dentro y fuera de su boca.

Cobra estaba seguro de que en ese momento tenía la total atención de Elizabeth, ella tenía los ojos fijos en los de él, como si sospechara de sus sentimientos, como si presintiera que él guardaba celosamente un secreto y se moría por contárselo.

Quería en ese instante decirle todo lo que llevaba dentro, desde hacía mucho tiempo, pero no podía, no podía dejarse llevar por la emoción del instante.

—Me desesperas, Elizabeth... No puedo controlarme —murmuró con voz ronca, intentando pedir disculpas por su arrebatado comportamiento, porque estaba siendo realmente contundente.

Se dejó caer sobre el cuerpo femenino, vistiéndola con su piel ardiente. Buscó una vez más esa boca, porque no estaba seguro si tendría otra oportunidad para disfrutarla.

—Está bien, no te controles... No lo hagas..., no lo hagas —gimió ruidosamente.

Elizabeth se aferró con mayor fuerza a su espalda, enterró sus dedos con la misma fuerza que él se enterraba en ella. Mientras la humedad y el olor a sexo danzaban en el ambiente, todo perdía sentido. Ella no se resistió al avasallador orgasmo, no pudo contener su grito de placer y desenfreno, mientras que con dientes apretados le suplicaba que no se detuviera.

Cobra se perdió en las pupilas dilatadas y los ojos ahogados en lágrimas de placer, apenas podía creer que era él quien estaba llevando a Elizabeth al punto más alto, al umbral del cielo; apenas podía creer que era a Elizabeth, a su Elizabeth que tenía bajo su cuerpo, a la que estaba embistiendo con toda su pasión contenida.

Elizabeth, cansada, sudorosa, satisfecha y totalmente extasiada, sonreía aún en medio de la bruma de placer, todo su cuerpo temblaba y su corazón iba a explotar.

Estaba segura de que Cobra también estaba disfrutando el momento, pero al parecer, no se lo tomaba como una aventura nocturna, sino como algo más serio, y la abrumaba en la misma medida

que la sorprendía, porque no era lo que ella esperaba.

Mientras él se movía lento pero profundamente, el deseo en ella resurgió, y no se limitaría en buscar un segundo orgasmo y vivirlo plenamente.

—Quiero ir arriba —dijo entrecortadamente, porque necesitaba un poco de comodidad y sentirlo aún más, sentir cómo se deslizaba dentro de su cuerpo todo eso que él tenía entre las piernas.

En medio de torpes movimientos él quedó acostado y ella le ayudó a quitarse los estorbosos pantalones y las botas; en se momento la navaja cayó a sus pies, pero verdaderamente no le dio importancia al objeto que no podía ver en medio de la penumbra, y se acomodó ahorrajadas sobre él.

A tientas, buscó el pene y se lo llevó hasta su húmeda entrada; se dejó vencer poco a poco, acomodándolo dentro de ella, mientras él estaba muy quieto, solo admirándola como si fuese algún ser mitológico, por lo que decidió brindarle un poco más de magia al momento y se quitó lo que le quedaba de camiseta y el sujetador, quedándose únicamente con la minifalda y las botas de flecos.

Cuando aseguró la palpitante, gruesa y caliente erección en su interior, sintió las manos de Cobra una vez más acunarle las tetas, se las masajeaba como si pretendiera desgastarlas, brindándole una mezcla de placer y dolor, que prefería seguir soportando; disfrutar de esas toscas manos que le brindaban la intensidad de nuevas caricias.

Con lentitud empezó a moverse de atrás hacia adelante, apretando las paredes internas de su sexo para brindarse y brindarle más placer, mientras los jadeos ahogados se agolpaban en su garganta.

Cobra se incorporó hasta quedar sentado, con una mano se le aferró a los cabellos, y con el brazo disponible, le envolvió la cintura, anclándola más a él mientras también se movía, acoplando su cuerpo vaporoso al de ella.

—Elizabeth... —gruñó el nombre que tantas veces había repetido, con el que había bautizado a tantas mujeres, pero esta vez no hubo miradas turbadas o cargadas de desconcierto, no hubo rechazo ni molestia, porque esta vez por fin pronunciaba el nombre a la mujer correcta—. Eres hermosa, perfecta... —Seguía idolatrándola como tanto se lo merecía.

Ella le regaló una sonrisa cargada de agradecimiento y deseo, y volvió a besarle sin soltarle los cabellos, sin dejar de seguir sus movimientos.

Por primera vez en la vida él no deseaba acabar, no quería que ese momento se esfumara en medio de un orgasmo; mentalmente se alentaba a alargarlo, pero su resistencia era víctima de tanto deseo contenido, de tantas ganas que habían latido en él por mucho tiempo.

Elizabeth disfrutó de las placenteras exclamaciones de Cobra, mientras disfrutaba de su explosión. No quería que él la dejara a medio camino, por lo que se apresuró a buscar su orgasmo; sin embargo, la sorprendió cuando algunos dedos ásperos de él, empezaron a serpentear entre sus pliegues.

—¡Oh por Dios! —Se tensó por entera y el oxígeno escapó de sus pulmones, presintiendo en ese instante, que se haría adicta a ese toque tan brusco y vigoroso.

En el momento que regresó a la realidad, por primera vez se percataba del interior del helicóptero, llevándose la sorpresa de que no era privado, mucho menos comercial... Ni siquiera estaba segura si Cobra solo había elegido el primer lugar apto para poder coger o si él había llegado allí en eso.

Él le acunó el rostro y empezó a repartirle besos por el rostro, pero poco a poco ella se fue alejando, aunque le agradaba ese ataque de romanticismo por parte de él, necesitaba regresar con sus primas.

Se le quitó de encima y se puso de rodillas, buscando a tientas su ropa o lo que quedaba de ella.

—¿De qué querías hablar? —preguntó y miró de reojo cómo él se quitó el condón, lo anudó y dudó por varios segundos qué hacer, hasta que como buen hombre, lo metió debajo de la alfombra de

hule.

—Solo quería agradecerte por los pantalones, no era necesario. Tengo para comprarme mis propios pantalones, no soy tan miserable como imaginas —comentó, sin desviar su mirada de las tetas de Elizabeth, que se movían al ritmo de ella, quien buscaba por el suelo del helicóptero, y aún llevaba la minifalda alzada.

—No creo que seas miserable, solo quise tener un gesto amable contigo.

—Supongo que como lo tienes con cualquier persona necesitada.

Elizabeth encontró la camiseta y desistió de seguir buscado el sujetador, se puso la prenda abierta a la mitad y le hizo un nudo en medio de sus pechos; después de todo, le quedaba muy bien así.

—Ahora te haces la víctima —ironizó elevando una ceja, mientras trataba de recorrer discretamente con la mirada el cuerpo de Cobra que al parecer, le había atacado el pudor y se cubría el pene—.

Solo te lo di porque me dio la gana, ya puedes dejar el tema.

—Está bien, dejaré el tema. —Encontró su ropa interior y se la puso—. No quiero que vuelvas a la favela, ya te lo he dicho.

—No vas a hacerme cambiar de parecer... ¿Sabes lo que es sentir pasión por algo? ¿Alguna vez has tenido la extraña necesidad de vivir una experiencia, sin importar el peligro que pueda representar? —inquirió mirándolo a los ojos, que en ese momento eran iluminados por las luces tenues que se filtraban al interior del helicóptero.

—Sé lo que es sentir pasión hacia algo o... hacia alguien. —¿Cómo explicarle que su más peligrosa pasión era ella?—. Pero si quieres seguir yendo, irás conmigo.

—¡Inaudito! —exclamó, totalmente sorprendida—. Con Wagner está mal, es una locura, ¿pero si voy contigo está bien...? No te entiendo... Por cierto, ¿cómo te llamas? —preguntó, al darse cuenta que no podía llamarlo todo el tiempo Cobra.

—Mi nombre es lo de menos en este momento —gruñó, acercándose a ella y tomándola por los hombros—. Wagner se relaciona con mafiosos, esos hombres no son de confiar... ¿Acaso no te ha contado cuántas veces le han aumentado su «membresía» en menos de tres meses? ¿Te ha contado que hasta lo buscan en la universidad para cobrarle?

Elizabeth tragó en seco, sintiendo cómo las manos tibias de Cobra se cerraban sobre sus hombros y esa mirada gris la doblegaba. No sabía si lo que sentía en ese momento era miedo o deseo. Se aventuró a negar muy lentamente.

—No te lo va a decir...

—¿Cómo puedo estar segura de que ir contigo es seguro? Al menos que seas un mafioso más.

—Es seguro. Y acepto que vengas conmigo solo porque me dices que te apasiona la capoeira, pero sabes que realmente pienso que no es lugar para ti.

—Claro, dices que no es un lugar para mí porque piensas que mi técnica es mediocre —reprochó, sin poder evitar intuir porqué era que Cobra no la quería en la misma roda que él.

—No eres mediocre, pero sinceramente estás muy por debajo del nivel. No eres buena capoeirista, no al nivel callejero...

Un nudo de lágrimas se le formó automáticamente en la garganta, y se maldijo por al menos haberlo besado, porque no se lo merecía. Ella era demasiada mujer para ese primate.

—Idiota. —Le golpeó el pecho fuertemente. Con rapidez, se alejó y corrió la puerta del helicóptero, percatándose entonces de que pertenecía a la policía.

Las lágrimas le quemaban al filo de los ojos, pero no las derramaría, solo se las tragaba, mientras que a su mente llegaban todas las veces que su padre le había dicho que era la mejor, y tontamente se lo había creído.

—¡Elizabeth! Elizabeth, espera. —Apenas le había dado tiempo de ponerse los *jeans* negro, salió

descalzo y sin camiseta.

No pudo escapársele porque él la agarró por un brazo, pero se zarandó fuertemente para que la soltara, y como no lo hacía, se giró y le dio un puñetazo en la nariz.

—Suéltame, no me toques... No tienes derecho de hacerlo. —Estaba segura de que le había pegado duro, pero él apenas sí se inmutó, y la agarró fuertemente por los dos brazos.

—¿Quieres que te mienta? —rugió él, sintiéndose adolorido y con los ojos llorosos, producto del maldito golpe—. ¿Quieres que te diga que eres la mejor? Como te lo han dicho desde que naciste, que eres la mejor en todo, que eres la mejor modelo, que eres la mejor capoeirista, la mejor de la clase, que eres la mejor hija...

Elizabeth se quedó muda y con los ojos muy abiertos, mientras contenía las lágrimas. Cobra le dejaba claro que sabía más de ella de lo que imaginaba. ¿Cómo era posible que supiera tanto?

—¿Verdaderamente crees que eres la mejor? —preguntó, haciendo más fuerte el agarre para que no se le escapara—. ¿Eres la mejor?

—Sí, lo soy —dijo con contundencia y molestia—. Y te lo voy a demostrar... Haré que te tragues toda tu mierda.

—Te tocará practicar mucho para que eso pase... No eres la mejor, no lo eres y debes saberlo. Debes dejar de lado la soberbia, porque eso es precisamente lo que no te deja avanzar.

En ese instante varias explosiones iluminaron el cielo con colores brillantes. Fuegos artificiales alumbraban ese momento en que la tensión lo abarcaba todo.

—No eres el más indicado para hablar de soberbia.

—¿Crees que soy soberbio porque te digo la verdad...? Entonces lo soy, pero no voy a celebrar la mínima acrobacia que hagas... Un verdadero capoeirista nunca se cree el mejor, solo vive la pasión, esa que tanto dices sentir, porque al creerte la mejor, solo te quedas en la zona de *confort* y no te esfuerzas por buscar nuevos horizontes.

—Es lo que hago, estoy intentándolo; me esfuerzo por ser aceptada en tu círculo, pero no me dejas avanzar... Eres la piedra que me obstaculiza alcanzar mi meta. ¿Por qué sencillamente no me aceptas como todos los demás?

—Porque no tendría sentido ponértelo fácil... En la roda todos están siendo amables contigo, ¿acaso no te das cuenta?

A Elizabeth las lágrimas volvían a anidarle en los ojos, pero no lloraría, no lo haría delante de ese hombre, solo quería golpearlo.

—No necesitas de mentiras que te hagan creer que todo es sencillo. Eres buena, pero debes explotarlo mucho más, esforzarte mucho más.

—Lo hago, ya te lo he dicho.

—No lo digas, hazlo... ¡Hazlo! —La retó, haciendo más fuerte el agarre, para que reaccionara de una buena vez.

En ese instante Elizabeth comprendió hacia dónde la estaba llevando Cobra, solo quería molestarla, llenarla de ira y que encontrara la manera de liberarse del agarre que empezaba a hacerle daño.

Pensó en no darle el gusto, pero aprovechó que él no esperaba una reacción de su parte, y con un ágil movimiento, que requirió de mucha fuerza, lo derribó. Él cayó de espalda sobre la fría hierba, y ella se puso ahorrajada encima de él.

—Buena técnica —dijo sofocado, mirándola encima de él, siendo iluminada por los fuegos artificiales que estallaban en el cielo.

—Esta me la debías —dijo sonriente y le golpeó con la rodilla el estómago, antes de levantarse, dejándolo sin aliento—. Para ser policía, tu sentido de defensa es un asco —comentó, echándole un vistazo al helicóptero blindado.

—No soy mafioso ni policía —jadeó, tratando de recuperar el oxígeno—. El helicóptero solo fue un medio de transporte.

Elizabeth, quien no se preocupó por tenderle la mano para ayudarlo a poner en pie, vio en ese momento que ya venían por ella, por lo que debía correr a encontrarse con sus primas.

—¿A dónde vas? —preguntó Cobra, levantándose al ver que se echaba a correr.

—¡Ya debo irme! —respondió sin dejar de correr.

Cobra quiso seguirla, pero como estaba, solo sería el centro de miradas de todos los asistentes a la Feiojada, por lo que prefirió regresar al helicóptero, para ponerse la camiseta y las botas.

De regreso a Río, Elizabeth iba sentada con las piernas muy juntas, porque debajo de la minifalda no llevaba ropa interior, y aún latían los vestigios de la arrasadora intromisión de Cobra en su ser.

Todas se mantenían en silencio, aunque Elizabeth estaba segura de que sus primas, sentadas a cada lado de ella, se morían por interrogarla. Elizabeth sonreía tontamente al recordar todas las sensaciones vividas con Cobra.

No podía definir lo que él le hacía sentir, era un mar de cosas que terminaban confundiéndola.

CAPÍTULO 23

—Ahora sí, ¿qué tal el rendimiento de tu chico de favela? —preguntó Helena, quien desde que subieron al helicóptero en Campinas, estaba mordiendo la lengua para no interrogarla delante del piloto, y las casi dos horas de viaje le parecieron eternas.

—¿Fue él quien te destrozó la camiseta? ¿O es producto de tu furor? —interrogó Hera sin dejar de seguir a Elizabeth.

—Primero necesito darme un baño, ya después les contaré.

—No, no habrá un después, tiene que ser ahora... Te pongo a llenar la bañera. —Helena corrió hasta el baño de la habitación que ocupaba Elizabeth, y abrió los grifos y regresó a la habitación.

Elizabeth se dejó caer sentada en la cama y se quitó las botas, que se estrellaron contra la alfombra.

—Fue explosivo —confesó con una risita pícaro, y toda la piel se le erizó con tan solo recordarlo. No pudo evitar cubrirse el rostro con las manos, porque sentía que se estaba sonrojando como nunca.

—Sí que fue intenso —aseguró Hera, al percatarse de cómo estaba la piel de su prima.

—¿Fue él quien te rompió la camiseta?

Elizabeth sin descubrirse el rostro asintió con gran energía.

—Y la tanga también —respondió.

—¿Entonces te alentamos a coger con un cavernícola? —Quiso saber Helena, sonriendo y mirando a su hermana.

—Literalmente. —Elizabeth se descubrió el rostro—. Me hubiese gustado poder repetir, pasar la noche con él... Aunque me hizo volar dos veces, y ambas ocasiones estuvieron igual de intensas, creo que no fue suficiente, todo pasó muy rápido.

—No fue tan rápido, te perdiste por más de una hora.

—¡Una hora! —exclamó, alarmada y sus primas asintieron con total sincronía.

—Si te hizo olvidar el tiempo tienes que buscarlo una vez más, las cosas buenas deben repetirse.

—Creo que nos volveremos a ver pronto.

—Supongo que le pediste el número de teléfono.

Elizabeth negó lentamente, se levantó y se fue al baño sin que sus primas pudieran detenerla.

—Olvidé hacerlo, supongo que estoy esperando que él lo haga primero; además, no llevamos una buena relación. Existen muchos roces entre ambos —comento, desamarrándose la camiseta frente al espejo y fue allí que se vio un chupón en el seno izquierdo, el que terminaría siendo un horrible hematoma.

—Los roces entre ambos son muy importantes, eso produce más placer —dijo Helena, levantándose de la cama para seguirla al baño, porque su prima no iba a dejarla con el cuento a medias.

Antes de que Hera y Helena interrumpieran, se quitó la minifalda y se metió a la bañera.

—No hablo de esos roces, Helena; es decir, hay demasiado ego de por medio... Él está catalogado como el mejor capoeirista callejero... Así fue como me lo presentaron —pensó muy bien sus palabras antes de meter la pata.

—Entonces es un hombre rudo. Con razón te hizo trizas la camiseta y la tanga... No entiendo lo del ego, no creo que a él le preocupe que tú puedas vencerlo.

—No le preocupa que pueda vencerlo, pero quiero hacerlo, quiero y voy a hacerlo; así tenga que recurrir al juego sucio.

—Si te lo coges y lo pones a comer de la palma de tu mano, seguro que se deja ganar —intervino Hera, quien también había entrado al baño y ponía en el perchero un albornoz limpio.

—No..., no lo creo. Cobra no parece ser de esos hombres a los que se le pueda manipular con sexo —manifestó, tratando de mantenerse lo más inmersa posible en la tina, para que sus primas no vieran las huellas de su aventura.

—Bueno, podrías intentarlo, no pierdes nada con eso. Si no se deja vencer, al menos lo gozas.

—No lo sé... No quiero relacionarme con un tipo como ese, presiento que puede ser peligroso —comentó con total sinceridad, porque de Cobra no sabía absolutamente nada, y lo que menos deseaba era que terminara obsesionado con ella—. Prefiero vencerlo de otra manera.

—Si crees que es peligroso lo mejor será que no lo vuelvas a ver. Ni siquiera para competir... Eli, si te gustó tanto tener sexo con él y vuelves a verlo, terminarán cogiendo —aconsejó Helena.

—Me gustó estar con él, sí que me gustó..., pero puedo controlarme —aseguró y agarró la esponja para frotarse la piel.

—Si tú lo dices... —Un bostezo la interrumpió—. Disculpen chicas, pero estoy muerta, voy a ducharme y a dormir.

—Yo también me voy... No te quedes por mucho tiempo en la bañera, Eli, reviviendo momentos ardientes —aconsejó Hera con pillería.

—No me hace falta. He quedado satisfecha. —Sacudió la esponja para mojar a sus primas.

En medio de risas las gemelas salieron y Elizabeth aprovechó para tomarse el tiempo necesario en el baño y relajarse, mientras recordaba toda la locura que había vivido en las últimas horas.

No estaba arrepentida pero sí confundida, por cómo había reaccionado con él. Se entregó con tanta naturalidad que hasta le extrañaba; no se cohibió ni un poquito en besarlo y acariciarlo con ganas, ni siquiera pensó por un momento en el estatus social de ese hombre.

Sin duda alguna, tener sexo con Cobra había sido la mayor muestra de debilidad y locura que hubiese experimentado en su vida.

Una furgoneta negra transitaba por la Avenida Brasil, y un hombre con el rostro cubierto por un pasamontañas, enteramente vestido de negro corrió la puerta lateral, sin que la furgoneta se detuviera, mucho menos redujera la velocidad, y pateó la pesada bolsa negra que aún destilaba sangre.

El cuerpo descuartizado de otra desafortunada mujer se estrellaba contra el pavimento, y la furgoneta siguió con su camino.

El auto azul que lo seguía intentó esquivar la bolsa, pero temió estrellarse contra el vehículo de al lado, solo sintió el golpe, y unos cuantos metros más adelante paró para ver qué había sido eso.

El hombre que regresaba a su casa, algo bebido, después de haber pasado algunas horas en un club nudista, dándole rienda suelta a sus bajas pasiones, salió de su auto y caminó hasta donde estaba la bolsa.

Su estado de ebriedad no le permitió ver la sangre que se escurría en el pavimento; y llevado por la curiosidad, usó la llave de su auto para rasgar el plástico, encontrándose con el dantesco suceso. De manera inevitable, devolvió todo lo que había comido durante el día.

Elizabeth, después de pasar mucho tiempo en la bañera, decidió salir, se puso su pijama, y como era costumbre al meterse en la cama y antes de dormir, revisó su teléfono, tenía dos llamadas

perdidas, una de Paulo y otra de su padre.

A Paulo decidió no responderle sino hasta que se levantara, después de dormir sus religiosas ocho horas.

En los mensajes también había uno de su padre, que le preguntaba cómo estaba y le deseaba buenas noches. Sabía que la había llamado porque no le respondió el mensaje, por lo que decidió hacerlo a pesar de la hora.

Hola papi.

Hace un rato llegué de una feiojada a la que fui con Hera y Helena. Ya estoy en la cama, me voy a dormir porque mañana iré con el abuelo y Violet a la escuela de Samba.

Espero que lo estés pasando muy bien.

Te quiero mucho, dale besos a mamá de mi parte.

Terminó de escribir y lo envió, para que la preocupación en Samuel Garnett disminuyera y le permitiera disfrutar de su tiempo a solas con su esposa.

Verificó sus redes y se fijó que tenía muchas notificaciones, en las que seguramente le comentaban las fotos que había subido durante la actividad de ese día.

Suspiró para quitarse un poco de cansancio de encima y miró la hora para no levantarse antes de tiempo, iban a ser las seis de la mañana. Dejó el teléfono sobre la mesita de noche y apagó la luz.

Apenas se estaba quedando dormida cuando el sonido le espantó el sueño, con fastidio agarró el teléfono y vio la llamada entrante de un número local desconocido, maldijo por no haber puesto el aparato en silencio.

Se planteó no contestar, pero era más poderosa la curiosidad que el sueño, porque inevitablemente recordó aquella extraña llamada, igualmente de un número local desconocido, durante aquella madrugada, y quería salir de dudas.

Puso en altavoz el teléfono y contestó.

—Hola —habló, mirando cómo los segundos de la llamada trascurrían—. ¿Hola? —Volvió a hablar, y solo escuchaba una respiración algo agitada, como si la persona al otro lado de la línea estuviera nerviosa—. Si no habla voy a colgar —amenazó, pues la llamada llevaba casi un minuto.

—Solo quería asegurarme de que hubieras llegado bien a tu casa. —Por fin la voz masculina y gruesa se dignó a responder.

Esa voz provocó que en el estómago de Elizabeth se abriera un hueco, por el que salieron mariposas a hacer fiesta, y el corazón se le instalara en la garganta; internamente se regañó por esa estúpida sensación de felicidad.

—Llegué hace mucho rato. Ya estoy en la cama... ¿Cómo es que tienes mi número?

—Tú me lo diste.

—No, yo no te lo he dado.

—Sí, ¿acaso ya no lo recuerdas?

—Tengo muy buena memoria y nunca te he dado mi número.

—Bien, no me lo diste pero lo memoricé cuando le marcaste a tu primo, el día que te saqué de la favela.

Elizabeth empezó a sentirse nerviosa, porque le parecía extraño que Cobra no solo supiera cosas de ella, sino que también memorizara su número.

—Ahora lo recuerdo. —Su voz se escuchó estrangulada, producto del miedo—, pero no te di permiso para que lo hicieras.

—Lo siento, solo lo hice por costumbre.

—Está bien... Olvídalo, no hay ningún problema. Ya debo dormir. —Sintió la necesidad de

terminar con esa llamada cuanto antes, porque él empezaba a ponerla nerviosa.

—Está bien, duerme... Yo voy a ducharme.

—¿Apenas? —preguntó sin poder evitarlo.

—Sí, recién llego a casa.

—La Feiojada terminó hace cuatro horas. —Le recordó, sin poder controlar una connotación de celos en su voz.

—Después tuve que hacer algo importante.

—¿Y qué cosa puede ser tan importante como para que sea durante la madrugada?

—Trabajo.

—¿En qué trabajas?

—Dijiste que ibas a dormir...

—Sí, eso dije, pero me gustaría saber un poco más de ti, porque evidentemente de mí ya lo sabes todo.

—Ahora no es un buen momento para hablar de mí.

—¿Cuándo será? —preguntó, estaba segura de que estaba entrando en la boca del lobo.

—Cuando tú quieras. Si lo deseas puedo pasar a buscarte ahora.

—Dijiste que no era un buen momento para hablar de ti.

—No por teléfono.

El muy desgraciado pretendía someterla a través de su curiosidad, le haría el mismo truco que horas antes, cuando se la llevó engañada supuestamente porque iban a hablar, y terminaron cogiendo dentro de un helicóptero; recordar eso provocó una punzada de agonía entre sus piernas, pero debía controlarse.

—Entonces será otro día, ahora voy a dormir.

—Será otro día —repitió él lentamente—. Que duermas bien.

—Tú también. —Finalizó la llamada y antes de poner el teléfono sobre la mesita de noche, le bajó el volumen, para que nada ni nadie interrumpiera sus horas de sueño.

Algunos ruidos provenientes de la planta baja del ático la despertaron, sentía que apenas había dormido unos minutos, pero en el teléfono decía que habían pasado más de seis horas desde la última vez que lo había visto.

Tenía la pereza aferrada a la piel, pero no seguiría durmiendo, porque verdaderamente quería ir con su abuelo a la escuela de samba, y si permitía que Morfeo la secuestrara, corría el riesgo de no despertar en un par de horas, por lo que se levantó y se fue al baño.

Cuando bajó, ya lista para ir a la mansión Garnett, se percató de que los ruidos que la habían despertado provenían de la cocina, pensó que sería alguna de las asistentes del servicio, porque Hera y Helena debían estar rendidas.

Decidió comer algo antes de salir, por lo que se encaminó a la cocina; al llegar, se encontró con una señora, viendo un programa de farándula en el televisor empotrado en una de las paredes mientras picaba pollo, lo que suponía era para el almuerzo.

—Buenas tardes, señora... —No recordaba el nombre de la mujer trigueña con el cabello canoso, por lo que prefirió dejar su saludo hasta ahí.

—Muy buenas tardes, señorita Elizabeth —saludó, sonriente, sin dejar de masacrar al trozo de carne—. Falta poco para que esté listo el almuerzo.

—No se preocupe... —Le dijo, sonriente, queriendo en ese momento recordar el nombre de la mujer.

—Olga —comentó con una amable sonrisa, adivinando que la chica no recordaba su nombre.

—No se preocupe, Olga —afirmó con una sonrisa—. No voy a almorzar aquí, solo comeré un poco de frutas.

Olga rápidamente dejó el pollo sobre la tabla y fue a lavarse las manos, para servirle a la señorita.

—No, no se preocupe. —Abrió el refrigerador y vio varios envases con frutas recién picadas—.

Yo puedo servirme, siga en lo suyo. —Le pidió, mientras los presentadores en el televisor seguían hablando bajito, debido al moderado volumen que la mujer usaba, para no despertar a las señoritas de la casa.

Elizabeth caminó hasta uno de los muebles y agarró un plato hondo, donde se sirvió mango, papaya, melón, sandía y kiwi. No se fue al comedor, sino que prefirió quedarse allí.

Arrastró uno de los taburetes hasta la isla, cerca de donde estaba Olga acuchillando nuevamente a la pobre presa, y se sentó, mientras comía y observaba la televisión.

En ese momento, una noticia de última hora interrumpió la programación, una nueva víctima del asesino serial que tenía aterrorizado a Río de Janeiro, había aparecido en otro punto de la ciudad, pero siguiendo el mismo patrón de la Avenida Brasil. El hallazgo había sido durante la madrugada.

Elizabeth dejó de masticar el pedazo de mango y lo retuvo en la boca al ver un video algo censurado, al ser deliberadamente pixelado, donde estaba el cuerpo descuartizado de una mujer en una bolsa negra, que había sido abierta por la policía. No podía verle la cara porque tenía la melena castaña ensangrentada y pegada al rostro.

—¡Dios mío! —Olga se persignó—. No sé cuándo la policía va a atrapar a ese demonio.

Elizabeth agarró el control y le alzó al volumen, sin darse cuenta de que las manos le estaban temblando, y que tenía el pedazo de mango atorado en la garganta, donde los latidos de su corazón saltaban sin compasión.

A un lado de la pantalla, presentaban las fotografías que fueron encontradas junto al cuerpo, y la agonía aumentó al percatarse de que era una chica joven, de piel clara, ojos verdes o azules, no podía distinguirlo bien y cabello castaño. En algunas se presentaba sonriendo, tan llena de vida. Era hermosa... Y había terminado de esa manera por la maldita obsesión de un psicópata de mierda.

Elizabeth no pudo seguir comiendo, lentamente alejó el plato y se puso de pie, sentía que las piernas le temblaban como nunca, y pensó que no podrían sostenerla.

Olga la siguió con la mirada, llenándose de preocupación.

—No se preocupe señorita, seguro que la policía va a capturarlo... ¿Se siente bien? —preguntó al ver que estaba pálida.

—Sí, estoy bien. —Su voz salió de manera automática, porque realmente estaba aterrada. Le helaba la sangre que todas las chicas que ese hijo de puta había asesinado, tuviesen su mismo perfil.

Tal vez debía seguir el consejo de su padre e irse de Río, o por lo menos, pedirle a su abuelo que le pusiera guardaespaldas; aunque hacía años que él había desistido de tanta seguridad, porque suponía que el país era mucho más seguro, que con el nuevo sistema de limpieza, los índices de delincuencia habían disminuido considerablemente.

Realmente no quería preocupar a nadie, pero cómo no hacerlo, si ella estaba aterrada. Ahora que se tomaba en serio la situación, sabía que poseer el perfil de las víctimas la convertía en un blanco perfecto para ese psicópata.

Sentía que caminaba por inercia, ni siquiera sabía a dónde ir; tal vez debería encerrarse en la habitación a esperar que la policía capturara a ese maniático, pero ella no era una cobarde, esas chicas no sabían defenderse, no contaban con la capacidad de defensa personal que ella había practicado durante toda su vida.

Así que se sacudió el miedo y se armó de valor, se fue a la habitación por su bolso y su teléfono, y regresó a la cocina.

—Olga, dígame por favor al chofer que voy bajando, iré a casa del abuelo.

—Sí, señorita. —La mujer que ya había terminado lo que hacía, se limpió las manos con un trapo y levantó el teléfono de la cocina.

Elizabeth se despidió con un gesto de mano y se fue al ascensor; en menos de un minuto las puertas se abrían en el estacionamiento, donde se encontró con el chofer.

—Buenas tardes señorita.

—Buenas tardes Arturo, voy a casa de mi abuelo. —Sabía que Marina le había informado, pero por costumbre le corroboró su destino.

—Sí, señorita. —Le abrió la puerta trasera del Roll Royce negro, esperó que ella se pusiera cómoda y cerró la puerta.

Necesitaba distraerse un poco, por lo que buscó en su bolso el teléfono y empezó a revisarlo, se encontró con mensajes de Paulo, Wagner, Luck y su padre; suspiró sin saber qué hacer con los hombres que la asediaban. Iba a responderles, pero le daría prioridad al más importante para ella, por lo que vio el mensaje de su padre.

Amor,

Me alegra saber que estás bien. Ten cuidado en esas salidas, sabes que confío en ti, pero no en las demás personas, así que no le aceptes bebida a nadie.

Tu madre te envía muchos besos.

Por favor, cuando te llame atiende el teléfono o devuélveme la llamada, sabes que me preocupa que no respondas.

Elizabeth sonrió ante el mensaje de su padre, ya en veintitrés años se había acostumbrado a la manera de ser de Samuel Garnett.

Solo para bajarle un poquito a los niveles del estrés en su padre, decidió llamarlo, pero al primer tono se fue al buzón de voz.

—Papá, supongo que estás muy ocupado en este momento, haciendo feliz a mamá, o quizás están en algún lugar donde no hay suficiente cobertura. Te dejo este mensaje para que sepas que te devolví la llamada. Ahora voy con Arturo a casa del abuelo. —Le aclaró, antes de que pensara que andaba sola por ahí—. Vamos a la escuela de samba, como te dije por mensaje. No te preocupes por nosotros que estamos muy bien, preocúpate porque mamá regrese con una sonrisa que le dure por lo menos un mes. Besitos de esquimal... —Le recordó cómo se despedía de pequeña—. Te quiero papi.

Después de dejarle el mensaje de voz, decidió responderle a Luck, porque era al único que podía contarle su temor, y tal vez él le daría el consejo más objetivo.

Le escribió, preguntándole si estaba ocupado, que necesitaba hablarle, y como respuesta recibió una llamada en menos de diez segundos.

Contestó, sintiéndose feliz de escuchar su voz. Siempre y sin proponérselo, él le levantaba el ánimo. No quiso contarle a la primera sobre sus temores, prefirió empezar con un tema más agradable, mientras el Roll Royce se detenía en una larga fila de vehículos.

Estaba segura que el trayecto hasta la casa de su abuelo se llevaría más tiempo del esperado.

Cuando por fin se abrió a Luck, él le dijo que había heredado el mismo instinto psicótico que el padre; le pidió que no se alarmara por eso y que recordara que estaba en una de las ciudades más pobladas del mundo, lo que la convertía en una aguja en un pajar para ese temible asesino.

Además, confiaba en que ella era una mujer con gran valor y que sabía defenderse ante cualquier adversidad; sin embargo, para Elizabeth no pasó desapercibida cierta preocupación en la voz de su novio. Él solo quería hacerla sentir bien, no aumentar el temor que ya la invadía, pero realmente no lograba esconder lo que sentía.

Al terminar de hablar con Luck, sintió que un gran peso la abandonaba; a pesar de todo, le hizo sentir que contaba con gran valentía. Conversar con él hacía que el tiempo pasara rápidamente, y cuando volvió a mirar a través de la ventana del auto, se percató de que estaban por llegar.

Rápidamente respondió al mensaje de Paulo, quien le preguntaba cómo estaba.

Hola ✨

¡Estoy muy bien!

Enviaba los cortos mensajes uno detrás de otro.

Acabo de llegar a la casa de mi abuelo.

Que prometió llevarnos a mi hermana y a mí

A una escuela de Samba.

Empezó a teclear para invitarlo a un café, pero terminó por borrar lo que había escrito. No iba a comprometerse sin saber si podía cumplir, estaba segura de que con él lo pasaría muy bien, porque le agradaba mucho que la hiciera reír; no obstante, sabía cuáles eran las intenciones de Paulo, y no desistiría sin al menos conseguir un beso.

Lamentablemente para él, en ella aún latía otra boca que hizo derroche y otro cuerpo que la llevó a terrenos de placer inexplorados.

Se quedó esperando alguna respuesta por parte de Paulo, pero no llegó. No le dio tiempo de responderle a Wagner, porque el auto se estacionó frente a la casa, y pudo ver en el jardín lateral a Liam, Oscar, Renato y Bruno jugando fútbol.

CAPÍTULO 24

Justo en el momento que Arturo le abrió la puerta y bajó, un pelotazo casi la rozó, pero terminó por estrellarse contra el auto. En un acto reflejo, Elizabeth atajó la pelota.

—¡Ey! Un poco más de cuidado. —Le reprochó a Bruno, quien corría hacia ella, en busca de la pelota.

—Lo siento Eli, mala puntería —dijo sonriendo, nervioso y sofocado.

—No se puede ser bueno en todo, con la capoeira es suficiente —comentó, lanzándole la pelota contra el pecho, en un gesto juguetón.

—Por cierto, ¿vas a la academia el lunes? —preguntó, adueñándose de la pelota.

—Sí, por supuesto. Ahora debo entrar, mi abuelo me está esperando. —Se apresuró a decir, antes de que a Bruno se le diera por decir delante de sus primos y hermano que había estado faltando.

—Entonces nos vemos allí. —La siguió con la mirada y el corazón saltándole en la garganta, por la mezcla del esfuerzo físico y las emociones que Elizabeth despertaba en él.

Después de eso regresó al juego, donde Liam y Renato se burlaron de lo evidente que era Bruno; sin embargo, a Oscar no le agradaba que el amigo de su primo pretendiera a su hermana, ya ella tenía un novio al que debían respetar.

Elizabeth entró a la casa, encontrándose a su abuelo riendo abiertamente, mientras que su tía Sophia le acomodaba una corona a Violet, quien también reía.

—Buenas, buenas... —saludó Elizabeth, para hacerse notar.

—Buenas tardes, pensé que habías decidido no acompañarnos —comentó Reinhard, recibiendo un cálido beso en la mejilla por parte de su nieta.

A los hijos de Samuel los consideraba sus nietos, así como ellos lo llamaban abuelo, y no había nada más que le alegrara el corazón.

—Ni loca pierdo la oportunidad de ir a la escuela. —Le dijo, tomándole una mano.

—Eli, adivina... Cuando crezca voy a ser señorita Brasil —dijo una emocionada Violet—. ¿Verdad tía? —Volvió la cabeza hacia Sophia, esperando a que le diera la razón.

—No solo serás señorita Brasil, sino que ganarás la corona como la mujer más bella del universo. —Le pellizcó la mejilla salpicada de pecas.

—Seré la mujer más bella del universo y podré tener un novio más bonito que Matt, podré tener al novio más lindo del universo... No quiero a uno feo.

Volvió a arrancarle una risotada a Reinhard, quien se divertía con la astucia de la niña.

—Solo si tu padre lo permite —comentó, consciente de lo celoso que era Samuel Garnett y de lo mucho que había renegado de Luck, cuando Elizabeth decidió hacer el noviazgo oficial.

—Seguro que papi me dejará, así como a Eli... —aseguró, sosteniéndose la corona.

—Bueno, bueno... Es hora de irnos —dijo Sophia, poniéndose de pie.

—Sí, sí, vamos. —Estuvo de acuerdo Elizabeth, prestándole un poco de ayuda a su abuelo, quien se apoyaba también con el bastón. Vio cómo Violet le tendía las manos a su tía—. No, nada de que te carguen. Ya estás grande.

—Tranquila, no me molesta hacerlo —dijo Sophia, cargándola y sonriendo.

—¿Y vas a llevar la corona? —preguntó Elizabeth, al ver que su hermanita la sostenía para que no se le cayera.

—Claro, no puedo dejarla, tengo que ir practicando para que no se me caiga.

—Bueno, deberías ir practicando para cuando te toque desfilas por la pasarela. —Le comentó Elizabeth, sonriente, mientras caminaban a la salida.

Violet, quien iba cómodamente en los brazos de su tía, se le acercó al oído.

—Tía, bájame —susurró, para que los demás no escucharan—. Tengo que practicar el desfile.

Sophia sonrió y aceptó la petición de la niña, quien al estar de pie, adoptó una posición estilizada y delicada para caminar, mientras mantenía con una mano la corona.

Elizabeth solo le guiñó un ojo a su tía, porque había conseguido su objetivo de que su hermanita desistiera de creerse una bebé. Todo era culpa de sus padres, quienes la tenían muy consentida.

—Lo haces muy bien, Violeta —alentó Reinhard, sonriendo y con el corazón latiéndole de emoción; inevitablemente, al verla recordaba a su difunta hermana, quien había sido igual de coqueta.

Samuel había perdido a su madre estando aún muy joven, pero había ganado a dos hijas que eran la viva estampa, y las canas que Elizabeth le había sacado, no serían nada comparadas con las que probablemente le sacaría Violet.

Reinhard llevó a sus nietas a Mangueira, la escuela de Samba más antigua y de mayor prestigio; merecedora de tener la mayor cantidad de títulos, y de la que él llevaba siendo socio por más de cuarenta años.

Para él, el carnaval era uno de los mayores íconos que intentaba mantener viva la cultura brasileña, por lo que cada año aportaba un sustancioso cheque, para cubrir una pequeña parte de la millonaria inversión que hacía la escuela, para seguir sobresaliendo como la mejor.

Violet y Elizabeth se emocionaban con cada ensayo, saludaban a todo el que se le atravesaba, aún sin conocerlo, y bailaban al ritmo de la samba, tratando de integrarse con los demás bailarines.

Elizabeth movía sus caderas y pies con la destreza que había adquirido desde pequeña para bailar, mientras sonreía abiertamente, al disfrutar de la habilidad de su compañero, un chico afrobrasileño, que no alcanzaba la mayoría de edad, y vestía una camisa verde selva y un pantalón blanco.

Mientras, su abuelo y su tía estaban reunidos con una profesora y un directivo de la escuela.

En ese lugar todo era alegría, todos reían, todos bailaban y cantaban samba; lo hacían de todo corazón y era lo que a ella le enorgullecía de ser brasileña, de que esa pasión por la felicidad le corriera por las venas.

Necesitaba un descanso y un poco de agua para aplacar la sed, por lo que se disculpó y fue hasta donde estaba su abuelo y su tía, quien la esperaba con una botella de agua en la mano.

—Gracias —dijo agitada, mientras destapaba el envase.

Violet seguía rodeada de dos bailarinas, quienes le ponían unas alas de largas y atrayentes plumas verdes y amarillas, para tomarle algunas fotos.

—Elizabeth, eres muy buena danzando —elogió la profesora que estaba hablando con su abuelo.

—Gracias, aunque no esté mucho en Brasil, sí voy a una academia en Nueva York.

—¿No has pensado algún día participar en el desfile?

A Elizabeth inmediatamente el corazón se le aceleró, la mirada se le iluminó y una gran sonrisa no le permitía esbozar palabra. Ese, sin duda alguna, era un momento pleno de felicidad.

—¡Me encantaría! —dijo, emocionada y escuchó a su abuelo carraspear, eso era una clara advertencia de que no debía aceptar, por lo que volvió la mirada hacia él—. Por favor Avô, por favor. —Se acercó y le envolvió el cuello con los brazos—. Di que sí.

—Pequeña, no es mi decisión, primero debe darte permiso tu padre; y aceptar participar en el carnaval es aceptar la responsabilidad de asistir a los ensayos.

—Estoy segura de que papá me dará permiso, se lo suplicaré. —Volvió la mirada hacia la profesora—. Y me comprometo a venir para cada ensayo —dio su palabra con la barbilla alzada, en un acto de convicción.

—Está bien, esperemos a ver qué te dice tu padre, por ahora solo estamos preparando la canción, recibiendo algunas letras; en diciembre es que empiezan los ensayos. Si te dan el permiso puedes

llamarme, anota mi número.

—Magnífico, aún falta mucho para eso, puedo organizar mi agenda... Sí, quiero participar en el carnaval —dijo con certeza, mientras buscaba el teléfono y se dispuso a guardar el número de la profesora.

Se moría por ser parte del carnaval, ser una bailarina; ya había estado en las carrozas en dos oportunidades junto a su familia, pero ahora quería bailar, quería llevar un disfraz, quería competir por el título.

—Si tu padre te da permiso, por mí no habrá problema —comentó Reinhard, al ver que Elizabeth estaba totalmente decidida.

—Eli es una gran bailarina, seguramente se adaptará rápido a los ensayos —intervino Sophia, a quien le encantaba la idea de ver a su sobrina derrochando sensualidad y habilidad en los próximos carnavales.

—No, mi respuesta es no —dijo Samuel con rotundidad, mirando a Elizabeth a través de la pantalla del portátil.

—Pero papá, papito bello, hermoso... ¡Es el carnaval! —suplicó.

—Es no, Elizabeth Garnett.

—Avô, dile algo —balbuceó con ganas de llorar, pidiéndole apoyo a Reinhard, quien estaba sentado a su lado en el sofá.

—Samuel, Elizabeth ya es una mujer... Creo que puede tomar sus propias decisiones y solo es el carnaval.

—Mi hija no andará casi desnuda, bailando ante los ojos del mundo.

—No voy a estar casi desnuda —rebatió.

—Ay Sam, deja de ser tan anticuado. No veo diferencia entre vestir de manera sugerente para el carnaval y posar en diminuta lencería para revistas —argumentó Sophia.

—Y Rachell es consciente de todas las discusiones que hemos tenido. No estoy de acuerdo con que mi hija ande exhibiéndose ni en revistas ni en el carnaval.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó Rachell, quien llegaba con un albornoz y el cabello mojado. Inevitablemente se asomó a la pantalla para saludar—. Hola mi vida, ¿por qué esa carita?

—Mamá, hoy me ofrecieron participar en el carnaval como bailarina y papá dice que no me dará permiso; pero solo se lo estaba consultando, porque la decisión ya está tomada.

—Con esa actitud no lograrás que te dé mi autorización, no te mandas sola, Elizabeth —intervino una vez más Samuel.

—Bueno..., ya dejen de discutir. Sin dudas es una invitación maravillosa, eso me hará sentir aún más orgullosa de ti...

—No Rachell, ya dije que no. —Volvió a intervenir Samuel.

—Mi vida, tu papi por ahora se muere de celos... —Rachell desvió la mirada a su esposo—. Por lo menos dile que vas a pensarlo. —Le susurró.

—Es que ni siquiera quiero pensarlo Rachell, van a exhibirla...

—Papá, me extraña que hagas ese comentario tan denigrante, cuando te sientes tan orgulloso de tus raíces y toda su cultura.

—Me siento orgulloso de lo que soy, pero no te quiero bailando samba casi desnuda... Si quieren que participes, lo harás como abanderada.

—¡Eso no podré hacerlo, papá! No tengo los méritos ni la trayectoria para ser abanderada.

—Entonces no habrá otra manera.

—Dile que vas a pensarlo —habló Rachell una vez más. Samuel iba a negarse por enésima vez, y ella le tapó la boca con las manos—. Mi vida, tu papi va a pensarlo. —Siguió haciendo más fuerte su mordaza, mientras él negaba con la cabeza—. Te envío un beso. —Finalizó la videollamada.

—Eso es un sí, estoy segura de que mami va a convencerlo —suspiró, sintiéndose mucho más aliviada.

Samuel se quitó la mano de la boca e iba una vez más a llamar a su hija para decirle que no tenía nada que pensar, su respuesta era no y no iba a cambiar de parecer, pero la manipuladora de su mujer le selló la boca una vez más y empezó a quitarse el albornoz mientras se le iba encima.

—Vas a asesinarme a cogidas —aseguró sonriente, en el momento que la boca de ella le dio tregua.

—Sí, señor Garnett, exactamente eso es lo que pienso hacer —dijo, sonriendo, al tiempo que se ponía ahorcadas sobre él, y con las manos en el pecho, lo empujaba para que se acostara.

—Así que estás planeando deshacerte de mí. —Le siguió el juego y se le aferró al culo, apretándolo y arrastrándola un poco más hacia arriba, para que empezara a provocar una erección en él—. Pensé que me aguantarías por mucho más tiempo.

—¿Treinta años te parece poco? —Empezó a mover sus caderas lentamente de atrás hacia adelante.

—Realmente es muy poco, parece que fue ayer que te vi por primera vez, y siento que mis ganas laten con la misma intensidad.

—Adulador. —Se carcajeó y guio las manos de su esposo a sus pechos, que ya no eran los mismo de hacía treinta, pero él con sus caricias, despertaba las mismas sensaciones.

—A estas alturas de mi vida, no tengo porqué mentirte... Te tengo para mí y no quiero ocultar mis pensamientos, mucho menos mis sentimientos. —Le llevó las manos al cuello y la haló hacia él, para volver a unirse en un beso.

En medio de palabras, besos, jadeos, gemidos y sudor, volvieron a entregarse a la pasión, e hicieron el amor de esa manera con la que ambos tocaban el cielo.

No tenían la certeza de cuánto estaban necesitando de esos días para ellos solos, hasta que estuvieron alejados del mundo, viviendo momentos inolvidables, volviendo a seducirse y enamorarse.

Sin embargo, en un par de horas debían volver a conectarse, para seguir leyendo con Violet «El Principito». Aunque estuviesen de viaje, trataban de estar pendientes del fruto de su amor.

Entrada la tarde, Elizabeth decidió volver con sus primas, por lo que le pidió a Arturo que la llevara de vuelta; se despidió de su familia, prometiendo regresar el domingo para ir a la playa.

Esperaba dentro del Roll Royce a que el portón del edificio les permitiera el acceso, cuando vio al otro lado de la calle el Corvette gris último modelo de Paulo.

Él no le había escrito para informarle que iría a buscarla, y realmente no le agradaba que se tomara el atrevimiento de ir por ella sin avisar. Pensó dejarlo ahí, pero a pesar de la intensidad que mostraba él mostraba últimamente, le seguía cayendo muy bien.

—Arturo, voy a bajar. —Le dijo al hombre, para que le quitara el seguro a las puertas.

—Está bien señorita. —El hombre se desabrochó el cinturón y quitó el seguro, pero antes de que pudiera bajarse, Elizabeth abrió la puerta y salió del auto.

—No hace falta que me abras la puerta todo el tiempo —dijo sonriente, y cerró.

Miró a ambos lados antes de cruzar la calle, mientras que Paulo bajaba del auto y la esperaba con una amplia sonrisa.

—Hola. —La saludó él, tomándole la mano y halándola hacia su cuerpo, decidido a darle un beso

en la boca, pero ella le giró el rostro y terminó dándoselo en la mejilla.

—Hola, no me avisaste que venías —comentó, alejándose un poco.

—Quise sorprenderte —dijo, tratando de ignorar el rechazo que ella acababa de hacerle.

—Me has sorprendido. —Elevó ambas cejas y fingió una sonrisa.

—Vine para invitarte un café, tal vez un helado. —Se mordió ligeramente el labio, mientras recorría con su mirada el hermoso rostro de Elizabeth, y sus pupilas se quedaron ancladas en su boca, anhelando un beso.

—Quedé de cenar con mis primas. —Se llevó las manos a los bolsillos traseros de los *jeans*, sin saber qué otra mentira inventar, lo cierto era que había pasado muy poco tiempo desde que había tenido sexo con Cobra, y no se sentía bien tener que compartir con Paulo, consciente de cuáles eran las intenciones de él.

Realmente, ceder al encanto de Cobra no estaba en sus planes, había planificado tener una aventura de vacaciones con Paulo, no con un completo desconocido, que llegó y sin previo aviso le robó la voluntad.

Ni siquiera volvería a buscarlo ni a tener sexo con él, ya una vez había sido suficiente, o mejor dicho, una sola vez era lo mejor; debía ser prudente y no irse por ahí, acostándose con cualquiera, porque podría llegar a oídos de su familia y no quería hacerles pasar un mal rato.

—Yo invito, puedes pedirles que vengan —dijo otro paso al frente, acortando la distancia.

Elizabeth se sobresaltó ante el inesperado movimiento de Paulo, cuando le agarró un mechón de cabello y se lo puso detrás de la oreja.

—Te he asustado —dijo, sonriente.

—No, solo que estoy un poco nerviosa... —confesó, con el corazón todavía saltándole en la garganta.

—¿Y eso por qué? —Con el pulgar le acariciaba el lóbulo de la oreja.

Iba a decirle que por el psicópata que andaba suelto, y que para su desgracia, ella era del tipo de víctimas que buscaba, pero prefirió no parecer paranoica.

—Por nada, solo que no me lo esperaba.

—Me has dicho que estás un poco nerviosa. —Le recordó, comportándose cada vez más cariñoso con ella.

—Bueno sí, estoy un poco nerviosa... Tengo algo importante que contarte, si quieres olvidemos a mis primas y vamos al café de la esquina.

—Está bien. —Se quitó la chaqueta de cuero y la lanzó dentro del auto, quedándose solo con una camiseta sin mangas. Bloqueó el auto y caminó junto a ella, tratando de estar lo más cerca posible—. ¿Quieres contarme ahora qué es eso que te tiene tan nerviosa? —preguntó, mirando el hermoso perfil.

—Te conté que hoy iba con mi abuelo a una escuela de samba.

—Sí... —Hizo un poco más lento el paso, y ella se volvió a mirarlo—. Eli, ¿puedo agarrarte la mano? —preguntó al notarla distante, no quería hacerlo sin tener su consentimiento.

Ella no dijo nada, solo miró a todos lados y le agarró la mano, no podía negar que le agradaba su contacto; sin embargo, una Cobra seguía serpenteando en su cabeza, y se maldijo por no poder sacárselo de una buena vez y seguir con sus planes como si nada.

—Ahora sí, cuéntame —pidió, sonriendo de medio lado, mientras volvían a reanudar el paso.

—Me han propuesto participar en el desfile de los próximos carnavales.

—¿Y te gustaría hacerlo?

—Me encantaría, pero también sé que es una gran responsabilidad, y temo no hacerlo bien.

—Estoy seguro que lo harás muy bien, aún tienes muchos meses para practicar, y de solo imaginarte presentando a algún Ala, hace que se me aceleren los latidos.

—¿Acaso no puedes pensar en otra cosa? —preguntó, golpeándole el brazo con el hombro.

—Lo siento, no puedo... —Sonrió, y sin que ella lo presintiera, le plantó un beso en la mejilla—.

Voy a sentirme muy orgulloso de ti.

—Orgullosísimo —ironizó, sonriente.

—No solo me sentiré orgulloso, sino que te apoyaré en todo; desde este instante me ofrezco para acompañarte a todos los ensayos.

—Gracias... —Estaba por decir algo más, pero él interrumpió.

—Eso quiere decir que te quedarás en Río. —En ese momento los censores de las puertas del café se activaron ante su proximidad y entraron al acogedor lugar, donde el aroma a café y dulces, les dio la bienvenida.

—No, tengo que volver a Nueva York, pero viajaré para los ensayos en diciembre —comentó, mientras se ubicaba en una mesa para dos.

—Igual, te llevaré a los ensayos cuando tengas que asistir.

—Por si no lo recuerdas, tengo auto propio y me encanta conducir —comentó, regalándole una sonrisa a la chica que les ofrecía la carta.

—Bien, no quiero parecer insistente, lo haré solo si tú lo deseas —dijo, divertido, sintiéndose feliz de poder compartir con ella ese momento.

Hicieron el pedido y siguieron conversando de los carnavales, de capoeira, de fiestas y muchas cosas más, por lo menos dos horas, hasta que ya era de noche y Elizabeth decidió irse al ático con sus primas.

Estaban frente al edificio, despidiéndose, cuando él le llevó las manos a la cara y la haló lentamente hacia su boca, le dio varios toques de labios, a los que Elizabeth apenas correspondía, y en el momento que iba a hacer el beso más invasivo, ella se alejó.

—Tienes que ir más despacio. —Le recordó, alejándolo de ella al ponerle las manos en el pecho y retroceder un paso—. Recuerda, solo amigos.

—Está bien, soy un hombre muy paciente —confesó, repasándose los labios con la lengua, para seguir disfrutando del sabor de la boca de Elizabeth en sus labios—. Espero que tengas buenas noches.

—Tú también. Ahora vete. —Lo empujó de manera juguetona.

—No, de ninguna manera. No me iré de aquí hasta que entres y me asegure de que estás a salvo.

—Está bien... Nos vemos otro día.

—¿Acaso no vas a la academia?

—Sí, eso quise decir —dijo sonriente, y se despidió con un gesto de mano, al que él correspondió.

Como lo había prometido, Paulo no se movió del lugar hasta que no vio que Elizabeth entró al ascensor, después de eso, se dio media vuelta y se fue hasta su auto al otro lado de la calle, de ahí se marchó rumbo a su apartamento.

CAPÍTULO 25

Elizabeth guardó en una mochila el pantalón de capoeira, una botella de agua, gas pimienta y la Colt, porque estaba segura de que adentrarse a la favela era peligroso sin importar con quién fuera, aunque había pautado con Wagner, ya que Cobra no había vuelto a llamarla, y no tenía ninguna manera de comunicarse con él.

Era algo que verdaderamente agradecía, porque ya no deseaba relacionarse más con ese hombre, tanto como para plantearse no volver a la favela, pero su pasión por la capoeira se imponía.

Se colgó la mochila en la espalda y salió de la habitación, tratando de hacer el menor ruido posible.

—Eli, ¿a dónde crees que vas? —preguntó Helena, impidiendo la escapada de su prima.

Elizabeth se volvió a mirar a Helena, quien llevaba un baby doll negro y el cabello suelto.

—Voy a salir con un amigo... Regreso en un rato —informó, aferrándose a las azas de la mochila, mientras el corazón le golpeteaba fuertemente contra el pecho, y no se aventuraba a mirar a su prima a los ojos.

—En este instante llamas a tu amigo y le dices que no puedes ir, recuerda que tienes un compromiso con nosotras.

—Helena... —Elizabeth resopló, no deseaba ir con ellas, solo anhelaba poder irse a la favela—. Prometo que otro día las acompaño.

—No, Elizabeth, no está en discusión. Ya te comprometiste. Si quieres puedes invitar a tu amigo o salir con él por la tarde... Si es el chico de la favela comprendo tu ansiedad, pero aprende a controlar a la niña entre las piernas.

—No voy a verme con Cobra, ya te dije que solo sería una vez —rodó los ojos, como la chica malcriada que era.

—Entonces, ninguno puede ser más importante.

—Es un gran amigo.

—¿Es Paulo?

—No, tampoco es Paulo... Por favor Helena, prometo que regresaré a mediodía.

—Lamentablemente no creo en tus promesas, ¿acaso se te olvida todas las veces que me has fallado? —preguntó, acercándose y escudriñando la mirada de su prima—. Además, no te dará tiempo.

—Está bien —musitó, bajando la mirada a sus zapatillas deportivas.

Elizabeth sabía que no tenía opción, así que de mala gana regresó a su habitación y le escribió a Wagner, pidiéndole que la disculpara porque no podría ir a la favela ese día.

Helena abrió la puerta y asomó medio cuerpo, con una sonrisa adornándole el rostro.

—Vamos a desayunar.

—No tengo hambre.

—Elizabeth, no seas mimada, si no quieres acompañarnos no te voy a obligar a que lo hagas...

—Sí quiero. Se lo prometí a Aninha... —dijo después de pensarlo, ya tendría otra oportunidad para ir la favela, y así se lo confirmaba Wagner en su respuesta.

Se levantó de la cama, dejando el teléfono sobre la mesita de noche, y salió de la habitación en compañía de su prima.

En pocos minutos, Hera, quien siempre se levantaba un poco más tarde, las alcanzó en el comedor, donde desayunaron en medio de alegres conversaciones.

El mensaje de Wagner le había quitado un poco la ansiedad a Elizabeth, consiguiendo que

acompañar a sus primas al Jockey Club, no representara una molestia.

Faltaba media hora para las dos de la tarde, cuando las tres bajaban del Roll Royce en la entrada del hipódromo de la Gávea, situado frente a la plaza Santos Dumont, con su maravillosa e histórica entrada pintada de blanco, que recordaba al Grand Trianon de Versailles. Sobre la edificación ondeaban tres banderas, la de Brasil y las dos que representaban al Jockey Club.

A su llegada, fueron recibidas por los fotógrafos que le daban la bienvenida, mientras ellas posaban sonrientes para las cámaras, al igual que las personas que asistían a la corrida de ese día y tenían el privilegio de estar en palcos.

Dos empleados que vestían pantalón negro y chaqueta vino tinto, las guiaron donde ya las esperaba Aninha; cada palco contaba con una mesa para cuatro y estaban divididos por medias paredes, que seguían la misma arquitectura clásica francesa, mezclada con la ecléctica.

Sobre la mesa tenía un teléfono y una pantalla para que hicieran sus apuestas si lo deseaban, el paisaje a su derecha estaba protagonizado por el Cristo Redentor, que permanentemente bendecía la ciudad.

—¡Aninha! —saludó Elizabeth, plantándole un beso en cada mejilla y dándole un apretado abrazo, mostrándose realmente feliz de verla—. Y tío, ¿no vino contigo? —preguntó, mientras la miraba a los ojos y le sostenía las manos.

—Sí, pero se fue con unos socios. Están abajo, revisando los caballos y conversando con los jinetes... —explicó Ana, señalando hacia el gran óvalo de arena que servía de pista, donde se llevaban a cabo las carreras.

—Se supone que para eso están los entrenadores y la gente del hipódromo —comentó Hera.

—Ya sabes cómo es Thiago Ferreira —dijo la chica—. ¿Han traído binoculares? —preguntó, elevando una ceja al ver los pequeños bolsos que llevaban cada una.

Todas negaron, al tiempo que se sentaban.

—No se preocupen —dijo Ana, sonriente, y le hizo una seña a uno de los mesoneros—. Por favor, ¿me puedes traer cuatro binoculares? —pidió.

—Enseguida señorita Ferreira —dijo amablemente al reconocer a la hija de uno de los más grandes inversionistas del Club—. ¿Se les ofrece algo más? —Les echó un vistazo a cada una de las jóvenes.

—Agua —dijo Elizabeth.

—Para mí también.

—Y para mí —pidieron las gemelas.

—Agua para todas —confirmó el joven de ojos pardos con largas pestañas y piel trigueña, asintiendo antes de marcharse en busca del pedido.

Ana o «Aninha» como le decían, por ser la consentida e hija única de Thiago. Llevaba solo su apellido porque nunca supo de su madre, desde que la dejó en la puerta de la casa de su padre.

Realmente nunca le había hecho falta el amor maternal, su padre lo era todo para ella. Aunque hubiese preferido ser la única mujer en la vida de él, lamentablemente había tenido relaciones con varias mujeres a lo largo de su vida, algunas duraron pocos años, y ella las odió todo el tiempo. Al menos a Cecilia, su última pareja, con quien ya llevaba cuatro años, la toleraba.

—¿Quieren apostar? —preguntó, divertida.

—Sí, pero elige tú al favorito —dijo Elizabeth, quien poco sabía de caballos, carreras y apuestas.

—Perfecto... —Amplió la sonrisa—. Vamos al número seis, el caballo es bueno, pero mejor es el jinete. —Elevó una ceja con picardía.

—¿Es «tu» jinete? —curioseó Helena.

—Sí, lo hemos pasado bien.

—Ay no, a mí no me gustan los hombres pequeños —afirmó Helena, haciendo un puchero.

—Primita, porque no los has probado. Te aseguro que lo único pequeño es su estatura.

—Que no te estuche tío. —Sonrió Elizabeth.

—Cierra la boca, Eli. —Bajó la voz—. Si papá se entera, lo mata.

Elizabeth, con una seña se selló los labios, y después le plantó un sonoro beso en la mejilla.

—Puedes estar tranquila y seguir con tu jinete... Pero algún día tendrás que decirle a tu padre, porque... ¿Cómo le explicarás que tengas hijos bajitos? —dijo con picardía.

—¡Perra! —Le golpeó un hombro—. No lo quiero para tener hijos.

Las cuatro se carcajearon y se dispusieron a hacer las apuestas, poniendo su fe en el jinete que Aninha se llevaba a la cama, a escondidas de su padre.

En ese momento llegó uno de los mesoneros con los binoculares y las botellas de agua, y vasos de cristal con hielo.

Le agradecieron al joven con la chaqueta vino tinto, que antes de retirarse se puso a sus servicios para cualquier cosa que necesitaran.

Los medios de comunicación se aglomeraban en la grada superior, algunos periodistas bajaban y solicitaban fotos de ellas y de otras personas importantes de la élite brasileira, que se encontraba en los palcos.

Los jinetes ya estaban en la pista, detrás de los casilleros, y guiaban a los caballos hasta cada celda, según el número que representaban. Mientras Aninha seguía hablando por teléfono, impresionando a las demás chicas por la destreza con la que se desenvolvía en el tema.

Se morían por decirle que ya tenían todo preparado para su fiesta de cumpleaños, pero ni locas arruinarían la sorpresa que le estaban preparando.

Elizabeth miraba a través de los binoculares al gran óvalo, tratando de ver a su tío, pero rápidamente se cansó de buscar entre las personas que estaban paradas junto a la baranda, para ver más de cerca la carrera y alentar a los jinetes. Por lo que prefirió distraerse con el lejano paisaje de la laguna Rodrigo de Freitas.

En ese momento el sonido de la trompeta con su retumbante y mundialmente característica melodía Guglielmo Tell Ouverture, anunciaba que la carrera estaba por comenzar.

—Apúrate Aninha —pidió Helena casi con desespero, mientras la chica de cabellos castaños y ojos oliva, dictaba una cantidad exorbitante para la apuesta—. Que no nos dará tiempo.

—Listo. —Colgó el teléfono—. Espero que Rodolfo no me defraude. —Agarró sus binoculares, al igual que las gemelas.

En el momento que las rejas se abrieron y los caballos salieron disparados, todos en el palco se pusieron de pie, sin despegar sus ojos de los binoculares alentaban a sus favoritos.

Mientras los medios que estaban en la grada superior del palco, también reseñaban cómo vivían la carrera los aficionados elitistas.

Aninha se desvivía por alentar a Rodolfo, quien había remontado de sexto a tercero y en la última curva casi alcanzaba al segundo.

La mirada de Elizabeth se posaba más en los caballos que en los jockeys, estaba segura de que los animales estaban hechos para eso, que contaban con la resistencia suficiente para afrontar unas cuantas carreras durante su vida, pero también era consciente de que en medio de esas carreras sufrían lesiones graves, que conllevaba al sacrificio de los pobres animales, a los que ella tanto respetaba.

Por fin vio a su tío Thiago junto a la baranda, alentando fervientemente a su pura sangre; en ese instante una cabeza de rizos cobrizos se acercó para comentarle algo, a lo que él asintió. Inmediatamente en su estómago un gran vacío casi le devoraba las emociones.

Los binoculares empezaron a temblar en sus manos, al tener la certeza de a quién pertenecía el perfil del hombre con el que hablaba su tío, y que suponía debía ser importante para estar en ese

lugar, portando unas botas de equitación de firma, valoradas en miles de dólares, y ella las reconocería a millas.

Sin decir nada, dejó los binoculares sobre la mesa y salió corriendo del palco, la competencia estaba por terminar y no perdería la oportunidad de enfrentarlo, ahora sí iba a desenmascararlo. Tendría que decirle quién era realmente y qué hacía ahí, o qué era lo que hacía en las favelas.

Que se mostrara de una vez sin tantos misterios.

Agradecía que todos tuvieran su atención puesta en los caballos y en su dinero en juego, y no se dieran cuenta de que corría por las escaleras de mármol alfombrada en rojo; no obstante, siempre habían obstáculos que vencer, y frente a la puerta de cristal que daba el paso hacia la parte trasera de la pista de carrera, donde estaba su tío, estaba custodiada por un hombre, que a simple vista no se conmovía ante ningún tipo de petición.

Poco a poco dejó de correr, y con profundas respiraciones, trataba de recuperar el aliento. En ese momento, el hipódromo estalló en vítores, lo que le hacía suponer que la carrera había finalizado, y el ganador tal vez había sido el favorito por los asistentes.

Se acercó hasta el hombre y estaba a punto de solicitarle que la dejara pasar, cuando vio a través del cristal que su tío se acercaba, acompañado de dos hombres, ninguno de ellos era Cobra.

No se iría de ese lugar hasta que le dijera a la cara qué hacía ahí, vistiendo como las personas que tanto rechazaba.

—Elizabeth, ¿qué haces aquí? —preguntó Thiago sorprendido, y le dio un beso en cada mejilla.

—Tío, no esperaba encontrarte aquí. —Fingió impresionarse y como puesto por Dios, en ese momento vio un letrero—. Vine al baño, es que los de arriba están colapsados.

Thiago le presentó a los dos hombres que estaban con él, que rondaban los cincuenta; uno era socio del Jockey Club, y el otro propietario de varios caballos purasangre.

—Ve tranquila, te espero en el restaurante. —Le dijo, acariciándole los cabellos y regalándole una sonrisa y una mirada, como si frente a sus ojos aún estuviera una niña de cuatro años.

—Bien..., gracias. Ha sido un placer. —Le regaló un asentimiento a cada uno de los amigos de su tío y se fue por el pasillo que la llevaba al baño.

Thiago continuó con la conversación que mantenía antes de encontrarse con Elizabeth, y siguió hacia el restaurante, a tomarse un whisky, para celebrar el triunfo mientras esperaba una nueva carrera.

Apenas vio que su tío entró al lugar, salió del pasillo y volvió a la puerta de cristal. Estaba segura de que por ahí debía salir Cobra, no tenía escapatoria. A segundos, el hombre que parecía una muralla de dos metros la miraba con curiosidad, pero no se inmutaba por preguntarle si podría ayudarle en algo.

Muchos minutos después, el corazón volvió a subírsele a la garganta con presurosos latidos, cuando lo vio venir con unos guantes de cuero marrón en las manos; vestía una camisa blanca y un pantalón beige, que hacía juego con las costosas botas, por las que varios gatos de los que siempre habitaban en el Jockey Club se le acercaban, exigiendo mimos que él no se compadecía en regalarle.

Justo en el momento que atravesó la puerta de cristal lo haló por la mano, arrastrándolo al pasillo que daba a los baños, y lo pegó contra la pared.

Iba a pedirle explicaciones, pero a cambio lo vio tan malditamente sexi con el cabello peinado y el entrecejo fruncido, que no pudo contenerse y le plantó un beso, un beso al que él correspondió inmediatamente con demasiada vehemencia.

Ella le llevó las manos a la nuca y se puso de puntillas, mientras que él se le aferraba a las caderas y la pegaba contra su cuerpo, invadiéndole la boca con su experta lengua, rozando con premura cada espacio, acariciando enérgicamente su lengua, enredándose a la de ella e invitándola a que también explorara el más mínimo recoveco en esa ardiente boca, que le robaba totalmente la cordura.

—Elizabeth...

¡Mierda! La voz de su tío provocó que la burbuja se reventara inmediatamente, y muy en contra de sus deseos, se alejó de la boca de Cobra.

—Pensé que estarías en la favela y no en un lugar como este... —Agarró una bocanada de aire para recuperar el aliento que él le había robado—. Me debes una explicación —exigió, enterrando su dedo índice en el pecho masculino, y se alejó.

—Espera..., espera —pidió, con la voz algo ronca. Ella supuso que era porque también lo invadía alarmantemente la excitación, pero no atendió su petición, salió del pasillo y su tío venía a su encuentro.

—Siento haberme demorado —dijo al fin y nunca en su vida había sentido tanta adrenalina correr por sus venas.

Thiago no regresó al restaurante sino que la acompañó hasta el palco donde la esperaban Hera, Helena y Ana. Se quedó con ellas hasta que finalizaron todas las carreras, y decidieron ir a cenar.

No pudo salvarse del interrogatorio de sus primas, pero les dijo que simplemente había ido al baño, cuento que ninguna de las tres se creyó.

Violet no podía dormir, daba vueltas en la cama y miraba hacia la ventana, esperando a que amaneciera, mientras la emoción la gobernaba totalmente. Ya había pasado mucho tiempo y suponía que faltaba muy poco para que Renatinho se levantara, y no quería que la dejara, por lo que se bajó de la cama y vio sobre la cama de Eli la ropa que usaría ese día, la que había escogido desde la noche anterior.

Salió de la habitación y las luces del pasillo estaban apagadas, miró a ambos lados, sintiendo que el miedo empezaba a gobernarla, por lo que se armó de valor y corrió hasta la habitación de su abuelo.

Su padre siempre le decía que primero debía tocar a la puerta antes de entrar, pero no sabía si sería prudente hacerlo con su abuelo, por lo que con mucho cuidado giró el pomo y abrió un poquito la puerta.

Asomó medio rostro, no podía ver bien en medio de la oscuridad, pero estaba segura de que su abuelo y su tía estaban dormidos.

Se llevó la mano a la boca para reírse bajito de los ronquidos del hombre.

Seguramente el reloj despertador no había funcionado, como siempre le pasaba a Oscar, por lo que se decidió a entrar a la habitación; caminando de puntillas se acercó a la cama y con mucho cuidado le tocó el hombro.

—Avô —susurró, mientras seguía palmeándole el hombro—. Guampa... —Lo volvió a llamar de la forma que lo solía hacerlo cuando estaba empezando a hablar. Los ronquidos cesaron, pero no despertó—. Guampa, ya es hora... Avô...

—Violeta... —Reinhard se aclaró la voz que estaba sumamente ronca y se esforzaba por abrir los ojos—. ¿Qué haces despierta a esta hora? —preguntó, volviéndose de medio lado para mirarla.

—Ya tenemos que irnos al trabajo... Se nos hará tarde —dijo bajito, para no despertar a su tía.

Reinhard miró el reloj, apenas marcaba las dos y diez de la mañana, por lo que no pudo evitar reír ante la ansiedad de la niña, que le hacía recordar a cuando las gemelas tenían esa edad.

—Aún es muy temprano, es de madrugada. Faltan por lo menos tres horas... Ven, sube a la cama y duerme un poco más. —Le palmeó el centro de la cama, y ella sin pensarlo subió al colchón, ubicándose en medio de su abuelo y su tía.

—Avô, ¿no te quedarás dormido? Es que no quiero perder la oportunidad.

—No vas a perderla. —Le aseguró, sonriente. Estaba más dormido que despierto—. He puesto el despertador.

—No confío en los despertadores, porque a Oscar nunca le funcionan.

—Este sí funciona, te lo aseguro... Mejor duerme un poquito más.

—Está bien —dijo, escondiendo el rostro en el costado calentito de su abuelo, quien le acariciaba los cabellos.

En muy pocos minutos él se quedó dormido y volvió a roncar, por lo que ella no consiguió dormir, solo se reía bajito, mientras miraba a la oscuridad, anhelando que pasaran rápidamente las tres horas.

—Violeta, despierta. Vamos, que se hace tarde. —La zarandeaba su abuelo, para despertarla. Sin darse cuenta se había quedado dormida.

Casi brincó de la cama cuando vio a su abuelo y a su tía ya vestidos.

—Guampa, ¿por qué no me despertaste antes?... Se me hizo tarde. —Se bajó de un brinco y salió corriendo hacia la puerta.

—Espera Violet, te ayudaré con tu baño y a vestirte —dijo Sophia, sonriente.

—Rápido tía, que nos dejan.

—Aún tienes mucho tiempo por delante. Renato apenas se está duchando.

—Pero las mujeres siempre nos tardamos más que los hombres —dijo en su apresurado caminar.

—Hija de Rachell tenía que ser —masculló, divertida.

Sophia le ayudó con la ducha y le secó el cabello, disfrutando de ese momento como lo había hecho años atrás con sus princesas.

Violet tenía razón, siempre las mujeres se tardaban mucho más que los hombres, y aún más si era tan exigente a la hora de vestirse. De nada habían valido las horas que pasaron la noche anterior buscando la ropa que usaría, porque en el momento que se la puso no le gustó, y se probó casi todas las prendas que tenía en el vestidor, hasta que consiguió una que verdaderamente le gustara.

Después de casi una hora, Violet quedó satisfecha y Sophia exhausta. Bajaron al comedor en la terraza, donde esperaban por ellas para desayunar, lo que la niña trató de hacer rápidamente, ante la mirada divertida de Renato, Reinhard y Sophia.

Ese día Renato no iría en su auto, sino que los llevaría uno de los choferes, se despidieron en medio de la esplendorosa sonrisa de Violet.

—La cuidas muy bien Renato, que le hagan un recorrido por todo el edificio y la lleven al salón de conferencias. Ah..., y que no olviden mostrarle el documental infantil —dijo Reinhard, mirando los ojos azules de su nieto; secretamente, de los varones era con él que se sentía más apegado, porque era quien lo hacía sentir orgulloso, al mostrar la misma pasión que él para los negocios.

—Sí, no te preocupes Avô... La cuidaré. —Le palmeó una mejilla con cariño.

—¡Adiós Avô! —dijo emocionada, agitando la mano—. Prometo aprender mucho, para que conversemos por la noche.

—Estoy seguro que tendremos una amena conversación —dijo, sonriente.

—Adiós tía, me portaré bien.

—Sé que eres una niña muy obediente... Ahora sí, es hora de partir. No queremos que se les haga tarde. —Se despidió con un gesto de la mano y cerró la puerta.

El auto se puso en marcha y Renato no pudo controlar por más de un minuto la ansiedad de estar conectado a alguna red, por lo que buscó su teléfono.

—¿Qué haces, Renato? —curioseó, pegándose a él para mirar en la pantalla del teléfono.

—Saludo a unos amigos —respondió, mientras tecleaba rápidamente y tenía la mirada fija en la pantalla.

—¿Son del grupo?

—Algunos —contestó escuetamente a la curiosidad de su primita.

—Entonces ¿por qué no esperas llegar y los saludas personalmente?

—Porque prefiero hacerlo por aquí.

Violet puso los ojos en blanco, pensando que era una tontería hacerlo por una red social si iban a encontrarse en pocos minutos. En silencio siguió atenta a todo lo que su primo hacía, y quedó impresionada ante la agilidad con la que movía los dedos sobre la pantalla del teléfono.

—Ay, mira, es Luciana... La conozco, es amiga de Eli... —Tocó la pantalla sin que Renato pudiera impedirlo, dejándolo en evidencia de que estaba husmeando en las fotos de una de las compañeras modelos de Elizabeth en Nueva York.

—No... no... —Negó Renato, queriendo en ese instante lanzar del auto en marcha a su primita, suponía que no iba a ser un día fácil.

—Lo siento —dijo, sonriente—. ¿Te gusta? Puedo decirle que quieres invitarla a una comida, le diré que eres mi primo y que serás el próximo gran jefe del grupo de mi abuelo... Seguro que te quiere, porque le gustan los chicos con muuuuuuucho dinero.

Violet no dejaba de parlotear y Renato estaba sonrojado, a consecuencia de la molestia e impaciencia, y de vez en cuando el chofer los miraba a través del retrovisor, sonriendo ante los comentarios astutos de la niña.

Cuando por fin llegaron a la sede principal del grupo, compuesta por dos edificios, Renato encontró la oportunidad perfecta para deshacerse de la niña, y se la cedió a una de las guías, para que le mostrara las instalaciones, mientras él se iba a trabajar.

Lorenza se llevó a la nieta del señor Garnett, sintiéndose encantada de poder compartir con la niña y mostrarle los lugares más importantes de la empresa.

Estuvo atenta a cada pregunta de Violet y con mucho entusiasmo le respondía y le contaba la historia de cómo su abuelo había llegado a ser uno de los hombres más importantes de Brasil.

Violet se sintió impresionada y feliz de ver un mural en blanco y negro, en el que aparecía su abuelo muy joven en una plataforma petrolera en medio del mar. También muchas fotos de las obras sociales con las que había contribuido.

—¿Ves a esta niña de aquí? —Le preguntó, señalando con su dedo índice a una niña entre muchos otros que rodeaban a su abuelo, teniendo como paisaje una favela. —Violet asintió—. Esa soy yo... —dijo con orgullo—. Todos le llamamos: «tío». Recuerdo que eso fue un día de navidad y nos llevó juguetes y ropa.

—Es que mi abuelo es muy bueno... —Sabía que los niños de las favelas eran de bajos recursos, por lo que prosiguió—: Él siempre dice que todos somos iguales y que quienes tenemos, debemos ayudar a los necesitados, porque eso engrandece el espíritu —mencionó con los ojos brillantes por la emoción.

—Así es... Tu abuelo es un gran hombre, por eso muchas personas lo quieren y lo respetan.

Miraron muchas fotografías más y después siguieron con el recorrido, deteniéndose en algunos departamentos, donde Violet fue presentada a todos los que ahí trabajaban, quienes la miraban encantados. No todos los días contaban con la presencia de un Garnett en el lugar, mucho menos con uno que contara con tanta astucia, ternura y belleza.

La niña se ganaba el corazón de todos con sus ocurrencias.

Le maravilló ver la maqueta de la sede, iluminada, era casi de su altura y mucho más grande que las casas de sus muñecas, decidió que apenas llegara a la casa, le pediría a su abuelo que se la regalara, para llevársela a Nueva York y mostrarla en su colegio.

De ahí la llevaron al salón, donde le mostraron una película animada sobre todas las funciones del grupo EMX, en su mayoría era presentada por una graciosa gotita de petróleo, un lingote de oro o un rayo.

Estaba totalmente concentrada, mientras disfrutaba de los dulces y gaseosas, aprovechó que no estaba su padre para repetir de la bebida, porque a él no le gustaba que la tomara; decía que esa bebida le envenenaba la sangre; sin embargo, para ella era deliciosa.

Cuando la película terminó, tenía totalmente claro que el grupo EMX era importante para el desarrollo económico y social, no solo de Brasil, sino del mundo entero, y eso la hizo sentir aún más orgullosa de su abuelo.

Caminó de la mano de Lorenza, hasta que vio una gran sala en la que había una reunión, y reconoció a sus primas Hera y Helena, quienes estaban paradas al lado de una pantalla, liderando la reunión que en su mayoría era compuesta por hombres.

Sabía que no debía interrumpirlas, por lo que solo saludó a Hera con la mano, y ella le hizo una seña para que esperara mientras le sonreía.

—Esperemos un minuto. —Le dijo Lorenza y ella asintió con entusiasmo.

—Lorenza, algún día seré como mis primas, yo quiero trabajar aquí. Me gusta mucho este lugar.

—Seguro que tendrás un lugar, tu abuelo no te lo negará.

—¿Aunque trabaje aquí podré ver la película y tomar gaseosa? —preguntó, acomodándose un mechón de pelo detrás de la oreja.

Lorenza no pudo evitar sonreírle con dulzura y le echó el pelo detrás de los hombros.

—Podrás hacerlo, podrás ver todas las películas que quieras y tomar toda la gaseosa que desees.

—Pero no mucha. —Se rio bajito—, porque me envenena la sangre.

—Sí, tienes razón. Tanta gaseosa no es buena.

—Un día podré tomar gaseosa y al otro malteada de Oreo.

—Es una buena opción. —Le dijo, sonriente.

En ese momento salió Hera, quien vestía una falda lápiz blanca, hasta las rodillas, con una chaqueta en el mismo color y una blusa de seda negra.

—¡Hola pequeña! —saludó con entusiasmo al tiempo que le abría los brazos, para recibirla con un abrazo.

—¡Hola Hera! —Corrió hacia ella y la abrazó por la cintura, para después recibir un beso en la mejilla.

—Ven..., vamos a presentarte con algunos inversionistas.

—¿Y si me pongo nerviosa?

—Seguro que no, solo les dices tu nombre y cuántos años tienes.

Hera le tomó la mano y la guió hasta donde estaba Helena, quien también la recibió con un beso.

—Señores, les presento a Violet Garnett.

—Hola —saludó con su mano, segura de que sus pecas se habían escondido tras el sonrojo de su nerviosismo.

—Hola —dijeron todos al unísono.

Uno de ellos preguntó de cuál de los hijos de Reinhard era.

—Soy hija de Samuel Garnett, el Fiscal General de Nueva York... Es el mejor fiscal, siempre encierra a todos los delincuentes y tiene una foto con el presidente de los Estados Unidos —dijo con total orgullo, mientras los hombres asentían ante cada palabra y le sonreían.

Les dijo a qué escuela iba, el grado que cursaba y que estaban en Brasil porque su perro Snow se había ido al cielo, también que su madre era diseñadora de modas y que estaba de viaje con su padre, buscando un bebé.

Tras su charla se escondía un ligero nerviosismo, que dejaba ver al frotarse las manos.

En el momento que Violet informó que sus padres estaban en busca de un nuevo integrante para la familia, Helena decidió detenerla, antes de que con su indiscreción inocente contara más de la cuenta.

—Ha sido muy interesante todo lo que nos has contado, seguro que cuando trabajes aquí, no

tendrás problemas para llevar las reuniones —dijo Helena, acariciándole los cabellos, y Violet elevó hacia ella la mirada brillante.

—Creo que ya es hora de que regrese con Avô. Tengo que hacerle muchas preguntas.

—Sí, ya es hora. Le das un besito de mi parte.

—Yo también le envió otro —dijo Hera, tomándola de la mano para guiarla fuera de la sala.

Los presentes le dijeron que había sido un placer conocerla, y se despidieron con gestos de manos y amables sonrisas.

Violet les dijo adiós con una gran sonrisa, mientras el corazón le taladraba contra el pecho.

Lorenza la dejó de nuevo en la oficina de Renato, donde estuvo un poco fastidiada, porque él estaba muy ocupado, hasta que llegaron a buscarla para llevarla de regreso a la mansión.

No dejó de suplicarle al chofer que la dejara ir adelante, hasta que lo consiguió, y durante el trayecto, le preguntó sobre cada cosa que llamaba su atención en la calle, y él sonriente le respondía.

CAPÍTULO 26

Antes de asistir a la academia, Elizabeth decidió encontrarse antes con Wagner, para disculparse personalmente por haber faltado a la favela el sábado, aunque él le había dicho por teléfono que no se preocupara, ella sí estaba muy apenada, porque él había pagado mucho dinero a esos delincuentes por un mes, y por lo menos debía aprovecharlo.

Pautaron en el Parque Lage, porque era un punto intermedio entre la academia y la universidad donde él estudiaba.

Él la estaba esperando sentado en las escaleras de la entrada a la Escuela de Artes Visuales, que era una réplica de un palacio Romano, que formaba parte de la historia de Río de Janeiro y que estaba abierta para el público, por ser un lugar muy concurrido por los cariocas, donde daban largas caminatas por el jardín de estilo europeo, inmerso entre la atrayente vegetación y anclado al pie del Cristo Redentor del Corcovado.

Al verla, se levantó y trotó hasta ella con la imborrable sonrisa que acentuaba los hoyuelos de sus mejillas, y con los ojos brillantes por el sol de la mañana, deteniéndose justo frente a la fuente.

—Hola —saludó, plantándole un beso en cada mejilla, disfrutando del varonil aroma de la colonia de Wagner—. Creo que llegué a tiempo.

—Sí, aunque solo te iba a esperar cinco minutos —bromeó, mirándola a los ojos—. Acepto que no me hayas acompañado a la favela, si me dices que al menos ganaste una de las apuestas que hiciste.

Elizabeth empezó a caminar y él siguió el paso, mientras disfrutaba de la maravillosa naturaleza.

—De ocho ganamos en tres —comentó, subiendo las escaleras del camino de piedras que la llevaban hacia la gruta, donde estaban los acuarios naturales incrustados en las rocas.

—Entonces fue realmente provechoso ir al hipódromo.

—Sí, supongo que con lo ganado tengo para pagar el próximo mes de mi entrada a Rocinha.

—No, no vas a pagar nada, recuerda que eres mi invitada, y si tanto quieres gastarte ese dinero, puedes llevarme a comer.

Elizabeth soltó una sonora carcajada, ante las ocurrencias de Wagner.

—Vas a hacer que salgan volando los pájaros —dijo, divertido.

—¿Por qué?

—Porque tu risa es tan delicada, que por lo menos alcanzó un kilómetro a la redonda.

Elizabeth le golpeó la espalda, tratando de controlar otra carcajada, y él se echó a correr. Sin pensarlo, ella lo siguió hasta la oscura gruta, donde estaba el laberinto de acuarios, por los únicos que entraba la luz natural, a través de los cristales que dejaban apreciar a los peces.

Lo alcanzó y le pateó el culo de manera juguetona. Le gustaba mucho compartir con él, porque en muy poco tiempo se había ganado su aprecio; siempre encontraba la manera de hacerla reír y de que lo pasaran bien juntos.

—Ese pez sí que es raro —comentó Elizabeth tocando el vidrio, para llamar la atención del extraño espécimen blanco.

—Así de pálida te veías cuando te conocí. —Wagner se detuvo detrás de ella, llevándole las manos a las caderas, aprovechando el momento perfecto y la oscuridad del lugar para disfrutar de su cercanía—. Aunque ya has ganado un poco de color.

—Muy gracioso —bufó, haciéndose a un lado; al parecer, él notó que le incomodaba, y la soltó y se paró junto a ella—. Mejor salgamos de aquí, me da un poco de miedo este lugar.

—Espero que no te haya molestado mi comentario. —Le hizo un ademán para que caminara a una de las tantas salidas de la gruta.

—Para nada. —Le palmeó la espalda—. Tendrás que esforzarte mucho más si pretendes hacerme sentir mal. Mi autoestima ha sido reforzada desde que nací.

—Y no me extraña que lo digas. —Sonrió, admirando el perfil de Elizabeth, mientras caminaban en medio de los inmensos árboles y la frondosa vegetación.

—¿Cómo estuvo la roda el sábado? —preguntó para cambiar de tema, sentándose en una banca, desde donde podía admirar una de las torres circulares, al mejor estilo francés.

—Bien fuerte... Mejor que no hayas ido, porque terminaron en pelea. Es el problema cuando rivales se enfrentan, tienen rencillas que ni el mestre puede detener.

—¿Y los demás no intervienen?

—Sí, lo hicieron, pero terminaron dejándolos que se golpearan hasta que se cansaran, porque cuando intervino Cobra, se ganó un codazo que le partió la boca. Por eso yo no me meto, no es mi problema.

Elizabeth se sintió completamente aturdida al escuchar que Wagner nombraba a Cobra. Estaba segura de que no había ido a la roda, porque ella se lo había encontrado y besado en el hipódromo, ¿o acaso había dos Cobras en la roda y ella no estaba enterada?

Necesitaba desesperadamente salir de dudas, pero no sabía cómo preguntar sin que Wagner sospechara.

—¿Fue grave lo de Cobra? —preguntó al fin, y no pudo evitar que la voz se le ahogara.

—No, solo fue superficial, con un poco de hielo todo quedó solucionado, los que sí necesitaron algunos puntos de sutura fueron los que iniciaron la pelea.

—Supongo que después de eso Cobra se fue. —Tragó en seco y miró hacia la laguna de agua cristalina, donde se veían a los pequeños peces.

—No, se quedó a terminar el juego, ya había llegado tarde.

Esa era la respuesta que necesitaba para salir de dudas. El muy mentiroso después de que se besaran en el pasillo del hipódromo se fue a la favela.

Necesitaba hablar con él y que le aclarara quién demonios era y qué hacía, ni siquiera quiso preguntarle a su tío Thiago, porque no sabía si lo conocía por Cobra, y no quería tentar a la suerte.

Lo único que tenía de ese hombre era un número de teléfono fijo, al que se cansó de llamar y nadie respondió.

—Me hubiese gustado estar, prometo que el sábado iré. ¿Alguien preguntó por mí? —curioseó.

—Solo el mestre, le dije que estabas saciando tu vicio con las carreras de caballos. —La miró de reojo y le regaló una sonrisa sesgada.

—No soy una viciosa de las carreras de caballos.

—Qué lástima, el mestre dijo que para la próxima te iba a invitar a su casa, para que apostaran juntos, no solo a los caballos sino también al Jogo do Bicho.

—¿Sabe dónde apuestan al Jogo do Bicho? —preguntó fascinada por uno de los juegos ilegales gobernados por los Bicheiros, que eran los principales mafiosos de la ciudad.

—En Rocinha casi todos saben, pero no te lo dirán así de fácil.

—Realmente no quiero apostar, no me gustan las apuestas, solo que pensaba que era un mito...

—Al igual que la capoeira callejera —intervino Wagner.

—Exactamente.

—En las favelas la mayoría de los mitos se convierten en realidad.

—Ya veo, ¿en serio el mestre dijo eso?

—¡No! —Soltó una carcajada—. Solo preguntó por ti y le dije que tuviste un compromiso; aunque confío en el mestre, no es bueno dar mucha información de nuestras vidas en una roda.

Elizabeth se levantó de la banca, caminó hasta el borde de la pequeña laguna y se acuclilló, para observar mejor a los peces. Wagner la siguió y se puso a su lado.

—Gracias por decírmelo, porque algunas veces suelo hablar más de la cuenta.

—No debes confiar en todo el mundo, mucho menos en las favelas. No tengo nada en contra de la gente humilde, pero en ese lugar no puedes saber realmente quién es bueno y quién es malo. Puedes encontrarte tras la inocencia de un chico de doce años a un asesino a sueldo.

—Mi padre siempre dice que pueden verse caras pero no corazones.

—Tiene toda la razón, así que debes tener más cuidado... —suspiró para dejar de lado el difícil tema y señaló a un pez—. Mira, quienes lo siguen son los hijos.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque lo siguen.

Elizabeth volvió a reír ante la respuesta tan tonta y al mismo tiempo tan obvia de Wagner.

Él buscó su teléfono y empezó a fotografiar los peces, pero después buscó su preciado objetivo, capturando a Elizabeth en un par de oportunidades.

—¡No! No me tomes fotos —exigió, levantándose inmediatamente, mostrándose entre molesta y nerviosa, porque no pudo evitar recordar las fotografías que aparecieron junto al cuerpo de la última mujer que desmembró el asesino serial.

—Lo siento, no quise molestarte —dijo nervioso sin saber qué hacer.

—Bórralas ahora mismo, bórralas. No te di permiso para que me fotografieras. —Empezó a caminar por el sendero de piedras, queriendo en ese instante alejarse de Wagner, porque había dejado su mochila en el auto y no llevaba consigo el gas pimienta ni la Colt, y si él resultaba ser el asesino, difícilmente podría vencerlo con sus ataques de defensa personal.

—Eli, ¿pasa algo? Mira, ya las borré, revisa por ti misma —pidió casi corriendo detrás de ella y ofreciéndole el teléfono con mano temblorosa.

Elizabeth miró de reojo el teléfono y lo agarró, ciertamente las había borrado, entonces fue consciente de que se estaba comportando paranoicamente, y que todas las noticias tenían sus nervios desequilibrados, porque estaba empezando a ver asesinos donde no los había.

—Lo siento —resopló, intentando que los latidos de su corazón se aplacaran—. No quise gritarte, solo... No me lo esperaba.

—No te preocupes, prometo nunca más tomarte fotos... Al menos no sin antes preguntarte. Iba a compartirlas contigo, como hicimos con las del arara.

—Está bien, yo te diré cuando quiera una foto... Ahora debo irme, se me hará tarde para ir a la academia.

—Está bien, yo también debo entrar a clases, no puedo faltar porque al parecer, toda la universidad tiene el número de mi madre, y se pone algo fastidiosa cuando se entera de que he faltado.

Elizabeth sonrió porque se sintió identificada, durante toda la primaria y la secundaria podía jurar que su padre le había implantado un chip sin que se diera cuenta, porque la mantenía rastreada en todo momento.

—No quiero ser la causante del sermón de esta noche —dijo sonriente, y en el fondo se sentía apenada por cómo había reaccionado con él.

—Si es por pasar tiempo contigo, soportaría la tercera guerra mundial —confesó sin poder evitarlo, no podía controlar sus sentimientos y era justo que ya se diera cuenta de que él quería con ella algo más que una amistad.

—Realmente los sermones de mi padre son más terribles que cualquier guerra —dijo desviando el tema, no quería que él se hiciera falsas ilusiones; solo lo anhelaba como a un amigo, un cómplice de la misma pasión, y sería muy triste arruinar todo por estúpidos sentimentalismos.

Cuando por fin llegaron al estacionamiento se despidieron con un beso en cada mejilla, prometiendo seguir en contacto durante la semana, y subieron a sus autos. Wagner la siguió hasta que tuvieron que tomar caminos diferentes.

En la academia ya la roda había empezado y Elizabeth llegó a mitad del juego, tratando de pasar desapercibida. Se incorporó lentamente a la roda, acoplando sus palmadas al corrido; sin embargo, para Paulo no pasó inadvertida, estaba justo al frente, al otro lado de la roda, y clavó su mirada en ella. Parecía estar un tanto molesto, pero prefirió ignorarlo y miró a los combatientes.

Intentó concentrarse en el juego, pero de vez en cuando estaba atenta a cómo Paulo se acercaba un puesto hacia ella, hasta que lo tuvo a su lado.

—Te estuve esperando como habíamos acordado —murmuró su sutil reproche, para no interrumpir la roda.

—No recuerdo que hayamos pactado vernos antes de la clase —comentó apenas echándole un vistazo, y su efímera atención se la llevó la boca sonrojada de ese hombre.

—Igual te estuve esperando. —Él también buscó con su mirada la boca de Elizabeth, anhelando poder besarla.

—Lo siento, se me hizo un poco tarde... Salí con retraso y había mucho tráfico. —Estaba dando explicaciones y no sabía por qué lo hacía—. Cuando terminemos aquí podemos ir a caminar un rato por el jardín.

—Me gustaría que me acompañaras a otro lugar —dijo, tomándole la mano y apretándosela con pertenencia—. Claro, si tienes tiempo.

Elizabeth le sonrió cariñosamente, y también se aferró al agarre, no podía negarse que Paulo era un hombre realmente atractivo, varonil y le gustaba demasiado.

Solo debía olvidar la pequeña alteración que Cobra había provocado en sus planes y seguir adelante, quizás las cosas saldrían bien y podría tener algo verdaderamente duradero con Paulo.

—Está bien, te acompañaré a donde quieras.

Paulo sonrió y se mordió el labio, sin que sus pupilas se desviaran de la boca de Elizabeth.

—Si quieres podemos escaparnos antes, quiero besarte... Elizabeth, muero por hacerlo —suplicó con las pupilas totalmente dilatadas.

En respuesta, Elizabeth dio un paso hacia atrás, saliendo de la roda; y él también lo hizo, mientras compartían una sonrisa de complicidad. Después se giraron, ella recogió su mochila, y tomados de la mano salieron corriendo del lugar.

A ella no le importaba en lo más mínimo lo que pensarán sus compañeros de la academia, mucho menos el mestre, quien seguramente se lo contará a su padre; ya después vería cómo se enfrentaría a la bestia Garnett. Nunca se había limitado y no empezaría a hacerlo precisamente ahora, por temor a algún regaño por parte de su padre.

Corrieron sin detenerse hasta que llegaron al auto de Paulo, sin recobrar el aliento él le soltó la mano y le sujetó la cintura, casi estrellándola contra la carrocería; se le fue encima y la besó con las ganas que tanto le tenía.

Elizabeth se le colgó del cuello y se dispuso a disfrutar del arrebató de Paulo, de esa boca experta que la llevaba a los extremos, y de ese candente cuerpo que se frotaba contra el de ella, haciéndola consciente de cómo poco a poco, bajo el pantalón blanco de capoeira, la excitación en él iba en aumento.

Una de las manos de Paulo le soltó la cintura y descendió hasta una de sus nalgas; no se reprimió en apretarla con fuerza, aflojar el ardiente agarre y volver a apretar con vehemencia, mientras Elizabeth pegaba su pelvis más a la de él.

—Paulo... Vamos, vamos. —Se alejó escasos centímetros, poniendo un poco de resistencia, pero él solo quería seguir devorándole la boca sin soltarle el culo—. Aquí no, debemos ser prudentes... Cualquiera podría vernos.

—No me preocupa que me vean contigo, por el contrario, quiero que lo hagan, que todos sean testigos de que me has vuelto loco... Eli, me gustas mucho... mucho... —Volvió a buscar su boca,

pero Elizabeth lo rechazó una vez más.

—Pero no ahora, no aquí... Vamos a otro lugar. —Casi le exigió para que entrara en razón.

Paulo resopló y plantó su mano en el vidrio del auto, que al leer sus huellas digitales quitó el seguro. Le abrió la puerta a Elizabeth, pero antes de que pudiera subir volvió a besarla, un ansioso contacto de labios.

—Te advierto que no pienso respetar los límites de velocidad —aseguró con doble sentido.

—No voy a pagarte la multa, y eso si es que el tráfico te lo permite —dijo sonriente y también le plantó un beso en los hinchados labios.

—Encontraré la manera de llegar en tiempo record, no puedo esperar a tenerte... Muero por verte desnuda y perderme en tu cuerpo.

A Elizabeth no le sorprendía la sinceridad con la que Paulo expresaba sus deseos, y eso solo alteraba su excitación. Subió al auto y se ubicó en el asiento del copiloto.

—Yo muero porque lleguemos cuanto antes —respondió, sonriente.

Paulo cerró la puerta y bordeó el vehículo, en su camino buscó algo dentro de su billetera, subió al auto al lado de Elizabeth y le mostró el paquetito dorado de un condón entre sus dedos índice y medio.

—Si quieres podemos hacerlo aquí, así nos ahorramos todo el pesado tráfico —propuso con un seductor guiño de ojo.

Elizabeth le quitó el condón y sin que la sonrisa se le borrara, negó con la cabeza.

—Aquí no... Estamos en un lugar público, y a pesar de todo, tengo una reputación que cuidar.

—Lo último que pretendo es ponerte en riesgo —dijo muy serio y le acarició con ternura la mejilla, ese gesto fue como una tregua en medio de la batalla que la excitación dominaba.

El potente motor del auto deportivo ronroneó, y las expectativas en Elizabeth estallaron, sabía que no había marcha atrás, tendría sexo con Paulo y estaba segura de que lo disfrutaría, porque la química que se despertó en ellos desde el momento en que se conocieron, lo había dejado totalmente claro.

Durante el trayecto no pudieron evitar compartir varios besos apasionados, que los dejaba sin aliento y les hacían bullir las ganas que desesperadamente deseaban saciar, por lo que el ajetreado tráfico no afectó sus planes.

Entraron a un estacionamiento subterráneo que pertenecía a un edificio ubicado en São Conrado, donde vivía Paulo.

—Pensé que nunca llegaríamos —dijo él, apagando el motor del auto. Rápidamente se quitó el cinturón de seguridad, al mismo tiempo que Elizabeth lo hacía, y se abrazaba a su mochila, en un estúpido intento por ocultar sus despiertos pezones.

Al bajar, entraron al ascensor y para mala suerte de ambos, no serían los únicos, porque iba una mujer que aparentaba estar en sus tempranos cincuenta, junto a una perrita Pomerania marrón, con un par de lacitos rosados adornándole las orejas.

Paulo, era alérgico al pelaje canino, y empezó a estornudar, lo que puso nerviosa a la perrita, por lo que empezó a ladrarle sin importar los pedidos de su dueña para que se calmara. Elizabeth no pudo evitar reír ante la situación.

En el momento que el ascensor marcó el décimo piso, las puertas se abrieron y Paulo le agarró la mano, casi arrastrándola afuera; sin soltarla llegaron frente a la puerta del apartamento y él marcó la clave, para desactivar el sistema de seguridad.

En menos de un minuto Elizabeth se encontró en un gran apartamento. Le encantó, sobre todo la sobria decoración minimalista y la deslumbrante vista hacia la playa da Gávea o São Conrado, como era mayormente conocida.

Paulo volvió a estornudar, reventando la burbuja en la que la había sumergido el paisaje, que era

surcado por un par de alas delta, en vivos colores verde y fucsia.

—Debo ducharme, será la única manera que deje de estornudar —dijo abrazándola por detrás y frotándose contra ella, demostrándole que aunque la maldita perra hubiese despertado su alergia, no había arruinado sus ganas.

—Por favor..., que mi intención es tener sexo, no terminar bañada con tus mocos. —Sonrió, sintiendo los cálidos y suaves labios de Paulo, repartiéndole besos por el cuello.

—Pero no quiero ducharme solo. —Sin soltarle la cintura, empezó a guiarla a su habitación—. Necesito de tu compañía.

—Puedo esperarte, la paciencia es mi virtud.

—Pero no lo mía —comentó, cargándola sin ningún esfuerzo, y ella soltó un grito de sorpresa y diversión.

Al entrar en la habitación, la inmensa cama aún estaba algo desordenada y había una toalla sobre el colchón.

—Disculpa el desorden, pero hoy no viene la señora que le pone un poco de orden a mi vida.

—No te preocupes, te sorprenderías si vieras mi habitación —dijo sonriente, al tiempo que Paulo la ponía de pie frente a la cama, le quitó la mochila y la lanzó sobre el colchón.

—Me gustaría mucho conocerla.

—De tu comportamiento en unos minutos depende que lo hagas. —Se mordió el labio y no se reprimió en colgarse del cuello y volver a besarlo.

Paulo correspondió al beso con gran pasión, mientras empezó a bajarle el pantalón, y ella lo imitó, permitiéndole a sus manos tocar y apretar las firmes nalgas masculinas.

Con gran rapidez él le quitó la camiseta, como si el mundo estuviera a punto de estallar y fuera a perder la oportunidad de desnudarla sino se daba prisa.

Elizabeth estaba disfrutando de las caricias y besos de Paulo, estaba gozando el momento con el chico que tanto le gustaba, pero su deleite se vio interrumpido en el momento que su teléfono empezó a sonar dentro de su mochila, y se maldijo por no haberlo puesto en silencio.

—No tienes que contestar, no lo hagas —dijo Paulo, metiendo sus manos por debajo del sostén deportivo y apretándole las tetas, mientras le mordisqueaba la barbilla—. Ya dejará de sonar.

Pero el bendito aparatito no dejaba de repicar, robándose toda la atención de Elizabeth.

—Déjame ver... Solo un segundo..., podría ser importante —dijo al fin, en medio de los besos de Paulo.

Él volvió a encontrar su autocontrol, y aunque renuente, la soltó, permitiéndole que revisara el inoportuno teléfono.

—Atiende y luego lo apagas —pidió, observando el maravilloso cuerpo de Elizabeth solo con ropa interior, por lo que su erección seguía latiendo por ella.

Elizabeth rebuscó en su mochila, tropezando con todo lo que tenía allí dentro, mientras observaba atentamente cómo Paulo se desnudaba sin ningún reparo, y ella ancló su mirada en la erección. Imaginaba, por lo que ya había sentido en medio de roces, que era poseedor de un buen pene, pero su imaginación nunca le hizo justicia.

Ver el tamaño y el grosor de lo que estaba a punto de disfrutar, provocó que la humedad entre sus muslos aumentara y esa punzada ansiosa en su vientre se hiciera más insistente.

Al fin dio con el teléfono, que no dejaba de sonar, y vio que la llamada entrante era de la casa de su abuelo, debía contestar sí o sí.

—¿Hola? —saludó, aclarándose un poco la garganta.

—Eli.

El sollozo de Violet activó la alarma de angustia en ella, y lo primero que le vino a la mente fueron sus padres, y le siguió su abuelo; inevitablemente el corazón se le subió a la garganta.

—Enana, ¿qué pasa? ¿Por qué lloras?

—Eli, Oscar... Oscar. —Violet hipaba en medio del llanto.

—¿Qué pasa con Oscar? ¿Te reprendió? —dijo, dejándose caer sentada en la cama. En ese instante se percató de que Paulo tenía tatuada en el pectoral izquierdo una flor de Lis, realmente muy parecida a la de Wagner, pero escuchar a su hermanita llorando, no le dejaba opción para pensar en nada más.

—No, Oscar estaba surfeando y... algo le pasó... Llamaron y Avô se fue enseguida con tía Sophie... Dijeron que tuvo un accidente. —Intentaba contar, pero solo lloraba con desesperación.

Elizabeth sintió un gran vacío en el pecho y toda la excitación se le fue a la mierda.

—¡Oscar! Pero..., pero ¿está bien?... Voy saliendo para allá, no llores. —Se levantó y recogió su pantalón de capoeira ante la atónita mirada de Paulo, quien le preguntaba una y otra vez qué había pasado.

—No, no está bien, la tía Sophie estaba llorando. No quiero que mi hermano se vaya al cielo, Eli, no quiero.

—Cálmate, enana. No se irá al cielo, ya voy en camino. —Sostuvo el teléfono con el hombro y la cabeza, mientras se ponía el pantalón.

—Quiero que papi venga, quiero a papi.

—Violet, no vayas a llamar a papá, ¿entendido? No lo hagas. Espera a que sepamos bien lo que pasó... —Tenía los nervios destrozados, temía por su hermano, pero no podía darles esa noticia a sus padres en las condiciones que estaba—. Tienes que tranquilizarte, ya voy para allá... Voy a colgar y te llamo en un ratito.

—No..., no cuelgues, tengo miedo.

—Sé que estás muy nerviosa pero tienes que calmarte, voy a la casa a buscarte y nos vamos a ver a Oscar. Verás que está bien.

—Date prisa..., por favor. ¿Puedo llamar a tío Thor? —preguntó, porque necesitaba el apoyo de alguien, y su mejor opción era su tío favorito.

—No, solo lo angustiarás. Él no podrá hacer nada porque está muy lejos... Seguro que Avô le avisará a quien crea conveniente, no llores a nadie.

—Está bien...

—Quédate tranquila... Te quiero, enana, no llores. —Finalizó la llamada, dejó caer el teléfono en la cama, agarró la camiseta y se la puso rápidamente.

—¿Qué pasó? —preguntó una vez más Paulo, mostrándose alarmado al ver que Elizabeth apenas finalizó la llamada empezó a llorar.

—Mi hermano, al parecer sufrió un accidente mientras surfeaba —comentó, sin dejar de ponerse las zapatillas.

Recogió el teléfono, la mochila y salió de la habitación sin esperar a Paulo, quien apenas se ponía el pantalón.

—Espera Eli, espera... Te llevaré —pidió en su carrera mientras se subía el pantalón.

—No, gracias, no lo creo conveniente, prefiero irme en un taxi.

—Elizabeth, déjame ayudarte —suplicó.

—Lo siento Paulo, es mejor no hacer las cosas más complicadas, lo que menos quiero ahora es tener que darle explicaciones a mi familia... Prometo llamarte en un rato. —No quería que su abuelo la viera con Paulo, porque estaba segura de que empezaría a hacer preguntas e inevitablemente saldría al ruedo su relación con Luck.

Debía pensar seriamente en contarle a Paulo sobre Luck y no seguir engañándolo, tal vez aceptaría tener con ella solo una relación de vacaciones, sin necesidad de complicar las cosas.

—Está bien, al menos te acompañaré al taxi. —Corrió a la habitación, se puso la camiseta y unas Havaianas que tenía en la alfombra.

Fue él quien mandó a parar el taxi, y antes de que ella subiera, le sujetó el rostro y le limpió las lágrimas.

—Cálmate un poco, seguramente no es grave. —Le dio un beso en los labios.

—Gracias. —Elizabeth apenas correspondió al tierno gesto de Paulo, estaba demasiado preocupada por Oscar como para pensar en ella. Sin perder más tiempo subió al taxi y le dio la dirección de la casa de su abuelo al chofer.

CAPÍTULO 27

En cuanto el auto se detuvo en la entrada de la casa, le entregó un billete, porque estaba demasiado apurada para pagar con tarjeta; bajó rápidamente, cerró de un portazo y se echó a correr sin esperar el cambio, mucho menos atendió los llamados del conductor, quien honestamente solo quería cobrar el valor justo del servicio.

Empezó a subir las escaleras de a dos escalones y en muy poco tiempo estuvo en el porche. Su hermanita salió corriendo hacia ella con el rostro empapado en lágrimas, y se le lanzó encima.

Con un poco de esfuerzo logró cargarla y empezó a acariciarle el cabello, sin conseguir que se calmara o que su pequeño cuerpo dejara de estremecerse ante los sollozos.

—Quiero..., quiero ir... con Oscar —suplicó, con la voz ahogada por el llanto—. Llévame con él... Llévame, Eli.

—Ya vamos..., pero primero debes calmarte. Hablé con Avô y me dijo dónde están —comentó sin dejar de consolarla en medio de caricias; sin embargo, deseaba que a ella también alguien le diera un poco de consuelo, que le aseguraran que su hermano estaría bien.

Mientras se trasladaba a la casa se comunicó con su tía, quien en medio de una mal disimulada calma, le dijo que no sabían cómo se encontraba su hermano, y después se echó a llorar, culpándose de lo que le había pasado a su sobrino. Eso solo consiguió angustiar más a Elizabeth.

Fue su abuelo, quien a pesar de su edad, aún mantenía entereza y prudencia, y logró darle un poco de sosiego, al asegurarle que a su hermano no le pasaría nada malo.

Elizabeth entró a la casa con la niña en brazos, y fue directo a la cocina, donde una de las mujeres que llevaban casi toda una vida trabajando ahí, se disculpó con ella, alegando que había intentado calmar a la niña, pero no lo había conseguido.

—No te preocupes Amélia, solo está nerviosa —dijo, recibiendo el vaso con agua que la mujer le ofrecía—. Toma un poquito, cariño —alentó a Violet, quien negó con la cabeza.

—Solo quiero que vengan mis papis y traigan a Oscar. —Se limpió las lágrimas.

—Ellos vendrán muy pronto, y ya no llores que Oscar está bien... —dijo, mientras la sentaba sobre la mesa de la cocina.

—Es que si se va al cielo, no regresará... Vamos a verlo, le quiero pedir que no se vaya y prometerle que si se queda, nunca más tocaré sus cosas, que ya no entraré en su habitación.

Elizabeth sonrió enternecida; aunque internamente también estaba muy nerviosa y ansiosa por saber de su hermano, debía ser fuerte en ese momento.

—Amélia, pídele por favor a Elias que prepare un auto. Necesito que nos lleve a la clínica.

—Enseguida, mi niña. —Con paso rápido salió en busca del chofer.

Elizabeth buscó una servilleta para limpiarle un poco la cara a Violet.

—Toma un poco de agua.

—No quiero.

—Un poquito, anda; si no, no te llevaré —condicionó, mientras le limpiaba las sonrojadas mejillas—. A las niñas que lloran no las dejan entrar en la clínica.

Con esa táctica consiguió que bebiera un poco de agua, le limpió la cara una vez más y la bajó de la mesa.

—Ya no voy a llorar. —Sorbió los mocos, y con el dorso de la mano se enjugó las lágrimas—. Quiero ver a mi hermano.

—Ya vamos para allá... Seguro que cuando te vea se burlará de tu nariz, que está como un tomate. —Sonrió, mientras pensaba con positivismo.

—No me molestará que lo haga.

Llegaron al estacionamiento, donde las esperaban Amélia y Elias.

Cuando llegaron a la clínica, encontraron a su abuelo y a su tía sentados en la sala de espera. Reinhard tenía a Sophia abrazada, mientras le susurraba tiernas palabras, tratando de animarla, pero lamentablemente no podían esconder la preocupación que anidaba en su mirada.

Elizabeth necesitaba saber de su hermano, por lo que les suplicó que le dijeran qué le había pasado, y si los doctores les habían dicho algo.

Sophia sabía que no era la más oportuna para dar noticias, tenía los nervios destrozados y se sentía culpable, porque le había dado el permiso a Oscar para que fuera a surfear sin la compañía de Renato.

Si le llegaba a pasar algo grave a su sobrino, no se lo perdonaría nunca, y mucho menos sabría cómo decírselo a Rachell.

Reinhard le pidió a Sophia que se quedara con Violet, y con un poco de apoyo en su bastón, se puso de pie y se llevó a Elizabeth a un rincón de la sala.

—Aún no nos han informado nada..., pero confío en que no sea grave. Las malas noticias no demoran mucho en darlas.

—¿Qué fue lo que le pasó? —preguntó con los ojos ahogados en lágrimas, evitando por todos los medios que su hermanita la viera hecha trizas.

—No lo sé muy bien, en recepción me dijeron que llegó en una ambulancia, y el reporte que los paramédicos autorizaron a dar es muy poco...

—Avô, ¿qué te dijeron? ¿Cómo pasó?

—Dijeron que estaba surfeando en Leme y una ola lo arrastró hasta el rompeolas..., que otro surfista lo socorrió y llamó a la ambulancia... Solo eso.

Elizabeth se llevó las manos a la cara y se echó a llorar, porque estaba segura de que su hermano no podía estar bien, no iba a estarlo si había sido arrastrado hasta las piedras del morro.

Ella sabía la fuerza con la que el agua se estrellaba contra esas piedras, siempre le había tenido pánico a ese lugar, a pesar de que cuando estaban pequeños, su padre los llevaba al camino de pescadores con sus cañas y pasaban momentos extraordinarios cuando por fin un pez caía en sus anzuelos.

No dejaba de temerle, cada vez que miraba hacia abajo eso parecía ser una lavadora gigante, porque sabía que sería doloroso y no sobreviviría. Ahora su hermano había tenido la desgracia de vivir una de sus pesadillas.

—¿Qué hacía Oscar ahí? —chilló en medio del llanto—. Sabe que ese lugar es peligroso, lo sabe...

—Supongo que quería un poco más de adrenalina...

—¡Avô, no lo justifiques! —interrumpió, sintiéndose confundida por la actitud tan encubridora de su abuelo. Sabía que los adoraba, pero justificar lo que Oscar había hecho, no era lo más racional.

En ese momento un hombre vestido con bata blanca y pantalón negro llegó a la sala y preguntó por los familiares de Oscar Garnett.

Sophia se levantó como un resorte y Elizabeth se echó a correr, dejando a su abuelo con la excusa en la boca.

—Soy su tía —dijo Sophia agarrando a Violet de la mano, porque también se había levantado.

—Y yo su hermana —dijo Elizabeth, parándose frente al hombre moreno, ojos marrones y nariz fileña, que aparentaba unos sesenta años.

El hombre alargó la mirada hacia Reinhard.

—Señor Garnett —saludó el doctor, quien conocía muy bien al influyente hombre, y sabía cuál era el parentesco que lo unía a su paciente.

—¿Cómo está mi nieto? —Intentó mostrarse calmado; sin embargo, la desesperación se notó en el tono de su voz.

—En este momento se encuentra fuera de peligro. —Se apresuró a dar primero los resultados positivos, para aminorar la angustia del magnate.

Sophia y Elizabeth suspiraron llenas de alivio, sintiendo que el alma les regresaba al cuerpo.

—Sin embargo, estará en observación por cuarenta y ocho horas —continuó el doctor—. Ha sufrido algunas lesiones, tiene un par de costillas rotas, tuvimos que enyesarle el brazo y la pierna derecha. —Trataba de explicarles, dejando de lado los términos médicos, que tendían a confundir más a los familiares de los pacientes—. Le hicimos varios exámenes, entre ellos una tomografía, para descartar cualquier contusión cerebral. No quise dar noticias hasta que el paciente reaccionara y estuviéramos seguros de que no había pérdida de memoria.

—¿Ya está despierto? Quiero verlo, doctor —suplicó Elizabeth.

—El joven aún está un poco desorientado y bajo los efectos de la anestesia. Los raspones en el rostro y extremidades, hacen parecer que su estado es mucho peor —advirtió, consciente de que se impresionarían al verlo—. Afortunadamente lograron rescatarlo a tiempo; de lo contrario, hubiese sido lamentable.

—Gracias doctor —dijo Reinhard, con el corazón aun latiendo a mil por segundo. No iba a sentirse tranquilo hasta que pudiera ver con sus propios ojos a su nieto, y asegurarse de que estaba bien.

—En unos minutos los haré pasar, les recomiendo que no lo presionen.

—No, no lo haremos —aseguró Sophia, mientras Violet negaba con la cabeza, confirmando que ella tampoco lo molestaría.

—Con su permiso, voy a autorizar la visita —dijo el hombre mirando a Reinhard.

—Se lo agradezco.

El doctor se retiró y todos tomaron asiento en los confortables sillones de cuero, sintiéndose mucho más calmados; sin dudas, Oscar les había dado un gran susto.

—¿Podemos decirle a mis papis? —preguntó Violet, buscando la mirada de su abuelo.

—No por ahora, pequeña Violeta. —Le posó una mano en la cabeza, percatándose de los vestigios del llanto de la niña—. Esperemos a que Oscar esté más recuperado y pueda hablar con ellos.

En pocos minutos una enfermera se acercó a ellos y les pidió que la siguieran. Los llevó a la habitación del joven.

Cuando por fin entraron, vieron a Oscar en la cama, semisentado, con el brazo enyesado sostenido por un cabestrillo, y el yeso de la pierna le llegaba hasta la rodilla. Tenía un enorme e hinchado raspón en el costado derecho del rostro, que abarcaba frente y pómulos.

—Lo siento Avô. —Fue lo primero que dijo al verlos entrar—. Siento haberte preocupado. —Se disculpó, consciente de que su abuelo ya no estaba para experimentar emociones tan fuertes.

—No te preocupes Oscar, lo importante es que estás bien. Solo ha sido un susto, un gran susto. —Sonrió, tratando de hacer sentir mejor al niño que cada vez le hacía recordar más a Samuel—. ¿Cómo te sientes?

Realmente el doctor había tenido razón al decirles que se veía peor de lo que realmente estaba, le preocupaba que esas heridas fueran a dejar huellas.

—Realmente los calmantes no me dejan sentir.

—Nosotros también nos hemos preocupado por ti. —No pudo evitar decir Elizabeth, y en ese momento Oscar miró cada rostro en la habitación.

—Lo siento...

—¿Qué fue lo que pasó? —Preguntó ella, acariciándole los cabellos y mirándolo a los ojos.

—Me expuse más de la cuenta... Me confié, o mejor dicho: intenté imitar a otro surfista, que a la

final terminó salvándome de una muerte segura.

—¡Oscar, ¿pero qué te dijo mamá?! —reprochó.

—Eli, por favor —intervino Sophia, recordándole que no debía preocuparlo.

—Está bien, pero me diste un gran susto... —Se controló, ya tendría otra oportunidad para reprenderlo.

—Y tú, ¿ya no hablas? —preguntó Oscar mirando a Violet, quien inusualmente se había mantenido en silencio.

—Sí —dijo con timidez—. Solo que no quiero molestarte, para que no te sientas mal.

—Esto sí que es un verdadero milagro, como que dejaré que las olas me arrastren más seguido, si con eso consigo que no me molestes.

—No. —Sin poder evitarlo se le derramaron dos lagrimones, que se limpió rápidamente—. Prometo que ya no voy a molestarte, pero no vuelvas a surfear.

—Enana, no llores... Solo estoy bromeando, ven aquí... —pidió, palmeando un lado de la cama—. Me gusta que me molestes, pero no demasiado.

Sophia cargó a la niña y la sentó en la cama, al lado del hermano.

—Ahora estarás feo, ¡cuando regreses a Nueva York y te vea Melissa! —Sonrió, mientras seguía limpiándose las lágrimas.

—¿Estoy tan feo? —preguntó, divertido.

—Horrible —intervino Elizabeth, sonriendo—. Esperemos que mejores antes de que mamá y papá regresen.

—Seguro que sí —comentó Sophia—. Solo espero que no te queden marcas en tu precioso rostro, mi vida.

—Estoy seguro que no, solo debe cuidarse. —Reinhard, quien había sido testigo de peores raspones en sus tres hijos, sabía que no le quedarían cicatrices.

La enfermera volvió a entrar, para anunciarles que debían retirarse, puesto que el paciente debía descansar. En medio de cuidadosos besos, se despidieron, prometiéndole regresar al día siguiente a primera hora.

Durante la cena, el tema de conversación fue el accidente de Oscar, donde Renato dejó claro que había sido imprudencia por parte de su primo; bien sabía que su técnica no era profesional y no debió arriesgarse de esa manera.

—Abuela, es que no debiste darle permiso, solo a ti se te ocurre creer en la palabra de un adolescente —comentó Renato, en un reproche hacia Sophia.

—Renato tiene toda la razón —estuvo de acuerdo Elizabeth y no solo miró a su tía Sophie, sino que también ancló sus ojos en Reinhard—. Creo que les falta imponer un poco de control sobre sus nietos, no pueden concederles todos los deseos.

—Sobre todo imponerle un poco de control a Elizabeth, que nunca está en casa —comentó Renato, en un acto de traición a quien se había puesto de su lado, pero bien sabía que su prima era mucho más arriesgada que Oscar.

Se lo había dejado claro en el momento que lo chantajeó para que la acompañara a la favela, y todo el desastre que pasó después en aquel lugar que parecía ser el infierno en la tierra.

Elizabeth dejó de picar el trozo de baby beef y levantó la mirada hacia Renato, con ganas de pasarle el cuchillo por la garganta.

—«Primito», si no estoy en casa es porque me estoy quedando con Hera y Helena; claro, que no puedes estar enterado de algo que no te comuniquen de forma digital —aguijoneó, consciente de que Renato le estaba solicitando a sus abuelos que no le permitieran salir.

—Claro que lo sabía, pero quedarte con ellas es como si estuvieses con plena libertad para hacer lo que te dé la gana. Es por eso que prefieres irte a su ático, ¿o me equivoco?

—Nunca traicionaría la confianza de mis abuelos o de mis padres. Mucho menos haría algo como para perjudicar a mis primas.

—¿Estás segura de eso? —preguntó, elevando una ceja y clavando sus intensos ojos azules en la mirada gris azulada de Elizabeth.

—Totalmente segura. —Elizabeth desvió la mirada hacia sus abuelos, quienes la miraban divertidos—. Siempre he demostrado ser una persona responsable, ¿o no?

Reinhard y Sophia asintieron, manifestando estar de acuerdo con Elizabeth, porque realmente desde niña fue muy madura.

—No digo que no seas responsable, sé que lo eres, pero también te gusta el peligro.

Elizabeth volvió a mirarlo y las ganas de asesinarlo aumentaron, su primo pensaba exponerla en plena cena delante de sus abuelos.

—¿Quieres un poco más de guisantes? —Le preguntó Sophia a Violet.

—Sí, por favor —aceptó y también afirmó con la cabeza.

—Sí, me gusta el peligro, no es secreto para nadie, por eso practico deportes extremos; aun así, soy totalmente prudente, ¿o puedes demostrar lo contrario? —Lo retó, para que supiera que no la intimidaba, y para saber si sería capaz de romper su confianza tan fríamente.

—¿Alguien quiere postre? —intervino Sophia, dejando claro que no estaba dándole importancia al tema—. Hay cocada de tabuleiro.

—¡Yo! —Levantó Violet las dos manos—. Ya me comí todos los guisantes —dijo sonriente, ansiosa por probar el delicioso postre a base de coco y helado.

—Yo no puedo —dijo Elizabeth—. Pido permiso para retirarme.

Reinhard y Sophia sabían perfectamente que Elizabeth cuidaba muy bien su alimentación, por lo que no le negaron el permiso.

—Huye, cobarde. —Se burló Renato, mostrándole una sonrisa descarada, en la que dejaba al descubierto su perfecta dentadura, y se pasaba la punta de la lengua de un canino al otro.

Elizabeth se levantó, le lanzó la servilleta de lino a la cara y soltó una falsa carcajada de burla.

—Ya no molestes —dijo sonriente y se fue al área de la piscina, para disfrutar un poco del aroma de la naturaleza, sin olvidar su teléfono.

Se quitó las sandalias que llevaba puestas y se sentó al borde de la piscina; se recogió un poco el vestido, para no mojarlo y metió los pies en el agua que estaba un poco fría.

Le avisó a sus primas que esa noche se quedaría en la mansión a dormir con Violet, no quería dejarla sola después de la impresión que había vivido. Las gemelas estuvieron de acuerdo y prometieron pasar muy temprano por la clínica.

Cuando terminó de conversar con sus ellas, decidió responder a uno de los tantos mensajes que Paulo le había enviado, y que no había contestado porque estaba tan preocupada por su hermano, que había olvidado todo lo demás.

Paulo, disculpa que apenas ahora te responda, sé que ha sido una desconsideración de mi parte, pero estaba muy aturdida.

Mi hermano está fuera de peligro, aunque sigue en la clínica.

Envío el mensaje y en muy pocos segundos el teléfono empezó a vibrarle en la mano, con una llamada entrante del chico, y sin dudar, le respondió.

—Hola, disculpa... Sé que arruiné todo.

—No amor, no te preocupes. Lo importante es que tu hermano se encuentra bien.

Era la primera vez que Paulo la llamaba de esa forma tan cariñosa y no podía negar que le había gustado.

—Sí, bueno... También le tocará tener algunos días de reposo.

—¿Qué te dijeron en la clínica?

—Se fracturó un brazo, una pierna, dos costillas y tiene unos raspones horribles en... ¿Quieres hablar sobre lo que estuvo a punto de pasar? —preguntó cambiando el tema, teniendo la certeza de que Paulo debía estar algo molesto, porque lo había dejado con una tortuosa erección.

—No quiero hablar sobre lo que estuvo a punto de pasar, solo quiero que pase..., pero sé que no es el momento indicado, porque te quiero totalmente concentrada en mí y en el momento.

Bendita manera que tenía Paulo de descontrolarla con unas simples palabras, que escondían una promesa totalmente placentera, había perdido la oportunidad de pasarlo muy bien ese día.

Recordó ese momento en que quedó desnudo frente a ella, tenía un cuerpo totalmente proporcionado, fuerte, muy definido y muy bien dotado; sin duda alguna la madre naturaleza había sido generosa con ese hombre.

—Para que eso suceda debemos asegurarnos de que no haya ningún perro cerca —bromeó ella y se mordió el labio.

—¡Maldito perro! —exclamó, divertido—. Luego de la ducha fría que tomé, tuve que beberme un antialérgico.

—No sabía que eras alérgico a tan adorables mascota. Mi mejor amigo fue un Alaskan Malamute, estuvo a mi lado desde que nací, pero hace muy poco murió.

—Por ti soportaría vivir con alergia, parece que vivió muchos años ese perro.

—Muchos... Más que un perro, era parte de mi familia.

—Eli. —La voz de Sophia llamándola interrumpió la conversación—. Disculpa cariño, tus padres preguntan por ti. —Le avisó desde la terraza que ya Samuel y Rachell estaban conectados.

—De acuerdo tía, ya voy.

—Bien —dijo y se marchó.

—Una vez más debo despedirme. —Le avisó a Paulo, quien seguía en línea.

—Ve tranquila, después seguiremos hablando de tu perro... ¿Vas mañana a la academia?

—Sí, aunque primero pasaré a visitar a mi hermano.

—Entonces nos vemos mañana... No faltes, que me debes unos cuantos besos.

—No faltaré... Que descanses.

—Tú también.

Elizabeth terminó la llamada, se levantó y se fue descalza y con los pies mojados a la biblioteca, donde siempre se reunían para conversar con sus padres; solo esperaba que no tuvieran que contarle lo de Oscar, porque no merecían interrumpir las vacaciones que por fin se estaban dando después de tantos años.

Sin embargo, su abuelo consideró necesario informárselo, porque como padre, no perdonaría que le ocultaran algo de tanta importancia.

—No Samuel, no es necesario que regreses, Oscar está bien, solo fue un susto. —Reinhard intentaba calmar a su sobrino, que evidentemente estaba preocupado por su hijo, mientras que Rachell parecía que aún no lo asimilaba.

—Sophie, dime la verdad por favor —suplicó Rachel con voz temblorosa y una mano sobre el pecho—. Necesito ver a mi niño. —Desvió la mirada hacia Samuel.

—Está bien, te lo aseguro...

—Entonces, ¿por qué sigue en la clínica? —cuestionó, mientras Samuel le acariciaba la espalda, intentando reconfortarla, pero no conseguía hacerlo.

—Solo está en observación, mañana podremos traerlo a casa y conversarán con él —intervino Elizabeth—. Mamá, papá... Sigán con sus vacaciones, por favor. En serio, no es grave, aquí todos estamos cuidándolo.

—Quiero hablar con él mañana a primera hora —pidió Samuel.

—Así será, prometo que lo harás —habló Reinhard, tratando de tranquilizarlo—. Hijo, quédate tranquilo, sabes que si fuese algo grave ya los hubiese enviado a buscar.

—Gracias tío, sé que me lo dirías —suspiró, tratando de calmarse un poco, y abrazó a Rachell.

—Gracias, muchas gracias Reinhard, Sophie... Siento mucho que Oscar los haya hecho pasar por un mal momento...

—Voy a reprenderlo —aseguró Samuel.

—No, por favor —dijo Reinhard—. No es necesario hacerlo, el niño solo pretendía divertirse un poco.

—Es que si no lo hago, pensará que podrá hacer lo que se le dé la gana.

—Comprendo, pero puedes hacerlo después, cuando estés presente.

—Está bien.

—Bueno, vamos a dejarlos descansar —comentó Sophia, para terminar con la videollamada.

Samuel y Rachell se despidieron de todos, sin poder conseguir que la angustia que anidaba en sus pechos se disipara totalmente.

CAPÍTULO 28

Oscar se mantenía con la mirada en los dedos de su mano derecha, los que habían quedado por fuera del yeso; se sentía culpable y también estaba arrepentido, pero eso no era suficiente para que su tío dejara de lado su regaño.

—Ya dije que lo siento, tío Ian —dijo con voz ronca, demostrando estar molesto por la insistencia con que lo reprendía.

—Estar arrepentido no es suficiente, Oscar; debes ser consciente de lo que haces. Si estuvieras a cargo de tus padres, la situación sería completamente distinta, pero estás a cargo de tu abuelo —reprochaba Ian, quien había llegado a la clínica desde muy temprano, dejando de lado sus importantísimas labores dentro de su compañía—, un hombre mayor, que ya no está para recibir noticias de impacto.

—Lo sé...

—¡Ya no eres un niño, caramba! A tu edad sabía lo que estaba bien o lo que estaba mal... ¿Dónde carajos está el sentido de la prudencia hoy día?

—Solo no pensé que podría ser tan peligroso.

—Por personas que no piensan están llenos los cementerios.

—Sé que estuvo mal, lo sé... Si te sirve de algo, prometo que no volverá a pasar.

—No, a mí no me sirve de nada... Eres tú quien debe comprometerse a cumplir esa promesa, no por mí, no por tu abuelo o tu madre o padre... Si te llega a pasar algo, seguro que nos dolerá..., pero podremos aprender a vivir con tu ausencia. Es tu vida la que se acaba, son tus metas y sueños los que se quedarán encerrados en un ataúd bajo metros de tierra, porque después de la muerte no hay nada... La vida es ahora, ya después te jodes.

Su tío solo provocaba que la culpa que ya sentía, aumentara, y odiaba sentirse de esa manera, odiaba que las lágrimas le quemaran al filo de los párpados a punto de derramarse.

—No quiero ser una molestia, en cuanto me den de alta regresaré a Nueva York —dijo con los dientes apretados, tragándose un torrente de lágrimas.

—¿Crees que te voy a dejar regresar? No vas a hacer lo que te dé la gana, jovencito, te quedarás en casa de mi padre hasta que los tuyos regresen, y sean ellos los que decidan qué se hará... Te falta mucho para ser un hombre, y si tu padre no te ha enseñado cómo serlo, me daré el placer de ayudarlo con eso.

—¿Y qué es ser un hombre, tío? —Elevó la mirada llena de molestia y no pudo evitar que dos lágrimas se le derramaran, las que se limpió rápidamente con la mano.

—Eres un hombre cuando aprendes a ser responsable, prudente y lo suficientemente fuerte como para soportar un regaño sin ponerte a llorar. Si estoy siendo estricto en este momento es para que aprendas la lección y no vuelvas a cometer estupideces.

—He dicho que lo siento, que no volveré a ponerme en peligro, pero no importa cuántas veces te lo diga, sigues sin creer en mi palabra.

—No va a ser fácil volver a creer en ti, porque le prometiste a tu madre que no te expondrías y fue lo primero que hiciste... Sabes que has contado con suerte.

—Lo sé —dijo apenado, en ese momento alguien llamó a la puerta, interrumpiendo la reprimenda de Ian.

Muy poco después entraron Reinhard y Sophia, en compañía de Elizabeth y Violet.

—Ian, no esperaba encontrarte aquí —dijo Reinhard sorprendido, al ver a su hijo mayor parado junto a la cama de Oscar, quien había volteado el rostro hacia la ventana—. ¿Pasa algo? —preguntó,

al sentir la tensión en el ambiente.

—¡Tío Ian! —Violet corrió, lanzándose a los brazos del hombre de cabellos canosos, quien dejaba al descubierto los brazos tatuados, por llevar la camisa arremangada hasta los codos.

—Padre. —Se acercó y le palmeó la espalda con la mano libre—. Estaba conversando con Oscar. Reinhard lo miró a los ojos, escudriñando en la mirada avellana de su hijo.

—Oscar, ¿solo conversaban? —preguntó, alargando la mirada hacia su nieto.

—Sí, Avô —respondió; sin embargo, la voz ronca por las lágrimas lo delató.

—Está bien, lo estaba reprendiendo —manifestó Ian ante la mirada que su padre le dedicó—. Solo trato de hacerle comprender que lo que hizo está mal.

—Tío, el doctor dijo que no debíamos presionarlo —dijo Violet.

—Lo sé, pequeña, solo lo regañé un poquito. —Le guiñó un ojo y le pellizcó una mejilla.

A él le encantaba compartir con las niñas, hubiese querido tener al menos una, porque estaba seguro de que debían ser menos complicadas; los varones siempre eran más rebeldes, y Liam le había valido por diez.

—Te he traído un poco de comida, supongo que la de aquí debe ser horrible —dijo Elizabeth, que aunque no lo expresara, estaba agradecida con el regaño de su tío hacia Oscar, porque su hermano siempre terminaba haciendo lo que le daba la gana.

—Ya desayuné, pero déjalo por ahí —dijo Oscar, mirando hacia la mesa que estaba junto a la ventana.

—¿Cómo te sientes, mi vida? —preguntó Sophia con ternura, acomodándole un poco la almohada.

—Anoche casi no dormí, odio el cabestrillo y me cuesta respirar —explicó, dejándose mimar por su tía, quien le despejaba el cabello de la frente.

—Ya te acostumbrarás. —Le sonrió con ternura.

—O bien puede ir otra vez a Leme, seguro que allá lo estarán esperando —aguijoneó Ian.

—Ian, por favor, ya aprendió la lección —intervino Reinhard. No quiso recordarle delante de los demás, que a esa edad, él era igual o peor que Oscar, solo que ahora que estaba viejo, no recordaba cuánto le apasionaban los deportes acuáticos, y que tuvo más de cinco fracturas, por lo que la mayor parte de su adolescencia la pasó enyesado.

—Espero que verdaderamente la haya aprendido, ahora debo irme a trabajar. —Le dio un beso en la mejilla a Violet y ella le dio dos de vuelta, la puso en el suelo y fue hasta donde estaba Oscar—. Te pasaré a buscar el fin de semana, sé que estar encerrado en casa de papá es aburrido.

—Está bien. —A pesar del regaño, Oscar no conseguía sentir rencor hacia su tío, siempre había sido de ese carácter tan recio, y en muchas oportunidades lo había reprendido; lo había hecho hasta delante de sus padres, quienes en ningún momento le quitaban autoridad.

Ian se despidió de Elizabeth con un beso en la frente y un abrazo, también lo hizo de Sophia y de su padre, dejándolos a todos con Oscar.

Elizabeth estuvo con su hermano por diez minutos y después partió a la academia, para sus religiosas prácticas de capoeira.

Sabía que iba tarde, pero ya le había avisado al mestre sobre el accidente de su hermano, para que no pensara que se había vuelto costumbre llegar a las prácticas a deshoras, mucho menos que le estaba restando importancia a la capoeira.

Estacionó su auto y bajó, llevando consigo la infaltable mochila, la dejó a un lado e ingresó a la roda, las emociones que la excitación provocaba, estallaron en ella al ver a Paulo en medio del combate, e inevitablemente recordó lo que estuvo a punto de pasar entre ambos el día anterior.

Él perdió concentración al ser consciente de su presencia y de eso se aprovechó su oponente, intentó recuperarse, tal vez para demostrarle que estaba mejorando en ese arte, pero le fue imposible conseguir la victoria.

Antes de que Paulo pudiera tomar posición a su lado, el mestre la invitó a entrar al círculo y le tocaba enfrentarse a Bruno. Hicieron el saludo inicial y se integraron al juego; el amigo de Liam era bueno, pero no tanto como ella, le faltaba un poco de malicia y rapidez. En medio de risas y aplausos él salió, cediéndole el puesto a alguien más, mientras el berimbau marcaba el ritmo de la roda para el próximo encuentro.

Priscila entró al juego, sin saludar fue directo al combate, tomando por sorpresa a Elizabeth.

Sin embargo, su estúpida trampa no fue suficiente para hacerle perder la concentración, luchó como siempre lo hacía, con rapidez y contundencia, apegándose a las reglas de la academia, aunque realmente se moría por luchar sin ningún tipo de restricciones, como lo hacían en la favela.

En ese momento y sin ningún aviso, Priscila le dio una patada en la nariz que la cegó por segundos, y un terrible dolor se desató casi inmediatamente. Eso no estaba permitido, por lo que se llenó de ira y se le fue encima, dándole un empujón que la hizo retroceder varios pasos.

—¿Qué te pasa?! —Le gritó, sintiendo cómo la sangre tibia le bajaba por la nariz, pero estaba tan molesta que no se detenía en sus empujones.

Priscila la enfrentó y la agarró del pelo, eso solo la enfureció más y empezó a darle puñetazos en la cara; sentía que Priscila le arrancarían el cuero cabelludo, pero a cambio, la muy perra no podría mirarse al espejo por una semana.

—Calma..., tranquila. —Solo escuchaba las voces de los hombres de la roda. Alguien la sostenía por la cintura e intentaba alejarla de Priscila, pero nunca antes había sentido ganas de hacerle daño a alguien como lo experimentaba en ese momento.

—Elizabeth, cálmate.

—¡Estúpida! Esto no se va a quedar así... —Le gritó Priscila, quien era sostenida por Bruno.

Estaba totalmente despeinada y tenía el rostro sonrojado, hinchado y un hilo de sangre le bajaba por la comisura derecha.

Elizabeth se dio cuenta de que quien la sostenía con tanta fuerza era Paulo, le cerraba la cintura con los brazos; sin embargo, ella se retorció con ganas de soltarse y seguir dándole la paliza a Priscila.

—No, no se va a quedar así —sentenció Elizabeth, señalándola de manera insistente.

—Paulo, llévala a enfermería —pidió el mestre.

—No, no quiero ir a ningún lado —dijo, sacudiéndose del agarre, pero era imposible liberarse, al tiempo que se limpiaba con el dorso de la mano la sangre que le brotaba de la nariz.

—Necesitas ir a que te vean, estás botando mucha sangre... —Desvió la mirada hacia Priscila—. No se juega sucio. —Le rugió con rabia, mientras arrastraba a Elizabeth fuera del salón, dejando en medio el descontrol que provocó la pelea entre ambas chicas.

—Ya, suéltame Paulo —dijo con rabia, no solo se sentía molesta, sino también adolorida.

Él la soltó y se quitó la camiseta blanca.

—Póntela en la nariz, estás sangrando mucho. —Le extendió la camiseta, al tiempo que volvía a sostenerla por un brazo, guiándola a enfermería.

—No sé qué le pasa a esa estúpida, me atacó... —Saboreaba la sangre que se le metía en la boca cada vez que hablaba.

—Todos vimos que fue ella quien empezó... Levanta la cabeza un poco... —Sin pedirle permiso la cargó, porque temía que ella levantara la cabeza y se tropezara.

—Bájame Paulo, por favor... —pidió, no estaba para estúpidas escenas de romanticismo, solo sentía que la sangre le hervía.

Él aceptó la solicitud y la bajó, Elizabeth aprovechó una banca para sentarse y se cubrió con la camiseta la nariz, que no dejaba de emanar sangre.

—Es mejor que vayamos a enfermería —dijo con preocupación, acomodándole detrás de la oreja

un mechón de cabello que estaba ensangrentado.

—No quiero ir a ningún lado, solo iré a mi casa.

—Elizabeth, no seas terca, no eres una niña y sabes que debes dejar que te vea un médico...

—No quiero, Paulo. Estoy hirviendo de rabia y solo quiero desahogarme con Priscila.

—Amor, mírame... Estás sangrando mucho, y verdaderamente estoy preocupado. —Se acercó y le dio un beso en la mejilla, después de eso le ayudó a ponerse en pie.

Al llegar a enfermería la revisaron y la curaron, afortunadamente no tenía fractura, solo un alarmante sangrado, que poco a poco fue reduciendo. Paulo aprovechó que la mantenían acostada para ir por la mochila de Elizabeth, porque estaba seguro de que ya no volvería a las prácticas.

Salió de enfermería con unos tampones en la nariz, sin dolor gracias al sedante. Tenía el uniforme manchado y la rabia aún latente.

—No voy a volver al salón, no creo que pueda controlarme si vuelvo a ver a esa perra.

—No vas a volver, ya hablé con el mestre —dijo Paulo, quien le llevaba la mochila y la sostenía del brazo—. Vamos a mi apartamento, te cuidaré.

—No es necesario que me cuides, no soy una niña... Prefiero ir con mis primas. —Elizabeth no quería llegar con ese aspecto a la casa de su abuelo, ya el pobre había tenido suficiente impresión el día anterior con el accidente de Oscar, como para ella atormentarlo aún más.

—Así no podrás conducir.

—¿Podrías hacerlo por mí? Por favor —pidió sin detener su andar hasta el estacionamiento, tratando de mantener la boca un poco abierta para poder respirar.

—Sí, claro, sabes que haría cualquier cosa por ti. Después regresaré por mi auto. —La soltó y le pasó el brazo por encima de los hombros, pegándola a su cuerpo—. Por cierto, ¿dónde aprendiste a pegar de esa manera? Por un momento pensé que tenía en frente a la reencarnación de José Aldo —comentó sonriente, refiriéndose al más grande peleador brasileño de artes marciales mixtas, ganador de varios campeonatos de la UFC.

Elizabeth sonrió, sintiéndose totalmente halagada, pero se reservaría decirle que lo había aprendido con su padre, quien le enseñó desde muy pequeña a pelear como un hombre y no como una mujer; siempre le había dicho que nunca se aferrara a los cabellos, sino que diera golpes fuertes y contundentes, por eso tenía los nudillos y las muñecas adoloridas e inflamadas.

Todas esas técnicas las había perfeccionado y puesto en práctica con hombres, el día que tuvo que luchar con más de una docena en la favela; indiscutiblemente, para ellos sus arremetidas eran como cosquillas, pero estaba segura de que no sería lo mismo para Priscila.

—Solo lo hice por instinto —dijo, sonriente.

En ese momento, Paulo percibió un olor repugnante, y no pudo evitar sentirse asqueado y mirar al otro lado del camino de grava, donde estaba el bosque.

—Creo que hay algún animal muerto entre los matorrales —dijo, llevándose una mano a la nariz.

—Lo siento, no puedo oler nada... —respondió ella, mirando en dirección a donde lo hacía Paulo.

—¡Apesta! —exclamó, sintiendo que el estómago se le revolvía—. Voy a ver.

Elizabeth inmediatamente pensó que podría ser otra víctima del asesino en serie y se quedó inmóvil en el lugar, ni siquiera le pidió a Paulo que esperara.

Él caminó hacia los matorrales y ella miró a todos lados, con ganas de salir corriendo, pero las piernas no le respondían, o por lo menos no para ir tras Paulo, solo quería huir de ese lugar, llegar a su auto y largarse.

Empezó a caminar lentamente hacia el estacionamiento, mientras todo su cuerpo temblaba, tan solo avanzó pocos pasos para darse cuenta de dónde era que verdaderamente provenía el putrefacto olor.

Su auto estaba totalmente embarrado por huevos y podía jurar que estaban podridos.

—¿Eli, espera! —pidió Paulo al verla alejarse, por lo que desistió de seguir buscando algún animal muerto.

La siguió y cada vez el hedor era más fuerte, no pasó mucho tiempo para que viera lo mismo que Elizabeth.

Ella caminó con decisión hacia su precioso Lamborghini plateado, regalo de su abuelo, y alguien se lo había arruinado, porque también le habían vaciado los neumáticos.

—¿Quién hizo esto? —preguntó Paulo, aturdido. Soportando el hedor de los huevos podridos.

—Vete Paulo —exigió Elizabeth con dientes apretados, mientras las ganas de llorar por la rabia e impotencia le ganaban la partida—. Ha sido tu culpa, es por ti que han hecho esto. —Señaló el cristal delantero, donde le habían escrito en grande y mayúscula con pintura roja: «PUTA».

—No, yo no tengo nada que ver... Eli, no tengo nada que ver.

—¿Estás seguro? —inquirió, volviéndose hacia él—. El ataque de Priscila no fue accidental...

—Lo sé..., pero nada tengo que ver con eso.

—¿Viste a Celina hoy? ¿La viste?

—No..., realmente no. Creo que no vino —respondió, sintiéndose cada vez más aturdido ante el interrogatorio.

Elizabeth estaba segura de que no podría irse en su auto, por lo que le arrebató la mochila a Paulo y empezó a caminar con decisión hacia la salida.

—Espera —dijo, tomándola del brazo y haciéndola volver—. No entiendo qué te pasa.

—¿No lo entiendes o te haces el estúpido? —Se soltó del agarre de un tirón, y sintió que su nariz volvía a brotar sangre; también volvió a verle el tatuaje en el pectoral izquierdo, ya que su camiseta manchada de sangre había quedado en enfermería—. Es evidente que Priscila y Celina se pusieron de acuerdo para hacer todo esto, ayer nos vieron salir juntos.

—Casi todos los días nos ven salir juntos —explicó él, tratando de encontrarle algún sentido a los celos de Elizabeth. Entendía que debía estar molesta por lo que le hicieron, pero no tenía que pagar su rabia con él.

—¿Tuviste sexo con ellas? —preguntó, clavando su mirada en los ojos de él. Se quedó esperando por más de un minuto la respuesta por parte de Paulo, sin desviarle la mirada; algo que él hizo en varias oportunidades—. ¿Te acostaste con ellas sí o no? —Volvió a preguntar, tomándolo por la barbilla, para que dejara de lado la cobardía y afrontara el momento.

—Eso no viene a esta conversación —respondió, tragando el nudo de angustia que se le alojaba en la garganta.

—Sí, te las cogiste y ahí está la respuesta de todo lo que me están haciendo. Se están vengando de mí porque creen que me acuesto contigo. —Conocía perfectamente el proceder de una mujer celosa, y sin esperar su respuesta se volvió para largarse del lugar.

—Elizabeth, por favor —Intentó sujetarla una vez más.

—No me toques. —Le advirtió.

—No he hecho nada para que te molestes conmigo. Sí, tuve sexo con las dos, pero en su momento quedó claro que era sin compromisos... Eso pasó mucho antes de que llegaras —confesó, sintiéndose estúpidamente nervioso. Temía perder a Elizabeth por culpa de Priscila y Celina.

—Al parecer fue a ti al único que le quedó claro los términos —suspiró, tratando de encontrar un poco de calma, porque la ira le estaba consumiendo el sedante, y le estaba doliendo la nariz—. Paulo, ya deja de insistir... Es mejor que me vaya y olvidemos esto.

—Sí, vamos a olvidar todo esto, dame las llaves y me encargaré de hacerte llegar el auto como nuevo... —Le agarró la mano—. Te llevaré en el mío.

—No, no quiero que hagas nada de eso. —Se soltó una vez más—. Yo lo haré, es mi problema y voy a resolverlo... Cuando me refiero a olvidar todo esto, significa que ya no quiero ganarme

enemistades de gratis. Es mejor que sigamos como amigos, mejor aún, solo como compañeros de capoeira... Nada más.

—Eli, no, por favor... No permitas que lo que tenemos termine por unas estúpidas caprichosas —suplicó, mirándola a los ojos.

—Es más que eso... —Decidió que era momento de ser realmente sincera—. Yo... tengo a alguien en Nueva York —dijo al fin, sintiendo que un gran peso la abandonaba—. No es justo para él ni para ti.

—¿Entonces por qué permitiste que avanzara contigo? —dijo confundido y molesto, pero también sintiendo que un gran vacío le lastimaba por dentro.

—Porque no me has dejado opción... No voy a mentirte, me gustas, eres un hombre realmente atractivo —resopló, dándose cuenta de que eso era más difícil de explicar de lo que imaginaba—. Contigo lo paso muy bien..., eres todo lo que alguna vez soñé...

—Entonces puedes dejarlo por mí, puedo entender que al ser una mujer tan hermosa, siempre tengas a tu lado a un hombre dispuesto a enamorarte...

—No Paulo, no voy a dejar a Luck por ti ni por nadie —interrumpió, antes de que empezara a ilusionarse.

—¿Lo amas? —preguntó mirándola a los ojos, mientras luchaba con las lágrimas que le ahogaban la garganta.

—Más que eso.

—¿Entonces por qué ayer ibas a acostarte conmigo? —preguntó con amargura.

—Porque me gustas, no te he mentado... Me gustas mucho.

—Estoy intentando comprenderte... Intento comprender qué significado tiene para ti el amor.

—No vas a comprenderlo, por eso no voy a gastar mi tiempo ni mis palabras en explicártelo... Ahora debo irme —concluyó al sentirse totalmente acorralada.

—Es mejor que te vayas —dijo él, dándose media vuelta y alejándose, dejándola parada en medio del camino, al lado de su auto cubierto por huevos podridos.

Se sentía muy molesta por todo lo que le habían hecho Celina y Priscila, pero también sentía una horrible sensación de tristeza, por haber dejado ir a Paulo. Estaba segura de que no merecía enterarse de su relación con Luck de una manera tan brusca, que debió conversarlo con mayor tacto y serle totalmente sincera, tal vez, si realmente sentía algo por ella, podría terminar comprendiéndola.

Se volvió y caminó a la salida, donde venció una vez más el miedo de subirse a un taxi.

No se consideraba una mujer llorona, en su vida muy pocas veces había contado con sucesos que la hicieran llorar, y sus padres se habían encargado de revestirla de fortaleza y seguridad, pero en ese momento sentía muchas ganas de llorar, por Paulo, por Luck, por ella y por la absurda situación que los rodeaba.

No estaba enamorada de Paulo, de eso estaba totalmente segura, pero le dolía mucho que las cosas entre ellos terminaran de esa manera, por culpa de dos estúpidas que no sabían quererse un poquito, que no aceptaban el rechazo de un hombre y llevaban a cabo una lucha perdida.

CAPÍTULO 29

Elizabeth pasó todo el día encerrada en la habitación que sus primas le habían dado desde el mismo momento que adquirieron ese hermoso ático, quería salir y distraerse un poco, pero no pretendía ser el centro de atención de miradas imprudentes, por lo que trataba de hacer las horas menos aburridas, revisando sus redes y conversando con algunas compañeras modelos o de la academia de capoeira en Nueva York.

Evitaba mirarse en el espejo, porque al hacerlo, solo veía su rostro inflamado y los tampones en la nariz, que le recordaban todo lo vivido durante la mañana, e inevitablemente el rencor hacia Priscila aumentaba.

Había tomado la decisión de no volver por un tiempo a la academia, no porque sintiera algún tipo de temor hacia esa estúpida, sino porque no podría controlarse cuando se la encontrara; también creía necesario alejarse de Paulo, para que los días sanaran las heridas en ambos.

Aunque pasó horas y horas con el teléfono en la mano, no recibió ningún mensaje ni llamada de Paulo, eso solo le confirmaba que verdaderamente estaba molesto.

—¡Hola! —saludó Helena entrando sin avisar.

—Hola —correspondió con ese tono de voz ridículo que le salía por tener los tampones en la nariz.

Se levantó, quedando sentada en la cama, sin soltar el teléfono.

—¿Qué te pasó?! —preguntó, sorprendida, al verla en esas condiciones.

—Nada, solo fue un accidente en la academia... ¿Mucho trabajo hoy? —curioseó, lo último que deseaba era hablar sobre su reñido encuentro con Priscila.

Helena se quitó los zapatos de tacón y se sentó en la cama, metiendo los pies para masajearse un poco.

—Sí, muchísimo... Fue un día de mierda, no sé cómo papá podía atender tantos compromisos él solo, si Hera, Renato y yo no podemos... Casi nunca logro terminar todo lo que me programo en mi agenda diaria. Hoy tuve tres reuniones, siguen los problemas en Mato Grosso con los garimpeiros, en fin... Son tantas cosas, que solo terminaría aburriéndote...

—Tranquila, no podría aburrirme más... Me he pasado todo el día en cama.

—Y cuéntame, ¿cómo fue ese accidente? —Le sostuvo la barbilla y le elevó el rostro, para mirar los tampones en la nariz.

—No tiene importancia. —Se liberó del agarre.

—Si me dices que no tiene importancia es porque la tiene... Pequeña, te conozco mejor de lo que me conozco a mí misma. Nunca antes habías tenido ningún tipo de accidente en la academia.

—Una chica me atacó, supongo que quería vencerme saltándose las reglas del juego.

—Sabes que conozco a todos allí. Dime quién fue y porqué hizo algo así. —Se quitó la chaqueta blanca que llevaba puesta y luego el sostén, sin deshacerse de la camiseta de seda sin mangas. No pudo evitar soltar un jadeo de satisfacción al liberarse de la prenda íntima.

—Fue Priscila —resopló de ira, tan solo de pronunciar el nombre de la muy maldita, la sangre volvía a entrarle en ebullición—. Supongo que lo hizo porque estaba segura que de otra manera jamás podría vencerme.

Helena rodó los ojos y Elizabeth le llevó la mano al hombro, empujándola, al tiempo que ambas soltaban risotadas.

—Maldita humildad que heredaste de Sam.

—Solo digo la verdad... Ninguno de allí ha conseguido superarme, tal vez si fuesen más

disciplinados y practicarán capoeira todos los días de su vida, como lo he hecho yo, estarían a mi nivel... Has sido testigo de que termino venciendo a todos. —Sonrió con supremacía.

Helena sabía que no mentía, Elizabeth era una bestia en ese arte; suponía que esos eran los beneficios de esa obsesión que Samuel le había inculcado desde niña.

Por muchos años pensó que terminaría siendo lesbiana, porque solo se apasionaba por los deportes que exigían gran actividad física y que comúnmente son practicados por hombres; tan solo asistió alrededor de cuatro años a ballet, pero cuando pudo tomar sus propias decisiones, prefirió dejarlo de lado y eligió el baile, pero de manera libre, sobre todo, los ritmos latinos.

Era la cómplice que Samuel Garnett se llevaba al polígono cuando ella no tenía algún desfile o compromiso con el modelaje, algo que estaba segura, Elizabeth no veía como una profesión, sino como un pasatiempo.

Todavía le sorprendía la manera en la que lograba mimetizarse con el entorno. Algunas veces era una estilizada modelo de mirada seductora, otras una guerrera de mirada intimidante y otras solo una chica con unos hermosos ojos cristalinos, que reflejaban algún tipo de ternura escondida.

—He sido testigo —asintió, dándole la razón—. ¿No te aburre llevarte todo el tiempo los aplausos de gloria? Si no es en capoeira, es en las pasarelas.

—Muchas veces..., pero no por eso voy a dejarme vencer, quien quiera ganarme que lo haga, pero que lo haga de verdad.

—Ya encontrarás quién te humille —dijo, sonriente.

—Tanto como para humillarme no.

—El ricitos de la favela, el que te cogiste en la feiojada... Dijiste que era buen capoeirista, y debe serlo para que lo admitas.

—¡Cobra! —dijo divertida, recordándole el nombre.

—Sí, Cobra... Me gusta ese apodo.

—También a mí.

—Es que lo poco que pude ver, está para repetir.

—No me refiero al hombre, me refiero al apodo... Creo que le queda muy bien, es traicionero.

—¿Lo has vuelto a ver?

—No —mintió, no le diría que lo había visto en el Jockey Club, porque ni ella lograba comprender ese episodio de su vida, como para comentárselo a Helena—. No he vuelto a verlo ni saber de él.

—No me digas que has fracasado, prima... ¿Recuerdas el juramento? —preguntó, elevando una ceja con pillería.

—Claro, nuestra misión es dejarlos con ganas de más... Juro por todos los dioses del sexo que me moví con intensidad. —Elevó ambas cejas en respuesta al gesto de Helena—. Pero es mejor así, creo que esa noche las bebidas se me subieron a la cabeza, y tanto Hera como tú, se dedicaron a alimentar mi locura.

—Sí, está bien. —Se carcajeó—. Ahora échale la culpa a tus inocentes primas, quienes solo te incitaron a que le dieras rienda suelta a las ganas... —Miró atentamente el rostro sonrojado de Elizabeth—. Eso está muy feo, debes ponerte un poco de hielo.

—Eso haré, en media hora me tocan los medicamentos. —Elizabeth agradeció que Helena cambiara el tema. No sabía por qué hablar de Cobra la ponía nerviosa, eran como muchas mariposas aleteando en el estómago sin darle tregua, y eso solo le pasaba cuando le tocaba enfrentar momentos importantes en su vida.

—Últimamente tu vida es mucho más interesante que la mía... No me has contado sobre Paulo... Supongo que debe ser celestial encerrarse en una habitación con Cobra y Paulo.

—He decidido darme un tiempo con Paulo —contó, sin poder ocultar la nostalgia en su voz.

—¿Y eso? ¿Qué pasó? Si el mineiro está que se trepa a las paredes por ti.

—Descubrí que tuvo sexo con Priscila y con Celina.

—¿Y qué de malo con eso? No lo quieres para formar una familia, ¿o sí? —curioseó, sintiéndose un poco confundida—. Tú tuviste sexo con Cobra... Un momento, ¿Paulo se cogió a Priscila? ¿Por eso fue que te atacó desprevenida? —Su tono de sorpresa era como si hubiese descubierto algún nuevo continente.

Elizabeth solo asintió, no tenía que decir nada más, ya Helena había sacado las conclusiones correctas de lo sucedido.

—Perra de baja autoestima... Seguro que es una muñeca inflable, frígida de mierda; porque si fuese buena cogiendo, Paulo no estaría casi lamiéndote el culo.

—No creo que sea eso, los hombres son mujeriegos por naturaleza... Nunca se conforman con una o dos, siempre van por más, complicando las cosas.

—Los hombres solo buscan otras cuando no están verdaderamente enamorados o satisfechos.

—¿Y acaso los hombres verdaderamente se enamoran? —ironizó.

—Sabes que sí, tu padre es un ejemplo y el mío también; y qué mayor ejemplo de amor que el de Thor hacia Megan o el de Ian y Thais.

—Ya tío Thor es un santo. —Sonrió, divertida—. Fue el último en su especie...; sin embargo, creo que esta conversación no nos está llevando a ningún lado —suspiró con la boca abierta para poder respirar, porque los tampones en la nariz no se lo permitían de otra manera—. No voy a tener nada serio con Paulo.

—¿Y con la Cobra?

—¡Menos! Ya no molestes más con él, que solo ha sido mi mayor momento de debilidad, del que estaré arrepentida toda mi vida.

—¡Pero si dijiste que lo habías gozado!

—Sí, pero ya te he dicho que no es un hombre con el que quiera involucrarme.

—Comprendo, temes que el hombre de favela termine enamorando a la princesita de la Gran Manzana... El típico amor imposible por diferencias sociales —saturizó, divertida.

—¡No seas estúpida! —La reprendió sin poder ocultar la sonrisa—. Es que no me gusta tanto como para perder la razón, no es tan atractivo. Sí, está muy bueno, tiene un temperamento que me fascina en la misma medida que me intimida, y coge como ningún otro con el que haya estado... Es rudo, se impuso en todo momento, pero si me tocara elegir entre él y Paulo, me quedaría con Paulo, pero temo lastimarlo, él quiere que las cosas entre ambos avancen más allá del sexo por un mes... Me molesta cada vez que hace planes a futuro. —Puso los ojos en blanco, evidenciando su fastidio.

—¿Y por qué no aceptarlo con todo y planes?

—Por Luck, no voy a dejarlo.

—Realmente no comprendo esa relación que llevas con el muñeco. —Negó ligeramente con la cabeza.

—Nosotros nos comprendemos, es suficiente...

En ese momento la puerta de la habitación se abrió una vez más, interrumpiendo a Elizabeth.

—¿No piensan acompañarme a cenar? —preguntó Hera, entrando—. ¡Elizabeth, ¿qué te pasó?!

—Es una larga historia, que prefiero contarte mientras comemos. —Se levantó de la cama y Helena la siguió.

—Seguro te dirá todo, pero te adelanto que fue por Paulo.

—¿Pelea de chicas? —preguntó, elevando un ceja con suspicacia, al tiempo que le posaba las manos sobre los hombros a Elizabeth.

—Más o menos.

—Dime que la otra quedó peor. —Le sonrió, mirándola a los ojos.

—No podrá mirarse al espejo por una semana —confesó, orgullosa, a la vez que le mostraba los nudillos hinchados de sus manos.

—¡Esa es mi Eli! Solo espero que no se vuelva costumbre, porque ningún hombre merece que luches con otra por él. Si de verdad te quiere, es su deber darte el puesto que te corresponde.

—No, jamás se volverá costumbre, porque ya terminamos la relación que teníamos. No pienso convertirme en la burla de nadie —aseguró, dejándose guiar por sus primas al comedor.

Se había prometido no volver a la academia y después de cinco días seguía manteniéndose firme, el mestre la había llamado para informarle que había suspendido a Priscila por quince días, era su manera de castigarla por haber faltado a una de las reglas de la institución, aun así, eso no fue suficiente para que decidiera volver, porque no quería ver a Paulo, de quien no había tenido ningún tipo de noticia.

También había recibido la visita de algunos compañeros, entre ellos Bruno, quien la invitó a almorzar el día anterior y aceptó por no rechazar al amigo de Liam.

Bruno era un hombre realmente atractivo, rubio, de cabello ondulado y con los ojos de un color muy parecidos a los de su padre, que casi llegaban al amarillo, pero no lograba verlo como a un hombre con el que pudiera tener algún tipo de relación más allá de la fraternal, porque le tenía tanto cariño como a sus primos.

Lo conocía desde que ella tenía nueve años y él doce, por lo que lamentablemente no podía corresponder a sus sentimientos.

Todos los días en la mañana se iba a la casa de su abuelo y la pasaba junto a sus hermanos, con quienes compartía agradables momentos, sobre todo cuando bailaba con Violet, y Oscar las animaba. Necesitaba un poco de adrenalina en su monótona rutina, por lo que no lo pensó ni un instante cuando Wagner le preguntó si iría a la favela ese sábado.

Estaba segura de que no podría competir, porque aunque ya no llevaba los tampones y el dolor había desaparecido, no quería arriesgarse a que volvieran a golpearla y la lastimaran; sin embargo, deseaba participar en el corrido y llenarse de la potente energía que desprendían los capoeiristas callejeros, también porque muy en el fondo y aunque se lo negaba totalmente, quería ver a Cobra.

El mirante Leblon se había convertido en su punto de encuentro con Wagner, él siempre llegaba primero que ella y el medio de transporte era en taxi, él le explicaba que era lo más seguro, porque aunque algunas personas ya lo conocieran y contara con la protección de Fabio y sus hombres, no podía asegurar que si se arriesgaba más de la cuenta, terminara siendo víctima de un atraco que podría hasta costarle la vida, y realmente no tenía ganas de morir, por lo que prefería hacer sus visitas a Rocinha lo más discretas posible.

—Este no es el camino que hemos seguido anteriormente —comentó Elizabeth casi sin aliento, mientras caminaban cuesta arriba por una empinada calle.

A su derecha habían varias casas de pintorescos colores, en las que improvisaban algunos negocios, sobre todo ventas de comida; al otro lado de la calle contaban con una hermosa panorámica de São Conrado, la Laguna Rodrigo de Freitas y el Corcovado.

—Las rodas las cambian de lugar frecuentemente —respondió, tomándola por el codo y halándola hacia la calzada, para ponerla a salvo de cualquier imprudente al volante, que abundaban en Río.

—¿Por qué lo hacen? —No pudo evitar darle rienda suelta a su curiosidad.

—Para ser equitativos con los jugadores, algunos pertenecen a sectores lejanos de la favela, aun así, se trasladan para formar parte de la roda; así que se crea un cronograma mensual, para que todos sepamos en qué sector de Rocinha toca cada encuentro.

—Para ser equitativos deberían agregar Leblon al cronograma —argumentó—. También soy parte del juego.

Wagner soltó una carcajada sofocada por el esfuerzo físico que estaban realizando.

—No salen de Rocinha, o también tendrían que trasladarse a Barra. Creo que somos la excepción a esa equidad.

—Eso no es justo.

—Si estás esperando un poco de justicia, te estás relacionando con la gente menos indicada... Lamentablemente no estamos en posición para exigir absolutamente nada, pero es el precio que pagamos si queremos vivir la pasión que nos corre por las venas.

—Espera un segundo —suplicó, con el aliento quemándole la garganta y el corazón a punto de reventar. La bendita calle parecía interminable.

—Pensé que eras más resistente. —Se burló, deteniéndose varios pasos delante de ella, se giró y regresó hasta donde estaba, con las manos sobre las rodillas, jadeando por oxígeno.

—Cuento con mucha resistencia, pero el cambio de clima me afecta... —Miró en su reloj de pulsera—. Estamos a 39 grados y siento que el sol fijó morada en mi cabeza —explicó, furiosamente sonrojada y el sudor empezaba a cubrirle la frente.

—Te comprendo... Vamos a descansar un poco. —Sin pedirle permiso le agarró la mano y la llevó al otro lado de la calle.

Se pararon justo frente a una casa, que tenía un pequeño local, en el que vendían golosinas y bebidas.

—¿Quieres un Sacolé? —Le preguntó, observando la lista de los sabores que ofrecía el negocio, y que estaban anotados en una pizarra que colgaba de una de las paredes del modesto local, mientras la dueña del lugar se levantaba de su silla, dejando el televisor en el que veía un programa cristiano.

Elizabeth se mordió el labio superior, dudando su respuesta, porque era muy distinto comprar en un lugar como Rocinha agua embotellada por alguna compañía reconocida, a comprar un producto hecho en el mismo lugar, sin saber si contaban con alguna norma de higiene.

Recorrió rápidamente con su mirada el lugar que al menos se veía limpio, y a la señora que parecía ser amable.

—Está bien —dijo al fin y miró la lista de las frutas—. Quiero uno de coco.

—Buenas tardes —saludó Gavião a la mujer de piel sonrosada—. Señora, quiero por favor un Sacolé de coco y otro de maracuyá.

La mujer caminó hasta la heladera y sacó los dos tubitos de jugo de fruta congelados, le entregó primero a Elizabeth.

—Gracias. —Le regaló una sonrisa afable, al tiempo que recibía el helado.

—Gracias —dijo Wagner, recibiendo el suyo y entregándole un billete—. No se preocupe por el cambio. —Sonrió de esa manera que los hoyuelos en sus mejillas se acentuaban y el gris de su mirada destellaba.

La mujer agradeció y volvió a poner su atención en el televisor, en el momento que un hombre decía: «Dar es una de sus cualidades esenciales. Es la imagen del Amor, del infinitamente Generoso. Quien no se atreve a dar, es porque no ha conocido a Dios. Por eso tampoco goza de la vida...».

—¿Crees que puedes seguir? —preguntó Wagner, observando cómo ella chupaba su Sacolé.

—Sí, pero un poco más lento.

—Está bien, pero no tan lento o no llegaremos a tiempo.

—Entonces andando. —Le sonrió, y Wagner fijó sus pupilas en sus labios, que seguramente estaban rojos por el frío.

—Avancemos.

Emprendieron una vez más el camino y Elizabeth algunas veces lo miraba de reojo, percatándose en ese momento de que más allá de las alas de halcón que Wagner tenía tatuadas en la espalda, su apodo le quedaba muy bien, porque su nariz, en la parte inferior, terminaba como si fuese el pico de

algún ave.

No era una nariz fea, por el contrario, le gustaba ese defecto, lo hacía lucir masculino. No era como los hombres con los que normalmente se relacionaba, que habían corregido cualquier imperfección con cirugías estéticas, con las que lucían tan lindos y perfectos, que les parecían casi inhumanos.

—Está delicioso —habló para cortar el silencio, mientras ambos disfrutaban de sus helados—. Tenía muchos años sin comerlos... Desde mi fiesta de quince, cuando mis padres permitieron que por primera vez probara un poco de alcohol. Los habían hecho de frutas, mezclados con Chandon.

A Wagner le gustaba escuchar esas anécdotas de Elizabeth, saber un poco más de su vida, por lo que estaba atento y sonriente.

—A los quince mi bebida más suave era el whisky... Es bueno que tus padres se hayan preocupado por educarte bien. ¿Por qué no me invitaste a tus quince? Los imagino en Las Vegas, con limosina fucsia incluida.

Elizabeth soltó una de esas carcajadas que podían ser escuchadas a varias calles, y que a él tanto le divertían, contagiándolo hasta hacerlo reír.

—Lamentablemente no te hubieses sentido a gusto en mi fiesta de quince, no había whisky ni limosinas fucsia... Fue una fiesta blanca en Noronha, donde nació.

—No sabía que habías nacido aquí.

—Mi madre así lo quiso... ¿Falta mucho? —preguntó, caminando a su lado, al ver que se adentraban por uno de los estrechos callejones donde debían descender unas escaleras.

—Falta poco —informó sin detenerse, al bajar casi trotando los escalones, y Elizabeth lograba llevarle el paso.

—Eso me dijiste hace unos diez minutos. —Aprovechó para lanzar la funda plástica del Sacolé en la papelera de una carnicería.

—No creí que te quejarías por el trayecto. Si quieres asistir a las rodas debes acostumbrarte.

—No me estoy quejando, solo que esta vez me parece que hemos caminado mucho más... Admito que siento un poco de temor avanzar sin saber a dónde voy —dijo, apenada.

—Te entiendo..., pero no te preocupes, estás conmigo y no debes temer. Te protegeré hasta con mi vida. —Le regaló una sonrisa tranquilizadora y una mirada cargada de devoción—. Te aseguro que falta muy poco.

—Está bien, confiaré en tu palabra... Solo dime cuánto es para ti: «muy poco».

—Eso es relativo, depende cuánto avancemos, si no te quedas mirando a los gatos. —Le dijo, pues más de una vez había tenido que reducir el paso, porque ella se quedaba admirando a los gatos que estaban echados en las calzadas o escaleras.

—Prometo no entretenerme más, al parecer no te enternecen los animales.

—Me gustan los animales, de hecho tengo un Bull Terrier, se llama Pirata, porque es blanco y tiene una mancha negra en el ojo derecho.

—Me encantaría conocerlo —dijo emocionada, sin saber que cada interés que ella demostraba por Wagner, solo acrecentaba un sentimiento en él, al que ella no podía corresponder.

—Cuando quieras. Lo saco a pasear todas las tardes, o mejor dicho, él me saca a pasear, porque es quien corre y tira del *skate*. —Su tono de voz no pudo ocultar el amor que sentía hacia su mascota.

—Entonces mañana por la tarde tendré una cita con Pirata —prometió, sonriente.

—Solo espero que no me hagas a un lado por él.

—Eso no puedo asegurarlo.

Salieron a una calle principal, que a cada lado tenía puestos ambulantes de ventas de todo tipo, desde ropa hasta hierbas medicinales, en medio de un gran bullicio provocado por personas gritando, bocinas de autos y el sonido de la canción Baile de Favela, que salía de algún puesto de venta de

música.

—*Eliza Maria, é baile de favela...* —Elizabeth no pudo evitar corear bajito el pegajoso ritmo que tantas veces bailó junto a sus primas, a escondidas de sus padres—. *Invasão, é baile de favela, e as casinha, é baile de favela... E os menor preparado pra foder com a xota dela, vai...*

Se sorprendió gratamente en el momento que Wagner le agarró la mano.

—*Baile de Favela* —canturreó, sonriente y la haló para cruzar la calle—. Eres una caja de sorpresas, nunca imaginé que te gustara este tipo de música.

—Me gusta casi todo tipo de música y sobre todo poder bailar. Me encanta bailar... Muchas veces quise venir a las fiestas en las favelas, algunas amigas de la adolescencia se escaparon a varias, y las definían como la moderna Sodoma y Gomorra.

—Definitivamente estás loca. —Se carcajeó al tiempo que entraban por un callejón, que parecía estar techado por la cantidad de cables enmarañados, que cruzaban de un lado a otro en la angosta calle.

—Todos estamos un poco locos, y digamos que me llaman desmedidamente la atención las cosas que no puedo tener. Muero por vivir las experiencias que no están a mi alcance, sobre todo si son arriesgadas —explicó con una brillante sonrisa que casi le llegaba de oreja a oreja.

—Realmente empiezas a asustarme.

—No te hagas el niño bien, que se te nota a millas que eres terrible.

—Los niños bien somos los peores. —Le dedicó una mirada de reojo, cargada de picardía.

—¡Más escaleras! —Se quejó, al ver que les tocaba descender por ese angosto callejón, por el que tuvieron que caminar uno detrás de otro. Wagner lo hizo delante para guiarla, aunque no había ningún lugar a donde ir, al menos no en varios metros.

—Prometo que son las últimas que te tocan bajar.

Elizabeth se llenó los pulmones con una bocanada de aire y lo liberó en medio de un resoplido.

Wagner entró por un umbral de lo que probablemente había sido algún local comercial, porque no tenía aspecto de casa, pero ella se detuvo en seco justo en la entrada, al ver que estaba tan oscuro como la cueva de un lobo.

—¿Esto a dónde lleva? —preguntó de pie junto al umbral y miró hacia arriba, donde estaban las escaleras, que realmente desde esa perspectiva, parecían ser la entrada a alguna catacumba.

—A la roda... Hemos llegado.

Elizabeth soltó una corta carcajada, mezcla miedo y burla, al ver que Wagner solo pretendía tomarle el pelo. En ese lugar tan escabroso no podría llevarse a cabo una roda; además, suponía que iban tarde, ya todos los demás deberían haber llegado.

—Solo escucha. —Le pidió, porque el miedo en la actitud de Elizabeth, le gritaba que le había vetado los sentidos—. Avanza un paso. —Le tendió la mano para que confiara en él. La comprendía, porque ese lugar parecía el sitio perfecto para cualquier violador o asesino.

Elizabeth se armó de valor y avanzó un paso, percatándose de que el suelo era de tierra, entonces escuchó un constante y poderoso retumbar, proveniente de arriba.

Involuntariamente miró hacia el techo de concreto, aunque no podía ver nada, sí podía imaginar que arriba estaba la roda.

—Ven —pidió Wagner sujetándole la mano—. Debes tener cuidado, podrías tropezar con alguna piedra.

Avanzaron guiándose solo por la intuición de Wagner, quien había estado anteriormente en el lugar.

Elizabeth sentía que estaba barriendo la arena con las botas de su pantalón de capoeira fucsia, mientras seguía aferrada a la mano de su amigo. El agarre estaba algo húmedo, por el sudor que realmente no sabía si era de él o de ella.

—Cuidado, vienen unas escaleras. —Le avisó, para que tuviese precaución.

—Dijiste que las últimas escaleras eran las de la entrada. —Se quejó una vez más con tono de burla, y el eco de su voz resonó varias veces en el desolado lugar.

—Dije que eran las últimas escaleras que bajarías, no que subirías... Anímate y deja de ser tan perezosa. —Estaba seguro de que Elizabeth solo lo molestaba, que en verdad no era un reproche.

Empezaron a subir, ella se mantenía un escalón por debajo de él.

—No logro ver nada, ¿estás seguro que hay alguna salida? —preguntó, pisando los peldaños con gran cautela.

—Claro que estoy seguro, ten cuidado arriba —pidió, palmeó el techo de cemento y él se encorvó un poco para no golpearse la cabeza.

Elizabeth lo imitó, logrando salir ilesa, hasta que por fin vio un poco de luz atravesando unos cristales rotos, y los rayos iluminaban una pared, estrellándose contra un grafiti de un par de angelitos tomados de la mano, creados por Wark, artista de Rocinha, que desde hacía muchos años desplegaba su talento con sus característicos ángeles por todo Brasil.

En su camino al otro extremo del salón, Elizabeth tropezó con una botella, que rodó por el irregular piso de cemento.

—Cuidado, no quiero que te lastimes.

—No la vi, imposible ver algo en este lugar. —Se justificó, dejándose guiar por Wagner, quien en ese momento cambió la forma del agarre, haciéndolo más íntimo al entrelazar sus dedos; ella quiso soltarse, pero no quería que él viera su gesto como un rechazo.

Por fin vio luz, proveniente de unas escaleras que estaba segura debían subir, porque desde ahí provenía con mayor fuerza el corrido entonado por voces graves, que derrochan poder, fuerza y convicción.

CAPÍTULO 30

La ráfaga de palabras soeces y los contundentes golpes, acompañaban al corrido que entonaban al ritmo de los instrumentos musicales.

Elizabeth agradeció infinitamente que estuviesen bajo techo y que la piadosa brisa la refrescara, como era de esperarse, contaban con un paisaje extraordinario predominado por Piedra Bonita y Piedra de Gávea.

En ese momento, Wagner le quitó la inseparable mochila y la dejó sobre una silla de madera, junto a las camisetas de ambos, dejándola a ella con el *top* de *spandex* negro, y él se quedó con el torso al descubierto, adornado por los piercings en sus tetillas y el tatuaje de la flor de Lis al costado.

Volvió a tomarla de la mano y la guio a la roda, donde al parecer, nadie mostró ningún tipo de interés por la llegada de ambos, hasta que vio a Cobra cerca del Berimbau, dedicándole una mirada casi maligna e imprudente a su mano sujeta a la de Wagner.

Como si esos ojos tuviesen algún tipo de poder, se soltó inmediatamente, al tiempo que luchaba con ese extraño hueco en la boca de su estómago, el traicionero hormigueo en sus pezones y los vellos erizados en su nuca.

Tragó en seco y con sus palmadas se acopló al corrido, obligándose a desviar su mirada de Cobra y posarla en los demás; sin embargo, él no se tomó la molestia de hacerlo, no le importaba que todos en el lugar se dieran cuenta de que ella era el objeto de su obsesiva mirada.

No podía poner su total atención en la lucha, porque su memoria se empeñaba en traer al instante lo vivido dentro de aquel helicóptero en Campinas, inevitablemente sus pupilas volvieron a buscar a Cobra, quien mostraba su poderoso pecho bronceado, cubierto por delgados vellos rubio oscuro, que lo hacían lucir malditamente varonil, y en el hombro izquierdo, el tatuaje de la peligrosa cobra le mostraba una incitante lengua, así como esa cola que bajaba por el oblicuo izquierdo y se perdía dentro del pantalón.

Ella tuvo la oportunidad de saber exactamente hasta dónde llegaba, pero en medio de la oscuridad y la excitación, no logró saciar su perversa curiosidad.

Algunas veces los jugadores le impedían verlo con claridad, pero él estaba ubicado tan estratégicamente frente a ella, al otro lado de la roda, que podía mirarlo y pasar totalmente desapercibida, porque a pesar de todo, sabía disimular mejor que él.

El corazón se le disparó en latidos y el oxígeno se le atoró en la garganta en el momento que Cobra entró en la roda, para luchar contra un hombre que era más alto y más fornido que él.

Justo al iniciar el juego, el hombre le dio a Cobra una patada en el costado izquierdo, y ella fue presa de una extraña sensación de angustia y deseo de que perdiera; quería verlo perder en una roda, quería ser testigo de cómo alguien destronaba al orgulloso Cobra.

Sus anhelos se hicieron polvo en el momento en que él empezó a dominar el juego. El muy maldito era ágil e impredecible, pero sobre todo, era violento, era como si su combustible para luchar fuera una inagotable ira.

Entonces quiso verlo ganar, porque no quería ser testigo de cómo vencían a Cobra, quería ser ella quien lo venciera, por lo que con mucho esfuerzo dejó de mirarlo como al hombre con el que había tenido sexo, con el que había disfrutado como nunca, para verlo como el capoeirista que era.

Empezó a estudiar metódicamente cada ataque que lanzaba, sus tácticas, y sobre todo, sus debilidades, que aunque parecía no tenerlas, estaba segura de que las poseía, todos tenían alguna.

Los demás alentaban en medio de palabrotas e insultos, que podrían herir susceptibilidades, pero al parecer, estos hombres carecían de toda sensibilidad.

El sonido de los golpes cada vez que acertaba era intimidante y en fracción de segundos los papeles cambiaron; Cobra una vez más se convirtió en víctima de los contundentes ataques del hombre de casi dos metros, con una enorme cicatriz que parecía un ciempiés, que le iba desde el hombro derecho hasta el codo.

Sin que ella pudiera evitarlo, mucho menos Cobra, el hombre lo acorraló rápidamente contra la barrera humana y lo empujó justamente contra ella, quien no pudo evitar asustarse al escuchar el contundente golpe, que la invadió de una inaudita preocupación, y solo quiso que dejara de luchar, porque lo estaban lastimando.

Justo en el momento que el sofocado y poderoso cuerpo de Cobra se estrelló contra el pequeño y curvilíneo de ella, lo sostuvo por las caderas, mientras él la impregnaba con el sudor de su espalda; se aferró con fuerza al agarre, para que no regresara; no obstante, él le llevó las manos ásperas sobre las suyas y de un tirón se deshizo de lo que para él era un insignificante agarre, y le dedicó una indescifrable mirada por encima del hombro.

—Debiste apartarte —siseó con dientes apretados y mirada brillante por la ira, la que clavó en Wagner, a su lado.

A ella no le dio tiempo para disculparse, él tenía razón, debió apartarse y dejar que siguiera la lucha, pero estúpida que quería ponerlo a salvo.

Él volvió a retomar el control y no se detuvo en sus rápidos y fuertes ataques hasta que consiguió vencer al impresionante hombre que parecía un gigante; internamente ella celebró felizmente la victoria de Cobra, no porque hubiese ganado, sino porque seguía siendo el mejor, al que ella se encargaría de vencer; tal vez era muy presuntuoso de su parte, pero no descansaría hasta derrotarlo, hasta hacerlo de verdad.

Les tocó el turno a otros jugadores, quienes entraron y con mucha energía intentaban demostrar quién era el mejor. Se atacaban con contundente violencia, pero conocían las técnicas tan perfectamente, que ninguno de los dos salía seriamente lastimado.

Esa era la Capoeira que a ella le gustaba, porque dejaba claro que era una lucha con movimientos disfrazados de danza, armonizados con la destreza aprendida de los animales.

Wagner era plenamente consciente de la insistente mirada de Cobra sobre Elizabeth y no podía evitar que los celos empezaran a surgir en él, tanto, como para querer de un puñetazo volverle la puta cara hacia otro lado, o mejor aún, sacarle los malditos ojos.

Se esforzaba por mantener el autocontrol y no lanzársele encima, porque no quería que Elizabeth quedara en medio de una contienda. Ya tendría la oportunidad de exigirle que pusiera sus sádicos deseos en quien le diera la gana, menos en su chica.

—Avanza. —Le susurró a Elizabeth, cuando dos nuevos jugadores entraron a la roda.

—Hoy no voy a luchar —respondió, al tiempo que pasaba detrás de él para darle su puesto.

—¿Pasa algo? —preguntó, echándole un vistazo a Cobra, suponiendo que la tenía nerviosa.

—No puedo, me encantaría pero algo me lo impide.

—¿Es por alguno de los presentes?

—No, no es eso... Después te explico. —Frunció la nariz en un gesto divertido y tiró suavemente del piercing en la tetilla izquierda.

—Entiendo —dijo con complicidad, regalándole una sonrisa, suponiendo que tal vez estaba en sus días y por eso no quería luchar—. Pensé que te habías acobardado.

—No, eso nunca.

Conversar con Wagner le ayudó a relajarse un poco, porque Cobra la tenía nerviosa con su insistente mirada; al parecer pensaba dejarla en evidencia delante de todo el mundo.

¿Por qué sencillamente no miraba a otro lado? ¿Por qué no intentaba disimular un poco?

Maldita la hora en que le robó ese beso, maldita la hora en que le abrió las piernas, otorgándole

una falsa esperanza.

Cuando le tocó el turno a Wagner, lo alentó de la mejor manera posible, era su amigo y quería darle su apoyo. El bendito Gavião era muy buen capoeirista, no al nivel de Cobra, pero podía decir que era de los mejores que había visto; entonces tuvo la certeza de que cuando le tocó luchar con él el primer día que llegó a la favela, solo había sido amable con ella, no luchó como acostumbraba, solo por no hacerla quedar en ridículo delante de los demás.

Después de varios encuentros, la roda se rompió, dando por finalizado el juego de ese día. Escuchaba a muchos haciendo planes para ir a otra favela por la noche para otra roda, otros se invitaban para ir a sus casas a tomarse algunas cervezas, más de uno se acercó a saludarla y a preguntarle cómo le iba en su noviazgo con Gavião, eso la hacía sentir verdaderamente incómoda, porque no sabía qué responder; deseaba desbaratar ese circo y decir que solo eran amigos, pero no conseguía el valor para desmentir a Wagner.

Sin querer, su traicionera mirada buscó a Cobra y lo vio bajando las escaleras mientras se ponía una camiseta sin mangas; ella no se percató de que se hubiese despedido de alguien, solo se largaba como si no le interesara estar en el lugar, demostrando que era un hombre amargado y solitario.

Regresó su atención a los demás, quienes decían que Wagner era un hombre afortunado por tener a su lado a una hermosa capoeirista, no cualquiera contaba con la dicha de compartir la misma pasión con la enamorada, porque las mujeres de ellos solo estaban pendientes de las telenovelas y de discutirles cada vez que llegaban de una roda.

A Elizabeth le sorprendía cada vez más, ver lo amigable que podían ser esos hombres tan rudos, y que muchos tenían caras de peligrosos delincuentes.

Esos que cuando la vieron llegar por primera vez, se mostraron despectivos, por el simple hecho de ser mujer; esos que la rechazaron y no quisieron luchar con ella porque pensaron que no podía darles la pelea, ahora la invitaban a la próxima roda, y hasta les dijeron que las puertas de sus casas estaban abiertas para cuando quisiera comerse una buena feiojada.

Al momento de despedirse, lo hizo igual que todos los hombres, chocó su mano con la de ellos, lo hizo con fuerza y seguridad, para que la vieran como a una igual y no como a una niña mimada.

El camino de regreso se le estaba haciendo mucho más corto mientras conversaba con Wagner, cada uno daba su punto de vista del juego y de los capoeiristas; ambos por alguna razón, obviaron hablar de Cobra.

—Dijiste que me explicarías por qué no quisiste luchar... Creo que es el momento adecuado —sugirió Wagner, haciéndose una coleta con las rastas y sujetándolo con algunos enmarañados mechones.

—No es nada importante.

—¿Estás en tus días? ¿Estás sangrando? —preguntó y no pudo evitar sonrojarse por una estúpida vergüenza que lo invadió, pero solo quería mostrarse comprensivo y que confiara en él.

Elizabeth soltó una sonora carcajada, de esas que no armonizaban con su delicada belleza, pero que podían divertir a cualquiera.

—¿Qué?! ¡No! —Siguió riendo mientras negaba con la cabeza, y en medio del alegre momento, le pasó un brazo por la cintura para abrazarlo mientras caminaban, como lo hacía con Oscar—. No tengo la menstruación, y si la tuviera, eso no sería impedimento para que luchara... No soy de esas chicas que se encierran en su habitación a comer chocolate mientras están en esos días, yo sigo con mi rutina normalmente, voy al gimnasio, acompaño a mi papá al polígono... Sigo asistiendo a la academia de capoeira o de baile en Nueva York, y si tengo algún compromiso con mi carrera como modelo, igualmente lo cumplo.

Wagner se sintió gratamente sorprendido ante el gesto de Elizabeth, por lo que correspondió a pasarle su brazo por encima de los hombros.

—Ojalá así fuera mi hermana, ella se transforma en esos días, hasta me maltrata emocionalmente...

—No a todas nos da igual. —Quiso solidarizarse con la hermana de su amigo.

—Entonces, si no es por culpa de la menstruación, ¿por qué no quisiste luchar? —preguntó sintiéndose feliz, con ganas de detenerse para por fin besarla y declararle sus sentimientos.

Elizabeth se mantuvo en silencio, pensando cómo decirle a Wagner sobre su pelea con Priscila, tal vez podría contarle sobre su fugaz relación con Paulo y obtener de su amigo algún consejo, que la ayudara a esclarecer un poco sus confundidos sentimientos.

Pero no era ninguna tonta y sabía que Wagner sentía por ella algo más que amistad, por lo que disimuladamente dejó de abrazarlo, para no alimentar en él ese sentimiento.

—No quise luchar porque el lunes me lastimaron la nariz en la academia, y no quería recibir un golpe que pudiera empeorarla —explicó a grandes rasgos.

—¿Por qué no me lo habías contado? —preguntó, clavándole inmediatamente la mirada en la nariz, que no mostraba visibles huellas de un golpe, pero ahora que se detenía a mirarla mejor, la notaba más hinchada y los párpados inferiores mostraban atisbo de hematomas.

—Porque no fue nada grave, solo una estúpida que se saltó las reglas de la academia... Sabes que inevitablemente dentro de las escuelas siempre existe la envidia.

—¿Cómo se llama? Tal vez la conozca y...

—¿Y qué harás? —preguntó sonriente, porque le pareció realmente tierna la preocupación que él mostraba.

—Nada..., realmente no podría hacer nada, pero sí podría decirle que jamás te vencerá, porque ya no estás a nivel de los capoeiristas de academia, estás al nivel callejero.

Sin duda, infló el orgullo en Elizabeth, no porque dijera que era mejor que Priscila, sino porque aseguraba que ya estaba al nivel de un capoeirista callejero.

—Priscila, se llama Priscila Mendes... Pero solo para que le digas que soy una capoeirista callejera, aunque creo que ya le quedó claro.

—¿Terminaron peleándose?

—No iba a quedarme como si nada, si lo hacía le demostraría miedo y eso es lo menos que esa tonta provoca en mí.

—Creo que estás aprendiendo de más de los capoeiristas callejeros.

—Desbordó mi ira. —Le dio un puñetazo en el brazo, alejándolos varios pasos, y él se quejó, divirtiéndola, porque estaba segura de que eso no era nada para Wagner.

Al momento de subir al taxi, cambiaron el tema de conversación, hasta que llegaron al punto de siempre.

—Déjame acompañarte hasta el apartamento de tus primas —pidió Wagner, cuando ella le estaba dando el segundo beso de despedida.

—De verdad no hace falta. —Le tomó las manos y lo miró a los ojos—. Mañana nos encontraremos a las diecisiete en este mismo lugar, recuerda traer el *skate* y a Pirata, que yo traeré mis patines.

—Te estaré esperando.

—Wagner —suspiró, soltándole las manos—. Gracias por todo lo que haces por mí, gracias por ser mi amigo.

—No tienes que agradecer, me gusta mucho estar contigo... Eres graciosa. —Le guiñó un ojo que derrochaba picardía y ternura, pero que callaba tantas cosas más, que esperaba algún día, cuando contara con mayor valor, poder expresar.

—Me gusta hacerte reír. —Se alzó de hombros en un gesto despreocupado y se dio media vuelta para marcharse.

Después de varios pasos, se volteó y Wagner seguía parado en el mismo lugar, mientras la admiraba sonriente.

—¡Ya, lárgate! —Le gritó divertida.

—¡No lo haré hasta que no te pierda de vista!

Elizabeth volvió a negar y siguió con su camino sin poder controlar la sonrisa que provocaba Wagner con sus lindas tonterías. Solo esperaba que la amistad entre ellos perdurara, aún a través del tiempo y la distancia.

Quiso llegar a la boutique de su madre para saludar y estar un rato en el lugar, pero la vestimenta que llevaba puesta no era la más apropiada, por lo que prefirió seguir con su camino hasta el ático de sus primas, a las que convencería para ir a visitar a su abuelo y hermanos.

Caminaba por la calzada de lasjas, a la sombra de algunos árboles que le hacían el trayecto más agradable, cuando una moto pasó a su lado y se detuvo un par de metros más adelante; imposible no reconocer los rebeldes rizos cobrizos del motorista que se bajó, vistiendo un pantalón de capoeira, que alguna vez había sido blanco, y una camiseta gris sin mangas.

Inevitablemente ante la sorpresa, sus estúpidas piernas empezaron a temblar y se quedó inmóvil; sentía como si el mundo se hubiese detenido en ese instante, pero miró hacia la carretera, donde el tráfico seguía totalmente normal, y Cobra avanzaba hacia ella con una seguridad arrolladora.

Quería darse media vuelta y huir, no sabía por qué, pero quería alejarse, tal vez porque su manera tan descarada e insistente de mirarla durante la roda la habían puesto muy nerviosa, pero también despertaba una excitación que a ella misma le asustaba.

Ya él estaba demasiado cerca y ella seguía sin moverse de lugar, solo se empeñaba en tragar ese obstinado nudo de nervios que se le atoraba en la garganta, mientras el corazón, con sus locos latidos, casi le imposibilitaba respirar y la hacía sentirse estúpida, tan solo aferrada a las asas de la mochila que le colgaba de la espalda.

Agarró una bocanada de aire para llenarse de valor y enfrentar el momento, pero a cambio de valor, solo consiguió un beso, un beso que derrochaba furia y pasión, un beso que lastimaba y excitaba, un beso al que a ella le llevó solo segundos empezar a corresponder.

Seguía aferrada a las asas de la mochila, y de puntillas, para entregarse a ese beso que le robaba la cordura, al tiempo que él le sostenía el rostro con fuerza, con tanta fuerza que no le permitía alejarse un solo milímetro; en más de una oportunidad sus dientes chocaron, se mordieron los labios y las lenguas se movían sin cesar una en torno a la otra.

—Ya —suplicó en voz bajita, sofocada pero disfrutando de las caricias de la nariz de él y de su caliente aliento, que coordinaba los temblores de todo su cuerpo—. Por favor... Cobra, por favor. — Solo quería que dejara de manipular todos sus sentidos, que le permitiera recuperar a la mujer que era y aniquilar a la que se convertía cada vez que él aparecía.

—Quise hacer esto cada maldito segundo desde que llegaste a la roda... Desde que te vi aparecer te imaginé desnuda, escuché tus gemidos, tus jadeos; y tu voz pidiéndome más, hacía eco en mi cabeza —murmuró, llevándole una mano a la nuca, y con el otro brazo le cerraba la cintura, pegándola a su cuerpo—. No podía concentrarme, no podía luchar... No quería ser un jodido capoeirista en ese momento, solo quería encerrarme contigo en un helicóptero y repetir todo lo que hicimos... Tanto como para enfurecerme en el momento que intentaste protegerme. No soy un hombre que necesite protección de nadie, pero sí necesito sacarme la furia que en este momento me consume...

—No conmigo, no tengo la culpa de lo que dices, no tengo la culpa de tu obsesión... —Le llevó las manos al pecho para alejarlo. Ya le dolía el cuerpo por estar entre los fuertes brazos de ese hombre que la abrazaba sin piedad.

—Precisamente contigo... Te necesito para poder encontrar la calma.

—No... No sé de qué manera, por favor, suéltame. —Sus pupilas se movían desesperadamente de un lado a otro, y las de él, totalmente dilatadas, seguían el mismo ritmo.

—Te necesito desnuda y entregada... Totalmente entregada a mis deseos, en todas las posiciones que quiera, cómo quiera y dónde quiera.

—Estás loco —reprochó, ahogada por todo el deseo que ese hombre hacía estallar en ella con tan solo palabras—. No quiero volver a tener sexo contigo, esa noche estaba algo ebria... Fue un error.

—Bien sabes que no lo fue. No fue un error.

—Suéltame, te pido que me sueltes. —Empezó a removerse entre los brazos de él—. Voy a gritar..., lo haré —amenazó y empezaba una vez más a temerle.

—No voy a obligarte. —La soltó y se alejó un paso, poniendo distancia segura entre ambos—. Nunca lo haría. Puedes seguir con tu camino. —Se hizo a un lado, sin que su mirada furiosa abandonara la de ella.

Elizabeth volvió a aferrarse a las asas de la mochila, sin apartar sus ojos de la mirada gris, y como si saliera de alguna especie de trance, caminó, pasando a su lado, temiendo que él escuchara los latidos de su desaforado corazón o que se percatara de cómo todo su cuerpo temblaba.

Estaba tan alterada y confundida que no podía pensar, nada llegaba a su cabeza, solo caminaba lentamente con el deseo y la excitación reclamándole a su estúpido orgullo femenino, que no le permitía entregarse sin importar nada más. También se sentía un poco decepcionada con él, porque no insistió en retenerla.

Cobra se quedó mirando hacia el frente, sin saber qué hacer o decir; su molestia seguía latente y la impotencia lo gobernaba. La había idealizado tan perfecta para él, que cada actitud de Elizabeth lo desconcertaba, no sabía cómo actuar con la mujer más allá de sus fantasías.

Ni siquiera se atrevía a volverse para no verla marchar, para no llenarse más de rabia al saber que prefería al imbécil de Gavião.

—Me entregaré completamente desnuda y a tus deseos, solo si me permites conocerte un poco más. —Escuchó su voz e inmediatamente se volvió, para encontrársela sentada en su moto.

No iba a darle tiempo a que cambiara de parecer, por tener sexo con ella no solo le permitiría que lo conociera, estaba dispuesto a entregarle la vida si así lo deseaba; por lo que corrió hasta su moto y subió.

—Empezaré por llevarte a mi hogar —dijo, mirándola por encima del hombro, mientras encendía el motor—. Sujétate fuerte, preciosa.

—¿Regresaremos a Rocinha? —preguntó tontamente, al tiempo que se abrazaba fuertemente el torso de Cobra.

Sabía que lo que había pedido, era la más estúpida de las excusas, para justificar sus deseos de volver a enredarse con ese hombre, pero si desperdiciaba la oportunidad, estaba segura de que iba a arrepentirse por el resto de su vida.

—¿Qué te hace pensar que vivo en Rocinha? —questionó, frunciendo el ceño.

—No lo sé, será porque conoces cada rincón de esa favela. —Se acercó y puso su barbilla sobre el hombro pecoso y bronceado, para admirarlo más de cerca. Debía admitir que le parecían realmente atractivas las sutiles líneas de expresión en el rabillo de su ojo.

—Sí, conozco cada rincón de Rocinha, prácticamente crecí en sus calles, y también hace muchos años viví un tiempo en ella, pero no quiero que empieces a conocerme por esa parte de mi vida. —Su voz se espesó tanto, que se escuchó un poco ronca. Le dio un beso en la punta de la nariz, volvió la mirada al frente y arrancó.

Elizabeth hizo más fuerte su abrazo, mientras en su cabeza giraba un torbellino de pensamientos; esas últimas palabras de Cobra la habían confundido aún más, así mismo, su curiosidad a punto de ser saciada hacía piruetas junto con su más ferviente deseo sexual.

Involucrarse con ese hombre podría ser extremadamente peligroso, pero ella quería arriesgarse, quería ponerse en peligro en sus brazos y bajo ese cuerpo; aunque le pareció verdaderamente tierno y desconcertante el beso que le dio en la punta de la nariz.

El viento silbaba en sus oídos y los mechones de cabello se le escapaban de la coleta, mientras el corazón le retumbaba contra la caliente y fuerte espalda de Cobra.

—¡Sujétate fuerte! —Volvió a repetir en voz alta, para que pudiera escucharlo.

—¡Eso hago!

En ese momento Cobra levantó la parte delantera de la moto e inevitablemente a Elizabeth se le instaló el corazón en la garganta ante lo inesperado, la adrenalina estalló en su interior, por lo que sonrió, emocionada.

Empezó a formar ideas en su cabeza, suponía que Cobra había sido algún chico de favela, que con mucho estudio, esfuerzo y dedicación había salido adelante; sin embargo, no había abandonado totalmente sus raíces, por eso se paseaba entre los dos mundos.

Esa era la razón por la que contaba con alguna membresía en el Jockey Club e iba a feiojadas escoltado por la policía, pero también se escapaba los fines de semanas a las favelas, para seguir viviendo su pasión por la capoeira.

Esa era la razón por la que sabía tanto de ella, al ser amigo de su tío Thiago, seguramente la habría visto en alguna de las fotografías que estaban en la casa de su tío, donde aparecía junto a Aninha.

CAPÍTULO 31

Todas sus suposiciones del poderoso hombre que llevaba una doble vida se estrellaron cuando entraron al estacionamiento de un viejo edificio en Copacabana.

Regresaba una vez más al punto de partida, pero ahora más confundida, porque al menos antes tenía la teoría de que vivía en Rocinha, y que era un holgazán que solo invertía su tiempo en las rodas callejeras.

Juraba que no volvería a hacer suposiciones sobre ese hombre, simplemente dejaría que la sorprendiera, por lo que apenas estacionó en el casi desolado estacionamiento, bajó de la moto.

—Así que este es tu hogar —comentó, mirando al techo que tenía algunos reflectores quemados y manchas de humedad.

—No, este no es mi hogar..., exactamente es en el octavo piso —alegó, bajando de la moto.

—Realmente eres pésimo para las bromas —dijo sin poder ocultar lo que verdaderamente pensaba.

—No suelo hacer bromas —confesó, mientras le pedía con un gesto la mochila.

—Me he dado cuenta... No te preocupes, estoy bien así. —Volvió a aferrarse a las asas de la mochila, donde tenía la Colt.

Cobra le hizo un ademán para que avanzara, ella obedeció y él la siguió. Entraron a un ascensor que olía a óxido y temió que pudieran quedarse encerrados en el deteriorado aparato.

En ese momento Cobra estiró la mano para presionar el botón número ocho y ella vio un tatuaje del que no se había percatado antes, casualmente también era una flor de Lis, igual a la de Paulo y Wagner, pero él la tenía en la parte interna del brazo derecho, a la altura del tríceps.

Inevitablemente, esa casualidad empezó a incomodarle, no sabía si esa flor tenía algún motivo dentro de la capoeira, y que ella definitivamente desconocía, pero estaba segura que sabía todo acerca de la capoeira y no pudo evitar que los nervios estallaran.

Quería decirle que estaba arrepentida, que le permitiera marcharse, solo pensaba en todos esos consejos de su padre, de no confiar en personas que no conocía y que jamás aceptara la invitación de un hombre a ningún sitio.

—¿Por qué me tienes miedo? —preguntó, al ver que Elizabeth estaba realmente nerviosa.

—No te tengo miedo —chilló con voz temblorosa, mientras tragaba en seco.

—Sí, lo tienes.

—¿Cómo te llamas? —preguntó, cambiando de tema, intentando distraerse y no mostrarle temor, pero el bendito chirrido que hacía el ascensor, no le ayudaba a encontrar valor.

—¿Acaso mi nombre tiene importancia? —preguntó, observándola, sin poder creer que era su Elizabeth quien lo acompañaba en ese momento y no otra de las tantas que había llevado a ese lugar.

—Supongo que para ti no la tiene —respiró profundamente de alivio, al ver que las puertas por fin se abrieron en el octavo piso—. Pero puedo preguntárselo a mi tío Thiago.

—¿Tu tío Thiago? —preguntó, totalmente aturdido.

—Sí, Thiago Ferreira... Bueno, no es mi tío, es amigo de mi papá... —Se cansó de explicar y prefirió ir directamente al grano—. Te vi con él en el Jockey Club..., por eso te estaba esperando, antes de que nos besáramos. —Se apresuró a salir del ascensor, él la siguió y abrió la puerta de apartamento, invitándola a pasar.

Elizabeth se encontró en una sala de paredes de ladrillos pintados de blanco y piso de madera, donde solo había un sofá de cuero negro y una mesa baja, blanca, con un desorden de periódicos encima, una botella de cerveza vacía y una caja de pizza.

No había ningún mueble, no había ni un cuadro ni un portarretrato. Su escrutinio se vio interrumpido, justo en el momento que Cobra la tomó por sorpresa y volvió a besarla con la misma intensidad con que lo había hecho en la calle.

Sin que ella pudiera protestar, le quitó la mochila y la dejó caer en el suelo, al parecer él no se percató del ruido del arma al estrellarse contra la madera, porque siguió besándola sin darle tregua, ni siquiera para respirar, mientras con gran fuerza le apretaba el culo y se lo masajeaba, como si nunca antes hubiese tenido la oportunidad de tener unas nalgas entre sus manos.

—¿Fue así como te besé en el Jockey Club? —preguntó con voz entrecortada, por la falta de aliento y el deseo desbocado.

—Sabes bien que no... —El miedo volvió a esfumarse, dando paso al deseo que ese hombre hacía germinar en cuestión de segundos—. Robarte besos me resulta muy fácil.

—No vuelvas a hacerlo... No vuelvas a hacerlo, maldita sea —gruñó con dientes apretados, y de un fuerte tirón, le bajó el pantalón de capoeira, arrastrándole las bragas.

Elizabeth, con la ayuda de sus pies, terminó por quitarse el pantalón y las zapatillas deportivas, colgada a los rizos cobrizos y sedosos. Sin dejar de besarse empezaron a caminar lentamente.

Elizabeth daba pasos hacia atrás, mientras él la guiaba, con su ardiente boca, repartiéndole besos y chupones por el cuello, y con las fuertes manos le apretaba las curvas de su cuerpo.

En la habitación los besos seguían robándole el tiempo a las palabras, la excitación seguía devorándole poco a poco la razón; aun así, se percató de que Cobra tenía por cama un colchón tirado en el suelo, donde yacían sábanas blancas y grises revueltas.

También había un escritorio con una portátil, más papeles regados, un vaso de cristal con agua a la mitad y una papelera casi llena.

Al menos la habitación contaba con una excelente iluminación natural, por el gran ventanal con vista a la playa de Copacabana.

—No quiero que vuelvas a robarme ni un solo beso, porque todos son tuyos, escúchalo bien, todos te pertenecen —repitió y la alzó.

Elizabeth inmediatamente se aferró con sus piernas a la cintura, perdida en esa mirada gris, en esos ojos que irradiaban tanta fuerza como un huracán.

Por fin su cuerpo descansó sobre el colchón en medio de sábanas revueltas, y el peso del cuerpo de Cobra cayó sobre el suyo; metió sus manos por dentro de la camiseta sin mangas y justo en el momento que él frotó su erección resguardada por el pantalón de capoeira contra sus labios mojados, le enterró las uñas en la espalda, al tiempo que liberó un jadeo ahogado y él se bebió de una bocanada su aliento, como un prelude de que sus bocas volverían a unirse en un nuevo beso arrollador.

Ese hombre era perfecto despertando todos los sentidos con los húmedos besos que no paraban, casi sin darse cuenta le quitó el *top*, dejándola desnuda, y como si de una débil muñeca se tratara, la volteó, poniéndola de cara al colchón; inmediatamente toda su piel se puso en guardia y la humedad entre sus muslos aumentó.

Besos, suaves mordiscos y caricias de esas palmas ásperas recorriendo su espalda hasta el final, la hacían enloquecer; le llevó las manos a las caderas, instándola a que las elevara. Mansamente obedeció, apoyándose sobre sus rodillas y manteniendo las piernas cerradas.

Cada mano de Cobra se posó en sus nalgas, las estrujaba y separaba un poco; todo su cuerpo se estremeció en el momento que sintió la húmeda y caliente lengua posarse entre sus pliegues y deslizarse lentamente hasta su hendidura.

Con fuerza desmedida empuñó las sábanas y jadeó ruidosamente ante la ola de placer que la arrastraba, se relamió los labios muchas veces y se los mordió, tratando de opacar sus imploraciones de placer, cada vez que esa lengua se paseaba mansamente entre sus pliegues.

—Cobra... ¡Oh Dios! —alababa lo que ese hombre estaba haciendo, no era la primera vez que experimentaba sexo oral, pero sí era la primera vez que lo disfrutaba, porque los anteriores habían sido un completo desastre, que no habían tenido la más remota idea de cómo estimular los puntos sensibles en esa zona—. Así, sí... —Enterró el rostro entre las sábanas, sintiéndose sudorosa y totalmente temblorosa.

Cobra disfrutaba de probar a Elizabeth como tantas veces lo había soñado, como tanto lo había anhelado. Se había jurado que no dejaría ni un solo rincón sin disfrutar, por lo que le separó las nalgas mientras hacía círculos con su lengua en la hendidura, la que abandonó y siguió con su caricia en ascenso; le permitió a su nariz acariciar esa zona, esa pequeña zona que también admiró y por fin lamió. La manera en la que el cuerpo de Elizabeth se tensó, le aseguró que ningún otro había conquistado ese lugar, ningún otro lo había saboreado y eso aumentó su devoción.

—Tranquila. —Le acarició una nalga, se la mordió suavemente y después le dio un beso—. Solo disfruta, no te cohíbas... Entrégate sin ningún tipo de restricciones... Solo vivirás el momento conmigo, grita y goza todo lo que quieras, prometo que te guardaré el secreto.

—No quiero sexo anal. —Casi exigió con la voz agitada, el pecho a punto de reventar, despeinada, sudada y mirándolo por encima del hombro.

—Sé que no estás preparada. —Le acarició el coxis—. Prometo que solo voy a regalarte caricias... Disfrútalas. —Le pidió, con un tono de voz que incitaba a que se dejara hacer cualquier cosa.

Se llevó el dedo pulgar a la boca empapándolo de saliva y se lo puso en el ano.

—Solo serán caricias —prometió en voz baja, formando suaves círculos; y ella, una vez más, empezó a regalarle esos benditos temblores que iban a enloquecerlo.

Elizabeth se aferró a una almohada y volvió a enterrar el rostro, para sofocar un grito ahogado de placer, en el momento en que el pulgar de Cobra se paseaba por su ano y dos dedos entraron lentamente en su vagina.

Cobra se posicionaba en el primer lugar como el hombre con mayor experiencia sexual con el que había estado hasta ese momento; era un erudito con la lengua y los dedos; sus muslos no dejaban de vibrar y su vientre era azotado por constantes ráfagas de placer.

Todas sus terminaciones nerviosas estaban siendo estimuladas, y ella empezó a disfrutarlo abiertamente, en medio de jadeos ruidosos y súplicas que ni ella misma lograba comprender, porque las palabras se le atoraban en la garganta, donde hacían un nudo junto a los gritos y los latidos desaforados.

Perdió el sentido del tiempo y espacio; sin embargo, las sensaciones crearon una explosión que arrasó con todo a su paso. Casi sin respirar y totalmente liviana regresó a la realidad, sintiéndose bañada en sudor, con las manos y el cuello adoloridos por la posición en la que estaba.

Cobra la tomó por los tobillos y la haló, haciéndola caer sobre el colchón; inevitablemente liberó un grito ante la sorpresa, cuando la volvió una vez más de frente a él, quien aún seguía vestido, y se le acostó encima.

Tenía la boca y la barbilla mojada y sonrojada, por lo que le pasó una mano para retirar las huellas de su orgasmo, también estaba sudado, con algunos rizos pegados a la frente y el cuello.

Cobra se posó sobre el cuerpo tembloroso y laxo de Elizabeth, tratando de no dejarle caer todo su peso, por lo que se apoyaba con los codos sobre el colchón; con tiernas caricias, empezó a retirarle los cabellos pegados en su rostro, admirando a su hermosa niña del carnaval, su hermosa niña de ojos cristalinos, que con su tierna sonrisa, desempolvó los latidos ilusionados de su corazón y lo rescató de la amargura, brindándole una utopía que llevaba anidando en su pecho por ocho largos años.

Él mismo no soportaba el calor provocado por el vapor de sus cuerpos, ni la transpiración que los

mojaba; en ese momento, se percató de que no había encendido el aire acondicionado, por lo que estiró la mano, tomó el control que siempre estaba a un lado del colchón y encendió el aparato.

—Era extremadamente necesario —dijo Elizabeth, sonriente, desviando la mirada hacia la consola que estaba empotrada en la pared a su derecha, donde no había nada más.

Cobra empezó a repartirle besos por la mejilla, hasta que llegó al lóbulo de la oreja, la que mordisqueó y chupó. Ella volvió a aferrársele a la espalda, mientras le regalaba suspiros y risitas que a él lo hacían feliz, muy feliz.

—Alexandre —murmuró en medio de suaves chupones—, pero prefiero Cobra, nadie me llama por mi nombre.

—Alexandre —musitó volviendo el rostro, para mirarlo a los ojos—. Alexandre... —repitió el nombre, y él la miró de una manera que no podía definir; no estaba segura si era desconcierto o ternura—. Dime una cosa, Alexandre, ¿cuánto tiempo más vas esperar para desnudarte? —preguntó sonriente y empezó a subirle la camiseta, que le quitó sin ningún inconveniente.

—No quiero esperar ni un segundo más —aseguró levantándose un poco, y con la ayuda de Elizabeth, se quitó el pantalón y la ropa interior—. Estoy intentando comportarme a la altura de una *Patricinha*, y no como un desalmado.

—Las *Patricinhas* sentimos debilidad por los desalmados —confesó, sintiendo sobre su monte de Venus una rígida amenaza—. Por favor, dime que tienes preservativos —suplió, repasando con su dedo la lengua de la cobra tatuada en el hombro.

No lo solicitaba por temor a algún embarazo, porque ella desde muy temprana edad empezó a tomar las medidas anticonceptivas necesarias, sino por evitar el contagio de cualquier enfermedad.

—Siempre. Puede faltarme la comida, pero nunca los preservativos —confesó, levantándose.

Elizabeth rodó en la cama, acostándose boca abajo y elevó las piernas, jugueteando con ellas. Se quitó la liga que aún sostenía un poco de su enmarañado pelo, capturó un mechón que enrollaba y desenrollaba entre sus dedos, mientras observaba a Alexandre caminar de espaldas a ella.

No pudo evitar sonreír con picardía al verle el perfecto culo, que estaba mucho más blanco que el resto de la piel bronceada; tenía perfectamente marcado el sunga, y eso le parecía realmente excitante.

Tenía unas piernas perfectamente definidas, cubiertas por vellos que lo hacían lucir muy masculino. Él era la antítesis de todos los hombres con los que había tenido sexo anteriormente, que estaban tan depilados como ella.

En ese momento se percató de otro tatuaje que tenía en la pantorrilla, era una Berimbau, en el que se enrollaba una cobra y tenía una mariposa revoloteándole.

No lo podía creer, era muy parecido al único que ella tenía en la nuca, solo que el suyo no tenía ninguna serpiente, suponía que tener en común la pasión por la capoeira, hacía todo una bonita casualidad, solo que no comprendía qué hacía esa mariposa revoloteando tan cerca de la serpiente, tentando a la suerte y al mismo tiempo cautivando a tan traicionero animal.

Cobra caminó hasta el escritorio donde estaba su portátil y buscó en uno de los cajones el paquete, deprenió dos preservativos de la tira plateada, no sin antes percatarse de que todavía quedaban tres condones y dos cajas más.

Al volverse, se encontró con la imagen más celestial que alguna vez hubiese visto. Su Elizabeth representaba una mezcla de ternura y picardía, que lo descontrolaba totalmente, tanto como para hacerle sentir a él mismo lo que era el pudor.

Ella no disimulaba su curiosa mirada sobre su erección, provocando descontrol, no solo en sus emociones sino también en su cuerpo, sobre todo en la zona que era el blanco de esos ojos diáfanos.

Se llevó el preservativo a la boca y lo apretó suavemente con los labios, para permitirle a sus manos que le regalaran impúdicas caricias a su pene, que incitaran a la chica de sus sueños. Aún no podía creerlo, temía despertar de un momento a otro, encontrarse solo en la cama, masturbándose

como tantas veces le había pasado.

Ni siquiera podía creer cómo había llegado a ese punto de tenerla desnuda entre sus sábanas, en ese caótico lugar al que definitivamente no estaba acostumbrada y que no se merecía. Entonces empezó a recordar ese momento en que apareció en la favela, como una hermosa Epifanía, prometiendo hacerle realidad su más poderosa ilusión, y todo cobró sentido.

Elizabeth, involuntariamente se relamió los labios, sintiéndose impresionada al ver las íntimas caricias que Alexandre le hacía con su cobra, sin duda alguna, el tatuaje era una obra de arte que se difuminaba en el punto exacto del nacimiento de su pene, para no restarle fascinación a esa arma de placer, que ella solita disfrutaría.

Verle el vello púbico recortado le hacía saber que no era un hombre descuidado, por lo que sumaba muchos puntos a favor.

Él se dejó caer sentado sobre sus talones justo en frente de ella, quien elevó el rostro para mirarlo a la cara. Estaba con los rizos alborotados y el paquetito plateado entre los labios, mirándola con tanta intensidad, que estaba a punto de provocarle otro orgasmo.

Elizabeth, sin desviarle la mirada, se soltó el mechón de pelo, entonces él soltó su pene y le agarró la mano, guiándola para que ella siguiera con la caricia.

Ella no era para nada cohibida al momento de brindar o buscar placer, por lo que sin ningún tipo de vergüenza, sostuvo entre sus manos el miembro, masturbándolo lentamente, sin apartar sus ojos de los de él, al tiempo que se mordía el labio, en un claro gesto de provocación.

Admitía que se moría por llevárselo a la boca, pero aún contaba con un poquito de razón y no quería exponerse a ningún tipo de enfermedad.

Sin soltar el pene con mayor grosor que hubiese tenido entre sus manos, se incorporó lentamente hasta ponerse de rodillas frente a él, quien seguía sentado sobre sus talones, ofreciéndole varios gestos en su rostro, que evidenciaban que estaba disfrutando de lo que ella le estaba haciendo.

—No quiero soltarte, así que tendrás que ayudarme —solicitó Elizabeth acercándose a él y tomó suavemente entre sus dientes la punta del paquete plateado que estaba en los labios de Cobra, mientras seguía moviendo sus manos con gran maestría.

En el momento que él liberó el paquete en la boca de Elizabeth, jadeó largamente al tiempo que fruncía el ceño.

—Muy bien, lo haces muy bien. —El ronco murmullo premiaba el trabajo de la chica.

Elizabeth elevó una ceja, en un gesto cargado de pillería.

—Voy a destaparlo, porque muero por cogerte... Quiero hundirme en ti hasta el fondo, muy al fondo —prometió, y Elizabeth asintió; entonces haló del paquete que se rasgó—. No quiero que me sueltes, sigue con lo que haces.

Elizabeth soltó el paquete plateado, dejándolo caer sobre las sábanas desordenadas, mientras Cobra tenía el condón en sus manos; se lo llevó al pene y le apretó la punta.

Elizabeth aprovechó y sin soltarlo empezó a desenrollarlo sobre el miembro, vistiéndolo de látex.

Cobra la sorprendió, agarrándola por la cintura y poniéndola ahorrajadas sobre él, hundiéndose poco a poco en ella, al tiempo que le mordía la barbilla, y Elizabeth le enterraba las uñas en los hombros.

Él empezó a moverle las caderas, marcándole el ritmo, al que ella se acopló rápidamente.

En medio de murmullos, miradas ardientes y besos interminables, Cobra volvió a acostarla y se ubicó entre sus piernas, cumpliendo la promesa de enterrarse en ella una y otra vez hasta el fondo.

Elizabeth sonreía ante el placer que le provocaba, mientras que él estaba totalmente concentrado en cada gesto en ella; admiraba cada poro en el rostro sonrojado, y cómo la mirada le brillaba, inundada por lágrimas de placer, placer que él le estaba brindando.

Sin permitir que su miembro saliera de ella, y con un movimiento maestro, que no requirió

ningún tipo de esfuerzo para ninguno de los dos, le tomó una pierna para cerrarla y la volvió de medio lado, tan solo le llevó contados segundos ubicarse detrás de ese maravilloso cuerpo, bendecido por curvas perfectas; y desde esa perspectiva, la siguió penetrando con intensidad, en medio de caricias y besos que no cesaron hasta asegurarse de que Elizabeth alcanzara el nirvana.

Ella se tensaba de placer entre sus brazos, era una experiencia extraterrenal, y no le daba importancia a que ella le estuviese mordiendo la mano, porque estaba seguro de que al mirarse la marca, recordaría ese instante de plenitud.

—¡Sí...! ¡Disfrútalo, disfrútalo, preciosa! —musitaba sin dejar de moverse dentro de ella.

CAPÍTULO 32

El gran velero con casi cincuenta metros de eslora y dos mástiles con dos velas de un blanco reluciente, que eran tensadas en dirección del viento, surcaba las embravecidas aguas del Océano Atlántico.

—Realmente estamos perdidos —dijo Rachell, empezando a preocuparse.

—Ya te he dicho que no, es un poco más hacia adentro —comentó Samuel, quien dirigía la lujosa embarcación.

—Admítelo Samuel, estamos perdidos, es mejor que pidas ayuda por radio —sugirió, levantándose de la tumbona y caminando al lado de su esposo, quien no quería dar el brazo a torcer, al parecer no le daba miedo estar en medio de la nada, rodeado de agua y de gigantes y peligrosas criaturas marinas.

—¿Puedes dejar los nervios de lados?, ya te he dicho que sé lo que hago —protestó con la mirada al frente.

—No estoy nerviosa, estoy furiosa... Lo último que deseo es pasar un mal momento o que este velero se convierta en una lápida más del segundo cementerio de embarcaciones del mundo. Así que voy a pedir ayuda —discutió, caminando hacia las escaleras que la llevarían al centro de comunicación.

Samuel resopló molesto, porque Rachell era siempre muy impulsiva, pero en ese momento vio a la distancia la gran mancha en el Océano, y sobresalía el oxidado mástil del buque mercante que había naufragado como tantos otros muy cerca del parque marino de corales más grande de América del Sur, el Parcel de Manuel Luís, era la más extraordinaria falla geológica de origen volcánico, en medio del Atlántico.

—¡Rachell! ¡Hemos llegado! —gritó para que lo escuchara—. ¡Rachell, ven a ver! —pidió emocionado.

Rachell subió corriendo las escaleras y se quedó boquiabierta al ver la gran mancha de casi cinco kilómetros.

—No te acerques mucho, aquí está bien —dijo emocionada, porque sabía que era peligroso, por algo era conocido como el «Triángulo de las Bermudas» brasileño.

Samuel ancló el velero y corrió a ponerse el traje de neopreno, al igual que lo hizo Rachell, quien estaba extremadamente bronceada porque habían pasado todo el día anterior en las lagunas rodeadas de las blancas dunas de arena fina.

Se aseguraron de usar correctamente el equipo de buceo y se lanzaron al agua, para ir a explorar uno de los mayores arrecifes coralinos del mundo, donde esperaban admirar la maravillosa y misteriosa vida marina.

Nadaron entre lo que parecía ser una ciudad de corales, maravillándose con especies marinas extraordinarias, también comprobando que ciertamente, varias embarcaciones que formaban parte de la historia brasileña yacían en el lugar, como lo era el buque de la marina mercante alemana Uberada, capturado por la marina brasileña durante la Primera Guerra Mundial.

Más de una hora estuvieron buceando entre los arrecifes coralinos, cuando decidieron volver, porque no querían que se hiciera tarde y que la corriente marina se intensificara más.

De regreso gran velero llamado «Garnett» regresaron sin cambiarse, y anclaron muy cerca de la costa en Maranhão, donde disfrutarían del atardecer y pasarían la noche.

Rachell se encargó de preparar el jacuzzi redondo que estratégicamente estaba ubicado en la cubierta de la lujosa embarcación, mientras que Samuel fue por una botella de champán y algunos

aperitivos.

Desnudos entraron al agua espumosa y tibia, mientras el inmenso sol naranja descendía sobre el océano, cautivando a los esposos Garnett, quienes en ese momento hacían un brindis.

Samuel empezó a besarle uno de los hombros a Rachell, quien suspiraba ante el suave toque.

—Extraño a los niños —susurró, entrelazando sus dedos a los de su esposo.

—Yo también, pero realmente no en este momento —confesó sin parar sus besos, que buscaban el cuello de su mujer—. Porque si estuviesen aquí no podría estar haciendo esto.

—Tienes razón —gimió complacida.

—Rachell, ¿quieres regalarme otro hijo? —preguntó sin pensarlo mucho.

—¿Qué? —Se alertó—. ¿Estás loco Samuel? No..., quiero imaginar que solo estás bromeando.

—No. —Dejó a un lado la copa de champán y le sujetó el rostro a su mujer—. No, realmente no estoy bromeando, dime que sí, «gorda» —pidió suplicante y le guiñó un ojo, llamándola de una de las tantas maneras cariñosa en que lo hacía—. Vamos a tener otro bebé.

—Sam, ya no estoy en edad para otro hijo, para ti es muy fácil porque no eres quien pasa los malestares —dijo con voz en remanso, no quería hacerlo sentir mal.

—Pero ¿a poco no valen la pena todos esos malestares cuando tienes a ese ser pequeñito en tus brazos?

—Sí —confesó, sonriendo enternecida—, pero no creo que mi edad me ayude, con cincuenta y tres años, ya no es prudente. Es una locura, Sam.

—Amor, menina, todavía estás joven, llena de vida —dejó caerle un par de besos en los labios.

—No lo sé, amor, déjame pensarlo.

—No lo pienses menina, mejor vamos practicando. —Le sujetó la cintura y la sentó sobre él—. Quiero otro varón.

—Sam, eres un manipulador... Desde ahora te advierto que no voy a levantarme en las madrugadas cuando esté llorando, de eso te encargarás tú —condicionó, mirando a esos ojos del color del mismo sol que parecía ahogarse en el Atlántico.

—Lo haré, lo juro, lo juro... —prometió y besó a su esposa.

No perdieron tiempo para empezar a buscar ese nuevo ser, Rachell haría lo que fuera para complacer a ese hombre, y si él quería otro hijo, ella se lo daría con el mayor de los placeres, aunque eso significara atravesar por todos los horribles malestares de un embarazo.

Poco después de que Elizabeth viviera a plenitud un segundo orgasmo, y estuviera preparándose para el tercero, a consecuencia de que Cobra seguía estimulándola de todas las maneras posible, él desesperó en su cuerpo, se volvió totalmente dependiente de ella y repetía su nombre una y otra vez, en medio de gruñidos y jadeos, logrando que ella volviera a estallar con una fuerza descomunal.

Le hizo volver la cara, pegando su frente a la de ella y mirándola directamente a los ojos, sin dejar de beberse el aliento de su chica, que se escapaba por los labios hinchados, sonrojados y entreabiertos, que él empezó a mordisquear, mientras que su pelvis se movía con rapidez y contundencia, creando el más perfecto de los sonidos.

En el momento que estalló el orgasmo en Cobra, seguido de la potente eyaculación, se quedaron muy quietos, mirándose a los ojos, dándole tiempo a que sus corazones disminuyeran la intensidad de los latidos y que sus cuerpos recuperaran las fuerzas, mientras el aliento de ambos se condensaba en el poco espacio que separaba sus sonrojados rostros.

Elizabeth se movió para ponerse frente a él, liberando el pene que casi había perdido la erección;

sin poder evitarlo, solo dejándose llevar por el deseo de seguir sintiendo ese cuerpo fuerte y caliente, se abrazó a él, también porque sentía la necesidad de regalarle un poco de ternura a ese hombre rudo, que parecía no anidar ningún tipo de sentimiento.

Para su mayor sorpresa, él correspondió al abrazo, con un gesto totalmente protector, que a ella le encantó, porque le hizo recordar a ese hombre que la rescató de aquel taxista degenerado. Se sentía pequeña y vulnerable entre sus brazos y contra ese cuerpo.

Inevitablemente, escondió el rostro en su cuello, robándose su aroma, que era una mezcla de sudor con el rastro de algún perfume que no podía identificar, mientras los vellos de su pecho le picaban en los pezones; aun así, se unió más al abrazo, al pasarle una pierna por encima y dejar su muslo descansar sobre la perfilada cadera masculina, sintió también contra su monte de Venus los vellos púbicos de Cobra; disfrutaba de esa experiencia, que era totalmente nueva para ella. Nunca antes había estado con un hombre en su estado más natural.

Para Cobra, en ese momento estaba abrazado a la niña de sus sueños, a la adolescente de sus fantasías; ese abrazo lo hizo retroceder ocho años y sentía que estaba junto a la Elizabeth de quince, y no sentía culpa ni ningún tipo de perjuicios por desear a esa chiquilla de esa manera tan desmedida.

No pudo evitar recordar esa época en la que pensaba que algo no andaba bien con él, y aún en contra de todos sus preceptos, decidió ir con un psicólogo, quien sonriendo le dijo que no había nada de malo, que esa era su Lolita.

Sufría del complejo de Lolita hacia esa chica de ojos lindos. El psicólogo le aseguró que no importaría que ella se hiciera mayor, él seguiría anhelándola; suponía que al ser un especialista, debía aconsejarle que se alejara, pero a cambio solo le dijo que se acercara e intentara conocerla, porque no significaba ningún peligro para ella.

Sin embargo, los años pasaban y no encontraba el valor, ni siquiera confiaba en sí mismo. Se conformaba con observarla desde lejos, pero fue ella quien irrumpió en su vida, visitando esa favela e integrándose en la roda. De todos los lugares en que suponía podía tenerla frente a frente, jamás imaginó que sería como contrincante de capoeira.

—Alexandre... —La voz de Elizabeth lo hizo regresar inmediatamente al presente.

—Prefiero que me llames Cobra —interrumpió lo que fuera que ella iba a decirle.

Elizabeth se alejó de su cómodo lugar en el cuello de él y lo miró a los ojos.

—En este momento prefiero llamarte Alexandre, me gusta tu nombre... —Le repasó con uno de los dedos la larga patilla, que sobresalía de los rizos cobrizos y se unía a la escasa barba del mismo color—. Cobra es el capoeirista que considero mi contrincante en las rodas, y Alexandre es quien está conmigo en este colchón. No acostumbro a mezclar rivalidades y placer.

Él la miró y levantó ambas cejas en un gesto de sorpresa y fascinación.

—Me gustaría que cuando estés en la roda con Cobra, no olvides lo que vives cuando estás en los brazos de Alexandre.

—Hacerlo no es conveniente, porque no conseguiría concentrarme, pero no quiero que me cambies de tema.

—Bien, no lo haré —aseguró, percatándose de cómo los ojos de Elizabeth brillaban, y estaba seguro de que era por la curiosidad, porque iba a hacerle alguna pregunta sobre quién era.

—¿Dónde adquiriste tanta experiencia? —curioseó, elevando una de las cejas con pillería.

—¿En capoeira?

—Eso también me gustaría saberlo, aunque supongo que aprendiste en las favelas..., pero no me refiero a eso. Te acabo de decir que no quiero mezclar rivalidad y placer.

—¿Te refieres a mi experiencia sexual? —inquirió con gran incredulidad, pensando que era la pregunta más graciosa que le habían hecho en mucho tiempo.

Elizabeth se quedó fascinada, sorprendida y feliz al ver que Cobra sonreía por primera vez, todas

las veces que había tenido la oportunidad de verlo, su semblante era serio, intimidante, excitante, pero nunca había sonreído, mucho menos de esa manera que evidenciaba vergüenza y ternura; sin embargo, duró muy poco, porque volvió a enseriarse.

—Vuelve a hacerlo —pidió ella sonriente, acariciándole una mejilla, para convencerlo, como tantas veces lo había hecho con su padre.

—¿Hacer qué? —preguntó con la voz ronca. Sabía lo que ella solicitaba, pero prefirió hacerse el desentendido, porque realmente no le gustaba sonreír, y solo él conocía el motivo.

—Sonreír, lo hiciste hace un segundo... Anda, sonríeme una vez más —pidió, haciendo un puchero, como la niña malcriada a la que no le negaban nada, que aún habitaba en ella.

—Más que sonreír, prefiero responder con hechos a tu pregunta —dijo con el ceño fruncido, esforzándose por permanecer serio.

—¿Ya? —dijo sonriente y miró hacia abajo, donde la erección estaba cobrando vida una vez más—. ¿Tan rápido? —No podía ocultar la sorpresa que la embargaba y su deseo resurgía desde las cenizas.

—Voy por un nuevo preservativo. —Dejó de abrazarla y se alejó, quitándose el condón usado y lo lanzó a la papelería que estaba al lado del escritorio.

Sacó del cajón la tira con los dos paquetes, y al girarse se encontró a Elizabeth admirando el lugar.

—Disculpa, no te he preguntado si deseas ir al baño.

—No, por ahora no necesito un baño. —Volvió a mirarlo con esa sonrisa que le llegaba a la mirada—. ¿Puedo hacerte una pregunta?

—Puedes —concedió, sentándose una vez más en el colchón y le puso detrás de la oreja un mechón de pelo.

—¿Por qué no tienes muebles? Es decir, tienes muy pocas cosas.

—Tengo justo lo que necesito... En este momento tengo todo lo que necesito —dijo mirándola a los ojos y lentamente se acercó, para volver a probar de su boca.

Elizabeth le correspondió, al tiempo que le llevó las manos al pecho, obligándolo a que se acostara, y ella lo hizo encima de él, dándose el placer de entrelazar los dedos entre sus rizos y mirarlo a los ojos grises, que tan peligrosos le parecieron la primera vez que los vio.

Cobra la sostuvo por el culo, aferrándose con premura, mientras sentía la suave piel del vientre de Elizabeth aprisionar su pene. Él seguía besándola, lo haría todo lo que pudiera, porque no estaba seguro de que entre ellos pudiera existir otra oportunidad.

Elizabeth se sentó sobre él, le quitó el condón, y ante su mirada atenta, se lo puso; ambos estaban preparados para volver a experimentar el mayor de los placeres, por lo que no quisieron perder el tiempo.

Con una mano sostuvo la erección justo en la entrada de su vulva, y muy lentamente se dejó caer, sintiendo cómo él entraba en ella una vez más.

—No has respondido mi pregunta. —Le recordó, moviéndose lentamente sobre él, gozando del momento.

—Creo que la experiencia se adquiere debido a un conjunto de factores... Realmente no podría saberlo con exactitud. —Jamás le diría que el factor principal se debía a la cantidad de mujeres que habían pasado por su vida; de hecho, había perdido la cuenta de todas las que habían estado en ese colchón, y se encontró deseando que ella hubiese sido la primera y la única—, pero no me gusta hablar de eso, prefiero que lo experimentes.

Sin que Elizabeth se lo esperara, se levantó y en un rápido movimiento la puso contra el colchón, le tomó las piernas, brindándoles intensas caricias, se las elevó y se las puso sobre los hombros.

Desde ese punto, volvió a penetrarla con rudeza y rapidez, también lo hizo lento, al tiempo que le besaba o mordía las pantorrillas, y Elizabeth jadeaba roncamente, presa del más crudo placer.

Su piel era tan suave, tan limpia; su cuerpo poseía las curvas más increíbles, y la cintura casi podía rodearla con sus manos. Más allá de haberla idealizado desde que era una adolescente, los años, al convertirla en mujer, habían sido realmente generosos con ella, porque físicamente era una diosa, perfecta.

En pocos minutos, volvieron a estallar en un perfecto y ruidoso orgasmo, que los dejó totalmente agotados y saciados.

—¿A qué edad descubriste que te gustaba la capoeira? —preguntó Elizabeth, con el pecho totalmente agitado y una tonta sonrisa, mientras observaba el techo.

—Aprovechas que estoy abatido para hacerme preguntas —dijo, acostado a su lado, tratando de conseguir un poco de aliento.

—Dije que me entregaría a tus deseos con la condición de conocerte un poco más —giró sobre su cuerpo y se puso boca abajo, admirando el rostro sonrojado y algo sudado de Cobra, percatándose en ese momento de que en la parte baja de la barbilla, tenía una cicatriz en la que no le crecía barba —, hasta ahora he cumplido con mi palabra.

—Mis deseos aún no han sido totalmente colmados; incluso, un solo día no bastará. —Miró a la chica de tiernas facciones que jugueteaba con su tetilla izquierda; eso le provocaba cosquillas, y antes de reírse, prefirió detener los inquietos dedos y entrelazarlos a los de él—. Sin embargo, voy a saciar un poco esa curiosidad que te ha traído hasta aquí.

—Adelante. —Lo instó a que le contara.

—Mi pasión por la capoeira la descubrí cuando tenía diez años...

—Y eso fue hace mucho pero mucho tiempo —interrumpió con una sonrisa.

—Más o menos. —Ladeó un tanto la cabeza, porque sabía que implícitamente, ella estaba preguntando por su edad, pero no iba a responderle porque no quería decepcionarla—. Con diez años practicaba solo, en mi casa, lo hacía día y noche a diario; mi padre debía exigirme con cinturón en mano que me fuera a la cama. A los catorce ya era casi un experto o eso creía yo, hasta que vi a los capoeiristas callejeros, y me di cuenta de que mis movimientos eran inútiles y que solo servían para llamar la atención en las calles; eran acrobacias que no servían para atacar, mucho menos para defenderme. Antes no le daba valor a las técnicas de combate, solo me concentraba en las acrobacias... En resumidas cuentas, mi capoeira era atrayente, pero no era más que una inútil mierda.

—Entonces, ¿qué hiciste? —preguntó ella, con toda su atención puesta en lo que le contaba.

—Desde ese día decidí que quería ser un capoeirista de verdad y no uno de espectáculo. —Elizabeth volvió a acostarse sobre él, y él pensó que nunca antes había disfrutado tanto la sensación que provocaba el cuerpo de una mujer sobre el suyo, como lo estaba disfrutando en ese instante, por lo que volvió a abrazarla—. Y tú, ¿a qué edad descubriste que te gustaba la capoeira?

—La capoeira no me gusta, me apasiona. —Dejó libre un suspiro, sin desviar la mirada de los ojos de Alexandre—. Entreno todos los días de mi vida... —Él elevó las comisuras en una sonrisa muy sutil, y ella disfrutó de ese gesto que lo hacía lucir más atractivo, pero no dijo nada, para que no volviera a enseriarse como lo había hecho antes—. Desde que tengo uso de razón veía entrenar a mi papá, y en cuanto pude, quise imitarlo. Él me cantaba todo el tiempo «*AEIOU, UOIEA, AEIOU Vem criança vem jogar, eu aprendi a ler, aprendi a cantar...*» —canturreó, tamborileando sus dedos sobre el pecho de Cobra—. Mi madre me cuenta, que cuando era una bebé, mi papá me llevaba al gimnasio y me acostaba sobre una manta en el suelo, mientras él hacía acrobacias sobre mí; dice que me emocionaba al verlo y me carcajeaba mientras pataleaba y aplaudía.

—Tu padre es muy buen capoeirista —confesó, sin darse cuenta de que había hablado más de la cuenta, solo porque ella con su melodiosa voz lo había hechizado.

—¿Conoces a mi papá? —preguntó, levantándose rápidamente, sintiéndose totalmente sorprendida y algo asustada; haló una sábana y se cubrió, como si el pudor le hubiese asaltado de la nada.

Cobra se levantó, quedando sentado en el colchón, observando cómo ella salía de la cama, privándole a su mirada deleitarse con su desnudez.

Elizabeth buscó con su mirada la ropa, pero no la hallaba, solo vio un calcetín que realmente no recordaba en qué momento se los había quitado.

¿Por qué siempre terminaba perdiendo la maldita ropa?

Agarró una bocanada de aire para que los nervios mermaran un poco y no mostrarse temerosa delante de Alexandre; eso le sirvió para recordar cuando lo vio con su tío Thiago en el Jockey Club; suponía que si se conocían, probablemente también conocía a su padre.

—¿Necesitas usar el baño? —preguntó al verla parada sin hacer nada.

—Sí, por favor —pidió, porque necesitaba un momento a solas.

—Es esa puerta. —Señaló a su derecha—. Tómame todo el tiempo que necesites. ¿Deseas algo de tu mochila? —preguntó, enrollándose una sábana en las caderas.

—Sí, ¿podrías traérmela? —Casi suplicó.

—Está bien, no es problema. —Salió de la habitación.

Una vez sola, Elizabeth miró a todos lados, y aunque no había mucho que ver, caminó hasta el escritorio donde estaba la portátil y algunos papeles, entre los cuales había algunas facturas de servicios públicos, y no estaban a nombre de ningún Alexandre, sino de Leandro Morais, casualmente el mismo apellido de Paulo.

—Aquí tienes. —Él se percató de que Elizabeth estaba mirando los papeles sobre la mesa, por lo que caminó hasta ella y le entregó la mochila.

Elizabeth tragó en seco, intentando esconder su desconcierto; suponiendo que al haber desviado rápidamente la mirada hacia él, no la había pillado rebuscando entre sus cosas.

Tenía ganas de confrontarlo, de exigirle que le dijera la verdad, o tal vez llamarlo Leandro, pero a cambio, solo agarró la mochila.

—Gracias —dijo con voz estrangulada.

—Elizabeth, conocí a tu padre..., hace muchos años en una roda en la favela, yo tan solo era un adolescente, con muchas responsabilidades pero adolescente al fin... Posiblemente tú eras apenas una bebé... —Empezó a explicar, porque había notado el nerviosismo en ella y no quería que se fuera, al menos no tan pronto.

Estaba dispuesto a desnudar su alma con tal de conseguir que Elizabeth permaneciera en ese lugar, junto a él.

—Está bien, no te preocupes... Supongo que debes conocerlo si conoces a mi tío Thiago —dijo abrazada a la mochila, forzando una sonrisa e ignorando esa parte de la historia, de que conocía a su padre de la favela; solo quería estar a solas para aclarar sus pensamientos.

—¿Deseas algo más?

—Tengo hambre —mintió—. ¿Podrías preparar algo?

—Bien, lo intentaré... Aunque realmente no tengo mucho en la nevera. Si quieres puedo calentar pizza.

—Está bien... Supongo que si vives solo, no tienes muchos alimentos, pero en la esquina vi una frutería, eso para mí es mejor que pizza. —Abrió la mochila y sacó su cartera—. ¿Podrías por favor comprar algo? —Le entregó varios billetes.

—Vuelve a guardar ese dinero. —Casi le exigió sin poder evitar sentirse humillado—. Puedo ir a comprar frutas, pero primero me gustaría ducharme.

—Entonces puedes calentar la pizza... Me gusta bien caliente —dijo con la falsa sonrisa que mantenía—. No quiero molestarte.

—No es molestia, si me permites entrar al baño contigo seré rápido... Así tendrás la libertad para estar todo el tiempo que quieras a solas... Sé que a las mujeres les gusta tener privacidad.

—Eso, quiero un poco de privacidad. Ve primero..., yo puedo esperar.

Cobra le echó un rápido vistazo a los papeles sobre el escritorio y la miró a ella.

—De ninguna manera, vamos juntos.

—Está bien. —Para ella no pasó desapercibido el momento que él miró al escritorio, y eso solo alteró más sus nervios.

Ella caminó y él la siguió, el baño era pequeño, con una decoración antigua, pero estaba limpio y eso lo hacía aceptable, para al menos ducharse.

Cobra sacó de un mueble una toalla limpia y se la entregó.

—Puedes dejar la mochila sobre el lavabo —dijo señalando el mueble, y entró a la ducha que también servía como bañera, ante la curiosa mirada de Elizabeth, a través del espejo. Se duchó sin lavarse el cabello, para hacerlo más rápido. Agarró la toalla que estaba colgada en el perchero y se la enrolló en las caderas—. Ahora sí, tienes libertad para que tardes todo lo que desees.

Ella asintió y él salió del baño, buscó en el vestidor unos *jeans* negro y una camiseta, se los puso rápidamente y se calzó con unas Havaianas.

Antes de salir de la habitación, recogió los papeles que estaban sobre el escritorio y los guardó en el cajón, bajo llave.

Sabía que había arruinado el momento en el instante que nombró a Samuel Garnett, pero ya conseguiría volver a levantarle el ánimo.

Elizabeth estaba escuchando atenta cada ruido proveniente de la habitación, mientras buscaba en su mochila la Colt y revisaba que estuviese cargada.

Quería largarse del lugar, pero no podía salir a la calle con una sábana, toda su ropa estaba regada en el suelo del apartamento, y en la mochila solo tenía una toalla de mano, una camiseta y una tanga, que había decidido siempre llevar, después de que perdiera la ropa interior en aquel helicóptero.

Tampoco podía salir sin al menos lavarse un poco, estaba sudada y entre sus muslos reinaba la viscosa huella de haber tenido sexo con Cobra, Alexandre o Leandro. Ya no sabía realmente quién era ese hombre.

Le puso seguro a la puerta y dejó bajo la camiseta el arma; se duchó rápidamente, usando los productos de baño de Cobra; sin dudas, se sentía más fresca.

Se secó, se puso la camiseta, la tanga y guardó el arma que verdaderamente no quería usar, sin detenerse a mirarse una vez más en el espejo; abrió con mucho cuidado la puerta, y suspiró aliviada al darse cuenta de que la habitación estaba sola.

Era el momento justo para escapar; sin embargo, volvió a mirar al escritorio y ya los papeles no estaban, eso solo le confirmaba que algo escondía.

Sabía que parte de su ropa debía estar enredada entre las sábanas, pero no quería perder tiempo, iría directamente hasta la sala, donde estaba su pantalón y sus zapatillas.

De puntillas corrió hasta la sala, recogió sus cosas, lanzó la tanga usada a un lado y se puso el pantalón con la mirada atenta a todos lados; no iba a perder tiempo con las zapatillas, porque suponía que él no iba a tardar mucho, así que las llevó en sus manos junto con la mochila.

Entró al viejo ascensor, y cuando las puertas se cerraron, sintió que los latidos del corazón empezaban a calmarse. Ahora sí se juraba que nunca más volvería a ver a Cobra, aunque eso significara dejar de asistir a las rodas en la favela.

CAPÍTULO 33

Las puertas se abrieron en el pasillo que daba al vestíbulo del viejo edificio y al estacionamiento, por donde ellos habían entrado, solo esperaba que hubiese alguien que le abriera la reja.

Caminó con rapidez hasta la salida, pero empezó a retroceder los pasos cuando vio a Cobra abriendo la reja, y trayendo en una mano la bolsa con varias frutas; inmediatamente el corazón volvió a retumbarle con fuerza dentro del pecho.

Él se percató de que ella pensaba huir, pero no dijo nada, solo caminó hasta estar lo más cerca posible.

—¿A dónde crees que vas? —preguntó, tomándola de la mano y halándola dentro del ascensor—. Te he traído las frutas. —Le mostró la bolsa y la dejó caer dentro del aparato que cerraba las puertas, y él marcaba el octavo piso.

—Gracias, ¿puedo llevármelas? —preguntó con el gran nudo de miedo y angustia atorado en la garganta, observando cómo algunas naranjas se habían salido de la bolsa y rodaban por el suelo del ascensor.

—Elizabeth. —La sujetó por la cintura, pegándola contra el espejo—. No vinimos aquí para hacerlo solo una vez —confesó besándola una vez más, al tiempo que le bajaba de un tirón el pantalón, pero esta vez no le arrastró completamente la tanga, se la dejó enrollada en los muslos.

Ella no quería corresponder al beso, suplicaba por un poquito de autocontrol, mientras se subía la tanga, pero él se encargó de derrumbarle las defensas y quitarle la camiseta.

Elizabeth volvía a temblar entre esos fuertes brazos, dejó caer la mochila, y con la excitación robándole la razón y el miedo, le arrancó la camiseta mientras correspondía con demasiado entusiasmo al beso, sin importarle estar casi desnuda en un ascensor público, porque estaba segura de que era el único que usaba todo el edificio.

—Voy a cogerte dos, tres, cuatro, cinco veces... —prometió Cobra, sosteniéndole las manos por encima de la cabeza, mientras rozaba su cuerpo ardiente contra el de ella y la miraba directamente a los ojos—, y todas las que pueda mientras dure la noche, quiero que te quedes conmigo esta noche... —Volvió a besarla, mientras hacía más intensa la presión de sus manos entrelazadas.

Su lengua se estaba dando un festín dentro de esa boca, entraba, salía y se enredaba, mientras la respiración se hacía cada vez más pesada, y el excitante sonido de sus bocas en el íntimo intercambio, era lo único que los acompañaba.

Desenlazó sus manos y siguió acariciando en descenso, hasta apoderarse de su culo; la elevó y ella se aferró con sus piernas a la cintura, sin dejar de corresponder a sus besos y caricias.

Elizabeth disfrutaba, aferrada a esa espalda poderosa y caliente; no podía siquiera encontrar su voz para una mínima protesta, porque verdaderamente deseaba que él cumpliera esa promesa de hacerle tocar el cielo en muchas oportunidades.

Al llegar al octavo piso, Cobra solo recogió la mochila y salieron en medio de besos; la llevó hasta la sala y la acostó en el sofá, ubicándose sobre su cuerpo, dejando la mochila a un lado.

—Si quieres huir podrás hacerlo mañana, si es que te dejo el valor para que lo hagas. Hoy no..., hoy no dejaré de cogerte. Necesito hacerte adicta a mí, a mis besos y a mi manera de hacerte mía; así como yo soy tu esclavo... No quiero seguir viviendo esta tortura yo solo, no quiero seguir imaginándote mientras tú haces tu vida. Quiero que vivas deseándome a cada minuto..., quiero que pienses en mí a cada segundo —hablaba, mientras le besaba el cuello y los senos con desesperación y devoción.

Elizabeth le regalaba caricias a su espalda y a sus brazos, animándolo con jadeos, gemidos y

risitas cargadas de excitación, cuando sintió un fuerte tirón en la parte más delgada de su tanga, justo en las caderas.

—Cobra no, no —dijo en medio de gemidos, intentando sostenerle la mano que halaba la prenda.

¡Ese hombre pensaba dejarla sin tangas!

No estaba segura si hizo oídos sordos o estaba demasiado excitado y concentrado en los chupones que le daba a sus senos, que no escuchó su petición y terminó arruinándole la ropa interior.

Ya nada podía hacer, así que siguió disfrutando de toda la locura que desataba; ella también correspondía con besos, caricias y mordiscos, al tiempo que le quitaba los *jeans* en medio de enérgicos tirones, y se ayudaba con los pies.

Él la auxilió y en muy poco tiempo quedó desnudo sobre ella, sorprendiéndola con un preservativo.

—¿De dónde has sacado eso? —preguntó, sonriente ante la sorpresa.

—De debajo del sofá. Tengo en cada rincón de la casa, porque no me gusta perder el tiempo, mucho menos una oportunidad —respondió con la voz transformada por el deseo—. ¿Me ayudas?

—Encantada —dijo con energía, y sin pensarlo lo cubrió con el látex.

Volvieron a entregarse el uno al otro, ganando con cada mirada, caricia y beso un poco más de confianza, compenetrándose más allá del encuentro sexual.

—¿Por qué pensabas huir? —preguntó, mientras se quitaba el preservativo.

—No estaba huyendo, solo pensé que ya habíamos terminado —alegó con su inquieta mirada en lo que hacía Cobra.

—¿Y por qué no me lo dijiste? —Se levantó para ir a la pequeña cocina que estaba al otro lado—. Solo me mandaste a la frutería, como si fuera un niño.

Elizabeth no respondió, solo se elevó de hombros mientras le miraba el culo blanco, marcado por el sunga, y la intimidante cobra ondulada en tinta indeleble en su espalda.

No iba a decirle que lo creía un mentiroso, porque había descubierto que verdaderamente no se llamaba Alexandre, pero tampoco le diría que lo supo por andar husmeando los documentos que tenía sobre el escritorio.

—¿No vas a responder? —continuó a su regreso, ofreciéndole un vaso de agua.

—No sé qué responder, ¿qué quieres que diga?

—No es lo que yo quiera, sino lo que sientas, habla sin temor, di lo que piensas.

—Bien —resopló y agarró el vaso—. Solo vinimos aquí para tener sexo, y lo tuvimos. ¿Qué más podía hacer aquí? —Volvió a mentir.

—¿Solo vinimos a tener sexo? —cuestionó, dejándose caer sentado a su lado en el sofá, observando su perfecta desnudez. Quería mirarla a los ojos, pero en ese momento sus pupilas no podían desviarse de los pezones sonrojados y brillantados por la estimulación que él le había brindado—. Porque supuse que habíamos venido para conocernos un poco más.

—Bueno..., eso de «conocernos», solo me aplica a mí, porque he sido la única que ha hecho preguntas... Tú solo te has esmerado en la parte sexual. Supuse que eras más comunicativo.

—Esa era la condición, dijiste que querías conocerme y no he querido incomodarte con preguntas —dijo liberándose del hechizo de sus pezones y por fin la miró al rostro—. ¿Realmente pensaste que era más comunicativo?

—No. —Negó con la cabeza—. Realmente pensé que ni siquiera hablarías. —Sonrió y bebió un poco de agua, en ese momento vio alerta en la mirada de Cobra, entonces sintió que algo caliente le bajaba por la nariz. Se pasó los dedos por encima del labio superior, percatándose de que estaban llenos de sangre.

—¿Estás enferma? —preguntó aturdido, agarró rápidamente la tanga rota y se la llevó a la nariz, intentando detenerle la hemorragia, sin poder contener el temblor en sus manos—. Vamos al médico

—dijo, quitándole el vaso de agua con una mano, mientras que con la otra le mantenía la prenda sobre la nariz. Inevitablemente la angustia y la desesperación lo azotaban.

—No, no es necesario —dijo, poniendo sus manos sobre la de Cobra, que le sostenía la tanga.

—Sí, lo es.

—Estoy bien, de verdad.

—Estás sangrando, quiere decir que no estás bien.

—Sangrar no es significado de enfermedad terminal, normalmente sangro hasta por cinco días y no pasa nada.

—¿Por la nariz? —preguntó estúpidamente, en medio del aturdimiento y el corazón martillándole contra el pecho.

—No, tonto... Tienes mucha experiencia en capoeira y en el sexo, pero en cuanto al resto...

—Bien, solo estoy nervioso, y no es momento para hacer chistes. Estás sangrando.

—Tuve un accidente el lunes en la academia... Otra capoeirista me golpeó... Eso es todo.

Eso fue de gran alivio para Cobra, era como si todos sus demonios regresaran al infierno; sin embargo, no pudo evitar sentir odio hacia esa mujer que se atrevió a lastimar a su hermosa mariposa.

—Entonces necesitarás un poco de ayuda... Ven. —Le pidió, colocándole una mano en la espalda, alentándola a que se levantara.

—¿A dónde vamos?

—Al baño, necesitarás una ducha de agua caliente.

—No quiero molestar, solo elevo un poco la cabeza y dejaré de sangrar. Seguramente me he lastimado en medio de tantos..., tantos... Ya sabes —dijo, sin saber qué explicación dar.

—Lo sé, también has tenido la circulación más acelerada. Sé cómo ayudarte con esto, más de una vez he recibido golpes en la nariz.

—Imagino..., pero por favor..., déjame sostener la tanga, porque vas a asfixiarme. Estás nervioso, no parece que hayas pasado por este tipo de situación. —Ella estaba realmente tranquila, pero él temblaba sin poder ocultarlo.

—Lo siento. —Le soltó la prenda—. Nunca he curado más que mis propias heridas.

—¿Ni siquiera has reparado un corazón roto? —preguntó en broma, intentando disminuirle los nervios.

—No, nunca he reparado ningún corazón; tampoco soy cirujano cardiovascular. —Le dijo muy serio.

Ambos caminaron desnudos por el pequeño y viejo apartamento, hasta llegar al baño, donde con mucho cuidado entraron a la ducha, que también era bañera.

Cobra le puso el tampón para que se llenara, por lo que se sentó con ella.

—Sé que no lo eres, los hombres son expertos en romperlos... ¿Has roto alguno? —Intentaba llevar una conversación, mientras la bañera se llenaba y el chorro de agua le caía en la espalda.

—Supongo que he roto muchos —confesó, quitándole la tanga de la mano y le echó agua para limpiar la sangre—. Es inevitable, créeme. No me siento orgulloso de eso. —No iba a decirle que era ella la culpable de que le hubiese roto el corazón a muchas mujeres, porque aunque no quisiera, desde hacía ocho años, era a ella a quien llevaba presente en su vida, imponiéndose por encima de las demás, aferrada a su herido corazón; ese corazón que nunca lograba sanarse, porque se le quebraba cada vez que pensaba en su amor imposible.

—¿Vives solo? —preguntó, sin poder mirarlo a los ojos.

—¿Vas a creer lo que te diga? Solo si vas a creer en mí te responderé —dijo, sin ningún tipo de restricciones, mientras le agarraba el mentón y se lo elevaba un poco, para que la sangre no siquiera brotando.

—Comprende que a las mujeres se nos hace difícil creerles, ustedes son mentirosos por

naturalaleza.

—Entonces no vas a creerme... Es mejor no complicar el momento. —Tal vez ella solo quería mantener una conversación con el hombre con el que estaba teniendo sexo, pero para él era distinto, era lo más comprometido que había estado en mucho tiempo—. ¿Por qué no me hablas sobre lo que te pasó el lunes?

—Fue un accidente en la academia de capoeira a la que asisto, una chica... Priscila, se saltó una de las reglas y me dio una patada en la nariz.

—No fue un accidente, lo hizo con alevosía... Puedo asegurar que lo hizo porque te tiene envidia.

—No lo creo.

—No fue un accidente —aseguró, sin poder ocultar la molestia en su voz—. La envidia es lo que impera en esas putas academias, hay demasiado ego en juego, eres buena capoeirista y te estás perfeccionando en la favela.

—Gracias —dijo halagada—. Hasta que lo admites.

—Nunca he dicho lo contrario, solo te dije que no estabas al nivel callejero, y esa... Priscila, sabe que no es mejor que tú, por eso se vale de trampas para hacerte sentir inferior.

—Supongo que es eso —comentó, no iba a decirle que fue por estúpidos celos.

—Debes retarla a un encuentro fuera de la academia... Y ahí le enseñas las verdaderas malicias del juego duro. Puedo enseñarte algunos trucos.

—No haría eso, ella estaría en total desventaja.

—Eso no le importó cuando te golpeó.

—Realmente prefiero olvidar eso.

La bañera estaba casi llena, pero había dejado de sangrar, y no deseaba permanecer mucho tiempo en ese espacio con Cobra, porque no estaba para escenas de romanticismo.

—Necesito avisar que no iré esta noche a casa —dijo, levantándose ante la mirada fascinada de él—. Además, tengo hambre.

Él se levantó y salió de la bañera, en busca de una toalla, le ofreció la que ella ya había usado y buscó otra para él, celebrando internamente que Elizabeth accediera a pasar la noche con él.

—Debo ir por tu ropa y las frutas que quedaron en el ascensor, solo espero que no estés engañándome una vez más, que no soy un chiquillo. Si quieres marcharte dímelo y hasta te llevo a donde me pidas.

—No quiero irme, quiero quedarme contigo... Aunque si tu plan es tener sexo sin parar, creo que tendrás que darme algunas horas, porque no quiero que vuelva a sangrarme la nariz.

—Es posible que conversemos por un largo rato.

Ambos salieron del baño envueltos en toallas. Elizabeth se dejó caer en el colchón y Cobra entró al vestidor. Ella consideró que era su momento para probarlo.

—Alexandre. —Lo llamó y él regresó.

A ella le agradó que atendiera al llamado por ese nombre; sin embargo, pensó que tal vez estaba muy acostumbrado a hacerse llamar de esa manera.

—¿Necesitas algo?

—¿Podrías prestarme una camiseta? Iré contigo a buscar las cosas en el ascensor.

Él no dijo nada, solo regresó al vestidor y a los pocos minutos salió con una bermuda gris y una camiseta blanca sin mangas. A ella le prestó una negra, a la que él le había cortado tanto las mangas como el cuello, y al frente tenía estampada una calavera.

Se la puso y le llegaba por los muslos. Aunque tenía las puntas de su cabello mojadas, se hizo un moño de tomate, sosteniéndolo con las propias hebras, y salieron al pasillo.

Cobra llamó el ascensor y esperaron casi un minuto para que abriera sus puertas.

En el interior estaban las ropas de ambos perfectamente dobladas, pero no estaba la bolsa con las

frutas.

Él frunció el ceño ante el desconcierto, aun así entró, ante la mirada divertida y confundida de Elizabeth.

Se percató de que encima de la ropa había una nota, recogió todo y salió del ascensor, parándose al lado de ella, por lo que ambos leyeron:

«Vecino, muchas gracias por las frutas.

Espero que lo pase muy bien con su enamorada, pero no hagan mucho ruido, que debo levantarme temprano para ir a trabajar. Sí, trabajo los domingos».

Cobra no mostró ningún tipo de emoción, solo se quedó mirando la nota, sin poder creer que alguno de sus vecinos le hubiera robado las frutas; en cambio Elizabeth, rompió en carcajadas; quería dejar de reírse pero la cara de Alexandre, verdaderamente no le ayudaba en nada.

Tuvo que llevarse las manos al estómago y estaba furiosamente sonrojada por el esfuerzo de tanto reír, mientras él la miraba muy serio.

—Dijiste que... —Intentaba hablar, pero la risa no la dejaba—. Dijiste... Espera un momento. —Volvió a explotar en carcajadas.

—¿Realmente te parece gracioso que nos hayan robado las frutas? —preguntó con ganas de lanzar la ropa al suelo. Ella asintió en medio de risas, mientras se limpiaba las lágrimas—. Te volverá a sangrar la nariz. —Le advirtió; sin embargo, ella no paraba, y aunque él no reía, sí le agradaba mucho que Elizabeth lo hiciera; lo alegrara como ninguna otra de sus amantes lo había hecho.

—No importa... Comeré pizza calentada, con cerveza —dijo al fin en medio de risas que no paraban. Cuando estaba por calmarse, miraba una vez más la nota y volvía a estallar en carcajadas.

Después de muchos minutos logró enseriarse, regresaron a la sala y mientras Cobra calentaba la pizza, ella buscó su teléfono móvil en la mochila, que estaba al lado del sofá, para avisarle a sus primas que esa noche no iría; y para que no fueran a meter la pata, les dijo que tampoco estaría en casa de su abuelo.

En medio de un alocado interrogatorio, tuvo que decirles que estaba con un chico, que después les contaría, porque en ese momento no podía hablar mucho del tema.

Finalizó la llamada justo en el momento que Alexandre apareció con varios trozos de pizza sobre un plato, y dos latas de cerveza Itaipava. Lanzó el teléfono sobre el sofá y le ayudó con el plato, que puso sobre la mesa negra de madera.

Él le destapó la cerveza y se la ofreció, ella se quedó mirándola, pensando en la cara de desaprobación que pondría su agente si la veía con la bebida en mano.

—¿Puedes prestarme un vaso?

—¿No me digas que nunca has bebido directamente de la lata?

—Ni siquiera bebo cerveza, mi estilo es más de cocteles o champán.

—Debí suponerlo —ironizó, elevando inconscientemente una ceja.

—Pero ¿sabes qué?... Hoy voy a hacer la excepción. Voy a probar qué tan bueno es tomar directamente de la lata. —Se alentó, ya había hecho la excepción con él y le había ido muy bien, ¿por qué no arriesgarse con una cerveza?

No pudo evitar limpiarle el borde antes de tomar, estaba realmente sedienta y la cerveza estaba helada, por lo que le dio un largo trago.

—No es agua. —Le recordó Cobra, para que moderara un poco su manera de beber.

—Es muy buena. —De manera inevitable leyó la marca de la cerveza y recibió el trozo de pizza, que se llevó inmediatamente a la boca y le dio un gran mordisco; sabía que con él no tenía que cuidar los modales, así que apenas la probó masticó rápidamente, tragó y volvió a tomar cerveza casi sin

respirar, hasta que Cobra prácticamente le arrebató la lata—. ¡No me dijiste que era picante! —Sin pedir permiso agarró la lata de él, que estaba sobre la mesa y también bebió.

—No pica tanto... —comentó y le dio un mordisco a su pedazo—. Bueno..., solo un poco, pero es cuando la pruebas, después no se siente... Anda, cómete otro.

Elizabeth negó con la cabeza, aún le picaba la lengua; el efecto de la cerveza se le había pasado enseguida.

—No, gracias.

—Tengo más cervezas... Come otro poco.

—¿Seguro que no tienes algo más de comer?

—Totalmente, y si no comes algo, no vas a soportar la faena de esta noche. —Le dedicó una mirada cargada de seducción y perversidad.

—No me subestimes. —Lo miró entornando los párpados y le dio otro mordisco a la pizza, haciéndose la fuerte para soportar el picante que tanto odiaba.

—¿Me estás retando?

—No, porque genéticamente estoy en ventaja... No tengo que esperar, puedo seguir sin ningún inconveniente. —Tragó y volvió a tomar de la cerveza que él ni siquiera había tenido la oportunidad de probar.

—Eso es para los que esperan una nueva erección, mientras eso pasa, suelo ser muy creativo. —Le llevó la mano a la mejilla y con el pulgar le acarició el labio inferior, sintiéndolo frío por la bebida; ella miraba atentamente lo que él hacía y sacó lentamente la punta de la lengua—. Chúpalo. —Le pidió, introduciéndole lentamente el dedo en la boca, deslizándolo afuera y adentro en varias oportunidades, perdiéndose en esa mirada cargada de sensualidad que ella le regalaba—. Exactamente así puede entrar entre tus otros labios. —Bajó la mirada, percatándose de cómo ella apretaba los muslos—. Estoy seguro de que vas a disfrutarlo. —Retiró el dedo—. Ahora sigue con tu comida. —No pudo evitar chupar el dedo que había estado en la boca de Elizabeth.

—Espero que cumplas con tu promesa —dijo ella con voz estrangulada, y volvió a morder su pedazo de pizza, que aunque estuviese picante, era menos delirante que el hombre a su lado, quien se levantó y fue por dos cervezas más, y a su regreso siguió comiendo.

—¿Por qué sigues yendo con Gavião a la favela? —preguntó al terminar de comer y de casi beberse de un trago la cerveza.

—Porque es más seguro y porque es mi amigo —respondió, dejando el pedazo de pizza por la mitad, ya con dos había sido suficiente.

—¿Es tu amigo? —saturizó, colocando los brazos extendidos sobre el respaldo del sofá, y las piernas estiradas.

Elizabeth subió las piernas, las cruzó y se sentó sobre ellas.

—Sí —aseguró.

—No es lo que he escuchado, todos dicen que son novios, por eso ningún otro te seduce, pero es justo que sepas que todos te tienen ganas, absolutamente todos... No tienes la más remota idea de los pensamientos que provocas en ellos.

—¿Y qué si lo fuéramos? ¿Qué si fuera novia de Gavião? Al parecer eso no te detuvo para seducirme —preguntó, elevando una ceja con displicencia.

Él la miró de arriba abajo, y sin que ella lo presintiera, se le fue encima, acostándola sobre el sofá, al tiempo que le abría las piernas.

—Ese es el juego, seduces o eres seducido... Prefiero dar el primer paso.

—Disculpa. —Sonrió, sosteniendo el escapulario de Nuestra Señora de la Concepción Aparecida, que colgaba del cuello de Cobra y que no se quitaba ni para bañarse—. Te recuerdo que quien dio el primer paso fui yo... A menos que intentes olvidar el beso que te robé.

—Fui quien intentó besarte en el hueco, antes de eso... Ya te había dejado claro que provocabas erecciones en mí, justo antes de que llegaran a buscar a Gavião. —Se frotó descaradamente contra el sexo de Elizabeth, lo hizo de abajo hacia arriba, exactamente como lo había hecho cuando competieron y la lanzó al suelo—. Si fueras novia de Gavião, me tiene sin cuidado.

—¿Te tiene sin cuidado compartirme? —preguntó, mirando los labios masculino y disfrutando de su aliento con aroma a cerveza y pizza.

—Dijiste que no eras su novia y te creo... Aunque él quiere que lo seas. —Le quitó la camiseta, dejándola desnuda una vez más—, pero eso no va a pasar, no permitiré que eso suceda. No voy a dejarte opciones para que pienses en ningún otro hombre, porque ningún otro se entregará de la manera en que lo estoy haciendo, ningún otro te hará sentir con tanta intensidad.

Elizabeth sabía que él tenía toda la maldita razón, porque hasta el momento y sin duda alguna, encabezaba la lista como el mejor en cuanto a sexo se refería. Admitir eso era terrible, pero no podía mentirse a sí misma.

—Si no quieres dejarme opciones para ningún otro, deberás esforzarte mucho más. —Sedujo, rodeando con sus piernas las potentes caderas masculinas, convirtiéndolo en ese momento en su prisionero.

—Aún tengo toda la noche y la madrugada... Te advierto que no habrá descanso.

Volvió a besarla, desatando el deseo que ardía en ambos; sin perder más tiempo, se entregaron a la locura desmedida, y lo hicieron con la misma pasión e intensidad en varias oportunidades durante la noche y la madrugada como él le había prometido.

El cansancio y el sueño los venció al amanecer, cuando una hermosa estela naranja se unía con el agua, pintando con su hipnótica alborada la playa de Copacabana.

A las dos de la tarde, la moto de Cobra se estacionó frente al lujoso edificio en Leblon, donde vivían las gemelas.

Elizabeth bajó de la moto y antes de que pudiera alejarse él, Cobra le agarró la mano, haciéndola volver.

—¿No vas a despedirte? —preguntó sin soltarla, mientras apoyaba los pies en el suelo.

Ella le dio un beso en los labios, pero él se encargó de hacerlo más duradero, al tiempo que sus manos viajaban por las curvas femeninas, hasta aferrársele al culo.

Elizabeth poco a poco reducía la intensidad del beso, liberándose del comprometedor y lujurioso agarre de Cobra.

—¿Puedo pasar a buscarte mañana por la tarde? —Le llevó las manos a la cabeza, sosteniéndole los cabellos que el viento agitaba.

—¿Acaso no trabajas?

—Sí..., pero el martes es feriado.

—Realmente no puedo... Cobra... —No sabía cómo decirle que no se hiciera ilusiones, que habían tenido sexo, del mejor..., pero ella no quería comprometerse, no iba a hacerlo, mucho menos con él—. Déjame pensarlo, yo te llamaré... Dame tu número —dijo, quitándose la mochila para buscar su teléfono.

—Lo tienes, esta mañana mientras dormías lo registré.

—¿Revisaste mi teléfono? —preguntó sorprendida, al enterarse de que él no había dormido, pero también algo molesta por la osadía que había tenido de agarrar su teléfono sin permiso. No quería imaginar cómo había logrado desbloquearlo.

—Juro que no lo hice, solo asigné mi número... Aunque confieso que casi me gana la curiosidad, pero preferí no hacerlo —dijo la verdad, porque realmente no quería encontrarse con cosas que pudieran lastimarlo, también porque temió que ella despertara y lo consiguiera con el teléfono en la mano—. Supongo que ahora no vas a pensarlo, simplemente rechazarás mi invitación.

—Voy a creer en tu palabra... y no, no por eso voy a rechazarte; sin embargo, tengo compromisos familiares... Debo pasar tiempo con mis hermanos.

—Lo comprendo, entonces cuando puedas. No te sientas presionada.

—Está bien... Adiós. —Retrocedió varios pasos.

—Adiós —dijo él, se mordió provocativamente el labio y encendió la moto.

Elizabeth supuso que no se marcharía hasta que ella entrara, por lo que se volvió y entró al edificio, entonces la moto arrancó, dejando en el ambiente su fuerte sonido.

CAPÍTULO 34

Elizabeth caminó de puntillas, tratando de ser lo más silenciosa posible, porque no quería que sus primas las vieran llegar a esa hora, mucho menos vistiendo su ropa de capoeira. Entró a su habitación y metió la mochila debajo de la cama, rápidamente se desvistió y entró al baño.

Necesitaba desesperadamente darse una ducha, aunque ya lo había hecho antes de salir del apartamento de Cobra, no era lo mismo ducharse a solas que hacerlo bajo la insistente mirada de ese hombre.

Estaba irritada como nunca y el dolor le pasaba la factura de la desenfrenada tarde, noche y madrugada, cargada de incontables orgasmos que vivió a plenitud.

Las huellas de las caricias de Cobra parecían habersele quedado tatuadas en la piel, odiaba que el mínimo apretón se le marcara, porque la exponía sobre manera.

La parte interna de los muslos le dolían, le dolían las caderas, ni decir cómo estaba internamente, y los senos; pero bien había valido la pena, porque nunca antes había experimentado semejante maratón de sexo; sexo realmente apasionado y hasta cierto punto, descontrolado.

Después de un buen baño de agua tibia, daría lo que fuera por meterse a la cama hasta que el agotamiento y la molestia post sexual desaparecieran, pero le había prometido a su abuelo que iría a quedarse con sus hermanos, porque él y su tía Sophia debían atender una invitación al Teatro Municipal, donde se presentaría la orquesta de la Academia Nacional de Santa Cecilia, que había viajado directamente desde Roma.

Le escribió un mensaje a Wagner, con quien iba a encontrarse esa tarde para conocer a Pirata, y le explicó el inconveniente de último momento, casi de manera inmediata él le respondió, diciéndole que no se preocupara, que podía dejarlo para otro día.

Sin pensarlo propuso el encuentro para el día siguiente, a la hora que ya habían pautado, y él estuvo de acuerdo.

No tuvo más opción que ponerse un cómodo atuendo para irse a la mansión Garnett, agradecía al cielo que sus primas no estuvieran en ese momento, porque no estaba preparada para dar explicaciones de la debilidad que había mostrado con Cobra, y que sin pensarlo dos veces, terminó en la cama con él, como ya ellas lo habían profetizado.

Antes de salir, pasó por la cocina, en busca de su merienda y así intentar seguir con su estricta rutina alimenticia. Cobra la había invitado a almorzar en un modesto restaurante en Copacabana, ella declinó la invitación en varias oportunidades, pero él insistió hasta que terminó ganándole, como siempre lo hacía. Realmente odiaba que le ganara en todo, pero también le gustaba. Tal vez porque él significaba ese reto que tanto había anhelado, y no se le estaba haciendo nada fácil superarlo.

Mientras comía un poco de piña y sandía, le envió un mensaje a Leonel, avisándole que en diez minutos necesitaría de él para que la llevara a casa de su abuelo.

Después de comerse casi todo, estuvo segura de que tomarse un calmante sería la mejor opción para lidiar con las consecuencias de su tórrida aventura.

Como era costumbre, aprovechó para revisar su teléfono durante el trayecto, para que el tráfico no terminara desesperándola.

Al llegar a la mansión, le pidió a Leonel que regresara, porque esa noche la pasaría con sus hermanos, le dijo que le escribiría para que la pasara a buscar al día siguiente.

Tal vez debía volver en su auto, ya que el chofer se había encargado de buscarlo en la academia y dejarlo como nuevo en su estacionamiento de siempre, pero verdaderamente no tenía ganas de conducir.

A su llegada, nadie la recibió, por lo que se dirigió directamente a su habitación, pero antes de llegar, escuchó las ruidosas carcajadas de Violet, provenientes del jardín trasero.

Supuso que estaría haciéndole la vida imposible a Oscar, por lo que sonrió al imaginarse la escena que estaba a punto de encontrarse.

Antes de salir, pudo ver a través del cristal, que estaban en el área de la piscina y que no estaban solos; inevitablemente se sintió muy feliz de ver quién estaba junto a sus hermanos, por lo que corrió.

—¡Julian! —Lo llamó en medio de su carrera.

Él se levantó con una gran sonrisa al verla, dejando a Violet con un estetoscopio en la mano.

—¡Eli!

Ella casi se le lanzó a los brazos y él la recibió con mucha fuerza, haciéndole sentir ese abrazo de hermano, porque era así como lo consideraba, su hermano mayor.

—¿Has venido a pasar las vacaciones con nosotros? ¿Cuándo llegaste? Me alegra mucho verte —parloteaba sin soltar ese cálido abrazo.

—También me hace muy feliz verte. —Deshizo el abrazo y le sostuvo la cabeza, posándole las manos en cada mejilla, y anclando su linda mirada gris en la de ella, sin dejar de sonreír—. No he venido de vacaciones, estoy en Brasil por trabajo, mañana parto a Manaos.

—¿Tan rápido? Quédate un poco más —suplicó, desviando un poco su atención, hacia una hermosa bolita de pelos blanca que estaba jugando con Oscar.

—De verdad quisiera quedarme por más tiempo, pero no puedo... Decidí hacer una escala en Río porque pensé que podría ver a Sam.

—¿Solo a mi papá? —Hizo un puchero y él volvió a abrazarla.

—No, realmente deseaba mucho verlos a todos, los he extrañado, tanto como a mis papás. —Volvió a soltarla y caminaron hasta el sofá de ratán, donde estaba Violet, jugando con algunos utensilios médicos de Julian.

—¿Cuánto tiempo llevas sin visitarlos? —preguntó, al tiempo que se sentaban.

—Siete meses.

—Es mucho, pero estoy segura que se sienten muy orgullosos de lo que haces. ¡Ay Jul, te he extrañado tanto! —Volvió a abrazarse a él.

—También te he extrañado mucho, pequeña capoeirista —confesó, besándole los cabellos—. Espero que puedan compartir el regalo que les he traído.

—¡Mira Eli...! —Violet dejó de lado el estetoscopio y corrió a quitarle a Oscar el Chow Chow blanco con el que jugaba—. Es nuestro regalo —dijo emocionada, plantándole besos al cachorrito.

—Al enterarme de la muerte de Snow, imaginé que sería un gran regalo, aunque sé que no va a suplantarlo.

—Lo extraño muchísimo —dijo Elizabeth con un poco de tristeza en la voz, pero desvió su atención a los ojitos negros que la miraban con curiosidad—. Es hermoso, ¡me encanta! Ven aquí, pequeño. —Ayudó a su hermanita—. ¿Cómo se llama? —preguntó, acariciando al alegre perrito que movía con energía la colita, mientras admiraba las orejas marrones.

—Aún no le hemos puesto nombre, te estábamos esperando —comentó Violet, quien también le regalaba caricias.

—No sé cómo llamarlo, creo que será algo muy difícil, porque nunca logramos ponernos de acuerdo. —Miró a Oscar, quien con gran dificultad intentaba levantarse, se le hacía muy difícil al tener una pierna y un brazo enyesado, y unido a eso, estaba el latente dolor en el costado derecho, por las costillas fracturadas.

Julian se levantó y lo ayudó a sentar al lado de Elizabeth.

—Yo quiero llamarlo... —empezó Violet.

—Podrían usar la inicial de cada uno para ponerle nombre —intervino Julian.

—Me parece una buena idea —estuvo de acuerdo Oscar—. ¿Qué les parece Oliver?

—Ummm no sé... Es un cachorro y eso suena a nombre de viejo —dijo Violet.

—Pero crecerá. —Oscar defendió el nombre elegido.

—Yo quiero que se llame Snow..., es como... como. —Volvió la mirada hacia Elizabeth—. No recuerdo la palabra.

—En honor a Snow —dijo Elizabeth, suponiendo que era lo que Violet quería expresar.

—Sí, eso... En su honor.

—No sé si a mamá le agrada que lo llamemos de esa manera, no será fácil. —Volvió a comentar Oscar.

—Estoy de acuerdo con Oscar —dijo Elizabeth.

Julian, divertido, los miraba debatir sobre el nombre del cachorro; adoraba a esos chicos, eran como sus hermanos, porque siempre había considerado a Samuel como un padre, pero sobre todo, lo consideraba su salvador. Ni un solo día de su vida olvidaba todo lo que ese hombre había hecho por él.

—Es que es muy difícil conseguir un nombre que lleve nuestras iniciales.

—Blondy, ese es para un cachorro. —Oscar dio otra opción.

Violet sonrió y los ojos le brillaron, antes de que dijera algo, ya todos se habían dado cuenta de que le gustaba.

—Sí, ese es muy lindo.

—A mí no me gusta —dijo Elizabeth mostrándose muy seria, pero no pudo mantener por mucho tiempo la fachada y terminó por sonreír—. ¡Se llamará Blondy!

—Hola Blondy... ¡Lo adoro! Gracias Julian, es el mejor regalo —dijo Violet muy feliz.

—Me alegra mucho que te guste, ahora tienes con quién jugar.

—¿Podrá dormir conmigo?

—Tiene todas sus vacunas, pero no sé si tu padre lo consentirá.

—Seguro que sí, si no, lloraré hasta que me deje dormir con Blondy.

—Dormirá con ella —dijo Oscar riendo, bien sabía que su padre no soportaría los chantajes cargados de drama de su hermana menor.

—Creo que es hora de irme —dijo Julian.

—¿Cómo que te vas? —preguntó Elizabeth—. Me dijiste que debías viajar mañana por la noche.

—Sí, pero ya tengo reservada una habitación en un hotel.

—No, de ninguna manera, cancela la reservación, te quedarás aquí.

—Eli, no he sido invitado.

—¿Y de cuándo acá necesitas algún tipo de invitación? Te quedas aquí y no se habla más del tema. Esta noche salimos a cenar, tienes que contarme muchas cosas... de todas tus misiones, me gustaría saber cómo te fue en Haití.

—Está bien, me quedaré.

—Yo misma le diré a Micaela que te prepare una habitación —intervino Violet sintiéndose feliz, y sin soltar al perro, caminó a la casa.

Julian se había graduado como médico pediatra en Londres y después regresó a Estados Unidos, donde trabajó algunos años en Children Dreaming's; cuando se divorció, tras dos años de matrimonio, decidió formar parte de Médicos Sin Fronteras (MSF), una organización encargada de asistir a todo ser humano en condiciones precarias por motivos bélicos, naturales, o simplemente a comunidades verdaderamente necesitadas, en los lugares más recónditos y olvidados del mundo.

Pasaron mucho tiempo conversando, Julian les contaba sobre todos los lugares que había visitado, tratando de evadir un poco la calamidad que siempre lo rodeaba y que la mayoría del tiempo lo llenaba de incontrolable impotencia.

La noche los sorprendió y los planes de ir a cenar fuera seguían en pie, Julian ayudó a Oscar a levantarse, y Elizabeth le entregó las muletas, para que pudiera ir a su habitación a ducharse y cambiarse, lo que haría con la asistencia de uno de los empleados de la casa, como lo había hecho desde que le dieron de alta. Mientras que ella se fue en compañía de Violet, quien no le dejaba ni un minuto de paz al pobre Blondy.

Casi una hora después volvieron a reunirse en la sala, excepto Violet, quien se quedó en la habitación, intentado dejar en su cama al cachorro.

—Qué apuesto luces, ¿acaso pretendes robarle el corazón a alguna carioca? —preguntó Elizabeth con pillería, al ver a Julian vestido con un pantalón y camisa *jeans*.

—No es mi intención, pero si alguna se lo deja robar, no voy a dudarle. —Le guiñó un ojo, provocando que las líneas de expresión se acentuaran.

—Deja que te presente algunas amigas.

—No, nada de eso... No necesito de ayuda, puedo encontrar mis conquistas sin intermediarios.

—Disculpe señor casanova. —Sonrió pasándole un brazo por la cintura, y él correspondió pasándole un brazo por encima de los hombros.

—Violet, no puedes llevar a Blondy —dijo Oscar al ver que su hermanita bajaba con el perro.

—Es que no quiere dormir, no puedo dejarlo despierto, se quedará solito.

—Al lugar que vamos no dejan entrar mascotas, debes dejarlo... Llévaselo a Micaela, seguro te lo cuidará.

—¿Y si no le gustan los perros?

—Sí le gustan. Ve que se nos hace tarde, o si quieres te puedes quedar.

—No, no, yo quiero ir —dijo, haciendo un puchero y se fue a la cocina a dejar el cachorro al cuidado de Micaela.

No regresó hasta que la mujer le prometió que iba a cuidar muy bien de su perrito.

Como no se decidieron por ningún lugar en específico, uno de los choferes los llevó hasta el restaurante Duo, ubicado en Barra, que aunque en su mayoría fuese comida italiana, contaba con platos variados, para el gusto de los chicos.

Al llegar al acogedor lugar, los ubicaron en una mesa para cuatro, junto a una de las paredes de ladrillos con vista a la terraza.

Violet reía bajito al ver cómo un par de chicas rubias, sentadas en la mesa de al lado, que por su aspecto parecían turistas, miraban sin disimular a Julian. Él en un par de oportunidades les guiñó un ojo, creyendo que nadie se daba cuenta.

Tal vez ella estaba atenta, porque casi no la tomaban en cuenta en la conversación, mientras que su hermana hablaba y hablaba sin parar; en eso se parecía mucho a su papá.

—Julian. —Captó la atención del hombre de cabello negro con algunas canas y ojos grises—. ¿Es cierto que has estado en África?

—Sí, en muchos lugares de África.

—¿Has visto leones, elefantes, jirafas y rinocerontes? —preguntó entusiasmada, mientras hundía la cucharilla en su bola de helado de banana.

—Solo jirafas y elefantes.

—Yo quiero verlos, llévame por favor, porque mi papi no quiere; siempre me esfuerzo en el colegio con las notas para que me lleve, pero... Ya decidí no esforzarme más.

—Estoy seguro que tu padre te llevará, solo que ahora está ocupado.

—Sí, sé que ahora está ocupado, buscando un bebé con mami, por eso lo perdono.

—¿Quién te dijo eso?! —preguntó Elizabeth, sorprendida.

—No dije nada. —Abrió los ojos de par en par y se llevó la cucharilla repleta de helado a la boca. Había arruinado el secreto de su papá.

Julian soltó una carcajada que atrajo la atención de las chicas rubias que no dejaban de mirarlo.

—Dijiste que papá y mamá están buscando un bebé. —Le recordó Oscar.

—No es verdad, solo estaba jugando. —Sonrió totalmente sonrojada y volvió a clavar la mirada en la media bola de helado de banana con sirope de chocolate.

—De cualquier manera, si lo hacen aún están jóvenes —argumentó Julian, a quien sí le hacía feliz la idea de que Samuel y Rachell tuvieran otro hijo.

Elizabeth y Oscar se miraron, ellos no podían comprenderlo, mientras que a Violet le hacía inmensamente feliz la idea de tener a un bebé en casa.

—Creo que a mis padres les gusta complicarse la vida, ¿acaso no les es suficiente lidiar con ese terremoto? —dijo Oscar señalando a Violet.

—Los hijos nunca son una complicación, no tengo pero he convivido con niños gran parte de mi vida, y puedo decir que los momentos más felices, han sido al lado de mis pequeños pacientes.

—Yo soy un terremoto, pero tú eres un dormilón —dijo Violet, sacándole la lengua—. Yo sí quiero un hermanito o hermanita.

—Eso es una excelente noticia, porque te tocará a ti cuidarlo, ya me falta poco para irme de casa. —Suspiró Oscar, aliviado.

—No exageres —intervino Elizabeth mirando a su hermano—. Sí, los niños son un poco inquietos, si lo sabré yo que me ha tocado lidiar con dos. —Alzó ambas cejas con ironía—. Pero siempre la responsabilidad cae en otras personas, creo que si mamá y papá lo han decidido, es porque ya saben lo que harán.

Violet no quiso decirle a Elizabeth que su mamá tampoco lo sabía y que todo era idea de su padre.

Dejaron de lado la sorpresiva noticia que a Violet se le había escapado, y siguieron conversando de muchas cosas; se tomaron algunas fotografías y reían divertidos de poder compartir ese momento en familia, porque Julian para ellos era como un hermano más.

Regresaron casi a medianoche, cansados pero felices; Violet terminó por quedarse dormida en el auto, y Julian la llevó hasta la habitación que compartía con Elizabeth.

Ella le agradeció y él se fue a su habitación a descansar, porque al día siguiente le esperaba un largo viaje.

Elizabeth se duchó, se puso un pijama y se fue a la cocina por un poco de leche y otro calmante. La molestia entre sus muslos había disminuido, pero quería que desapareciera totalmente, porque cada segundo que sentía el maldito dolor y la inflamación de sus pliegues, recordaba todo lo vivido con Cobra, e inevitablemente su resentido cuerpo volvía a desearlo con una fuerza desconocida.

Estaba segura de que no importaba qué tanto molestaba, si lo tuviera en frente, volvería a entregarse a ese hombre sin importar las consecuencias de sus apasionados y contundentes roces.

Elizabeth dejó el vaso sobre la encimera de mármol, estaba por volver a su habitación, cuando escuchó el sonido de un auto entrando a la cochera, estaba segura de que su abuelo no era, porque cuando llegaron del restaurante, había visto su auto estacionado, por lo que arrastrada por la curiosidad, caminó hasta el salón que daba a la cochera interna, y vio a Renato saliendo de su Corvette negro.

—Primo, ¿llegando a esta hora? —No pudo evitar su comentario cargado de sorpresa y sarcasmo—. ¿No me digas que decidiste empezar a socializar?

—Siempre lo he hecho, así que no molestes —dijo, pasándole por el lado.

—¿Se puede saber qué es lo que te tiene de tan mal humor? —Ella lo siguió con toda la intención de molestarlo, como siempre lo había hecho desde que eran niños.

—No estoy de mal humor.

—Sabes que no eres bueno mintiendo... Si me cuentas podría ayudarte.

—No podrás ayudarme, ni siquiera sé cómo me metí en problemas... No, realmente no me metí,

el problema se metió en mi auto.

—No estoy entendiendo —dijo caminando a su lado, mientras Renato se dirigía a la cocina.

—No es necesario que lo entiendas.

—Quiero hacerlo.

—No molestes Elizabeth, mejor ve a dormir. —Le pidió, entrando para prepararse un emparedado, porque estaba muerto de hambre.

—Está bien, entonces me voy a dormir, pero después no te quejes de que tu familia no te ayuda.

—Nunca me he quejado por nada.

—Es solo un decir —resopló, porque su primo no captaba sus bromas; se dio media vuelta y salió de la cocina.

Renato abrió la nevera en busca de jamón y queso, mientras un gran torbellino de preocupación hacía estragos en su cabeza, por lo que al final decidió pedirle un poco de ayuda a su prima; siempre había sido la persona más entrometida en su vida, suponía que podía contar con ella, por lo que sin cerrar la nevera salió a buscarla.

—¡Eli! —La llamó justo cuando estaba por subir las escaleras, y ella se volvió—. Sí, necesito tu ayuda... Ven, te contaré. —Regresó a la cocina, porque estaba seguro de que no existía en el mundo nadie más curioso que Elizabeth Garnett, por lo que en segundos le estaría pisando los talones.

Elizabeth corrió de puntillas para alcanzar a Renato, mientras sonreía al saber que su curiosidad sería saciada.

—Sabes que lo que necesites puedes contar conmigo... —hablaba, apoyándose en la isla de la cocina, cuando él la interrumpió.

—Necesito de tu ropa. —Se dio vuelta, encontrándose justamente con la expresión que sabía que Elizabeth pondría.

—Mi... ¿mi ropa? —tartamudeó y soltó una risita nerviosa.

—Sí, tu ropa. Es que no me atrevo a ir a comprar, porque no tengo idea de cómo hacerlo.

Elizabeth seguía mirándolo, sintiéndose totalmente confundida. ¿Acaso su primo le estaba confesando que era gay?

—Si es para ti, debes tener en cuenta que eres más alto que yo...

—No es para mí, tonta. No soy un transformers...

—Será un «travesti». —Elizabeth soltó una sonora carcajada y él corrió a taponarle la boca, porque ella era tan sutil con su risa, que podía despertar a todo Río de Janeiro.

—Como sea —susurró con dientes apretados, sintiéndose totalmente estúpido e impaciente—. No es para mí que necesito la ropa, es para una amiga.

Elizabeth se quitó la mano de su primo de la boca.

—¿Amiga? ¿Acaso es la del chat del otro día?

—No, es otra... En realidad, no sé si es mi amiga, es que estoy ayudando a una chica.

—No estoy entendiendo nada.

—No tienes que hacerlo, solo préstame un poco de tu ropa.

—Está bien, cuenta conmigo... Solo espero que no estés metido en problemas.

Renato quería decirle que ciertamente estaba en uno muy grave, porque a Samira la estaban buscando y él la tenía escondida en su apartamento; tal vez no debió conmovirse ante las lágrimas de esa ladrona y así evitarse tanta angustia.

—No, no es ningún problema. —Le esquivó la mirada, para que no se diera cuenta de que le estaba mintiendo.

—¿De verdad? Me extraña que tengas una amiga.

Ya sabía que Elizabeth no se iba a quedar tranquila, sin antes intentar sacarle la información necesaria.

—Tengo varias amigas, es una compañera de clase... —Estaba hilando la mejor de las mentiras, solo para que su prima entrometida lo ayudara sin tanto fastidio—. Estuvo de viaje algunos días, dejó el apartamento solo, cuando llegó hace un par de horas no encontró nada, le habían robado. —Dramatizó un poco la explicación con la única intención de que ella le creyera.

—¡No lo puedo creer! —dijo, alarmada—. ¿Ya puso la denuncia?

—Sí, ya lo hizo, por ahora necesita solo un poco de ropa. —Sentía que un gran peso lo abandonaba al darse cuenta de que Elizabeth se había creído el cuento.

—Ven. —Le agarró una mano y prácticamente lo arrastró a la habitación.

En medio de susurros para no despertar a Violet, Elizabeth buscó una maleta y metió varias prendas de vestir, algunas que ni siquiera había usado y conservaban las etiquetas—. ¿Crees que le quede? —preguntó, mostrándole un pantalón.

—Creo que sí, es casi de tu contextura, aunque un poco más bajita. —Miraba impaciente cómo Elizabeth lanzaba prendas en la maleta.

—La estatura es lo de menos. ¿Crees que con esto es suficiente?

—Sí. —Estuvo de acuerdo, se encargó de cerrar la maleta y la agarró—. Ahora descansa, gracias prima.

—Me gustaría poder ayudarle con algo más, si necesita maquillajes, perfumes...

—No, no creo que necesite algo más —dijo casi con impaciencia.

—¿Le llevarás la maleta ahora? —De inmediato percibió la inquietud en su primo.

—Sí, necesita la ropa.

—Si quieres te acompaño.

—No, no hace falta, mejor descansa.

—Está bien, mañana me cuentas... Recuerda que si necesita algo, no dudes en pedírmelo.

—Gracias —susurró y salió de la habitación con maleta en mano.

Renato regresó a la cocina y decidió llevarse algunos alimentos de fácil preparación, para ofrecerle a Samira, porque sabía que al igual que él, debía estar muerta de hambre, él y no tenía absolutamente nada en su apartamento.

Elizabeth entró al baño, donde se lavó los dientes y la cara; ya en su cama volvió a revisar el teléfono, mientras su corazón anhelaba algún mensaje de Cobra, pero ni siquiera señales de humo le había enviado.

Respondió algunos mensajes de Luck, porque últimamente no se ponían de acuerdo para estar en línea al mismo tiempo, tal vez porque a él le había tocado viajar a Europa y el horario complicaba las cosas.

Dejó el teléfono sobre la mesa de noche y se volvió de medio lado, para ver el rostro de su hermanita dormida, iluminado por la suave luz de la lámpara, que no apagaba porque lo que tenía de consentida lo tenía de miedosa.

CAPÍTULO 35

Una vez que terminaron de almorzar en compañía de Reinhard y Sophia, llevaron a Julian hasta el aeropuerto, donde se despidieron en medio de abrazos y promesas de volver a verse muy pronto.

De regreso a la mansión, Violet seguía sin darle ni un respiro al pobre Blondy, ya les había enviado cientos de fotos y videos a sus padres para que lo conocieran, y ellos respondían felices al ver la dicha en su niña.

—Enana, ¿quieres acompañarme a ver a un amigo? —propuso Elizabeth, porque suponía que le haría feliz a su hermanita salir a pasear.

—¿A dónde? —curioseó con la mirada brillante.

—Vamos a Leblon, él llevará su perro a pasear, podemos llevar a Blondy.

—¡Sí! ¿Puedo llevar mi bici?

—Claro, ve a prepararte... Trae mis patines, que voy a pedir que suban tu bici a la camioneta. — Violet dejó a Blondy en el suelo y salió corriendo.

Durante el trayecto debieron parar en una tienda de mascotas, para comprarle una correa al cachorro, así como alimento, un plato, productos de baño y una cama.

Violet iba enseñándole a Blondy la ciudad, como si ella fuese una guía turística y el perro pudiera entenderle, mientras Elizabeth hablaba por mensajes con Wagner, informándole que iba con su hermanita y que por favor no hablara nada de rodas callejeras ni de favelas delante de ella.

Él le prometió que no diría ni una sola palabra y eso la hizo sentir mucho más tranquila.

El chofer las estacionó en el Mirante Leblon, y como siempre, ya él la esperaba, pero esta vez estaba en compañía de su perro, que ciertamente le hacía justicia al nombre.

Al bajar de la camioneta, Violet seguía abrazada a Blondy, mientras que Elizabeth agitó la mano en el aire para que Wagner la viera, él se levantó de la silla, agarró el *skate* y Pirata tiraba de la correa.

—¿Ese es tu amigo? —preguntó Violet, al ver que el hombre rubio con el pelo que parecían colas de ratones se acercaba.

—Sí, olvidé decirte que es hijo de una senadora... Así que no digas nada de lo que el abuelo piensa sobre la política —dijo bajito, para que su hermanita no fuera a meter la pata.

—Pero papi dice que Avô tiene razón.

—Sí, pero es el sistema..., no son todas las personas que dedican su vida a gobernar un país; algunos, como la mamá de Wagner, desean lo mejor para la población.

—Está bien, entonces él es uno de los buenos.

—Así es —dijo sonriendo—. Ya verás que es muy buen chico.

Elizabeth le dijo al chofer que ella le escribiría media hora antes para que pasara a buscarlas.

—¡Hola! —saludó a Wagner, plantándole un beso en cada mejilla y se acuclilló para ver al perro—. ¡Qué lindo! Sí que es todo un pirata —dijo emocionada, acariciándole detrás de las orejas; no era muy alto, pero estaba musculoso, tal vez aún era un cachorro.

—Hola —saludo Violet a Wagner, abrazada a Blondy, que le tenía miedo a Pirata.

—Hola —saludó él, percatándose del gran parecido entre Elizabeth y su hermanita.

—Disculpen, me emocioné con Pirata —dijo Elizabeth levantándose—. Wagner, ella es mi hermana Violet.

—Mucho gusto, me llamo Wagner, pero puedes decirme Gavião, y este es mi perro, Pirata.

Violet asintió, sonrojándose un poco ante la presencia de Wagner.

—Pirata es muy lindo, mi perrito se llama Blondy... Bueno, no es mío, también es de mis hermanos. Nos lo regaló Julian... ¿Conoces a Julian?

—Blondy le tiene un poco de miedo a Pirata, pero se le pasará, tienen que conocerse un poco primero... Y no, no sé quién es Julian —dijo y miró a Elizabeth, temiendo que la respuesta fuera a romperle el corazón.

—Es un amigo de la familia, es como un hermano mayor. Estuvo ayer en casa, pero hoy se fue a Manaos, pertenece a la organización Médicos sin Fronteras.

—Eso es suficiente para saber que es un gran hombre. —Observaba que Violet se mostraba un poco temerosa al ver que Pirata olisqueaba a Blondy, y no quería soltar a su perrito—. No le hará daño, solo quiere conocerlo un poco.

—Puedes soltarlo —propuso Elizabeth.

Violet, con mucho cuidado lo puso en el suelo, sin soltarle la correa y Blondy se agazapó, quedándose tembloroso, mientras Pirata seguía olisqueándolo y moviendo el rabo, solo hicieron falta unos minutos para que el más pequeño se llenara de confianza y empezara a jugar con el más grande.

Elizabeth se puso los patines y cargó a Blondy.

—¿Quieres que Pirata te lleve en el *skate*? —Wagner le preguntó a Violet, y ella lo miró con los ojos brillantes, sin poder ocultar la emoción.

—Sí —asintió con contundencia—. A veces uso el *skate* de mi hermano, pero a él no le gusta que agarre sus cosas.

Elizabeth sonrió al ver que Violet y Wagner se estaban llevando muy bien.

—Podrás usar el mío cada vez que quieras.

—¿En serio? —dijo totalmente emocionada.

—No tienes la más remota idea de lo que acabas de hacer —dijo Elizabeth, consciente de que su hermanita de ahora en adelante le suplicaría que se reunieran con Wagner más seguido.

Él le guiñó un ojo en un gesto amigable y pícaro, mientras le ayudaba a poner el casco, las rodilleras y coderas que había traído con la bicicleta.

—Ven sube... ¿Sabes cómo mantener el equilibrio?

—Un poquito —dijo, temblando de temor y emoción.

—Solo debes poner un pie adelante y otro atrás, sepáralos un poco más... Así... Ahora agarra la correa de pirata.

—Ay no, me da miedo —confesó con voz temblorosa.

—Pirata irá despacio, yo te seguiré.

—Me voy a caer.

—No lo harás.

—Dile a Pirata que despacito.

—Está bien. —Se acuclilló al lado del perro—. Pirata, ve despacito.

—Yo también iré a tu lado —comentó Elizabeth.

Wagner se encargó de empujar la bicicleta de Violet.

Pirata empezó caminar y en poco tiempo a trotar, mientras Violet se mantenía sobre el *skate* con una gran sonrisa de emoción y nervios; algunas veces se carcajeaba y otras soltaba grititos de felicidad.

Elizabeth patinaba lentamente con Blondy cargado y al lado de Violet, siendo seguidas por Wagner, se detuvieron varias veces hasta llegar a Arpoador, donde se sentaron en el restaurante al aire libre y pidieron algunos aperitivos.

—¡Ya son amigos! —dijo Violet al ver que Blondy y Pirata jugueteaban por la plaza y ella disfrutaba de un *bolinho de bacalhau*.

Elizabeth aprovechó el momento para revisar su teléfono, Cobra no le había escrito, buscó en sus contactos y lo encontró como: Alexandre (Cobra). Se vio tentada a escribirle y así lo hizo, pero antes

de enviarlo lo borró, volvió a escribirlo con otras palabras, pero tampoco tuvo el valor de enviarlo.

Al desviar la mirada de la pantalla del móvil, se encontró con los ojos grises de Wagner fijos en ella, sonriéndole tiernamente; correspondió y entonces él desvió la mirada hacia Violet, para ofrecerle de sus papas fritas.

Elizabeth le dio un nuevo sorbo a su guaraná y desvió la mirada hacia el hermoso sol que se escondía tras el Morro Los Dos hermanos.

De regreso, Violet subió a su bicicleta, Elizabeth siguió con sus patines y Wagner subió a su *skate*, demostrando que dominaba muy bien el deporte, mientras que Pirata y Blondy los seguían.

Se despidieron en el mismo punto que se habían encontrado, Violet se despidió con un gran abrazo de Wagner, agradeciéndole que le hubiese permitido usar su *skate*, y le dio un beso a Pirata; no subió a la camioneta hasta que Elizabeth le prometió que volverían a pasear juntos.

Wagner le dio un beso en cada mejilla a Elizabeth y aprovechó para decirle que por la noche la llamaría, ella asintió y se fue al vehículo donde la esperaba el chofer.

Al llegar a casa se ducharon y bajaron a cenar, Violet le contó a su abuelo todo lo que había hecho durante la tarde, y delante de Reinhard Garnett, quedó expuesto que Elizabeth era amiga del hijo de la senadora Ferraz. No le quedó más que contarle a su familia cómo lo había conocido y tuvo que mentir sobre eso.

Elizabeth se quedó en la terraza, esperando la llegada de Renato, para hablar sobre la amiga a la que le habían robado, pero se cansó de hacerlo al ver en su teléfono que eran pasadas las dos de la madrugada y no había aparecido, por lo que decidió irse a la cama.

El día festivo se levantó casi a mediodía, lo primero que hizo fue buscar en su teléfono alguna llamada o mensaje de Cobra, pero seguía sin encontrar nada, suponía que él estaba esperando a que ella diera el primer paso, pero su orgullo femenino no se lo permitía.

Necesitaba olvidarlo, necesitaba erradicar esa necesidad de querer pasar tiempo con él, y si se quedaba en la casa sin hacer nada, no conseguiría quitárselo de las ganas, por lo que le propuso a sus hermanos ir a la playa; a Oscar le vendría bien distraerse un poco, porque los últimos días lo había pasado encerrado.

Elizabeth quiso darle un puñetazo a su hermano, cuando propuso ir a Leme, si hubiera sido ella la que habría sufrido el accidente en esa playa, jamás iría, pero suponía que él quería ver a los demás surfistas, así que terminó por complacerlo, y ella podría bañarse en la orilla con Violet.

Con la ayuda de uno de los empleados que los acompañó, se ubicaron bajo unas palmeras, sentaron a Oscar sobre un canga, ella y Violet lo hicieron en otro.

Oscar estaba maravillado observando a los surfistas, mientras en él latían desesperadamente las ganas por subirse a una tabla de surf, pero las malditas lesiones se lo impedían.

Elizabeth llevaba puesto un bikini fucsia con algunos estampados florales negros, la parte de abajo era de hilo a la cadera, dejando al descubierto, sus perfectas nalgas, debido a su genética y ejercicio.

Violet iba con un traje de baño verde con vuelos en las caderas. Entre ambas empezaron a aplicarse el bronceador.

—¿Qué te pasó aquí? —preguntó Violet al ver varios hematomas en los muslos de su hermana.

—Creo que me golpeé con algo. —Agarró un canga y se cubrió—. No me di cuenta —comentó, tratando de parecer natural, pero la mirada que le dedicó Oscar, cargada de celos y desconfianza, la hizo poner aún más nerviosa.

—¿Estás segura que te golpeaste con algo? —preguntó Oscar tirando del canga para quitárselo.

—Ya dije que no sé... Sabes que se me hacen hematomas por nada... y no tengo por qué darte explicaciones. —Se aferró al canga, poniendo distancia entre ambos—. Eres mi hermano, no mi novio... Así que deja los celos, esos teatros con mamá no conmigo. —Lo regañó, porque le molestaba mucho los irracionales celos de Oscar.

—Ya, dejen de discutir —intervino Violet—. Eli, échame en la espalda. —Le pidió a su hermana.

Elizabeth le aplicó bronceador en la espalda y observaba de vez en cuando a los surfistas que estaban a lo lejos, sin poder deshacerse del nudo de angustia en su garganta, porque si Oscar iba de bocón con su padre, tendría problemas, no pudo evitar maldecir a Cobra por haberle dejado marcas en la piel.

Al terminar con Violet, se puso de rodillas detrás de Oscar y empezó a aplicarle bloqueador solar.

—Lo siento Eli... —dijo al fin, siendo consciente de que se había pasado con su actitud.

—Solo recuerda que la mayor soy yo, y que soy mucho más responsable que tú. No hace falta que te recuerde lo que te pasó en este lugar por imprudente.

—Lo siento —repitió.

—Me molesta que te muestres tan desconfiado, como si alguna vez te hubiese dado motivos.

—No es desconfianza, solo me preocupé.

—Pues no parecías preocupado sino molesto, debido a quién sabe qué suposiciones hiciste en esa atolondrada cabeza.

—Eli, vamos a la playa —pidió Violet, mostrándose impaciente.

—Está bien. —Se levantó y se quitó el canga.

—No vayan tan lejos —pidió Oscar, tratando de evitar mirar los hematomas de Elizabeth, para que su cerebro no empezara a maquinarse cualquier cosa.

Elizabeth y Violet jugaban entre las olas, dejando libres estruendosas carcajadas, disfrutando del agua y la arena, mientras Oscar las miraba divertido. Después de unos diez minutos, decidieron volver, porque no querían dejar a su hermano solo por mucho tiempo.

Elizabeth volvió a ponerse el canga amarrado en la cintura.

—¿Quieres algo de tomar? —Le preguntó a Oscar.

—Un agua de coco está bien.

—Eli, ¿puedo ir contigo?

—Sí enana, vamos. —Le tomó la mano a Violet y miró a su hermano—. Ten cuidado.

Él solo asintió y volvió la mirada hacia los surfistas, mordiendo las ganas de decirle a su hermana que aunque quisiera, no podía ir a ninguna parte.

Ellas se fueron en busca de agua de coco para los tres y tal vez algunas golosinas.

—Desaparecido. —Leyó Violet la fotografía que estaba pegada en el tronco de una de las palmeras, más adelante volvió a leer—. Desaparecido. —Se percató de que no era la misma fotografía—. ¿Por qué están desaparecidos? —Le preguntó a su hermana.

—No lo sé, tal vez se fueron de sus casas... —Quiso decirle que probablemente eran hombres que se metían con los de la mafia y ellos se encargaban de desaparecerlos de manera definitiva, pero no quería asustarla.

—¿Y por qué se van de sus casas?

—Tal vez tienen por hermanos a unos quintillizos, y se van como lo hizo Matt, para tener un poco más de espacio —dijo, sonriente.

—Pero todos sabemos que Matt está en el mismo edificio.

—Bueno, él lo decidió así, pero estos hombres no... Todas las personas pensamos distinto.

Siguieron caminando hasta el restaurante Pedra do Leme, donde compraron el agua de coco, además de agua mineral y algunas golosinas que Violet pidió.

De regreso siguieron conversando, pero justo antes de llegar a donde estaba Oscar, los pies de Elizabeth se enterraron en la arena blanca y todo el cuerpo se le tensó, al tiempo que se aferraba con fuerza a la bolsa para que no se le escapara de la mano, al ver junto a su hermano a un hombre de cabello cobrizo y el inconfundible cuerpo de una cobra tatuada en la espalda.

Quería darse media vuelta y huir, pero Violet ya le había adelantado varios pasos, por lo que se

obligó a caminar, sintiendo que su corazón podía ser escuchado a kilómetros, y el nudo de angustia en su garganta iba a asfixiarla.

Ni siquiera podía preguntarse qué demonios hacía Cobra conversando con su hermano.

¿Acaso pretendía extorsionarla?! ¿Cómo sabía dónde estaba? ¿Por qué iba a exponerla de esa manera? Tal vez estaba molesto porque no le había escrito o llamado, pero eso no le daba el derecho para llegar a ese extremo.

—Aquí viene —dijo Oscar con una sonrisa cargada de orgullo—. Cobra, te presento a mi hermana Elizabeth.

Ella se quedó mirándolo y podía jurar que no podía ocultar su miedo, y que sus ojos estaban a punto de salirse de las órbitas y el corazón de reventarle el pecho.

Cobra la miró de arriba abajo, tratando de esconder que pretendía comérsela con la mirada.

—Mucho gusto, Alexandre... Es un placer conocerte —dijo, tendiéndole la mano y fingiendo que no la conocía.

—Ho... Hola. —No podía hilar una maldita palabra, porque estaba temblando como nunca antes; tanto, que dudó en ofrecerle la mano, pero suponía que debía seguir el juego.

—Bueno, se llama Alexandre pero le dicen Cobra —comentó Oscar.

—Ah... ¡Qué bien! —dijo con la voz estrangulada y le soltó la mano como si el toque le hubiese quemado.

—Cobra fue quien me sacó del rompeolas —comentó sonriente, y en sus ojos marrones anidaba el agradecimiento.

Los ojos de Elizabeth se clavaron inmediatamente en la tabla de surf que estaba tirada a un lado de Cobra, quien llevaba puesta una bermuda playera.

No sabía cómo reaccionar, los nervios la mantenían presa, solo escuchaba lejana la voz de Violet parlotando con Cobra, tal vez agradeciéndole por haber salvado a Oscar, y ella no podía hacerlo, porque todo le daba vueltas.

—Gracias. —Los latidos desahorados casi no le permitían hablar, un gran huracán hacía estragos en su interior.

—No tienes que agradecer. —Se obligó a mirarla a los ojos y no a los senos, que subían y bajaban por la agitada respiración.

—Claro que debo hacerlo... Disculpa la imprudencia de mi hermano.

—Cuando vivimos lo que nos apasiona nada es imprudente, por arriesgado que pueda ser.

Era estúpido y complicado fingir que no se conocían, cuando él había probado cada uno de sus orificios, probado cada poro de su piel y bebido de todos sus fluidos.

—Supongo que la pasión puede llevarnos a cometer las peores de las locuras —comentó, tratando de sonreír, pero los nervios no se lo permitían.

Cobra era consciente de que tenía a Elizabeth nerviosa, él mismo parecía un estúpido adolescente que no podía controlar las emociones, por lo que prefirió no seguir torturándola ni torturándose.

—Bueno, debo irme... —Desvió la mirada hacia Oscar—. Me alegra saber que estás bien y que en muy poco tiempo podrás volver a surfear. —Le palmeó la espalda.

—Puedes quedarte, deja eso aquí. —Le dijo, quitándole la camiseta que tenía colgada del hombro.

Elizabeth quiso asesinar a su hermano, ella necesitaba respirar y solo lo conseguiría una vez que Cobra se alejara por lo menos cinco kilómetros.

—¿Puedes enseñarme a surfear? —preguntó Violet con una sonrisa tímida—. Es que mi hermano nunca quiere enseñarme, lo hace muy poco.

—¡Violet! —La regañó Elizabeth—. ¿Acaso pretendes terminar como Oscar o tal vez peor?

—Está bien, puedo enseñarte. —Cobra agarró la tabla de surf—. No te pasará nada malo.

—Eli, ¿me dejas ir? —suplicó, agarrándole las manos.

—Déjala que vaya —intervino Oscar.

—Si quieres puedes venir también, así te aseguras de que no le pase nada malo.

Elizabeth se sonrojó al punto más alto por el tono de voz que él usó, estaba segura de que esa invitación tenía muchas promesas ocultas.

—No creo que sea buena idea —carraspeó, y para disimular su estado de descontrol, dejó la bolsa sobre el canga y sacó un agua de coco.

—Ve Eli... —dijo Oscar—. Cobra es un buen amigo y muy excelente surfista.

—¿Es tu amigo? —susurró, sintiéndose aún más confundida.

—Sí, lo conocí el año pasado cuando vine con Matt, ¿o crees que cualquiera se hubiese arriesgado a lanzarse al rompeolas a salvarme porque sí?

En ese instante no podía pensar con claridad, ni siquiera encontraba el valor para reprocharle a su hermano que desde el año pasado estaba tentando a la suerte al atreverse a surfear en ese lugar.

Tal vez todo era una grandísima casualidad, se alentaba a creer que así era, pero una vocecita en su cabeza le gritaba que no, porque Cobra había demostrado en varias oportunidades saber cosas de ella que simplemente no podía saber un desconocido.

Le dio un gran trago al agua de coco, para ver si eso le ayudaba a aclarar las ideas; no sabía si se había acostado con su rival en capoeira o con el amigo de su hermano; gracias al cielo, obviamente no era un adolescente.

—Vamos Eli —alentó Violet, mientras Cobra esperaba por ellas.

—Está bien... Dame unos segundos.

—¡Gracias hermanita! —Se le colgó al cuello y le plantó un beso en la mejilla.

Elizabeth en ese momento elevó la mirada hacia Cobra, quien no sonreía pero los ojos le brillaban.

Dudó un poco en quitarse el canga, tal vez si hubiese llevado algún *short*, se lo hubiese puesto, pero no tenía más opción que dejar al descubierto los hematomas en sus piernas, producto de las apasionadas caricias que esas fuertes manos le habían regalado.

Quizá era mejor que Cobra tuviese presente que no solo era el amigo de Oscar, sino que también había cogido con la hermana, y que le debía unas cuantas explicaciones.

Elizabeth se quitó el canga, dejándolo a un lado de Oscar, le agarró la mano a Violet y se adelantó un par de pasos, mientras el viento le agitaba fuertemente el cabello.

Cobra la siguió sin poder quitarle la mirada del culo, percatándose de los visibles hematomas, lo que le recordaba todo lo que había gozado con ese cuerpo, y que aunque en él no fuese tan evidente, también contaba con un par de rasguños en la espalda y cuello, como la más cruda expresión de placer por parte de su idolatrada jovencita.

Elizabeth llegó hasta donde a Violet le llegaba el agua por el pecho y a ella por la cintura, Cobra se detuvo junto a ellas, sujetando la tabla de surf con llamativos colores verde y azul.

Cada vez que las olas se acercaban, Violet daba saltitos, aferrada al brazo de su hermana.

—Creo que aquí está bien —dijo Cobra sujetando la tabla—. Súbela. —Le pidió a Elizabeth, sin poder quitarle la mirada de sus hermosos ojos, que en ese momento se tornaban realmente azules—. Quédate acostada. —Le sugirió a la niña.

Elizabeth se mordía fieramente las ganas de hablar, de hacerle miles de preguntas, y también retenía las ganas de acercarse a él y sentir su cuerpo caliente.

—Violet, quédate tranquila... y aférrate a los bordes de la tabla. —Le indicó Elizabeth, tratando de poner toda su atención en su hermana, mientras Cobra le ajustaba en el tobillo la cinta.

—¿Sabes cómo sostener la tabla para que las olas no la volteen? —preguntó Cobra, fijando una vez más su mirada en los ojos de Elizabeth.

—Eso creo. —Sentía que el aliento se le quedaba atrapado en el pecho y le costaba hablar cuando

le tocaba dirigirse a él.

—Separa un poco las manos —solicitó y ella lo hizo—. Un poco más. —Volvió a pedir, pero antes de que pudiera hacerlo, él se hundió, nadó debajo de la tabla y antes de salir a la superficie, aprovechó y le bajó la parte delantera del bikini, y sin previo aviso, le plantó un beso en el monte de Venus y volvió a acomodar la prenda.

Elizabeth se tensó y se excitó por completo, se aferró fuertemente a la tabla y maldijo a ese hombre por hacerle eso delante de su hermanita, que gracias a todos los santos, estaba pendiente de las olas que se acercaban, y no se dio cuenta de cómo ella se estremeció, y no fue por la brisa de la playa.

Cobra salió detrás de ella, pegando su cuerpo al curvilíneo de esa mujer que le había robado la cordura; antes de que sus manos quedaran expuestas, le acarició las caderas y se le pegó al culo, para que no le quedara la más mínima duda de lo excitado que estaba.

Le tomó las manos y se las separó un poco más, para que sostuviera de manera correcta la tabla.

—Sujétala con fuerza, sin doblar las muñecas, porque podrías lastimarte. —Le aconsejó sin desperdiciar ni un segundo de rozar su cuerpo contra el de ella y sujetarle las manos.

Elizabeth temblaba por entero y todos sus latidos se habían descontrolado, no sabía si latía más rápido en su pecho o entre sus piernas. Volvió su cabeza lentamente hacia la orilla, donde estaba su celoso hermano sentado, esperaba encontrárselo molesto, pero a cambio se mostraba muy tranquilo.

—Sé cómo hacerlo —dijo con dientes apretados, y se removió, intentando alejarlo.

—¡Esa es mi ola! —interrumpió Violet, señalando la ola que se aproximaba.

—Sabes reconocerlas, eso es perfecto para empezar. —Cobra quitó sus manos de las de Elizabeth y bordeó la tabla para ponerse al otro lado—. Pero estás en la dirección equivocada, debes darte vuelta... Hazlo con cuidado, usa tu estómago para girar.

—¿No me pondré de pie?

—No, por ahora no. Podría ser peligroso porque no cuentas con la fuerza necesaria en las piernas, mucho menos con el equilibrio que se requiere. Debes empezar de a poco —explicó con total paciencia.

De manera inevitable, Elizabeth admiró cómo Cobra le hablaba a Violet, y aunque lo hacía con determinación, había un poco de ternura en su tono, tal vez porque se estaba dirigiendo a una niña.

—Debo practicar mucho para conseguir ponerme de pie... ¿Me enseñarás hasta que lo logre?

—Si le dices a tu hermana que te traiga el próximo domingo, seguiré enseñándote —hizo la invitación posando su mirada en el hermoso rostro lavado de Elizabeth.

Violet rápidamente desvió la mirada hacia su hermana.

—¿Me traerás?

—No lo sé... Recuerda que papá y mamá están por llegar y no les agradará nada la idea de que vengamos a esta playa.

—Papi puede traerme y Alexandre me enseñará. —Volvió la mirada hacia Cobra—. Tienes que hacerte amigo de mi papi.

Él no dijo nada, solo elevó un poco la comisura derecha, en un gesto que Elizabeth no supo interpretar; no estaba segura si era una sonrisa sincera o por incomodidad.

Violet, con mucho cuidado y con la ayuda de Cobra, quien la sostuvo, consiguió darse la vuelta sobre la tabla.

—¡Estoy lista!

—Cuando soltemos la tabla, no uses los brazos, solo deja que la ola te arrastre. ¿Entendido?

—Entendido —asintió con contundencia.

—Si haces las cosas bien, en muy poco tiempo estarás haciendo *Jacaré*. —Le aseguró que si ponía de su parte, podría dejar de lado la tabla y barrenar las olas usando solo su cuerpo.

—No la ilusiones —intervino Elizabeth, quien conocía a Violet como nadie, y estaba segura de que no descansaría ni un día hasta conseguir lo que él le había prometido.

—Podría ser una gran surfista, está en la edad ideal para apasionarse por algo —argumentó.

Elizabeth se quedó en silencio, observando el rostro de Cobra, donde algunas gotas de agua vibraban sobre esas pecas cafés que casi pasaban desapercibidas, los ojos se le notaban mucho más claros, debido al cabello mojado que deshacía los seductores rizos cobrizos.

—Violet es algo voluble.

—Supongo que es de familia.

Elizabeth frunció el ceño, aguatándose las ganas de golpearlo o por lo menos reprocharle por su estúpido comentario.

—Aprovechemos esta ola... A la cuenta de tres vamos a soltarte, y pase lo que pase, no sueltes la tabla, porque ella te sacará a flote.

—Entendido —dijo sonriente—. ¡Oscar, voy a lograrlo! —Le gritó a su hermano y él respondió elevando el pulgar de la mano que no tenía enyesada.

—¿Estás seguro de que no le pasará nada?

—Seguro. —Miró una vez más a donde la ola se acercaba—. Uno, dos y... ¡tres!

Ambos soltaron la tabla y la ola la arrastró. Elizabeth se apresuró para seguir la tabla y detrás de ella fue Cobra.

Casi en la orilla Violet cayó de la tabla, pero a los pocos segundos salió sonrojada y sonriente.

—¡Lo logré! —gritó aferrada a la tabla que se movía con cada ola que llegaba a la orilla—. ¿Puedo repetirlo? —preguntó realmente emocionada.

—Sí, todas las veces que quieras... Ahora vamos una vez más acostada, después lo harás de rodillas —dijo Cobra, quitándole la tabla para llevarla una vez más al punto de partida.

Repitieron al menos unas cinco veces, hasta que Elizabeth se negó a seguir, porque estaba exhausta de ir y venir dentro del agua. Para que su hermanita dejara de protestar, tuvo que prometerle que el domingo volverían.

De regreso a la orilla, Elizabeth se dejó caer sentada sobre el canga, sintiendo que le faltaba el aliento, pero no sabía si era por el esfuerzo físico o por la cercanía de Cobra, y todos los roces de los que él se aprovechó mientras estuvieron en el agua.

Antes de que el chofer pasara a recogerlos, Cobra decidió despedirse, prometiéndole a Violet que seguiría enseñándole el próximo domingo.

Ella quería asegurarse de que así fuera, por lo que lo detuvo en su despedida y con la confianza que le daba la inocencia, le pidió el número de teléfono, porque seguramente necesitaría hacerle unas preguntas acerca de qué tabla comprar, porque la de él era muy grande para ella.

Cobra, con la mirada fija en Elizabeth, le dijo que Oscar se lo daría, y que podía escribirle a cualquier hora, que él le respondería.

Agarró la tabla, se despidió de Oscar con un apretón de manos, y de Elizabeth y Violet diciéndoles que había sido un placer conocerlas, después de eso se marchó, sin poder evitar que la mirada gris azulada lo siguiera.

CAPÍTULO 36

La habitación estaba tenuemente iluminada por la luz de la mesita de noche al lado de la cama de Violet, tan solo habían pasado unos minutos desde que habían finalizado la videollamada con sus padres, y el silencio reinaba en el lugar. Estaban tan cansadas que no tardarían mucho en quedarse dormidas.

—Eli... Eli... ¿Estás dormida? —Violet susurraba, llamando a su hermana.

—Casi lo estaba —respondió volviendo la cabeza, para encontrarse con su hermana de medio lado, empuñando la sábana a la altura del pecho—. ¿Qué quieres, enana? —preguntó sin mucho ánimo de querer entablar una conversación, porque verdaderamente tenía sueño y su madre le había pedido que pasara muy temprano por la boutique.

—Estaba pensando en Alexandre... Yo creo que le gustas —dijo con una risita cargada de complicidad.

—¡Qué cosas hablas! —exclamó en susurros, aunque verdaderamente no sabía por qué hablaban de esa manera.

No pudo evitar que una vez más se le alteraran los latidos, esta vez de miedo, porque lo último que esperaba era que su pequeña hermana se hubiese percatado del atrevimiento de Cobra, cada vez que aprovechó la oportunidad para dejarle saber que estaba excitado.

—Es que te miraba todo el tiempo... Lo hacía como cuando papi se queda mirando a mami mientras está diseñando.

—Creo que tragaste mucha agua de playa... No sabes lo que estás diciendo.

—Igual vamos el domingo para que me enseñe.

—No lo sé —resopló, sintiendo una extraña pero agradable sensación en el centro del pecho y algo muy parecido a un nudo de nervios aferrado a la boca del estómago.

—Me lo prometiste —protestó con ganas de llorar.

—Sí —murmuró—. Te prometí que seguirías practicando..., pero no tiene que ser precisamente con Alexandre.

—Él quiere enseñarme y nadie más querrá perder su tiempo conmigo.

—No eres una pérdida de tiempo, Violet... Hasta yo podría enseñarte. Si quieres mañana por la tarde podríamos practicar el equilibrio en la piscina.

—No es lo mismo, en la piscina no hay olas.

—Pero es para practicar... Si en verdad quieres aprender, debes hacerlo cada vez que tengas oportunidad.

—Está bien, mañana por la tarde practicaremos, así podré sorprender a Alexandre el domingo...

—Soltó una risita—. Me gustan tus amigos, Wagner es muy lindo, solo no me gusta su pelo.

—¿Por qué no te gusta su pelo? —preguntó sonriente, sintiendo un poco de alivio cuando cambió el tema de conversación, lejos de Cobra.

—Parecen colas de ratas, son feas..., pero no importa, siempre que me preste su *skate*... Pirata es muy lindo también, pero Blondy es más bonito, porque es más pequeño.

Elizabeth sonrió, admirando la pillería y el interés en su hermanita.

—Sí, Pirata es hermoso..., pero Blondy no podría tirar de la correa y llevarte en el *skate*. Ahora duérmete que ya es tarde.

—Hasta mañana, dulces sueños —deseó, acostándose boca arriba.

—Hasta mañana, enana, también te deseo dulces sueños.

—Soñaré que ya es domingo y que sé surfear.

—Está bien —dijo sonriente.

No hubo ni una sola palabra más, ambas se quedaron en silencio, pero en la cabeza de Elizabeth un tornado de pensamientos no dejaba de girar, no podía dejar de pensar en los momentos tan comprometedores a los que la había expuesto Cobra durante la tarde, quiso llamarlo pero mientras dudaba se quedó dormida.

Sin proponérselo volvió a Leme, sin la compañía de sus hermanos e inevitablemente tuvo sexo con Alexandre en el agua; él volvió a seducirla y no encontró voluntad para negarse y escapar de ese sueño, no logró liberarse de ese hombre hasta que el despertador la rescató.

Despertó con el corazón acelerado, una sonrisa de satisfacción y la huella de humedad entre sus piernas. Su hermana le había deseado dulces sueños, pero fueron realmente picantes.

Salió de la cama y la pequeña aún estaba dormida, se fue al baño y se duchó, para llevarse los rastros que aún en sueños Cobra había dejado.

Cuando salió del vestidor, ya preparada para irse a la tienda, Violet aún dormía. Criticaba a Oscar por ser dormilón, pero ella le estaba siguiendo los pasos.

Al bajar se encontró a su abuelo leyendo el periódico, sentado de espaldas a ella, por lo que caminó cuidadosamente para sorprenderlo.

—¡Buenos días al abuelo más hermoso del universo! —Le rodeó el cuello con los brazos, le plantó un sonoro beso en la mejilla y se quedó abrazándolo, llenándose de esa calidez que ese hombre emanaba.

—Buenos días, mi preciosa Elizabeth. —Le tomó las manos y se las besó. Para Reinhard Garnett no había sensación más reconfortante que sentir el cariño de toda su familia, en especial de sus nietos.

La hija de Samuel era tan parecida a su hermana, que muchas veces sentía tener frente a él a la soñadora, impulsiva y apasionada Elizabeth, con ese carácter adorable que enamoraba a todos a su paso; era tanto el parecido entre ambas, que temía que su nieta también terminara enamorándose del peor de las bestias.

Sabía que las mujeres adorables, talentosas y hermosas eran blanco perfecto para desalmados; al menos, Luck parecía ser un buen muchacho, solo que por la experiencia que los años le habían dado, no notaba amor entre ellos.

Miró por encima del hombro y le extrañó verla lista para salir.

—¿Adónde vas tan temprano?

—Voy a la boutique, mamá me pidió el favor.

—Entonces vamos a desayunar.

—No, Avô. No te preocupes, comeré cualquier cosa en el camino.

—De ninguna manera, el desayuno de la casa jamás se compara con el de la calle... Vamos. —La voz se le escuchaba un poco cansada por los años.

Con la ayuda del bastón se levantó y caminó al comedor que estaba en el jardín, casi siempre le gustaba desayunar en ese lugar, porque no había nada como estar en contacto con la naturaleza.

En muy poco tiempo se les unió Sophia.

—¿Y Violet? —preguntó por la niña, porque estaba segura de que Oscar no se levantaba hasta entrado el mediodía.

—Sigue dormida, no quise despertarla para que no se ponga de mal humor. —Le respondió Elizabeth a su tía.

Recordó que de pequeña le confundía un poco la unión entre su abuelo y su tía, porque todos en el colegio tenían dos abuelos, pero con el tiempo sus padres le hicieron comprender que no había nada de malo, y hasta le contaron la historia de amor entre ellos.

Después del desayuno decidió sacar su auto, que gracias al chofer, había quedado como nuevo; durante el trayecto recibió una llamada de la profesora de la escuela de Mangueira, preguntándole si

se había decidido a participar en el carnaval.

Elizabeth ni siquiera lo pensó, aunque su padre no estaba de acuerdo, ella sí se moría por ser Ala, se esforzaría lo suficiente para estar a la altura de las Alas de las otras escuelas de samba, así que dio un sí rotundo.

—¿Podrás reunirte conmigo esta tarde en la escuela? —preguntó la profesora, con la intención de llenar la ficha de participación de Elizabeth. Para ella y para la escuela era un honor contar con la colaboración de Elizabeth Garnett, ya anteriormente lo habían hecho con muchas celebridades de la élite brasileña, incluso su abuela también lo había hecho, y casualmente llevaban el mismo nombre.

—Sí, por supuesto, dígame la hora.

—¿Te parece bien a las cuatro?

—A las cuatro estaré en la escuela, muchas gracias Nancy.

—Gracias a ti, es un orgullo para Mangueira contar con tu participación.

Terminó la conversación y siguió con su viaje hasta la boutique, mientras escuchaba música en portugués y cantaba algunas a viva voz.

Al llegar saludó a todas las personas que trabajaban para su madre, y se paseó por cada rincón del lugar, terminando en la oficina de Rachell Winstead, oficina que nadie más ocupaba, porque la gerente de esa sede tenía su propio espacio.

Miró las fotografías que estaban en los peldaños de cristal, adornando una pared, casi todas eran familiares, pero sin dudas, la que más le gustaba era donde sus padres aún eran jóvenes y estaban en el Gran Cañón.

Su padre lucía realmente apuesto con una camisa a cuadros, un sombrero vaquero y los lentes estilo aviador, mientras cargaba en la espalda a su madre.

Junto a las fotografías también había un frasco de perfume en forma de mariposa, con el que ella se había lanzado como empresaria junto a su madre, cuando tan solo tenía veinte años.

Había trabajado durante toda su vida, contaba con una fortuna en su cuenta bancaria, que si lo deseaba, podía dejar de lado el modelaje por un tiempo y dedicarse a viajar, volver a recorrer el mundo, pero esta vez solo por placer. Eso sería extraordinario, pero aún le apasionaba lo que hacía.

Dejó libre un suspiro y caminó hasta el escritorio, para buscar en el ordenador de su madre y hacer lo que le había pedido. Debía enviar algunos documentos y catálogos a los organizadores del desfile de lanzamiento de la próxima colección en Finlandia.

Después de varias horas de ininterrumpido trabajo, se tomó un descanso para llamar a Renato.

—¿Estás ocupado? —preguntó, girando en la silla hacia la derecha, para mirar el paisaje que tenía de la playa Leblon.

—No, estaba por salir a almorzar, ¿a qué se debe la honorable sorpresa de tu llamada?

—Solo quería saber si a tu amiga le quedó la ropa y si necesita más. Puedo llevarle, aprovecharé que estoy en la boutique.

—Supongo que sí le quedó, no la he vuelto a ver —mintió, para que su prima no empezara a hacerle preguntas.

—Anoche no te escuché llegar a casa.

—No, no fui.

—Seguramente tu amiga te estaba pagando el favor.

—Elizabeth, no empieces —advirtió, al sentir el tono pícaro en la voz de su prima.

—Solo hice una suposición nada más. —Sonrió divertida—. Ya no voy a molestarte más, se me hace tarde para almorzar.

—No me molestas, al menos no hasta que te pones pesada... Ahora te dejo, conversamos por la noche.

—Está bien, nos vemos.

Elizabeth terminó la llamada, apagó la computadora y las luces de la oficina; se despidió de todos y regresó a la casa de su abuelo.

Después de comer subió a la habitación, se duchó y se cambió la ropa de la afamada firma Winstead por algo mucho más cómodo y deportivo.

Optó por unos *jeans*, unas zapatillas deportivas y una camiseta sin mangas.

—Tía, voy a la escuela de samba y regreso en un rato. —Le avisó a Sophia, quien estaba en la piscina, disfrutando de un coctel y de un poco de sol, que bien merecido se lo tenía, ya que hasta fin de año, estuvo dedicándose en cuerpo y alma a la administración de las sucursales de Winstead Boutique en Río de Janeiro, también coordinaba las de São Paulo, Brasilia y Santa Catarina.

—¿A la escuela de samba? —Preguntó, subiéndose los lentes y dejando a un lado su coctel a base de coco.

—Sí, he decidido que voy a participar, así papá no me dé su autorización.

—Me parece genial —dijo con algarabía—. Por tu papá no te preocupes, seguro que terminará cediendo; siempre ha sido obsesivo, empecinado e inflexible, pero supongo que esas características son extremadamente necesarias para su carrera, e inevitablemente también la aplica con su familia, pero tu mamá sabrá convencerlo —aseguró guiñándole un ojo.

—Se ha vuelto un viejo cascarrabias.

—¡Ay mi niña, si te contara lo obstinado que era de joven, no me lo creerías!

—Ya me contarás un poco más, ahora tengo un poco de prisa. —Le dijo con una sonrisa; a su tía le encantaba contarle lo obsesivos y caprichosos que eran sus padres, y que no aceptaban los sentimientos que los dominaban.

—¿Quieres que te acompañe? Me visto súper rápido.

—No tía, sigue disfrutando de tu coctel. —Le dio un beso en la mejilla.

—Ve con cuidado.

—De acuerdo. —Le guiñó un ojo y salió.

Elizabeth subió a su auto porque tenía la certeza de que conducía mucho más rápido que el chofer, aprovecharía que a esa hora el tráfico aún no era tan congestionado.

El ambiente en la escuela de samba era alegre, desde que llegó empezó a admirar todos los murales de las mujeres que a lo largo de la historia habían obtenido el título de abanderadas y Alas, todas maravillosas, con cuerpos exuberantes; estuvo segura de que necesitaría ganar un poco más de masa muscular, porque si bien su figura era hermosa y atrayente, no estaba al nivel de voluptuosidad de las Alas anteriores.

—¡Elizabeth! —La voz de Nancy se dejó escuchar por encima de la batucada que amenizaba de fondo.

Elizabeth se giró y caminó hasta ella, para saludarla con un beso en cada mejilla.

—Hola Nancy.

—Me alegra que hayas venido; entonces, ¿estás decidida?

—Sí —asintió con energía—. Estoy muy ansiosa, siempre he soñado con poder participar en el carnaval.

—Lo harás muy bien, acompáñame a mi oficina. —Le pidió, guiándola con una mano en la espalda.

—Espero hacerlo muy bien, daré lo mejor de mí para no decepcionarlos —comentó mientras subían las escaleras.

—Estoy segura de que no lo harás. Bailas muy bien, tienes mucha energía y eso es lo que necesitamos; además, lo llevas en los genes, tu abuela lo hizo espectacular.

—¿En serio? —preguntó, emocionada e hinchada de orgullo.

—Por supuesto.

Entraron a la oficina y a Elizabeth le agradó que estuviese un poco más frío.

Nancy le hizo una seña para que se sentara en la silla frente al escritorio y se ubicó detrás.

—Lo principal es tener la certeza de que podremos contar con tu confidencialidad.

—Claro, pueden contar con mi total discreción... Prometo no decirle a nadie sobre lo que pase en la escuela.

—Gracias... Voy a necesitar tu documento de identidad para tomar algunos datos.

—Sí, claro. —Elizabeth buscó en su bolso el documento y se lo entregó.

—Voy a sacarle una copia, mientras, puedes revisar el cronograma de actividades. —Le entregó una carpeta rosada y verde que tenía el logotipo de la escuela—. Sé que será un poco complicado porque no vives en Río, pero he hecho una excepción contigo, espero que puedas asistir.

—Sí, vendré —dijo, abriendo la carpeta que tenía varias hojas engrapadas dentro.

Nancy se levantó y caminó hasta la fotocopidora, al minuto regresó y le devolvió el documento, ella se quedó con la copia y empezó a llenar la planilla en el computador.

Elizabeth leía cada párrafo, donde le solicitaban desde el tipo de vestimenta según cada ensayo, hasta la dieta que debía cumplir desde tres días antes.

Después de imprimir la planilla le pidió a Elizabeth que firmara al final a la derecha, ella con mucho entusiasmo lo hizo, sintiendo que casi oficialmente era parte de la comparsa de Mangueria.

Se quedó un rato más conversando con Nancy, exponiéndole todas sus dudas, porque no quería guardarse nada; por experiencia sabía que era mejor preguntar en el momento.

Completamente segura de todo lo conversado, Elizabeth se despidió con besos y abrazos de Nancy.

También se despidió de algunas de las personas que estaban ensayando en la escuela y salió al estacionamiento, donde había dejado su auto.

La invadieron sensaciones contradictorias al ver a Paulo sentado sobre el capó de su auto, se sintió feliz y nerviosa, pero también un poco molesta, porque él no había vuelto a comunicarse con ella de ninguna manera.

—¿Qué haces aquí? —preguntó, sintiendo que el orgullo en ese momento dominaba la situación.

—No has vuelto a la academia y te he extrañado —dijo roncamente, buscando la mirada de Elizabeth.

—Por ahora no pienso volver, ya lo he hablado con el mestre.

—Suspendieron a Priscila.

—Lo sé y no me interesa. —El desdén vibró en su voz.

—Se supone que es ella quien te incomoda, y no está... Entonces, ¿por qué no vuelves?

—Paulo, ¿recuerdas la última conversación que tuvimos?

—Todos los días a cada minuto, y quiero que sepas que aunque lo intenté, no puedo dejar de pensar en ti, quiero luchar por ti. —Se acercó hasta pararse muy cerca de ella.

Elizabeth no retrocedió, solo elevó la cabeza para poder mirarlo al rostro y ¡Dios! ¡Sí que era hermoso! Paulo era perfecto, pero no quería lastimarlo, por el momento no iba a dejar a Luck, no podía dejarlo.

—Paulo —susurró su nombre y sentía que las lágrimas empezaban a aglomerarse en la garganta—. No quiero que luches una guerra que no podrás ganar.

—Quiero arriesgarme, seré paciente... Me gustas mucho y no quiero resignarme a dejarte ir... Sé que sientes algo por mí, que entre los dos hay química; regresa a la academia —suplicó, sujetándole la cara.

—No lo haré, Paulo. No quiero ganarme más problemas, por favor.

Paulo resopló, liberando un poco la ansiedad y nervios que lo manipulaban.

—Es por mi culpa, tuve sexo con Priscila y Celina, eso pasó mucho antes de conocerte... Y no voy

a permitir que ese par de inmaduras manipulen mi vida. Les he dejado claro que te quiero..., que si vuelven a meterse contigo se arrepentirán.

—¿Qué harás para que eso no suceda? —preguntó con ironía.

—Podría hacer muchas cosas, pero será suficiente con poner al tanto de la situación a sus padres.

—Eso es ridículo. —Sonrió un tanto enternecida por las palabras de Paulo—. No creo necesario involucrar a los padres de nadie... Lo siento, pero esto va más allá de Priscila o Celina... Son tus sentimientos a los que no puedo corresponder, hay alguien más en mi vida, desde mucho antes de que tú aparecieras.

—Lo sé, lo sé —dijo con impaciencia—. Sé de tu novio, pero dame la oportunidad.

—¿Qué oportunidad? ¿Solo tener sexo? No es lo más inteligente en este momento, no voy a lastimarte.

—Puedo tener sexo contigo sin exigirte nada más, no vas a lastimarme.

—Sabes que es mentira... Solo puedo ofrecerte mi amistad. —Ya no sabía qué decir para que el momento no fuese tan engorroso. Sentía que estaba en un callejón sin salida.

—Me conformo con seguir a tu lado..., como amigo. —Estaba seguro de que conseguiría la manera de enamorarla y que correspondiera con la misma intensidad a sus sentimientos.

—Está bien..., seguiremos siendo amigos. —Llevó sus manos sobre las de Paulo, para que le liberara el rostro, pero él no quería hacerlo—. Por favor, suéltame —pidió.

Él se acercó y le dio un beso en el pómulos izquierdo, inevitablemente a ella se le aceleró el corazón.

—Me alegra mucho que estés cumpliendo tu sueño de ser parte del carnaval... Prometí acompañarte a todos los ensayos y quiero que sepas que esa promesa sigue en pie. —Le soltó el rostro.

Elizabeth se obligó a regalarle una tierna sonrisa.

—Está bien, seguro que me acompañarás, el primer ensayo será en un par de meses, espero que para esa fecha aún seamos amigos.

—Estoy seguro de que así será... ¿Quieres ir a tomar algo?

—No, realmente no puedo, mi tía me está esperando.

—Bien. —Él se alejó un par de pasos—. No voy a insistirte, cuando desees hablar, si tienes mi número puedes llamarme a cualquier hora.

—Sí, aún conservo tu número.

—Extraño mucho nuestras conversaciones por las madrugadas.

—Yo también —confesó, sintiendo un poco de tristeza.

—Por favor, vuelve a la academia, sé que te apasiona la capoeira y me hace sentir culpable que no estés practicando.

—Lo pensaré... —Caminó hasta su auto, plantó la mano en el cristal para que leyera sus huellas y abriera la puerta—. Adiós Paulo.

—Adiós Eli.

Ella subió y él se quedó parado en el mismo lugar, ni siquiera le preguntó si quería que lo llevara, solo anhelaba alejarse; realmente no quería lastimarlo, porque sí, ella aún podría compartir con Paulo, tener sexo, pasarlo bien, pero jamás se comprometería al nivel que él deseaba.

Antes de salir del estacionamiento, se sintió más tranquila al ver junto a la entrada su auto, porque estuvo segura de que tendría cómo trasladarse a cualquier lugar.

CAPÍTULO 37

Estaba por las adyacencias del Maracaná, cuando los relámpagos empezaron a iluminar el cielo nocturno de la ciudad, anunciando que la lluvia no se haría esperar, lo peor de todo era que estaba en medio de un infernal embotellamiento.

Temía, porque la zona no era segura y su auto era algo llamativo para los delincuentes, sobre todo siendo conducido por una mujer. Jamás imaginó que la reunión en la escuela de samba le llevaría tanto tiempo, mucho menos que el clima se pondría en su contra; de haberlo sabido hubiese ido con uno de los choferes.

Le dio un poco de volumen a la radio, para que la música le ayudara a distraerse un poco, tarareaba algunas canciones y en cinco minutos solo había avanzado pocos metros.

Por su mente se paseaba la idea de llamar a casa de su abuelo para que enviaran a alguien, pero cómo se suponía que la encontrarían entre esa jungla de autos, y peor aún, terminaría preocupando a su abuelo.

Desistió de llamar, al ver que el tráfico empezaba a avanzar de a poco, y presa de la ansiedad, tocó en varias oportunidades la bocina.

No avanzó ni dos metros y las grandes gotas de lluvia empezaron a estrellarse contra el cristal, esperó al menos un minuto para poner en funcionamiento los parabrisas.

A su lado pasaban motorizados, algunos subiéndose por la calzada, y ella temía que en cualquier momento alguno se detuviera a su lado y le obligara a abrir la puerta para robarle sus pertenencias.

No le preocupaba que le quitaran las cosas materiales, lo que verdaderamente temía era que le hicieran daño, porque comúnmente, no se conformaban solo con arrebatarse bolsos o teléfonos, sino que también arrebataban sin ningún remordimiento la vida.

La pantalla de su teléfono se iluminó y empezó a vibrar entre sus piernas, casi siempre lo llevaba en ese lugar para estar atenta a las llamadas, especialmente de su familia.

Alexandre (Cobra)

Llamando.

Respiró con alivio al darse cuenta de que no era su padre o su abuelo, porque verdaderamente hubiese sido difícil contestarle a alguno de los dos. Le bajó volumen a la música y respondió.

—Hola —saludó, siguiendo con la mirada los parabrisas que apartaban el agua del cristal, solo esperaba que conversar con él la distrajera un poco.

—Hola, ¿puedes hablar? —preguntó, sintiéndose estúpidamente nervioso. Todavía no conseguía descubrir porqué Elizabeth lo desequilibraba de esa manera.

—Sí, tengo mucho tiempo para hablar... Estoy en el peor de los embotellamientos, y creo que es buen momento para...

—¿Estás sola? ¿Dónde estás? —interrumpió lo que ella pretendía decirle.

—Decía —retomó Elizabeth, evadiendo las preguntas de ese hombre tan controlador—. Que creo que es buen momento para dejarte claro unos puntos...

—¿Dónde estás? —La volvió a interrumpir.

—¿Acaso importa? —rebatió, pero lo pensó mejor, porque no quería volver a quedarse escuchando solo al locutor de la radio—. Estoy en la Avenida Maracaná y sí, estoy sola, lo que no me impide reclamar abiertamente tu descarada osadía el día de ayer delante de mis hermanos.

—Estoy cerca del Maracaná, ¿a qué altura estás? —preguntó preocupado, porque sabía que no estaba en un lugar seguro.

—Estoy con la calle São Francisco Xavier, exactamente frente a la estación de Petrobras.

—¿Qué auto tienes?

—¿No me digas que vendrás?, por favor —resopló y rodó los ojos, sin poder creer que Cobra se daría a la tarea de buscar auto por auto en un embotellamiento interminable.

—¿Qué marca es? —repitió con impaciencia.

—Es un Lamborghini, plateado —respondió—. Cobra, estoy bien, ¿sí? Ve a tu apartamento y tírate al colchón a contemplar la lluvia.

—Bien, eso haré. Otro día podrás reclamarme todo lo que quieras, ahora voy saliendo del trabajo.

—Seguro que voy a reclamarte. —En ese momento quiso decirle que no deseaba reclamarle por el atrevimiento de todos sus roces bajo el agua, sino por haberla dejado tan excitada como para soñarlo durante toda una noche.

—Adiós, moça.

—Adiós, gato. —Sonrió y finalizó la llamada.

Elizabeth volvió a quedarse escuchando al locutor, quien anunciaba una nueva canción, un clásico que le gustaba mucho, por lo que no dudó en cantarla.

Avanzó varios metros, pero la fila seguía interminable y la lluvia arreciaba cada vez con mayor fuerza, a segundos miraba la pantalla del teléfono, anhelando otra llamada que captara su atención, pero no hacía más que mirar la hora.

Afuera se escuchaba la lluvia, los truenos, las bocinas de los autos y las motos que pasaban sin mucha dificultad, daría lo que fuera en ese momento por tener una y salir de ese terrible atolladero.

En ese momento escuchó el molesto rugido de una moto que se detuvo a su lado, ni siquiera se atrevió a mirar; sin embargo, se percató de que el hombre que iba detrás se bajaba.

Me asaltarán..., me asaltarán —pensó Elizabeth con el corazón brincándole en la garganta, y las manos aferradas al volante temblando; tenía ganas de pisar el acelerador a fondo, pero solo conseguiría estamparse contra el vehículo de en frente. Cerró los ojos fuertemente al escuchar que le tocaban el cristal, y estaba segura de que nadie se expondría por defenderla.

No iba a resistirse, porque podría ser peor, pero se estaba llenando de valor para afrontar ese momento tan espantoso.

Le volvieron a tocar el cristal, abrió los ojos y vio la moto marcharse, pero el delincuente seguía parado a su lado.

—¡Abre la puerta!

—¡Oh por Dios! —Se sorprendió todavía más al ver que quien tocaba el cristal era Cobra y no un delincuente.

Él estaba totalmente empapado y la fuerte lluvia seguía bañándolo sin piedad, mientras ella recuperaba el aliento.

Elizabeth le quitó el seguro a la puerta del copiloto, que inmediatamente se elevó; él, sin dudarle subió al auto y accionó para que la puerta se cerrara.

—¡Estás loco! —reprochó en medio de un grito y el corazón acelerado.

—Siento mojar tan bonita tapicería, pero no pienso quedarme bajo la lluvia y ganarme un resfriado... —dijo, quitándose la chaqueta de cuero negra que llevaba puesta, dejando al descubierto el mismo estilo de camisetas sin mangas que solía llevar, y de su cabello rizado caían gotas sobre sus poderosos hombros—. Por cierto, llamativo auto —confesó con ironía, porque el maldito Lamborghini era un espejo.

—Gracias, es una edición limitada, me lo regaló mi abuelo... —dijo con el orgullo hinchado, pero enseguida recobró la compostura—. Te dije que no vinieras... Definitivamente, estás loco, ¿qué se supone que haré contigo ahora? No pienso llevarte a casa de mi abuelo —reprochaba, pero se sentía tontamente atraída por esos rizos mojados.

—Conmigo puedes hacer muchas cosas... —propuso mientras se sacudía el cabello, para quitarse el exceso de agua, quedando totalmente despeinado, y eso lo hacía lucir irresistible—. Pero si deseas me puedes dejar tirado en cualquier lugar, una vez que salgamos de este trancón y estés en un lugar más seguro.

—¿Acaso crees que estando contigo me libraré de algún mal? No significas mayor obstáculo si algún delincuente llegara a asaltarnos.

—Posiblemente no te libraré del susto. —Se llevó una mano al tobillo, la metió entre los *jeans* y la bota, sacó una Glock, le revisó el cartucho y después la lanzó sobre el tablero, ante la mirada atónita de Elizabeth—, pero el peor de los delincuentes se encontrará con el mayor de los obstáculos, y seguro no vivirá para contar que estuvo a punto de asaltarte.

—Si no eres policía, quiero imaginar que al menos tienes permiso para llevar esa cosa contigo y que no es robada.

Él le había asegurado una y otra vez que no era policía, pero la actitud de Cobra lo mostraba como un hombre de ley. Era tan controlador, con una puntería increíble, y cuando se molestaba, parecía que no le corriera ni una gota de sangre por las venas, por lo que pensó que si no era policía, era un delincuente, tal vez algún asesino a sueldo.

¡Oh por Dios! Estoy cogiendo con un asesino a sueldo, si mi padre se entera morirá de la decepción o de la impresión —pensó, desviando la mirada al frente, temiendo que él pudiera leer en sus ojos el temor.

—Parece que tu curiosidad no alcanza límites —comentó sin darle una respuesta, le gustaba jugar con ella de esa manera, que siguiera interesándose en él, de otra forma terminaría decepcionada—. ¿Puedes bajarle un poco al aire? Sé que estás acostumbrada al clima de Nueva York...

—Lo siento. —Se apresuró a apagarlo—. ¿Así que acababas de salir del trabajo? —preguntó, poniendo en marcha el auto para avanzar los escasos metros que le permitía la fila.

—Así es... Dijiste que ibas a reclamarme por algo. —Se removió en el asiento, adoptando una posición más cómoda al abrir las piernas—. Cuando se trata de esos asuntos me gusta dar la cara, ¿qué hice mal?

Elizabeth lo miró de soslayo, percatándose que sentado de esa manera, totalmente mojado, con los *jeans* prelavado pegado a los fuertes muslos, era un estallido de feromonas que alteraba su propia química, y estaba desencadenando en ella respuestas que se le harían imposibles de ocultar.

Era química, pura química lo que ese hombre liberaba en ella, era el único responsable de esas sensaciones tan complejas que empezaba a experimentar, y que poetas y músicos se empeñarían en llamar: «amor».

Tenía ganas de decirle que no había hecho nada mal, por el contrario, todo lo había hecho muy bien.

—No sé por dónde empezar... Primero, no me habías dicho que conocías a mi hermano desde hace más de un año. —Se aclaró la garganta, porque la excitación le espesaba la voz—. Segundo, tu descaro de tocarme y besarme en zonas comprometedoras delante de mi hermanita... ¡Solo tiene ocho años! —Recordar eso le provocó valor y molestia, por lo que lo encaró—. ¡Eres un atrevido!

—No...

—No te atrevas a decirme que no sabías que Oscar era mi hermano, porque conoces a mi padre, a mi tío... —Lo interrumpió, antes de que se atreviera a mentirle y provocara que se molestara de verdad.

—Sí, sabía que Oscar era tu hermano.

—¿Entonces por qué no me dijiste que eran amigos?

—No sabía si ibas a creerme, no sabía si sería prudente contártelo.

—Y por eso fingiste no conocerme.

—Me seguiste el juego... No quise comprometerte delante de tu hermano, porque por mí no hay ningún problema en decirle a todo el mundo que estamos cogiendo, créeme, nada me daría más placer que verle la cara a Gavião en el momento que le diga que me estoy gozando a su supuesta noviecita.

Eso sí que la enfureció y mucho.

—Bájate de mi auto, ¡ahora! —exigió con dientes apretados—. ¡Largo! —Le gritó al ver que Cobra no pensaba bajar, y desde el volante abrió la puerta del copiloto.

Él agarró el arma que estaba sobre el tablero y se dispuso a bajar, sintiendo que la sangre le hervía, pero antes de salir, en un movimiento rápido bajó la puerta, se volvió hacia ella, soltó el arma, dejándola caer en el suelo y con una sola mano empezó a desabotonarle los *jeans*.

—¿Qué haces? —preguntó, dándole fuertes manotazos a la mano atrevida, pero no conseguía detenerla—. Suelta, y sal de mi auto. —Volvió a exigir entre molesta y asustada por la actitud de ese hombre, pero no iba a acobardarse, por lo que empezó a golpearle el pecho con los puños cerrados, dándole tan duro que sonaba como un tambor—. ¡Hijo de puta! ¡Hijo de puta! —repetía, presintiendo que él terminaría por ganarle.

Alexandre intentaba sostenerle las manos con la que no se estaba escabullendo por dentro de la tanga.

Las personas de los demás autos, no podían ver que dentro del Lamborghini plateado de vidrios polarizados, y bajo el torrente aguacero, se estaba llevando a cabo una lucha.

Con gran agilidad, los dedos índice y medio de Cobra, se escabulleron entre los pliegues, encontrando el clítoris, y se dieron a la tarea de acariciarlo suavemente de manera circular, mientras seguía intentando controlar los manotazos de Elizabeth.

Ella le dio varias cachetadas y tirones de pelo, pero a su orgullo lo hacía polvo el placer que ese maldito despertaba entre sus pliegues sin ser rudo, era imposible no tensarse y disfrutar.

Cobra era una maldita muralla de acero a la que no le entraban balas, porque no importaba cuánto ella lo golpeará, no se quejaba, no luchaba, solo seguía derritiéndola de a poco.

Volvió a halarle los cabellos y a abofetearlo, pero terminó vencida, le agarró el rostro con fuerza y enterrándole las uñas, lo estrelló contra su boca, donde ambos con los labios separados, recobraron el aliento que la lucha les había robado, imposible no dejarle saber que estaba disfrutando de lo que hacía entre sus piernas cuando un ahogado y largo jadeo la dejó en evidencia.

Tan solo fueron segundos para que él metiera su lengua, apoderándose de todos sus sentidos, al tiempo que los dos dedos se deslizaban dentro, muy dentro, haciéndola delirar.

Elizabeth solo se abrió más de piernas, para permitirle la placentera invasión, y movía su pelvis al mismo ritmo de las penetraciones de esos fuertes dedos.

Cobra le repartía besos y chupones por todo el rostro, ella también lo mordía, tal vez en una cruda mezcla de placer y rabia; se le aferró con los dientes al mentón, sin importarle la barba que pinchaba en su lengua.

Ninguno decía una sola palabra, solo se miraban a los ojos y seguían besándose con desespero, mientras la vista de Elizabeth se nublaba ante el avasallador orgasmo.

Las paredes internas de su vientre retumbaban y toda ella temblaba, colgada con fuerza a los cabellos de Cobra.

Él le retiró los dedos totalmente mojados, como muestra de la gran explosión de placer que había provocado, los llevó a la boca de Elizabeth y la instó a que los chupara; ella lo hizo sin chistar y sus pupilas siguieron atentamente cómo Cobra después también los chupaba, probando la mezcla de sus fluidos vaginales y su saliva.

En ese instante el auto de atrás la sacó del estado de éxtasis en el que se encontraba, con un concierto de corneta.

—Necesito avanzar —dijo, llevándole las manos al pecho para empujarlo.

Cobra se acomodó en el asiento para permitirle que condujera.

—No voy a pedirte disculpas por lo que dije acerca de Gavião, porque me estaría mintiendo a mí mismo; sé que no fue la mejor manera de decirlo y me corrijo... —comentó, para tratar de arreglar un poco la situación—. No solo lo gozo yo, también lo gozas tú, acabas de comprobarlo... Me molesta que aproveche que te lleva a la favela para decir que son más que amigos.

—Ni siquiera tienes porqué inmiscuir a Gavião en esta conversación... —dijo manteniendo la distancia. Sí, acababa de tener un explosivo orgasmo, pero no era suficiente como para que actuara como si antes de eso no se hubiese comportado como un total imbécil—. Estábamos hablando de mis hermanos.

—¿Quieres que le diga a Oscar que estamos saliendo? —preguntó, sin comprender ni un poquito los deseos de Elizabeth—. Dime y ahora mismo le marco. —La amenazó, buscándose en los bolsillos del pantalón y la chaqueta, para sacar su teléfono.

—Ese no es el punto.

—¿Entonces cuál es?

—Ninguno, porque no sé por cuánto tiempo más vamos a seguir saliendo, por lo que no creo necesario hacer partícipe a mi hermano de que siento debilidad por un hombre como tú.

—Por un pobre... Debes decir las cosas como son. Te avergüenzas que se enteren que tienes sexo con un hombre que no tiene dónde caerse muerto.

—No dramatices. —Rodó los ojos y puso el auto en marcha, para avanzar un poco más. Estaba segura de que aún seguía molesta con él por lo que había dicho y posiblemente también con lo que había hecho, a lo que ella se venció estúpidamente.

—No estoy dramatizando, solo digo las cosas como las pienso, no me pongo a buscar palabras bonitas que intenten suavizar la realidad.

—No sé por qué te haces la víctima. —Volvió la mirada hacia él, acomodándose un poco de medio lado para enfrentarlo mejor—. Vives en un apartamento de mala muerte o supongo que vives en ese lugar en Copacabana, vas a la favela a relacionarte con capoeiristas callejeros y la gente humilde, vistes con ese tipo de ropa. —Hizo un ademán hacia la camiseta sin mangas y los *jeans* prelavado—, pero también vas al Jockey Clube te relacionas con tipos de hombres como tío Thiago, vistes ropa y botas de firma, valoradas en miles de dólares... No sé si eres Cobra, Alexandre o Leandro —reprochó con la cara sonrojada por el calor y la humedad que empezaba a invadir el ambiente.

Cobra separó ligeramente los labios para agarrar un poco de aire, pensando que tal vez no debía contarle nada, porque no se lo merecía, pero la amaba, malditamente la amaba desde hacía ocho años, y aunque estaba descubriendo que no se acercaba en lo más mínimo a la jovencita idealizada, también le gustaba esa faceta de niña malcriada, a la que con gusto le ayudaría a madurar.

—¿Quieres saber realmente quién soy? —preguntó, peinándose el cabello hacia atrás. Ella levantó ambas cejas en un gesto de afirmación e impaciencia—. Soy esto que ves, de Alexandre no hay nada más... Así que puedes dejar de lado tus fantásticas teorías, y solo para que te quedes un poco más tranquila, no soy quien viste ropa y botas de marca, ni quien se codea con tu gente...

—No entiendo... —Balbuceó, totalmente confundida.

—A quien le robaste ese beso en el Jockey Club fue a Marcelo, desgraciadamente, mi hermano.

—¿Tu hermano? —preguntó aún más anonadada y acalorada, por lo que encendió el aire acondicionado, dejándolo en mínimo.

—Gemelo —dijo con amargura.

—No entiendo, ¿cómo es que él...?

No terminó de hacer la pregunta porque Cobra la interrumpió.

—Ha sido afortunado... No, realmente ha sido un maldito con toda y su ropa de firma, aunque

también ha luchado por todo lo que tiene, no voy a desmerecer eso... Somos parecidos físicamente, pero desde muy temprana edad tomamos caminos distintos.

—Lo siento. —Ella no sabía qué decir, necesitaba un poco de tiempo y estar a solas para poder procesar esa información.

—No lo sientas... Que monetariamente sea completamente distinto a Marcelo no me hace merecedor de lástima, supongo que ya has tenido suficiente por hoy para saciar tu curiosidad —comentó, desviando la mirada al camino.

Elizabeth se quedó mirando el perfil de Cobra, con un gran nudo atorado en la garganta, y nuevamente la bocina del coche de atrás le anunciaba que la fila de autos seguía avanzando; se mantuvo en silencio mientras conducía, esta vez lograron aligerar mucho más; sin embargo, la lluvia seguía fuerte y los truenos de vez en cuando la asustaban, pero se aferraba al volante para encontrar valor y no parecer una chiquilla delante del hombre a su lado.

Cobra recogió el arma que estaba en el suelo y la aseguró entre su bota y los *jeans*.

Después de mucho tiempo de Elizabeth estar pensando en qué decir para aligerar el momento y hacerlo menos denso, se aventuró a hacer un chiste de la más poderosa verdad.

—Puede que tu hermano tenga mucho dinero como para vestir con ropa de firma, pero tú besas mucho mejor. —Él volvió la mirada una vez más hacia ella y se la encontró con una hermosa y perfecta sonrisa de ternura. No estaba seguro de cómo él la miraba, pero sí de que ese instante se convertía en uno de los más especiales de su vida—. No pienso volver a encontrármelo, mucho menos está en mis planes tener sexo con él, pero puedo asegurar que también eres mucho mejor cogiendo, y para eso sí que no se necesita de su estúpida ropa de firma.

Cobra, por más que intentó, no logró contener una sonrisa; era increíble cómo ella conseguía imposibles en él. Le llevó la mano hasta el mentón y se lo sostuvo, mientras lo acariciaba con el pulgar, en un gesto de agradecimiento y el más puro amor, del que ella no estaba enterada.

—¿Alexandre?

—Sí, así me llamo... Alexandre Nascimento. Leandro es el dueño del apartamento en el que vivo arrendado, ni siquiera ese lugar me pertenece.

Elizabeth asintió, mirándolo a los ojos, sin querer en ese momento saber nada más; tenía mucha información que necesitaba analizar. Él le soltó el mentón, por fin el tráfico empezó a ser más fluido y salieron de la zona que Cobra consideraba peligrosa.

—Puedes dejarme en la próxima esquina —pidió, para que lo dejara cerca de la estación del metro, porque su moto la había dejado en el estacionamiento del edificio donde trabajaba y le pidió a un compañero que lo llevara hasta donde estaba Elizabeth.

—¿Con esta lluvia? De ninguna manera. Te llevaré a tu hogar —aseguró, al tiempo que hacía un cambio para acelerar un poco más—, y no acepto ningún tipo de protesta.

—No voy a protestar —confesó, para él era maravilloso pasar más tiempo con ella, vivir cada segundo que la vida le estaba ofreciendo, porque estaba seguro de que su felicidad al lado de la mujer que había amado durante tanto tiempo, tenía fecha de caducidad. Eso ni siquiera le entristecía, porque desde el mismo instante en que fijó su mirada en ella, sabía que era un imposible, por lo menos imaginar que podría tenerla hasta el último día de su vida.

CAPÍTULO 38

No solo era la diferencia de edad, también estaba la clase social, sus responsabilidades y todos sus malditos problemas, que no lo hacían merecedor de la mujer que amaba, por eso ya había renunciado a Elizabeth mucho antes de tenerla.

Estaba seguro de que no le dolería en lo más mínimo despertar a la realidad, de que ella solo deseaba la experiencia sexual que él pudiera ofrecerle y cumplir la fantasía de la niña rica con el pobretón, del que se cansaría rápidamente y sencillamente buscaría para hacer su vida al lado de otro hombre que cumpliera con los requisitos impuestos por la sociedad, que no importaba en qué siglo estuvieran, los perjuicios no evolucionaban.

—Eres buena conduciendo —comentó, al percatarse de la destreza con la que dominaba el maravilloso deportivo.

—Solo en auto, aunque me gustan las motos, les tengo un poco de miedo, creo que se requiere de más prudencia y fuerza.

—No es difícil, podría enseñarte si lo deseas.

—Me gustaría, pero déjame pensarlo.

—Está bien... ¿Vas el sábado a la favela?

—Sí, hasta ahora... Mi hermanita está deseando que sea domingo para que sigas enseñándole a surfear, no tienes la más remota idea del problema en el que te has metido. —En ese momento se detuvo frente al viejo edificio en Copacabana.

—¿Y tú?

—¿Yo qué? —preguntó porque no entendió.

—¿Deseas que sea domingo para vernos en la playa?

Elizabeth se quedó observándolo detenidamente, fascinada con ese rostro bronceado que representaba poder, intensidad y lujuria. Le gustaba el hombre mayor que tenía en frente, porque la hacía sentirse protegida y totalmente deseada.

—En realidad —dijo con la voz un poco ronca por todas las emociones anhelantes que empezaban a despertarse—, deseo que sea sábado por la tarde, que me vuelvas a sorprender de camino a casa y me traigas a este lugar. —Miró al edificio.

—Yo deseo algo mejor... Deseo adelantar el sábado a este instante. —Anhelaba hacerle el amor, hacérselo con desenfreno, quererla con verdadera lujuria, porque ya la había querido bonito y con ternura por muchos años.

—Me están esperando en casa, pero creo que puedo arreglarlo. Necesito hacer un par de llamadas. —No le importaba en lo más mínimo dejar en evidencia el deseo desmedido que corría por sus venas, no iba a preocuparse por esconder las ganas que ese hombre despertaba en ella.

—Puedes hacerlas desde el colchón, mientras mi lengua se pasea entre tus pliegues, prometo hacerlo lentamente para que no te sientan agitada. —Se mordió el labio, al tiempo que le dedicaba una mirada impúdica a donde todavía los *jeans* de ella estaba desabrochado. Le encantaba ver cómo conseguía descontrolarla con tan pocas palabras y adoraba el sonrojo que se le apoderaba de las mejillas.

—Puedo hacerlas —asintió con contundencia ante la intensa propuesta de Cobra.

Él buscó en el bolsillo de sus *jeans* y sacó unas llaves que tenían un mando, con el que abrió la compuerta del estacionamiento del edificio.

Elizabeth hizo rugir el motor del Lamborghini y a una velocidad no permitida entró al estacionamiento.

Bajaron rápidamente, llevados por el deseo más desbocado; tan solo habían dado varios pasos cuando él se volvió y la sorprendió, agarrándola en vilo. Ella se le aferró a las caderas con las piernas, entonces aprovechó para ponerla con poco cuidado sobre el capó del Lamborghini, el sonido del cuerpo sobre la plancha de acero hizo eco en el casi desolado estacionamiento.

—Aquí no —dijo con la voz agitada, intentando detener las rápidas manos de Cobra, quien empezaba a bajarle el jeans; no obstante, su vientre se contraía ansioso, provocando una agonía que solo se calmaría en el momento que la potente erección la penetrara.

—Aquí sí —contestó, ansioso por calmar la erección que lo estaba torturando.

—Podrían vernos.

—No te preocupes, el edificio no es muy habitado, casi nadie quiere vivir en un lugar que está a punto de desplomarse —alegó, dejándole los *jeans* y la tanga por las rodillas; sin previo aviso le dio vuelta, poniéndola de cara contra el capó, y la haló para que apoyara los pies en el suelo.

—¿Ahora me lo dices? —Lo miró por encima del hombro, al tiempo que elevaba el torso, pero no consiguió hacerlo mucho, porque Cobra le puso una mano en la espalda, volviendo suavemente a pegarla contra el capó; mientras que con la otra mano se sacaba un preservativo del bolsillo trasero, como si ya estuviese totalmente preparado para el momento—. Esto puede caérsenos encima.

—Podría caérsenos el mundo encima —dijo, bajándose los *jeans* de un tirón, arrastrando al mismo tiempo el «slip», y con rapidez empezó a ponerse el condón—. Y eso no será suficiente para que me detenga. —Le pasó las yemas de los dedos entre los pliegues, asegurándose de que ella estaba tan preparada como él, y como si la humedad que la delataba no fuese suficiente, también jadeo y se estremeció ante la caricia.

Con los *jeans* arremolinado en los tobillos, separó un poco las piernas, flexionó las rodillas para estar a la misma altura y fue penetrándola lentamente, disfrutando plenamente cada microsegundo que pasaba en ese cuerpo, sintiendo cómo la tibias humedad le hacía mucho más fácil deslizarse; sin embargo, se moría por también sentirla mucho más, y para eso debía invadir en su cuerpo sin ningún maldito látex que le impidiera vivirla absolutamente.

Elizabeth disfrutaba de las penetraciones y de todas las sensaciones que provocaba Cobra cada vez que irrumpía, resoplaba y jadeaba empañando la pintura espejo de su auto.

Él se le aferraba a las caderas, afuera los truenos se imponían, pero en el estacionamiento predominaba el sonido de la pelvis de Cobra estrellándose contra sus nalgas, mientras ella aruñaba la carrocería.

—Así, justo así... ¡Oh por Dios! —suplicó, relamiéndose los labios, con las piernas temblorosas—. ¡Más..., más rápido...! ¡Qué rico! Me gusta cuando me penetras desde atrás... Me gusta sentirte. —Elizabeth soltaba las palabras sin pensar, solo dejándose llevar por las sensaciones que la azotaban, y eso para él era el mayor combustible, por lo que le ponía más empeño.

—Quiero que me sientas... Siénteme completo, todo para ti, preciosa —Golpeteaba fuertemente contra las nalgas de ella cada vez que penetraba—. ¿Te gusta? ¿Dime cuánto te gusta? —preguntó, repartiéndole besos por la espalda.

—Me gusta..., me gusta mucho... Estoy llegando, estoy llegando —anunció con todas las emociones desbordadas—. ¡Dámelo! ¡Dámelo todo!

Él se esmeró aún más, la respiración agitada y los gruñidos no se hicieron esperar, concentrado en finalmente hacerla llegar a la cumbre del más delicioso de los placeres.

Los jadeos constantes de Elizabeth, fueron el detonante para que él también disfrutara del orgasmo dentro de ella, el preservativo fue la barrera para su semen, que salió abundante en varias propulsiones.

—¿Lo disfrutaste? —preguntó, repartiéndole besos en la mejilla y la sien, probando el sudor, al tiempo que renuentemente abandonaba su cuerpo.

—Sí, mucho —asintió sonriente, casi sin aliento—. Recupérate pronto porque no quiero esperar.

Él sonrió y le plantó otro beso en el pómulo.

Elizabeth pudo sentir sobre la piel de su mejilla cuando él sonrió, y eso le provocó una sensación extraordinaria en el pecho, que no logró definir. No podía comprender por qué le gustaba tanto que Cobra sonriera.

—¿No tenías que hacer un par de llamadas? —Le recordó, subiéndole los *jeans*.

—Sí, deja eso —pidió, soltando una carcajada al ver que Cobra solo le subía el pantalón y la tanga se la dejaba enrollada en los muslos—. Eres un desastre para vestir a una mujer.

—Tienes razón, no suelo vestirlas, pero tengo gran habilidad en desnudarlas. —Se subió el «slip» y rápidamente también lo hizo con los *jeans*.

—Admito que no tengo dudas sobre eso, me has desnudado sin darme cuenta... —aseguró, mirando a todos lados.

—¿Te puedo ayudar en algo?

—¿Dónde rayos está mi teléfono? —Se preguntó, buscando con la poca luz que había en el estacionamiento.

—Deja que te llame.

—Por favor —pidió con impaciencia.

En ese momento Cobra fue consciente de que su teléfono estaba en su chaqueta y la había dejado dentro del auto. Sin pensarlo caminó hasta el deportivo y abrió la puerta, sacó la prenda y buscó el teléfono.

Al minuto Elizabeth conseguía su móvil debajo del Lamborghini, ni siquiera sintió cuando se le cayó; por lo menos estaba intacto.

—Necesito ducharme antes de hacer las llamadas —dijo, cuando entraron al bendito ascensor que alteraba sus nervios, porque temía que se quedara atorado en cualquier momento.

—Yo también lo necesito. —Estaba agotado, había sido un día de mierda en el trabajo, en el que ni siquiera le dieron tiempo para que almorzara, pero jamás perdería la oportunidad de tener sexo con la culpable de sus más importantes anhelos.

—Si este lugar no es tuyo, ¿por qué no buscas algo mejor?

—Me queda relativamente cerca del trabajo.

—Tiene que haber algo mejor en esta zona.

—Seguramente, pero no quiero gastar en algo innecesario, tan solo lo uso para dormir.

—Evidentemente no solo duermes en este lugar... También traes a tus citas amorosas.

Cobra chasqueó los labios en el momento que las puertas se abrieron en el octavo piso.

—Ninguna mujer permanece tanto tiempo como para pensar en que puedo vivir en un lugar mejor. —Era totalmente sincero—. Creo que solo han estado concentradas en lo que hacemos, no en lo que nos rodea, y mis citas no han sido amorosas. Todas las mujeres que han pisado este lugar han sido citas sexuales —aclaró, parado al lado de ella, dedicándole una mirada de reojo, en el momento que las puertas del ascensor se abrieron—. Excepto una, que podría decir ha sido cita amorosa, porque ha sido con la única que he involucrado sentimientos verdaderos —confesó caminando un paso delante de ella, para no tener que mirarla a los ojos en ese momento.

—Si quieres... Sé que no está bien, porque no pretendo... —Elizabeth no encontraba la manera de decirle lo que quería sin hacerlo sentir mal—. Puedo prestarte dinero para...

—No sigas hablando, no necesito tu dinero... Necesito tu cuerpo, tus emociones... —De cierta manera le molestaba más que ignorara que le había confesado que estaba enamorado de ella a que lo estuviese insultando al ofrecerle dinero.

—Solo pretendo ayudarte...

—Si quieres ayudarme no lo hagas de esa manera, realmente no me gusta lo que estás intentado

ofrecerme. Nunca..., nunca le des nada material a un hombre con el que tienes sexo.

—Eres un poco criado a la antigua, no veo nada de malo en eso.

—Como sea... No es de mi agrado.

—Está bien, no dije nada —dijo en tono de burla, y con la total confianza de pasearse por el desordenado y casi desolado lugar, se fue hasta la habitación, donde estaba el colchón con las sábanas revueltas. Se desvistió, lanzó la ropa y el teléfono sobre el colchón, y sin esperar a Cobra, se fue al baño.

En menos de un minuto él la sorprendió entrando desnudo al mismo lugar, empezó a repartirle besos en los hombros, mientras le acariciaba el torso y los senos.

Ella se mantenía inmóvil, tratando de esconder que una vez más era la marioneta de ese hombre.

Cobra la hizo volver y le tomó las manos, instándola a que lo abrazara por la cintura, pero ella no lo hizo, estaba siendo malcriada y no le importaba que él se diera cuenta, porque estaba molesta con la forma en la que veía la vida; tanta dignidad solo le parecía algo ridículo.

Le sostuvo el rostro y empezó a besarla lentamente en los labios, dejando caer un beso tras otro, mientras el agua seguía mojándole la espalda.

—Pequeña, no quise ser grosero, me hace sentir mal que pretendas arreglar mi vida... Quiero que lo hagas, pero intentas hacerlo de la manera equivocada.

—Necesitas un lugar mejor, esto podría derrumbarse, tú mismo lo dijiste.

—Está bien, buscaré un lugar mejor... Solo por complacerte.

—Uno que puedas pagar... Mejor olvídalo.

—No, no voy a olvidarlo, no podré olvidar que te has preocupado por mi seguridad... Pensé que eras una «patricinha» sin sentimientos. —Le guiñó un ojo y le sonrió.

Elizabeth admiró atontada la dentadura pequeña y pareja de Cobra, quien en ese momento era un derroche de ternura, nada que ver con la dura apariencia, mucho menos con su imponente personalidad.

—Me gustas cuando sonríes —confesó, acariciándole la barba con la yema de los dedos—. ¿Por qué no lo haces más seguido? —Más que una pregunta era una petición, mientras ella le sonreía ampliamente.

—Porque no tengo suficientes motivos.

—Entonces voy a convertirme en el motivo que te haga sonreír.

Cobra se quedó mirando cómo ella sonreía y volvía a encontrarse a esa niña que lo cautivó. Elizabeth no podía saber que desde hacía mucho tiempo, era el mayor objeto de sus sonrisas.

—Prometí que mientras hicieras las llamadas estaría dándome un festín entre tus muslos —prefirió cambiar el tema, para no sentirse vulnerable—. ¿Cuánto más piensas demorar en llamar a tu familia?

—Aún no termino de ducharme. —Se volvió para agarrar el jabón líquido de Cobra—. Quiero pensar que solo estás preocupado porque mi familia no sabe nada de mí, y no que estás impaciente por darme sexo oral.

Él le tendió la mano para que le echara jabón, y ella sonriente lo hizo.

—Realmente no me preocupa en absoluto tu familia —confesó, pasando sus dedos enjabonados entre los muslos de Elizabeth, entonces ella llevó sus manos hacia atrás, atrapó el pene semi erecto y empezó a enjabonarlo también—, porque estás conmigo y muero por probarte. —Le mordisqueó la oreja—. Así que vamos a darnos prisa.

Elizabeth cumplió al pie de la letra la propuesta de Cobra y se dio prisa, terminaron de ducharse y mojados se fueron hasta el colchón; ella buscó su teléfono móvil y en ese instante un trueno fue el detonante para que la luz se fuera.

—¿Ahora qué haremos? —preguntó, alumbrando el rostro de Cobra con la luz de la pantalla de su

teléfono.

—No necesito de luz para hacer lo que tengo planeado, ¿tú la necesitas? —preguntó, instándola a que se acostara y le abría las piernas.

—No, supongo que no —dijo sonriente, mientras buscaba en llamadas recientes el número de Helena. Sus primas eran las únicas que podían servirle de cuartada para pasar la noche con Cobra, sin que su abuelo y su tía se preocuparan.

Los labios de Cobra se paseaban por la parte interna de sus muslos, sentía la divina mezcla de los vellos de su barba y la suavidad de sus labios, también la acariciaba con la lengua o mordisqueaba de manera juguetona.

Elizabeth apoyó sus pies sobre los hombros de Cobra y con una de sus manos se colgaba a los rizos que aún estaban húmedos; sonreía, gemía y balanceaba su pelvis en busca de mayor placer.

Justo en el momento que Helena atendió la llamada, agarró una bocanada de aire y tiró de los cabellos de Cobra, para que alejara la punta de esa inquieta lengua de su clítoris. Él empezó a repartirle besos por el monte de Venus e inhalaba con fuerza el aroma entre sus piernas.

—Prima, necesito un gran favor... No voy a casa del abuelo y le diré que me quedaré con ustedes, infórmale a Hera.

—¿Dónde estás? O mejor dicho: ¿con quién? —preguntó con pillería.

—¿Vas a ayudarme? —preguntó, tratando de regularizar la respiración que empezaba a alterársele, porque Cobra empezaba a introducirle los dedos.

—Lo haré, pero solo si me dices con quién estás, comprende Elizabeth, no puedo responsabilizarme por ti sin saber qué estás haciendo.

—¡Dios! —exclamó convulsa, tratando de alejar la boca de Cobra de su vulva—. Espera un poco. —Le pidió, quitándose el teléfono de la oreja. La mano que se aferraba a los cabellos de Cobra, la llevó hasta su entrada y se la cubrió, para volver a atender a su prima.

—Ya sé lo que haces —dijo con pillería—, pero no voy a secundarte hasta que me digas con quién.

—Estoy con Cobra —respondió, porque no iba a perder el tiempo, mucho menos cuando él era tan inquieto como para usar sus propios dedos, orientándolos a que ella misma se diese placer.

Ella le seguía el juego y movía sus dedos sobre su clítoris, lo que Cobra aprovechó y volvió a penetrarla lentamente con los de él.

—¿Otra vez? ¿No que no te gustaba el chico de favela?

—Por favor Helena, de eso hablamos después —suplicó, mientras buscaba fuerza de voluntad para seguir con la conversación—. No es el mejor momento para darte detalles —confesó sofocada, y con uno de sus pies le golpeaba la espalda a Cobra.

—Está bien, cuenta conmigo... Solo espero que valga la pena.

—Sí que lo vale —dijo, soltando una risita cargada del más ardiente placer—. Adiós prima. —No esperó a que Helena se despidiera y colgó. Su pelvis se contrajo violentamente cuando Cobra le imprimió más rapidez a las penetraciones de sus dedos.

Jadeó ruidosamente, se estremeció sobre el colchón y empuñó las sabanas, gozando plenamente del momento, mientras Cobra acompañaba a sus dedos con la lengua.

—¡Detente! ¡Para! —imploró, alejándolo un poco—. Necesito llamar a mi abuelo y no puedo hacerlo si sigues haciendo lo que te da la gana con mi vulva. ¿Puedes parar un minuto? —preguntó, halándole los cabellos.

—Está bien, lo haré, pero date prisa.

Exactamente en ese momento la luz regresó y él aprovechó para buscar los preservativos que tenía en el cajón del escritorio.

Elizabeth no demoró más de un minuto mintiéndole a su abuelo sobre su paradero; y él, que era de un corazón tan noble, y todo le creía, solo le deseó que pasara una buena noche. Su viejo abuelo no

tenía la menor idea de que se la estaba gozando como nunca.

Al terminar la llamada, la noche para Elizabeth fue casi interminable junto a Cobra, se entregó a él en todas las formas posibles, en varios rincones del escuálido apartamento. Aprovechando algunos minutos de descanso para conversar o comer algo, mientras recobraban energía.

Elizabeth se moría por preguntarle si ciertamente no había ninguna otra mujer en su vida, si alguna vez había estado casado o conviviendo con alguien. No podía imaginar que toda su vida hubiese sido un total hurraño.

Se había prometido convertirse en el principal motivo por el cual él sonriera y estaba teniendo mucho éxito, porque sin que él mismo se diera cuenta, lo hacía sonreír.

La alarma del teléfono de Cobra sonó a la misma hora de siempre, había olvidado desactivarla, por lo que se apresuró a silenciarla antes de que Elizabeth despertara; tan solo había dormido un poco más de una hora, pero dejaría que ella descansara un poco más.

Se quedó admirándola profundamente dormida y no había en el mundo nada más hermoso que esa visión ante sus ojos, era perfecta su jovencita y lo tenía tontamente enamorado; lo que sentía hacia ella era distinto, era amor, pero distinto a todo lo que había sentido anteriormente; sabía reconocer lo que era estar enamorado, porque Elizabeth no había sido su primer amor.

Totalmente desnudo se levantó y caminó hasta el vestidor, y en uno de los cajones superiores buscó su cámara fotográfica profesional y regresó hasta donde ella estaba dormida, ni siquiera estaba arropada y eso le daría perfección a sus fotografías.

Empezó a captarla desde diferentes ángulos, obteniendo todas las gráficas posibles, algunas de cerca y otras de lejos, enfocándose solo en partes de su cuerpo y otras en toda su perfecta anatomía desnuda, tan natural que lo hechizaba.

Consideró que había obtenido todas las imágenes que quería, pero sobre todo, las que necesitaba; y antes de que Elizabeth despertara, volvió a guardar la cámara en el cajón.

CAPÍTULO 39

Entró al baño y mientras se duchaba sufría un poco las consecuencias de tantos roces sexuales, aunado al uso del maldito látex; debía encontrar la manera de prescindir de protección cada vez que tuviese la oportunidad de estar con Elizabeth, porque era consciente de que no podía controlar su excitación. Ninguna otra mujer lo había descontrolado a tal punto.

Salió del baño con una toalla enrollada en las caderas, ella seguía profundamente dormida, no quería despertarla, realmente si no tuviera en ese lugar tantas cosas que lo comprometieran, la dejaría para que recuperara las fuerzas.

Se fue al vestidor y sacó unos *jeans*, toda su ropa era informal, tan solo una vez había tenido una ocasión que ameritara usar un traje, no quiso rentarlo, prefirió comprarlo para recordar mejor ese momento que lo llenaba de tanto orgullo, pero esa misma noche se enteró de una de las noticias más tristes de su vida, y todas sus esperanzas se desplomaron.

Aunque ya habían pasado más de dos años de eso, aunque ya había perdonado y aceptado lo que en un principio fue su más grande desilusión, ya no contaba con aquel traje, porque esa misma noche le había prendido fuego.

Elegió una camiseta blanca y una chaqueta de cuero marrón, se vistió rápidamente y se echó crema moldeadora de rizos, se peinó el cabello y después le dio forma con las manos al agitarlo.

Se perfumó y buscó otras botas, porque las que había usado la noche anterior, aún debían estar mojadas. Aprovechó y le envió un mensaje a João, para que pasara a buscarlo, ya que él había dejado su Harley Davidson, solo por salir corriendo a encontrarse con la mujer de su vida.

Elizabeth seguía dormida y aunque anhelaba seguir admirándola de esa forma tan vulnerable, no podía llegar tarde al trabajo, porque empezarían a tocarle los huevos durante todo el día, incluso podían exigirle que trabajara horas extras, y precisamente esa noche no podía, porque debía ir a Niteroi a visitar a su familia.

Se dejó caer sentado en el colchón al lado de Elizabeth, quien estaba acostada boca abajo. Le acarició la espalda, al tiempo que buscaba con sus labios la suave piel, y le plantó un beso tras otro hasta llegar a la oreja.

—Despierta. —Le dijo al oído.

—No quiero —refunfuñó, adormecida—. Tengo mucho sueño y es por tu culpa, no me dejaste dormir en toda la noche.

—Solo te complací... Me pediste que no dejara de cogerte y eso hice.

—No dije eso.

—Sí, lo dijiste, ¿acaso no lo recuerdas? —preguntó, sin poder contener las ganas de morderle el hombro, y lo hizo con mucho ímpetu.

—Auch... Ya, eso duele, Cobra. —Lo regañó, dándose la vuelta, al tiempo que se quitaba el cabello de la cara, y después le lanzó un puñetazo al pecho—. Me tienes toda marcada, como si fuese de tu propiedad.

—Exactamente eso es lo que deseo, que seas de mi propiedad. Podría seguir marcándote de todas las maneras posibles. —Bajó la cabeza y le dio un generoso chupón al pezón izquierdo.

Inevitablemente ella jadeó y se colgó a los rizos húmedos.

—¿En serio dije eso...? ¿Te pedí que tuviéramos sexo toda la noche?

—Lo hiciste varias veces. —Apoyó la barbilla en el pecho turgente de Elizabeth, mientras la miraba a los ojos—. Repetías: «Quiero que me cojas toda la noche» «Así...» «Así...».

—Imposible, no dije eso... Nunca uso ese tipo de palabras tan obscenas.

—Al parecer la excitación te convierte en otra mujer, porque usaste exactamente esas palabras obscenas, y muchas más.

—¡Qué vergüenza! —Se cubrió el rostro con las manos, pero él se las quitó.

—No tienes por qué avergonzarte, haberte dejado llevar era señal de que estabas gozando el momento, y me gusta que cuando estés bajo mi cuerpo seas tan espontánea... —Miró el reloj que colgaba en una de las paredes y debía darse prisa aunque no lo quisiera, porque verdaderamente no podía faltar al trabajo, no podía darse el lujo de quedarse desempleado—. Debes levantarte, tengo que ir a trabajar. —Le guiñó un ojo y le palmeó un muslo.

—Puedes irte, me quedaré durmiendo un poco más. Te juro que no soy una ladrona y que cuando regreses encontrarás todo en su lugar —propuso porque verdaderamente tenía mucho sueño.

—De verdad quisiera, pero... —En ese momento su mirada gris se desvió hasta donde estaba el teléfono de Elizabeth en el suelo, a un lado del colchón, al ver que se le encendía la pantalla—. Papá llamando. —Leyó en voz alta.

—¿Qué? —preguntó ella, totalmente desorientada ante el comentario de Cobra.

—Tu padre te está llamando. —Señaló con la boca hacia donde estaba el teléfono.

Elizabeth inmediatamente giró en el colchón, poniéndose boca abajo, estiró la mano y agarró el teléfono con el corazón totalmente alterado, era como si más que una llamada, su padre hubiese interrumpido con su presencia en ese lugar y la viera junto a Cobra.

—¿No vas a contestar? —preguntó Cobra, al ver que ella solo apretaba el aparato, pero no atendía.

—Es... Es que no sé si deba hacerlo.

—Hazlo, podría preocuparse... Nunca dejes de atender una llamada de tu padre. No tienes idea de todas las cosas que puedan estar pasando por su cabeza con cada repique que no contestas.

—Por favor, no hables... Por favor —suplicó con sus palabras y con la mirada.

—Juro que no voy ni a respirar.

Elizabeth le agradeció con la mirada y contestó la llamada.

—¡Papá! Buenos días —saludó exageradamente ante los nervios.

Cobra le hizo un ademán con la mano para que se calmara un poco, porque la estaba cagando, prácticamente con ese miedo que demostraba, le estaba asegurando al padre que estaba haciendo algo malo, por lo menos, él lo identificaría de inmediato.

—Buenos días mi vida, ¿cómo estás? —preguntó Samuel al otro lado de la línea.

—Muy bien... Me estaba bañando —dio el absurdo pretexto para justificar la demora—. ¿Cómo lo están pasando? Te extraño papi —dijo con voz tierna, sintiéndose un poco apenada por hablar así delante de Cobra, pero no podía tratar de manera diferente a Samuel.

—Lo estamos pasando muy bien, pero dentro de unos minutos vamos a pasarlo mucho mejor... Llamé a casa de tu abuelo y me dijo que estás con Hera y Helena... ¿Quieres desayunar con tu padre?

—¿¿Cómo?! —preguntó, alarmada y totalmente asustada; ahora sí que vomitaría el corazón.

—Acabamos de llegar, estamos en el aeropuerto y queremos pasar a buscarte antes de llegar a casa.

Todas las alarmas se encendieron en Elizabeth, toda ella empezó a temblar y los ojos se le iban a salir de las órbitas.

—¿Cómo que estás en el aeropuerto? Papá, ¿no regresaban en ocho días? —Estaba segura de que llevaba muy bien los cálculos de los días que sus padres llevaban fuera y los que aún le quedaban para regresar.

—Así es, pero tu madre se ha sentido un poco mal y por eso decidimos regresar antes, voy a pasar por ti.

—Papá. —Elizabeth se levantó aturdida, y desnuda empezó a caminar por la habitación—. Es

que... ¿En qué aeropuerto estás? Puedo ir a buscarlos. —Sabía que así le daría tiempo de llegar al ático de sus primas, cambiarse e ir por ellos.

—Llegamos a Santos Dumont, pero no te preocupes, ya tu abuelo envió a buscarnos.

¡Mierda! ¡Mierda! Prácticamente estaba a un paso de distancia, no le tomaría mucho tiempo pasar a buscarla al ático.

Sin pedirle permiso se puso una camiseta de Cobra, que le llegaba a los muslos, porque no encontraba su ropa, ya no sabía si era ella que la perdía o era Cobra quien se la escondía.

—Está bien..., está bien papi... Voy a ducharme.

—Me dijiste que te estabas duchando antes. —Le recordó Samuel.

Cobra negaba con la cabeza y sonreía al ver a Elizabeth revoloteando por todo el apartamento, y lo pésima que era para formar mentiras.

—Sí, me estaba duchando, pero escuché el teléfono y no terminé —dijo ahogaba, tragando en seco porque los latidos alterados casi no le permitían hablar.

—Bien, sigue, y no le digas nada a tus hermanos, que queremos sorprenderlos.

—No diré nada, si hasta a mí me han sorprendido. —Forzó una carcajada para mostrarse relajada.

—Nos vemos en un rato mi vida.

—Sí papi, ya te extrañaba mucho —dijo con voz de niña y escuchó al otro lado cómo su madre le decía que la amaba—. Yo también te amo mami.

—Dijo que también te ama —comunicó Samuel a Rachell—. Sigue con tu ducha, que me gustaría llegar antes de que Violet despierte.

—De acuerdo papi, besos. —Finalizó la llamada al tiempo que recogía las llaves del Lamborghini en la mesa de madera que estaba frente al sofá de la sala de Cobra; él había venido detrás y la miraba fascinado, porque parecía un pequeño terremoto—. Me voy.

—Eso veo, ¿te vas así?

—Sí, no tengo mucho tiempo, prometo que te devolveré la camiseta.

—Quiero que te la quedes... Déjame acompañarte al estacionamiento, igual también tengo que irme al trabajo. —Por lo que había escuchado en la conversación, sabía que ella estaba apurada, y comprendía que hasta tuviera que irse descalza.

Cobra agarró sus llaves, su teléfono y unos lentes de sol que también estaban sobre la mesa.

Elizabeth corrió al ascensor y lo llamó con impaciencia.

—Gracias, me gusta la camiseta. —Entró al aparato junto con Cobra—. Disculpa que tenga que irme y esté muy apurada, mi padre me ha sorprendido; si no, te hubiese llevado al trabajo.

—Si tu padre no hubiese llegado, habrías preferido seguir durmiendo que llevarme al trabajo, antes de que recibieras la llamada me estabas pidiendo quedarte a dormir, no proponías darme un aventón.

—Tienes razón —dijo sonriente, mirando la pantalla que anunciaba cada piso que descendía—. Realmente mi padre me quitó el sueño de golpe, y seguro se me nota que no he dormido más que una hora.

—Estoy seguro de que tu padre no lo notará. Tienes una belleza que opaca cualquier huella de desvelo.

—Gracias, pero no conoces a Samuel Garnett.

Por fin las puertas se abrieron en el estacionamiento, ella corrió al Lamborghini y Cobra la siguió.

—Debes calmarte, de lo contrario, no te dejaré conducir... Recuerda que tu familia te quiere viva, sin importar que estés teniendo sexo conmigo... Primero viva.

—Estoy un poco nerviosa.

—No, estás «muy» nerviosa y solo me haces pensar que tu padre es un tirano, que te castiga

constantemente.

—¡No! Mi padre es muy comprensivo, es el mejor del mundo, solo que mi mayor miedo es decepcionarlo... —Se mordió el labio ante el nerviosismo—. Quiero que siempre esté orgulloso de mí..., y... No vas a entenderlo.

—Lo entiendo, puedo identificar tus miedos, pero quiero que sepas que no importa cuántas cosas hagas mal, cuántos fallos puedas tener... Tal vez algunos desacuerdos entre padre e hija, hasta fuertes discusiones, pero eso no será suficiente para que él deje de amarte. Te amaré sobre todas las cosas.

—Gracias... Hablas como un viejo.

—Soy un viejo.

—¡Por favor! Sabes bien que no lo eres...

—Para ti estoy mayor.

—Esta conversación la tendremos después. —Sin esperar que él dijera algo más, se lanzó a rodearle el cuello con los brazos y le dio un beso, uno rápido pero intenso, al que él correspondió.

Después de eso subió al Lamborghini y se despidió con un gesto de su mano, encendió el motor y se marchó, dejando en el ambiente el rugido del potente vehículo.

João quien tan solo había visto el visaje de la mujer que se despedía de Cobra desde dentro del lujoso auto, empezó a aplaudir.

—Una vez más atrapando en tus redes a las pobres mujeres de la tercera edad, que no son atendidas por sus señores esposos, a los que no se les para ni con milagrosos medicamentos —dijo el mulato de ojos verdes, que había dejado el auto estacionado a un lado de la calle.

—Sabes que hace tiempo que ya no me dedico a eso.

Ante el comentario de João, no pudo evitar recordar el par de años en que se dedicó a cobrar por sexo, porque el dinero que ganaba en su trabajo no era suficiente para cubrir los gastos.

—No lo sé, siempre que se necesite el dinero se puede caer en la tentación, el Lamborghini que acaba de salir lo deja claro... Cobra, al menos llévalas a un hotel cinco estrellas, igual no pagarás la cuenta.

—No estaba cobrando ni tampoco era una mujer mayor... Esa que acaba de salir era Elizabeth.

—¿La «patricinha» de la favela?... ¿La de la feiojada? —preguntó, anonadado—. No te creo.

—No tengo porqué mentirte.

—Ahora la niña suspira por ti... No, seguramente está en drogas, y seriamente. Debe estarlo para relacionarse contigo... Una vez borracha se le acepta, pero...

—João —interrumpió Cobra—. Se hace tarde. —Le recordó avanzando hacia su amigo.

João lo siguió, pero sin dejar de parlotear; subieron al auto y emprendieron el viaje hacia el trabajo, durante el trayecto hicieron una parada para comprar café. Cobra necesitó de dos para poder espabilarse un poco.

Elizabeth condujo tan rápido como pudo, dejó el Lamborghini en el estacionamiento; para su mala suerte, no estaba solo. A esa hora muchos de los que habitaban en el edificio salían para sus sitios de trabajo, y se encontró con varias personas que ni siquiera pretendieron ocultar la sorpresa de verla tan solo con una camiseta y descalza.

Quería taparse la cara, tal vez así no corría el riesgo de ser reconocida, pero no era la mejor de las ideas, solo debía darse prisa, así que contuvo la respiración y aligeró el paso con la frente en alto.

Cuando por fin llegó al ático, se encontró con la misma discusión de todas las mañanas, Hera pidiéndole a Helena que se apresurara, porque no iba a esperarla ni un minuto más.

—¿Qué te pasó?! —preguntó una alarmada Hera, mirándola de pies a cabeza.

—Nada, papá viene en camino... Necesito darme prisa. —Se acercó y le dio un beso en cada mejilla, demostrando estar apurada.

—¿Sam? Pero... ¿No regresaban en ocho días? —Estaba totalmente sorprendida, observando el

completo desastre que era Elizabeth en ese momento.

—Eso supuse, me llamó hace unos minutos, diciéndome que estaba en el aeropuerto.

—¿En Maranhão?

—No, en Santos Dumont.

—Entonces date prisa, porque si te encuentra con ese aspecto y percibe el aroma que traes, no tendrá la menor duda de que una Cobra te inyectó su veneno durante toda la noche.

—Sé que estoy hecha un caos, no me dio tiempo ni para lavarme la cara —dijo echándose un vistazo a sus pies descalzos—. Después hablamos. —Salió corriendo hacia su habitación.

—Sí, tenemos mucho de qué hablar. —Le recordó en voz alta para que la escuchara—. ¡Helena, solo contaré hasta cinco! —Le gritó a su hermana, al tiempo que agarraba del sofá su maletín de trabajo.

—¡Podrías dejar de gritar, por Dios! No estoy sorda —contestó Helena, apareciendo en la sala, mientras se colocaba un zarcillo.

—Pues lo parece. —Caminó hasta el ascensor, mientras su hermana la seguía—. Acaba de llegar Eli, ya llegaron tía Rach y Sam.

—¿Por qué se han venido antes?

—No lo sé, pero tenías que ver cómo llegó esa niña... —Soltó una risita cargada de complicidad—. Creo que Sam es tan inoportuno que no la dejó alcanzar el orgasmo de la mañana.

—Pobre mariposita. —Negó con la cabeza mientras reía.

CAPÍTULO 40

Elizabeth se estaba secando el pelo cuando vio que la pantalla de su teléfono se iluminaba sobre la peinadora con una llamada de su padre, le faltaba más de la mitad.

Tal vez había sido mala idea lavarse el pelo, pero no quería que quedara en ella ningún tipo de rastro de su arrebatada noche con Cobra.

Apagó el secador y contestó:

—Amor, puedes bajar... Ya estamos frente al edificio.

—Sí papá, dame cinco minutos. —Finalizó la llamada y lanzó el teléfono sobre la mesa, se soltó el resto del cabello y con el secador se lo secó un poco, uniéndolo al que ya le había dado un poco de forma con el cepillo, al final se lo dejó suelto.

Se levantó de la silla, agarró el teléfono y salió corriendo de la habitación especial, adaptada para peinado y maquillaje, que tenían las gemelas en el ático.

Justo en el espejo de la salida se detuvo para mirarse una vez más con su vestido corto de verano, cuando se percató de la ligera marca de los dientes de Alexandre en su hombro, por lo que tuvo que correr al vestidor y agarró el primer cárdigan que encontró.

Una vez más salió corriendo, entró al ascensor, donde recuperó un poco el aliento y empezó a hacer ejercicios de respiración para calmarse y que sus padres no notaran su nerviosismo.

Al salir del edificio reconoció una de las camionetas de su abuelo, aun así, el chofer le tocó la bocina y su padre bajó.

Ella inmediatamente sonrió, sintiéndose muy feliz de ver al amor de su vida, y salió corriendo a esos brazos que siempre la esperaban abiertos, para brindarle los más cálidos abrazos.

Su padre también la esperaba con la más hermosa sonrisa y con esos ojos de fuego, brillantes por la felicidad.

—¡Papá! —Se le lanzó encima, colgándosele del cuello y él le abrazó la cintura—. Te extrañé tanto —confesó, haciendo más fuerte el abrazo, le plantó un beso en los labios y otro en la mejilla.

—Yo también mi vida, mi mariposa capoeirista... No tienes idea de cuánto necesitaba este abrazo. —Le dijo, estrechándola en sus brazos con total pertenencia.

—Debemos darnos prisa papá o ya encontraremos a la enana despierta... —Soltó el abrazo y caminó hasta la camioneta, encontrándose con su madre, quien esperaba dentro con esa sonrisa encantadora y amigable.

Subió y se amarró en un abrazo a ella, su padre también subió y la camioneta se puso en marcha.

—¡Mamá! ¡Te ves genial!

—Gracias mi cielo.

—Me encanta tu bronceado —dijo, acariciándole el rostro—. Papá me dijo que te sentiste un poco mal.

—Es una tontería, no te preocupes. —Le pidió mirando a los ojos grises casi azules de su hija mayor, mientras le ponía el pelo detrás de la oreja.

—No me pidas eso... ¿Qué tienes?

—No lo sé... Me he sentido un poco débil...

—Debes ir al médico —interrumpió.

—Ya le prometí a tu padre que lo haría... Insisto en que no tiene que alarmarse, seguramente es producto del estrés.

—Mañana tiene la cita, la llevaré —intervino Samuel, pasándole un brazo por encima de los hombros a Elizabeth, para pegarla a su cuerpo, regalándole un tierno y protector abrazo.

Ella dejó descansar la cabeza sobre el hombro de su padre, mientras le tomaba una mano a su madre.

—Quiero acompañarlos.

—Solo es un poco de cansancio —dijo Rachell.

—No lo sabremos hasta que nos lo diga el médico. —Samuel no iba a dar su brazo a torcer, no estaba dispuesto a descuidar la salud de la mujer que amaba, de la madre de sus hijos.

Elizabeth, quien conocía perfectamente el carácter de sus padres, estaba segura que podían empezar a discutir, por lo que prefirió hablar sobre cosas más agradables.

—Cuéntenme un poco sobre el viaje, ¿hicieron todo lo que tenían planeado?

—No todo, nos faltaron algunos lugares por visitar, pero estoy seguro que tendremos otra oportunidad e iremos con ustedes tres.

—Supongo que no será este año, ya dentro de poco debemos despertar a la estresante realidad —dijo, consciente de que sus padres contaban con muy poco tiempo, porque el trabajo de ambos les exigía tiempo y mucha dedicación.

—Lo planearemos para fin de año, ¿te parece? —propuso Rachell.

—Me encantaría, sé que Violet y Oscar estarán felices. —Sonrió ampliamente—. Quiero saber más... ¿Cómo lo pasaron?

Rachell y Samuel se miraron, dejando en evidencia la complicidad que los unía.

—Muy bien, lo pasamos muy bien —dijo Samuel, estirando la mano en la que destellaba su anillo de matrimonio, para aferrarse a la mano de Rachell.

—Me hacen muy feliz. —Elizabeth se emocionó, porque adoraba ver a sus padres enamorados, pero sobre todo, juntos.

Todavía recordaba los tristes días en que su padre se fue de casa y su madre lloraba todas las noches. Su mayor temor era tener que volver a vivir esa experiencia.

Al llegar a la casa de Reinhard Garnett, los recibieron con abrazos, tratando de ser silenciosos y rápidos para que Violet no despertara.

Samuel, desesperado por ver a su pequeña, entró a la habitación, encontrándosela dormida y abrazada al cachorro que le había regalado Julian. Se acuclilló junto a la cama y empezó a darle besos en la mejilla gordita cubierta de pecas.

—Mi princesa, mi mariposa princesa —susurraba entre beso y beso.

Rachell, parada junto a Samuel, admiraba a su pequeña, sin poder contener la sonrisa que tanta ternura le provocaba. No había nada más hermoso en el mundo que ver al hombre que amaba prodigándoles amor a sus tres hijos.

—Mi bella durmiente, mi princesa dormilona...

En ese momento Violet abrió los ojos, encontrándose el rostro de su padre muy cerca; parpadeó varias veces para despertar totalmente y estar segura de que no estaba soñando.

—Papi... —Se levantó con el pelo revuelto y empezó a quitárselos de la cara—. ¡Papi! —Se le lanzó a los brazos y Samuel la cargó.

—Hola hermosa —saludó Rachell, dándole un beso en la mejilla, mientras estaba en los brazos de Samuel.

—Mami, ¿cuándo llegaron? Ya no se vuelven a ir, ¿verdad?

—Acabamos de llegar... Y no, no nos vamos más —respondió Rachell—. Voy a ver a Oscar, necesito estar segura de que está bien. —Le dijo a Samuel, mientras le acariciaba la espalda.

Él asintió y siguió a Rachell hacia la habitación de Oscar, mientras Violet parloteaba, le contaba sobre Blondy y todas las travesuras que hacían cada día.

Él le dijo que lo aceptaría en casa y también confesó que le hubiese gustado mucho ver a Julian, porque tenía más de un año que no lograban coincidir. Imposible hacerlo cuando el que era como su

primer hijo, constantemente estaba de voluntario en los lugares más recónditos del mundo.

—Papi, ¿y el bebé dónde está? —preguntó, aferrada a las mejillas de su padre, porque le gustaba que su barba le hiciera cosquillas en las palmas de las manos—. ¿Está abajo con Avô? ¿Es bonito? —preguntaba emocionada.

—Todavía hay que esperar un poco más, pero yo creo que ya está en la panza de tu mami, ella tiene que cuidarlo por un tiempo —dijo, echándole un vistazo a Rachell, quien le sonrió, cómplice.

—Yo pensé que vendría con ustedes. —Hizo un puchero de tristeza.

—Seguramente está aquí. —Rachell se llevó la mano al vientre—, pero debemos esperar que crezca.

—¿Se tardará mucho? —preguntó, poniéndose el cabello tras las orejas.

—Unos meses, notarás cómo crece —explicó Samuel.

Rachell entró a la habitación de Oscar sin llamar, inevitablemente volvió a angustiarse, como lo hizo en el instante que le dijo que había tenido un accidente, y a través de la pantalla de la computadora, vio las consecuencias de su imprudencia.

No pudo molestarse con él ni reprenderlo como lo hizo Samuel, no importaba lo que su hijo hiciera mal, ella lo adoraba y no conseguía el valor para reprenderlo. Solo le agradecía a Dios que no le hizo pasar el peor momento que puede vivir una madre, ella tal vez no lo soportaría.

—Oscar, mi niño. —Lo llamó, al tiempo que se sentaba en la cama y le acariciaba los cabellos. Adoraba verlo dormir, porque era cuando más se le parecía a Samuel.

—Mamá —dijo con la voz ronca y le costaba un poco abrir los ojos—. ¿Qué haces aquí?

—Nos vinimos antes —dijo Samuel, quien seguía con Violet en los brazos, mientras que Elizabeth estaba en el comedor, hablando con Reinhard y Sophia.

—¿Cómo te sientes? ¿Todavía te duelen las costillas? —preguntó, tanteándole con cuidado el yeso del brazo, suponía que debía ser muy incómodo para él dormir con eso.

—Ya duele menos. —Se dejó agarrar la mano por su madre, mientras lo besaba con cariño—. Estoy bien, mamá.

—Quise venir enseguida, pero tu padre no me lo permitió.

—No era necesario, mamá. —Desvió la mirada hacia su padre—. Gracias por no permitirselo, no me hubiese perdonado que interrumpieran su viaje por mi culpa... Avô o tío Ian me llevan personalmente a la consulta médica.

—Ahora lo haré yo —dijo Samuel, bajando a Violet—. Te llevaré al baño para que te duches y bajemos a desayunar —dijo intentando cargarlo.

—Papá, puedo solo, pásame las muletas.

—Quiero ayudarte.

—Deja que te ayude, cariño —dijo Rachell, quien empezaba a trenzarle el cabello a Violet.

—Sé que deseas ayudarme papá, pero es mejor con las muletas, de otra manera solo me lastimarás —dijo, consciente de que la única forma sería pasar un brazo por encima de los hombros de su padre y al chocar con él, le afectaría las costillas fracturadas—. He aprendido a desenvolverme sin inconvenientes.

—Está bien, ve a ducharte... ¿Al menos puedo ayudarte a buscar la ropa que usarás? —Se ofreció, porque sentía la imperiosa necesidad de ser útil para su hijo.

—Claro, una bermuda y una camiseta.

—Entonces las damas nos vamos —dijo Rachell, alentando a su hija a que caminara a la salida—. Voy a duchar a Violet... Nos esperan para desayunar.

—Nos daremos prisa, mami —dijo la niña.

En media hora aproximadamente se encontraron todos en el comedor del jardín, donde compartieron el desayuno, en medio de una amena conversación sobre el viaje de Samuel y Rachell.

Imposible para Samuel Garnett despertar más de las cinco de la mañana. Aunque deseara levantarse por lo menos a la siete, su reloj biológico no se lo permitía, por lo que antes de que amaneciera, ya estaba con los ojos abiertos, mirando al techo o revisando su teléfono, siendo totalmente silencioso para no despertar a Rachell, quien dormía placenteramente a su lado.

Hizo a un lado la sábana para ir al baño, con la intención de regresar a trabajar desde su teléfono.

Se levantó solo vistiendo el pantalón negro del pijama; sin embargo, antes de ir a desahogar sus necesidades, decidió asomarse por la ventana, para ver si faltaba mucho para que el sol despuntara.

En ese momento, su mirada color fuego fue cautivada por Elizabeth, quien estaba practicando capoeira en el jardín; inevitablemente, frente a él desfilaban todos los momentos en que se había encontrado con la misma escena a través de los años, y el orgullo en su pecho rugía al punto de casi consumírsele.

Sonreír no era suficiente para expresar la fascinación de ver a su pequeña hermosa vivir la capoeira con tanta pasión como lo hacía él.

—El trabajo puede esperar —dijo en voz baja, se fue al baño y no quiso ducharse para no despertar a Rachell y mucho menos perder el tiempo; orinó, se cepilló los dientes, se lavó la cara y se fue al vestidor, donde eligió un pantalón de capoeira blanco y una camiseta negra sin mangas.

Salió descalzo por una de las puertas laterales que daban al jardín, tratando de ser lo más silencioso posible, para no prevenir a Elizabeth de su presencia; después de abandonar el camino de lasaj, se adentró a la grama, que se encontraba húmeda y fría por el rocío nocturno.

Como la pantera que aún habitaba en él, se agazapó entre los arbustos que prácticamente formaban una roda, y esperó pacientemente el momento oportuno.

En el instante que Elizabeth le dio la espalda, entró en medio de una voltereta; intentó derribarla al barrerle los pies, como lo había hecho tantas veces, pero por primera vez, su hija actuó con impresionante agilidad, evadiendo su ataque; se le abrazó a la pierna derecha y con todo el peso de su cuerpo y una fuerza hasta ahora desconocida para él, lo derribó.

Samuel se quedó en el suelo, tomándose varios segundos para asimilar el ataque de su hija; ella se alejó sonriente y le tendió la mano para ayudarlo a poner en pie.

—Buenos días papá —saludó emocionada, aunque un poco sofocada por el esfuerzo, y con la trenza despeinada.

—Buenos días. —Se esforzó por sonreír, pero verdaderamente estaba sorprendido.

Elizabeth no le dio tregua, volvió a iniciar el juego y antes de que él pudiera responder al ataque, ella volvía a moverse con impresionante rapidez, demostrando movimientos que él solo había visto en la malicia de los capoeiristas callejeros; nunca le enseñó a su hija a desenvolverse en la capoeira de esa manera.

Aunque seguía luchando, no podía dejar de estudiar cada movimiento de Elizabeth; ciertamente, gobernaban los tradicionales que había visto en su hija desde que inició en la capoeira, y que con el pasar de los años fue perfeccionando; no obstante, cuando menos lo esperaba, lo sorprendía con la malicia callejera.

No iba a preguntarle dónde estaba aprendiendo el juego duro, porque imaginaba que había un nuevo mestre en la academia, aunque no se quedaría con la duda, le preguntaría a Otavio.

Siguieron luchando hasta que Samuel pidió un descanso, los años no le habían restado agilidad ni desenvolvimiento en la capoeira, pero sí habían consumido considerablemente su resistencia.

—Te llevaré hoy a la academia, voy a saludar a Otavio —dijo con el pecho agitado y las manos en las caderas.

Elizabeth, quien bebía un poco de agua del vaso térmico que había llevado, dejó de hacerlo. No sabía cómo decirle a su padre que no estaba asistiendo a la academia y que verdaderamente no deseaba ir por un tiempo; tal vez volvería en sus próximas vacaciones, cuando Paulo asimilara que ella no podía ofrecerle nada más que sexo, no iba a enamorarse de él y eso debía comprenderlo.

Aún si él solo aceptara de ella su cuerpo, para pasarlo bien sin complicaciones, no lo haría, porque de momento lo estaba pasando fenomenal con Cobra. Ese hombre le ofrecía más sexo y pasión del que verdaderamente necesitaba para estar satisfecha. Así que no tenía nada más que esperar de otro hombre.

—Hoy no voy a la academia —dijo al fin y volvió a beber de su vaso.

—¿Por qué no?

—Creo que por hoy fue suficiente de capoeira.

Eso sí que tomó por sorpresa a Samuel, su hija nunca había expresado que su entrenamiento diario de capoeira fuese suficiente.

—Elizabeth, ¿pasa algo? —preguntó con el sentido de la intuición totalmente revolucionado. Podía jurar que ella le ocultaba algo.

—No papá..., es que... —resopló armándose de valor, porque era mejor contarle a su padre la verdad, a que él mismo se diera a la tarea de investigarlo, porque estaba segura de que eso haría—. Tengo algunos días sin ir.

—Supongo que eso tiene un motivo. —Se dejó caer sentado sobre la grama—. ¿Por qué no me cuentas? —pidió, palmeando a su lado.

—No sé si deba. —Se sentó donde su padre le señaló, al tiempo que se soltaba lo poco que le quedaba de la trenza—. Es complicado.

—Tu padre está para hacerte la vida menos complicada, ¿recuerdas que prometí hacerlo todo más fácil? —dijo, tomándole una mano y cubriéndola con las de él.

Para Elizabeth fue imposible no recordar el momento en que su padre le hizo esa promesa, cuando necesitaba ayuda en sus labores escolares con las matemáticas, porque no le había entendido a la maestra la explicación sobre las sumas y llegó llorando a casa.

Él consiguió explicarle de mejor manera lo de las sumas y restas; tanto, que consideró que era mejor que su padre le enseñara en casa, para que él no fuese a trabajar ni ella al colegio, así no solo aprendería, sino que también pasaría más tiempo con el hombre que más amaba.

Pero por más que trató de convencerlo, no lo consiguió. Él siguió con su trabajo y ella con la escuela; sin embargo, Logan pasaba a buscarla al colegio y la llevaba a la Torre Garnett, donde su padre le adaptó un ambiente dentro de su propia oficina, para que hiciera sus labores escolares mientras él trabajaba en sus casos legales.

Si tenía una duda, solo tenía que llamarlo y Samuel abandonaba su escritorio para acucillarse a su lado y explicarle con gran ternura y paciencia, las veces necesarias hasta que comprendiera.

—No quiero volver por un tiempo, tuve un pequeño inconveniente con Priscila. —Para drenar un poco los nervios, empezó a trenzarse una vez más el cabello.

—Creo que para que no quieras volver a la academia, no debió ser «pequeño» ese inconveniente.

—Tuvimos una pelea. —Se apresuró a decir—. Irrespetamos los principios de la capoeira y nos fuimos a los golpes... Papá, ella empezó. —Lo miró a los ojos, tratando de quedar bien delante de su padre—. Me dio un golpe indebido en la nariz y me molesté cuando vi que sangraba... No pude contenerme.

—Elizabeth, ¿hay un nuevo mestre en la academia? —preguntó, porque verdaderamente le extrañaba la actitud agresiva de su hija.

No era la primera vez que recibía un golpe indebido, y aunque a él le molestaba muchísimo y más de una vez tuvo que contenerse para no entrarse a golpes con el padre de alguna otra capoeirista en la

academia en Nueva York, en su afán por mantener su pequeña a salvo, era ella quien intervenía, diciendo que nada había sido premeditado, que los golpes indebidos dentro de la academia siempre eran un accidente; por esa razón, le extrañaba que precisamente ahora, que dominaba algunos movimientos maliciosos de los capoeiristas callejeros, respondiera agresivamente a un golpe indebido.

—No —respondió sin prevenir las intenciones de su padre—. Eso pasó delante de Otavio, él suspendió a Priscila porque todos se dieron cuenta de que actuó con malicia, pero yo tampoco quiero volver, no quiero que las demás chicas se molesten conmigo...

—Si Priscila actuó mal, no tienen por qué molestarse contigo, no me gustaría que te enemistaras con ella, han asistido a la academia desde que eran niñas, su padre es buen amigo de tu tío Ian. —Le pasó un brazo por encima de los hombros y la pegó a su cuerpo—. ¿Por qué no la has llamado para que no hayan malos entendidos?

—No quiero hacerlo, fue ella quien actuó mal, debería ser ella quien se comuniqué conmigo y me pida disculpas, si es que verdaderamente no fue intencional.

—Tienes razón. —Le dio un beso en la cabeza—, pero sí me gustaría que regresaras a la academia, están los demás chicos... Todos son tus amigos y comprenderán que no fue tu culpa.

—Está bien, intentaré regresar, pero no será hoy.

—Mañana podría llevarte, aprovecha a tu padre en estos días.

—A mi padre pienso aprovecharlo desde este instante... Llévame a caballito al comedor —pidió, sonriente.

—Mariposa, ya estoy viejo. —Le recordó con ternura.

—No es eso lo que piensan las demás personas... Por algo te han catalogado como el fiscal más sexi de todos los tiempos, así lo leí en la nota de una revista.

—Ah..., esa nota —dijo ladeando la cabeza—. La pagué, es que necesitaba un poco de popularidad.

—¡Papá! —dijo divertida, ante lo que estaba segura su padre bromeaba.

Él se levantó y le tendió la mano para ayudarla a poner en pie.

—Anda sube. —Le pidió.

—No lo dije en serio papá, solo te molestaba.

—Sube.

—Está bien. —Subió a la espalda de su padre, como lo había hecho durante toda su vida, sin poder contener la risa, producto de la felicidad que experimentaba al vivir esos momentos junto a Samuel Garnett.

CAPÍTULO 41

Alexandre estaba totalmente concentrado en su trabajo, estudiando minuciosamente cada detalle, esperando encontrar algo verdaderamente significativo, que pudiera ser de gran ayuda, cuando sintió el teléfono vibrar en el bolsillo de sus *jeans*.

No debía contestar, no en horario laboral, porque podrían amonestarlo y no se arriesgaría; sin embargo, la insistencia de la vibración no le permitía concentrarse, por lo que decidió sacar el teléfono para desviar la llamada y ponerlo en silencio.

De manera inevitable miró la pantalla y el corazón se le aceleró, podría desviarle la llamada al mismísimo Dios, pero jamás lo haría con Elizabeth; sin dudarlo se arriesgó a ser amonestado, contestó al tiempo que cerraba algunas ventanas en la computadora y se puso de pie.

—Jamás imaginé que algún día desperdiciarías minutos de tu preciado tiempo en llamarme —contestó caminando con rapidez, salió de la oficina y le hizo señas a uno de sus compañeros, para que creyera que se le había presentado una urgencia.

—Me quedé esperando a que me llamas... No sé, por un momento pensé que te importaría saber si había llegado viva al apartamento de mis primas, o que tal vez te interesaría saber cómo me había ido con mis padres.

—De ti me interesa todo, absolutamente todo Elizabeth... He querido llamarte cada segundo desde que te vi por última vez, pero no quiero ser una molestia; supuse que estarías ocupada con tu familia. —Empezó a subir las escaleras y seguía con el corazón acelerado, evidentemente cada latido alterado lo provocaba la mujer al otro lado de la línea—. Ni siquiera imaginé que pensarías en mí.

—Te he estado pensando —confesó, meciéndose levemente en el columpio que estaba colgado de la rama de un gran árbol en el jardín de la casa de su abuelo.

—Seguramente no más que yo —alegó, empujando la pesada puerta que daba a la azotea del edificio, donde habían unos tanques de agua, y muchos de los que ahí trabajan se escapaban a fumar; agradeció que en ese momento nadie estuviese alimentando el vicio—. ¿Te dio tiempo de llegar antes que tus padres?

—Sí, por muy poco. —Sonrió, siguiendo con su mirada a un colibrí, que la cautivaba con sus hermosos colores brillantes, revoloteando por las *flores de maio* o cactus de navidad, como era conocida en otros lugares—. Alexandre... ¿Puedo pedir tu opinión sobre algo?

Él, desde la azotea admiraba la Ciudad Maravillosa, con sus mágicos paisajes irrepetibles en el mundo.

—Claro. —Quiso decir algo más, mostrarse más interesado, pero estaba demasiado cautivado como para pensar con claridad.

—Disculpa, no te pregunté si estabas ocupado... Supongo que debes estar trabajando y no quiero robarte tiempo.

—No hay ocupación alguna que me limite a conversar contigo, lo que más deseo es que me robes cada segundo de mi existencia. —Esa forma de hablar de Cobra, que la mayoría del tiempo no se acercaba ni un poquito a su imagen, le ponía a temblar las piernas y a sonreír como una tonta—. ¿Sobre qué quieres hablarme? —Le preguntó, al ver que ella había enmudecido.

—¿Recuerdas el altercado que tuve en la academia?

—Con Priscila, sí, lo recuerdo muy bien —dijo con aspereza, cómo no hacerlo, si quien le hiciera daño a Elizabeth, inmediatamente se ganaba su odio, poco importaba que fuera hombre o mujer.

—Lo hablé con mi padre, él cree conveniente que la llame para hacer las paces.

—Tú no tienes que hacerlo. —Se apresuró a decir—. Yo no lo haría.

—Pienso lo mismo, solo que a pesar de todo, mi padre le tiene cariño a Priscila, vamos a la academia desde que éramos niñas y tal vez él no puede verla como la mujer envidiosa en la que se ha convertido; cree que se pueden solucionar las cosas entre ambas.

—Creo que lo realmente importante es cómo tú te sientas, no puedes hacer las paces con alguien que no quieres... Es preferible demostrar los verdaderos sentimientos a ser hipócrita.

Ella era testigo de eso, Cobra no se preocupaba en lo más mínimo por ocultar que Wagner no era de su agrado y no solo él, habían otros en la favela que no le agradaban; sin embargo, seguía asistiendo a las rodas.

—Mi papá quiere que regrese a la academia.

—¿Quieres volver? —Le hizo la pregunta para que ella misma se la hiciera.

—No lo sé... Algunas veces extraño compartir con los demás compañeros, pero no quiero volver por temor a que me rechacen; supongo que prefieren a Priscila porque comparte más tiempo con ellos, yo tan solo los visito un mes por año.

—Primero debes vencer tu temor al rechazo de los demás. No siempre serás el centro de atención a donde vayas...

—Al parecer esta conversación está tomando otro rumbo —interrumpió algo dolida por su comentario.

—Elizabeth, no seas malcriada y no actúes como una niña de diez años, empieza a actuar como una mujer... Solo intento hacerte ver la realidad del mundo que te rodea, ese mundo que está fuera de la burbuja mágica en la que vives y que tarde o temprano va a reventarse; intento prepararte para cuando eso suceda.

—¿Se supone que debo aceptar que me rechacen y seguir ahí...? ¿Es lo que intentas decirme?

—No, no es eso... Lo que intento decirte es que debes restarle importancia al rechazo de las demás personas, sé que estás acostumbrada a estar rodeada de gente que te quiere, pero llegará el momento en que no siempre sea así y será doloroso para ti descubrir eso —aconsejó con las ganas latentes de tenerla en frente y poder decirle cada palabra mirándola a los ojos—. Es mejor que vayas preparándote, si te hace feliz regresar a la academia, ve... Hazlo y no temas que algunos prefieran a Priscila.

Aunque le costara entenderlo, estaba poniendo todo de su parte y sabía que Cobra tenía razón.

—Seguro que no les parecerá justo que yo regrese a la academia, mientras Priscila sigue suspendida.

—No fue justo que ella jugara sucio, entonces que se atenga a las consecuencias de sus actos. Eso no es tu problema.

—Pero yo también la golpeé, de hecho..., fue ella quien se llevó la peor parte.

—Entonces, ¿temes regresar a la academia y que ella no lo haga?

—Eso, pensarán que existe algún tipo de preferencia, no es solo por mí, sino también por el mestre.

—¿Le tienes confianza al mestre?

—Sí.

—Habla con él, dile que volverás solo si Priscila también regresa; supongo que no temes volver a enfrentarte a ella.

—Para nada, no me afecta en lo más mínimo —dijo con energía—. Creo que me has dado una gran opción, llamaré al mestre y le propondré lo que me has dicho.

—Te hablo como capoeirista... He estado cientos de veces en la misma situación.

—Gracias, estoy descubriendo que el capoeirista no es tan arrogante... Espero muy pronto retar a Cobra en la favela.

—Prefiero que retes a Alexandre en el colchón, en ese lugar me vences totalmente, porque a

Cobra en la roda jamás... El orgullo de capoeirista no lo hace polvo ninguna *patricinha*.

—Eso lo veremos... Voy a vencerte, Cobra. ¿Sabes?, empiezo a creer que me temes y por eso no me enfrentas.

—Tengo razones muy personales para no hacerlo.

—Solo son excusas —dijo sonriente, se mantuvo en silencio por varios segundos y después suspiró—. Te dejaré trabajar.

—Ahora que tus padres han regresado, ¿seguirás yendo a la favela? —preguntó sin querer terminar la conversación.

—Eso espero, intentaré encontrar la manera de ir.

—Y él domingo, ¿llevarás a tu hermana a Leme?

—Si no lo hago me asesina, pero no sé si cambiaré de instructor y ahora prefiera a mi padre.

—Y tú, ¿cambiarás de instructor?

—Yo no necesito de instructor, ya sé surfear.

—Entonces podrías ir a practicar.

—No lo sé, no puedo asegurarte nada.

—Al menos asegúrame que volveremos a vernos, no importa el lugar ni el día, solo asegúrame que podré besarte una vez más.

—Podrás hacerlo. —Imposible negarse a sus propios deseos, moriría si no volvía a sentir la boca de ese hombre haciendo derroche con la suya—. Volverás a besarme... Ahora te dejo trabajar.

—Con esa promesa puedo concentrarme en el trabajo —confesó, observando cómo un compañero llegaba a robarse la soledad—. Te tengo ganas, moça.

—Lo sé, gato —rio, divertida y finalizó la llamada.

Elizabeth pensó por un momento en los consejos que Cobra le había dado y decidió llamar a Otavio; mientras esperaba a que contestara, escuchaba el canto de los pájaros que siempre revoloteaban por el jardín, y que muchas veces eran los causantes de despertarla.

Cuando el mestre le atendió, le hizo la propuesta que Cobra le había sugerido: ella regresaría a la academia si también lo hacía Priscila. Pedirlo en voz alta no fue tan fácil, eso era un grave golpe a su orgullo, pero no dejaría de lado su pasión, ni se ganaría más enemistades por una estúpida a la que ni siquiera iba a tomar en cuenta.

A la mañana siguiente se levantó muy temprano y se preparó para ir a la academia, como se lo había prometido a Otavio; en sus planes estaba escapársele a su padre, pero ratificaba que era imposible huir de Samuel Garnett, porque la atrapó justo cuando salía de su habitación, y él ya estaba listo, vistiendo un chándal negro con franjas laterales en color rojo.

—Otavio me llamó anoche para informarme —dijo con una franca sonrisa.

—Debí suponerlo —acotó derrotada, dejando caer los hombros—. Pensaba darte la sorpresa.

—Me has sorprendido. —Caminó hasta ella, le acunó el rostro y le dio un beso en los cabellos, a pesar de que su hija era alta, aún en estatura estaba por debajo de él.

—Solo lo dices por hacerme sentir bien. —Hizo un puchero, apoyando las palmas de sus manos sobre el pecho caliente de su padre.

—Te juro que no, mi vida... De verdad que me ha sorprendido la decisión tan prudente que has tomado.

Si su padre supiera que no había sido de ella la idea. Bueno, al menos había encontrado el valor para seguir el consejo de Cobra.

—Voy a poner todo de mi parte para hacer las paces con Priscila —mintió, porque ni borracha volvería a hablarle, pero lo hacía para que su padre se sintiera más tranquilo.

—Me alegra saberlo, porque han sido amigas desde niñas, seguramente necesitará de tu apoyo. —Alejó sus labios de los cabellos de su hija y la miró a los ojos.

—No creo que lo quiera, Priscila ya no es la misma niña que conociste, papá. Te hace falta relacionarte un poco más con mis compañeros de la academia.

—Seguro que sí te necesitará, a su padre van a operarlo muy pronto, le harán un trasplante de corazón y necesita que alguien le dé un poco de ánimo... —comentó, quitándole la mochila y la instó a caminar—. Tienes razón, necesito volver a familiarizarme con los chicos en la academia y es el momento justo, así que te llevaré.

—¡Ay no! Yo quería llevar mi auto.

—Bien, puedes hacerlo... ¿Te parece si vamos por separado? —preguntó, mientras bajaban las escaleras—. Prometo no quedarme durante toda la práctica, para no avergonzarte.

—Papá, tú no me avergüenzas, solo que... pensarán que me sobreproteges.

—¿Lo hago? —Levantó la ceja izquierda en un gesto de incredulidad.

—Algunas veces..., pero te diré un secreto.

—¿Cuál?

—A veces y solo a veces, me gusta que lo hagas. —Él sonrió y volvió a besarle los cabellos—. Pero no mucho... Solo cuando sea extremadamente necesario.

En ese momento el teléfono de Elizabeth sonó y ella se apresuró a buscarlo en el bolsillo de la mochila, al ver quién la llamaba no dudó en contestar.

—¡Hola guapo! Ay, te he extrañado. —Miró a su padre, quien la veía confundido—. Es Luck. —Le avisó y siguió hablando con su novio—. Mi papá está conmigo... Papi, Luck te manda saludos.

—Salúdalo de mi parte. —Lo dijo solo por cortesía, porque su actitud solo gritaba los celos que le provocaba esa complicidad que existía entre su niña y el novio al que no toleraba, realmente jamás podría tolerar a ningún hombre en la vida de su hija—. Vamos a comer algo antes de irnos. —Le dijo y caminó hacia la cocina.

Elizabeth, quien parloteaba con Luck por teléfono, siguió a su padre.

Ya en la cocina estaba una de las mujeres del servicio, a la que Samuel le pidió que les preparara un par de sándwiches con pan integral, ensalada de frutas y jugo de toronja, mientras escuchaba atento la conversación entre su hija y el novio; sin embargo, se esforzaba por parecer desinteresado.

Se sentaron en la isla a comer, pero Elizabeth no soltaba el teléfono, ganándose la mirada de reproche de Samuel, quien masticaba lentamente mientras escuchaba cómo ella le contaba hasta la cosa más insignificante.

Irremediablemente se preguntaba si él había actuado de la misma manera con Rachell cuando apenas salían, porque en la posición en la que se encontraba en ese momento, le parecía que Luck no necesitaba tantos detalles de la vida de su hija.

Justo en el momento que le decía lo que estaba desayunando, ya no pudo más y tuvo que intervenir.

—Debemos darnos prisa, dile que lo llamas después. —Le señaló el reloj que traía incorporado la nevera que tenían en frente.

—Luck, tengo que dejarte... Se me hace tarde, pero prometo llamarte en un rato... Te quiero... No, yo te quiero más... Yo mucho más —reía mientras pinchaba con el tenedor un trozo de mango.

—¡Bueno, ya! —exclamó Samuel, sintiéndose totalmente impaciente y celoso.

—¡Ay, papá! —protestó Elizabeth y volvió a atender la llamada de su novio—. Te llamo en un rato, voy a hacerlo... No, no digas que no te llamo porque todas las noches lo hago... Bueno, te dejo... Besitos.

Samuel solo estaba esperando que le dijera: «besitos de esquimal». Ahí sí que le prohibiría seguir de novia de Luck, los besos de esquimal solo le pertenecían a él.

Elizabeth finalizó la llamada y siguió con su desayuno, que terminó en muy poco tiempo; subieron a lavarse los dientes y volvieron a encontrarse en la cocina. Se despidieron de la señora del servicio y se fueron al estacionamiento, cada uno salió en un auto distinto, pero con el mismo destino.

Sus hijos habían heredado de él el gusto por la adrenalina, por lo que les permitía que la experimentaran cada vez que tenían oportunidad; sin que Elizabeth, mucho menos él hiciera una propuesta, emprendieron una competencia e hicieron rugir los motores de los autos deportivos, aprovechando la primera hora de la mañana, en la que no había tanto tráfico por las vías subterráneas de cobro electrónico.

Llegaron a la academia casi al mismo tiempo, estacionaron en las plazas libres y bajaron, compartiendo sonrisas cómplices por el momento vivido.

Elizabeth caminó hasta el salón seguida de Samuel, y cuando entraron, ya habían llegado casi todos los capoeiristas, entre los cuales estaba Priscila, quien no se acercó a saludarla, como habían hecho casi todos.

Inmediatamente cada uno formó su círculo de amistades, mientras que su padre, algo alejado de todos, conversaba con el mestre, y de vez en cuando la miraba.

Elizabeth estaba atenta a la conversación que mantenía con Bruno, Gabriel, Romana y Livia, pero también ponía toda su atención a donde estaba su padre, al que notaba algo preocupado; lo dejaba en evidencia ese ceño fruncido; podía asegurar que ella era el motivo de tanta intranquilidad, y eso le despertaba un estado de zozobra.

En ese momento unas manos varoniles le cubrieron los ojos, inevitablemente sonrió ante la sorpresa, y por instinto llevó sus manos para tantear, pero antes de que pudiera tocarlo, el perfume lo había delatado.

—Paulo. —No podía evitar la sonrisa nerviosa que bailaba en sus labios, mientras disfrutaba del aroma masculino que tanto la seducía.

Sintió cómo le plantaba un beso en el cuello, que le erizó cada poro de la piel; le descubrió los ojos y lo primero que vio fue la cara de Bruno, quien realmente no se alegraba con la actitud de Paulo; después buscó con la mirada a su padre, quien gracias al cielo no se dio cuenta de la tierna osadía por parte de Paulo.

Realmente le alegraba mucho verlo, todavía algo se despertaba en su interior, las mariposas hacían fiesta en su estómago y en otras partes innombrables; se preguntaba si era normal sentir semejante atracción por dos hombres a la vez, porque aunque no siquiera, Cobra también desequilibraba su mundo.

—Bienvenida —dijo sonriente, parándose a su lado, sintiéndose realmente feliz de verla.

En el momento que conoció a Elizabeth, se propuso tener sexo con ella, cogérsela, solo eso, pero no podía negarse que un sentimiento más poderoso latía con desmedida locura; ya se había prometido cautivarla, enamorarla hasta que dejara al hombre que tenía en Nueva York, y le diera la oportunidad.

—Gracias, me alegra mucho verte. —Sonrió, obligándose a desviar la mirada hacia los demás chicos.

—No más de lo que me alegra a mí —confesó, sin importarle estar rodeado de otras personas; realmente si estuviesen a solas, le habría preguntado por qué no lo había llamado como le había prometido—. Veo que regresas.

—Así es. —Se limitó a decir, no iba a hablar mal de Priscila delante de los demás, aunque se moría por aprovechar la oportunidad y pedirle a Paulo que mantuviera la distancia, porque evidentemente era el blanco de las miradas cargadas de odio de Priscila y Celina.

—Hiciste mucha falta. —Le acarició con los nudillos la mejilla.

—Lo mismo le he dicho —intervino Bruno, sin poder ocultar la molestia que lo embargaba a causa de la actitud de Paulo.

Elizabeth sintió una mano sobre su hombro y miró a su padre, quien se paraba a su lado.

—¿Cómo están chicos? —saludó a esos jóvenes que había visto desde que eran unos niños y les

tenía tanto cariño, como si también fuesen sus hijos, excepto a Paulo, quien tenía poco tiempo en la academia y en ese momento estaba demasiado cerca de su hija, lo que no le agradaba.

—Muy bien... ¡Qué alegría tenerlo por aquí señor Garnett! —comentaron varios de los chicos.

—¿Nos hará el honor de iniciar el juego?—preguntó Romana.

—No he venido al juego, pero si me invitan. —Sonrió, llevándose una mano al bolsillo del chándal, mientras que la otra la mantenía sobre el hombro de su hija.

—Claro, para nosotros es un honor tenerlo aquí.

—Paulo, ¿has mejorado tu técnica? —preguntó, mirando al rubio de cabello rapado, que seguía demasiado cerca de su hija.

—Sí señor, me estoy esforzando... —hablaba con seguridad.

—¿Te parece si iniciamos el juego? —intervino con la pregunta.

—Sí, será un honor. —Su orgullo se hinchó, porque mucho se hablaba de Samuel Garnett como capoeirista, pero ya era un hombre mayor que no contaba con la misma resistencia. Iba a demostrarle a Elizabeth que podía ser mejor que el padre.

—Chicos, empecemos —dijo el mestre.

En muy pocos minutos se formó la roda, al tiempo que Otavio se apoderaba del Berimbau y otros chicos se encargaron de darle vida a los demás instrumentos, e iniciaron con una *Quadra*.

Samuel se ubicó al lado del Berimbau y Paulo lo hizo frente a él.

El solista improvisó las cuatro estrofas y el coro respondió con el mismo refrán.

Samuel y Paulo entraron al juego, se saludaron e iniciaron en medio de las palmadas de la roda que los animaba.

Samuel no tuvo que hacer el mínimo esfuerzo, definitivamente Paulo estaba en un nivel muy bajo como capoeirista e hizo todo lo posible para no dejarlo en ridículo delante de los compañeros.

Paulo ponía todo su empeño por vencer al padre de Elizabeth, pero el hombre era más rápido que cualquier otro en la academia, ni siquiera la hija estaba a la altura; se daba cuenta que estaba haciendo un triste espectáculo y eso lo hacía sentir impotente.

Agradeció el momento en que terminaron el encuentro y le palmeó la espalda y le regaló una sonrisa.

—Solo mejorarás con la práctica. —Le dijo y se incorporó al círculo de personas, justo al lado de Elizabeth, quien lo miraba sonriente y con los ojos brillantes de orgullo.

Samuel se quedó hasta que Elizabeth terminó su encuentro, del que evidentemente salió victoriosa; su hija siempre demostraba que llevaba la capoeira en la sangre; sin embargo, le preocupaba los ataques violentos e intensos que se le escapaban.

Ya Otavio le había asegurado que no había puesto en práctica delante de los chicos ninguna técnica del juego duro, y que también iba a supervisar el juego de Elizabeth, por lo que mientras luchaba, ambos se miraron al notar en ella eso que lo tenía tan pensativo.

No quería preguntarle directamente, porque le saldría con alguna de sus mentiras, que él siempre le hacía creer que se las tragaba, por lo que prefería investigarlo por sus propios medios.

Se despidió con un beso y le dijo que la esperaba para almorzar, antes de salir del salón, vio en Priscila una actitud burlona hacia su hija; le dieron ganas de llevarse a Elizabeth, pero ya su hija no era una niña y estaba seguro de que sabría defenderse muy bien de esa chica, a la que al parecer, la estaba afectando la envidia.

Elizabeth, desde la roda, mientras seguía al coro, miró a su padre salir del salón, y después puso toda su atención en los capoeiristas que luchaban dentro del círculo.

En medio de su pasión perdía el rumbo del tiempo, cantaban alegremente y luchaba con todas sus ganas. Definitivamente, había extrañado mucho estar en la academia, porque allí estaba rodeada de hombres y mujeres con los que había crecido; era más que estar con amigos, era estar entre

hermanos.

El mestre dio por terminado el juego de ese día, la mayoría abandonó el salón casi de inmediato, mientras que Elizabeth caminó hasta donde había dejado su mochila en el suelo de parqué, donde se dejó caer sentada para buscar sus zapatillas deportivas y una camiseta blanca, a la que le había cortado las mangas y el cuello al mejor estilo de Cobra.

Sonrió al recordar que lo había hecho, porque tal vez, llevar las camisetas de esa manera, era la representación de una capoeirista invencible, que aunque le costaba admitirlo, era lo que significaba Cobra.

Se la puso para no quedarse solo con el *top* de *spandex* y mientras se ponía las zapatillas, Paulo se sentó frente a ella, aprovechando que el lugar estaba casi solo.

—Buen juego —dijo, metiéndole un mechón de pelo detrás de la oreja.

—Gracias, tú no estuviste tan mal.

—Por favor, hice el ridículo delante de tu padre —confesó, porque verdaderamente se sentía avergonzado.

—No es fácil luchar contra él... Se acostumbró al juego duro. —Se concentró en anudarse los cordones de sus zapatos.

Paulo le sostuvo la barbilla y se la elevó, sorprendiéndola con un beso, un tierno toque de labios, y ella se quedó inmóvil.

—Paulo, por favor —suplicó.

—Shhh, no digas nada. —Le pidió, sin soltarle la barbilla y volvió a besarla, pegando su frente a la de ella, mientras el corazón le retumbaba en el pecho.

—Paulo. —Un gran remolino de emociones la tenía prisionera, su cerebro le ordenaba que lo detuviera, pero sus labios disfrutaban de los besos, de esos gruesos labios dejándole caer tiernos toques—. Ya Paulo. —Le llevó las manos al pecho, alejándolo—. Entiende que no quiero lastimarte.

—Elizabeth, eso no lo decides tú. Si crees que vas a lastimarme, entonces hazlo, quiero que me lastimes... Así que no temas, arriésgate conmigo, dame una oportunidad —suplicó, tomándole una mano.

Elizabeth tiró del agarre, se levantó al tiempo que agarraba la mochila; entonces Paulo también se puso de pie.

—Pero sí puedo decidir si te doy una oportunidad, y realmente por ahora no quiero, Paulo... No voy a alimentar tus ilusiones, lo siento de verdad.

—Elizabeth, solo quiero pasarlo bien contigo, no tienes de qué preocuparte.

—Puedes pasarlo bien con Priscila, quien fue la que arruinó todo; seguramente no se negará a meterse en tu cama todas las veces que desees —dijo en voz baja, para que no escuchara uno de los chicos que llevaba uno de los instrumentos a la oficina de Otavio.

—Puedes olvidar lo que pasó con ella, pero no creo que sea la verdadera razón por la que me rechazas, solo la estás usando como excusa.

—No tengo que usar a nadie como excusa, Paulo... Siempre te dije que seríamos amigos, sí, podía existir la posibilidad de pasarlo bien, pero solo yo tengo derecho sobre mi cuerpo, soy quien decide con quién, cuándo y dónde tengo sexo. No me gusta que me presionen y es lo que estás haciendo... Me gustas, no lo niego, pero por ahora no está en mis planes tener sexo contigo, porque pasaste la barrera de lo que iba a permitirte —dijo sin pensar, sin tener ni un poco de tacto, solo expresó lo que sentía, porque él la tenía contra la pared. Odiaba a esos hombres que se creían con derecho sobre sus emociones y cuerpo, que sacaban suposiciones o pensaban por ella.

Salió caminando con rapidez, porque necesitaba alejarse de Paulo, estaba muy confundida; ni siquiera sabía por qué lo trataba de esa manera. Agradeció que él no la siguiera, llegó hasta su auto y se encontró con un papel doblado, aprisionado entre el parabrisas y el cristal.

Lo quitó con molestia y al mirarlo, se percató de que era una fotografía suya, que no recordaba habérsela tomado conscientemente; en la imagen se mostraba totalmente distraída, corriendo por Copacabana; sus manos empezaron a temblar al leer: «**Serás la próxima**», al pie de la fotografía.

Levantó la cabeza y miró a todos lados, mientras el corazón estaba a punto de ahogarla, los ojos se le llenaron de lágrimas y no podía controlar el temblor en sus manos, temía que las piernas no pudieran seguirla soportando.

Nunca en su vida había sentido tanto miedo. Quien le había tomado esa fotografía, lo hizo sin su consentimiento; solo podía pensar en el asesino en serie que estaba asediando a las mujeres en Río, tal vez la estaba siguiendo y podía estar cerca.

Necesitaba largarse de ese lugar, por lo que subió rápidamente al auto, dispuesta a buscar a su padre para enseñárselo. Sabía que no era mucho lo que podía conseguir, porque la amenaza estaba escrita a máquina.

Buscó en su mochila algo que le sirviera para preservar el papel, por si había huellas o algo que pudiese descubrirse en un laboratorio. Encontró una bolsa en la que guardaba algunas barritas energéticas, las dejó caer en el asiento y metió el papel.

Todo su cuerpo seguía temblando y no estaba segura si conseguiría conducir, pero debía hacerlo, porque lo último que haría era quedarse en ese lugar que estaba prácticamente desolado.

—¿Y si espero a Paulo? —Se preguntó con voz ahogada—. No, no puedo confiar en nadie, no puedo... —Sin embargo, su raciocinio le gritaba que Paulo no pudo haber dejado esa fotografía en su auto, porque estuvo con ella en todo momento.

Agarró varias bocanadas de aire para tratar de calmarse y encendió el auto, consiguió ponerlo en marcha y salir del lugar boscoso, miró a su derecha para incorporarse a la carretera, cuando vio a Priscila sentada en una banca, riendo junto a Celina.

—Hijas de puta —rugió molesta, pero también sintió un gran alivio al descubrir que ellas habían sido las responsables.

Al parecer, en sus planes no estaba dejar de hacerle la vida imposible, y cada vez sus ataques eran más serios.

No iba a darles el gusto de que la destruyeran, mucho menos les daría la importancia que esperaban conseguir, por lo que simuló no haberlas visto; se obligó a sonreír para parecer despreocupada y siguió con su camino.

Llegó a casa justo a tiempo para ducharse, ponerse algo cómodo y acompañar a sus padres a la clínica, para la cita médica de su madre. Se puso un vestido corto con estampados florales, unas sandalias sin tacón y se hizo una coleta alta.

Mientras iban en el auto pedía al cielo que lo de su madre no fuese grave, aunque verdaderamente no la había notado enferma, no podía asegurar que no tuviese algún mal.

De vez en cuando miraba a su padre, quien mientras se esforzaba por mantener una conversación animada, la manera en que no le soltaba la mano a su madre, dejaba claro que también estaba muy preocupado.

Al llegar a la clínica, sus padres pasaron a la consulta y a ella le tocó esperar. Necesitaba drenar un poco la angustia, por lo que buscó su iPad, y continuó con el libro que estaba leyendo, que la tenía totalmente atrapada; se hacía mil y una teoría, mientras leía las ideas no paraban de surgir y cuando creía tener la certeza sobre algo, el autor la sorprendía y se daba cuenta de que todas sus hipótesis se iban al diablo. Por eso su género literario favorito era la novela negra.

—Te dije que solo era un poco de cansancio —dijo Rachell.

Elizabeth se dio cuenta de que habían pasado más de una hora desde que sus padres habían entrado al consultorio. Se puso de pie inmediatamente con iPad en mano.

—¿Qué te ha dio el médico? —preguntó al ver a sus padres acercarse a ella.

—Nada, que estoy bien... Que mi agotamiento puede ser completamente normal y un pre síntoma de la menopausia. —La última palabra la dijo con desagrado.

—¿Pero te hicieron exámenes?

—Sí —intervino Samuel entregándole el sobre que contenía los resultados médicos—. Al parecer todo está bien, pero creo que debe repetirse las pruebas en Nueva York.

—Samuel, ¡por Dios! Estoy perfectamente, me siento muy bien —intervino Rachell.

—Bueno, bueno... No empiecen a discutir, si mamá dice que se siente bien, es porque así es —medió Elizabeth—. Mejor vamos a comer. ¿Algún sitio en especial, papá? —preguntó mientras guardaba el iPad en su bolso.

—No, elijan ustedes. —Le sujetó la mano a Rachell y empezaron a caminar.

—Algo que quede cerca —dijo Elizabeth.

—Vamos a L'Etoile —propuso Rachell, regalándole una sonrisa a su esposo.

—Vamos. —Correspondió a la sonrisa de su esposa, y le dio un beso en los labios.

CAPÍTULO 42

Elizabeth consiguió tener la tarde del sábado para ella sola, sin muchas preguntas por parte de sus padres; salió la de la casa de su abuelo y se encontró con Wagner en el mismo lugar de siempre. De ahí partieron rumbo a la favela.

Con cada visita se sentía más familiarizada, el temor se disipaba poco a poco y el trayecto se le hacía menos tortuoso. En el camino se encontraron con un grupo de turistas, entre los que destacaban italianos y alemanes, siendo guiados por dos chicos, con los que Wagner empezó a conversar con gran entusiasmo.

Los extranjeros la miraban fascinados y entre ellos hicieron varios comentarios vulgarmente sexuales en su idioma, refiriéndose a ella. La trataban de puta y uno alentaba al otro a que le ofreciera dinero para llevársela al hotel donde se hospedaban.

Wagner no podía escucharlos porque estaba hablando con los guías, mientras ella se mordía la lengua para no responder a los italianos, y se obligaba a mirar para otro lado. Los hijos de puta se creían con el derecho de humillarla solo por cómo andaba vestida.

Podía jurar que ni siquiera tenían la más remota idea de que el *top* de *spandex* y el pantalón a las caderas era su uniforme de capoeira; y aunque estuviese desnuda no tenían por qué levantar juicios en contra de una mujer.

Wagner se la presentó a los guías turísticos como su amiga y ella se esforzó por corresponderles con una sonrisa, ellos no tenían la culpa de la mentalidad del extranjero, sobre todo el europeo, que creía que toda mujer brasileña era puta.

Se despidieron y siguieron con su camino, pero ella no podía quedarse con las humillaciones, por lo que a los pocos pasos, regresó hasta donde estaban mostrándoles a los turistas las impresionantes vistas de La laguna Rodrigo Freitas, São Conrado, Leblon y toda la costa, mientras le contaban en inglés el origen del nombre de la favela.

—Elizabeth. —La llamó Wagner, sintiéndose confundido al verla caminar con decisión.

—Disculpen —intervino en perfecto italiano, mirando a los dos hombres que la habían insultado; ellos se mostraron sorprendidos—. Con respecto a su amena conversación de hace unos minutos, déjenme decirles que no soy una puta, no cobro por sexo; al contrario, lo tengo con quien quiero sin recibir un centavo, aunque eso para ustedes es lo mismo; inevitablemente soy presa de sus estúpidos estereotipos, ya que no importa lo que haga o cómo me vista, eso no cambia la mentalidad de dos medio hombres que necesitan andar por ahí, buscando y pagándole a mujeres que fingen orgasmos, que sencillamente ustedes no pueden provocar —dijo con total seguridad, y con toda su arrogancia les sacó ambos dedos medios de sus manos, al tiempo que daba pasos hacia atrás, alejándose y dejando anonadados al grupo de turistas junto a los guías, quienes no entendían la descarga de la amiga de Gavião.

Elizabeth se volvió sin bajar los dedos, no lo hizo hasta que estuvo una vez más al lado de Wagner.

—¿Qué fue eso? ¿Qué pasó? —preguntó, totalmente aturdido.

—Solo estaba poniendo en su lugar a un par de «viados». —Se refirió al término discriminatorio que se le daba a los homosexuales en portugués, mientras caminaba con la energía que la rabia le provocaba.

—¿Se propasaron contigo? ¿Por qué no me lo dijiste? —preguntó, deteniéndose, resuelto a devolverle para partirle la cara al hijo de puta que insultó a su chica.

—Porque sé perfectamente defenderme sola, ya pasó... Así que avanza. —Le dijo empujándolo, obligándolo a retomar su camino, porque lo que menos quería era involucrar a Wagner en una pelea.

—¿Qué te dijeron? —preguntó caminando y de vez en cuando miraba hacia atrás, con las ganas latentes de ir por los turistas.

—Ya no tiene caso, olvídale. —Elizabeth seguía caminando, ya conocía el camino, por lo que se le adelantó y cruzó a la derecha, adentrándose por uno de los callejones—. Hablemos de algo más agradable.

—No puedo pensar en algo agradable, porque solo estoy imaginando qué cosas te dijeron.

Elizabeth, quien iba unos pasos adelante, se volvió repentinamente, plantándosele en frente, y lo acorraló contra una de las paredes del angosto callejón.

—Te he dicho que no importa. —Le puso las manos sobre el pecho para inmovilizarlo, no podía evitar sentir ternura por la reacción de su amigo.

Él se llenó de valor y se aventuró a tomar entres sus manos el rostro de Elizabeth.

—No puedo restarle valor, porque me importa mucho... Entiéndelo —confesó, mirándola a los ojos con los latidos del corazón ahogándole la garganta.

—Pues no voy a permitir que vayas a buscar problemas por mi culpa —dijo sonriente al tiempo que se alejaba y un hombre de piel trigueña pasaba junto a ellos.

—Te falta astucia compañero —dijo en tono de broma, al ver que la chica se le escabullía y el pobre tonto no aprovechó el momento para besarla.

Elizabeth sonrió ante el comentario del hombre, que siguió con su camino.

—Vamos a llegar tarde a la roda. —Le recordó y reanudó el paso—. ¿Cómo está Pirata? —preguntó, intentando cambiar de tema.

—Bien, esta semana ya me ha destrozado dos pares de zapatos. —Le contó, tratando de recuperar el control y normalizar el pulso.

Elizabeth consiguió distraer a Wagner de lo sucedido minutos atrás con los turistas con una conversación más agradable.

Al llegar a la roda saludó a casi todos los compañeros, pero buscaba con la mirada a Cobra, mientras en su cuerpo se despertaban sensaciones extraordinarias, cosquillas, nervios, latidos desbocados, temblores y piel erizada, que se esforzaba por ocultar, pero al verlo se intensificaron; tanto, que hasta le era imposible dejar de sonreír como una tonta.

Él estaba con un pantalón de capoeira blanco y los rizos cobrizos le brillaban por el sol, mientras conversaba con otro chico, y ella suplicaba en silencio que la mirara, que no la ignorara tan duramente, porque deseaba captar su atención.

Sabía que él estaba al tanto de su presencia en ese lugar, pero al parecer no pretendía ni siquiera mirarla, entonces se esforzó por desviar su atención hacia los demás, porque Cobra no merecía que se desviviera por él.

Después de algunas conversaciones se inició la roda, que se llevó con la misma intensidad de siempre, en medio de una lucha animada por los corridos y las palabras soeces.

Cuando Cobra entró a la roda, ella sin pensarlo también lo hizo, muchos admiraban el valor en la chica que pretendía luchar contra el más violento y rápido de los capoeiristas.

Cobra negó ligeramente con la cabeza al tiempo que se mordía el labio, Elizabeth sabía que eso era una advertencia para que se retirara, pero no lo hizo, por el contrario, lo atacó.

Tener sexo con él no lo libraba de ser un contrincante, al contrario, contaba con la confianza suficiente para luchar con mayor dedicación.

Cobra esquivó en varias oportunidades los ataques de Elizabeth, permitiéndole al menos un minuto de resistencia. Cuando ya se cansó de simular que no encontraba cómo defenderse, le agarró una pierna y la lanzó al suelo; en medio del forcejo, la cabeza de él quedó entre los muslos de ella, con la barbilla apoyada sobre su monte de Venus.

Sonrió con malicia al recordar las veces que habían estado en la misma posición.

Le permitió que se liberara, para no comprometerla delante de los demás; ágilmente y en medio de una pirueta ella se levantó; estaba sonrojada, despeinada, sudada y sucia, pero sobre todo, molesta; y él adoraba ver ese brillo de ira en sus ojos.

No le dejó recobrar el aliento, cuando volvió a arremeter contra ella, acorralándola contra la barrera humana; pero odiaba que todos fueran hombres, ningún otro tenía el derecho de sentir el cuerpo de su mujer, por lo que la giró y volvió a plantarla contra el pavimento, en medio de la roda.

—Quieta..., quieta —dijo sofocado, mirándola a los ojos, mientras ella forcejaba—. Tranquila mariposa enfurecida. —Se moría por besarla y arrancarle la ropa, tal vez lo hubiese hecho si en ese momento no hubiera interferido otro contrincante.

Cobra perdió los estribos al ver que quien se interponía era Gavião, quien pretendía que él se quitara de encima de Elizabeth. Soltó a la mariposa, dejándola en el suelo y se volvió con la rabia descontrolada, lo empujó fuertemente contra los demás.

Era de esperarse que Gavião no se quedara tranquilo y correspondió al ataque de Cobra; se dieron varios golpes antes de que los demás, incluyendo a Elizabeth, los separaran.

—Cálmate, no es necesario que me defiendas —reprochó Elizabeth, empujando a Wagner fuera de la roda.

—Es un hijo de puta que no te muestra ni un poco de respeto, no se esfuerza por ser cuidadoso, sabiendo que eres mujer.

—No quiero que sea cuidadoso, no quiero que me traten con delicadeza por el simple hecho de ser mujer —acotó Elizabeth, mientras observaba el rostro y pecho enrojecido de Wagner, donde había recibido los golpes de Cobra—. Si vuelves a interferir mientras esté luchando, van a perderme el poco respeto que me he ganado.

—Lo siento, no pretendo que pierdas nada. —Se disculpó y le tomó la mano, halándola una vez más a la roda.

El juego siguió y Elizabeth participó una vez más. Gavião y Cobra también tuvieron su oportunidad para luchar por separado, pero en varias ocasiones se miraban y soltaban frases retadoras y vulgares.

La roda se rompió y Elizabeth caminó hasta el filtro con agua que siempre llevaban; le costó mucho acostumbrarse a beber de esa agua y de un vaso que usaban los demás, pero ante el calor y el agotamiento, ese líquido helado le sabía a gloria.

Después de beber, volvió a llenar el vaso y le ofreció a Wagner, quien se tomó todo de un solo trago.

—¿Quieres más? —preguntó, mientras volvía a llenar el vaso.

—No, gracias... Es suficiente.

Entonces ella aprovechó que había llenado el vaso y caminó hasta donde estaba el mestre y le brindó agua, él le dedicó lindas palabras de agradecimiento, lo que hizo que Elizabeth se sintiera muy bien.

Cuando el mestre terminó, le ofreció agua a otro y así lo hizo con dos más, hasta que llegó a su esperado objetivo.

—No hagas eso —dijo Cobra recibiendo el vaso, solo por no dejarla con la mano tendida—. No estás aquí para servirle a nadie, deja que cada quien se sirva su propia agua.

—No lo hago por servir, solo necesitaba acercarme a ti —dijo de espaldas a Wagner, pero de frente a Cobra—. No me tomaste en cuenta cuando llegué, supongo que... al menos merezco que me saludes.

—Si para hablarte tienes que servirme, prefiero seguir ignorándote... No quiero que me hables y deja el puto vaso sobre el filtro, no eres servicio de nadie. —Se la bebió de un trago, estaba dispuesto a devolverle el vaso, pero no lo hizo, caminó hasta el filtro y lo puso a un lado, dejando a Elizabeth

totalmente confundida y molesta.

No podía comprender qué le pasaba a Cobra, prefería mil veces a Alexandre.

Wagner estaba conversando con otro chico, que le hacía una invitación a un culto a los orixás, de la religión Candomblé a la que pertenecía. No había conseguido prestarle atención, porque estaba observando a Elizabeth ofrecerle agua a Cobra.

—No estoy seguro de poder asistir, pero te avisaré.

—Puedes llevar a tu novia —dijo y en ese momento Elizabeth miró hacia ellos, por lo que le hizo una seña para que se acercara.

Elizabeth, esforzándose por ocultar su molestia, atendió al llamado de Flávio y llegó hasta ellos, posándole una mano en el hombro a Wagner.

Sin perder tiempo Flávio le hizo la invitación y ella se mostró interesada en ir, porque verdaderamente sentía mucha curiosidad de esa religión, por lo que no desaprovechó la oportunidad de hacer algunas preguntas que amablemente Flávio respondió, con eso aumentó su interés.

—¿Nos vamos? —propuso Wagner, echando un vistazo hacia donde estaba Cobra, y lo descubrió mirando no hacia ellos, sino exclusivamente hacia Elizabeth.

—Sí. —Elizabeth asintió—. Es hora de irnos.

En ese momento Gavião le sujetó la mano, entrelazando sus dedos, a ella no le agradó que lo hiciera, pero como estaba realmente molesta con Cobra, se aferró al agarre, porque necesitaba desesperadamente despertar celos en ese hombre; ni siquiera podía pensar que solo estaba utilizando a su amigo.

Tomados de la mano salieron, él la guio para que bajaran las escaleras, para evitar que tropezara en la oscuridad que se hacía más aguda después de estar bajo el intenso sol.

Cuando volvieron a salir a la claridad, Elizabeth soltó la mano de Wagner, usando como excusa rearmarse la cola de caballo, para que no se sintiera rechazado de una forma tan brusca.

En su andar por las calles de Rocinha, conversaban sobre la invitación que Flávio les había hecho a la fiesta de los orixás, según él, en un ritual que habían hecho unos días atrás, Wagner había sido elegido y por eso requerían de su presencia.

—Realmente no me interesa asistir, el Candomblé no es lo mío, no soy creyente de nada de lo que tenga que ver con esa religión —confesó, poniéndose la camiseta.

—Tampoco es de mi interés, pero sí me gustaría asistir... No sé, es simple curiosidad —dijo observando cómo el pómulo izquierdo de Wagner estaba rojo e hinchado, por uno de los tantos golpes que Cobra le había dado.

—Recuerda que la curiosidad mató al gato.

—Pero murió sabiendo. —Sonrió pinchándole un costado, provocándole cosquillas y él le devolvió el gesto.

—Voy a pensarlo y solo porque quieres asistir.

—No tienes ni que pensarlo, solo vamos a una fiesta de los orixá... Supongo que tengo que vestirme de blanco. Tengo un montón de vestidos blancos por estrenar... —dijo, emocionada.

—Creo que estás confundiendo un poco el sentido de la fiesta, ni siquiera sabemos cómo debemos ir vestidos, no es del tipo de fiesta blanca a la que estás acostumbrada. —Le recordó, riendo.

—Tienes razón, pero eso podemos preguntárselo a Flávio.

—Lo haremos, pero aún no estoy seguro de ir.

—Por favor Wagner. —Hizo un puchero y se le colgó del brazo, mientras caminaban calle abajo.

—No quiero exponerte, ya es suficiente con traerte a la favela —dijo enseriándose.

—No creo que sea peligroso, ya conocemos a Flávio... Parece buena persona.

—Voy a asegurarme primero qué tan fiable es y después tomo una decisión.

—Bien, lo acepto... —Volvió a mirarlo con angustia, porque el golpe en su pómulo cada vez

estaba peor—. Creo que debes ponerte un poco de hielo... Tendrás problemas con tus padres si te ven llegar así —confesó, torciendo un poco la boca en un gesto de preocupación.

—Lo haré en cuanto llegue a Leblon, la hinchazón baja rápido.

—No debiste interferir... Cobra es... es muy agresivo —resopló con cierta molestia en su voz.

—Lo volvería hacer mil veces si es por defenderte... Me haría asesinar por ti, Elizabeth. —Suavizó la voz mirándola a los ojos, y vio cómo ella tragaba en seco; sin duda alguna la había incomodado—. Eres mi responsabilidad —completó para restarle intensidad a sus palabras.

—No soy tu responsabilidad... Tengo autonomía para tomar mis propias decisiones y elegir mis batallas.

—No quieres entenderlo Elizabeth. —Negó con la cabeza y se obligaba a sonreír.

Salieron a la vía Ápia, la calle principal, donde había uno de los tantos mercados que tenía la favela, pero especialmente, en este resaltaba la parte gastronómica.

Los habitantes de Rocinha tenían todo en el mismo lugar: comercios, restaurantes, escuelas, bancos, ómnibus de línea y hasta dispensarios. Era como una pequeña ciudad dentro de una gran ciudad, como lo era Río de Janeiro; muchos de los nacidos en esa favela, podían pasar años sin salir de Rocinha, porque todo lo tenían allí.

—Ya que estás tan interesada, hoy por la noche harán una fiesta de forró en esta calle. ¿Quieres venir? —preguntó, atento a la reacción de Elizabeth.

—¡Me encantaría! —dijo emocionada—. No sé cómo haré para que no se enteren en casa, pero vendré.

—Elizabeth, no lo dije en serio. —Se carcajeó divertido, sin poder creer en el entusiasmo que ella mostraba.

—No juegues con mis sentimientos, tonto. —Le golpeó un hombro.

—Estoy pensando seriamente que en ti reencarnó alguna habitante de Rocinha.

—Simplemente quiero descubrir nuevas experiencias... He llegado a un punto en mi vida en que he conocido casi todo, no quiero perderme nada... Si muero, es lo único que me llevaré.

—Es preferible que empieces por vivir las experiencias menos peligrosas, las fiestas de las favelas, en su mayoría, son organizadas por narcotraficantes —dijo en voz baja.

—¿Y acaso no son tus amigos? Te vi muy amigable con ellos cuando fuimos a pagarles.

—No son mis amigos, solo me aseguro de que no nos pase nada malo, aunque Rocinha sigue riéndose por ellos y aseguren que si alguien llega a robarnos le darán un castigo mucho peor de lo que lo podría hacer la policía, yo pienso que lo mejor es no fiarnos —susurró, halándola de la mano.

Llegaron a la parada de taxis y Wagner decidió cambiar de tema y no nombrar nada de narcotraficantes delante del taxista.

Al llegar a Leblon se acercaron hasta el quiosco del Mirante y se ubicaron en una mesa.

Wagner pidió dos botellas de agua y un poco de hielo para el golpe en el pómulo.

—No te lo pongas directo a la piel, te va a quemar. —Lo reprendió Elizabeth, al ver que se colocaba el cubo de hielo sobre la protuberancia. Buscó dentro de su mochila un pañuelo para envolver el hielo—. Déjame ayudarte.

—Gracias. —Wagner la miraba a los ojos, sintiéndose fascinado de que se preocupara por él.

Elizabeth solo sonrió y de vez en cuando miraba a su alrededor, para ver si Cobra los había seguido, pero por más que lo buscó, no lo halló.

Después de media hora, el golpe en Wagner había disminuido, por lo que estuvieron de acuerdo en que era hora de despedirse.

Él subió a un taxi y ella se fue caminando, para llegar al ático de sus primas, donde pasaría esa noche. Caminaba lentamente, esperando que Cobra la sorprendiera, como había hecho ocho días atrás.

Casi que contaba los pasos y lo buscaba con la mirada, pero cuando por fin llegó al edificio, perdió totalmente las esperanzas. No le quedó más que entrar y hacerse a la idea de que esa tarde no la pasaría con Alexandre.

Cuando llegó al ático, pasó directo a su habitación, buscó en su mochila el teléfono y ni siquiera por ese medio se había comunicado con ella. Nunca antes había sentido tanta molestia.

Buscó su número, dispuesta a llamarlo, pero su orgullo no se lo permitió; quiso escribirle pero su honor una vez más la salvaba, al final lanzó el teléfono a la cama y se fue al baño, para darse una buena ducha.

Al salir ni una respuesta, Cobra seguía sin comunicarse con ella, eso la decepcionó aún más.

No iba a humillarse, no iba a escribirle ni iba a hablarle más. Al fin y al cabo no era un hombre que mereciera ni un poco su atención.

Se acostó a ver televisión, como no lo había hecho en mucho tiempo, y cuando sus primas llegaron por la noche, le propusieron salir a divertirse, por lo que se fueron a una discoteca, bailaron y bebieron por muchas horas.

Borrachas se rieron de varias tonterías y regresaron por la madrugada al ático, donde las tres quedaron dormidas en la cama de Helena.

CAPÍTULO 43

El sonido ahogado del teléfono la rescató del casi estado de coma en el que la había dejado la borrachera, tan solo fue consciente de que seguía respirando, cuando un maldito enjambre de abejas cobró vida en su cabeza.

—¡Oh por Dios! —dijo con voz ronca, tratando de elevar la cabeza, pero solo lo hizo pocos centímetros y volvió a dejarla caer pesadamente en el colchón, mientras sentía que algo la ahogaba —. Ya voy, ya voy maldita sea —dijo con fastidio como si la persona que estuviese llamándola pudiera escucharla.

Volvió a abrir los ojos, encontrándose con un brazo sobre sus senos y una pierna sobre su vientre, no podía saber a cuál de las gemelas pertenecían las extremidades, porque solo veía una bola de estopa rojiza sobre su hombro; apartó tanto cabello desordenado, encontrándose con Helena totalmente dormida, mientras el teléfono seguía sonando.

En ese momento daría su vida por seguir durmiendo, pero quien llamaba no se cansaba de molestar, hizo a un lado a su prima y se levantó.

—Aún por mis venas corre más alcohol que sangre. —Se dijo sosteniéndose la cabeza, porque todavía estaba mareada.

La minifalda se le había subido a la cintura, pero no se preocupó en absoluto por bajársela.

Estaba segura de que no conseguía caminar en línea recta, tampoco podía encontrar su cartera, de donde provenía el fastidioso repique.

—¡Apaga esa maldita cosa! —exigió Hera, más dormida que despierta, al tiempo que halaba la sábana y se cubría el rostro.

—No lo encuentro —respondió Elizabeth, arrastrando los pies adoloridos por abusar de las horas de baile con sus exagerados tacones.

Por fin vio su cartera tirada al lado del sofá, que estaba justo en la entrada de la habitación, la recogió y sacó el teléfono.

Resopló al ver que quien la llamada era Violet, sin dudas, un teléfono era el peor regalo que su padre le había hecho a su hermanita.

Estaba segura que si no le contestaba no dejaría de llamar, fácilmente podría hacerlo todo el día, hasta que le atendiera.

—¿Qué quieres enana? —preguntó al tiempo que salía de la habitación, para no incomodar a sus primas.

—Eli, te estoy esperando, se hace tarde. —Le reprochó con energía, demostrando que estaba molesta por haberse tardado tanto en contestarle.

—¿Tarde para qué? —preguntó entrando a su habitación y caminó hasta el baño; necesitaba lavarse la boca, porque todavía podía saborear la Krug, que posiblemente mezcló con algún otro licor en medio de la borrachera.

—Para mi clase de surf, recuerda que hoy me llevarás a Leme.

Elizabeth sintió que el dolor de cabeza se le intensificó ante el recordatorio de su hermanita.

—Violet, creo que hoy no podrá ser...

—¡Eli! Sí, hoy sí... Alexandre debe estar esperando. Prometiste que me llevarías —reclamó, alterándose.

—No, yo no te lo prometí, pero si tanto quieres ir, dile a Oscar que te lleve. —De manera inevitable pagaba la rabia que sentía hacia Cobra con su pequeña hermana.

Se miró al espejo, encontrándose que estaba hecha un desastre, tenía el maquillaje corrido y el

cabello despeinado, miró su falda, y con la mano libre empezó a bajársela.

—¡Sí, me lo prometiste! —Se echó a llorar como la niña consentida que era—. Alexandre me está esperando.

—¡Alexandre no va! No te enseñará nada... Entiéndelo.

Elizabeth estaba segura de que así como Cobra no había aparecido el día de ayer, después de que abandonara la favela, no iba a presentarse en Leme, porque sencillamente estaba molesto. Lo que él no sabía era que ella estaba putamente enfurecida, y lo peor de todo, ni ella misma lograba comprender ese sentimiento hacia un pobretón.

Violet empezó a llorar con más intensidad y balbuceaba cosas que Elizabeth no conseguía entender, tal vez porque aún el licor la tenía aturdida. Se arrepintió de romper las ilusiones de su hermana de esa manera.

—Violet..., enana —hablaba para captar la atención de la llorona al otro lado—. Está bien, está bien... Voy a llevarte —suspiró.

—Me portaré bien —hipó, mostrándose feliz de haber conseguido el objetivo.

—Sé que te portarás muy bien —dijo, sonriente.

Estaba segura de que Cobra no iría, así que no tenía nada por lo que preocuparse; igual ella le enseñaría a su hermanita y lo pasarían muy bien juntas.

—Voy a ducharme, no tardes.

—Está bien, no pienso tardar. —Terminó la llamada y dejó el teléfono sobre la encimera de mármol del lavabo.

Se llevó las manos a la cabeza y observó atentamente su cara de trasnochada. Debía borrarla a como diera lugar.

Se desnudó y entró a la ducha, usó mil y un artículo de baño, que eliminaran el olor a alcohol, porque estaba segura que le salía por cada poro de la piel.

Al salir de la ducha, se lavó los dientes e hizo gárgaras con enjuague bucal en varias oportunidades.

Lo que menos deseaba era ir a la playa, solo quería seguir durmiendo, pero sus padres le habían regalado una hermanita demasiado exigente, y como si eso no fuera suficiente, estaban buscando otro hijo.

Fue en ese momento que cayó en cuenta de que su madre ya debía estar embarazada, y regresaron de Maranhão porque estaba presentando los síntomas.

—Creo que ahora sí voy a independizarme —murmuró de camino al vestidor, envuelta en un albornoz.

Ya vestida y con un maquillaje sencillo que disimulaba las ojeras, bajó a la cocina y se preparó un jugo de tomate, zanahoria, naranja y banana, para aumentar el potasio y recuperar un poco de energía.

Cuando salió del ático, sus primas aún seguían durmiendo; sabía que no iban a despertar por lo menos hasta después de la hora del almuerzo.

En la casa de su abuelo encontró a sus padres de salida, iban a la casa de su tío Thiago, quien los había invitado a un churrasco.

Se acercó y le dio un beso en los labios a su padre, como había acostumbrado desde niña, implorando que no se percatara de que la noche anterior había bebido más de la cuenta.

Se apresuró para darle un abrazo a su madre, quien lucía hermosa con esa falda blanca y la camiseta color salmón, que le hacía resaltar los senos que se había operado cinco años atrás, al mismo tiempo que lo hizo ella.

A sus dieciocho años no se sentía satisfecha con su tamaño, eran muy pequeños y no armonizaban con su culo, por lo que se aumentó un par de tallas.

Al parecer, sus padres iban tarde, porque no perdieron el tiempo en caminar hacia el estacionamiento; ella subió las escaleras y sin anunciarse entró en la habitación que compartía con su hermanita, encontrándosela frente a la peinadora, intentando hacerse una trenza.

—¡Eli! ¡Te has tardado...! —dijo mirándola a través del espejo.

—Había mucho tráfico —mintió y se acercó a ella—. Déjame ayudarte.

—No, yo me la termino... Mejor ve a cambiarte.

—No tengo que cambiarme, iré así. —Le comunicó, echando un vistazo a su vestimenta.

—Te he preparado la ropa.

Elizabeth miró sobre la cama, donde estaba un vestido igual al que ella llevaba puesto y un bikini que podía jurar era idéntico al que también usaba. No le extrañó para nada, porque siempre se habían vestido iguales; algunas veces su madre también lo hacía igual que ellas.

—Violet..., me da pereza cambiarme.

—Eli, ni siquiera traes puesto traje de baño.

—Está bien. —Se dio por vencida y caminó hasta la cama, recogió la ropa y se fue al vestidor.

Sabía que todo ese circo era en vano, porque Cobra no aparecería.

Subieron al auto de Elizabeth e inmediatamente Violet se apoderó de la radio, poniendo la música que más le gustaba y empezó a cantar a viva voz, demostrando que estaba muy feliz de poder ir a la playa.

Elizabeth la miraba de reojo y sonreía divertida, hasta que se contagió de la energía de su hermanita y también empezó a cantar una de las canciones del momento en Brasil; aunque Violet dominaba más el inglés, le encantaba cantar en portugués.

Elizabeth se estacionó y bajó llevando el bolso que Violet había preparado con un montón de golosinas, que fácilmente podrían durar un año; además de bloqueador solar, cangas para ambas y otras cosas que serían totalmente innecesarias.

Se aferró a la mano de su hermana mayor para cruzar la calle, era una costumbre que su padre le había inculcado.

En la arena blanca que caracterizaba a Leme, decidieron quitarse las Havaianas y llevarlas en las manos. Inevitablemente el corazón de Elizabeth se aceleró al ver que Cobra estaba sentado en la orilla, mirando a la playa, de espalda a ellas. Imposible no reconocer esos rizos que la brisa mecía y esa musculosa espalda con la ondeante cobra tatuada.

—Te dije que me estaría esperando —dijo Violet con una gran sonrisa de satisfacción. Se soltó de la mano de Elizabeth y se echó a correr—. ¡Alexandre! —Lo llamó.

—Violet, espera —suplicó Elizabeth en voz baja, con el corazón desbocado y las malditas mariposas aleteando enloquecidas en su estómago. Suponía que esa emoción que sentía y que no quería reconocer, se debía a que de manera inevitable, tener sexo con ese hombre despertaba más que solo sensaciones.

Alexandre al escuchar a Violet, se levantó y recogió la pequeña tabla de surf que había comprado.

—¡Hola! ¿Te he hecho esperar mucho? —saludó y preguntó con la voz agitada, por el esfuerzo que significaba correr en la arena de playa, y su mirada se desvió a la tabla que estaba en la mano de Alexandre.

—Hola, no mucho... Solo unos minutos —dijo, desviando la mirada de la niña a Elizabeth, quien estaba a pocos pasos, percatándose de que ambas vestían igual.

—Lo siento, fue por Eli... Ella tardó más de la cuenta. —Se excusó echándole toda la culpa a su hermana.

—No te preocupes... Toma... Es para ti —dijo, ofreciéndole la pequeña tabla, que sin dudas dominaría mejor.

—¿En serio?! —preguntó emocionada, sin poder cerrar la boca.

—Sí.

—¿Tengo que pagártela? —preguntó torciendo un poco la boca, porque estaba segura de que no había traído dinero.

—No, es un regalo.

—¡Gracias! Es asombrosa... —dijo súper feliz—. Son mis colores preferidos. —No lo podía creer, era rosada y morada—. ¿Cómo supiste que eran mis colores preferidos?

—Lo imaginé —dijo sonriendo, realmente suponía que a todas las niñas, o en su mayoría, les gustaba exactamente esa combinación de colores.

—¿Puedo darte un abrazo de agradecimiento? —pidió permiso con el pecho hinchado de felicidad.

Cobra no sabía qué decir a eso, no estaba preparado para recibir una muestra tan afectiva; sin embargo, no iba a rechazar la inocencia de Violet.

—Sí —dijo y se acuclilló para estar a la altura de ella, quien dejó caer la tabla y se le lanzó a los brazos.

—Gracias, gracias... Es el mejor regalo que me han dado en estas vacaciones —dijo, cerrándole el cuello con los brazos.

Cobra correspondió al abrazo, mientras miraba a Elizabeth, quien estaba paraba justo en frente.

Elizabeth luchaba por mostrarse indiferente, era lo menos que se merecía, después de que fuera tan grosero con ella en la favela y desapareciera, pero no pudo contener la sonrisa al presenciar una escena realmente tierna.

Cobra estaba nervioso por la reacción tan espontánea de Violet; no obstante, la mirada que le dedicaba a ella, la estaba desnudando.

Su hermanita rompió el abrazo y recogió la tabla, para mostrársela.

—Eli, mira... Mira qué fabulosa es mi tabla. Es la tabla de surf más bella que pueda existir, y Alexandre adivinó mis colores preferidos. —Violet estaba totalmente sonrojada por la emoción.

—Es muy linda —dijo sonriente. No podía decir más, porque ese hombre con su mirada tan ardiente, había despertado todas sus terminaciones nerviosas.

—Hola Elizabeth —saludó Cobra, acercándose y plantándole un beso en cada mejilla, simplemente como los conocidos que eran delante de la niña.

—Hola Alexandre... —Se aclaró la garganta y retrocedió un paso. Se acuclilló para dejar el bolso sobre la arena, tratando con todas sus fuerzas de que su mirada no se fijara en el sunga azul rey que él llevaba puesto.

Contaba mentalmente para poner su atención en cualquier cosa, menos en mirar a Cobra del torso para abajo.

—Necesito probarla —dijo Violet quitándose el vestido y lo lanzó sobre el bolso, del que Elizabeth sacaba los cangas.

—Espera, Violet. —La detuvo cuando corría hacia la playa.

—Solo quiero jugar en la orilla.

—Déjala —dijo Cobra acuclillándose frente a ella.

—Es mi responsabilidad.

—Lo sé, pero no le pasará nada malo, dale un poco de libertad.

Elizabeth miró a su hermanita, quien esperaba impaciente el permiso.

—Solo en la orilla. —Le advirtió.

Violet asintió y salió corriendo hacia el agua con la tabla de surf en mano.

Elizabeth sonrió al verla chapotear en el agua y después desvió la mirada hacia Cobra, se lo encontró observándola; le sostuvo la mirada por varios segundos, pero al final la bajó al bolso, segura de que él seguía mirándola.

—Déjame ayudarte —dijo, intentando quitarle un canga de la mano.

—No quiero tu ayuda. —Retuvo la prenda.

—Pero yo quiero hacerlo. —Tiró con más fuerza, y sin que se lo esperara, Elizabeth lo soltó, provocando que cayera de culo sobre la arena.

—«Ouch» —dijo, controlando la carcajada que se le arremolinaba en la garganta y fingiendo mucha seriedad.

Cobra no dijo nada, solo se levantó y acomodó el canga, que Elizabeth aprovechó para pisar con el bolso y así evitar que el viento se lo llevara.

—Sé que debes estar molesta conmigo... —Cobra intentó iniciar una conversación.

—No quiero hablar del tema ahora... Voy a ver a mi hermana. —Se levantó y se quitó el sencillo vestido que llevaba puesto, quedando con un mini bikini, en el mismo estampado del traje de baño de Violet.

Miró cómo Cobra se reacomodaba o acunaba el pene por encima del sunga, bendita costumbre que siempre le atraía la mirada.

—¿Acaso te incomoda? —preguntó, soltándose uno de los lazos de las caderas y se lo volvió a atar.

—No, no me incomoda, realmente me excita verte con tan poca tela, así que no te alarmes por las consecuencias que desaten tus provocaciones —declaró, mirándola de arriba abajo.

—Lo siento, hoy te vas a quedar con las ganas. —Sin esperar respuesta, caminó hacia la playa.

—No solo a mí me atormentan las ganas. —La siguió hasta caminar a su lado—. Tus pezones te delatan. —Suavizó la voz, hasta convertirla en un estallido de seducción—. Es una pena para ti que se la lleven tan bien con mi boca. —Se adelantó, dejándola con cada poro de la piel erizado.

Elizabeth resopló, sintiéndose enfurecida y excitada; definitivamente, no conseguía ganarle una a Cobra.

—Alexandre, aprovechemos las olas, se están pasando —habló Violet, agitada por el agotamiento que le provocaba estar jugueteando en el agua.

—Estoy seguro de que habrán suficientes olas para que practiques —contestó sonriente—. ¿Estás preparada?

—Sí —asintió con contundencia, poniéndose detrás de la oreja los mechones de pelo mojado que parecían las colas de las ratas.

—¿Segura? —preguntó sonriente, agarrando la pequeña tabla de surf.

—Muy segura.

—Entonces avancemos. —Miró a Elizabeth, quien llegaba en ese momento.

—Ven aquí enana. —Elizabeth la cargó, para poder adentrarla un poco más al océano.

Una vez más se inició la clase de surf, Violet logró dominar con mayor facilidad la técnica, porque ya contaba con la práctica anterior y que esa vez la tabla era mucho más pequeña, lo que la llenaba más de confianza.

Consiguió ponerse en pie sobre la tabla y dejar que la ola se la llevara. La felicidad ante ese logro era indescriptible y no salió del agua hasta conseguir hacerlo en tres oportunidades.

Regresaron a la orilla, donde estaba el canga y el bolso, y se sentaron a tomar un poco de sol.

—Violet, ven para aplicarte protector —dijo Elizabeth, a quien se le había olvidado hacerlo antes.

La niña se sentó frente a ella para que le aplicara la crema. Se puso a rebuscar en el bolso algunas de las golosinas que había llevado, porque estaba hambrienta, siempre que iba a la playa le pasaba lo mismo.

Elizabeth terminó con Violet, mientras ella seguía comiendo unas galletas, por lo que empezó a echarse ella misma el protector.

—¿Te ayudo? —preguntó Cobra.

—Por favor. —Le ofreció el envase, se acostó boca abajo sobre la tela y se soltó los lazos de la parte superior de su bikini.

Las manos grandes y algo rústicas de Cobra, untadas con crema, se pasearon con destreza sobre su cuerpo.

Él conversaba con Violet, tratando de poner toda su atención a lo que le decía la niña, y aprovechaba para bajar por la espalda de Elizabeth hasta llegar a las nalgas, mientras se obligaba a no mirarlas, para que lo que debía ser una simple tarea, no lo dejara como un pervertido delante de la menor.

Elizabeth intentaba también hablar con Violet, pero no podía ignorar que esas manos que recorrían toda su piel, la tenían totalmente excitada.

Conversaron por mucho tiempo sobre técnicas de surf y otras tantas tonterías.

—Violet, ¿quieres pescar? —preguntó él, con ganas de hacerle pasar un rato agradable a la hermanita de Elizabeth.

—No inventes Alexandre —intervino Elizabeth, que gracias a las horas compartidas, podía mostrar más confianza.

—Ay Eli... Sí, me encantaría. Quiero hacerlo.

—Entonces vamos al paseo. —Se levantó y recogió la tabla de surf de Violet.

La niña se levantó y empezó a guardar con rapidez todas las cosas dentro del bolso, mientras Elizabeth se ataba la parte superior del bikini; al terminar, se levantó y agarró el canga en el que estaba acostada, lo sacudió y se lo ató a la cintura.

Caminaron pocos metros hasta donde estaban los restaurantes y un quisco de alquiler de cañas de pescar al pie del Morro.

Elizabeth y Violet compraron algunas bebidas refrescantes, mientras Cobra alquilaba la caña.

Se dirigieron al camino de pescadores casi al final.

Violet admiraba fascinada cómo el agua se estrellaba fuertemente contra las piedras, al tiempo que Cobra armaba la caña, lo que hizo muy rápido y le explicó a la niña cómo debía usarla.

—No te acerques mucho a la barrera —pidió Elizabeth, manteniendo distancia, porque le temía a ese lugar—. Me pone nerviosa verla tan cerca —aseguró, mirando a Cobra.

—Es seguro, tranquila.

Lanzaron el anzuelo y Violet estaba ansiosa por pescar, decía que atraparía a un pez muy grande, tal vez un tiburón, por lo que Elizabeth reía ante la inocencia de la pequeña.

Cobra se alejó algunos pasos de Violet para estar más cerca de Elizabeth, quien estaba casi pegada contra el Morro de grafito.

—No me has dicho cómo te fue en la academia. —Le comentó, observando atentamente a Violet.

—Más o menos, pero no debería contarte, porque ayer fuiste muy grosero conmigo.

—Dije que no podía dejarte ganar, si algún día me ganas en una roda, será porque lo haces de verdad...

—No me refiero a eso, sé que tu insuperable orgullo de capoeirista no permitirá que una *patricinha* te someta... Solo te ofrecí un poco de agua, porque quería hablar contigo.

—Si deseas hablar conmigo delante de los demás, hazlo... No busques excusas para hacerlo. No es necesario que les sirvas a los demás para llegar a mí. —Admiró el perfil de Elizabeth, quien estaba atenta a su hermana, pero también a la conversación—. Dices que quieres que te vean como a una capoeirista y no como a una mujer más, quieres estar a la par de ellos, pero jamás verás a ninguno sirviéndole agua a otro. Eso te pone muy por debajo... Pierdes totalmente el respeto. Me molestó ver cómo tú misma tirabas a la mierda el respeto que con tanto esfuerzo has conseguido, y no quiero ser el culpable de eso.

—Hablas de todo eso, de todo el respeto que me he ganado, pero me ridiculizas cada vez que

luchamos.

—No te ridiculizo, lucho contigo, eso es lo que hago.

—¿Por qué tengo que ser yo quien te hable? ¿Acaso te rebaja dar el primer paso?

—Ya te he dicho que no me importa en absoluto gritarle a los cuatro vientos que eres mi mujer...

—No soy tu mujer —intervino, desviando la mirada hacia él.

—En este momento lo eres, cuando estás bajo mi cuerpo y en mi cama lo eres..., cada vez que te miro lo eres... Aun tomada de la mano de Gavião eres mi mujer, Elizabeth, pero no quiero meterte en problemas. No puedo hablarte en la roda, porque tendrías que darle explicaciones al títere que se llena la boca diciendo que es tu novio.

Elizabeth guardó silencio, repasando mentalmente cada una de las palabras de Cobra, que provocaron que la respiración se le acelerara.

—No fue para nada bien en la academia —dijo al fin, volviendo al inicio de la conversación, porque no encontraba respuesta a todo lo que él le había dicho—. Priscila regresó.

—¿Volvió a golpearte? —preguntó, adelantándose.

—No... Sé que es una tontería... —Soltó una risa cargada de nervios, queriendo restarle importancia a lo que había pasado.

—Cuéntame, por muy tonto que haya sido, quiero saberlo.

—En la academia todo fue normal, el mestre hasta nos hizo darnos las manos en señal de unión y paz; sin embargo, cuando salí, encontré en el parabrisas de mi auto una fotografía mía, que no sé en qué momento me la hicieron, y estaba escrito que sería la próxima.

La mirada de Cobra cambió, no sabía si estaba molesto o nervioso.

—Realmente es una tontería, un juego... Priscila solo es una estúpida.

—¿Estás segura que eso lo hizo ella? Porque eso no es un juego... Maldita sea, no lo es —rugió, molesto.

—Sí, bueno... Segura, segura no estoy, pero cuando salí a la carretera, la vi sentada en una banca, riéndose con otras chicas. A lo mejor ni fue ella quien me jugó esa broma... Espera un momento... ¿Cómo sabes de qué estoy hablando? —interrogó inmediatamente.

—Hablas del asesino, ¿cómo no saberlo? —Se alejó un par de pasos de ella, para ir hasta donde Violet—. Es noticia todo el tiempo, lo relacioné por lo de la fotografía.

Elizabeth quedó totalmente muda, y una vez más, el corazón se le aceleraba por el miedo, al revivir el instante en que encontró esa fotografía en el parabrisas de su auto.

—¿Cómo vas con la pesca? —Le preguntó Cobra a Violet.

—Nada, ningún pez cae en el anzuelo. ¿Crees que debemos cambiarlo por otro? Quizá el rojo llame más la atención de los peces.

—Esperemos cinco minutos más con el azul, debes tener un poco de paciencia, pero si no cae ninguno, lo cambiaremos por el rojo, ¿te parece? —Le preguntó, mirándola a los ojos.

—Sí, me parece —asintió y le sonrió. Le gustaba mucho la manera en que la trataba Alexandre, muchas veces le recordaba a la forma de ser de su padre, cosa distinta con Wagner, con él se sintió bien, pero era más como un amigo.

Cobra asintió de acuerdo con ella y regresó a donde estaba Elizabeth.

—¿Le has mostrado esa foto a alguien más? —Se percató de que Elizabeth estaba nerviosa y se moría por abrazarla y hacerla sentir segura.

Ella estaba con la mirada perdida al frente, mientras la brisa le movía los cabellos. Negó lentamente con la cabeza.

—¿Conservas la fotografía?

—Sí, la tengo en mi auto.

—Debes poner la denuncia.

—Solo es un juego de Priscila, quiere asustarme —dijo con la voz un poco ronca por los nervios que casi no podía controlar.

—¿Estás segura de eso? ¿Estás segura de que fue ella?

—Alexandre... —Volvió su mirada hacia él—. No me asustes, porque si lo haces solo conseguirás que corra en este instante y suba al primer avión de regreso a Nueva York... Y sinceramente no quiero irme, no por ahora.

A él no le importó en lo más mínimo que Violet estuviese a pocos pasos de ellos para tomar el rostro de Elizabeth entre sus manos y plantarle un beso en los labios.

—No te vayas —susurró contra los labios, pegando su frente y nariz a la de ella—. No te vayas... Juro que te protegeré, juro apartar de tu vida cualquier amenaza.

—Tengo miedo de que no puedas hacerlo. Dime que solo es un juego de Priscila. —Se alejó, sin desviar su mirada de los ojos grises.

—Si te hace sentir más tranquila que te diga que es un juego de esa piraña, lo es... Es un maldito juego de muy mal gusto, pero quiero que me entregues la foto.

Elizabeth asintió y se mordió el labio, sin conseguir que los latidos de su corazón disminuyeran.

—¡Alexandre! Creo que atrapé uno —gritó una emocionada Violet, sosteniendo con firmeza la caña de pescar.

Cobra respiró profundo y se apresuró para llegar hasta la niña; ciertamente, había atrapado un pez, y al parecer era algo grande, porque tuvo que quitarle la caña y hacer fuerza para poder sacar del agua a la presa.

—¡Es gigante! —celebró Violet aplaudiendo, al ver cómo el pez se agitaba en el aire, una vez que Alexandre consiguió sacarlo del agua—. ¡Mira, Eli!

Elizabeth trataba de sonreír ante el logro de su hermanita.

—¿Qué haremos con él? Todavía está vivo. —Veía cómo Alexandre le quitaba el anzuelo.

—Puedes prepararlo para la cena.

—Ay no, pobrecito... No me lo quiero comer, ¿si lo regresamos al agua sobrevivirá?

—Sí, seguro que sí —dijo, luchando con el pez que se movía enérgicamente—. ¿Quieres regresarlo?

—Sí, no quiero que muera —dijo con pesar, haciendo un tierno puchero.

—Entonces lo regresaremos. —Cobra lo sostuvo y lo lanzó de regreso al agua.

—Violet, creo que es hora de volver a casa —intervino Elizabeth.

—No Eli, por favor. Lo estoy pasando muy bien.

—Ya sé que lo estás pasando bien, pero ya hemos estado todo el día fuera.

—¿Podemos regresar el próximo domingo? —Miró a Alexandre.

—No, no podremos, el próximo domingo es la fiesta de Aninha. —Le recordó Elizabeth.

—Otro día será —dijo Cobra, regalándole una sutil sonrisa a la niña—. Entonces yo me despido, ha sido un placer compartir con ambas.

—Espera, ¿te vas así? —dijo Elizabeth echándole un vistazo, solo llevaba puesto el sunga y unas Havaianas. Sabía que andar de esa manera era normal, pero en ella se despertó cierta incomodidad, al pensar que lo mirarían otras mujeres.

—Así fue como vine —respondió con simpleza.

—Déjame llevarte.

—No es necesario, vivo cerca. —Ladeó la cabeza hacia Violet, porque al parecer, Elizabeth había olvidado la presencia de su hermanita.

—Bien, como prefieras.

—Las acompañaré hasta el auto, para ayudarles con las cosas. —Recogió el bolso y la tabla de surf.

—Gracias —dijo Elizabeth en voz baja.

Caminaron hasta donde Elizabeth había estacionado el Lamborghini, al otro lado de la calle, y ahí se despidieron, en medio de besos en las mejillas.

CAPÍTULO 44

Violet estaba realmente feliz con su tabla de surf, apenas Elizabeth apagó el auto en el estacionamiento de la casa, bajó junto con su regalo, el que no permitió que Cobra guardara en la cajuela, y lo llevó con ella en el asiento.

—¿Por qué no la dejas ahí y le dices a Roger que venga a buscarla? —propuso Elizabeth al ver que sacaba la bendita tabla.

—No, es que quiero mostrársela a Avô —explicó cargando con ella, que era varios centímetros más larga que la dueña.

Caminaron por el pasillo de piso de mármol que llevaba a la sala principal, y antes de llegar, escucharon la voz de su tío Thor, por lo que apresuraron el paso.

En la sala estaba proyectada una gran pantalla, donde aparecía Thor con tres de los quintillizos, uno sentado en cada muslo y otro entre sus piernas, este último se estaba comiendo una ciruela americana.

Su tía Megan tenía a uno sentado en las piernas y el otro sentado en la alfombra, jugando con varios autos de juguetes; al parecer había heredado la misma pasión que el padre.

—¡Tío Thor! ¡Tío Thor! —Lo llamó Violet, emocionada, corriendo lo más cerca posible de la pantalla sin soltar su tabla.

Se paró delante del sofá, donde estaban sentados Reinhard y Sophia, conversando a través de una videollamada.

—¡Hola Violet! Veo que vienes de la playa —saludó, luchando con los tres niños que él tenía en sus piernas, quienes querían correr a la pantalla, felices de ver a su prima—. Morgana, espera un momento... —Le pedía a una de sus hijas, mientras retenía a Devon.

—Sí tío, adivina... Estoy aprendiendo a surfear, me está enseñando un profesional y me regaló esta tabla, es asombrosa —hablaba casi sin respirar, emocionada de contarle a su tío, lo vivido durante el día—. También pesqué un pez —dejó caer la tabla para usar sus dos manos y las extendió de extremo a extremo—. Así de grande, casi no podía, pero Alexandre me ayudó.

—Qué bueno, dile al abuelo que te prepare una moqueca.

—No, lo dejé libre, no quería que muriera; tal vez era el papá de unos pececitos.

—¡Violet..., hola! ¡Violet, ¿cuándo vienes?! —preguntaron los quintillizos, quienes se aglomeraron frente a la pantalla, queriendo poder traspasarla y llegar hasta donde estaba su prima, mientras Megan y Thor trataban de sentarlos en la alfombra.

—Hola tío, tía... —saludó Elizabeth sonriente, al ver cómo luchaban sus tíos con los niños.

—Hola fashionista. —Megan sonrió muy cerca de la pantalla.

—Hola Eli —dijo Thor, cargando a las dos hembras.

Reinhard reía de ver a su hijo en apuros, y Sophia solo se condolía, porque todavía recordaba lo difícil que había sido criar a las gemelas, no quería imaginar lo complicado que estaba siendo para Thor y Megan criar a cinco.

—¿Te han dado muchos regalos? —Le preguntó Thor a Violet.

—No tantos, pero me han dado los mejores... Alexandre adivinó mis colores preferidos, me encanta mi tabla de surf... Espera, no te vayas tío, te voy a buscar mi otro regalo.

—Bien, espero aquí, no corras y ten cuidado con las escaleras.

Violet se despidió de momento, agitando ambas manos y salió corriendo, perdiéndose del campo visual, por lo que tres de los quintillizos empezaron a llorar.

—Aston, no llores —dijo Reinhard a uno de sus nietos menores, contaba con cinco de la misma

edad, todos con cuatro años—. Ya Violet viene, no tardará.

—Eli, ¿qué tal Río? ¿Todavía sigues molesta porque te cambiaron las vacaciones? —preguntó Thor.

—Ya no tiene caso seguir molesta, a pesar de todo, lo estoy pasando bien —dijo, sentándose en medio de su abuelo y su tía.

—No lo dudo, no hay mejor ciudad en el mundo para divertirse que Río.

—Por cierto. —Reinhard miró a Elizabeth a su lado—. ¿Quién es ese Alexandre? Deben tener cuidado.

A Elizabeth el corazón se le instaló inmediatamente en la garganta, y no sabía a dónde mirar, porque al otro lado estaba su tía Sophia y en frente a Thor y Megan, junto a cinco pequeños y rubios terremotos.

—Es..., es... Es un surfista, no sé, no lo conozco muy bien. Es amigo de Oscar, fue quien lo rescató en Leme —explicó, echándole toda la culpa a su hermano—. Parece buena persona.

—Si es así deberíamos invitarlo a una cena, quiero conocerlo y agradecerle por el gesto que tuvo con tu hermano.

Elizabeth inmediatamente se recreó la escena de una cena familiar con Cobra presente, y todas sus alarmas de temor se activaron.

—No, realmente no creo que quiera venir.

—¿Por qué no? Dices que parece ser buena persona, y si estás saliendo con él sin la compañía de Oscar...

—No, yo no estoy saliendo con él. —Se apresuró a decir—. Es decir, él va a surfear en Leme y... No sé Avô. —Estaba tan nerviosa, suponía que así debían sentirse quienes estaban frente a un paredón, esperando ser acribillados—. Eso debes hablarlo con Oscar, no conmigo. —Volvió a dejar toda la responsabilidad en manos de su hermano. Desvió nuevamente la mirada a la pantalla—. Tía, ¿cómo va la clínica? —Le preguntó a Megan, cambiando de tema.

—Bien, esta mañana tuve que ir, porque se presentó una emergencia con un Saluki, al que tuvimos que intervenir quirúrgicamente.

—¿Entonces tío se quedó solo con los chicos? —preguntó, sonriente.

—Sí, pero fue fácil, me los llevé al Central Park y los até uno detrás del otro, así no se me perdía ninguno, o si lo hacía, se perdían los cinco de una vez.

Elizabeth se carcajeó ante las ocurrencias de su tío, no era de extrañarle que hiciera eso con sus hijos, les hacía mil y una maldades.

Violet volvió a aparecer trayendo consigo al Chow Chow.

—Este es mi otro regalo —dijo con la voz agitada—. Me tardé un poco porque Oscar lo tenía en su habitación.

—Realmente es de los tres —aclaró Elizabeth.

—Sí, pero duerme conmigo... Cuando mami lo vio se puso muy feliz, dijo que le recordó a Snow de pequeño.

—Sí, se parece a Snow.

—Se llama Blondy.

—¿Quién te lo regaló? —preguntó, mostrándose interesado.

Reinhard les permitía hablar a las niñas, porque él había conversado por más de media hora con Thor y Megan.

—Me lo regaló Julian. Pasó por aquí antes de irse a una nueva misión —dijo, emocionada.

—¿Solo te han dado dos regalos? —preguntó Megan.

—Sí, estoy esperando que mi tío Ian me regale el avión que me prometió.

Todos soltaron carcajadas por las pretensiones de la niña.

—Tu tío Ian no podrá regalarte un avión, porque aún no sabes pilotear y no tienes la edad permitida —intervino Elizabeth, que ya se lo había repetido cientos de veces, porque cada vez que veía a su tío, no lo dejaba tranquilo con que le regalara un avión.

—Pero ¿cómo aprenderé a pilotear si no tengo un avión? —Le preguntó a su hermana—. Sé que no tengo la edad, ya me lo has dicho, pero quiero ir practicando... ¿Verdad que tengo razón tío? —Buscó el apoyo de Thor, quien siempre se lo daba, por eso era su tío favorito.

—Tienes toda la razón princesa, tienes que ir aprendiendo... Papá, dile a Ian que la lleve a la compañía, puede enseñarle lo básico en el tablero —propuso Thor.

—Sí, Avô —suplicó Violet con un puchero—. Así, si Liam no quiere administrar ARDENT, yo podré hacerlo; y si Renato no quiere administrar el grupo, yo también puedo hacerlo. El día que fui, me di cuenta que es muy fácil.

—¡Es una Garnett! —dijo Reinhard, lleno de orgullo—. Hablaré con tu tío Ian.

—¡Ay, guampa! —Dejó al perro en el suelo y corrió hasta Reinhard, se le sentó en las piernas y empezó a darle besos—. Eres el mejor abuelito en toooooooooo el mundo. Te quiero... —decía entre beso y beso.

Elizabeth solo negaba con la cabeza y sonreía al ver lo manipuladora que era su hermanita.

Violet también agradeció a su tío Thor, por haber convencido a su abuelo para que hablara con Ian.

Siguieron conversando alrededor de veinte minutos, hasta que Thor y Megan se despidieron, porque una de las mujeres del servicio les comunicó que la cena estaba lista.

Querían permanecer un poco más, pero Reinhard les dijo que fueran tranquilos, que los niños no debían comer a deshoras.

—Avô, ¿por qué mami y papi se tardan tanto? —preguntó Violet, sentándose en la alfombra para jugar con Blondy, mientras miraba a Reinhard.

—Porque están cumpliendo con un compromiso.

—Y vendrán algo tarde —intervino Sophia—. Así que vamos a bañarte, necesitas sacarte el agua de la playa e hidratar ese cabello.

—No te preocupes tía, vamos a bañarnos juntas... Anda, levántate enana —dijo Elizabeth, poniéndose de pie.

—Entonces voy a preguntar qué van a preparar para la cena. —Se rodó un poco más en el sofá, para estar más cerca de su esposo y poder acariciarle el pecho—. ¿Deseas algo en especial, tesoro? —Le preguntó sonriente, mirando esos ojos azules que se encontraban tan llenos de vida, como la primera vez que los vio.

—No, lo que sea está bien mi reina.

—Avô —intervino Violet corriendo hacia él y le habló en el oído—. Recuerda mi Mousse de maracuyá.

Reinhard no pudo evitar reírse ante el recordatorio de la petición que Violet le había hecho la noche anterior, por lo que a primera hora del día mandó a prepararlo, para que estuviera listo para la cena.

—Está esperando por ti princesa, pero primero deberás comerte toda la cena.

—Eso es fácil —dijo sonriendo, levantando los hombros de manera despreocupada.

—¿Sobre qué tanto hablan? —preguntó Sophia, mostrándose divertida.

—Sobre el postre —contestó Reinhard.

—Deberás comerte toda la cena, incluyendo los vegetales.

En ese momento la cara de Violet cambió a una de desagrado y sacó la lengua.

—Los vegetales no tía, son muy malos.

—Debes comerlos o no hay postre —condicionó, agarrándole la barbilla.

Violet buscó con su mirada la de su abuelo, esperando que le brindara apoyo, pero Reinhard miró a otro lado, para no quitarle autoridad a Sophia.

—Está bien —resopló—. Intentaré comerme los vegetales.

—Bien. —Sophia chocó las palmas de sus manos—. Ahora vayan a bañarse.

—Avô, ¿me cuidas a Blondy mientras me baño?

—Por supuesto.

Elizabeth y Violet se fueron a la habitación que compartían y abrieron los grifos, para que la bañera se fuese llenando mientras se desvestían.

—Métete, que voy a buscar la ropa que nos pondremos. —Le indicó Elizabeth a su hermanita y salió del baño, con un albornoz color lila.

Regresó después de varios minutos, se quitó la prenda y se metió completamente desnuda en la bañera, sentándose de frente a Violet.

—Ven, enana. Déjame lavarte el cabello.

La niña se rodó para estar más cerca de su hermana y dejó que le aplicara el champú con aroma a coco, que siempre usaban cuando estaban en casa de su abuelo; les gustaba tanto que una vez lo probó para ver si sabía igual a la fruta, pero definitivamente no era lo mismo.

—¿Falta mucho para que crezcan mis pechos? —preguntó, mirando los de su hermana.

—Sí, todavía falta... No seas impaciente.

—Es que quiero tenerlos como tú y como mami —dijo, llevándose las manos a su pecho plano.

—Ya te he dicho que cuando crezcas.

—Ya quiero ser grande.

—¿Para qué? Ser grande no es tan bueno, te toca levantarte más temprano y tienes muchas responsabilidades.

—Es lo mismo que ser niño, igual tengo que levantarme temprano para ir a clases, y es mi responsabilidad hacer mis deberes escolares.

—Pero la tarde la tienes libre para jugar —dijo sonriente, masajeándole el cabello, creando mucha espuma—. Así que no es lo mismo.

—Sigo pensando que sí. Por las tardes tú vas a divertirte con la capoeira o con el baile, es como un juego para grandes.

—Supongo que tienes razón, pero es mejor ser niña. —Le guiñó un ojo—. Ahora húndete, no olvides taparte la nariz.

Violet se presionó la nariz con los dedos y se dejó caer hacia atrás, hundiéndose en el agua y salió a los pocos segundos.

Elizabeth quitó el tapón a la bañera, mientras los grifos seguían abiertos. Ella también se lavó el cabello, y después ambas se aplicaron una crema hidratante, dejándola actuar durante varios minutos bajo gorros térmicos de baño.

La bañera seguía llenándose, al tiempo que ellas se enjabonaban y seguían hablando.

—Me gusta el tatuaje grande de Alexandre, es una serpiente. ¿Se lo viste?

—Sí, es una Cobra.

—¿Y le viste el de la pierna? Es casi igual al tuyo, solo que tiene la serpiente enrollada en el Berimbau, pero hasta tiene la mariposa... Es..., es... ¿Cómo es la palabra?

—No sé qué quieres decir.

—Que los dos tengan casi el mismo tatuaje.

—Una casualidad —explicó, enjabonándole la espalda.

—Eso, una casualidad... Seguro es capoeirista también. ¿Se lo has preguntado?

—No, no se lo he preguntado —mintió, no quería hacerlo, pero tampoco quería que a su hermanita se le fuera la lengua delante de sus padres.

—Se lo preguntaré... Seguro que lo es, entonces a mí puede enseñarme a surfear y a ti capoeira.

—¡Hey! Recuerda que soy muy buena capoeirista, no cualquiera vendrá a enseñarme —dijo sonriente.

—Bueno. —Se rio—. Pueden practicar.

—Deja de ser tan confianzuda con Alexandre, tal vez él tenga cosas importantes que hacer.

—No creo que tenga algo más importante que hacer que mirarte.

—¡Violet! —De manera inevitable se sentía estúpidamente nerviosa y emocionada.

—Es en serio, te mira todo el tiempo. —Se volvió y le salpicó agua en la cara a Elizabeth, sorprendiéndola.

—¡Ay! ¡Atrevida! —También le salpicó agua, y sin poder evitarlo, empezaron una guerra en medio de risas.

Cansadas y felices terminaron de bañarse, salieron de la bañera en medio de un charco de agua, se pusieron los albornoces y se secaron el cabello.

Escucharon que tocaban a la puerta.

—¡Princesitas! ¡Avô dice que se den prisa! —gritó Oscar al otro lado.

—Ya vamos, ¡cinco minutos! —avisó Elizabeth y corrió al vestidor, siendo seguida por Violet, para ponerse la ropa que ya había dejado sobre la otomana.

Se apresuraron a vestirse y en muy poco tiempo se presentaron en el comedor, donde ya las esperaban.

—Se hubiesen tardado un poquito más —dijo Renato, quien tenía pocos minutos de haber llegado a la casa, después de haber pasado sábado y domingo en su apartamento.

—Teníamos que ponernos lindas —dijo Violet sonriente.

—Entonces fue tiempo perdido, porque sigues igual de fea.

—No soy fea.

—Sí lo eres.

—Todo el mundo dice que soy linda, que mis ojos son preciosos... Tantas personas no pueden estar equivocadas.

—¡Vaya! ¿De quién habrás heredado tanta modestia? —ironizó.

—Una mezcla perfecta de genes entre Samuel y Rachell —argumentó Sophia sonriente, invitando a que la niña se sentara a su lado.

Cenaron en medio de animadas conversaciones y Violet logró comerse todos los vegetales, por lo que su abuelo la premiaría con el Mousse de maracuyá.

Al terminar, Reinhard les propuso a todos ver una película, se fueron a la sala de cine que tenían en casa, y disfrutaron de una cinta de acción; aunque Violet se quedó dormida casi al final, y le tocó a Renato llevarla a la habitación.

Elizabeth la despertó para que se lavara los dientes y se pusiera la pijama; después de asegurarse de que su hermana regresara a la cama, ella también se preparó para dormir. Era más de medianoche y sus padres no habían regresado, suponía que tal vez se quedarían en casa de su tío Thiago.

No supo a qué hora terminó por quedarse dormida, pero unas risitas y algunos murmullos la despertaron a las cuatro y cinco de la mañana; se lo confirmaba el reloj que estaba sobre la mesita de noche.

A medida que el sueño se le fue disipando, pudo distinguir la voz de su padre y la risa de su madre.

Antes de que despertaran a Violet, prefirió salir de la cama y ver qué era lo que pasaba.

Al abrir la puerta, los pilló en una situación algo comprometedor; su madre le agarraba el culo a su padre, y este le apretaba una teta mientras se besaban. Contrario de escandalizarla, esa escena le pareció muy divertida, y se sintió feliz de ver que las vacaciones en Brasil, avivaban la pasión en sus padres.

—¡Mi vida...! —dijo Rachell totalmente apenada, soltándole el culo a Samuel, al tiempo que lo alejaba—. Pensábamos que estabas durmiendo.

—Lo estaba, pero me han despertado, ¿por qué no se van a dormir?... Recuerda que mañana tienes que estar a primera hora en la boutique.

—Disculpa por lo que acabas de ver —dijo Samuel—. Es que tu madre, cuando se emborracha se pone cariñosa —explicó sonriente y en voz baja, para no despertar a los demás.

Elizabeth negó con la cabeza mientras sonreía, y Rachell le dio un golpe a Samuel en el hombro.

—Mentira, amor. Es tu padre quien no puede dejar las manos quietas... —Miró a Samuel—. Ahora fiscal, nos toca dormir. Había olvidado que tengo que levantarme temprano.

—Sigan con sus planes. —Los invitó Elizabeth—. Iré por ti, mamá. Puedes llegar a mediodía.

—¡Te adoro, princesa! ¡Eres la mejor hija del mundo! —dijo Samuel, sujetando a Rachell por la cintura y arrastrándola dentro de la habitación.

—Pásenlo bien —dijo, elevando la voz un poco—. Que valga la pena la desvelada.

—Seguro que sí —dijo Rachell, asomando medio cuerpo y mostrando una brillante sonrisa.

Samuel volvió a halarla dentro de la habitación y cerró la puerta, para darle rienda suelta a las ganas que se habían despertado durante el trayecto a casa.

Elizabeth regresó a la cama, y antes de volver a dormir, decidió tontear un poco con el teléfono, por lo que empezó a revisar sus notificaciones.

No llevaba ni un minuto cuando en la pantalla se anunció una llamada entrante de Cobra.

Inevitablemente las mariposas despertaron de golpe en su estómago.

—Malditas cosquillas, piensan asesinarme —susurró, extrañada por la intensidad con que sus emociones respondían ante una simple llamada de Cobra a esa hora; sin embargo, resopló para calmarse antes de atender.

—¿Estás despierta? —preguntó antes de que Elizabeth respondiera.

—No, soy sonámbula y suelo atender llamadas mientras duermo —ironizó y él soltó una risa corta.

—Sé que acabo de hacer una pregunta estúpida.

—Muy estúpida —recalcó ella riendo y se cubrió de pies a cabeza con la sábana, para no despertar a su hermana.

—Me pones nervioso.

Elizabeth se mordió el labio, mientras el corazón le martillaba en la garganta, y las cosquillas en el estómago no cesaban.

—¿Eso es bueno? —preguntó en voz bajita y ronca.

—No lo sé, no estoy seguro —respondió él de la misma manera—. De lo único que estoy seguro es que quiero verte hoy.

—Es lunes, supongo que te acabas de levantar para ir al trabajo.

—Realmente acabo de llegar del trabajo. Después de que nos despidiéramos, tuve que irme a trabajar, pero ya me pedí el día de hoy libre.

—¿Trabajas domingo por la noche?

—Algunas veces. ¿Vamos a vernos? Te invito a pasear —propuso con las ganas de verla atormentándolo.

—No lo sé, tengo que ir dentro de un rato a la boutique de mi mamá. ¿Por qué mejor no te vas a dormir? Así descansas un poco.

—No podré dormir si no me das una respuesta.

—No puedo darte una respuesta ahora.

—Te tengo una sorpresa.

—Bien, prometo que te avisaré como a las once. Ahora ve a descansar. —Le pidió, pero su mente

empezaba a hervir, pensando con qué podría sorprenderla Cobra.

Jamás imaginó que detrás de esa fachada de hombre rudo, existiera un tipo detallista.

—Está bien, ahora sí podré descansar un poco...

—Qué bueno.

—Recuerda... —Quiso pedirle que le llevara la fotografía con la amenaza que le habían dejado, pero no quiso alertarla; ya después se la pediría.

—¿Qué quieres que recuerde?

—No, olvídalo, no es nada importante. Espero que me escribas o me llames, sea cual sea la respuesta.

—Bien, eso haré. Descansa.

—Tú también.

Como siempre, ella finalizó primero la llamada, porque él nunca lo hacía; se conformaba con quedarse escuchando la respiración de Elizabeth al otro lado de la línea.

CAPÍTULO 45

Elizabeth durmió por dos horas más, hasta que el despertador le recordó que se había comprometido con su madre para ir a la boutique, con total pereza se levantó, y de camino al baño, asaltó a su memoria la invitación que le había hecho Cobra durante la madrugada.

La parte aventurera de ella le pedía a gritos que aceptara, la parte sexual anhelaba un encuentro con ese hombre, pero la sensatez le recordaba que estaba llevando las cosas con Cobra demasiado lejos.

Mientras se duchaba, sus pensamientos eran un caos, no conseguía convencerse de absolutamente nada y eso no estaba bien, ella era una mujer decidida, nunca antes había dudado tanto en la toma de una simple decisión.

Cerró el grifo, se secó un poco con la toalla y se puso el albornoz. Frente al espejo, mientras se lavaba los dientes y sintiéndose totalmente frustrada por las ideas que no conseguía ordenar, decidió que aceptaría la invitación. Estaba segura que nada iba a perder, pero sí podría ganar nuevas experiencias.

Escupió en el lavabo, se enjuagó la boca y salió al vestidor. No tenía la más remota idea de qué ponerse, tener tantas prendas solo complicaba más la decisión, y no le ayudaba para nada no saber a dónde la llevaría Cobra.

—Seguro que no será nada elegante... No veo a Cobra vistiendo de traje. Se nota que no le gusta, pero imagino que con uno se verá totalmente exótico, con esa piel tostada y los rizos descoloridos por el sol. —Sonrió y recordó que Cobra no tenía auto, solo le había visto dos motos, la que llevaba a la favela y la Harley Davidson.

Se fue a uno de los muebles, donde tenía toda la lencería, eligió un conjunto provocativo, de los tantos que había diseñado su madre; sabía que era mero capricho de ella buscar algo tan sensual, porque al final Cobra ni se percataba, siempre terminaba rompiéndoselo o quitándoselo en medio de tirones, mientras la conducía al cielo en medio de desesperados besos.

Se aplicó crema en todo el cuerpo antes de ponerse la ropa interior y buscó entre decenas de minifaldas, se probó tres, pero al final eligió una de *jean*.

Una camiseta blanca sin mangas, escotada, holgada, y de tela tan fina, que era casi transparente, para mostrar de manera sugerente el encaje del bralette negro con tiros de cadenas de plata que llevaba puesto.

Caminó al área de los zapatos y eligió unas botas moteras negras, de media caña con hebillas plateadas.

Se secó el pelo a medias y no se lo peinó, para que le quedara con más volumen, entonces se hizo una cola despeinada, se maquilló lo más natural posible, y antes de salir, se decidió por una chaqueta corta de cuero, para no estar tan expuesta, y una mochila pequeña en el mismo material.

Solo por si a Cobra se le olvidaba o no tenía, guardó en la mochila una cajita de tres preservativos. Sabía muy bien que una mujer precavida valía por dos, y que sí o sí, ese día iba a tener sexo con ese hombre.

En el estacionamiento desistió de ir en su auto, porque no iba a dejarlo en la boutique, por lo que llamó a uno de los choferes para que la llevara; sin embargo, buscó en el Lamborghini la foto con la amenaza y la guardó en la mochila.

Al abandonar la casa, sus padres aún no se levantaban, durante el trayecto recordó que ni siquiera había desayunado, ya lo haría en alguno de los restaurantes que quedaban cerca de la boutique.

Después de la importante reunión que atendió por su madre, la mañana empezaba a hacersele

eterna; más que verse con Cobra, anhelaba saber cuál era la sorpresa que le tenía. Siempre había sido una apasionada de lo inesperado.

Caminaba de un lado a otro, de un piso a otro y de un departamento a otro; conversaba con quienes llegaban a darse un capricho con las costosas prendas, se tomaba fotografías y sonreía, pero internamente se encontraba ansiosa.

A las once y quince de la mañana, recibió una llamada de su madre, avisándole que estaba de camino para allá. Eso le disminuyó considerablemente la ansiedad que estaba ahogándola.

Nunca antes había sentido tanta necesidad por salir a pasear con un hombre, pero ni siquiera era consciente de que Cobra, con sus misterios, con la diferencia de edad marcada y su maldito orgullo de capoeirista, le estaba derrumbando los preceptos.

Apenas terminó de hablar con su madre, buscó el número de Cobra y le envió un mensaje.

¿Puedes pasar a buscarme por la boutique en Leblon a mediodía?

Se quedó mirando el teléfono a la espera de la respuesta, pasó un minuto completo y no había señales de Cobra, dos, tres... Diez minutos y nada.

Al parecer, no iba a responder, y eso le molestó mucho. Pensaba en por qué él no le habrá dicho que había cambiado de parecer, así no se hubiese hecho ilusiones desde el maldito instante en que despertó.

Se fue al tercer piso para hacer las llamadas que tenía pendientes a la sede en Singapur, se sentó y dejó sobre el escritorio su teléfono, aunque estaba hablando con la gerente comercial al otro lado del mundo, no podía despegar su mirada de su móvil.

En ese momento vio el mensaje entrante.

Estaré cinco minutos...

No pudo leer más, pero rápidamente agarró su teléfono y revisó el mensaje completo.

Estaré cinco minutos antes.

Quiero que estés dispuesta a pasar la noche conmigo, si no puedes, es mejor cancelar todo ahora mismo.

Elizabeth se quedó mirando el mensaje, sin saber qué responder, mientras al otro lado, la mujer le hablaba sin parar; no podía concentrarse, por lo que le pidió que la disculpara un momento, que la llamaría de vuelta.

Entonces releyó el mensaje, mientras se mordía suavemente el dedo pulgar.

Ya no podía pasar noches fuera de casa, sus padres habían regresado y Samuel Garnett no era tan permisivo como lo era su abuelo Reinhard.

—¡Demonios! Sí, voy a arriesgarme, ya le inventaré cualquier cosa a papá —murmuró y empezó a teclear.

De acuerdo, pasaré la noche contigo, espero que valga la pena.

Envío el mensaje y esta vez la respuesta de él duró menos de un minuto en llegar.

Haré mi mejor esfuerzo para que así sea. Ahora voy por ti.

Ese fue el último mensaje, Elizabeth bajó y ahí esperó la llegada de su madre, ya con la mochila colgada en la espalda y el teléfono en la mano, por si tenía que escribirle de nuevo a Cobra.

Justo en el momento que el Roll Royce se detenía frente a la boutique, pasó Cobra en la Harley Davidson; irremediamente el corazón se le instaló en la garganta y en su cuerpo estalló la más pura adrenalina.

El chofer le abrió la puerta a su madre, quien bajó del auto con la elegancia que la caracterizaba, mientras ella se moría por salir corriendo; no podía contener sus deseos y se acercó a la puerta.

—Mamá. —La detuvo apenas puso un pie dentro de la tienda—. Me tengo que ir —informó, plantándole un beso en la mejilla, sin poder ocultar su apuro—. La gerente comercial de Singapur está esperando tu llamada.

—Pero... ¿A dónde vas tan de prisa? —preguntó, totalmente aturdida.

—Voy a salir con un amigo.

—Espera, ¿quién es ese amigo?

—Después te cuento —dijo en su camino a la salida.

—Elizabeth Garnett Winstead, espera un momento. ¿Quién es ese amigo?

—Es uno de la academia. Mamá, tiene rato esperando... Prometo que esta noche te cuento.

—Cariño, ve con cuidado, por favor —pidió con preocupación—. ¿Segura que conoces a ese chico?

—Sí señora, lo conozco... ¡Te quiero! Ya todo está listo, te dejé anotaciones en el escritorio.

—Me llamas en una hora.

—Lo prometo. —Le dijo adiós con la mano y salió corriendo, miró a su derecha, hacia donde había visto pasar la moto.

Ahí estaba, con unos *jeans* desgastados, una camiseta blanca; y como si hubiesen acordado, también llevaba puesta una chaqueta de cuero negra. Tenía un casco negro en la mano y el otro sobre el asiento de la moto.

—Vamos, vamos. —Le pidió antes de llegar.

Cobra comprendió que estaba apurada, por lo que subió a la moto, se puso el casco y casi enseguida ella se subió detrás.

Rachell no pudo evitar salir para ver con quién se iba su hija, y solo la vio subiendo a una moto, que arrancó rápidamente. Miró al cielo, suplicándole a Dios que cuidara de su pequeña y alocada princesa. No le quedó más que entrar a la tienda y atender los pendientes.

Elizabeth, con un brazo se aferraba con fuerza al torso de Cobra y con la otra mano intentaba bajarse un poco la minifalda; había sido mala idea ponerse eso, preferiblemente habría sido un *short*.

Los pilló un semáforo en rojo, entonces ella aprovechó para levantar un poco el culo y bajarse la falda; y él levantó el lente protector del casco.

—¿Ya almorzarte? —preguntó Cobra, mirándola por encima del hombro y ayudándose con el micrófono que traía incorporado el casco.

—No.

—Entonces vamos primero a comer. Te advierto que no será ningún restaurante cinco estrellas, pero la comida es buena.

—No te preocupes, he comido ratas, ranas y serpientes —dijo sonriente, y no mentía. En Asia tuvo que hacerlo.

—Aún no llego a ese extremo, prefiero un buen churrasco de carne.

El casco solo dejaba verle el área de los ojos, aun así, ella logró darse cuenta que Cobra sonreía, porque las líneas de expresión alrededor de ellos se intensificaron, y eso le gustaba más que nada.

—Quiero comerme un buen churrasco, que esté bien jugoso —confesó con picardía, y su mano atrevida le apretó el generoso bulto entre los muslos.

Cobra llevó su mano para retenerle la de ella sobre su pene e instó a que lo apretara un poco más.

—Este churrasco te lo comerás en unas horas —prometió, y tuvo que soltarle la mano para poner en marcha la moto.

Elizabeth soltó el caliente agarre y nuevamente se aferró con fuerza al torso, disfrutando de la respiración agitada y los latidos apresurados de Cobra.

Iban a una velocidad más de la permitida, esquivando autos y atravesándoseles a uno que otro; en ciertas ocasiones, a ella se le había subido el corazón a la garganta, ante la manera tan endemoniada en la que él conducía.

A pesar de eso, le gustaba que fuese amante de la adrenalina, aventurero y sin un poquito de miedo en la sangre; estaba segura de que era un hombre que no se acobardaría con nada, que era un guerrero, no un príncipe azul.

Ella no quería a un jodido príncipe, nunca le habían gustado los cuentos de hadas. Siempre había sentido debilidad por los guerreros luchadores que salían en las películas, los que vivían bañados en sangre, los que dirigían batallas y asesinaban sin piedad.

Mientras sus compañeras suspiraban por los príncipes con capas sobre caballos blancos, ella soñaba con los guerreros salpicados de sangre y barro, con heridas ganadas en los campos de batalla; esos que salían en las películas que veía su padre; y Cobra era lo más cercano a uno de esos hombres con los que ella soñaba.

Estacionaron a un lado en la calle Teixeira de Melo, bajaron y caminaron tomados de las manos, llevando en cada mano libre los cascos. En la esquina cruzaron a la izquierda y a pocos pasos estaba el lugar al que Cobra la llevaba.

Carretão, el restaurante con fachada de cristal y madera, ubicado frente a la plaza Osorio, les daba la bienvenida.

—Creo que está muy lleno, no hay mesas —dijo Elizabeth, observando el lugar abarrotado.

—Seguro que mientras nos servimos se desocupará alguna. —Le quitó el casco y le pidió el favor a la chica que estaba tras el mostrador de la entrada, que se los guardara—. Vamos. —Volvió a tomarle la mano y la guio hasta donde estaban los platos de porcelana—. Sírvete lo que desees.

Elizabeth sostuvo el plato, mirando la variedad de alimentos que ofrecía el buffet y no se decidía por algo, realmente todo se veía muy apetitoso.

—Supongo que estás acostumbrada a que te lo lleven a la mesa —comentó Cobra mirándola de reojo, mientras él se servía ensalada—. Si quieres podemos esperar una mesa, me dices qué te gusta, te lo sirvo y te lo llevo. —Se ofreció amablemente.

—No es necesario. —Inhaló profundamente y se dispuso a servirse varios vegetales—. Solo que hay tanto que no sé qué elegir.

—Lo que te provoque, puedes agarrar de todo.

—Tampoco así —dijo divertida, golpeándole con su hombro el brazo.

Terminó por elegir varios vegetales y un filete de pollo a la plancha.

Ella miró el plato de Cobra, que tenía de todo un poco. Al verlo se preguntó cómo era posible que tuviera el cuerpo que tenía con todo lo que comía, aunque la mayoría eran carbohidratos sanos.

Él pasó por donde dispensaban las carnes y eligió picanha.

—No he desayunado, recién me levanté cuando me enviaste el mensaje. —Le explicó él, mientras caminaban con bandeja en mano y esperaban a que se desocupara una mesa.

—Debes comer las cinco comidas... No es sano que no desayunes.

—Tenía mucho más sueño que hambre, no me pidas que cumpla cinco comidas cuando mi ritmo de vida es tan jodido. Algunas veces no tengo tiempo ni para mear.

—Por cómo hablas, creo que no te gusta lo que haces; es decir, no te gusta tu trabajo —dijo admirado la decoración del abarrotado lugar, con sus manteles terracotas y sobremanteles blancos.

—No, realmente no me gusta. —En ese momento se levantó un hombre que ocupaba una mesa para dos, pero el acompañante seguía comiendo y antes de que le quitaran el puesto, caminó y puso la bandeja sobre la mesa.

Elizabeth lo siguió, Cobra le quitó la bandeja y la puso al lado de la de él. Se sentó y se palmeó el muslo.

Elizabeth lo miró totalmente confundida y apenada. El hombre que seguía comiendo frente a ellos, miró a Elizabeth y después a Cobra, entonces le hizo una seña a ella para que atendiera la petición.

—No me molesta —dijo y siguió comiendo.

Cobra le agarró la muñeca y la haló.

—No sientas vergüenza. —La sentó en su muslo izquierdo, dejando las piernas de ella en medio de las de él—. Come. —Le rodó un poco la bandeja para que la tuviera más cerca.

—¿Seguro que no te incomoda? —preguntó en voz baja, mirándolo a los ojos.

—Me incomodaría más que estuvieras en otra silla. —Le pasó un brazo por la cintura y le sujetó el muslo, atrayéndola más hacia su cuerpo.

Elizabeth miró su plato, y a punto de agarrar los cubiertos, se volvió a mirarlo una vez más, perdiéndose en esos ojos grises, que se habían convertido en un fino halo, porque las pupilas estaban extremadamente dilatadas.

Le acunó el rostro, sintiendo los vellos de la barba picharle las palmas de las manos, y sin importarle el hombre que los acompañaba, le plantó un beso, apenas un contacto, pero Cobra empezó a mordisquearle los labios.

Bendita manía que tenía de morderle cada espacio de su cuerpo.

—Gracias —susurró, alejándose un poco y poniendo resistencia para que no siguiera besándola. Podía jurar que su intención era atacarla con la lengua, y por respeto al hombre que les había permitido compartir la mesa, debían dejar de besarse y comer.

Elizabeth volvió a tomar los cubiertos y se dispuso a comer, realmente todo tenía muy buen sabor, aunque era totalmente básica la elección de sus alimentos.

Cobra también disfrutaba de su comida, y cuando llegaron a ofrecerles la bebida, ambos pidieron guaraná.

—¿Qué tal está la farofa? —preguntó Elizabeth, observándola en el plato de Cobra.

Él no dijo nada, solo agarró un poco con su cubierto y se lo llevó a la boca.

—Pruébala.

Ella no dudó en recibirla, ya qué más le daba, si estaba comiendo sentada sobre su muslo.

—Está rica —confesó, mientras dejaba de masticar la harina de mandioca, mezclada con manteca y tocino.

—¿Quieres más? —preguntó.

Ella asintió y él le dio otro poco, saboreó la sensación grumosa en la boca y el sabor del tocino; también le robó un poco del queso grelhado.

—Déjame ayudarte —pidió Elizabeth, y con su cubierto y cuchillo le picó la carne en trozos, porque a él se le hacía difícil, por tenerla a ella sobre la pierna.

—Puedo solo —dijo, totalmente sonrojado por la timidez, cuando ella pretendía darle de comer en la boca.

—Ya, no seas tan gruñón —dijo, acerándole el cubierto a la boca.

A Cobra no le quedó más remedio que comer de la mano de Elizabeth, quien volvió a darle, pero esta vez no se lo dio, sino que lo tentó y lo alejó, dejándolo con la boca abierta.

Le hizo broma un par de veces, y cuando por fin le dio el trozo de carne, le plantó otro beso en los labios, mientras él masticaba. Cobra no pudo evitar sonreír, por muy estúpido que pareciera, volvía a sentirse enamorado, como cuando tan solo era un adolescente.

El hombre frente a ellos se levantó, y aunque ella tuvo la oportunidad de sentarse en esa silla, no lo hizo, prefirió seguir donde estaba, porque era mucho mejor.

Algunas veces se pillaba a la gente mirándolos y les sonreían, tal vez porque a los ojos de las demás personas eran unos enamorados. Lo que ellos no sabían, era que la relación entre Cobra y ella era meramente sexual.

CAPÍTULO 46

Salieron del restaurante casi a las catorce y llegaron hasta donde habían dejado estacionada la moto.

—Tengo tres opciones para pasar la tarde —dijo mientras le ponía el casco y la miraba a los ojos—. Caballos, volar o fútbol.

—Obviamente: fútbol —dijo Elizabeth sin pensarlo, mostrándose emocionada.

—Entonces debemos darnos prisa, porque el partido empieza a las quince. —Se puso su casco y subió a la moto.

Elizabeth también subió con gran agilidad, sin olvidar bajarse un poco la minifalda.

Cobra dominaba la moto y las calles con gran maestría. Si había tráfico él encontraba la manera de evadirlo, por lo que en poco tiempo llegaron al Maracanã.

Por primera vez a Elizabeth le tocó hacer fila, en medio de la multitud que estaba eufórica ante el encuentro del Fluminense contra el Botafogo. Estaba aferrada a la mano de Cobra y miraba divertida la otra cara de la moneda de un partido de fútbol.

Se ubicaron en las gradas, y desde ese lugar podía ver el palco al que siempre asistía con su familia; solo esperaba que a ninguno se le hubiese dado por ir ese día a ver el partido, aunque realmente se les haría imposible distinguirla entre tanta gente.

—¿Cuál es tu equipo? —preguntó, emocionada.

—El Fluminense.

—¡No! —exclamó un tanto decepcionada, pero al final soltó una carcajada—. Eres un perdedor, tienes que irle al Botafogo.

—Pídeme lo que sea, menos que cambie de pasión... Eso es imposible.

—Al parecer, estamos destinados a ser rivales en todo.

Acercó su rostro al de ella, casi hasta rozarle la nariz con la punta de la suya.

—Menos en la cama, ahí nos entendemos a la perfección —murmuró y su mirada se escapó hacia el escote adornado por las cadenas del bralette, esa bendita prenda lo estaba tentando desde el instante que se lo vio.

Elizabeth tragó grueso, para soportar la avasalladora sensación que habían provocado en su cuerpo las palabras de Cobra. Si no fuera porque él ya había pagado por las entradas, le diría que mandarían al diablo las rivalidades entre ambos, y le pediría que se largaran a ese lugar donde se compenetraban perfectamente.

Las gradas estaban de un lleno total y la algarabía del público rugía en el estadio, pero todo desapareció y quedó en silencio cuando él la besó; un beso demoledor de sentidos, uno que la sorprendió con la fiereza con que invadía en su boca y se apoderaba de cada recoveco; la tibia lengua iba en busca de la de ella y se deslizaba con poder, invitándola a girar un entorno de la otra.

Elizabeth se le aferró a los rizos que le caían sobre la nuca, mientras él dominaba el beso.

Intercambiaron saliva, aliento y pasión, todo lo que quisieron hasta que se sintieron saciados y regresaron a la realidad, cuando los jugadores del Botafogo hacían aparición en la cancha y la fanaticada enardecía, haciendo que lloviera papelillo blanco y negro, mientras miles de banderas con el escudo de la estrella blanca se agitaban.

La misma intensidad se vivió con la llegada de los fluminenses, quienes no se dejaron opacar, y el Maracanã se vistió de rojo y verde.

En casi cien minutos de partido, incluyendo los minutos extras, salió vencedor el Botafogo, un gol por cero.

—Deberías cambiar de pasión —dijo Elizabeth eufórica, mientras salían del estadio en medio de

la algarabía.

—Un partido y una mujer bonita no me harán cambiar de parecer —dijo pasándole un brazo por encima de los hombros—. Sé perder, y admito que no fue el mejor partido de mi equipo, siempre hay momentos malos.

Caminaron en medio de la multitud, Elizabeth celebraba e intercambiaba palabras con seguidores de su equipo, quienes se encontraban plétóricos de orgullo.

Salieron del Maracanã y en las adyacencias seguía el festejo con las bocinas de los autos. Cobra salió rápidamente del congestionado tráfico.

Elizabeth estaba ansiosa por llegar al apartamento de Cobra. Necesitaba hacerle saber que lo deseaba, por lo que sin importarle que estuviesen en la calle, fue bajando sus manos poco a poco, hasta desabrocharle el cinturón y el botón, para acto seguido bajarle el cierre.

—Elizabeth, ¿qué haces? —preguntó, echándole un vistazo por encima del hombro e intentando mantener el control de la moto.

—Solo sigue conduciendo —ordenó ella, mientras una de sus manos se escabullía dentro del pantalón y de su ropa interior, al tiempo que con el otro brazo se sostenía a la cintura de él.

Cobra se removi6 un poco para brindarle mayor espacio y apretó los muslos para mantener el control de la moto; sin poder evitarlo, los latidos se le alteraron y el aliento se le condensó en los pulmones. Apretó con fuerza los dientes, justo en el momento que ella atrapó su pene y empezó a acariciarlo con lentitud.

Tuvo que disminuir la velocidad, porque de lo contrario, terminarían estrellándose, mientras gruñía de placer al sentir cómo ella, poco a poco y con gran maestría, conseguía una potente erección en él.

Elizabeth se mordía el labio y disfrutaba sintiendo cómo ese músculo en su mano se tensaba cada vez más y aumentaba la temperatura.

—Aún falta un destino. —Su voz ronca era casi irreconocible.

—Solo quiero hacerte el trayecto placentero —comentó.

Cobra siguió con el plan que había trazado, no iba a desistir aunque ella no le estuviera colaborando.

A Elizabeth le dolía la muñeca por la forma en la que tenía la mano, pero no dejaba de estimularlo, los pilló un semáforo en rojo; y aunque tres jóvenes en un auto a su lado izquierdo, se percataron de lo que ella estaba haciendo y se reían divertidos, diciéndole que lo estaba haciendo muy bien, ella no sacó la mano, aprovechó el anonimato que le brindaba el casco y siguió brindándole placer a Cobra, quien bajó el protector de su casco, para tampoco ser reconocido.

Miró a ambos lados, asegurándose de que no se acercara ningún auto y se robó la luz roja.

Sabía que era imprudente de su parte, pero no iba a exponer a Elizabeth a las burlas de los malditos fisgones.

Avanzaron varias calles, acercándose cada vez más a su destino; asimismo se aceleraban la respiración y los latidos de Cobra; ya tanta tensión no le cabía en los pantalones y era realmente incómodo, pero putamente placentero.

Elizabeth fue disminuyendo sus caricias, porque no pretendía que Cobra terminara con los pantalones manchados, solo quiso regalarle una antesala de lo que le esperaba en unas horas.

Cuando ella sacó la mano, él liberó de una bocanada el aliento que tenía retenido, era una clara expresión de satisfacción y frustración al mismo tiempo.

Elizabeth pudo escuchar esa casi silenciosa protesta de Cobra, había sido el jadeo más sensual que alguna vez había escuchado en su vida, o tal vez, se debía al micrófono del casco, que transformaba el sonido; sin embargo, la exclamación de placer de ese hombre viajó con demasiada rapidez por su cuerpo, provocando que todas sus terminaciones nerviosas suplicaran por atención.

—No quiero que acabes, no ahora. —Le dijo, abotonándole los *jeans*.

Cobra sostuvo la moto con una mano, imprimiendo la fuerza necesaria para no estrellarse, y con la otra se aferró a la de Elizabeth, la que lo había estado masturbando; entrelazó sus dedos a los de ella y la guio hasta su pecho, dejándola ahí, en un claro gesto de agradecimiento, y ella se abrazó a él con fuerza.

Elizabeth conocía perfectamente el camino hacia donde Cobra la llevaba, ese lugar que estaba justo encima de la favela Santa Marta; había ido pocas veces, pero era un lugar que particularmente a ella le transmitía mucha paz.

Él estacionó la moto cerca del helipuerto, se quitó el casco y bajó. Elizabeth tan solo se quitaba su casco, cuando él le rodeó la cintura con un brazo, y como si nada, la bajó de la moto, apoyándola en el suelo y pegándola a su cuerpo.

Le robó un beso intenso, un beso arrasador. Él abría la boca una y otra vez, devorándole la de ella con intensidad.

—Me gustan todas las maneras en las que me sorprendes —dijo con el pecho agitado y mirándola fijamente a los ojos.

Mientras Elizabeth se mantenía de puntillas, disfrutando de ese cuerpo fuerte y caliente, que estaba casi fundiéndose con el suyo.

—Y a mí me gusta cada vez más el hombre que estoy descubriendo —confesó sin pensar, solo dejándose llevar por las emociones que anidaban en su cuerpo, y volvió a besarlo, esforzándose por mantenerse de puntillas.

En muy poco tiempo el deseo de Cobra se desbocó y le envolvió la cintura con los dos brazos, pegándola más a él, rozándola con intensidad, y dejándole saber que su pene todavía no había perdido total rigidez, pero antes de que volviera a hacerse notoria la erección, prefirió parar sus impulsos y dejó de abrazarla.

Le sujetó la mano, entrelazando sus dedos a los de ella, para que así caminaran.

—Buenas tardes —saludaron al unísono a los dos hombres de seguridad, que estaban sentados fuera de la caseta, junto al aviso que les daba la bienvenida al Mirante Dona Marta.

—Buenas tardes —correspondieron los hombres con sonrisas afables, y continuaron con su conversación.

Cobra y Elizabeth siguieron por el camino de piedras que los llevaba justo al lugar donde disfrutarían de una de las vistas más sorprendentes e inolvidables de la ciudad.

—Es una pregunta estúpida... —hablaba Cobra, pero Elizabeth lo interrumpió.

—Otra pregunta estúpida. —Le recordó, sonriente.

—Sí, otra más —aclaró, sin poder controlar una tonta sonrisa—. ¿Habías venido?

—Sí, pero nunca mejor acompañada —dijo apretando sus dedos entorno a los de él, mientras subían las escaleras.

—Vengo aquí muy seguido, me gusta porque casi siempre está solo.

—¿Te gusta la soledad? —preguntó, disfrutando de la brisa que le acariciaba el rostro.

—Me acostumbé a ella.

—Entonces no te gusta.

Llegaron hasta el Mirante, que ofrecía la mística panorámica pintada con la luz naranja del atardecer, y se lo encontraron desolado, tal vez se debía al día y la hora.

—Pero tampoco me disgusta, aunque por encima de cualquier cosa, prefiero tu compañía. —Dejó el casco sobre la banca de madera y le quitó el de Elizabeth, para ponerlo junto al suyo.

Ella caminó hasta el borde de la media pared de piedras y apoyó las manos, perdiendo su mirada en la Bahía de Guanabara y el Pan de Azúcar; inspiró profundamente, reteniendo el aire, pero lo soltó de golpe, cuando sintió el cuerpo de Cobra apoyarse contra el suyo.

—Vamos a dejar esto en la banca —dijo, sujetándole las tiras de la mochila.

—Está bien. —Permitió que él se la quitara junto con la chaqueta, y siguió mirando el paisaje, enamorándose un poco más de la ciudad.

Volvió a sentir a Cobra pegado a su cuerpo, y su sola respiración sobre su cuello, provocaba que desviara su atención del paisaje.

—Es... Es hermosa la ciudad —tartamudeó, tratando de concentrarse en la Bahía.

—No se compara contigo, pero sí, es hermosa —susurró, posando una de sus manos sobre el vientre de ella y con la otra le sostuvo el cabello, apoderándose de la casi deshecha cola.

—Entiendo por qué te gusta venir a este lugar —dijo en un hilo de voz, al sentir que los labios de Cobra empezaban a recorrer su cuello.

Le quitó la mano del vientre y la usó para bajarle un poco la camiseta, dejándole al descubierto el hombro, a donde sus labios se mudaron; sin soltarle el cabello, chupaba y besaba su piel totalmente erizada.

Todo su cuerpo empezó a temblar, cuando él trazó una línea con la punta de su lengua, desde el hombro hasta la oreja; y ella, en bandeja de plata, le ofrecía el cuello. Inevitablemente, se le hacía imposible abrir los ojos, y los suspiros se le escapaban sin control.

—Creo... que puede venir... alguien —chilló, enterrando las uñas en el muro de piedras.

Cobra no respondió, siguió pasándose con besos y suaves mordiscos del cuello al hombro, y del hombro al cuello, haciéndole sentir en su culo cada latido de su erección.

Una de las manos de Cobra se escapó por debajo de la camiseta, y le apretujaba una y otra vez el seno izquierdo; la otra seguía aferrada a su moño, casi obligándola a exponer el cuello, el que chupaba famélicamente.

Para Elizabeth respirar por la nariz era casi imposible, por lo que tuvo que abrir la boca para poder llenarse los pulmones; mientras que su pelvis se acoplaba al ritmo de las poderosas caderas de Cobra.

En medio de besos y pinceladas de lengua, se pasó al otro lado del cuello.

—Dios, Dios... —jadeó bajito, disfrutando de ese mágico y ardiente momento—. No te detengas. —Ella se llevó la mano a donde él le apretujaba el seno, pidiéndole que siguiera haciéndolo.

Sujetándola fuertemente del pelo, le hizo volver la cabeza y le comió la boca; metió su lengua una y otra vez, empujando la de ella con fuerza; volvía a mordisquearle los labios y se mudaba con una línea de besos y chupones al cuello. Ella disfrutaba de esa puta respiración agitada de él calándole en el oído, provocando que su vulva latiera a mil y mojara su tanga.

En medio de un sexual forcejeo, Cobra le levantó la parte trasera de la minifalda y metió sus dedos entre sus pliegues, ella los apretó y movió aún más su pelvis, en busca de un poco de alivio.

—No quiero esperar y tú tampoco —gruñó él, deslizando los dedos dentro y fuera de su hendidura, haciéndolo suavemente.

—En mi mochila hay preservativos —comunicó ella con el pecho a punto de reventar.

—Los míos están más cerca. —Sin sacarle los dedos, usó su otra mano para sacar la billetera de uno de los bolsillos traseros de sus *jeans*, quiso seguir penetrándola con los dedos, pero sacar el preservativo sería una tarea titánica si no lo hacía usando las dos manos.

La noche empezaba a caer, la temperatura había bajado unos cuantos grados y el viento no cesaba; aun así, Elizabeth sentía que estaba a punto de arder.

Cobra sacó el preservativo, lo sostuvo con los dientes y puso sobre el muro la billetera, justo al lado de la mano de Elizabeth; solo bajó la cremallera de los *jeans* y se hizo espacio entre la ropa interior, sacando con manos temblorosas su ansiosa erección.

Elizabeth miró por encima de su hombro cómo Cobra se ponía el preservativo, esperando deseosa que terminara de hacerlo, porque verdaderamente le parecía que estaba tardando una eternidad, pero

todo se debía al grado de excitación en que estaba.

—Date prisa, Alexandre —suplicó.

Él le volvió a levantar la parte trasera de la minifalda y le hizo a un lado el hilo de la tanga, al tiempo que ella elevó el culo, para darle más comodidad.

Elizabeth jadeó ruidosa y largamente cuando él se hundió lentamente en ella, justo en el momento que poco a poco las luces de la ciudad se encendían.

Cobra se desbocó en su cuerpo y volvió a recorrer con su boca, de todas las maneras posibles su cuello y hombro, mientras el sonido de sus cuerpos al chocarse era amortiguado por la ropa que entorpecía la entrega.

Ella lo succionaba con fuerza, gozando con cada arremetida de ese hombre, mientras se apoyaba con fuerza al muro que le marcaba las irregularidades de las piedras en las palmas.

Sin que se lo esperara, Cobra la giró, poniéndola de frente a él; la sujetó por la cintura y la sentó sobre el muro.

—Puedo caerme y terminaré desnucada —dijo entre temerosa y embriagada.

—Eso no pasará, te lo aseguro. —Se le aferró con ambas manos al culo y volvió a penetrarla con fuerza.

Frente a ella y en lo alto, estaba iluminado el Cristo Redentor; inevitablemente sintió pudor, porque a esa imagen le debía respeto, pero no iba a desperdiciar el orgasmo que estaba a punto de alcanzar, por lo que prefirió aferrarse a la espalda de Cobra y esconder el rostro en su cuello, dejándole caer varios besos, sintiendo cómo su barba le pinchaba, pero le gustaba sentir cómo le raspaba la piel.

Las piedras le maltrataban el culo, mientras Cobra de vez en cuando hacía a un lado la tanga para que dejara de estorbar.

—Sigue así..., sigue así —suplicaba Elizabeth.

Él solo jadeaba roncamente, esforzándose cada vez más, retumbando en ella con mayor intensidad.

—Elizabeth, mírame —pidió y ella lo hizo. Fijó su mirada en el rostro que estaba sonrojado—. Quiero que nos quedemos en este lugar para siempre, justo aquí, justo así... Aquí vine a soñarte muchas veces... Miles de veces.

Ella no sabía qué decir, Cobra en momentos como esos la confundía, pero en medio de la excitación no podía preguntar nada, solo se limitaba a sentir.

—Puedes traerme a este lugar siempre que quieras, pero no podemos vivir aquí, el gobierno no nos dará permiso —dijo, sonriente.

—Armaremos una carpa.

—Nos van a desalojar. —Siguió sonriendo ante la propuesta de él.

—La volveríamos a armar, lo haríamos todas las veces que sean necesarias —propuso deteniéndose, retardando un poco más el orgasmo.

—Entonces no tendremos tiempo para estar justo así, porque siempre estaríamos armando la carpa... Alexandre, es una locura vivir aquí... Es una locura que me estés pidiendo que vivamos juntos... Pero siempre he estado un poco loca.

Cerró con fuerza sus brazos alrededor del cuello de él y volvió a besarle, al tiempo que reanudaba los movimientos de su pelvis.

Cobra envolvió con fuerza el torso de Elizabeth e inició nuevamente sus movimientos, y no se detuvo hasta que alcanzó la gloria, sintiendo que el pecho iba a reventarle de felicidad, no tanto por haber estallado en placer, sino por lo que Elizabeth le había dicho.

Justo en ese momento creyó que todo podía ser posible, e iba a luchar por conseguir tenerla de manera definitiva en su vida.

Salió de ella y no tuvo más opción que quitarse el preservativo usado y dejarlo sobre el muro, se

acomodó la ropa y ayudó a Elizabeth a bajar.

—Vamos al apartamento.

—Pedimos pizza y cervezas —dijo sonriente, bajándose la minifalda—. Creo que puedo darme el placer un par de veces al año.

—No pienses que vas a emborracharme —jugueteó un poco, al tiempo que agarraba la billetera y se la guardaba en el bolsillo.

—Sí, ¡como es tan fácil emborracharte! —ironizó divertida—. Agarra esa cosa, ni se te ocurra dejarlo ahí. —Le dijo, señalando el condón usado.

—Mi intención no era esa. —Lo agarró y caminó hasta la papelería más cercana, donde lo arrojó.

Fueron hasta la banca y agarraron sus pertenencias. Elizabeth se puso la chaqueta y se colgó la mochila, sintiéndose un poco incomoda por no poder asearse en ese momento.

Cobra le pasó un brazo por encima de los hombros, pegándola a su cuerpo, y ella se le abrazó al torso.

—Promete que me traerás de nuevo —pidió ella, elevando la cabeza para poder mirarlo, mientras caminaban de regreso. Encantada con sus rizos desordenados que el viento le mecía.

—Ya te dije que vamos a vivir en este lugar. —Le plantó un beso en la frente.

—Será una casa en Santa Marta —rio.

—Nunca te llevaría a vivir a una favela... Nunca —dijo con voz ronca—. Prefiero que vivas a miles de kilómetros de distancia de mí, antes de que tengas que hacerlo a mi lado en una favela.

—Solo estaba bromeando —confesó, al ver que Cobra se enserió.

—Lo sé. —Volvió a besarle la frente.

Se despidieron de los hombres de seguridad y en el camino hacia la moto, Cobra sintió a Elizabeth temblar. Sabía que tenía frío, y no era de extrañar, con la diminuta falda que llevaba puesta, que a él le alteraba los latidos y nervios.

Frente a la moto se quitó la chaqueta de cuero, se acuclilló frente a ella y se la ató a la cintura.

—Sé que tienes frío —dijo, subiéndole la camiseta y le dio un beso en el vientre.

—¿Y tú? —preguntó, metiendo sus dedos entre sus rizos, realmente le encantaba lo suave que eran, podía pasarse una eternidad acariciándolos.

—Soy de sangre caliente. —Se levantó, le guiñó un ojo y se mordió el labio con total seducción.

Elizabeth le sujetó el rostro con ambas manos y lo haló hacia ella, al tiempo que se puso de puntillas, sin poder contenerse de darle ese beso que se había ganado, por su gesto tan caballeroso.

Subieron a la moto y ella no quiso usar el casco, quería que el viento la despeinara y se le estrellara en el rostro, entonces Cobra tampoco lo usó.

Ella iba fuertemente abrazada a él, y en más de una oportunidad le besó el hombro, por donde se apreciaba la cobra tatuada que la tentaba, por lo que no solo le regaló besos, sino que también le dio algunos mordiscos, que seguramente dejarían marcas, pero al parecer eso a Alexandre no le importaba, porque cuando podía, la miraba fascinado por encima del hombro.

Cuando llegaban a algún semáforo en rojo, como premio por la tortura que se dejaba infligir en el hombro, ella se levantaba un poco y le ofrecía su boca, para que hiciera lo que le diera la gana, pero él solo tironeaba con sus dientes de su labio inferior.

—¿Te duele? —preguntó ella sonriente, metiendo debajo de su camiseta las manos, para que el torso de Cobra le brindara calor.

—Vas a cercenarme el hombro, pero hasta el dolor que me provocas lo disfruto.

—¿Ahora entiendes por qué permito que me muerdas? —Le rozó con las yemas de sus dedos la barba—. Si lo hiciera alguien más lo mandarían a la mierda.

—Esa bocota —gruñó y se acercó a morderle la barbilla, sintiendo que el corazón le explotaría de felicidad al saber que solo a él le permitía esa casi salvaje muestra de amor.

—Se me salió —dijo, totalmente apenada.

—Creo que se te ha pegado un poco el sucio vocabulario de los capoeiristas de la favela.

—Estoy yéndome a la cama con el más vulgar de todos, ¿qué esperabas?

—No esperaba menos —confesó a pocas calles de llegar a su destino.

CAPÍTULO 47

—Necesito ir al baño, me estoy haciendo pis —dijo urgida, justo en el momento que entraron al apartamento y se desataba la chaqueta que llevaba en la cintura.

—Ya sabes dónde queda —dijo él, lanzando las llaves de la moto sobre la mesa de madera frente al sofá.

Elizabeth corrió al baño, pero antes de llegar se regresó a buscar su móvil, que no había visto en todo el día, lo sacó de la mochila y volvió a correr hacia el baño.

Entró dejando la puerta abierta, porque casi no llegaba, se bajó la tanga de hilo y mientras orinaba se dispuso a revisar sus mensajes.

Cinco llamadas sin contestar y varios mensajes de su madre.

Cariño, no me has llamado.

¿Estás bien?

Elizabeth, me tienes preocupada.

¿Dónde demonios andas?

¿Por qué no respondes el teléfono?

¿Quién es ese amigo?

¡Elizabeth Garnett!, ¡cuando llegues a casa me vas a escuchar!

Por favor cielo, dime que te encuentras bien.

Responde mis llamadas, ya no sé qué decirle a tu padre.

—Mierda, mierda —dijo con manos temblorosas y el corazón saltándole en la garganta, sin poder parar de orinar.

Sin pensarlo mucho le devolvió la llamada a su madre.

—Mami...

—¡Elizabeth, por Dios! ¡¿Dónde estás?!... —reprochó entre molesta y aliviada—. Ya no sé qué decirle a tu padre... Eres una irresponsable, ¿cómo puedes desaparecer sin que te importe en lo más mínimo mi preocupación?... Te quiero aquí ahora mismo, y te voy a halar las orejas...

—Mamá... Mami..., por favor escúchame. Sé... Sé que he sido irresponsable, sé que te preocupas. Solo salí con un amigo, disculpa que no te haya contestado, es que fuimos al juego de Botafogo y de ahí fuimos al cine. —Lo último se lo inventó porque no iba a decirle que fue al Mirante Dona Marta y tuvo sexo con Cobra ante la mirada del Cristo Redentor—. Por eso no vi tus llamadas y no te había contestado. Dile a papi que estoy bien...

—Quiero que te vengas a la casa inmediatamente.

—Elizabeth, voy a pedir la pizza, ¿cómo la quieres...? —preguntó Cobra entrando al baño y dejó de hablar al ver que ella, por medio de señas desesperadas, le pedía que no hablara.

—¿Ese es tu amigo? —preguntó Rachell, quien lo escuchó desde el otro lado de la línea—. ¿Es el de la moto? Pásamelo —exigió Rachell.

—Mamá, por favor, no exageres... Solo no te atendí unas llamadas. Me estás avergonzando, recuerda que ya no soy una niña.

—Eso tendrás que explicárselo a tu padre, quien te está esperando para cenar.

—No voy a regresar a la casa esta noche —inhaló profundamente, consciente de que había pasado los límites—. Te he dicho que estoy bien. Ya es muy tarde, no traje mi auto y no voy a molestar a mi amigo para que me lleve.

Cobra le hizo señas, indicándole que podría llevarla, que por él no había ningún problema, pero Elizabeth negó exageradamente, el muy tonto no podía comprender que ella quería estar con él, que más allá del sexo, le agradaba mucho su compañía.

—Entonces pásame a tu amigo.

—No, mamá. Debes confiar en mí, no voy a pasártelo.

Cobra volvió a hacerle señas para que se la pasara, y Elizabeth volvió a negar, pero él le arrebató el teléfono.

—Buenas noches señora Garnett —dijo con voz calmada.

—Realmente no son buenas —dijo Rachell con autoridad—. En este instante quiero saber quién demonios eres, y más te vale que no hagas nada indebido con mi hija... Es mi hija, ¿entendido?

—Sé que es su hija, señora. —Sonrió al escuchar a la madre de Elizabeth, defendiéndola como si fuese una niña—. Y no sé qué considera usted indebido, pero daño no le voy a hacer. Le aseguro que se la llevaré hasta la puerta de su casa a primera hora.

—Quiero que traigas a mi hija ahora mismo.

—Ella no se quiere ir y acabamos de pedir pizza —comentó, echando un vistazo a cómo su Mariposa se pasaba una toalla húmeda entre las piernas.

—Lo estás arruinando —susurró Elizabeth, levantándose del retrete y subiéndose la tanga.

—Bien, entonces iré yo misma a buscarla...

Elizabeth le quitó el teléfono a Cobra.

—Mamá, ¿acaso ya no confías en mí? Te he dicho que estoy bien y que Alexandre es un buen amigo. Te prometo que mañana hablaremos personalmente.

—Elizabeth, amor... Confío en ti —dijo un poco más calmada—. Solo espero que no me decepciones... No hagas que me arrepienta de haberte brindado la confianza de una amiga y no la de una madre. No quiero que ahora que eres una mujer, tenga que ser más estricta contigo.

—Mamá, no voy a decepcionarte, lo prometo... Dile a papi que estoy bien, que estoy con unas amigas de la academia, inventa algo.

—Algún día tus mentiras me meterán en problemas con tu padre.

—No pasará.

—Eso espero, quiero que me llames a primera hora de la mañana, que no tenga que hacerlo yo Elizabeth. —Le advirtió—. Y dile a tu amigo que si hace algo indebido, yo misma le aplastaré las pelotas.

—Mi mamá dice que si te propasas, te aplastará las pelotas —dijo sonriente mirando a Cobra.

Él se acercó a ella y le dio un suave beso en el cuello.

—Solo iré hasta los límites que tú me pongas —murmuró en el oído y le chupó el lóbulo.

—Dice que no lo hará —modificó el mensaje de Cobra—. Prometo que te llamaré a las seis de la mañana, mamá. Te amo. —Finalizó la llamada y suspiró, gozando cada muestra de deseo por parte de Cobra, al tiempo que dejaba el teléfono sobre el lavabo.

—¿Solucionado el problema?

—Supongo que sí, lo máximo que puede pasar es que mi papá aparezca, y sin mediar palabras te dispare entre ceja y ceja.

—Si es el precio que tengo que pagar por pasar esta noche contigo, será bien recibido —dijo, estrechándola entre sus brazos—. ¿Cómo quieres la pizza?

—Que no sea picante, todo lo demás lo disfruto... Tengo mucha hambre y te invito a que me sorprendas.

—Bien, si quieres puedes ducharte, pido la pizza y te alcanzo. —Dejó de abrazarla y se alejó un par de pasos.

—Sí, necesito darme un baño urgente.

—En el mueble hay artículos femeninos y un cepillo de dientes. Supuse que necesitarías todo eso, aunque no sé si sean de tu agrado —anunció, señalando el mueble al lado del lavabo.

Elizabeth no sabía cómo definir las emociones que estallaron en su interior ante las palabras de Cobra, no sabía si era emoción, ternura o pasión.

—¿Acaso te molesta que use tus cosas? —Se esforzó por parecer seria, pero verdaderamente le estaba jugando una broma—. ¿Te da asco que use tu cepillo de dientes? —aseguró, fingiendo tristeza.

Cobra acortó la poca distancia que los separaba, le acunó el rostro y la besó, aspiró su aliento y saboreó con su lengua en varias oportunidades esa boca que lo enloquecía.

—Para nada me molesta, puedes seguir usando todas mis cosas, puedes usar todo de mí si así lo quieres. Solo pensé que preferirías un aroma más femenino... Es poco lo que sé de mujeres y sus preferencias... ¿Acaso crees que podría sentir asco de ti, cuando eres plenamente consciente de cuánto disfruto de todas tus partes húmedas?

A Elizabeth las piernas empezaron a temblarles y los pezones le cosquilleaban, hasta el punto de despertar agonía. Miró esos ojos que mostraban las pupilas totalmente dilatadas, y estaba segura de que las de ella se encontraban iguales.

—No lo dije en serio —dijo en un hilo de voz.

—Aunque no lo hayas dicho en serio, es importante que lo sepas. Me gusta cada rincón de tu cuerpo.

—Ahora que ya lo sé, ¿podrías ir a pedir la pizza? Porque necesito alimentarme y reponer fuerzas, quiero estar preparada para ofrecerte todas mis partes húmedas, quiero que naufragues toda la noche en mi cuerpo.

—Eso haré, juro que lo haré —prometió y le dio un chupón en los labios—. ¿Sabes qué? No quiero alejarme ni un centímetro de tu cuerpo. ¿Por qué no me prestas tu teléfono y hago el pedido desde aquí? —propuso.

Elizabeth agarró el teléfono, lo desbloqueó y se lo pasó, viendo que Cobra se sabía de memoria el número de la pizzería que estaba a dos calles del edificio, porque eran los encargados de alimentarlo de manera muy seguida, debido a que nunca tenía tiempo para llegar a un restaurante y comer, mucho menos para ponerse a cocinar.

Hizo el pedido mientras observaba atentamente cómo Elizabeth se desnudaba, provocando que las palpaciones en el glándulo de su mejor amigo empezaran a ser perceptibles, lo que inevitablemente terminaría en una tremenda erección, pero debía controlarse, respirar profundo y evitar que eso pasara, porque no era momento para tener sexo, debía esperar al menos una hora.

Dejó el aparato sobre la encimera del lavabo y se desvistió rápidamente, ante esa mirada y sonrisa de Elizabeth, que conjugaba perfectamente picardía y ternura.

—Olvidé buscar mis productos. —Cayó en cuenta ella, una vez que estaba bajo la regadera.

—Puedes usar los míos.

Elizabeth se paseó una vez más por los envases que estaban en los peldaños empotrados dentro de la ducha; admirando la línea completa para el cuidado del cabello rizo, por eso los suyos eran tan perfectos; sonrió al pensarlo.

No demoraron mucho duchándose, porque sabían que la pizza podía llegar en cualquier momento.

Cobra no disponía de ningún albornoz, solo tenía toallas, por lo que ella se envolvió una alrededor del cuerpo y otra en los cabellos, mientras que él se puso una a la altura de las caderas y permitió que el agua que chorreaba de sus rizos mojados, le bajara por la espalda.

Justo en el momento que salían del baño llamaron a la puerta, por lo que Cobra regresó a donde había dejado los *jeans* y sacó del bolsillo la billetera.

Pagó la pizza y además le dio la propina al joven que le entregó la casa.

—¿Llevo las cervezas? —preguntó Elizabeth, paseándose por la pequeña cocina.

Definitivamente sería bastante incómodo que más de dos personas vivieran en ese apartamento, todo era tan reducido que nada podía perderse.

—Sí, por favor —dijo, poniendo sobre la mesa de madera la pizza y a un lado la billetera.

Elizabeth llevó dos latas de cervezas y empezaron a comer. Ella, como si estuviese en su casa, agarró el control y encendió el televisor empotrado en una de las paredes de ladrillos, pintados de blanco. Transmitían en ese momento las noticias de horario nocturno.

El lugar era acogedor, solo que le faltaba un poco de cariño. Irremediablemente dejó de prestarle atención a la televisión y empezó a imaginar cómo se vería si ella tuviera la oportunidad de decorarlo.

Sin duda alguna tiraría a la basura todos esos muebles que Cobra tenía y los cambiaría por unos más actuales.

La cocina la ampliaría un poco, si igual no usaba el área que supuestamente era para el comedor, y desaprovechaba ese espacio que estaba totalmente vacío.

—¿Qué tanto piensas? —preguntó él al verla tan callada—. Si quieres puedo llevarte a casa —dijo entregándole un pedazo de pizza, del cual caían algunos hilos de queso derretido.

—No quiero irme. —Recibió el trozo y le dio un mordisco—. Solo me preguntaba por qué los hombres son tan elementales y descuidados —comentó y él enarcó ambas cejas, demostrando que no entendía a qué se refería con ese comentario—. Este lugar podría ser más lindo, solo si me permitieras...

—No —intervino él—. No lo permitiré.

—Solo quiero darle un poco de vida, otros muebles...

—Tu presencia le da toda la vida que necesita. No quiero muebles, contigo es suficiente.

—Y cómo haces cuando yo no estoy.

—Simplemente no le pongo atención. Elizabeth, paso muy pocas horas en este lugar... Cuando no estoy trabajando, estoy en las rodas o surfeando, y los fines de semana, cuando puedo, voy a visitar a mi familia; tampoco voy a invertir en un lugar que no es mío y que está a punto de colapsar.

—Supongo que tienes razón, solo te proponía un poco de comodidad.

—¿Crees que soy un hombre de comodidades? —comentó levantando un pie y apoyándolo en el sofá, por lo que la toalla se abrió, dejando expuesta su pierna ligeramente velluda.

—No lo parece, pero eso no quiere decir que no la merezcas... Cuéntame un poco de tu familia.

Cobra agarró la cerveza y le dio un gran trago.

—No hay mucho que contar, a mi hermano ya lo conoces.

—¿Solo tienes un hermano? —preguntó sin poder controlar su curiosidad.

—Sí.

Elizabeth se quedó mirándolo en silencio, queriendo comprender algunas cosas, porque si supuestamente no se la llevaba bien con el hermano, entonces a quién visitaba los fines de semana.

Tal vez, era momento de preguntarle si tenía mujer e hijos, pero le dio mucho miedo hacerlo, nunca se había imaginado en el papel de amante, y realmente no quería serlo, no quería destrozar las ilusiones de ninguna otra mujer.

Hizo a un lado la pizza porque repentinamente sentía como si una piedra enorme se le hubiese alojado en el estómago.

—¿Qué quieres preguntar? —habló Cobra al darse cuenta del cambio de actitud en Elizabeth.

—Nada, no tengo más preguntas.

—¿Segura?

—No lo sé —dijo con voz ronca, porque estúpidamente sintió ganas de llorar.

Él también dejó de lado el pedazo de pizza y la sujetó por la muñeca, halándola hacia él.

—Voy a visitar a mis padres. —Le dijo abrazándola, con la certeza de que ella quería saber a quiénes visitaba los fines de semana.

—Lo imaginé —mintió y se sentía realmente estúpida por haber pensado en otra cosa y no en los padres.

—Pensé que tenías mucha hambre, pero apenas has probado tu comida.

Elizabeth agarró el pedazo y le dio otro mordisco, solo por complacerlo.

Cobra sonrió al percatarse de que ella se estaba esforzando y le pellizó la nariz.

—Déjalo así, seguro que en un par de horas tendrás hambre nuevamente. —Se acercó y le dio un beso, apenas un contacto de labios.

Él no le permitió que se alejara, le sujetó el rostro y la besó con vehemencia.

Elizabeth correspondió con gran entusiasmo, sintiendo la imperiosa necesidad de entregarse a ese hombre, tal vez porque aún hacía mella en su ser, haber pensado que en ese momento existía otra mujer en su vida.

—Vamos a la habitación —propuso él, quitándole la toalla que llevaba en el cabello.

En medio de besos se levantaron del sofá, caminaron sin dejar de besarse ni de acariciarse. Ella le quitó la toalla de las caderas y él casi inmediatamente también se la quitó a ella, dejándolas en medio de la sala.

Se dejaron caer en el colchón, besándose, y en medio de abrazos, permitían que sus cuerpos se rozaran.

—Espera un segundo —dijo él.

—No, no... —dijo ella, encarcelándolo entre sus piernas—. Solo permito que te alejes para que vayas por el preservativo, y por tu integridad, espero que te lo pongas rápido.

Él sonrió, provocando que ella también lo hiciera.

—Voy por algo mejor. —Llevó sus manos a las pantorrillas de Elizabeth, para que desenlazara las piernas de sus caderas.

Se levantó del colchón y caminó hasta el escritorio, abrió el cajón, sacó unos papeles y regresó con ellos hasta donde estaba Elizabeth.

—Aquí tienes. —Le ofreció y ella recibió los documentos.

—¿Esto qué es? —preguntó antes de leer.

—Míralos —instó, con la mirada puesta en los papeles.

Elizabeth se percató de que el primero era el permiso de porte de armas, y estaba a nombre de Alexandre Nascimento.

—Es legal, no es robada, ni se la he comprado a ningún delincuente —confesó, sacando de debajo del colchón la pistola y la desarmó en cuestión de segundos—. Puedes verificar la serie.

Elizabeth sonrió y agarró el arma, no por comprobar la serie, puesto que le creía, y en ese instante podría creerle cualquier cosa; la tomó por el simple placer de tener en sus manos algo a lo que él, evidentemente, le tenía aprecio.

Ante la mirada atenta y sorpresiva de Cobra, la armó en segundos.

—Sabía que tenías conocimientos de armas.

—Un poco, mi padre me ha enseñado. Tengo una como esta en Nueva York.

—Entonces te llevaré a un lugar para que practiquemos.

—Suelo ir dos veces por mes al polígono con mi padre.

—No vamos a ir a un polígono, te llevaré a un lugar mejor... Ahora mira el otro documento.

Elizabeth pasó la hoja y se encontró con lo que suponía eran unos resultados médicos.

—Estoy totalmente sano, me los realicé esta semana... Si no confías en mí, tiene el sello y la firma del laboratorio. —Ella clavó su mirada gris azulada en los ojos de él—. No quiero usar más preservativos, el maldito látex me irrita, no importa qué marca ni todas esas mierdas publicitarias de

sensibilidad de las que alardean, soy sensible al látex —explicó con voz ronca, sin poder ocultar los nervios que lo azotaban. Elizabeth volvió una vez más la mirada a los resultados—. Si no te estás cuidando, puedes estar tranquila, uso el chip para evitar...

—Para un poco, por favor —intervino Elizabeth mirándolo una vez más a los ojos, y él se detuvo inmediatamente—. ¿Por qué me das tantas explicaciones para decirme que quieres tener sexo sin protección?

—Porque quiero hacerlo contigo sin ninguna barrera de por medio y quiero que te sientas segura.

—Bien, pero me muestras todo esto... —dijo pasando una hoja tras otra—, para que me asegure de que no tienes ningún tipo de enfermedad sexual, pero ¿qué hay de mí...?

—Sé que no tienes ningún tipo de enfermedad.

—¿Cómo puedes saberlo? —preguntó, dejando a un lado los resultados médicos y le ofreció sus manos, a las que él se aferró y les dio un apretón realmente reconfortante.

—Te he mirado muy bien. —Le echó un vistazo a la zona sur de Elizabeth—. Además, eres hermosa, te ves sana... Sé que es una estupidez, que la belleza no tiene que ver con la salud. —Se maldijo internamente por ser un completo tarado cuando estaba bajo esa mirada cristalina.

—No, no tiene nada que ver. —Sonrió negando con la cabeza, y ahí estaba él una vez más, sonriéndole nerviosamente, mostrando esos lindos dientes, que despertaban en ella ternura—. A veces las bonitas son las peores, porque tienen más oportunidades, pero tranquilo *gatão*, estoy completamente sana, claro, dejemos por fuera los problemas mentales, esos en este momento no cuentan.

—No tienes problemas mentales.

—Oh, sí que los tengo —afirmó con exageración—. No es normal que tenga sexo con mi rival.

—No soy tu rival, no quiero serlo.

—Pero yo sí quiero que lo seas, no voy a dejarte en paz hasta vencerte.

—Elizabeth, eso no voy a permitirlo... Y creo que es algo que ya hemos conversado.

—No quiero que lo permitas, te lo he dicho. —Le soltó las manos y lo sujetó por el cuello, al tiempo que se le sentaba ahorcadas, pegó su frente a la de él, y lo besó, dándole vida al más sensual e intenso movimiento de caderas.

Cobra gruñó y se le aferró a los cabellos, correspondiendo con desmedido afán al beso húmedo que Elizabeth le ofrecía.

—Me enloqueces Elizabeth —murmuró con el pecho a punto de reventar, experimentando la maravillosa sensación de cómo su pene se tensaba y palpitaba con cada roce de los pliegues mojados.

—Eso quiero, quiero dejarte de remate —dijo ella sonriente, sin permitir que sus caderas se detuvieran ni un segundo.

—Así estoy en este preciso momento... Me gusta cómo te mueves, me gusta cómo nos compenetramos, así... De una forma increíblemente perfecta... Quiero que sea infinito —anheló con sus labios temblorosos sobre los furiosamente sonrojados de ella.

Le sujetó la cintura, y con un rápido y contundente movimiento, la estrelló contra el colchón. Ella sonrió ante el inesperado arrebató, y él la vistió con su caliente y desnudo cuerpo.

Elizabeth se estremeció al sentir el peso del cuerpo de Cobra sobre el suyo, disfrutando de ese caliente aliento que le quemaba el rostro, y esa arrolladora mirada que tantas ganas demostraba; le ofreció besos que él recibió gustoso.

—Hazme tuya Alexandre Nascimento, entra en mí —suplicó, tratando con una mano de sujetar el pene para guiarlo hasta su vulva, mientras que con la otra se le aferraba a la espalda.

Cobra atendió a su petición y la invadió poco a poco, abriéndose espacio, pliegue a pliegue, sintiéndola suave, húmeda y caliente. Nada se comparaba con experimentar las sensaciones que provocaba en él tenerla piel a piel, sin ninguna barrera que se interpusiera entre ellos.

Elizabeth se le aferraba a la espalda y a su culo, moviéndose bajo su cuerpo y mirándolo a los ojos, indicándole con la mirada y jadeos que le gustaba cada roce.

—Moría por sentirte así... Nada en el mundo se iguala a sentirte así... —expresó él, moviendo su pelvis con intensidad, entrando y saliendo con rapidez y contundencia.

Sujetó con fuerza los muslos de Elizabeth y le elevó las piernas, dejándolas descansar sobre sus sudados antebrazos. Ella subió un poco el torso, fijando por un momento su mirada donde él conseguía invadirla totalmente, donde entraba en su ser de manera definitiva, y salía inundado de ella.

Con roncros jadeos y gruñidos intensos, Cobra alcanzó el estado perfecto, y Elizabeth lo siguió a los segundos, repitiendo una y otra vez su nombre, premiándolo al decirle que lo estaba disfrutando.

Él se dejó caer cansado sobre ella; sin embargo, seguía cubriéndola de besos, mientras la alteración de sus sentidos volvía a la normalidad y se miraban a los ojos.

La noche fue corta para ambos, tuvieron sexo las veces que los cuerpos y las ganas les permitieron, con recesos en los cuales terminaron la pizza y tomaron más cervezas.

Elizabeth despertó con mucha sed, y Cobra estaba rendido, víctima del cansancio.

Miró el reloj y eran las cinco y cuarto de la mañana, suponía que no solo debía ir a la cocina por agua, sino también al baño a prepararse, porque le había prometido a su madre que estaría en casa a primera hora y no quería defraudarla.

Caminó hasta la cocina y calmó la sed abrazadora. Estaba dispuesta a ir al baño, pero vio sobre la mesa la billetera de Cobra e inevitablemente la curiosidad empezó a dominarla, y tenía que aprovechar que él estaba dormido.

Sabía que debía respetar las cosas ajenas, pero no podía controlar sus pies que la llevaban hasta la mesa, sin pensarlo y con las manos temblorosas, agarró la billetera de cuero marrón y algo desgastada por el uso, la abrió y lo primero que buscó fue el documento de identificación, más que por comprobar el nombre, era por saber la edad.

—Treinta y cinco años —murmuró después de calcular, sin poder definir cómo se sentía al descubrir que el hombre con el que se acostaba le llevaba doce años, y que casualmente cumplía años el mismo día que su padre.

Se alentaba a suponer que la diferencia de edad no tenía nada que ver, las sensaciones que él despertaba en ella serían las mismas si tuviese veinticinco o cincuenta, lo que le atraía de ese hombre era una cuestión de actitud y no de edad.

Necesitaba saber un poco más y sus dedos empezaron a rebuscar entre los compartimientos, en ese momento cayó sobre la mesa lo que parecía ser una fotografía, pero de cara a la madera.

—Elizabeth.

Mierda... mierda —pensó, con el corazón en la garganta al escucharlo a su espalda; la iba a pillar revisándole la billetera, trató de calmarse y se bajó lentamente para sentarse en el sofá, mientras trataba de mantener escondida la billetera, con un movimiento ágil la puso en la mesa, sobre lo que suponía era una fotografía y agarró rápidamente su mochila.

—¿Necesitas algo? —preguntó él, mirándola con un poco de desconfianza, porque estaba seguro de que ella estaba haciendo algo indebido.

—No. —Se aclaró la garganta y empezó a rebuscar en su mochila—. Es que ya es hora de bañarme, pero había olvidado darte esto. —Se puso de pie y le entregó la fotografía con la amenaza que le habían dejado en el auto.

Cobra la recibió, pero antes de mirarla, le echó un vistazo a su billetera sobre la mesa.

—Voy a ducharme, tengo que darme prisa. —No podía ocultar el nerviosismo, le plantó un beso en los labios y pretendía huir, pero él la retuvo.

—Espera un minuto. —Le pidió y miró el papel que ella le había entregado—. ¿Recuerdas que te hayan tomado esta fotografía?

—No, en ningún momento... Quien quiera que la haya tomado, lo hizo sin que me diera cuenta.

Cobra, con el ceño fruncido, siguió mirando atentamente la foto.

—Esto no es ninguna broma, deberías preguntarle directamente a Priscila.

—Fue ella —aseguró—. Y aunque le pregunte no me lo va a decir.

—¿Estás segura de que fue ella?

—Prefiero pensar que sí —comentó desviándole la mirada, al tiempo que se despertaba en ella el miedo que le provocaba suponer que no era un estúpido juego producto de los celos de Priscila, sino que verdaderamente era el asesino que tenía aterrorizada a todas las mujeres de Río.

—Deberías denunciar esto —sugirió.

—No voy a hacerlo, mis padres se enterarían y no quiero que mi papá se preocupe por una tontería que me hizo Priscila.

—Creo que tienes razón, no es necesario alarmar a nadie —dijo acariciándole la mejilla, intentando tranquilizarla—. Ve a ducharte y no te preocupes por esto. —Le pidió, no quería asustarla y que cumpliera su promesa de marcharse antes de la fecha prevista, porque él quería tenerla a su lado todo el tiempo posible.

Elizabeth asintió con nerviosismos y se fue al baño.

Cobra se quedó mirándola, hasta que la vio entrar a la habitación. Dejó sobre la mesa la hoja y agarró su billetera, entonces vio sobre la mesa una fotografía, que estaba seguro debía estar dentro de su cartera.

Al mirarla, se encontró con la tierna imagen de un niño de aproximadamente un año, de cabello rubio y ojos verdes. Sonrió al verlo, pero también sintió preocupación al darse cuenta de que Elizabeth había descubierto a Jonas; tal vez debía enfrentarla y aclarar la situación, pero si ella no había pedido explicaciones, él no tenía por qué dárselas.

Volvió a guardar la fotografía en su lugar, y se llevó la billetera y la guardó en el cajón del escritorio, desde ahí pudo escuchar el agua de la regadera.

Entró al baño y se ducharon juntos. Cobra esperaba que ella comentara algo sobre Jonas, pero no lo hacía y no había notado ningún cambio de actitud en ella.

Casi cuarenta minutos después la dejaba a una calle de la casa de su abuelo, y no se marchó hasta ver que entraba a la propiedad. Si se daba prisa, aún podría llegar a tiempo al trabajo.

CAPÍTULO 48

Elizabeth se escabulló por el jardín y entró por la puerta de la biblioteca, atravesó el pasillo de cristal y subió las escaleras del ala norte de la casa; suplicando no encontrarse con nadie, suponía que a esa hora debían estar desayunando.

Suspiró aliviada cuando llegó victoriosa a la segunda planta, y el pasillo que llevaba a las habitaciones estaba completamente solo, apresuró el paso y abrió la puerta de su alcoba.

—¡Mamá! —Se impresionó al verla parada con los brazos cruzados y una mirada inquisidora—. ¿Qué haces aquí? ¿Por qué no estás desayunando? —preguntó, tratando de no mostrarse nerviosa. Caminó hasta la cama, dejándose caer sentada para empezar a quitarse las botas.

—La estaba esperando, señorita —dijo seriamente.

Rachell se dirigió hasta la cama de Violet y también se sentó, observando cómo su hija dejaba caer una de las botas en la alfombra. Percatándose de que no traía ni un poquito de maquillaje, y el cabello lo tenía totalmente descuidado.

Elizabeth miró su reloj de pulsera, mientras sentía que los latidos del corazón empezaban ahogarla.

—He llegado a la hora prometida —dijo y empezó a quitarse la otra bota—. Como ves, no me ha pasado nada malo.

—Elizabeth, ¿quién es el hombre con el que estás saliendo?

—Es un amigo, ya te lo dije.

—¿Tienes sexo con ese amigo? —preguntó a quemarropa.

—¡Mamá! —reprochó, alarmada.

—Elizabeth, no intentes mostrarte más perturbada que yo —recreminó con la autoridad de madre.

—¿Qué quieres que te diga?

—La verdad. Explícame, no puedes andar por ahí acostándote con hombres que apenas conoces... Siempre he respetado tu libertad sexual, tanto como para no decirle nada a tu padre, pero esto verdaderamente me preocupa.

—Mamá, solo es un amigo.

—¿Y no tienes algo más que decir, que solo: «solo es un amigo»?

—Es que me tienes nerviosa... Me miras como si estuviese haciendo algo verdaderamente malo.

—No pretendo hacerte sentir culpable por lo que haces, solo te estoy pidiendo explicaciones, como lo haría cualquier madre que se preocupa por sus hijos.

—Se llama Alexandre, es un amigo... Y sí, estoy teniendo sexo con él, y nos estamos cuidando. Lo conozco desde hace un mes... ¿Contenta?

—¿Solo eso? —expresó, como si fuera mínimo lo que acababa de decirle—. No me interesa saber si tienes o no sexo con él, lo que me interesa saber es si es un hombre honorable, con el que merezca la pena acostarte.

—No me pidas que lo presente, porque no lo voy a hacer... Confío en que es un buen hombre. —Se apresuró a decir, porque ya sabía por dónde venía su madre.

—¿Y cuáles son tus planes con ese supuesto buen hombre?

—No tengo planes, no tengo por qué tenerlos... Mamá, no soy de las mujeres que les guste planificar las cosas, prefiero vivirlas a la medida en que van pasando... Además, está Luck —susurró, bajando la mirada a sus rodillas.

—Entonces, ¿no quieres nada serio con ese tal Alexandre? —questionó mirando a su hija, reconociéndose a ella misma a esa edad.

—Por supuesto que no... Alexandre... —Se mordió el labio, sintiendo que los nervios aumentaban cada vez más—. Es tan complicado... Realmente no quiero nada serio con él, somos amigos.

—Lo mismo decía yo y le parí tres hijos a «mi amigo» —comentó mirándola con seriedad—. Tienes que aclarar tus sentimientos.

—No me presiones, mamá, porque sabes que quiero a Luck, y él está por encima de todo.

—No puedes ponerlo por encima de ti... —suspiró, estiró sus manos y agarró las de su hija—. No están haciendo las cosas bien, ninguno de los dos.

—Mamá, ya llegará el momento... Tal vez cuando me enamore de verdad decida hablar con Luck, pero por ahora no. Alexandre no es el hombre al que quiero amar —confesó, mirándola a los ojos. Rachell le soltó una mano y le acarició la mejilla a su adorada hija, quien poseía realmente un corazón muy bondadoso—. ¿Tú nunca tuviste sexo con un hombre que simplemente te gustara y ya? Es decir, pura atracción sexual. —Se permitió preguntar con total confianza, porque su madre a muy temprana edad se la había brindado.

—Sí, una vez... Pero en ese momento, en mi vida no había otro hombre... Sé que tu situación no se compara en nada con la mía, y que deseas experimentar tu sexualidad, pero procura que sea con alguien que verdaderamente valga la pena... ¿Crees que Alexandre es reservado?

—Sí, de hecho, es un poco solitario. Me gusta hacerle compañía... Mamá, es un buen hombre, pero no puedo presentártelo, porque no quiero que se haga falsas ilusiones.

—Está bien, respeto tu decisión, solo te pido, por favor, que me mantengas informada cada vez que salgas con él. —Se levantó y le dio un beso en la frente—. Otra cosa, quiero verlo, al menos por fotografía.

Elizabeth tragó en seco, no podía mostrarle una fotografía de Cobra, primero porque no tenía; y segundo porque su madre se daría cuenta de que no era un chico relativamente de su edad, sino un hombre que le llevaba doce años, y no estaba segura si al enterarse de la diferencia de edad, seguiría consintiendo que saliera con él.

—Por hora no tengo, pero le tomaré una y te la muestro —mintió, ya después buscaría excusas para darle larga al asunto.

—Está bien, ahora arréglate un poco y baja al jardín... Recuerda que estamos aquí para compartir con la familia.

—Sí, mamá, en unos minutos bajo. —Sonrió, levantándose de la cama.

—Bien. —Rachell sonrió y antes de salir de la habitación, llamó la atención de su hija—. Princesa...

—¿Sí, mamá?

—Gracias por hablarlo conmigo. Valoro mucho tu confianza.

—Yo también valoro la tuya... Y perdona la angustia que te causé ayer.

—No hay nada que perdonar, solo mantenme informada.

—Lo haré... Te quiero.

—Yo más. —Rachell se despidió lanzándole un beso, y salió de la habitación, dejando a una pensativa Elizabeth, que se encaminó al baño para darse una ducha y bajar.

Casi media hora después, estaba lista para salir, pero antes de hacerlo, decidió buscar su móvil en la mochila negra estampada con mariposas tornasoladas.

Al revisarlo, se encontró con una llamada perdida de Cobra. Por una fracción de segundo pensó en devolverle la llamada por la tarde, pero su curiosidad por saber para qué la había llamado le ganó, e inmediatamente remarcó.

Cobra sintió el teléfono vibrarle en el bolsillo de los *jeans* y por más que quisiera verificar quién lo llamaba, no podía hacerlo, porque estaba reunido con su jefe inmediato.

Imaginaba que era Elizabeth, y lamentaba no poder responder, seguramente pensaría que no le interesaba.

Elizabeth resopló para liberar un poco la frustración que la invadió, después de que intentara en dos oportunidades comunicarse inútilmente con Alexandre.

Dejó de intentarlo y se guardó el teléfono en el bolsillo trasero del *short* de *jean* que se había puesto, y bajó a reunirse con su familia.

En el jardín aún desayunaban, en medio de una alegre conversación.

—Buenos días —saludó a la familia.

—Buenos días —correspondieron al unísono.

—Hoy caerá una lluvia de meteoritos —dijo al ver que Oscar se había levantado temprano, se sentó justo al lado de él y le revolvió un poco el cabello. Estaba segura que su padre lo había obligado.

—¿Cómo va tu relación con Priscila? —preguntó Samuel, mientras le untaba mermelada de mango a una tostada.

—Más o menos —respondió Elizabeth, dejando a un lado del plato el teléfono, y empezó a servirse un poco de fruta; evitando mirar a su padre—. No hemos tenido mucho tiempo para hablar.

—¿Dónde fue la roda nocturna?

Sabía que su padre estaba buscando la manera de enterarse a dónde había pasado la noche, y no tenía la más remota idea de qué excusa le había dado su madre.

—No recuerdo el nombre, me lo dijiste anoche cuando hablamos, pero inmediatamente lo olvidé —comentó Rachell, tratando de cubrir a su hija—. Suelo confundir a las chicas.

—Fue en casa de Romana —contestó Elizabeth, quien ágilmente atendió la ayuda que su madre le estaba prestando—. Aunque Priscila no fue, supongo que es por lo de la operación de su padre.

Samuel miró a Rachell y volvió a mirar a Elizabeth, ninguna de las dos se atrevía a encararlo, suponía que le estaban ocultando algo, pero no pretendía ponerse paranoico.

—Hoy llevaré a Violet y a Oscar a ARDENT, ¿quieres acompañarnos?

—Sí, me encantaría... Iré a la academia por la tarde.

—Eli, tío Ian prometió que me enseñará el avión que va a regalarme —comentó Violet, emocionada, mientras agarraba un pan dulce—. Pero dice que solo podré sacarlo de ARDENT cuando cumpla mi mayoría de edad.

Todos miraban sonriente a la niña, al verla tan ilusionada.

—Sí, es necesario, ¿recuerdas que no pude obtener mi permiso de conducir hasta que no cumplí la edad requerida? —Violet asintió mientras masticaba, saboreando la ralladura de coco que tenía el pan—. Supongo que lo mismo pasa con los aviones. —Le comentó sonriente.

—También le dije a papi que me llevara el domingo a mi práctica de surf con Alexandre, porque tú no puedes.

Elizabeth casi se ahogó con el jugo de maracuyá, tragó grueso para pasarlo, mientras fingía una sonrisa y el corazón se le iba a salir del pecho.

—Amor, lo hará Oscar, ya después conoceré a tu amigo Alexandre —intervino Samuel, provocando que Elizabeth respirara con alivio—. Tengo un compromiso importante que atender, pero sí quiero reunirme con Alexandre, para agradecerle lo que hizo por Oscar.

—Avô dijo que podía venir a casa, lo voy a invitar —dijo, emocionada.

—Sí, puedes invitarlo a cenar el domingo —intervino Reinhard.

El corazón de Elizabeth volvió a retumbar con fuerza, y aunque todos estaban hablando, para Rachell no pasó desapercibido el nombre del hombre que había rescatado a Oscar, y que casualmente, se llamaba igual que el hombre con el que estaba saliendo su hija mayor.

—No creo que venga —intervino Oscar—. Él aprovecha los domingos por la tarde para visitar a

su familia en Niterói, es el único día que puede hacerlo.

Elizabeth miró a Oscar, al parecer su hermano sabía mucho más de Alexandre que ella, y no iba a desaprovechar esa oportunidad, ya tendría tiempo e ingenio para saber más de la misteriosa vida del hombre con el que estaba teniendo sexo.

—¿Todo preparado para la fiesta sorpresa de Aninha? —preguntó Rachell, para cambiar de tema, porque notaba a millas el nerviosismo en Elizabeth.

—Sí, ya está todo preparado... Hoy llevarán a la decoradora a la isla y le presentarán el menú a Helena —comentó, al tiempo que pinchaba con el tenedor un trozo de sandía.

En ese momento su teléfono, el que se le había olvidado poner en vibración, sonó, atrayendo la atención de todos en la mesa.

Elizabeth vio que era una llamada entrante de Alexandre, y de manera inmediata agarró el teléfono, para evitar que Oscar se percatara del nombre. Tenía la firme convicción de desviar la llamada, pero fue más poderoso el impulso que la obligó a levantarse de la mesa.

—Disculpen, necesito contestar esta llamada, es importante. —Se excusó con su familia, sobre todo con su padre, a quien no le gustaba que se llevaran los teléfonos a la mesa.

—Ve tranquila —concedió Reinhard, al percatarse de que Samuel con su estricto carácter, no estaba contento de la interrupción a causa de la llamada.

Le sonrió a su abuelo y atendió la llamada.

—Hola —saludó mientras se alejaba rápidamente, perdiéndose en el jardín.

—Hola, disculpa que no te haya respondido.

—No te preocupes, solo quería saber para qué me habías llamado.

—Quería saber cómo te había ido con tu madre. —Estaba sentado en la mesa de la esquina de la cafetería, mientras revolvía el café y le hacía una seña al mesonero para que dejara el sándwich que le había traído.

—Bien, por mi mamá no te preocupes, la mayoría del tiempo suele ser muy comprensiva.

—Eso me tranquiliza, no quiero que tengas problemas con tus padres por mi culpa. —Se detuvo para darle un sorbo a su café—. ¿Qué haces? —preguntó, para cambiar de tema y hacer su desayuno más entretenido.

—En este momento hablando contigo.

Elizabeth, como siempre, robándole sonrisas.

—Siempre consigues que mis preguntas terminen siendo estúpidas.

—No es mi culpa, es que haces preguntas estúpidas —dijo sonriente, al tiempo que arrancaba una cayena roja—. Estaba desayunando con mi familia.

—Entonces no te quitaré más tiempo. —Justamente en ese momento le entraba otra llamada, alejó el teléfono de su oreja para mirar la pantalla, encontrándose con la imagen de Luana—. Sigue con el desayuno.

—Está bien, sé que también debes estar ocupado.

—Un poco —confesó, sabía que no podía extenderse en la llamada con Elizabeth, porque debía atender la de Luana—. ¿Puedo llamarte por la noche?

—Sí, claro que puedes.

—Bien —dijo, con las ganas latentes de ser un poco más cariñoso, tal vez enviarle un beso o decirle cuánto deseaba estar con ella, pero ser expresivo nunca había sido su fuerte.

—Que tengas un buen día —deseó Elizabeth.

—Me diste motivos durante toda la noche para tener el mejor de los días —dijo.

—Me alegra saberlo, porque puse todo de mi parte para que así fuera —bromeó, y por su cabeza pasaban ardientes recuerdos de lo vivido la noche anterior, lo que provocó que su cuerpo respondiera, anhelando las caricias de esas manos ásperas—. Te dejo trabajar. —Sin que él se lo

esperara, y por impulso, le lanzó un beso; colgó inmediatamente, para no darle tiempo a que reaccionara.

Cobra se emocionó como si fuese un tonto enamorado, pero no pudo vivir plenamente la maravillosa sorpresa de Elizabeth, porque Luana seguía insistiendo.

Atendió la llamada en la que la persona al otro lado le exigía que le llevara pañales y leche para Jonas.

—¿No le llevé la semana pasada? —preguntó, sorprendido.

—Se le terminó y lo necesita —dijo la voz femenina al otro lado.

—Bien, te lo llevaré por la noche, ahora estoy por regresar al trabajo. —Le dijo y se despidió rápidamente, porque necesitaba aprovechar los pocos minutos que le quedaban para desayunar.

Violet no cabía en sí de la felicidad, por primera vez visitaba ARDENT, y lo hacía en compañía de sus hermanos, su padre y su abuelo. Miraba por la ventanilla del avión los inmensos galpones, algunos aviones y la casi interminable pista de prueba.

Cuando la aeronave estaba por aterrizar, pudo ver a varias personas reunidas, entre las cuales estaban su tío Ian y su primo Liam.

Cuando el avión se detuvo, se quitó con rapidez el cinturón de seguridad.

—¿Puedo ir primero? —Le preguntó a su padre, quien estaba sentando a su lado.

—De acuerdo. —Le sonrió con dulzura.

—Gracias Avô, seguro que este día no lo olvidaré nunca —dijo emocionada, mirando a su abuelo, a quien lo tenía en frente, junto a Oscar.

En cuanto abrieron la puerta del avión, Violet corrió por el pasillo.

—Gracias, gracias. —Emocionada agitó su mano a la tripulación que le sonreía—. ¡Tío! —Lo llamó desde el primer escalón y sin perder tiempo, empezó a bajar las escaleras.

—Hola pequeña Violet —saludó acercándose a ella y la cargó—. ¡Bienvenida!

—Gracias, esto es impresionante —confesó tratando de quitarse algunos cabellos de la cara, que el viento agitaba, y le dio un beso en la mejilla, sintiendo cómo los pelos de la barba le pinchaban los labios—. Me gustaría mi avión como ese de allá. —Señaló una aeronave militar—. Pero no me gusta ese color, ¿puedo cambiárselo?

—Ese avión no es comercial —rio divertido ante las pretensiones de su sobrina—. ¿Segura que no quieres uno más pequeño?

Violet torció la boca en un gesto pensativo.

—No sé... ¿Puedo verlos todos?

—Sí, claro que puedes ver todos los que desees.

En ese momento llegaban hasta él su padre y Samuel, mientras que Elizabeth y Oscar saludaban a Liam, quien aprovechó la oportunidad para presentarles a las otras tres personas que los acompañaban, entre ellos una mujer.

Para Elizabeth no pasó desapercibida la tensión que se sintió en el ambiente cuando a Liam le tocó presentarle a Maiara Proença, la única ingeniera aeronáutica de ARDENT, el resto del equipo estaba integrado por hombres.

Inmediatamente se sintió identificada con la chica, porque sabía que no era fácil ser aceptada en un lugar donde dominaba la presencia masculina.

Ian pidió que subieran a las camionetas para llevarlos a conocer las instalaciones, él mismo se encargó de distribuirlos dentro de los vehículos.

Elizabeth, quien conocía muy bien a su primo, notó inmediatamente en sus facciones que le incomodaba compartir la camioneta con la ingeniera.

—Voy con ustedes. —Se autoinvitó al ver que había un puesto disponible.

Subió al asiento trasero, obligando que su primo y la ingeniera tuvieran que ir más pegados.

—Maiara, ¿puedo tutearte? —preguntó una vez que la camioneta se puso en marcha.

—Sí, puedes hacerlo. —Le regaló un gesto afable.

—¿Llevas mucho tiempo trabajando para mi tío? —Elizabeth necesitaba instalar un tema de conversación.

—Sí, mucho antes de recibir mi título, mi padre era el antiguo ingeniero en jefe —respondió mirando a Elizabeth e ignorando totalmente a Liam Medeiros, quien iba a su lado.

Elizabeth le echó un vistazo a su primo y se fijó que iba mirando por la ventana.

—Liam y tú trabajan juntos, supongo que son un gran equipo, ¿no?

—Sí... —Fingió una sonrisa.

—No... —dijo Liam con aspereza.

Ambos dieron su respuesta al mismo tiempo.

—Realmente no —confesó Maiara—. Ya que no importa mantener las apariencias, no trabajamos juntos y mucho menos somos un equipo —aclaró sin miramientos, cambiando notablemente el tono de su voz.

—Por mí no se cohíban. —Elizabeth se llevó una mano al pecho—. Sé que hay muchos desacuerdos en el área laboral.

—Es más que eso Elizabeth —intervino Liam—. La señorita Proença sigue en ARDENT por capricho de mi padre.

—¡Liam! —reprendió Elizabeth.

—No te preocupes, realmente no me afectan las palabras de tu estúpido primo.

Liam la miró y ella hizo lo mismo, sin poder evitar que saltaran chispas, provocando que el ambiente se volviera casi hostil.

Elizabeth no encontraba nada que decir, realmente ese par se odiaba, y hasta se sintió apenada de haber avivado el fuego, tanto como para que su primo mandara a parar la camioneta y se bajara.

Lo vio caminar dando largas zancadas, alejándose rápidamente del vehículo. Realmente le pareció un gesto muy grosero de su parte, por lo que pulsó el botón para bajar.

—No es necesario, mejor déjalo que se vaya —dijo Maiara—. Ya estoy acostumbrada a su forma de ser.

—Se ha comportado como uno niño malcriado. —Elizabeth se sentía apenada con Maiara, pero sobre todo, confundida por la reacción de Liam, nunca antes lo había visto de esa manera.

Quería preguntarle si entre ellos había existido algún tipo de relación amorosa, de la cual evidentemente no se habían recuperado de una evidente ruptura, pero después de pensarlo, decidió no empeorar la situación.

—No te preocupes.

—Te pido disculpas en nombre de mi primo.

—Realmente no creo que Liam algún día pida disculpas por algo. —Sonrió segura de que el esfuerzo de Elizabeth era en vano—. Ya no le des importancia —dijo un poco animada, para pasar el mal momento.

Elizabeth decidió no seguir justificando a su primo, porque al parecer no se lo merecía.

Maiara le pidió al chofer que avanzara y en poco tiempo alcanzaron a la otra camioneta, que había llegado a uno de los galpones, al bajar, les ofrecieron unos cascos de seguridad y entraron al iluminado lugar, donde había un avión comercial a medio construir.

Ian llamó a la ingeniera, para que les explicara un poco sobre las características de la aeronave.

Violet se mostró encantada, pero a ella le seguía gustando el que había visto primero.

Elizabeth vio que su tío Ian conversaba con Maiara, y a los pocos minutos él se alejó para conversar por teléfono, realmente, con quien quiera que estuviese comunicándose, no lo hacía de manera agradable; mientras, todos los demás estaban admirando una maqueta tridimensional del avión.

Después de varios minutos en el lugar, decidieron salir y abordar las camionetas, para dirigirse a otro galpón.

—¡Este me encanta tío! Se vería hermoso con un violeta espejo —corrió Violet a un jet ejecutivo.

Todos rieron ante las exigencias de la niña y lo entusiasmada que se mostraba.

—Creo que este sí sería más adecuado para ti —comentó Ian—. ¿Quieres subir? —preguntó.

—Sí, obvio que sí —empezó a saltar emocionada y se aferró a la mano de su tío.

—No tienes idea de lo que has hecho —intervino Samuel, riendo.

Entraron a la aeronave y Violet se acercó a Maiara, ya su tío le había dicho que ella era la encargada de construirlos.

—Quiero los asientos fucsia —dijo acariciando la piel—. Todo fucsia y la alfombra turquesa.

La ingeniera sonreía y asentía, mostrándose de acuerdo con las peticiones de la pequeña.

—Seguro que será un avión muy excéntrico, llamará la atención de todo el mundo.

—¡Debe ser único!

Al salir del avión, Elizabeth vio a Liam con cara de muy pocos amigos parado junto a la entrada del galpón.

Todos salieron y él se integró nuevamente al grupo, pero manteniendo cierta distancia, y lo pilló en más de una oportunidad intercambiando miradas cargadas de rabia con la ingeniera.

—Bien, es hora de que empecemos por lo más importante y es que aprendas a pilotear. —Ian le avisó a Violet, a quien le brillaban los ojos intensamente y no paraba de sonreír.

Las camionetas lo llevaron hasta donde había una avioneta, a la que subieron. Ian como piloto, una pletórica Violet como copiloto y el único acompañante que tuvo el valor para acompañarlos fue Samuel Garnett, quien con valentía exponía su vida por ver cómo sus hijos cumplían sus sueños.

Una vez sentada en la avioneta, miraba atentamente todo el tablero y le prestaba atención a su tío.

—Papi, voy a pilotear, ¿tienes miedo? —preguntó, mirando a su padre por encima del hombro.

—No, sé que lo harás muy bien —comentó el padre orgulloso.

—Si aprendo rápido, podré pilotear en el viaje de regreso a casa.

Samuel soltó una carcajada y le acarició la cabeza.

—Eso mejor se lo dejamos a los profesionales, imposible que hoy puedas convertirte en un profesional. Debes ir de a poco.

—Atención Violet —pidió Ian y ella lo miró.

Él empezó a explicarle con infinita dedicación qué función tenía cada mínima cosa en el tablero; ella asentía y repetía en más de una oportunidad lo que su tío le decía.

Después de varios minutos, por fin llegaban a la parte que más estaba esperando y fue cuando por fin, entre los dos pusieron en marcha la avioneta.

Violet sentía que el corazón casi no le cabía en el pecho de tanta emoción, no podía controlar la sonrisa y ni el temblor de sus manos, aun así, no soltaba el volante y lo mantenía firme.

Gritó emocionada cuando despegaron, vio a su tío Ian reír abiertamente y también se fijó en las manos de él, en cómo mantenían el volante, para imitarlo en todo.

Él llevaba la camisa arremangada hasta los codos, dejando expuestos esos tatuajes, con los que ella más de una vez se había entretenido.

—¡Papi, no tengas miedo que estás a salvo conmigo! —dijo emocionada. Se moría por verle la cara Oscar, que antes de que subiera, le dijo que iba a estrellar la avioneta.

—¡Lo sé! —dijo Samuel emocionado, sabía que su hija no estaba haciendo gran cosa, porque el control lo llevaba Ian, pero ver la destreza con la que ella se desplazaba por el tablero, lo llenaba de orgullo, nada se comparaba con la felicidad de sus hijos.

CAPÍTULO 49

Rachell no conseguía dormir, ya era más de medianoche y en su cabeza giraban muchas ideas, todas relacionadas con ese hombre misterioso con el que estaba saliendo su hija; mentalmente ataba todos los cabos que tenía hasta el momento, y no pudo evitar sonreír al descubrirse tan metódica como su esposo, quien estaba rendido a su lado.

Decidió que la mejor manera de salir de dudas era conversarlo directamente con Elizabeth, por lo que hizo la sábana a un lado y salió de la cama, se calzó las suaves pantuflas, caminó hasta el sillón, donde estaba la bata de satén negra, y en su camino a la salida se la puso, atándosela a la cintura.

En el pasillo, apenas estaban encendidas la luces necesarias, que la guiaban a la habitación de sus hijas; sin anunciarse abrió la puerta, y se encontró a Elizabeth acostada con teléfono en mano, mientras que Violet estaba dormida.

—Mamá. —Sonrió al ver a su madre entrar a la habitación.

Rachell, desde que nació Elizabeth, se acostumbró a pasar por lo menos dos veces por la noche, para confirmar que sus hijos estuvieran bien, algo que Samuel también hacía con frecuencia, aunque muy pocas veces ellos se daban cuenta de eso, porque la mayoría del tiempo se encontraban rendidos, y no eran conscientes de la constante preocupación y adoración de sus padres.

—Supuse que estarías dormida —murmuró, acercándose a la cama de su hija, quien en ese momento dejaba sobre su abdomen el teléfono.

—Estoy leyendo, ya me falta poco para terminar el capítulo —comentó, observando cómo su madre se sentaba al borde de su cama, por lo que se rodó para hacerle más espacio.

—¿Puedo preguntarte algo? —Le acarició una pierna.

—Mamá, no tienes que decirlo, sabes que puedes hacer todas las preguntas que desees —comentó, sonriendo con ternura, al ver a su madre iluminada por la luz del velador que estaba sobre la mesita de noche.

—Es sobre Alexandre... —Le avisó.

—Debí suponerlo. —Se incorporó, sentándose en la cama, demostrándole a su madre que tenía toda su atención—. ¿Qué quieres saber?

—Hace unas semanas, el hombre que estaba en la moto frente a la boutique, el que saliste a perseguir... Me dijiste que era un capoeirista amigo de Bruno, que era algo mayor... —Estiró las manos y le acarició los sedosos cabellos a su hija, mientras la miraba a los ojos, percibiendo nervios en esas hermosas gemas con ese gris casi azul, igual a la solitaria perla que colgaba de la pulsera de platino que llevaba en la muñeca izquierda, que su padre le regaló cuando cumplió los quince años. Se la dio durante ese viaje que hicieron a la Polinesia Francesa, más específicamente a Tahití, donde adquirió el costoso regalo—. ¿Es el mismo Alexandre?

Elizabeth sabía que no conseguía nada con mentirle a su madre, así que agarró una bocanada de aire para armarse de valor, y asintió lentamente, esquivando la mirada violeta.

—¿Tu Alexandre es el mismo amigo de Oscar? —Elizabeth no respondió y tampoco se atrevió a buscar la mirada de su progenitora—. Es el mismo —aseguró Rachell—. Estaba segura que el nombre no era una casualidad, noté que te pusiste nerviosa esta mañana en el desayuno.

—Pero sí fue casualidad que sea el mismo. —Se apresuró a decir—. Mamá... Tanto Alexandre como yo nos sorprendimos.

—El hecho de que haya salvado a tu hermano lo convierte en un buen hombre, y reduce un poco la posibilidad de que tu padre pretenda esperarlo con Glock en mano... ¿Qué edad tiene? —preguntó con voz amigable, para que la tensión en su hija disminuyera.

—No lo sé —mintió, no quería confesarle a su madre que Alexandre le llevaba doce años.

—¿Cómo puedes acostarte con un hombre sin saber su edad? —preguntó, sorprendida.

—Mamá, es que no ando por ahí preguntándole a todo el mundo la edad... ¿En serio le preguntaste la edad a papá antes de acostarte con él?

Rachell lo pensó por un momento, tratando de recordar los primeros encuentros con Samuel.

—No, realmente no la sabía —confesó—. Pero imaginaba que no llegaba a los treinta... ¿No te haces ni una idea?

—Supongo que pasa los treinta, pero no llega a cuarenta —resopló, sintiéndose totalmente vencida.

—Con esa edad, supongo que debe estar casado o por lo menos tener una mujer... ¿Le has preguntado si está casado? Lo que menos quiero es que te involucres con un hombre ajeno.

—No se lo he preguntado.

—¿Por qué no lo has hecho? Elizabeth, no puedo creerlo.

—Ay mamá, no sé... Es que... No se ha dado la oportunidad.

—Es lo primero que debes preguntar —endureció un poco la voz, en un sutil regaño.

—Me da miedo... No se lo pregunté y temo descubrir que esté casado, que tenga mujer e hijos. —Agarró una nueva bocanada de aire y resopló para sacarlo de sus pulmones—. No quiero tener la certeza de que metí la pata con un hombre al que otra mujer ama, cuando mi intención no es amarlo... Solo quiero a Alexandre en el plano sexual... No sé ni porqué te cuento todo esto.

—Porque soy tu amiga además de tu madre, y porque te he brindado la confianza suficiente para que lo hagas... —Le puso el cabello tras las orejas—. Lo primero que harás cuando lo vuelvas a ver es preguntarle si tiene algún tipo de compromiso, aunque realmente los hombres son expertos en mentir y esconder a la familia, pero no por ese motivo vas a dejar de preguntárselo, y si no está casado, déjale totalmente claro que sus días de encuentros sexuales están contados... —Rachell suspiró—. Sea cual sea la respuesta, me preocupa, porque un hombre pasado los treinta, suele buscar mujeres para una relación seria, y tú no estás dispuesta a eso, al menos no por el momento.

—Ni por el momento ni nunca —respondió, segura de los sentimientos que en ese momento la embargaban.

—Bien, eso déjaselo totalmente claro. —Le indicó, acariciando las mejillas sonrosadas y suaves de su pequeña—. Sabes que si tu padre se entera de todo esto, no solo tú estarás en un grave problema, sino que también me arrastrarás a mí, ¿verdad?

—Lo sé, mamá, por eso no quería contarte nada.

—Pero no te preocupes, mi amor, a tu padre ningún hombre que mire a su niña le agradará.

—Tranquila... Creo que voy a terminarlo esta semana, porque tienes razón, no quiero problemas. Alexandre no tiene porqué significar un dolor de cabeza para mi papá.

—Creo que es lo mejor que puedes hacer, pero si me dices que vale la pena y quieres tener algo más allá que meramente sexual con ese hombre, cuenta con mi apoyo, pero si solo es un capricho de vacaciones, es mejor no despertar a la pantera en Samuel. Ya creo que será suficiente cuando se entere que te comprometiste para el carnaval.

—Tienes razón, mamá —alegó, decidida a terminar con Alexandre, pero no comprendía porqué el corazón le latía presuroso, y donde hacían fiesta las mariposas, cada vez que pensaba en él, solo sentía un vacío agónico—. Puedes dormir tranquila. —Se obligó a sonreír, para que su madre pensara que esa decisión que acababa de tomar, no le afectaba en lo más mínimo. Incluso, ella misma se esforzaba por no aceptar los efectos colaterales que estaban apoderándose de sus emociones.

—No quiero que te sientas obligada a nada.

—No me estás obligando a nada.

Cerró los ojos al recibir un beso de su madre en la frente.

—Termina el capítulo, ya después me dices qué tal el libro, a ver si me animo a leerlo —dijo, regalándole una sonrisa cargada de dulzura.

—Voy a menos de la mitad, pero es entretenido. —Volvió a agarrar el teléfono.

—Hasta mañana, mi vida.

—Hasta mañana, mamá.

Rachell salió de la habitación, sintiendo que la preocupación había aminorado.

Elizabeth salió de la aplicación de la lectura y buscó en mensajería instantánea a Cobra.

Empezó a escribirle, diciéndole que no podían verse más, que era mejor terminar con la confusa relación que llevaban. Estuvo a punto de enviarlo, pero pensó en los momentos especiales que había compartido con él, y no se merecía que lo mandara a la mierda a través de un mensaje, mucho menos a esa hora; concluyó que la mejor forma era hacerlo en persona.

Borró el mensaje e intentó retomar la lectura, pero fue realmente imposible. Pensó en enviarle un mensaje para concretar un encuentro, pero sabía que en días de semana a él se le hacía difícil por el trabajo.

—Será mejor esperar el fin de semana... —Se dijo, pero inmediatamente recordó que tenía el compromiso de la fiesta de Aninha—. De igual manera, no nos veremos en unos días, ya tendré la oportunidad para hacerlo. —Dejó su teléfono sobre la mesita de noche, dispuesta a dormir, pero por más que lo intentaba, no lograba conseguirlo.

Por fin era sábado y todo estaba preparado para la fiesta sorpresa de Aninha en Isla Josefa, Elizabeth era la encargada de llevarla engañada al lugar. Habían acordado encontrarse después de su práctica de equitación, y para evitar que se le escapara, ella decidió ir a buscarla.

Llegó justo a tiempo, Aninha acababa de terminar y bajaba de su yegua favorita, una Alter Real color chocolate, que su padre Thiago le había traído directamente desde Portugal.

Elizabeth corrió a su encuentro, se saludaron con besos y un efusivo abrazo.

—Debemos darnos prisa, se me hace tarde —apuró Elizabeth, evitando felicitarla, porque la idea era hacerle creer que lo había olvidado.

—Espera Eli, no puedo ir así... ¿Por qué mejor no vamos a casa y me cambio de ropa?

—No hace falta, te puedes poner cualquiera de las que llevará el equipo de trabajo... Ya están esperando, voy retrasada. —Elizabeth le había pedido que la acompañara a la isla para una supuesta sesión fotográfica.

—Está bien, voy a despedirme de papá. —Corrió a encontrarse con Thiago, quien estaba en las caballerizas.

Elizabeth la siguió, pero se detuvo en seco cuando vio que su tío estaba en compañía del hermano gemelo de Cobra; ni de mierda se acercaría, y solo se aventuró a saludarlo desde lejos, agitando con energía su mano.

Ver a Marcelo era ver a Cobra vistiendo ropa de marca y el cabello rizado pero peinado hacia atrás, y de manera inevitable se despertaban en ella la legión de mariposas que aleteaban cada vez que pensaba en ese hombre.

Estaba segura de que Marcelo la había reconocido, la recordaba de la vez que le había robado el beso, inmediatamente se giró dándole la espalda, como si eso fuese suficiente para erradicar la metida de pata que había hecho por andar por ahí robando besos.

¡Pero cómo iba a imaginar que tenía un gemelo! —Se alentó, sintiendo que la cara se le calentaba ante la vergüenza.

—Vamos. —Llegó hasta ella Aninha.

Elizabeth caminó con rapidez, necesitaba huir de ese lugar, antes de quedar expuesta delante de su tío.

Caminaron hasta donde estaba el helicóptero, en el que había llegado Elizabeth y las trasladarían a la isla.

—Al parecer Marcelo te puso el ojo, no disimuló que captaste su atención —comentó Aninha.

—¿Quién es Marcelo? —Se hizo la desentendida.

—No te hagas la estúpida. —Le codeó con pillería—. El amigo de mi papá, está buenísimo y es el gerente de Microsoft en el país, pero le apasionan tanto los caballos como para asociarse con mi padre; sin embargo, es un maldito arrogante y eso opaca toda perfección física.

—Realmente no lo vi con atención —mintió, al tiempo que subían al helicóptero—. Estaba apurada.

—No te preocupes, igualmente no vale la pena. —La tranquilizó, ajustándose el cinturón de seguridad.

—Entonces, ¿para qué me ilusionas? —Jugueteó, sonriente.

—Sí, ¡como es tan fácil ilusionarte! —ironizó, guiñándole un ojo.

El helicóptero despegó, mientras ellas conversaban animadamente.

Aninha le contó sin mostrar ni un poco de nostalgia que había terminado con su jinete, porque era un mujeriego de mierda y lo había descubierto en las caballerizas del Jockey Club con otra mujer.

Había pensado en contarle a su padre para que le jodiera la carrera, pero sabía que ni siquiera eso valía la pena, porque de hacerlo solo demostraría que le daba la importancia de la que no era merecedor.

El helicóptero sobrevolaba el Océano Atlántico, y ya se podía divisar la pequeña Isla Josefa en la Bahía de Angra dos Reis, que estaba entre Isla Redonda y la imponente Isla de Gipoia.

El piloto les avisó que estaban a pocos minutos para el aterrizaje, y Elizabeth aprovechó para enviar un mensaje al grupo de mensajería instantánea que habían hecho para discutir sobre los pormenores de la fiesta sorpresa, avisando que ya estaban a punto de llegar.

—¿Crees que demorará mucho la sesión? —preguntó Aninha, captando la atención de su acompañante, sintiéndose un poco decepcionada de que no recordara su cumpleaños, pero tampoco se lo iba a decir.

Elizabeth evitó que ella se diera cuenta de con quién conversaba, por lo que apagó la pantalla y le sonrió.

—No lo sé... Posiblemente unas siete horas, tal vez menos. ¿Tenías algo planeado para hoy? —Le echó un vistazo al yate gris de dos pisos que estaba atracado en uno de los dos muelles que se extendían sobre el océano, y solo era para uso exclusivo de la isla privada de más de cien mil metros cuadrados.

También se veía la casa de tres pisos, donde dominaba los cristales y la madera.

—No, realmente no tengo nada que hacer, iba a salir con Rodolfo, pero con la cagada que me hizo los planes se fueron a la mierda.

—Si quieres podemos ir a bailar esta noche —propuso Elizabeth, para no dejar en evidencia lo que le esperaba a Aninha en la isla.

—Creo que es buena idea —dijo sonriente, mientras el helicóptero descendía sobre el helipuerto circundado por árboles.

—Gracias Ayrton. —Elizabeth le agradeció al piloto, uno de los hombres más fieles y con más años trabajando para su abuelo.

—De nada señorita, espero que se divierta —deseó, mientras le tendía la mano para ayudarla a bajar.

—Eso espero —dijo, sonriente.

Aninha también se despidió del piloto, quien debía regresar a Río.

Caminaron por la hierba cuidadosamente podada, hasta llegar al camino de piedras que las llevaría a la hermosa casa de tres pisos, donde se celebraría la fiesta.

Imposible no ser recibidas por el relajante canto de los pájaros que se posaban en las ramas de los árboles que enmarcaban el camino de esa hermosa isla de roca volcánica. Una majestuosa combinación de playa y selva.

La casa, con sus pisos de madera y sus paredes de cristales, les daba la bienvenida.

Aninha no podía saber de la sorpresa, porque persianas blancas cubrían los cristales y no le permitían ver el interior de la lujosa residencia.

Elizabeth se adelantó un paso y usó sus dos manos para abrir de par en par las puertas dobles.

—¡Sorpresa! —gritaron al unísono todos los presentes, quienes a pesar de que eran pocos, eran los más cercanos y queridos.

La cara de Aninha reflejaba su emoción, mientras todos entonaban animadamente el: «Parabéns pra você», alentados por un grupo de Samba que tocaba con gran energía los instrumentos de percusión.

La festejada se lanzó a los brazos de Elizabeth.

—¡Gracias!

—¡Muchas felicidades!

—Pensé que no lo recordabas —dijo limpiándose unas caprichosas lágrimas que la emoción le hizo derramar.

—¿Cómo no recordarlo? —Le dio un beso en la frente y varios en la mejilla, mientras se balanceaban en un efusivo abrazo.

Aninha soltó a Elizabeth y se paseó por cada uno de los presentes, amigos muy queridos, todos vestidos de blanco, mientras ella todavía llevaba impregnado el olor de su yegua.

A las gemelas las abrazó al mismo tiempo, mientras daban saltitos y seguían cantándole con mucha alegría.

***Parabéns pra você,
Nesta data querida.
Muitas felicidades,
Muitos anos de vida.***

Liam, Renato y Oscar agitaron cada uno una botella de champán. Inmediatamente las gemelas se alejaron varios pasos y una lluvia de la espumosa y dorada bebida empezó a bañar a Aninha, quien se cubrió la cara con las manos.

Totalmente emocionada y destilando champán a chorros, le lanzaron papelillos de colores metalizados, y ella no conseguía retener las lágrimas de la emoción. Empapada como estaba, tuvo que hacer el primer brindis de los muchos que le esperaban esa noche.

—Creo que ahora sí necesitas cambiarte —dijo Elizabeth.

—Sí, por favor.

—Te acompañaremos. —Las gemelas se sumaron y la llevaron hasta una habitación, donde la esperaba un hermoso vestido blanco, diseñado por Rachell, exclusivamente para ella.

Después de varios minutos estaba lista, luciendo hermosa y radiante, para seguir celebrando su cumpleaños.

Cuando regresó a la sala, no podía creer lo que veía, soltó un grito de emoción y salió corriendo hasta donde estaba su tío Diogo, en compañía de su tía Gina y sus primas y primos, quienes habían

venido directamente desde Nueva York, para celebrarle el cumpleaños.

También estaba su padre, él muy malvado no le había dicho nada.

Después de abrazar a todos los provenientes de Nueva York, se lanzó a los brazos de su padre.

—Papi, te quiero —dijo con la emoción en aumento, al ver a su padre con los ojos llorosos, reteniendo las lágrimas de emoción.

Todos los días agradecía tener a su padre, quien no escatimaba en darle todo, tanto material como afectivo; era su única hija, y él solo le demostraba adoración.

Siguió siendo sorprendida por sus abuelos paternos, eran los únicos que conocía, porque de su madre no sabía ni el nombre.

También estaba su abuelo Reinhard, porque así lo había sentido durante toda su vida, también estaban sus tíos Ian y Samuel.

Le agradeció a Rachell por el precioso vestido que le había regalado.

Comieron, bebieron y bailaron durante varias horas, haciendo su cumpleaños el mejor de todos, pero poco a poco los mayores se fueron marchando.

Al final de la tarde, eran contados los que quedaban y que pretendían seguir con la fiesta, con la llegada de un famoso Dj Holandés, que era amigo de Hera y Helena.

Con bikinis blancos estaban las gemelas, Elizabeth, y por supuesto, la festejada, en el jacuzzi redondo que estaba a la intemperie y con vista a la inmensidad del Océano Atlántico, disfrutando del maravilloso atardecer, mientras que con copa de champán en mano, hablaban animadamente y reían a carcajadas, recordando irrepitibles momentos de su niñez.

En ese momento, la mirada de Helena captó caminando por la orilla de la playa a un hombre que parecía una muralla, rubio como el sol y el cabello largo, por debajo de los hombros. Lo tenía mojado, todo él estaba mojado, y solo llevaba una bermuda y una tabla de surf bajo el brazo.

Estaba totalmente segura de que no lo conocía, ni siquiera era un invitado a la fiesta, caminaba por la solitaria orilla y no mostraba ningún tipo de atención hacia la celebración que se llevaba a cabo en la casa.

No tenía la más remota idea de qué hacía ese intruso en la isla, suponía que era privada, y nadie más que ellos y el personal de servicio debían estar en el lugar.

Rápidamente se dio cuenta de que no solo ella lo miraba, sino que también había captado la atención de su hermana, quien lo observaba boquiabierta.

—¡Santo Dios! —exclamó Hera sin guardarse que el hombre la había impactado—. ¿De dónde ha salido ese tritón? ¡Se ve tan sexi...!

—¡Y salvaje! —comentó Helena.

—Será Tarzán —dijo Elizabeth, quien no podía negar que el hombre a simple vista impactaba.

—Lo quiero de regalo de cumpleaños —casi jadeó Aninha.

—Lo vi primero, querida —dijo Helena, al tiempo que se ponía de pie para salir del jacuzzi. No iba a perder el tiempo, y que esa visión espectacularmente sexi y salvaje, desapareciera entre la selva de la isla.

—Te acompaño. —Hera también se levantó.

—Nos han dejado fuera de juego —dijo Elizabeth, sirviéndose más champán—. Esperemos a ver si el dios del mar nos envía otro.

Aninha sonrió divertida, sabía que no iba a competir con las gemelas, después de todo, a ella le gustaban los hombres más morenos.

Las gemelas agradecían que los hombres fastidiosos de su familia se hubieran largado, así podrían hacer lo que les diera la gana, sobre todo Liam, que aunque ellas eran sus tías, no le daba importancia y siempre fue tan necio y celoso, que la mayoría del tiempo provocaba mandarlo a la mierda.

Ni qué decir de su hermano Ian, quien durante la secundaria y la universidad les alejó a más de un pretendiente, con sus amenazas sin ningún tipo de filtro. Lo peor de tener tres hermanos hombres, era que se creían con el derecho de que ningún otro las mirara.

Quizá por eso, desde muy temprana edad, habían aprendido a escaparse de casa y se especializaron en mentirle, no solo a sus hermanos y sobrino, sino también hasta a su padre. La única aliada siempre había sido su madre.

Cada una se amarró un canga a la cintura, atravesaron la casa, en medio de las pocas personas que bailaban y conversaban, todas amigas y amigos muy cercanos, en los que confiaban, delante de quien podían actuar con total libertad.

Salieron por una de las puertas laterales que daba al camino de piedras que llevaba a la playa. Ya la noche empezaba a caer y los árboles que enmarcaban la vía, tenían faroles que iluminaban el lugar.

Lo vieron venir, y de cerca se veía mucho más alto; físicamente, era mucho hombre para una sola mujer.

Definitivamente sexi y salvaje —pensó Helena, al ver la rubia y espesa barba, con unos impactantes ojos azules.

Era como un guerrero de la época medieval, que había viajado en el tiempo y adoptado el estilo de vida actual.

Ambas elevaron la cabeza para poder mirarlo a los ojos; y él, al verlas se detuvo, justo en la intersección del camino que llevaba a otro lugar, a uno que ellas desconocían totalmente.

—Buenas noches —saludó Hera, con una sonrisa seductora.

—Buenas tardes —respondió él con una voz grave, que repercutió sexualmente en las gemelas.

—Disculpa, no sé qué haces aquí, pero esto es una fiesta privada... —comentó Helena, sin saber qué más decir.

—Y no recordamos haberte invitado —completó Hera.

—Sé que es una fiesta privada, prometo no voy a importunarlas —comentó con esa voz ronca que encajaba perfectamente con tanta contextura—. Pero no puedo marcharme, es mi isla.

—¿Es tu isla? —preguntó Hera totalmente confundida—. Realmente no lo creo, fui la que hice el contacto de arriendo con el señor Brendan Schuster.

—Es mi abogado —aclaró—. Suelo alquilar la casa para este tipo de eventos —explicó, mientras pillaba a una de las pelirrojas recorrerle con la mirada el abdomen, e intentó fingir que no se había dado cuenta—. Lamento que Schuster no les haya informado que vivo en la casa, al otro lado de la isla.

—Realmente no nos informó, pero no te preocupes, somos nosotras las que lamentamos el mal entendido —dijo Hera sonrojada y se mordió ligeramente el labio.

—Por cierto, soy Helena Couthbert. —Se presentó e hizo una seña hacia su gemela—. Ella es mi hermana Hera.

—Mucho gusto, señoritas. —Le ofreció la mano a una y después a la otra—. Lucas Prescott.

—Ha sido un placer.

—Por favor, el placer es mío... Recuerden que están en su isla, y le garantizo no incomodarlas.

—No, para nada nos incomodas —dijo Hera, comprendiendo que debían permitirle que se marchara—. Puedes seguir con tu camino.

—Gracias —dijo él, sonriéndoles con amabilidad.

Lucas tomó el camino que lo llevaba a su pequeña casa provisional, la que ocupaba cuando alquilaba la principal.

Hera y Helena le hicieron un ademán para que siguiera, él asintió y caminó; inevitablemente las gemelas no pudieron impedir que sus miradas cargadas de perversidad se clavaran en la espalda y culo del hombre, que sin temor a equivocarse, rondaba los dos metros.

—¿Lucas? —llamó Helena, y él se volvió.

—Si quieres puedes venir a la fiesta.

—Gracias, voy a pensarlo —dijo y siguió con su camino.

Las gemelas regresaron a la casa, ya Aninha y Elizabeth habían salido del jacuzzi y se habían cambiado los bikinis por vestidos blancos, por ser el color de la fiesta.

Ambas conversaban animadamente con un grupo de conocidas, que lamentablemente ya había llegado un helicóptero a buscarlas.

Las gemelas se despidieron y le agradecieron por ser parte de la sorpresa, después de eso, se fueron a la habitación que ocuparían esa noche, para ducharse y cambiarse los bikinis por unos vestidos.

CAPÍTULO 50

Casi a las seis de la mañana, Elizabeth ya no daba más, estaba totalmente agotada, algo borracha y necesitaba dormir un poco, iría a hacerlo junto con Aninha, quien se había ido media hora antes.

La fiesta solo estaba animada para Hera y Helena, quienes después de conversar durante horas con Lucas, habían conseguido llevárselo al jacuzzi; estaba totalmente segura de lo que ahí pasaría, y ella no quería ser testigo de ese trío sexual.

—Hagan lo que les dé la gana. —Se levantó de la tumbona, sintiéndose mareada—. ¿Dónde está mi teléfono? —Se preguntó, buscándolo con la mirada mientras se rascaba la cabeza.

Se paseó por el piso, donde había un reguero de botellas, vasos y copas, esquivando algunos cristales rotos para no lastimarse.

Lo encontró tirado al lado de una botella vacía de champán, se acuclilló para agarrarlo, pero terminó cayendo de culo, realmente no estaba un poco borracha, estaba muy borracha.

Helena se carcajeó al ver el espectáculo que estaba dando Elizabeth, mientras Lucas pensaba asfixiar con la lengua a su hermana.

Elizabeth le sacó el dedo medio, mientras intentaba ponerse en pie, y recordaba cómo era que su teléfono había terminado en ese lugar, fue en el momento que estaban las cuatro bailando y cantando, hasta que terminaron en el suelo en medio de carcajadas.

—¡Sigue con lo tuyo! —dijo, logrando por fin ponerse en pie.

Helena solo sonrió y se sumó al beso que se convirtió en un intercambio lascivo de tres lenguas.

Elizabeth continuó con su camino y al llegar a la habitación, se encontró con Aninha, quien estaba totalmente atravesada en la cama, ni siquiera logró quitarse la ropa; aunque todo le diera vueltas, se acercó tambaleándose un poco y la arropó; después de eso se fue al baño, orinó, y sin ganas de ducharse se fue a la cama, ubicándose al lado de su prima.

No pudo controlar su manía de revisar el teléfono, sus dedos se deslizaron por la pantalla, y sin ser plenamente consciente de lo que hacía, le marcó a Cobra.

La voz del hombre contestó ronca, evidenciando que aún estaba dormido.

—Elizabeth, ¿sucede algo? —preguntó, contrariado.

—Hola gato... —Sonrió, feliz de escuchar la poderosa voz de ese hombre, que despertaba latidos en su vientre.

—Elizabeth, ¿estás bien?

—Sí, estoy bien..., pero podría estar mejor si estuvieras aquí conmigo... Te extraño... ¿Tú no me extrañas? —preguntó con una risita.

Cobra chasqueó los labios, más que por fastidio lo hizo por preocupación.

—¿Estás borracha? —preguntó, levantándose del colchón y caminó al baño.

—No. —Soltó una carcajada—. Siempre con tus preguntas tontas, claro que estoy borracha. Cobra, te quiero aquí, ahora.

—¿Dónde estás?

—En la fiesta de Aninha... ¿Vas a venir? —preguntó, haciendo un puchero, en ese momento rodó en la cama, el teléfono se le escapó de la mano y se estrelló en el suelo—. Mierda —masculló e intentó agarrarlo, pero antes de que pudiera encontrarlo, terminó rendida.

—Elizabeth... Elizabeth. —Cobra llamó sin tener ninguna respuesta, ella seguía en línea, pero no daba ningún tipo de señal. Resopló preocupado, al tiempo que se rascaba la nuca, sin tener la más remota idea de qué hacer. No le quedó más que finalizar la llamada.

Helena vestía solo una bata de satén vino tinto, abrió la puerta de la habitación que ocupaba Aninha y Elizabeth.

—Ahí la tienes. —Señaló a su prima, tirada boca abajo en la cama—. La dejo en tus manos, mucho cuidado —advirtió con la seriedad reflejada en los hermosos ojos azules, que se encontraban algo rojos por el trasnocho.

—Gracias —dijo Cobra y entró en la habitación—. Disculpa que te haya molestado. —No podía evitar sentirse apenado por haber mandado a despertar a la pelirroja.

Helena le hizo un ademán para que no se preocupara y se marchó. Cobra caminó y se acuclilló al lado de la cama, con cuidado empezó a descubrir el rostro de Elizabeth, que estaba cubierto por los sedosos cabellos castaños.

—Elizabeth... —susurró, acariciándole la mejilla—. Elizabeth... —Volvió a llamarla; ella farfulló varias palabras inentendibles y giró la cabeza al otro lado—. Elizabeth, despierta. —Le acarició los cabellos.

—Cobra. —Levantó la cabeza, mostrándose sorprendida, pero volvió a dejarla caer sobre la almohada, porque sentía que le pesaba una tonelada y no pudo evitar quejarse.

Cobra sonrió, comprendiendo perfectamente cómo se sentía.

—Necesitas darte un baño y tomar agua con limón —dijo, mientras extendía su caricia hasta la espalda.

Elizabeth tuvo la certeza de que Alexandre estaba en la habitación, y no en su cabeza, de manera inmediata se levantó.

—¡Maldita sea! Todo me da vueltas. —Volvió a quejarse, al tiempo que se sentaba en la cama.

—Evidentemente aún corre más alcohol que sangre por tus venas. —Se puso de pie, le sostuvo la cabeza y se la llevó contra el abdomen, para que la descansara—. Pasará pronto, solo cierra los ojos y respira con tranquilidad —dijo mirando hacia abajo.

—¿Qué haces aquí? ¿Cómo llegaste? ¿Qué hora es?

—Muchas preguntas, mejor mantente en silencio hasta que pase un poco el dolor de cabeza.

—Quiero saber —dijo con la voz ronca y sentía la garganta ardida.

—Tú me pediste que viniera.

—No, no te lo pedí.

—Sí, lo hiciste, me llamaste a las seis de la mañana.

—No, yo no te llamé.

—Sí, lo hiciste, pero supongo que estabas tan borracha que no lo recuerdas... Anda, levántate y vamos al baño.

—Mi teléfono, necesito mi teléfono.

—No tengo idea de dónde está, ¿puedes dejarlo por un momento? —pidió, observando que la otra chica se removía en la cama; sin duda, la estaban incomodando.

—Seguramente mi padre me ha llamado.

Cobra buscó con la mirada el teléfono, después de casi un minuto, lo halló en el suelo, junto a su pie, menos mal que lo vio, porque si lo hubiese pisado, lo habría hecho mierda.

—Está en el suelo, deja que lo recoja.

Elizabeth despegó la frente del abdomen de Cobra y él se acuclilló, recogió el teléfono y se lo entregó.

Ella lo revisó y extrañamente no tenía llamadas de su padre; suponía que Samuel Garnett imaginaba que estar en la fiesta de Aninha era seguro, y por eso no se preocupaba.

Inevitablemente se percató de la última llamada que había realizado a las seis de la mañana, y ya era mediodía.

—Mierda, sí te llamé. —Elevó la mirada para ver a Cobra—. ¿Qué te dije? Seguro que hablé un

montón de estupideces.

Cobra ladeó un poco la cabeza y se acuclilló una vez más, le cubrió las mejillas con las manos, percatándose de que aún con el maquillaje corrido, despeinada y las huellas de una tremenda borrachera, lucía hermosa.

—Para mí, ni una sola de las palabras que me dijiste significa una estupidez; ahora no sé si es verdaderamente lo que sientes, pero me aliento a creer en el dicho que reza: que niños y borrachos solo dicen la verdad.

—¿Qué dije? —preguntó totalmente apenada y bajando la cara, no quería que Cobra percibiera su aliento infestado a alcohol.

—Me pediste que viniera y aquí estoy. —Aun cubriéndole las mejillas con las manos, la instó a que levantara la cara, sin poder contener la caricia que sus pulgares le regalaban a los sonrojados pómulos.

—¿Tienes mucho rato aquí? ¿Cómo supiste dónde estaba? —Sentía que en la cabeza un maldito martillo hidráulico le taladraba sin piedad.

—Acabo de llegar, no es que hago una llamada y encuentro un yate o un helicóptero dispuesto a traerme a una isla privada... Salí a las siete de la mañana del apartamento, conduje en la moto hasta Angra y de ahí le pagué a un pescador para que me trajera.

—¿Hiciste todo eso por mí? —preguntó y se cubrió el rostro con las manos—. Siento haberte hecho pasar por toda esa odisea.

—No fue nada, eso y mucho más haría por ti.

—No recuerdo haberte dicho que estaba aquí, ¿acaso también te lo dije en la llamada?

—Me dijiste que estabas en la fiesta de Aninha; sin embargo, me sirvió de mucho tener el número de tu hermanita, ella me dijo que la fiesta se celebraba en este lugar —comentó, pensando en las fiestas que celebraban las *patricinhas*. Cuando entró, lo primero que vio fue una pareja durmiendo desnuda en un sofá.

—¿Le dijiste a Violet que venías por mí? —preguntó algo alarmada.

—No, tranquila. Sé cómo hacer preguntas sin involucrarte.

Ella volvió a quejarse por el dolor de cabeza.

—Vamos al baño. —Le pidió, quitándole el teléfono y lo dejó sobre la cama—. Necesitas erradicar esa resaca.

Él dio un paso hacia atrás y Elizabeth se puso de pie.

—Todo me da vueltas, creo que... —Se sorprendió en el momento que sin ningún avisó él la cargó.

—No quiero que te hagas daño. —Le dijo—. ¿Dónde es el baño? —preguntó, porque con tantas puertas en una habitación, le era imposible adivinarlo.

—Ese de ahí. —Señaló una de las puertas.

—¿Segura? Porque si todo te da vueltas, podrías equivocarte —bromeó un poco.

—Estoy segura, pero si no, será alguna de las otras, intenta con todas.

Cobra caminó con ella en brazos y realmente era la que le había dicho.

—En este caso, será mejor que uses la ducha... Necesitas mojar te la cabeza. —La puso de pie en el suelo y le ayudó a desnudarse.

—¿Quieres entrar conmigo? —Más que una pregunta era una propuesta.

—Realmente no quiero que tu amiga entre y nos encuentre desnudos.

—Puedes poner seguro. Hay toallas suficientes en ese mueble. —Señaló el armario en el que había más de una docena de toallas prolijamente dobladas e impolutamente blancas.

—Bien, entonces nos ducharemos juntos. —Caminó hasta la puerta y la bloqueó.

Elizabeth entró a la ducha, mientras Cobra se desvestía. Sentir el agua caerle en la cabeza fue de

gran alivio.

Cobra entró y se paró detrás de ella, le hizo el cabello a un lado y empezó a dejarle caer suaves besos a lo largo de la clavícula, hasta llegar al hombro.

—Realmente, por ahora no estoy en condiciones de tener sexo.

—Lo sé —murmuró, regalándole una lenta caricia que le bajó por los costados hasta llegar a las caderas—. He estado en la misma situación muchas veces, ahora solo necesitas reponer fuerzas. Nos quedaremos aquí el tiempo necesario.

—Perfecto.

—Te haría bien una moqueca, pero lamentablemente no sé prepararla; sin embargo, podría hacerte un caldo de pollo.

—Pensé que no sabías cocinar.

—Sí sé, solo que nunca tengo tiempo.

—Alexandre, me avergüenza ponerte en esta situación.

—¿En cuál situación? ¿Tenerme luchando contra las ganas o cocinarte?

—En todo. —Se dio media vuelta para mirarlo a los ojos, pero su mirada bajó a la erección que cobraba vida.

—No puedo hacer nada con eso, es inevitable. Me apena que mi pene sea tan desconsiderado contigo, pero no te preocupes, tendrá que esperarse.

Ella sonrió y llevó sus manos al pecho ligeramente velludo de ese hombre.

—En serio, no tenías que haber venido, ¿acaso le haces caso a todas las mujeres que te llaman borrachas?

—La primera que me exige presencia eres tú, las otras solo me han llamado llorando, algunas para dedicarme canciones de despecho, y las más comunes para maldecirme —confesó, pero se guardó que muchas de esas mujeres también le habían pagado por sexo.

Elizabeth recordó en ese momento que debía terminarlo, se había prometido que la próxima vez que lo viera sería la última, pero a cambio de hablar, se abrazó a él con fuerza, y él correspondió de la misma manera.

Se puso de puntillas y escondió la cara entre el cuello y la clavícula de él, mientras buscaba en su interior la voluntad para mandarlo a volar, pero Alexandre, regalándole ese abrazo tan reconfortante, no le ayudaba en nada, se sentía pequeña entre sus brazos, y era algo más que una simple cuestión de diferencia de edad.

—No tenías que haber venido —murmuró.

—Quise hacerlo, no importa cuántos kilómetros o millas náuticas tenga que recorrer para verte, lo haré.

Elizabeth no podía seguir alimentando las ilusiones en Alexandre, tal vez, si contaba con suerte, solo era un experto en mentir y no le interesaba más que tener sexo con ella, algo que cualquier otra mujer fácilmente le podría ofrecer. Así que se armó de valor, para mandarlo de vuelta a Río en ese instante, y que nunca más volvieran a verse.

—Tengo algo importante que decirte. —Se alejó para mirarlo a los ojos, y además del maldito dolor de cabeza, también un extraño nudo se le formaba en la garganta, haciéndole más difícil hablar—. Alexandre, es mejor que...

—¿Quién está en el baño? Me estoy orinando. —La voz de Aninha al otro lado la interrumpió.

—Ya salgo. —Se apresuró a decir Elizabeth, quien se soltó del abrazo de Cobra y salió de la ducha.

—Pero aún no terminas de ducharte —susurró él.

—No importa, después lo haré. —Caminó desnuda y mojada hasta el armario, agarró dos toallas, le ofreció una a Alexandre, quien aún estaba erecto, y con la otra se cubrió.

—¿No hay más baños? —preguntó, envolviéndose la toalla en las caderas.

—Sí, claro, pero no creo que ella vaya a salir; si quieres podemos irnos a otro.

—Como tú digas. —Agarró su ropa y sus zapatos, sin poder comprender por qué Elizabeth le pedía que ellos fueran a otro baño, y no lo hacía su amiga.

Él no podía comprender que ella necesitaba ganar tiempo, porque no era fácil lo que le tocaba enfrentar.

Elizabeth caminó hasta la puerta y la abrió, casi inmediatamente entró Aninha y se congeló al ver al hombre en el baño, miró a su amiga y volvió a mirar al hombre.

—¡Marcelo! —exclamó, totalmente sorprendida y alarmada, volvió a mirar a Elizabeth—. Dijiste que ni lo habías tomando en cuenta.

En ese momento la mirada gris de Cobra también se clavó en Elizabeth.

—Aninha, después hablamos. —Le agarró la mano a Cobra para sacarlo del baño, pero él no se movía, solo estaba intimidándola con la mirada.

—No comprendo, ¿a qué hora llegaste?

—No soy Marcelo —aclaró Cobra, quien odiaba que lo confundieran con el maldito de su hermano. Y le importaba una mierda si Elizabeth no quería aclararlo—. Desgraciadamente soy su gemelo.

Aninha soltó una carcajada de burla, dejando en claro que no le creía ni una palabra.

—Sí, su gemelo —ironizó, creyendo que le estaban tomando el pelo—. Marcelo, ya se me ha pasado la borrachera.

—Es su hermano —intervino Elizabeth totalmente sonrojada.

Aninha se enserió al ver el semblante en su prima.

—¿En serio Eli? Marcelo no tiene hermanos —comentó, mirando al hombre rubio de rizos mojados y desordenados, con una gran cobra tatuada en el hombro. Nunca había visto a Marcelo sin ropa, así que no podía tener la certeza de si llevaba un tatuaje o no.

Alexandre no iba a dar explicaciones, sabía que a su hermano no le interesaba en lo más mínimo la familia, por eso hacía de cuenta que ni siquiera existía. Le soltó la mano a Elizabeth y salió del baño.

De manera inevitable, la mirada de Aninha lo siguió, percatándose del cuerpo de la cobra que atravesaba la espalda, y sin ropa se veía con los músculos más formados.

—La has cagado Aninha —protestó Elizabeth en voz baja—. No es Marcelo, es Alexandre, y sí, son hermanos. Creo que el innegable parecido lo deja claro.

—¿Traes a un hombre idéntico al amigo de mi padre a mi fiesta, te encierras con él en el baño y yo la cago? —preguntó, indignada.

—Debí contarte, pero no estaba en mis planes que Alexandre viniera a la fiesta.

—Tendrás que contarme, porque solo me haces sentir culpable por algo de lo cual no estoy ni enterada.

—Lo haré. —Salió del baño, cerró la puerta y encontró a Cobra poniéndose los *jeans*, sin quitarse la toalla, suponía que era para que Aninha no se lo pillara en ropa interior cuando saliera.

—Siento lo que pasó... Te conté que tu hermano conoce a mi tío...

—No lo llates mi hermano —rugió molesto y Elizabeth se tensó al ver la actitud agresiva de Cobra—. Lo siento... —Caminó hasta ella y le sostuvo los hombros, disculpándose por haber perdido el control—. Lo siento, es mejor que me vaya. —La soltó y agarró la camiseta que estaba sobre la cama.

—No, no te vayas, por favor. —Elizabeth se le aferró a la mano, consiguiendo que la mirara—. Es mi culpa, no aclaré todo desde un principio, debí hacerlo.

—No tienes culpa de nada; sin embargo, lo más sensato es que me marche.

Elizabeth le llevó las manos a las mejillas, se puso de puntillas y lo besó, inmediatamente él correspondió con esa fiereza con que siempre lo hacía, ese arrebató al que la estaba acostumbrando.

—Prometiste que me prepararías un caldo de pollo.

—Será en otra ocasión. —Se quitó la toalla y terminó de ponerse la camiseta.

—No quiero que sea en otra ocasión, no sé por qué permites que te afecte tanto lo de... Marcelo.

—Realmente me interesa muy poco su puta vida, me importa una mierda, solo que no pretendo ser la causa por la cual te enemistes con tus amigas.

—Eso no pasará, te lo aseguro... Quédate, por favor —suplicó mirándolo a los ojos.

Cobra pensó en el momento que llegó a la isla y vio el desastre que había sido la fiesta, lo que menos quería era dejar a Elizabeth en ese lugar, donde cualquier otro podría aprovecharse de ella.

—¿Crees que tengan los ingredientes para hacer el caldo? Porque está un poco difícil ir al supermercado —dijo, cediendo a quedarse con ella.

—Estoy segura de que lo tienen —respondió sonriente, sintiéndose plenamente feliz por haber conseguido que Cobra se quedara—. Si no, confío en que sabrás improvisar con cualquier ingrediente.

Sin sentir ni un poco de pudor delante de él, se quitó la toalla, y desnuda caminó hasta la maleta que estaba sobre un sofá; revolvió aún más la ropa y sacó un vestido corto de tela ligera, azul cielo; se lo puso sin nada más, agarró un cepillo y se desenredó los cabellos mojados.

—Necesito lavarme los dientes... ¿Seguro que no te escaparás? —Le preguntó, mientras se calzaba unas Havaianas.

—Soy buen nadador, pero no tanto como para hacerlo hasta Angra.

—Eso espero. —Le guiñó un ojo y entró al baño sin llamar a Aninha, quien se estaba bañando—. Supuse que regresarías a la cama.

—No, ya no tengo sueño, tengo hambre.

—Alexandre va a preparar un caldo de pollo —dijo aplicando pasta dentífrica sobre su cepillo.

—Es justo lo que necesito para renovar energía —comentó, mientras se enjabonaba los pechos.

—Solo espero que lo haga bien. —Elizabeth se apresuró en lavarse los dientes y salió del baño, encontrándose a Cobra sentado sobre la cama—. Ahora sí, impresióname con tus técnicas culinarias —dijo sonriéndole y ofreciéndole la mano.

Él se aferró a ella, se puso de pie y salieron de la habitación.

CAPÍTULO 51

—Está delicioso. —Saboreó Elizabeth el caldo que Alexandre le acababa de preparar, volvió a llevarse la cuchara a la boca, mientras él la observaba sentado en la silla de en frente—. ¿Quién te enseñó a cocinar?

—Mi madre, desde que cumplí once. Recuerdo que me dijo que un hombre debe saber desde lavar su propia ropa hasta cocinar, para que nunca tenga que verse en la necesidad de depender de ninguna mujer. Eso me sirvió de mucho durante un tiempo.

—Te enseñó muy bien.

—Así parece. —Enarcó una ceja al ver cómo ella disfrutaba del caldo con mucho entusiasmo, y se le notaba mejor semblante. Se levantó y caminó hasta la nevera—. Hay Coca, Guaraná, algunas bebidas energéticas y un montón de bebidas importadas... ¿Qué deseas tomar?

—¿Hay Gatorade? —preguntó, observándole la espalda.

No dijo nada, solo sacó dos, le destapó uno a ella y otro para él.

—Me voy cuando te sientas mejor... —Sacó del bolsillo de sus *jeans* su teléfono, para escribirle al pescador que pasara a buscarlo como habían acordado.

—No quiero que te vayas —dijo ella anclando su mirada casi azul en los ojos grises—. Quédate, prometo sacarte de la isla.

—¿Qué se supone que haré en una celebración a la que no he sido invitado?

—Hacerme compañía; además, la celebración ya casi termina. ¿Te gustaría recorrer la isla? —propuso, sonriente.

Alexandre no dijo nada, solo volvió a guardar el teléfono en el bolsillo de los *jeans*, y ella sabía que eso era un sí definitivo a su petición. Cruzó los brazos sobre su pecho, suspiró y se quedó mirándola, como si además de ella no existiera nada más.

—¿Qué? —preguntó divertida, al ver cuánto la miraba.

—Me gusta verte con el pelo mojado, tus ojos se ven más oscuros —confesó.

Elizabeth se sonrojó ante ese comentario, estaba acostumbrada a que elogiaran su belleza física y sus logros, pero le entusiasmaba mucho más que viniera de ese hombre tan poco expresivo.

—Espero que me hayas dejado caldo. —Se dejó escuchar la voz de Aninha, quien en ese momento entraba en la cocina, rompiendo la burbuja mágica en la que se encontraban Alexandre y Elizabeth.

—Sí, puedes servirte todo lo que quieras —comentó Elizabeth, desviando la mirada hacia la cocina, a donde estaba la olla.

Aninha buscó una taza de porcelana en el mueble y se sirvió un poco, regresó a la mesa y se sentó, sin poder evitar mirar al hermano de Marcelo. Realmente eran dos gotas de agua, solo que ahora que lo miraba con más detenimiento, se daba cuenta de que el que tenía en frente, lucía más relajado y menos arrogante, además de estar un poco más quemado por el sol.

Se mordía la lengua para no hacer ningún comentario inapropiado, y que Elizabeth se molestara con ella, por lo que prefirió mantenerse en silencio y probó del caldo. Estaba muy bueno, le costaba creer que lo hubiese preparado el hombre que tenía en frente. Suponía que no debía hablar de Marcelo, pero sí de qué era lo que se traían Elizabeth y él.

—¿Cómo se conocieron...? —preguntó, mirándolo. Le habían dicho el nombre, pero como fue un momento tan confuso, lo había olvidado—. Por cierto, te ha quedado muy bueno el caldo.

—Gracias. —Cobra se aclaró un poco la garganta, y miró a Elizabeth, porque sabía que su amiga le estaba preguntando a él, y no tenía la más remota idea de qué decir.

—Después te cuento —intervino Elizabeth.

—Bueno, como prefieras... Ya sabes que me entretiene escuchar historias de enamorados. —
Sonrió ampliamente, mientras seguía comiendo.

Elizabeth, quien casi había terminado con su caldo, lo hizo a un lado y se levantó, necesitaba desesperadamente desaparecer del lugar y llevarse a Cobra con ella, antes de que la lengua de Aninha se soltara, como era su costumbre.

—Alexandre. —Le ofreció la mano—. ¿Me acompañas?

—Sí. —Él se le aferró a la mano y se levantó.

—Sí, vayan, vayan a pasarlo bien... Cojan todo lo que puedan. —Sonrió y agarró la botella de Gatorade que había usado Alexandre, que aún estaba media, y le dio un trago—. Eli, aprovecha que has recuperado energía.

—No le hagas caso —dijo Elizabeth.

—Ha sido un placer, espero que también repongas las tuyas —comentó Cobra, sin sentirse extrañado por el comentario de la chica.

Salieron por la puerta de la cocina, que daba a un hermoso jardín de hierba podada y caminos de piedras, con una gran variedad de árboles de flores tropicales, mientras el insistente canto de los pájaros les brindaba un concierto.

Elizabeth empezó a balancear sus manos entrelazadas y soltó un sonoro suspiro, mientras Cobra la admiraba encantado; le gustaba mucho reencontrarse con esas actitudes juveniles, porque lo llevaba más cerca de esa adolescente que sobre una carroza y vestida de blanco, al lado de sus padres, se atravesó en el lente de su cámara y le robó el corazón.

Ella adelantó un par de pasos, sin soltarle la mano y se volvió hacia él; empezó a caminar de espaldas, estiró la otra mano en un clara invitación para que la sujetara, y Cobra no dudó ni un segundo en aferrarse a esa pequeña mano.

Elizabeth caminando hacia atrás, prácticamente halaba a Cobra, mientras le sonreía ampliamente.

—Me gusta que estés aquí —confesó, admirando cómo los rizos se le mecían con el viento, y los ojos grises brillaban, a consecuencia de los rayos del sol que se colaban por el espeso follaje de los árboles.

—Me gusta estar contigo, tu presencia convierte cualquier lugar en el mejor de todos —alegó, tirando de las manos de ella, provocando que ambos cuerpos chocaran. La soltó e inmediatamente le sujetó la cintura y la elevó.

Elizabeth sin perder tiempo se aferró con sus piernas a la poderosa y perfilada cintura de Cobra, también le envolvió con sus brazos el cuello, mientras él seguía avanzando por el camino de piedras.

Ella no podía negarse que Cobra no solo le parecía atractivo, sino que era tan varonil; nunca antes había experimentado con un hombre que le llevara más de tres años; admitía que con él había dado un salto a lo desconocido, y le gustaba lo que había descubierto tras ese hombre mayor y misterioso.

—¿Te sientes mejor? —preguntó él, perdido en esa mirada de pupilas dilatadas y apenas un halo de iris azul. Estaba seguro de que Elizabeth en ese momento lo deseaba, eso le aceleraba los latidos y la adrenalina se apoderaba de todo su ser.

—Mucho... —Elizabeth le dio un beso, un contacto sonoro de labios—. Mucho... —Volvió a besarlo, mientras lo miraba con pillería—. Mucho... —Dejó caer otro beso sobre esos labios suaves y rojos—. Mucho mejor. Me has levantado el ánimo. Creo que mereces algo a cambio. —Le guiñó un ojo.

—No lo hice por esperar algo a cambio —dijo, envolviéndole la cintura con un brazo, mientras que con la mano libre le acariciaba la mejilla y al mismo tiempo le quitaba el pelo que le caía sobre la cara.

—¿Ni siquiera un orgasmo? —preguntó, sintiendo que los latidos de su corazón y la respiración empezaban a acelerárseles.

—En ese caso, no voy a rechazar el pago. —Le empuñó el pelo en la nuca—. Necesito quitarte el aliento —murmuró roncamente por el deseo desbocado, y la besó con las ganas desmedidas que sentía por ella.

Elizabeth correspondió al beso con gran entusiasmo, su boca se abría todo lo que podía para que él interrumpiera con su lengua en ella, sentía cómo los vellos de tres días del bigote le raspaban la parte interna del labio superior, pero no por eso dejaba de disfrutar de la locura que Cobra despertaba en ella.

Solo se dedicaba a vivir, a experimentar plenamente las sensaciones que él despertaba, por lo que movía su pelvis contra el fuerte y marcado abdomen de ese hombre, consciente de que dejaría en la tela de algodón de la camiseta, la húmeda huella de las consecuencias de todo lo que despertaba ese beso, que literalmente le estaba robando el aliento.

Sus bocas se separaron solo cuando sintieron los labios adormecidos, y al mismo tiempo, agarraron una bocanada de aire, tratando de recuperar el aliento que se había condensado en los pulmones mientras se besaban.

Ella nunca había experimentado lo que los besos de Cobra le provocaban, había perdido la cuenta de las bocas que había besado, pero ningún otro la hacía sentir con tanta intensidad, como para alterarle tanto los sentidos y los latidos, ningún otro le había robado el aliento.

Estaba segura de que eran los pálpitos enloquecidos de su corazón los que no le permitían respirar mientras ese hombre le comía la boca.

Ella sonrió extasiada y él la miraba muy serio, muy concentrado en tanta perfección.

—Quiero conocer la isla, y creo que si no me bajas, no iremos a ningún lado —dijo sonriente, consciente de que su cordura pendía de un hilo.

—Si no te bajo podría llevarte fuera de esta isla, muy lejos, posiblemente a otra galaxia.

Elizabeth volvió a regalarle una amplia sonrisa.

—Ya tendrás la oportunidad, astronauta. —Se mordió el labio, tentada de besarlo una vez más, pero no lo hizo; le acarició con los labios entreabiertos el tabique y le dio un beso en la frente—. Anda gato, bájame —pidió, rozando con sus labios la cálida piel.

Cobra obedeció a la petición, la puso de pie sobre el camino de piedras y sin poder evitarlo, la abrazó con infinita ternura, refugiándola en su pecho, mientras le besaba los cabellos.

Era su más bonito anhelo hecho realidad y todavía le costaba creerlo, se juraba en ese instante que iba a amarla como nadie lo había hecho, porque estaba seguro que nadie lo había hecho con la misma intensidad.

—Qué bien se siente estar entre tus brazos —dijo en voz baja, con la mejilla pegada al hombro de él, mientras enterraba sus dedos en la fuerte espalda, haciendo el abrazo más fuerte.

—Siempre que quieras, mis brazos estarán disponibles para refugiarte. —Quería decirle que tenerla clavada en el corazón, se sentía mucho mejor que solo tenerla entre sus brazos, pero no sabía cómo explicarle ese sentimiento que le invadía el pecho.

También tenía la certeza de que el tiempo junto a Elizabeth se le agotaba, que ella debía regresar en aproximadamente dos semanas a Nueva York, y no tenía ni puta idea de cómo iba a afrontar su vida después de haber hecho realidad su fantasía; sin embargo, tendría la posibilidad de alimentarse de los recuerdos de cada momento vivido.

Elizabeth rompió el abrazo, le tomó la mano y tiró, obligándolo a avanzar. Ella sonrió con pillería, mientras él se dejaba guiar, pero inesperadamente lo soltó y salió corriendo.

Cobra negó y corrió tras ella, quien abandonó el camino de piedra y se adentró entre los árboles y la hierba, que cada vez era más alta.

Elizabeth avanzaba y se escondía tras los troncos de los árboles; no obstante, Cobra la seguía y apartaba algunas ramas y lianas que caían, haciendo más espeso el camino.

—Ten cuidado con alguna serpiente —dijo, sorprendiéndola detrás de un árbol.

Elizabeth saltó y gritó ante la sorpresa, no esperaba que le apareciera por la espalda; después de pasar el susto, soltó una estruendosa carcajada, producto de los nervios.

—Tengo a una Cobra pisándome los talones. —Avanzó una vez más, dejándolo abrazado al tronco.

En ese momento, la fiesta volvía a ser amenizada por la música que el viento se encargaba de llevar hasta donde ellos estaban, en medio de la isla, rodeados por la más espesa naturaleza.

Cobra volvió a seguirla, tratando de evitar algunas raíces, y temía que Elizabeth tropezara con alguna, pero al parecer, ella sabía andar perfectamente por el lugar.

Después de varios minutos de jugar al gato y al ratón, en medio de la maleza, frente a sus ojos se presentó una impactante y solitaria costa de arena blanca, agua turquesa y algunas rocas inmensas.

Elizabeth vio a Cobra salir de entre los árboles, no pudo evitar sonreírle mientras se quitaba las Havaianas y le ofrecía las manos.

Cobra avanzó hacia esa mujer que parecía la más fantástica de las visiones, dispuesto a colgarse de esas delicadas manos, al tiempo que el más puro deseo ardía en su sangre.

Justo en el momento que sus manos se tocaron, el cuerpo de Elizabeth empezó a ondearse sensualmente, al ritmo de la kizomba que el viento les traía.

Él miró a los pies de ella, que se movían marcando el paso del sensual ritmo; subió lentamente su mirada, sin atreverse a corresponderle, solo se deleitaba con el más erótico movimiento de la chica de sus sueños.

—¿No sabes bailar? —preguntó sonriente, al ver que se había quedado estático y aferrado a sus manos.

Él se pasó la punta de la lengua por el labio inferior, y acercó su cuerpo al de ella, acoplándose perfectamente al ritmo de la pelvis de Elizabeth, y en contados segundos, fue él quien empezó a marcar el baile.

El corazón de Elizabeth enloqueció de felicidad, y una amplia sonrisa se ancló perenne en sus labios, al descubrir que Alexandre bailaba kizomba perfectamente.

Ella le llevó las manos al cuello, mientras que las de él se paseaban sensuales y provocadoras por su espalda, hasta que se le anclaron en las caderas, incitándola a que ondeara su pelvis, como esas olas que los acompañaban.

Poco a poco y sin que ella pudiera evitarlo, él empezó a subirle el vestido; como repuesta a eso, lo miró a los ojos, a esos que habían perdido el color gris, y las pupilas se habían convertido en las protagonistas de esa profunda mirada.

Cobra la estaba desnudando lentamente, sin dejar de llevarle el paso ni por un segundo, y ella nerviosamente correspondía, con los latidos y las ansias alteradas; inevitablemente, quedó totalmente desnuda, cuando él le quitó el corto vestido que era lo único que llevaba puesto.

Sus manos temblorosas, producto de la adrenalina que la invadía, se movieron por la espalda de Cobra, hasta llegar a los costados, y empezó a subirle la camiseta, hasta que él tuvo que ayudarle a quitársela, y la dejó caer sobre la arena, junto a su vestido.

Seguían bailando y ella empezó a desabrocharle el cinturón y los *jeans*, y le bajó el zíper. Tuvieron que detenerse por un momento, para que Cobra pudiera quitarse los zapatos, *los jeans* y el sunga.

Ambos, completamente desnudos, a la intemperie, con el océano como testigo, continuaron bailando kizomba, sin poder evitar que los roces erizaran sus pieles, provocando temblores y evidentes erecciones de pene y pezones.

Las miradas no eran suficientes, por lo que las bocas se buscaron hasta que ansiosas se encontraron, y sin piedad se devoraron. En medio del beso, Cobra la sujetó por la cintura, pegándola

contra su cuerpo, hasta que la elevó, y ella se sujetó con las piernas a su cintura.

Él avanzó con ella, y sin dejar de besarse entraron al agua, donde él dio el primer paso al penetrarla y ella se le aferró con fuerza a los hombros.

—Quiero que sientas lo que puedo provocar en ti —pidió él, mordisqueándole los labios y mirándola a los ojos.

Elizabeth sacó la punta de la lengua, dejándole riendas sueltas a sus deseos, sintiendo cómo sus pezones duros rozaban los pectorales de Cobra, mientras él estaba dentro, muy dentro, enloqueciéndola.

—No puedo describir todo lo que provocas en mí —murmuró con los ojos cerrados, sintiendo cómo el aliento de Cobra le calentaba el rostro, y todo su cuerpo temblaba ante el goce que despertaban las lentas oscilaciones de ese hombre irrumpiendo en sus entrañas—. Va más allá de cualquier explicación lógica —confesó, y volvió a besarlo.

En medio de una solitaria playa, Elizabeth volvió a olvidarse hasta de su nombre por segundos, intensos segundos que le volvían el mundo de cabeza.

Casi sin fuerzas, regresó a la realidad entre los brazos de Cobra, y en medio del agua, permanecieron abrazados por varios minutos, hasta que recobraron el aliento y los corazones se normalizaron.

Cobra la llevó un poco más a la profundidad, hasta que el agua le llegaba al pecho, y se hundieron completamente mientras compartían un beso.

Casi sin aliento regresaron a la superficie, y en el momento que sus bocas se separaron, él le regaló una de esas sonrisas que a ella le cautivaban el alma, y que muy pocas veces tenía la fortuna de ver.

Ella también le sonrió ampliamente, cerró con más fuerza los brazos alrededor de su cuello, y volvió a besarlo como si de eso dependiera seguir con vida.

—¿Cuándo viste a Marcelo? —preguntó contra los labios temblorosos de Elizabeth.

—Ayer por la tarde cuando fui a buscar a Aninha, él estaba con mi tío Thiago —respondió.

—¿Te reconoció? —Apretó un poco más sus brazos, que envolvían la diminuta cintura.

—Creo que sí, pero solo nos vimos de lejos.

—Si Marcelo te busca, ¿aceptarías salir con él?

—¿Qué tonterías dices? —Fruunció el ceño—. No, claro que no... Para nada es de mi gusto. —Se apresuró a decir, pero notó confusión en la mirada de Cobra—. Sé que físicamente son iguales, pero eso no tiene que ver... Lo que me atrae de ti es una cuestión de actitud, es tu personalidad, y aunque Marcelo tenga una situación económica mucho más estable que la tuya, tú eres mucho más arrollador; tu apariencia y tu forma de ser despiertan más mi interés.

—¿Entonces te gusta el gemelo mala conducta?

Elizabeth asintió, al tiempo que se mordía el labio y sus ojos brillaban.

—Sí, me gusta el chico malo, el capoeirista de malas palabras; me gusta el hombre armado, el que domina a la perfección una moto... Prefiero al rebelde sin causa. Dicen que polos opuestos se atraen, y tú y yo somos un claro ejemplo.

Él frunció el ceño ante la entusiasmada explicación de Elizabeth, que verdaderamente le divertía.

—Creo que eso de los polos opuestos no es totalmente cierto, porque para nada eres una chica buena.

—Lo soy —asintió, jugueteando con los rizos mojados—. Solo que tú sacas lo peor de mí.

Cobra asintió y no se mostraba para nada convencido.

—No lo creo, pienso que a mi lado dejas salir tu verdadera personalidad. ¿Y sabes qué?

Elizabeth negó con la cabeza.

—No puedo saberlo.

—Me gusta, me gusta mucho que conmigo seas quien verdaderamente eres, sin temores ni artificios.

Elizabeth no encontró palabras que dieran respuesta a ese comentario, solo sonrió y lo besó en varias oportunidades; después se soltó, y él le permitió que se liberara.

Se sumergió y nadó alejándose de él, pero en menos de un minuto tenía a Cobra halándola por un talón, haciéndola volver debajo del agua; la abrazó y giraron sus cuerpos mientras se besaban.

Volvieron a salir a la superficie, y de una gran bocanada volvieron a llenar sus pulmones.

—Creo que necesitas broncearte un poco el culo —dijo ella, guiñándole un ojo—. Vamos a la orilla.

Él atendió su petición y salieron del agua.

Elizabeth usó su vestido para sentarse sobre la prenda y Cobra lo hizo sobre su camiseta, sentándose muy cerca de ella; sin poder contener sus deseos, le dio rienda suelta a las yemas de sus dedos, que le acariciaran la espalda.

—Te quiero más cerca, ven aquí —pidió, separando las piernas y palmeó en la arena.

Elizabeth se levantó, recogió el vestido y con la ayuda de Cobra, para que el viento no se lo llevara, lo puso sobre la arena, se sentó y él la abrazó, pegándole el pecho a la espalda.

Elizabeth anclaba la mirada en el hermoso paisaje surcado por las gaviotas, mientras el viento empezaba a secarle los cabellos y el sol le calentaba la piel.

—¿En serio tengo que broncearme el culo? —preguntó Cobra, estrechándola un poco más entre sus brazos.

Elizabeth soltó una gran carcajada, que espantó algunas gaviotas que estaban en la orilla y se echaron a volar.

—Sí, le hace falta un poco de color a esas preciosas nalgas —respondió, al tiempo que entrelazaba sus dedos y los posaba sobre su abdomen—. Tienes el sunga perfectamente marcado.

En respuesta, él empezó a repartirle lentos y provocativos besos en el hombro, con sus dedos entrelazados, empezó a bajar lentamente por el tembloroso vientre, siguió con su caricia hasta ubicarse entre los pliegues de la chica, quien gimió bajito, producto de esa placentera invasión.

Elizabeth empezaba a sentir la amenaza que poco a poco crecía contra su coxis y le nublabla la razón; sabía que era inevitable, que una vez más terminaría rendida a la voluntad de Cobra.

Ella volvió un poco la cabeza y él se aprovechó de eso para comerle la boca con un beso demoledor.

—He pensado en una manera de broncearme un poco —murmuró con sus ojos fijos en los de ella.

Elizabeth le sonrió al tiempo que le cubría una mejilla con una tierna caricia, mientras él seguía moviendo lentamente sus dedos, mimándole con delicadeza el clítoris, llevándola al borde del delirio.

—¿Cuál? —jadeó su pregunta, al tiempo que su cuerpo se tensaba ante el placer.

Cobra retiró sus dedos y en un ágil movimiento la rodeó, poniéndose delante de ella, apoyándole las manos sobre los hombros la acostó sobre las prendas y se ubicó entre sus piernas.

—¿Crees que de esta manera gane un poco de color? —preguntó, acostándosele encima.

Elizabeth le apartó un poco los rizos que le caían sobre la frente y asintió.

—Sí —murmuró toda temblorosa, al tiempo que se apoderaba de la erección de él, guiándola entre sus labios, los que empezó a acariciar con la suavidad del glande, arrancándole un gruñido de placer.

No perdieron el tiempo para volver a tener sexo, aun con la dificultad y la incomodidad que representaba la estorbosa arena de la playa.

—Realmente fue una buena decisión haberte llamado estando borracha —manifestó sonriente.

—Sí que lo fue, pero quiero que me llames cada vez que sientas deseos de verme, no solo cuando

estés borracha; prometo que haré lo que sea para acudir a tu petición.

—Si te llamo cada vez que sienta deseos de estar contigo, no podrás trabajar... Quisiera aprovechar cada minuto de tu tiempo y quitarte el aliento; sé que es imposible, pero pondría todo mi empeño por hacerte cosas que ninguna otra mujer te haya hecho.

Cobra se quedó mirándola sin decir ni una palabra por más de un minuto, sintiendo que el pecho iba a estallarle de felicidad. Le besó la frente, la punta de la nariz y la barbilla.

—Ya lo has hecho —declaró, acariciándole los labios con su aliento—. Has revolucionado mi vida y mis sentimientos. —Tragó en seco pasando el nudo de nervios que se le formaba en la garganta, mientras el corazón se le iba a reventar y no podía dejar de temblar; suponía que eso debía ser menos difícil, nunca en su vida había sentido tanto miedo, pero se armó de valor y fijó sus pupilas en las de ella—. Te quiero Elizabeth, te quiero con locura. —Decirlo no mermó en lo más mínimo el temor que lo invadía, solo esperaba temeroso la reacción de ella.

Elizabeth sonrió dulcemente, no podía negarse que escuchar a ese hombre rudo decir que la quería provocaba que muchas emociones estallaran en su interior, pero también pensó que eso mismo le habría dicho a otras, aunque quisiera creer que era la única, no podía negarse a la realidad de que tenía sobre su cuerpo a un casanova.

Al final solo acertó la escasa distancia entre sus bocas y lo besó, suponía que lo merecía por haber tenido la delicadeza de ser un poco más expresivo y hacerla sentir especial.

Cobra correspondió al beso con intensidad, aunque se moría por suplicar una respuesta a su más importante declaración de amor; había vencido las barreras del tiempo y del miedo, y solo quería escuchar que Elizabeth le confesara que él había conseguido enamorarla, sin poder evitar soñar por un instante con un posible futuro junto a ella.

—Eso se escuchó muy bonito —dijo sonriente, totalmente cautivaba por esos rizos desordenados, que el viento había secado—. Tanto como para querer quedarme debajo de tu cuerpo todo lo que me resta de vida, pero tengo arena en el culo y me está torturando, creo que no ha sido buena idea tener sexo en este lugar.

Solo Elizabeth conseguía aligerar un momento como ese, no pudo evitar sonreír y sentir que la tensión lo abandonaba; le gustaba mucho la espontaneidad de la niña de sus sueños.

Se levantó y le ofreció la mano para ayudarla a levantar.

Elizabeth no dudó en aferrarse a su mano.

—Necesito lavarme —avisó y caminó hasta donde se hacía una laguna entre las grandes rocas.

Cobra la siguió, llevando consigo las prendas de vestir, que mostraban las evidentes huellas de los orgasmos que habían experimentado.

Elizabeth se estremeció al entrar a la laguna y sentir el agua fría, empezó a lavarse, consiguiendo inmediatamente un poco de alivio a la irritación que le había provocado la arena en áreas sensibles de su cuerpo, mientras observaba cómo Cobra sumergía las prendas, las exprimía y las ponía sobre las rocas.

Él también entró al agua, se acercó a ella y se quedaron en silencio, solo mirándose a los ojos, mientras se refrescaban.

—¿Te hizo daño la arena?

—Un poco. —Frunció la nariz—, pero seguro que en pocas horas pasará.

Después de varios minutos salieron, Cobra agarró sus *jeans*, y parado sobre una roca se los puso para no llenarse los pies de arena.

Elizabeth salió, y también se paró sobre una roca, sin poder evitar tiritar ante la brisa fría, por lo que Cobra se acercó y empezó a acariciarla con infinita paciencia, para calentarle un poco la piel.

—Ya pasará —prometió besándole el hombro, pegado al cuerpo trémulo de Elizabeth—. Ya pasará —repitió, calentándola con su aliento.

Elizabeth se apoyó con sus manos a una gran roca, sin poder controlar los temblores que sacudían su cuerpo, más que por el frío, era por la manera en que Cobra pretendía cobijarla.

Ella asintió, mientras él seguía recorriéndole el cuerpo con tiernas caricias de esas manos tan varoniles, que llevaban a su razón a pender de un hilo.

—Me siento mejor, he entrado en calor... Creo que es hora de volver o se irán sin nosotros. —No sabía cuánto tiempo llevaban en ese lugar, pero desde hacía un buen rato no escuchaba la música, y sabía que la fiesta solo duraría hasta las cinco de la tarde.

—Aunque me gustaría quedarme en este lugar, sé que no podemos —dijo, plantándole un beso en la mejilla; luego fue hasta la roca, en busca del vestido de Elizabeth, lo agarró y se lo ofreció.

Ella se lo puso rápidamente, y él hizo lo mismo con su camiseta, regresaron a donde habían dejado las botas de Cobra y las Havaianas de ella, que no dudó en calzarse; aunque él optó por llevar sus zapatos en la mano. Sin poder evitarlo, emprendieron el camino de regreso tomados de la mano.

Llegaron justo a tiempo, cuando todos estaban preparados para embarcar el yate, a Elizabeth apenas le dio tiempo de buscar su maleta y ponerse una tanga, hubiera querido cambiarse, pero sus primas no iban a esperarla.

A Cobra le incomodaba tener que subir a la lujosa embarcación, en compañía de las demás personas; sin embargo, Elizabeth terminó convenciéndolo, y él aceptó al ver que cada quien vivía su mundo, sin darle la mínima importancia.

Ella lo llevó hasta la cubierta y luego se marchó, dejándolo sentado en uno de los asientos con cojines forrados en cuero blanco, donde aprovechó para ponerse las botas.

—Le he pedido al capitán que te deje en Angra —comentó Elizabeth, apareciendo nuevamente en la cubierta con un par de cocteles, y se sentó a su lado.

—Gracias. —Recibió la bebida que ella le ofrecía—. No era necesario que se desviarán por mi culpa.

—Sabes que no vamos a desviarnos, igual iremos por toda la costa. —Le dio un trago a su coctel.

—Pero no tenían pensado llegar a Angra.

Ella se alzó de hombros.

—Eso no representa ningún problema —dijo, mirando cómo el viento le movía los rizos cobrizos.

—¿Te gustaría cenar conmigo el miércoles? —propuso esperanzado en un sí—. No será una cena en ningún restaurante lujoso, pero lo haré especial... En un lugar especial.

Elizabeth sonrió y le sujetó la mano. Sabía que debía terminar con eso, que tal vez ese era el momento adecuado, se lo había prometido a su madre.

—Sí —dijo, sin poder contener lo que verdaderamente deseaba.

—Y el domingo, después de las prácticas de surf de Violet, te llevaré a donde te prometí que practicarías la puntería.

—No me comprometo, pero haré lo posible por aceptar tu invitación.

—Eso podremos conversarlo mejor el miércoles. —Se levantó, porque el yate estaba acercándose al muelle; le dio un trago a su bebida y la dejó sobre una mesa.

—Sí, prometo que el miércoles te daré respuesta. —Ella lo siguió.

El yate atracó y ella lo vio caminar hasta el borde, para saltar al muelle.

—Alexandre, ¿no te despedirás? —preguntó con una extraña presión en el pecho, al ver que él se iba sin siquiera darle un último beso.

Cobra regresó sin poder evitar que su mirada se fijara momentáneamente en una de las primas de Elizabeth, quien estaba acostada en una tumbona, por lo que se despidió con un beso en la mejilla.

Ella inmediatamente le llevó ambas manos al rostro, evitando que se retirara, y lo besó en la boca; no fue un simple contacto de labios, lo besó con pasión desmedida.

Ante esa reacción de Elizabeth, él no pudo seguir guardando la compostura y correspondió con vehemencia; le envolvió la cintura con sus brazos y la pegó a su cuerpo, y ella se puso de puntillas para besarlo con mayor facilidad.

—No te cohíbas en besarme solo porque haya otras personas —dijo contra los labios de él—. Si te he traído aquí, es porque no me importa que se enteren que estoy saliendo contigo, así que bésame como si no existiera nadie más, bésame con todas las ganas que me tienes. —Se mordió ligeramente el labio.

—Si te beso con las ganas que te tengo, terminaré desnudándote una vez más. —Le dio un toque de labios—. Pero prometo detenerme antes de que eso suceda, porque sé que debes seguir hasta Río. —Volvió a invadirle la boca con la lengua y no dejó de hacerlo hasta que fue realmente necesario—. Ahora debo abandonar el yate, debo irme.

Elizabeth asintió, sintiéndose un poco aturdida por la intensidad del beso, consciente de que Cobra estaba extremadamente excitado.

—Llámame en cuanto llegues a Río, gato.

—Lo haré, moça.

—Y por favor, conduce con precaución —pidió, consciente de que la carretera que llevaba de Angra a Río era peligrosa.

Él asintió, le soltó la cintura y se alejó, sin que ella pudiera evitarlo, saltó al muelle.

El yate siguió con su ruta y Elizabeth se quedó en el mismo lugar, observando cómo él caminaba por el muelle.

CAPÍTULO 52

Elizabeth se paseaba de un lado a otro en la habitación, mientras se mordía la uña del pulgar derecho y sostenía el móvil con la otra, inevitablemente su angustia aumentaba con cada intento de llamada que saltaba inmediatamente al buzón de voz.

Sentía una horrible presión en el pecho que le hacía difícil respirar, un gran nudo en la garganta que no podía pasar con nada, los latidos del corazón eran lentos, casi dolorosos y tan torturantes como el peso que se le había alojado en la boca del estómago.

—Mi vida. —Samuel asomó medio cuerpo tras la puerta, anunciándose en la habitación—. ¿Estás bien? —preguntó, al ver a su hija mayor sentándose al borde de la cama.

—Sí, papá.

—Me anuncié varias veces.

—Lo siento, no te escuché —dijo intentando una vez más con la llamada, sin prestarle mucha atención a su padre.

—Creo que no estás bien, ¿es Luck? —preguntó, al notar preocupación en el rostro de Elizabeth.

—No, papá, por favor... En un rato bajo.

—¿Me estás echando de tu habitación? —Incrédulo se llevó las manos a la cintura.

—Solo necesito un minuto a solas, por favor...

—Si es Luck... —hablaba con tono de advertencia, pero ella lo interrumpió sin alejarse un milímetro el móvil de la oreja.

—No es Luck... Sé que estás esperando el mínimo fallo de él para darle un uso razonable a la Beretta, pero lamentablemente para ti, entre los dos todo está bien —dijo remarcando una vez más el número de Cobra. Ya tenía que haber llegado a su apartamento hace aproximadamente tres horas, el mismo tiempo que llevaba ella esperando la llamada que él le prometió.

—Está bien, trataré de olvidar que ya no le importo a mi hija y que prefiere prestarle más atención a su teléfono.

—Ay papá, no seas tan manipulador. —Se acercó y le dio un beso en la mejilla—. Estoy tratando de hacer una llamada de trabajo, y es muy importante, solo eso... Después te cuento, ¿sí?

—Está bien. —Le besó la frente—. Aunque supuse que estabas de vacaciones.

—Estoy preparando todo para cuando regrese a Nueva York —mintió y le guiñó un ojo, para ser más convincente.

Su padre chasqueó los labios, negó ligeramente con la cabeza y salió de la habitación.

Elizabeth regresó a la cama y se sentó al borde, sin poder controlar la ansiedad, movía insistentemente las piernas al mantener los talones elevados, y el corazón le saltaba en la garganta; no sabía por qué tenía un mal presentimiento. Sabía que la carretera de Angra a Río era peligrosa, y más si era en moto.

Volvió a marcar, sin importarle en lo más mínimo llevar más de diez intentos.

En ese momento la puerta volvió a abrirse y aparecía su madre, al parecer sus padres se habían puesto de acuerdo para no dejarla sola.

Rachell se percató de cómo su hija movía las piernas, y eso solo le pasaba cuando algo le preocupaba, por lo que sin decir nada, caminó y se sentó a su lado.

—¿Qué sucede? —preguntó, acariciándole la espalda.

—Nada, solo estoy un poco ocupada... Mamá, en un rato bajo, no tengo tanta hambre, si quieren pueden empezar la cena sin mí.

—Elizabeth, sé que algo te pasa —aseguró mirándola a los ojos.

Ella volvió a finalizar otro intento de comunicación que terminó en el buzón de voz.

—Es Alexandre... No me contesta —dijo al fin, sabía que podía contar con su madre, tal vez expresar su angustia le ayudaría a disminuirla un poco.

Rachell la miró con compasión y le acarició los cabellos.

—Lo siento mi vida, si no te contesta no insistas... Algunos hombres después de que obtienen lo que quieren desaparecen, pero ya me encargaré de hacer que se arrepienta por ser tan cobarde...

—Mamá, no es lo que estás pensando —interrumpió, porque comprendía perfectamente lo que su madre intentaba decirle—. Alexandre no es así... Estoy muy preocupada por él. —El extraño nudo de angustia empezaba a convertirse en uno de lágrimas que se empeñaba en retener.

—¿Por qué esa angustia? —Le puso un mechón de cabello detrás de la oreja y le quitó el teléfono, porque le mortificaba verla tan nerviosa.

Elizabeth permitió que su madre sostuviera su teléfono, porque verdaderamente ya no tenía esperanzas.

—Hace horas que salió de Angra y no ha llegado, no me contesta, temo que le haya pasado algo malo y... Sería mi culpa. —Dos lagrimones se le derramaron y se los limpió rápidamente, sintiéndose avergonzada delante de su madre.

—No logro comprender... Explícame mejor... ¿Invitaste a Alexandre a la fiesta? —preguntó, cubriéndole las mejillas con las manos, sintiéndose sorprendida al ver a su hija con los ojos ahogados en lágrimas.

Elizabeth asintió y volvió a mirar su teléfono que seguía en el regazo de su madre.

—Lo llamé y le pedí que fuera, quería verlo... Fue en la moto hasta Angra, de regreso lo dejé en el muelle, ya debería estar en su apartamento, han pasado muchas horas... Sabes que esa carretera es peligrosa —sollozó, sin poder evitar sentirse culpable.

Rachell la abrazó, refugiándola en su pecho y empezó a acariciarle el cabello. Nunca antes había visto a su pequeña tan preocupada por el bienestar de un hombre que no fuese su padre o hermano.

Inevitablemente le angustiaba verla así, porque tenía la certeza de que Alexandre ya no era para su hija un simple amigo con el que tenía sexo. Ese hombre se había convertido en algo más, y posiblemente ni ella misma lo había descubierto.

—Estoy segura de que no le ha pasado nada malo. —Le apoyó la barbilla en la cabeza, mientras Elizabeth le rodeaba la cintura con los brazos—. Quizás tuvo algún contratiempo.

—Él dijo que me llamaría, mamá, y ya han pasado más de tres horas... Si le pasó algo por mi culpa, no podré superarlo.

—¿Le dijiste que terminaban la relación?

—No, sé que debí hacerlo, pero no tuve tiempo. —Volvió a mirar a su madre a los ojos.

—¿No tuviste tiempo o no tuviste valor? —preguntó, limpiándole las lágrimas con los pulgares.

—Realmente no tuve el valor —confesó.

Rachell suspiró profundamente, estaba segura de que las cosas se estaban complicando, sobre todo porque el tal Alexandre era un hombre mayor, que seguramente tenía mujer e hijos, y su hija solo era un pasatiempo.

Lo que menos deseaba era que le rompieran el corazón a su pequeña o que terminara convirtiéndose en la amante de alguien que ni siquiera la merecía.

Deseaba que pudieran marcharse cuanto antes, así se alejaría de ese hombre y retomaría su vida al lado de Luck, era el único que podría hacerla entrar en razón.

—Bien, ya tendrás la oportunidad para hacerlo, no quiero presionarte, pero sabes que debes terminar con esa locura antes de que tu padre se entere.

—Ahora no quiero pensar en eso mamá, solo deseo saber si está bien, pero no me contesta el maldito teléfono. —Volvió a desesperarse.

—Elizabeth, necesito que te calmes un poco... Seguramente que tampoco le has preguntado si tiene mujer e hijos.

—No, aunque creo que no tiene, él no me lo ha dicho pero vive solo, me ha llevado a su apartamento.

—Ningún hombre que desee tener una aventura te va a confesar que tiene una familia... En cuanto a lo del apartamento, tal vez no sea más que un nido de conquistas. ¡Por favor, Elizabeth! Eres una chica astuta —reprendió ante las tontas explicaciones que su hija le estaba dando—. A lo mejor en este momento estará tranquilamente cenando con su esposa, y tú aquí toda angustiada.

A Elizabeth le costaba creer que Cobra tuviese una mujer; aunque la tuviera, no le perdonaría que no tuviese la condescendencia de llamarla, o por lo menos enviarle un puto mensaje para informarle que había llegado bien.

—Es mejor que bajas a cenar —dijo su madre acariciándole la cara—. Ya no te preocupes mi muñeca, ese hombre ha de estar bien. —Intentó consolarla, porque sabía que había sido un poco dura.

—Está bien, pero dame un minuto mamá, quiero lavarme la cara.

—Bien. —Le dio un beso en la frente—. No tardes.

Elizabeth asintió y miró a su madre marcharse, después ancló la mirada en el teléfono que había quedado sobre el colchón.

Se alentó a creer que su madre tenía razón y que después de todo, no era importante para Alexandre, que en ese preciso momento estaría compartiendo con su familia y no perdería su tiempo en llamarla.

Sabía que ese: «te quiero» que le regaló por la tarde en la orilla de la playa no había sido más que un guion tan usado, que las tontas ilusas como ella terminaban creyendo que podían despertar sentimientos en un hombre tan sanguinario como él.

Se levantó, fue al baño a lavarse la cara y se maquilló un poco, para ocultar las huellas de las lágrimas derramadas por alguien que verdaderamente no valía la pena.

No era mucho lo que había conseguido, pero estaba algo presentable, por lo que salió de la habitación y bajó a cenar con su familia, dejando el teléfono en el mismo lugar.

Ni siquiera estaba segura si después de morir se podía ir al cielo, nunca había creído en esa tontería de la vida eterna tras la muerte, pero si era verdad, probablemente el cielo no era una posibilidad para ella.

Sentía que era incapaz de respirar, tal vez terminaría desplomada en el suelo y no sería consciente de su muerte, ya las piernas no conseguían soportar su peso; sin embargo, la mano de su atacante, a quien tenía parado detrás, la sostenía por el pelo.

—Pronto pasará. —Le dijo al oído, con un tono de voz uniforme, monótono.

Esperaba escucharlo molesto, que le gritara totalmente iracundo, pero la ecuanimidad de su voz le aterraba.

Debía estar tan asustado como ella, al menos un poco nervioso, pero no lo estaba. Al parecer, estar en una situación semejante era común para él.

Repentinamente le soltó el pelo, ella no se lo esperaba, por lo que cayó fuertemente sobre sus rodillas; el grito de dolor fue sofocado por la cinta adhesiva que la amordazaba, ni siquiera podía mimarse el golpe, porque las manos atadas en la espalda se lo impedían, y las lágrimas se les derramaron abundantes.

Su cuerpo se venció ante el dolor y se dejó caer hacia adelante en posición fetal, mientras suplicaba internamente porque pasara rápido; ya solo quería morir, suponía que era lo que venía

después de la más dolorosa decepción.

El hombre volvió a sujetarla por los cabellos, obligándola a elevarse, aunque no quisiera, era él quien tenía la fuerza y dominaba la situación, por lo que terminó sentada sobre los talones y los hombros aún más adoloridos.

En ese instante vio por el rabillo del ojo una hoja de metal sumamente afilada; inevitablemente volvió a desesperarse y a negar con la cabeza.

Por favor, por favor... No, no quiero morir.

Gritaba internamente, no podía exteriorizarlo por la forzosa mordaza.

El corazón le latía a punto de reventar, todo su cuerpo temblaba, aun así empezó a luchar.

—Tranquila, no te muevas o será peor... No va a doler —prometió falsamente, haciendo más fuerte el agarre que empuñaba sus cabellos y tiró hacia atrás, dejando totalmente expuesto el cuello—. Será rápido.

La infortunada mujer no podía hacer nada, su fuente de energía se había agotado totalmente, después de luchar por horas, desde que estúpidamente había caído en esa trampa de la que no iba a salir, al menos no con vida.

Sintió la punta del metal en su cuello, justo debajo de la oreja. Él dijo que no dolería, pero ella sentía el terrible ardor de la piel al abrírsele milímetro a milímetro, la vista se le nubló y estaba totalmente mareada; no obstante, pudo sentir cómo la sangre caliente salía a borbotones de su garganta, le corría por el pecho y le inundaba la boca, pero no podía escupirla porque la mordaza se lo impedía.

De manera inevitable, ante el dolor volvió a luchar, movía los pies, queriendo hacer algo, convulsionaba al tratar de liberarse de esa tortura que la estaba ahogando, pero solo conseguía que la orina caliente corriera entre sus muslos.

Descubrió que morir era horrible, morir era la sensación más espantosa y dolorosa que podía soportar cualquier humano.

Después de la cena, decidieron salir al jardín para conversar un poco, y terminaron participando de un juego de mímicas a petición de Violet, ella rápidamente organizó los equipos, eran hombres contra mujeres.

El equipo de los hombres fue conformado por: Reinhard, Samuel, Renato y Oscar, y el de las mujeres: Sophia, Rachell, Elizabeth y Violet.

La niña protestó, porque su padre eligió lanzar una moneda al aire cuando ella prefería que se les concediera primero a las mujeres, por simple gesto de caballerosidad.

—No señora, a la silla muchachita... —Le dijo Samuel—. Igualdad ante todo.

Violet regresó refunfuñando a su puesto, al tiempo que la moneda de cobre giraba en el aire.

Samuel la atrapó y cerró el puño.

—¿Cara o sello? —Le preguntó al equipo del frente.

Todas las mujeres se miraron y cuchichearon.

—Cara —dijeron al unísono.

—Bien... —Samuel se plantó la moneda en la palma de la mano—. Cara, van primero.

Violet se carcajeó divertida de haber ganado la primera ronda, y por ser la menor debía iniciar junto con su hermano.

Empezó a saltar en medio de la hierba podada del jardín, frente a la casa, que era iluminado con incandescentes reflectores.

—Eres un resorte —dijo Oscar.

Violet negó sonriente y siguió saltando, al tiempo que peló los dientes.

Oscar reía al ver las muecas de su hermanita, que se llevó las manos a la cabeza, apuntando los dedos índices hacia arriba.

—Eres el Diablo.

—¡No! —Se detuvo asustada y miró a su padre.

—Oscar. —Samuel lo reprendió.

Su hijo era consciente del temor que Violet le tenía a todo lo que tuviese que ver con lo diabólico.

El chico se alzó de hombros, solo intentaba adivinar.

—Una vez más.

Violet volvió a saltar.

—Solo te queda una oportunidad —dijo Elizabeth.

—Es un conejo —expresó convencido.

Violet dejó de saltar y le sacó la lengua, dejando claro que Oscar había ganado.

Fue el turno para Oscar, quien trató de representar un rinoceronte; aunque el equipo femenino se saltaba las reglas y todas intervenían, no lograron acertar.

Así que fue el turno para Renato contra Elizabeth, ella consiguió adivinar al tiburón en el primer intento.

—Fue muy obvio, te falta ser más creativo —dijo Elizabeth sonriendo.

Siguieron jugando por varias horas, mientras reían con cada graciosa mímica que hacían.

Samuel consideró que era hora de que Violet se fuera a la cama, por lo que la llevó a la habitación.

—Papi, ¿te quedarás hasta que me duerma? No quiero estar solita —dijo, mientras observaba cómo su padre le aplicaba crema dentífrica a su cepillo de dientes, y ella hacía muecas frente al espejo.

—Supongo que no tengo opción. —Le entregó el cepillo, al tiempo que ella negaba y sonreía.

—Prometo dormirme rápido.

—Eso espero... ¡Hey! Un poco más, que no te estás cepillando bien. —Le recordó, al ver que la niña se apresuraba con el cepillado.

Violet terminó y fue con su padre a elegir el pijama que usaría esa noche. Se decidió por un camisón rosado, que tenía escrito en letras de colores llamativos: «Hello Sunshine!».

Samuel la desvistió, dejándola solo con las pantaletas, le puso el camisón y la llevó en brazos hasta la cama.

—Papi, olvidaste a Blondy —dijo, al ver que su padre ya la había arropado y se sentaba al borde de la cama.

—Mejor déjalo en su cama, ya está dormido. —Le echó un vistazo al cachorro rendido al lado de la puerta que daba a la terraza.

—Es que si lo dejo en su cama, empieza a llorar por la mañana y me despierta —dijo con los ojos fijos en los de su padre.

Samuel se levantó, al tiempo que liberaba un suspiro, fue hasta donde estaba Blondy, lo cargó y lo puso al lado de Violet. Él volvió a sentarse al borde de la cama.

—Gracias papi. —Sonrió acariciando al perro, y le dio un beso en la cabeza.

—De nada. —Le devolvió la sonrisa, y ella seguía mirándolo con esos impactantes ojos azules casi violeta—. Bueno, ya duérmete. —Le acarició con los nudillos la sonrosada mejilla.

—Eso intento hacer. —Le agarró la mano a su padre y empezó a darle besitos, consiguiendo con ese gesto derretir totalmente a Samuel Garnett—. Papi, ¿recuerdas cuando era pequeña que me daba miedo dormir sola?

—Sí —dijo sonriente, cómo no acordarse de cada segundo de sus hijos—. Recuerdo que despertaba y te encontraba dormida en la alfombra de mi habitación.

Violet sonrió admirando a su padre.

—No quería despertarte, mami siempre decía que estabas muy cansado.

—Sabes que para ti nunca estoy cansado —confesó tiernamente, y en ese momento captó su atención la pantalla iluminada del móvil de Elizabeth, que estaba sobre la cama de al lado.

La curiosidad paterna se despertó inmediatamente, e intentó, desde donde permanecía sentado, ver quién llamaba a su hija. Pero bien sabía lo celosa que era Elizabeth con su teléfono, y se guardó las ganas de contestar por ella.

Trató de volver a poner su atención en Violet, por lo que siguió conversando con ella, pero quien quiera que llamara a su hija mayor, lo hacía con mucha insistencia.

Sabía de la complicidad que existía entre Elizabeth y Violet, por lo que tampoco se atrevía a acercarse a la cama para mirar al remitente de las llamadas, porque estaba seguro de que su hija menor terminaría acusándolo.

Cuando por fin Violet se quedó dormida, se levantó para mirar al teléfono y justo cuando estaba por agarrarlo, entró Elizabeth.

—Acaba de dormirse —susurró Samuel, para que la niña no se despertara—. Te han estado llamando. —Agarró el teléfono y se lo entregó a su hija—. ¿Quién lo hace con tanta insistencia? —preguntó, al tiempo que Elizabeth prácticamente le arrebatava el aparato de la mano.

—No lo sé..., supongo que es por trabajo —mintió, tratando de que los nervios no la traicionaran, porque suponía que quien la había estado llamando era Cobra, o al menos era lo que anhelaba.

—Recuerda que estás de vacaciones, no me gusta que te presionen y menos que te estén llamando tan tarde. —Se acercó y le dio un beso en la frente, le posó la mano en la mejilla y la miró a los ojos—. Por ningún motivo permitiré que el trabajo te agobie... Tu padre trabaja para darte todo lo que necesitas.

—Lo sé —susurró, encantada con cada una de las palabras de su padre—, por eso te amo.

—Que tengas buenas noches princesa.

—Tú también, descansa. —Se le colgó del cuello y le plantó un beso en la mejilla, mientras sentía que el móvil le vibraba en la mano.

CAPÍTULO 53

Apenas Samuel Garnett salió de la habitación, Elizabeth miró la pantalla de su teléfono que se iluminaba con una llamada entrante de Cobra, aunque se moría por atenderle, no lo hizo de inmediato, primero decidió salir a la terraza para no despertar a su hermanita.

Él dejó de llamar, y ella pudo darse cuenta de que esa había sido la decimosegunda vez que lo había hecho.

Se sentó en el suelo de la terraza, refugiándose en la oscuridad, apenas miró a lo lejos al Cristo Redentor, que esa noche estaba iluminado de rosado, en apoyo a las víctimas con cáncer.

Una vez más, el teléfono vibraba en sus manos y el corazón empezó a latirle emocionado, pidiéndole a gritos que contestara, pero la razón le decía que no lo hiciera, porque seguramente Alexandre había aprovechado que la mujer estaba dormida para comunicarse con ella y le daría cualquier excusa a su falta de consideración, de no haber cumplido la promesa de llamarla apenas llegara a Río, demostrando que le importaba una mierda la angustia que ella pudiera sentir.

Al parecer no iba a desistir, porque seguía llamando con total insistencia, entonces decidió que era el momento oportuno para terminar con esa locura, ya había tenido suficiente dosis de hombre mayor dotado de experiencia, y era momento de volver a la normalidad. Agarró una bocanada de aire para llenarse de valor y atendió.

—Prometiste que me llamarías apenas llegaras —reclamó inmediatamente.

—Lo siento moça, no pude hacerlo.

—Ya no te disculpes...

—Escúchame —suplicó.

—No, no tengo nada que escucharte, mejor escúchame tú a mí...

—Elizabeth —intervino casi sin dejarla hablar—. Estoy por llegar a tu casa, necesito verte.

—¿Qué? No, ni se te ocurra aparecerte aquí. —Se puso en alerta y realmente podía escuchar a través del teléfono el sonido de la moto.

—Estoy llegando, no voy a rendirme hasta que pueda hablar personalmente contigo... Sé que estás molesta, y tienes toda la razón para estarlo...

—Alexandre, no quiero hablar contigo.

—Pero necesito hablarte.

—No voy a salir.

—Dije que no voy a rendirme hasta que consiga verte, así tenga que hablar primero con tu padre.

—Mi padre ya está durmiendo... ¿Tienes idea de qué hora es?

—Sé que es más de medianoche, pero eso realmente no me importa... Voy a verte así tenga que despertar a todos en tu casa.

—No serás capaz. —Se levantó del suelo.

—Ponme a prueba, estoy justo en frente de la casa de tu abuelo.

Elizabeth corrió al otro extremo de la terraza, y desde ahí pudo ver la luz de la moto iluminando el portón.

—¡No! Alexandre, por favor —chilló con el corazón brincándole en la garganta—. Aléjate del portón, ¡lárgate!

Imaginaba que esa noche podía estallar la tercera guerra mundial si su padre se enteraba de que andaba saliendo con un hombre como Cobra. No aceptaba a Luck, que era un chico trabajador, estudiado, sin vicios ni tatuajes. Dudaba totalmente que permitiera que un hombre con el aspecto tan impetuoso se le acercara.

—No voy a hacerlo Elizabeth, no quiero que estés molesta conmigo.

—Ya no estoy molesta —mintió, porque realmente estaba enfurecida.

—No te creo. —Hizo rugir la moto.

—Está bien, voy a verte, ve a la parte de atrás... Dame diez minutos.

—Ocho.

—Diez minutos —repitió.

—Seis.

—¡Te dije que diez!

—Cinco minutos.

—Maldito chantajista —gruñó entrando a la habitación, la atravesó casi corriendo y salió.

Miró a todos lados y agradeció al cielo que se encontró el camino despejado. Corrió por el jardín tenuemente iluminado por farolas que colgaban de las ramas de los árboles, y le tocaba subir una colina cubierta por hierba.

Se encontró con un muro que desde dentro de la propiedad le llegaba a ella por la cintura, pero del otro lado, era una muralla de casi cuatro metros.

Apoyó las palmas de las manos en el muro y miró hacia abajo, ahí estaba sobre la moto, y podía ver cómo la maldita camiseta blanca sin mangas que llevaba puesta se le pegaba al pecho, dejando ver lo poderosamente perfecto que era; también se fijó en sus rizos desordenados, lo que le dejaba claro que no había usado el casco.

—Apaga la luz —exigió.

Alexandre elevó la mirada y la vio asomada por el muro, que de momento no lograba explicarse cómo era que ella se notaba tan cómoda, cuando tenía frente a él una muralla como si de un castillo medieval se tratara.

—Así no podremos hablar, terminaré con tortícolis. —Apagó la luz de la moto y bajó.

—No hay otra opción.

Cobra se paró sobre la calzada y miró a todos lados, buscando la manera de poder estar más cerca de Elizabeth. Caminó hasta un gran árbol y empezó a escalar el tronco.

—¿Qué haces? —Corrió hasta donde estaba el árbol, que extendía sus ramas dentro de la propiedad—. Estás loco —reprochó, pero no pudo evitar admirar la agilidad con la que escalaba—. Ni se te ocurra entrar.

—Entonces ven tú... Aquí hay espacio —dijo sentándose en una rama.

Elizabeth no sabía por qué hacía todo lo que él le pedía, parecía una maldita marioneta, y Cobra movía a su antojo los hilos.

—No hago esto desde que era niña —confesó nerviosa, se guardó el teléfono en el bolsillo trasero de los *jeans*, al tiempo que suspiraba, llenándose de valor y empezó a subir al árbol; caminó entre las ramas, intentando mantener el equilibrio y suplicando al silencio que no le picara ningún bicho.

Cobra estaba más arriba, por lo que a ella le tocó sujetarse a una rama, se impulsó y subió.

—Déjame ayudarte. —Le tendió la mano y la ayudó a subir—. Siéntate con cuidado, que si te caes de este lado, sí te darás duro.

Elizabeth miró hacia abajo, cerró los ojos y resopló, porque verdaderamente estaba alto. Se armó de valor y se sentó ahorrajada en la rama, y Cobra estaba en la misma posición frente a ella, podía verle el rostro iluminado por algunos rayos de la luz plata de la luna, que se colaban por el espeso follaje.

Él estiró la mano para acariciarle el rostro, pero ella no lo permitió, lo alejó de un manotón.

—No quiero que me toques —expresó totalmente su molestia—. Y habla rápido porque tengo que descansar.

—Sé que estás molesta. Lo siento, intenté llamarte apenas llegué a Río, pero tenía el teléfono

descargado...

—Me esforzaré en hacerte creer que me trago cada una de tus mentiras —interrumpió con desdén.

—No te estoy mintiendo, en serio me quedé sin batería... Perdí las llaves del apartamento, no sé dónde, posiblemente fue en la playa cuando me quité los *jeans*.

—Alexandre, ¿viniste hasta aquí y me obligaste a subir a este maldito árbol, para decirme que perdiste las llaves? —reprochó con malcriadez, se cruzó de brazos en un gesto de clara impaciencia y se percató de que tenía una mancha roja en la camiseta, posiblemente sangre.

—Porque eso fue lo que pasó, perdí las llaves, el teléfono no tenía batería; me llevó más de tres horas abrir la puerta y cambiar la cerradura... No tendría que darte explicaciones, simplemente deberías creer en mi palabra.

—¿Y eso por qué tendría que hacerlo? —preguntó irónica con el ceño fruncido. Realmente estaba molesta y celosa, no podía evitar sentir celos al pensar que Cobra tenía mujer.

—Porque pasé toda la tarde contigo, porque te dije que te quiero —estalló molesto; sí, realmente le molestaba que Elizabeth no le diera valor a la importancia de sus sentimientos—. No tiene caso mentirte.

—Posiblemente todo sea una mentira.

—¿De tu parte o de la mía? —cuestionó mirándola a los ojos, sintiendo el corazón latirle con fuerza ante la rabia que lo gobernaba.

—Por parte de los dos —confesó ásperamente—. ¿Por qué no me dices dónde te manchaste de sangre? —interrogó, señalándole la mancha roja.

—Es mi sangre, te dije que tuve que abrir la puerta, lo hice con mi navaja y me corté en el intento —respondió, mostrándole la mano derecha, donde se había hecho un corte en el dedo índice.

En ese momento vio que dos hombres de seguridad se dirigían a esa parte del jardín.

—Tengo que irme, si te ven aquí tendremos problemas —dijo apresurada.

—Elizabeth. —Cobra se acercó y le tomó el rostro para que lo mirara a los ojos—. Te estoy siendo sincero, estoy haciendo lo que más odio, que es dar explicaciones de mi vida, pero lo estoy haciendo por ti —confesó y sin que ella pudiera evitarlo la besó.

Elizabeth posó sus manos sobre las calientes de Cobra, que con ese beso, simplemente derribaba todas sus barreras.

Las manos calentándole las mejillas y los labios regalándole suaves toques, la dejaban sin voluntad y no le quedó más que corresponder poco a poco.

—Me tengo que ir —susurró sin soltarle las manos.

Él no le concedió la libertad, empezó a repartirle besos por la cara, cada pequeño espacio con delicados toques que le arrancaban suspiros.

—Alexandre... Alex... Alex, van a descubrirnos y no quiero tener problemas.

—Ve...Vete ahora. —Se alejó del rostro de ella, consciente de que Elizabeth debía darse prisa antes de que él no le permitiera bajar del árbol—. Ten cuidado.

Elizabeth se levantó y caminó con total equilibrio por la rama, descendió a la que estaba más abajo, y siguió hasta que pasó el muro que la ponía del lado seguro.

Vio cómo Cobra bajó rápidamente, balanceándose de rama en rama y saltando ágilmente.

Ya en tierra firme se asomó por el muro y lo vio subir a la moto y marcharse.

—Señorita —dijo uno de los hombres de seguridad, sin poder ocultar la sorpresa de encontrársela ahí.

—Hola, buenas noches —saludó sonriente, tratando de ocultar los nervios que por dentro la estaban torturando.

—¿Se encuentra bien? —preguntó Dominic, al tiempo que hacía un recorrido visual—. Es muy tarde para que esté por aquí.

—Solo necesitaba un poco de aire fresco, ¿no te parece que la noche está hermosa? —preguntó, tratando de parecer casual, observando cómo Sergio se asomaba por el muro y miraba hacia la calle.

—Sí señorita, pero por favor, regrese a la casa —pidió, haciendo un ademán hacia la residencia.

—Está bien. —Empezó a andar—. No sé por qué tanta alerta. —Caminó con energía, alejándose lo más rápido posible. Entró a la casa y se fue inmediatamente a su habitación.

Se duchó y se puso el pijama, justo se metía a la cama, cuando su teléfono volvía a anunciarle que Cobra precisaba comunicarse con ella.

—Hola —saludó al tiempo que se cubría de pies a cabeza con la sábana.

—Hola moça, te llamo para avisarte que llegué.

—Gracias por tu consideración —ironizó, aunque realmente le gustaba que tratara de redimirse por haberla preocupado.

—Espero que no hayas cambiado de parecer, y que aún siga en tus planes cenar conmigo el miércoles.

—Supongo que el plan sigue en pie —murmuró, para no despertar a su hermanita.

Aún sentía la adrenalina desbocada por todo su cuerpo, solo Cobra la llevaba a ese extremo en el que casi se desconocía, pero que le encantaba; realmente le fascinaba experimentar todas las aventuras a las que él la invitaba.

Sonrió al recordar que se había arriesgado a subir a ese árbol, como si fuese una chiquilla.

—Por cierto, recibí un mensaje de Oscar... ¿Es cierto que tu abuelo y tu padre quieren que vaya a su casa? Dice que quieren invitarme a un almuerzo.

—Sí, quieren agradecerte por haberle salvado la vida a Oscar.

—¿Deseas que vaya? —preguntó.

—No lo sé, ¿te atreverías a enfrentar a mi padre?

—¿Y por qué no? Elizabeth, no soy un adolescente que teme ver a tu padre, cuento con el valor suficiente para decirle que quiero a su hija; que sea el excelentísimo Fiscal General de Nueva York no me intimida.

—La invitación que te están haciendo no es para que vengas a decirles que te estás acostando con su hija, eso puede esperar, solo quieren agradecerte lo que hiciste por Oscar... ¿Crees que puedas venir y almorzar mientras conversan de política?

—No me agrada para nada la política, pero creo que puedo mantener una conversación adecuada con tu abuelo y tu padre. Supongo que quieres que haga de cuenta que apenas nos conocemos.

—Eres un hombre muy astuto. —Chasqueó los labios—. Tanto como una serpiente, por eso me gustas. Ahora voy a dormir. —Se apresuró a decir—. Descansa, porque seguramente tienes que ir temprano al trabajo.

—Sí, lamentablemente, aunque no me cuesta nada desvelarme escuchando tu voz, tu respiración.

—No quiero que te desveles; además, también necesito descansar, voy temprano a la academia, solo espero no tener un encuentro amargo con Priscila.

—No te preocupes por ella, no es amenaza para ti.

—¿Por qué lo dices? —curioseó.

—Porque eres mucho mejor, aún sin tener que recurrir a la malicia callejera.

—Me gusta que admitas que soy buena capoeirista. —Sonrió emocionada, con los latidos a mil.

—Ya te lo he dicho, eres buena, pero eso no te convierte en la mejor.

—Creo que mejor terminamos esta llamada, porque no quiero empezar a lidiar con el orgullo del capoeirista arrogante al que no soporto.

—Tampoco quiero discutir con la *patricinha* orgullosa que intenta superarme... Entonces, ¿qué le digo a Oscar?

—Puedes venir, prometo no perder la tranquilidad con tu presencia.

—No quiero que mi presencia te haga perder la tranquilidad, pero sí podemos escabullirnos por el jardín y hacerte perder las bragas.

Elizabeth se mordió el labio, sin poder evitar que la excitación despertara de golpe, de solo imaginarse la escena.

—Es mejor que duermas... Adiós, ¡besos! —Se despidió casi con un jadeo que se le atoraba en la garganta.

—No me gustan las despedidas, espero verte el miércoles.

—Supongo que no puedes jugar con las agujas del reloj cada vez que te dé la gana, por lo que es imposible adelantar el miércoles a este instante.

—Dime que lo haga y voy inmediatamente a buscarte.

—Mejor no... —En ese momento quería preguntarle si realmente la quería, pero prefirió finalizar la llamada.

El reloj la despertó a la hora que lo había programado, lo silenció y giró en la cama, enrollándose en las sábanas, con las ganas de dormir torturándola, pero estaba segura de que si se permitía rendirse cinco minutos más, correría el riesgo de quedarse profundamente dormida por horas, ya le había pasado.

Se estiró, desperezándose e hizo las sábanas a un lado, salió de la cama y Violet estaba rendida con el cabello totalmente desordenado.

Se fue a la ducha y demoró un poco más de media hora, desnuda se paseó hasta el vestidor, donde eligió uno de tantos pantalones para las prácticas de capoeira, que al igual que la camiseta, llevaban bordados el logotipo de la academia.

Se vistió y se secó el cabello, antes de salir de la habitación, recogió la sábana de Violet que estaba en el suelo y volvió a arroparla. Blondy, también estaba rendido a su lado.

—Perro dormilón —murmuró sonriente.

En el comedor, solamente estaba Renato, por lo que hizo más sigilosos sus pasos para que no la descubriera, cuando estuvo lo suficientemente cerca, le cubrió los ojos.

—Eli, estoy desayunando, llegaré tarde al grupo —comentó, sin soltar el cubierto con el que comía los huevos revueltos.

—¡Ay! Pero qué chico tan responsable —satirizó, descubriéndole la mirada y sentándose a su lado—. ¿Cómo estás? —preguntó, mientras se servía fruta picada.

—¿Realmente te interesa saber cómo estoy? —cuestionó, mirándola de reojo.

—Primo, sabes que te adoro. —Dejó caer la cabeza sobre el hombro de Renato. Le encantaba molestarlo, para ver si mostraba un poco de cambio en su humor, siempre tan serio, tan correcto. Realmente no parecía un Garnett—. Y aunque no lo creas, me interesa mucho tu vida, ¿por qué no me cuentas? ¿Qué tal esa amiga a la que le llevaste la ropa?

—Se fue, ya no vive en Brasil —respondió escuetamente, y agarró el vaso con jugo de fresa—. ¿A ti qué tal te va todos los sábados en la favela?

Elizabeth se ahogó con el jugo de toronja, lo hizo a un lado y empezó a toser.

—Tranquila prima —dijo, palmeándole la espalda—. Solo es una broma.

—De muy mal gusto —murmuró con los ojos ahogados en lágrimas.

—Buenos días —saludó Samuel, quien apareció en el comedor, vistiendo un pantalón gris y una camisa azul cielo, que llevaba arremangada hasta los codos.

—Buenos días. —Rachell, apareció detrás de él.

—Buenos días —correspondió Renato.

—Hola papá. —Elizabeth recibió un beso en los labios por parte de su padre—. Buenos días

mamá. —Y uno en la frente, de su madre.

No podía evitar sentirse nerviosa, no sabía si lo de Renato realmente había sido una broma o simplemente estaba al tanto de sus escapadas a la favela. Solo esperaba que no la expusiera delante de sus padres.

—¿Por qué listos tan temprano? ¿Piensan salir? —preguntó Elizabeth, tratando de hablar de cualquier cosa y olvidar la jugada de su primo, que algunas veces le daba unas estocadas mortales.

—Sí, voy a acompañar a tu madre a la boutique y después voy a reunirme con Cauê Souza.

—¿El director de la policía? —curioseó, pinchando un pedazo de piña.

—Sí, a pesar de que casi no nos vemos, somos buenos amigos... Estudiamos juntos en la secundaria.

—Creo que me lo habías contado.

—Amor, ¿qué harás en un rato? —Le preguntó Rachell a Elizabeth.

—Supongo que hablar con Luck, es lo único que hace —intervino Renato con tono de burla.

A Rachell le hizo gracia, pero a Samuel ni un poquito.

Elizabeth le hizo muecas de burla, como si fuese una niña de cinco años.

—No tengo culpa de que seas un ser sin sentimientos.

—Para tu información, los tengo.

—Sí, lo olvidaba, estás locamente enamorado de tu móvil —ironizó.

—Bueno ya, dejen de discutir —intervino Samuel, no era la primera vez que lo hacía, desde pequeños ese par se la pasaba peleando, pero eran inseparables.

—No estamos discutiendo —dijeron al unísono.

Rachell no pudo evitar reír, porque siempre daban la misma respuesta.

—¿Crees que puedes pasar por la tienda a mediodía? —preguntó, fijando la mirada en su hija.

—Sí, después de la práctica regreso a casa porque ya me comprometí con Violet para bailar, pero después de eso tengo toda la tarde libre.

—Bien, entonces puedes llevarte a Violet, porque sé que se pondrá a llorar si no lo haces.

—Sí, eso haré... Bueno debo irme, no quiero llegar tarde. —Se levantó.

—Saluda a Otavio.

—De acuerdo. —Bordeó la mesa y se despidió con besos de sus padres.

—Yo también me voy —comentó Renato.

Cada uno se fue a su habitación, se cepillaron los dientes y volvieron a encontrarse en el estacionamiento.

Elizabeth pretendía que hicieran una competencia, pero Renato, quien no era para nada partidario de la velocidad, declinó la invitación de su prima.

CAPÍTULO 54

En el estacionamiento de la academia se encontró con Bruno, quien la saludó con un beso en cada mejilla. No perdió la oportunidad para preguntarle por Liam, porque él sabía más de su primo que ella misma.

Le contó que la noche anterior habían salido juntos a un club, pero que a mitad de la noche desapareció, dejándolo tirado; aunque le aseguró que se encontraba bien, porque habían conversado esa mañana.

—No me extraña que haya cambiado tu compañía por la de una chica.

—Posiblemente —respondió de camino al salón.

—¡Ay Bruno! No lo cubras, sabes que mi primo es un mujeriego empedernido, así como tú.

—Eli, no me hagas mala fama.

—¿Yo te hago mala fama? —Fingió sorprenderse, llevándose una mano al pecho, pero no pudo evitar reír.

—Hola, mariposa preciosa. —Los sorprendió Fabio y le plantó un sonoro beso a Elizabeth en la mejilla—. ¡Cada día más rica! —confesó, echándole un vistazo a ese torso de piel suave y perfectamente marcado.

—Ya Fabio, deja de ser tan adulador —dijo sonriente y le golpeó un hombro.

—Simplemente soy sincero, eres la mujer que quiero para que sea la madre de mis hijos —jugueteó, acoplándose al paso de Bruno y de ella.

Elizabeth sabía perfectamente que Fabio solo molestaba, siempre habían sido muy buenos amigos; además, estaba de novio con una amiga que también era modelo.

—¿Te parece si se lo comento a Vera? Quizás, se ponga feliz con la noticia. —Le palmeó el pecho con el dorso de la mano, mientras avanzaban.

Fabio buscó en el bolsillo de su pantalón el móvil y se lo ofreció.

—Hazle la propuesta.

—Imbécil. —Sonrió y lo empujó. Fabio se carcajeó y volvió a guardar el teléfono.

Llegaron al salón y Elizabeth caminó hasta donde estaba el mestre, para darle el saludo de su padre.

—¿Cómo puedes hacerlo? —preguntó Bruno, sin poder desviar la mirada de las pronunciadas curvas de las caderas de Elizabeth.

—¿Hacer qué? —Fabio no comprendió la tonta pregunta de su amigo.

—Coquetear con Elizabeth, es decir... ¿No te incomoda?

—¿Qué? —Se carcajeó—. No, para nada. Para mí es fácil, no estoy estúpidamente enamorado de ella, como lo estás tú. ¿Será que algún día encontrarás el valor o vas a morir siendo solo su amigo?

—Ya tiene al estúpido modelo, prefiero seguir siendo su amigo —confesó, sin poder quitar la mirada de Elizabeth.

—No seas imbécil. —Le pegó por la cabeza, intentando sacudirle las ideas—. El modelo no es obstáculo alguno, eres consciente de que tuvo un desliz con Paulo, todos aquí lo sabemos.

Bruno miró hacia donde estaba Paulo sentado en el suelo, con las rodillas flexionadas, donde descansaba los antebrazos; al igual que él, su objeto de mirada era Elizabeth.

—Realmente pienso que Elizabeth solo quería ser amable con él, no creo que hayan tenido más allá que un par de salidas.

—No seas iluso Bruno, sabes todo lo que puede pasar en un par de salidas. Si realmente Elizabeth estuviese enamorada de su noviecito, jamás hubiese aceptado que Paulo la sedujera. ¡Tienes que

intentarlo! —Lo alentó con gran entusiasmo.

En ese momento el mestre los invitó a reunirse en torno a la rueda pintada de blanco en el suelo, les pidió que se tomaran de las manos, para hacer una corta oración por la salud del padre de Priscila, quien ese día sería intervenido a una operación de corazón abierto, en la que se le haría un trasplante del órgano.

Todos pidieron con verdadera fe, hasta Elizabeth, que aunque tenía ciertas diferencias con Priscila, anhelaba que todo saliera bien con su padre; suponía que en ese momento debía estar muy nerviosa, pensó en llamarla al salir de la academia, solo para darle aliento, pero realmente no estaba segura si a ella le agradaría.

El mestre anunció que el juego de ese día sería Maculelê, por lo que la roda se rompió y todos caminaron hasta donde estaban las grimas, que eran unos palos de madera de biriba, mediamente largos.

Cada uno regresó con dos palos y el mestre cambio el berimbau por el atabaque, empezó a tocar y a cantar, mientras que los capoeiristas chocaban los palos y seguían con el estribillo, mientras danzaban al ritmo de los instrumentos.

Otavio marcaba el ritmo del juego y entraron los dos primeros combatientes, chocando los palos al luchar, siempre usando como base la capoeira.

Los que conformaban la roda los alentaban cantando, chocando los palos al ritmo que marcaba Octavio con el atabaque, mientras danzaban en su puesto, esperando su turno para luchar.

El Maculelê desbordaba mucha energía, alegría y buena vibra. Donde la amistad y técnicas respetables dominaban; a pesar de que a Elizabeth le gustaba luchar en la favela, también le gustaba mucho el ambiente que compartía con sus amigos de toda la vida.

Paulo no se acercó a ella, aunque muchas veces intercambiaron miradas; a pesar de todo, él era orgulloso y no quiso seguir humillándose, pero estaba segura de que aún la deseaba, esos ojos grises no podían ocultarlo.

Le seguía pareciendo realmente atractivo, pero ya no lo deseaba con la misma intensidad, esa química que había estallado entre ellos en el instante que se vieron, simplemente se había evaporado, y estaba segura de que eso se debía a la intromisión de Cobra.

La roda había terminado y sabía que no podía quedarse ni por un minuto, debía ir con Violet, por lo que dejó las grimas en su lugar, se fue a recoger su mochila y salió rápidamente.

En la casa de su abuelo, ya su hermanita la esperaba vestida y maquillada, no solo había usado los de ella, que era totalmente acorde a su edad, sino también los suyos.

Al verla negó con la cabeza, esperando que no hubiese hecho un desastre con sus cosas, al tiempo que dejaba caer la mochila sobre la cama.

Caminó hasta el vestidor y al parecer todo estaba en orden.

—No los arruiné, solo usé un poquito —dijo al ver que su hermana revisaba los cajones con los maquillajes.

—No sé por qué usas mis cosas si tienes las tuyas.

—Es que no tengo este color violeta metalizado. —Se puso un dedo en el párpado—. Es hermoso.

—Sí, te queda muy bonito, pero no agarres mis cosas sin permiso.

—Iba a pedirte permiso, pero no quise llamarte, seguro interrumpía tu práctica... Ya, no te demores.

—Solo vamos a bailar media hora, porque debemos ir a la boutique.

—¡Sí! —Empezó a saltar emocionada—. ¡Voy a ir con mami! —Mientras Violet celebraba, Elizabeth se cambiaba rápidamente de ropa.

Se fueron al gimnasio de la casa, donde siempre practicaban, porque era el único lugar que contaba con los espejos suficientes para que Violet pudiera mirar su técnica.

Elizabeth puso la música con la que desde algunos días practicaban, antes de que empezara, caminaron al centro de la pista de baile y adoptaron la posición inicial.

Cuando el contagioso Mambo retumbó en el lugar, ambas empezaron a mover el cuerpo enérgicamente con gran maestría, mientras sonreían. Elizabeth dominaba a la perfección el baile, contorneándose con ligereza y sensualidad, mientras que Violet seguía sus pasos.

A pesar de todo, la niña, para su edad bailaba muy bien, lo que no dejaba dudas de que llevaba el ritmo en la sangre.

No solo compartían el baile, también practicaban junto a su madre el pole dance y el pilates, este último no era mucho del agrado de Violet, pero Rachell casi la obligaba.

Solo bailaron por media hora, como Elizabeth había dicho, después corrieron al baño y se ducharon juntas.

Violet, quien tenía una extraña manía por la ropa, se encargó de elegirla, y no solo se decidió por prendas iguales para las dos, sino que también buscó los accesorios idénticos, desde lentes hasta zapatos.

Ya listas fueron hasta el salón de entretenimiento, donde sabían que estaba Oscar, y lo encontraron jugando en línea con Matt, a quien podían ver en el recuadro superior, al lado izquierdo de la pantalla del televisor.

—¡Matt! —saludó demasiado entusiasmada Violet.

En ese momento Oscar detuvo el juego y miró por encima del hombro a sus hermanas, quienes como era costumbre, vestían iguales. Eso le hacía recordar a las tantas veces que su madre lo vistió igual que a su padre, y que particularmente a ninguno de los dos le gustaba, pero ella siempre conseguía salirse con la suya.

—Violet, ¡que linda estás! —Le lanzó un beso.

—Gracias —dijo la niña furiosamente sonrojada, porque no podía evitar sentirse ilusionada con su primo.

—Hola Matt —saludó Elizabeth con la mano, y desvió su atención a su hermano—. Vamos a la boutique. —Le comunicó.

Violet hablaba con Matt, quien todos los días jugaba con Oscar; ese par, a pesar de la distancia, eran inseparables.

—Está bien —dijo Oscar sin prestarle mucha atención, porque estaba ansioso por seguir su partido.

—¡Adiós! —Se despidieron y se fueron al estacionamiento, donde las esperaba el chofer.

Rachell acababa de salir de su oficina y bajaba las escaleras cuando vio llegar a sus hijas.

—Mis muñecas, ¡están preciosas!

—¡Mami! —Violet corrió a su encuentro, realmente emocionada de estar en ese lugar.

—Mi pequeña. —Se acuclilló y le dio varios besos en las mejillas, mientras las personas que trabajaban en el lugar miraban a la niña, porque a Elizabeth ya estaban acostumbrada a verla.

—¿Puedo elegir ropa? —preguntó sonriente.

—Las que quieras —concedió, aunque sabía que Violet contaba con innumerables prendas, que ni siquiera había estrenado—. Te llevaré al departamento infantil, pero primero saluda. —Se levantó y le tomó la mano.

Rachell aprovechó la mano libre para acariciarle el mentón a Elizabeth y regalarle una tierna sonrisa.

—Hermosa —dijo, totalmente enamorada de su hija.

—Gracias. —Se acercó y le dio un beso—. ¿Y papá?

—Se fue hace como quince minutos, a su reunión con Cauê Souza, espera volver para el almuerzo.

Rachell llevó a Violet con cada uno de los empleados, para que los saludara, ya que ella había visitado esa sucursal muy pocas veces.

Después de recorrer la boutique, saludando a todas las personas que laboraban en el prestigioso lugar, Rachell debía volver con sus obligaciones, por lo que se fue con Elizabeth a la oficina; dejando a Violet al cuidado de una de las chicas, que había quedado encantada con la niña, y se ofreció a mostrarle cada prenda infantil, para que eligiera sus favoritas.

Violet se pasaba entusiasmada, reconociendo que muchas de las que conformaban esa colección ya las tenía, por eso elegía las que no, y hasta se las probaba para estar segura de que eran de su total agrado.

En ese momento vio pasar a una chica con un helado e inevitablemente se antojó.

—Juliana, voy con mami... Regreso en un rato —dijo, entregándole una falda a la chica de ojos marrones y gran sonrisa, poseedora de un carisma encantador.

—Está bien, ten cuidado con las escaleras.

Violet se apresuró y tocó a la puerta de la oficina de su madre, quien la invitó a pasar.

—Ma...

—Dime mi vida. —Desvió su atención de lo que hacía, y la posó en su pequeña.

—¿Puedes comprarme un helado? —Caminó hasta donde estaba Rachell sentada tras el escritorio y se abrazó a ella—. Es que una chica pasó con uno frente a la boutique y se veía muy rico.

Elizabeth sonrió negando con la cabeza, consciente de que su hermanita era una devoradora de dulces.

—Está bien, pediré que lo traigan... ¿De qué lo quieres? —preguntó agarrando el teléfono, para comunicarse con la supervisora de la tienda, y que le enviara a alguien a comprar el helado.

—No lo sé, es que no sé qué sabores tienen.

—Yo la llevo. —Se ofreció Elizabeth—. Ya sabes lo indecisa que es.

—Está bien, pero tengan cuidado.

Elizabeth buscó en su cartera su tarjeta de crédito y su documento de identificación. Miró su móvil, pero como sería rápido, decidió no llevarlo.

—Vamos. —Salieron agarradas de la mano, y Rachell las acompañó hasta la planta baja.

En ese momento se le acercó una clienta y empezó a hablarle. Reteniéndola en el lugar, por lo que no pudo volver a la oficina.

Samuel disfrutaba del café que Cauê le había ofrecido, mientras revivían sus memorias escolares, ambos tenían muy presente divertidos momentos con los que volvían a reír.

En medio de esa conversación salió a relucir el tema familiar, cuando Samuel le preguntó por su esposa Eliane, quien también había sido compañera de la secundaria, de la que Cauê se enamoró perdidamente y muchos años después seguían juntos y con siete hijos.

También hablaron de lo que les apasionaba, la justicia, y los casos más complicados con los que les había tocado luchar. Inevitablemente Samuel llevó la conversación hasta el tema que de momento a él le angustiaba, pero Souza era muy reservado con el caso del asesino en serie, que hasta el momento solo se había burlado de ellos.

Fueron muy poco los detalles de lo que consiguió enterarse, valiéndose de su astucia de años como fiscal; sin embargo, era suficiente para que él empezara a sacar conclusiones.

Estaba por despedirse, porque debía ir a almorzar con su esposa e hijas, cuando escuchó unos pasos apresurados, y la mirada verde de Souza se desvió hacia el cristal tras él.

Casi de manera inmediata tocaron a la puerta y Souza le hizo un ademán para que pasara.

—Jefe —dijo uno de los policías con la voz agitada—. Apareció otra víctima en la Avenida Brasil.

—Mierda... ¿Hace cuánto? —preguntó, mostrándose entre preocupado y molesto.

—Acaban de avisarnos por radio.

—Prepara al equipo —pidió levantándose—. Que salga inmediatamente.

Samuel también se levantó.

—Souza, permíteme que los acompañe. —Casi suplicó.

—Está bien... —Estuvo de acuerdo, al tiempo que agarraba su chaqueta, no iba a negarle al Fiscal General de Nueva York y amigo, que estuviera presente en el lugar de liberación del cuerpo—. Ese hijo de puta sigue haciendo de las suyas, cuando lo capture le haré pagar toda esta mierda.

Salieron de la oficina y apenas entraron al ascensor, Samuel buscó en el bolsillo de su pantalón su móvil, lo primero que hizo fue marcar a su hija mayor, porque necesitaba desesperadamente constatar que se encontraba bien.

Intentó varias veces y Elizabeth no contestaba, aumentando la agonía que solo un padre podía sentir; sin embargo, seguía marcándole.

Al llegar al estacionamiento, vio al equipo conformado por no menos de diez hombres, algunos con sus uniformes policiales y otros vestidos de negro, correr a la camioneta. Subieron con gran agilidad a la parte trasera y se sentaron al borde.

Estaban seguros de que no iban a encontrarse con ningún desalmado hijo de puta, sino con el cuerpo cercenado de otra desafortunada mujer. Mientras tanto, Elizabeth seguía sin contestar, por lo que los latidos de su corazón eran dolorosamente frenéticos y las manos empezaron a temblarles.

Violet, quien nunca había visitado esa heladería, quedó totalmente fascinada con las mesas, que eran unas pantallas y tenían juegos incorporados, para que los niños se distrajeran mientras disfrutaban de sus helados.

—¿Podemos quedarnos un rato? Quiero comerme el mío aquí —dijo, emocionada.

—Está bien, dime qué sabores deseas.

—Este —pidió señalando—. Cambur y chocolate, con sirope de fresa.

Elizabeth asintió mientras miraba la vitrina que ofrecía los cremosos helados.

—Ve a una mesa, las de los bordes rosados tienen juegos para niñas. —Le pidió antes de que ocuparan todos los lugares. La miró hasta que la vio sentarse en una mesa al final, a la derecha; después se concentró en lo que pediría para ella.

Violet estaba encantada buscando en la pantalla qué jugar, le parecía que todos eran geniales y no sabía por cuál decidirse, necesitaría como mínimo, todo un día en ese lugar para poder jugarlos todos.

—Hola. —La saludó la voz de un hombre, y ella desvió la mirada de la pantalla—. Que ojos tan bonitos tienes. —Le dijo el extraño con ternura.

—Gracias señor, son casi igualitos a los de mi mami —respondió, observando al hombre de ojos grises sentarse en la silla del frente, lo hizo sin pedirle permiso.

—¿Has venido con tu mami? —preguntó con voz suave.

—No, ella se quedó en su trabajo —comentó, y volvió la mirada una vez más a la pantalla.

El hombre la miró en silencio por varios segundos, totalmente hipnotizado por esos ojos casi violetas, sin duda, una maravilla.

—¿Cuál juego te gusta? —curioseó, tratando de ganarse la confianza de la niña.

—No lo sé, aún no me decido, es que no los conozco —confesó, echándole un vistazo a la gorra negra que el hombre llevaba puesta, y reconociendo en segundo el logo del equipo de béisbol de los

Yankees.

—Mis hijas los conocen todos, si quieres puedo llevarte con ellas, para que te digan cuáles son los mejores.

—¿En serio? —preguntó sorprendida.

—Claro... Me están esperando en el auto, porque ya los han jugado todos, y esta vez no quisieron bajarse. —Señaló un auto gris estacionando al lado de la puerta trasera de la heladería.

—No sé... —dijo dudosa, torciendo un poco la boca, porque su padre le había dicho que no confiara en desconocidos, pero el señor tenía hijas. Solo le dirían qué juegos eran los mejores y regresaría rápido. Miró a Elizabeth, quien estaba de espalda a ella, eligiendo los helados.

—Seguro que te haces amiga de ellas y me ayudas a convencerlas para que vengan a jugar contigo aquí.

Violet miró detenidamente al hombre que era más joven que su papá, y parecía ser buena persona.

—Bueno... —cedió al fin.

El vehículo en el que iba Samuel en compañía de Cauê Souza y otro policía, iba a toda velocidad, siguiendo a la camioneta que llevaba al equipo policial, y que se encargaba de apartar al tráfico con el insistente sonido de la sirena.

Él seguía llamando a Elizabeth sin obtener ninguna respuesta, en ese momento recordó que habían quedado en ir a la boutique, por lo que no dudó en llamar directamente a Rachell.

El director de la policía era testigo de la angustia en Samuel Garnett, y eso le preocupaba, tanto como lo que le tocaba enfrentarse en unos minutos.

Volvía a sentirse inútil, y la carga sobre sus hombros se hacía cada vez más pesaba, sabía que era su responsabilidad velar por el bienestar de su ciudad, y se sentía culpable de que todavía el maldito psicópata estuviera campante, haciendo de las suyas y sembrando terror no solo en Río, sino en todo el país.

No tenía idea de a quién llamaba Garnett con tanta insistencia, pero tampoco quería intervenir.

—¡Rachell! Por fin contestas —dijo Samuel aliviado, sintiendo en ese momento que volvía a respirar—. ¿Las niñas están contigo?

—¿Qué pasa Sam? ¿Por qué tan alterado? —habló con preocupación.

—¿Las niñas están contigo? —Volvió preguntar, sin dar ninguna explicación.

—Sí, están aquí en la boutique... Bueno, ahora mismo están en la heladería de la esquina...

—Rachell, ve por ellas... No las dejes solas.

—Samuel, ¿puedes decirme qué te pasa? Me estás preocupando.

—¡Ve a buscar a las niñas! —Casi exigió a punto de perder el control.

—Samuel no me grites, ¿qué es lo que te pasa? —protestó molestándose, pero también preocupándose por la actitud de su esposo.

—Pasa que estoy llamado a Elizabeth y no me contesta... Lo siento amor, no quise gritarte; por favor, ve por las niñas... Ve por las niñas y asegúrame que están bien —suplicó, llevándose una mano a la cabeza y frotándosela con desespero.

—Tranquilo Garnett, cálmate... Tus hijas están bien —intervino Souza, al ver que su amigo estaba verdaderamente desesperado.

—No, no me asegures nada... No puedes asegurarme nada porque tienes a un maldito loco suelto —reprochó Samuel, llevado por la desesperación de no tener noticias de sus hijas.

—¿Qué pasa Sam? —preguntó Rachell e inevitablemente se le aceleró el corazón y todo el cuerpo se le tensó.

—Después te explico amor, por favor, corre por las niñas.

—Sí, ya voy... Estoy saliendo de la tienda —dijo en las puertas de la boutique, sin terminar la

llamada de su esposo; caminaba tan rápido como podía y de vez en cuando corría, pero era peligroso hacerlo con los tacones que llevaba puestos, podían atorarse en alguna de las rendijas de las lajas de la calzada—. Dime qué pasa mi vida, ¿tiene que ver con el asesino?

—Sí, ve por las niñas.

—Me estás asustando —dijo con la voz temblorosa por el miedo, y casi sin aliento por andar tan rápido.

Rachell por fin llegó a la heladería y a través de los cristales vio a Elizabeth, sintiendo que el alma le regresaba al cuerpo.

—Amor, están bien, ya veo a Elizabeth, están bien. —Entró al lugar y se acercó hasta donde estaba su hija mayor, tratando de recuperar el aliento.

—¡Mamá! —Se sorprendió Elizabeth de ver a su madre en el lugar. Estaba segura que no habían demorado tanto como para que fuera a buscarlas.

Samuel respiró aliviado al escuchar a través del teléfono a su hija.

Rachell miró a todos lados y no veía a su niña menor.

—¿Dónde está Violet? —preguntó con el corazón a punto de reventarle y los ojos al salir de sus órbitas.

—Está en esa mesa. —Elizabeth se volvió a señalar el lugar, pero no la vio.

Rachell inmediatamente terminó la llamada, no podía saber si era por los nervios de no ver a su pequeña o si era por cuidar de Samuel, mientras el alma se le caía a los pies.

Sintió que todas las fuerzas la abandonaban y la vista se le volvió borrosa, pero un estallido de adrenalina la impulsó a correr hacia donde, según Elizabeth, debía estar su hija.

CAPÍTULO 55

La llamada se había cortado e intentaba comunicarse una vez más con Rachell, cuando su mirada captó a una patrulla parada a pocos metros, con las luces de las sirenas encendidas, vehículo que habían usado para cerrar ese tramo de la avenida.

Mientras dos policías intentaban apartar al tumulto de curiosos y periodistas, quienes pretendían ingresar a la zona de protección que habían delimitado con la cinta perimetral de seguridad.

La camioneta en la que iba el equipo policial de Souza ni siquiera se había estacionado totalmente, cuando los hombres empezaron a saltar de la cabina y corrieron a prestarle ayuda a los uniformados que resguardaban el cadáver.

Con gran rapidez y eficiencia lograron alejar a las personas y se apoderaron del lugar, evitando la intensidad de los reporteros, quienes deseaban tener la exclusiva.

El vehículo en el que viajaban Samuel y Cauê se estacionó al lado de la camioneta; justo al bajar, las voces de las personas los aturdió, todos tenían una versión diferente, había lamentos por la pobre víctima e improperios cargados de odio hacia el hasta ahora desconocido asesino serial.

Samuel aprovechó y le escribió a Rachell, explicándole que se había cortado la llamada y que en unos minutos volvería a comunicarse con ella, puso el teléfono en silencio y lo guardó en el bolsillo de su pantalón. Haber escuchado a su hija lo hacía sentir mucho más tranquilo.

Antes de llegar fueron abordados por varios periodistas, quienes empezaron a bombardearlos con preguntas, sin ocultar la sorpresa de que el Fiscal General de Nueva York estuviese en el lugar.

Ni Souza ni Samuel respondieron a las insistentes preguntas de los periodistas, simplemente avanzaron hasta donde estaba el cordón policial, sin poder evitar ser blanco de los principales canales televisivos.

Uno de los oficiales les entregó los implementos necesarios, para que al momento de entrar al área de protección, no contaminaran la escena, de lo que Samuel estaba seguro, era de liberación del cadáver.

Ya él estaba acostumbrado a encontrarse con ese tipo de situaciones por todos los años que trabajó como asistente fiscal, pero no pudo evitar que el estómago se le encogiera al ver a un par de metros la bolsa plástica negra que contenía el cadáver de alguna chica, a la que no solo torturaron, sino que también desmembraron.

Souza se concentró en hablar con sus hombres, mientras que él caminó hasta el cadáver, se acuclilló y ahí estaba la infortunada mujer, en posición fetal, desnuda, atada de pies y manos, con el cabello castaño ensangrentado pegado al rostro y el olor ácido, casi insoportable, danzaba en el ambiente, mientras en sus oídos solo hacía eco el sonido de la cámara del fotógrafo forense, que enfocaba y captaba el mínimo detalle. En ese momento eran los únicos que estaban más cerca del cadáver.

Miró el cuerpo con detenimiento y algo no concordaba o realmente muchas cosas no coincidían, porque el homicidio no había seguido el mismo patrón, el cuerpo de la víctima no había sido cercenado como el de las anteriores.

—Haz una secuencia. —Le pidió al fotógrafo que llevaba puesto un pasamontañas negro.

El hombre se quedó mirándolo por varios segundos, Samuel suponía que estaba dudando en seguir su orden, por lo que le mantuvo la mirada para que hiciera su puto trabajo, al final asintió y empezó a fotografiar.

Usó una de las pinzas que le habían entregado y poco a poco fue retirando los cabellos pegados al rostro, asegurándose de que el fotógrafo capturara cada movimiento que él hacía.

—Mierda —masculló Samuel, y se llevó el dorso de la mano a la boca, a punto de caerse de culo, se levantó y se alejó del cadáver, como si hubiese visto algo verdaderamente aterrador.

El fotógrafo lo siguió con la mirada, sin poder comprender la actitud del Fiscal General de Nueva York, quien se había inmiscuido en un lugar al que no le correspondía.

—Souza —llamó Samuel a su amigo, quien estaba interrogando a los oficiales que habían llegado primero al lugar.

—¿Pasa algo? —preguntó, percatándose de que Garnett estaba realmente pálido, tal vez estaba sobrecogido por la situación.

—Conozco a la víctima... ¡Dios! —Se llevó las manos a la cabeza, conteniendo las ganas de echarse a llorar, no sabía si de tristeza, impotencia u odio—. Al padre deben estar haciéndole un trasplante de corazón en este momento. La conocí desde que era una niña... —hablaba sin poder creerlo, solo pensaba en cómo le darían la noticia a Osvaldo.

Souza caminó hacia el cadáver y se acuclilló para estar lo más cerca posible, a Samuel le llevó un par de minutos encontrar el valor para regresar hasta la víctima.

—Su nombre es Priscila Mendes. —Le informó—. Va a la academia de Capoeira a la que asiste mi hija mayor. —Mientras observaba el cuerpo totalmente desangrado, solo las manos y los pies los tenía morados, porque la cinta americana gris con la que la ataron, retuvo la sangre—. El muy hijo de puta ni siquiera le cerró los ojos. —Acercó su mano temblorosa a los ojos fijos a la nada y los cerró.

—La degollaron —comentó Souza al revisarla un poco y percatarse de la profunda herida que tenía en el cuello, que iba de oreja a oreja—. No entiendo, no sigue el mismo patrón.

—No fue la misma persona —aseguró Samuel, recorriendo con su mirada el cuerpo, tomándose su tiempo en cada detalle. Supo que la víctima al momento que le cortaron la garganta estaba de pie o arrodillada, por la dirección en la que había corrido la sangre que se había secado y agrietado en el pecho—. El maldito se ensañó. —Señaló la herida que tenía como dos centímetros de ancho, inevitablemente su imaginación recreó la escena, donde un hombre sin rostro, no simplemente le pasaba el cuchillo o navaja por el cuello, sino que la laceraba hasta llegar al esternohioideo—. Está expuesta la laringe.

—¿Es un imitador? —preguntó mirando a Garnett.

Samuel tenía la voz ronca por contener las emociones que le despertaba ver el cadáver de esa chica a la que conocía.

—No, un imitador trataría de hacerlo lo más parecido posible, es otro hijo de puta... Realmente pienso que ni siquiera existe ningún asesino serial, esto es de una organización... Liberar los cadáveres se requiere de más de una persona —comentó Samuel, dejándose llevar por sus años de experiencia.

El fotógrafo seguía captando cada detalle, mientras abrían un poco más la bolsa, para poder revisar mejor el cadáver.

—No hay fotos —avisó el hombre del pasamontañas—. Los demás cuerpos han sido hallados con fotografías que muestran cronológicamente los días de cautiverio de las víctimas.

Samuel y Souza asintieron, mirando al fotógrafo forense, agradeciendo a su manera el detalle que el hombre aportaba.

—¿Habían reportado la desaparición de alguna mujer? —preguntó Samuel, mirando a Souza.

—No, ninguna. Habríamos estado alerta —aseguró el director de la Policía Científica.

—Entonces no hay fotografías porque no hubo cautiverio, fue una decisión precipitada, ahora solo queda saber por qué.

—Más que el porqué, quiero encontrarlo... Estoy esperando la colaboración del BOPE para hacer una redada en las favelas, este tipo de crímenes son comunes de los narcotraficantes.

—No creo que Priscila haya estado relacionada con narcos —defendió Samuel inmediatamente.

—¿Y algún familiar? Puede que esto sea una advertencia.

—No lo sé, no puedo asegurar nada —dijo Samuel, era muy poco lo que conocía de la familia de la chica.

Samuel y Cauê se alejaron del cuerpo, para permitirle a los peritos recolectar cualquier evidencia y hacer todos los estudios primarios, mientras los policías interrogaban a los tres hombres, quienes como todos los días, se trasladaban al trabajo, y se encontraron la bolsa que ya los perros habían roto, sorprendiéndose ante el espantoso hallazgo.

No vieron nada, ningún vehículo liberar el cuerpo, solo a un perro intentando llegar al cadáver, y a otro lamiendo la sangre que había escurrido.

Se quedaron durante todo el proceso, Samuel observó cuando los del servicio médico forense sacaron el cuerpo desnudo de Priscila de la bolsa, cortaron la cinta adhesiva que le ataba pies y manos y la guardaron como evidencia; con un poco de dificultad, la estiraron, lo que dejaba claro que el estado de rígor mortis se encontraba en fase de instauración.

—No tiene más de quince horas de haber sido asesinada —comentó uno de los peritos, al percatarse de que aún no estaba totalmente rígida.

—¡Ay mierda! —Se quejó otro, que al agarrar la bolsa para guardarla como prueba, derramó un líquido verdoso, producto de la leve descomposición del cadáver, y se le escurrió entre la plantilla y la bota.

—¡Más cuidado! —exigió Souza.

Pusieron el cadáver de Priscila sobre la camilla y lo metieron en el vehículo que se encargaría de trasladarlo hasta las instalaciones del servicio médico forense.

Samuel caminó hasta el auto en el que llegó con Souza, mientras buscaba en el bolsillo del pantalón el teléfono, volvió a ponerlo en estado de vibración. Rachell no se había comunicado con él, suponía que debía estar molesta por su actitud tan arrebatada; ella no podía comprender que él perdía todo control de solo imaginar que algo pudiera pasarle a sus hijas.

No tenía el valor para llamar a su mujer y comentarle lo de Priscila, necesitaba calmarse primero, por lo que recurrió a lo único que lograba equilibrarle las emociones, regresó el teléfono al bolsillo y del otro sacó una cigarrera de metal.

En ese momento pasó cerca el fotógrafo que llevaba la cámara colgada del cuello, ni siquiera le había preguntado el apellido, por lo que tuvo que silbarle para llamar su atención.

El hombre lo miró con el ceño ligeramente fruncido, no sabía si era a causa del sol o en una actitud cargada de prepotencia.

Samuel con un gesto le pidió que se acercara, y el hombre caminó hacia él sin decir una sola palabra; le dio la bienvenida ofreciéndole un cigarrillo.

—Gracias. —Sacó el cigarrillo y se quedó admirándolo, con el filtro plateado y la columna blanca, donde destacaba el exclusivo logotipo londinense, mientras el fiscal encendía el suyo.

—¿Sucedo algo? —preguntó Samuel, dándole la primera halada a su cigarro, al tiempo que le ofrecía el encendedor de la misma marca.

—Esto no es fumar —dijo irónico, agarró el encendedor, prendió su cigarro y le dio la primera halada, reteniendo el humo y haciéndolo viajar hasta su garganta, para después expulsarlo—. Ni si quiera sabe a nicotina.

Samuel sonrió ante el comentario del fotógrafo, no iba a contradecir su opinión.

—¿Así que conocía a la víctima? —preguntó el fotógrafo, expulsando otro poco de humo por la nariz.

—Sí, era amiga de una de mis hijas, aún no sé cómo voy a contarle lo que ha pasado... Llevo más de treinta años viviendo día a día con este tipo de situaciones, y todavía no logro acostumbrarme. —Le dio una halada a su cigarrillo y liberó el humo a través de un suspiro—. Priscila ha sido la víctima

que hasta ahora ha estado más ligada a mí, es decir, la conocía desde que era una niña, desde el día de su bautizo como capoeirista, cuando tan solo tenía cinco años. —Recordó Samuel, tratando de tragarse las lágrimas que se le arremolinaban en la garganta.

Llevaba puesta su fachada de fiscal impasible, pero su corazón estaba destrozado.

—Entiendo —asintió, mirando al fiscal a los ojos, que estaba seguro, retenían las lágrimas; eso lo hacía lucir más humano—. Creo que ninguno de los que trabajamos en este medio terminamos de acostumbrarnos. Yo ni siquiera quería ser fotógrafo forense, me tocó serlo... Por lo que es imposible que algún día llegue a acostumbrarme. Los primeros días solía tener pesadillas... Eran algo raras, veía en mis fotografías al espíritu de las personas abandonando el cuerpo y después ya no querían estar muertos, querían volver a ese recipiente rígido... Todo esto es una locura de mierda. —Sonrió con tristeza, rascándose la cabeza por encima del pasamontañas.

—Sé que es una locura, pero al menos hacemos algo para que el mundo sea mejor, si no hiciéramos nuestra parte para que se haga justicia, todo estaría más jodido. Habría más hijos de putas libres... ¿Podrías mostrarme algunas fotos? —pidió, anclando su mirada en la cámara.

El fotógrafo ya sabía que el fiscal no lo había llamado solo por el simple hecho de conversar, era obvio que necesitaba algo más, y no había tardado ni cinco minutos en pedirselo, pero si ya había estado en todo el proceso de recolección de evidencias, no tenía caso que le negara mirar las fotos.

—Está bien. —Se descolgó la cámara del cuello para tener más movilidad, y empezó a mostrarle las imágenes, ni loco le ofrecería la cámara así no más.

Samuel miraba detenidamente cada imagen, cada detalle en las gráficas.

—¿Puedes acercarla? Quiero ver mejor las uñas —pidió, a una foto que había sido tomada exclusivamente a las manos atadas por cinca americana.

—A simple vista no se ve ningún tipo de residuo, no hay piel ni cabello... —La acercó un poco más—. No se ve ningún tipo de fibra, lo que deja en evidencia que no luchó; a menos que le hayan limpiado muy bien las manos después de atarla. Tuvo que hacerlo alguien con conocimiento —comentó el fotógrafo.

—Tienes razón —dijo, echándole un vistazo al hombre que era varios centímetros más alto que él, y que había dado muy buena explicación—. Pasa otra.

Esta vez le mostró una de la herida en la garganta.

—Estoy seguro que no es el mismo que asesinó a las otras. —El fotógrafo volvió a dar su opinión.

—¿Por qué lo dices? —preguntó Samuel con la vista fija en la imagen.

—No es un corte limpio, requirió de esfuerzo, no parece haber sido hecho por alguien con práctica. Las demás víctimas presentaban cortes perfectos, totalmente limpios... Cada área cercenada fue hecha con exactitud, en cada articulación...

—¡Nos vamos! —dijo en voz alta el hombre que conducía la camioneta.

—Me gustaría ver las fotografías de las otras víctimas. —Lo retuvo Samuel sujetándole el antebrazo—. ¿Crees que puedas mostrármelas?

—No puedo. —Negó con la cabeza—. No es mi decisión, debe hablarlo con el jefe, solicítele a él los informes —dijo liberándose del fiscal, y volvió a colgarse la cámara al cuello.

—Voy a hablar con él, pero quiero todas las fotos posibles, no solo las que aparecen en los informes, sino todas las que están bajo tu responsabilidad.

—Háblelo con Souza —repitió.

Samuel asintió y le palmeó la espalda.

—Buen trabajo, ojalá algún día puedas tener por profesión lo que deseas. La diferencia entre los dos es que yo hago lo que me apasiona.

—Gracias. —Lo dijo en serio, y corrió a la camioneta, donde todos estaban subiendo para

regresar a la estación, en donde seguirían trabajando, no solo en el caso de Priscila Mendes, sino en el de las demás víctimas.

Rachell corrió a la mesa, siendo seguida por Elizabeth, miraron a todos lados, pero la niña no estaba.

—¿Dónde está Violet? —Miró a su hija y el corazón brincándole en la garganta apenas le permitía hablar—. Elizabeth, ¿dónde está tu hermana? —Le sujetó el brazo, exigiéndole una respuesta.

—Estaba aquí hace un minuto, estaba aquí... —balbuceó Elizabeth, y todo su cuerpo temblaba.

—¡Ay Dios mío! —Exclamó Rachell, llevándose las manos al pecho, porque estaba segura de que no iba a soportar que su hija desapareciera—. ¡Violet! —gritó y todas las personas se volvieron a verla.

Elizabeth corrió hasta la barra.

—Necesito ayuda, mi hermanita... No está, no está —dijo con desesperación.

—Cálmese señorita —dijo una de las chicas que atendían el lugar.

—No voy a calmarme, mi hermana tiene que aparecer.

A Rachell no le daban las piernas para caminar, le temblaban demasiado, y solo miraba a todos lados.

—¡Violet! —Volvió a llamarla, dando una vuelta en el lugar.

—¿Cómo es la niña? —Se acercó una mujer a preguntarle.

Todos en la heladería se pusieron atentos ante lo sucedido.

—Es mi niña. —Rachell se echó a llorar—. Solo tiene ocho años, tiene los ojos violetas y cabello castaño. Ayúdeme por favor. —Se llevó las manos temblorosas a la boca y corrió, salió por la puerta trasera de la heladería, esperando encontrarla. No quería pensar en lo peor.

Todos en la heladería abandonaron sus puestos y se pusieron a buscar a la niña.

Rachell regresó y se le aproximó otra mujer.

—Yo la vi, estaba hablando con un hombre... Él se acercó a la mesa...

—¿Se la llevó?

—No lo sé, por un momento fui a buscar mi pedido, y cuando regresé ya no estaba. Supuse que sería su padre.

—¡Dios mío! —Rachell se pasó las manos por el pelo. Mientras, Elizabeth exigía ver los videos de seguridad.

—¡Mami! —La voz de Violet prácticamente revivió a Rachell, quien buscó desesperada de dónde provenía la voz de su pequeña. La vio venir por el pasillo y corrió hasta la niña.

—¡Violet! ¡Mi niña! —La cargó, desconociendo en ese momento la fuerza que tuvo para hacerlo—. ¿Estás bien, mi amor? ¿Dónde estabas?

—Estaba en el baño —dijo una señora que venía con dos niñas.

—Gracias, gracias. —De manera inevitable las lágrimas seguían bañando las mejillas de Rachell.

—¿Qué hacías en el baño? ¿Por qué no le dijiste a tu hermana que irías allí? —preguntaba Rachell mientras le besaba la frente.

En ese momento llegó Elizabeth, y después de haberse mostrado muy molesta, exigiendo casi a punto de gritos, se echó a llorar, era su manera de reaccionar a los nervios.

—¿Qué pasó? Solo estaba en el baño —dijo Violet en un susurro, sintiéndose apenada y triste por ver a su madre y a su hermana llorando.

—No pasa nada, no pasa nada. —Rachell caminó hasta una mesa, se sentó y sentó a la niña en sus piernas.

—Violet, ¿seguro que no pasó nada? —preguntó Elizabeth, desviando la mirada a la chica que le ponía unas copas de helado sobre la mesa—. Disculpe —dijo totalmente apenada por su reacción tan violenta.

—No se preocupe, lo importante es que la niña está bien —asintió y se alejó.

Todos en la heladería volvieron a ocupar sus puestos, pero de vez en cuando las miraban y murmuraban por lo acontecido.

—Me dijeron que un señor estaba hablando contigo —dijo Rachell, despejándole el flequillo de la frente—. ¿Es cierto? —La niña bajó la mirada—. ¿Es cierto Violet? —Volvió a preguntar.

—No hice nada malo mami —sollozó y se cubrió la cara con las manos, se sentía muy apenada por todo lo que había ocurrido, sobre todo porque todo el mundo la miraba.

—Sé que no hiciste nada malo mi vida. —Le besó los cabellos y la abrazaba fuertemente—. No hiciste nada malo mi amor.

—Violet, come un poco de helado. Mira..., se ve riquísimo. —La alentó Elizabeth para que se calmara, extendiéndole la cuchara todavía con la mano temblorosa.

—No quiero —chilló, escondiendo la cara en el pecho de su madre.

—Ya mi princesa, no llores.

—Yo no hice nada malo.

—Lo sé mi vida, lo sé... Solo quería saber quién era el señor que llegó a tu mesa.

—No sé, no lo conozco... Solo me dijo que sus hijas me ayudarían a elegir un buen juego —confesó.

—¿Y qué te dijeron las niñas? —preguntó Rachell con total ternura.

—Nada, no las vi... Ellas estaban en el auto, él me dijo que me llevaría a preguntarles. Iba a ir..., pero antes de salir me agarró la mano y no me gustó. Corrí al baño y le dije que iba por mi tía... No sé por qué hice eso... No quise llamar a Eli. ¿Era malo el señor? —preguntó mirando a su madre, sin poder parar de llorar.

—Posiblemente mi vida. Tu papi y yo te hemos dicho que no confíes en nadie que no conozcas, pero me alegra mucho que hayas sido astuta. —Abrazó fuertemente a su hija.

Elizabeth se paró y caminó una vez más a la barra.

—Necesito ver los videos de seguridad.

—En unos minutos señorita, ya el supervisor la atenderá. Espere aquí por favor —dijo una de las empleadas.

Elizabeth se quedó en el lugar, todavía los latidos de su corazón no conseguían su ritmo normal.

Después de un par de minutos, la hicieron pasar a la oficina de seguridad y le mostraron las grabaciones; inevitablemente el estómago se le encogió al ver el momento en que el hombre entró por la puerta trasera de la heladería, movió la cabeza, tal vez buscando a alguien con la mirada y se acercó hasta donde estaba Violet; se sentó y permaneció hablando con ella por más de un minuto. No podía verle la cara, la gorra que él llevaba puesta no se lo permitía, lo que le haría imposible reconocerlo.

La boca se le secó y los latidos volvieron a alterárseles, cuando divisó en la pantalla a su hermanita ponerse de pie y seguirlo, hasta que él le tomó la mano casi en la salida, pero Violet se soltó y salió corriendo por el pasillo.

El hombre volvió a mover la cabeza, como mirando a todos lados; hizo el intento de seguirla, pero finalmente desistió y salió.

El supervisor le mostró el video de la cámara que daba al estacionamiento, en esa grafica se veía al hombre caminar apresurado hacia un auto gris, subirse y marcharse.

Por más que Elizabeth le pidió al supervisor que acercara el vídeo para ver la placa del auto, no consiguió ningún resultado.

—Necesito una copia de este video —dijo, segura que se lo mostraría a su padre, y posiblemente él encontraría los medios para dar con ese malnacido.

—Sí señorita, enseguida le hago una copia... También me encargaré de revisar grabaciones antiguas, para ver si ese hombre frecuenta el lugar.

—Por favor.

Casi media hora después, Elizabeth salió de la oficina y se encontró con Violet más calmada, hasta había comido un poco de helado. Ya no había nada más que hacer en el lugar, por lo que decidieron regresar a la boutique.

Rachell les pidió que no le dijeran nada a Samuel, que esperaran a que ella hablara con él, y sus hijas prometieron guardar silencio.

CAPÍTULO 56

Rachell trató por todos los medios de conseguir que su pequeña pasara el rato amargo, por lo que decidió acompañarla al apartamento infantil y esperar pacientemente a que se probara toda la ropa que deseaba, mientras ella daba su opinión; sin embargo, no podía dejar de pensar en lo sucedido y su preocupación no menguaba.

Su niña estuvo a punto de ser raptada por un degenerado, y solo de pensar que hubiese sido víctima de cualquier abuso, le helaba la sangre.

Elizabeth quería hacer la denuncia inmediatamente, entregar los vídeos a la policía, tal vez ellos contaban con algún tipo de tecnología que les ayudara a capturar a ese enfermo.

Le recordaba una y otra vez, que así como estuvo a punto de llevarse a Violet, lo haría con otras niñas, que posiblemente no contarían con la misma astucia para escapar.

Rachell sabía que su hija tenía razón y que debía hacer algo al respecto, pero Elizabeth era tan intensa y obstinada como Samuel, y solo conseguía aturdirla todavía más.

—No quiero que interroguen a Violet, por favor Elizabeth, fue suficiente de emociones fuertes por hoy... —susurró, mientras negaba con la cabeza—. Van a atormentarla con preguntas, deja que primero hable con tu padre.

—Entonces hazlo mamá, llámalo de una vez. —Casi exigió en voz baja, para que Violet, quien estaba en el vestidor, no las escuchara.

—Dijo que vendría para almorzar con nosotras.

—Hace rato que pasó la hora del almuerzo. —Le recordó, echándole un vistazo al reloj cromado que estaba encima de las puertas de los probadores.

En ese momento salió Violet sonriente, por lo que Rachell y Elizabeth también fingieron sonreír.

—¡Esta falda me encanta! —Dio una vuelta, mirando hacia abajo, para ver los vuelos de la prenda en color fucsia con algunos brillantes violeta.

—Te queda muy linda —dijo Elizabeth.

—Perfecta, te ves hermosa princesa. —Rachell admiró a su niña, pero desvió su atención al teléfono, ya estaba más tranquila y podía revisarlo.

Se encontró con los mensajes de su esposo, donde le confirmaba que pasaría por la boutique para llevarlas a almorzar; entonces le pareció extraño que no se hubiese comunicado una vez más.

Se levantó del sillón forrado en piel turquesa y caminó entre los aparadores, mientras le marcaba a su marido.

Samuel caminaba por el pasillo con piso de granito del edificio que servía como sede de la Policía Científica, cuando sintió el teléfono vibrar en su bolsillo, al sacarlo se percató de que lo llamaba su mujer, por lo que no dudó en responderle, ya la parte más difícil la había enfrentado, y contaba con el valor suficiente para tener una conversación tranquila.

—Amor, lo siento. —En ese momento miró la hora en el Rolex de platino que llevaba puesto en la muñeca izquierda, percatándose de que la hora del almuerzo había pasado—. No pude llamarte, se me presentó un inconveniente.

—¿Qué clase de inconveniente Samuel? —preguntó en voz baja, sin poder evitar sentirse algo molesta.

—Todavía estoy con Souza, ¿estás sola? —preguntó, deteniéndose y se pegó contra la pared para descansar un poco la espalda.

—Estoy con las niñas, pero ellas están jugando. ¿Qué pasó? —Volvió a preguntar con aspereza. No le gustaba para nada que su esposo se involucrara en asuntos legales que no le correspondían. Se

suponía que estaba de vacaciones.

—En el momento que hablaba con Souza, le informaron que apareció otra víctima del asesino serial...

—Y como siempre, te metiste sin ser invitado —intervino Rachell—. Samuel, me lo prometiste.

—Rachell, deja que te hable... No empieces por favor.

—Yo no empiezo, solo deja tu maldita manía...

—La víctima era Priscila Mendes —dijo de un tajo, para que Rachell no empezara a discutir.

—¿Cómo? No es cierto. —Rachell se llevó la mano al pecho—. ¿La hija de Osvaldo Mendes?

—Sí —murmuró Samuel con la garganta inundada, y se llevó los dedos índice y pulgar a los ojos cerrados, para que las lágrimas no se le derramaran.

—¡Oh por Dios! —sollozó Rachell—. Pobre chica, Dios. —Se lamentó, y tuvo que aferrarse a un aparador, porque las piernas estaban a punto de fallarle.

—No sé cómo se lo voy a decir a Eli —comentó Samuel, tragándose el remolino de lágrimas.

—No va a ser fácil, pero tenemos que decirle... ¿Vendrás ahora? —preguntó, observando a Elizabeth subirle el cierre a un vestido que Violet se había puesto, mientras ella estaba totalmente consternada.

—No amor, lo siento... Necesito hacer algo, quiero ayudar a capturar al malnacido que asesinó a Priscila; quiero hacer algo por ella, por su familia... Realmente creo que esto no es obra de una sola persona, temo que se trate de una organización, encargada de secuestrar a las chicas...

Inevitablemente ante las palabras de Samuel, el estado de alerta de Rachell volvió a dispararse, al recordar lo que había pasado con Violet en la heladería y ese hombre que quiso llevársela.

—Sam... —Iba a contarle, tal vez eso sería de ayuda—. Necesito hablar contigo.

—Dime, te escucho amor.

—Nada. —No encontró el valor, porque no quería atormentar todavía más a su esposo—. Mejor lo hablamos por la noche, haz lo que tengas que hacer, pero no llegues tan tarde a casa.

—Lo prometo. ¿Cómo están las niñas? —preguntó con la voz en remanso, mientras veía a los hombres del equipo de Souza ir y venir a toda prisa.

—Están bien, me iré a casa con ellas, no han almorzado.

—¿Y Violet no ha protestado? Eso sí que es raro —Sonrió, consciente de que su hija menor era una glotona. Recordar a sus tesoros le alivianaba un poco la presión que lo estaba ahogando.

—Fue quien me alentó a llamarte —dijo sonriente, creyéndose por un momento su propia mentira.

—Entonces vayan a comer, tampoco quiero que pases hambre.

—De acuerdo amor.

—Te amo gorda —dijo bajito, como si esa muestra de afecto fuese un secreto entre ellos.

—También te amo. Cuídate por favor.

—Eso haré, siempre lo hago por ti, por nuestros hijos... Porque no quiero dejarlos desamparados y porque es mi deber protegerlos siempre.

—Lo haces muy bien mi vida. —Le lanzó un beso y finalizó la llamada.

Samuel llamó a Oscar, solo para asegurarse de que se encontraba bien, pero su hijo, como siempre, estaba más concentrado en los videojuegos que en cualquier cosa.

Al menos tenía la certeza de que estaba en casa de su tío, y no había nada más seguro que ese lugar, por lo que terminó la llamada, guardó el móvil en el bolsillo, agarró una bocanada de aire y se fue hasta donde estaba el equipo reunido, trabajando con las teorías que de momento tenían, mientras esperaban a que el laboratorio enviara todos los resultados de las pruebas recolectadas.

Souza estaba en el servicio médico forense, reunido con el patólogo, mientras le realizaban la autopsia al cadáver de Priscila, que era la pieza fundamental para acercarlos al agresor.

Samuel lo llamó por teléfono, porque se sentía inútil, sin más que fumar, tomar café y hacer

estúpidas suposiciones que no llevaban a ningún lado.

—Necesito investigar los otros casos, ver detalles que los relacionen... Mi intención es ayudarte.

—Garnett, sabes que no puedo. Estoy seguro que tu intención es la mejor, pero no voy a poner en tus manos unos casos que solo le corresponden a mi unidad.

A Samuel le molestaba que su amigo no confiara en él o que pretendiera que estaba desmereciendo el trabajo de investigación realizado.

—Por favor Souza —bufó ante las negativas—. Hasta ahora no han hecho una mierda, ¿en qué cambia que pueda dar mi opinión?

—No quiero que te involucres, son mis casos, sé perfectamente cómo hacer mi trabajo, suficiente con haber permitido que me acompañaras al lugar de liberación —determinó, mientras le pedía al patólogo, a través de señas, que revisara la boca de la víctima.

—Voy a involucrarme así no quieras, si no das la orden para que me muestren los casos de las otras víctimas, entonces lo hará el Ministro de Justicia, solo tengo que marcar un puto número...

—Eres un cagón Garnett —intervino ante la amenaza de Samuel—. Aprovechas que cuentas con las influencias suficientes para ponerme contra la pared.

—No, no soy un cagón, simplemente quiero ayudar —suspiró, expulsando el humo del cigarrillo, e hizo a un lado la hoja con garabatos que hasta el momento había escrito.

—Está bien, permitiré que lo hagas... Dame cinco minutos para hacer algunas llamadas.

—Ahora sí nos entendemos, también me gustaría ver todas las fotos, no solo las que eligieron para los casos, porque en las imágenes están los detalles más importantes.

—Dame cinco malditos minutos, ahora necesito concentrar mi atención en cada palabra del patólogo. —Finalizó la llamada y resopló. No pudo evitar fruncir el ceño al ver cómo la víctima se había destrozado la lengua con los dientes.

Le tocaba enfrentar el peor momento, porque le avisaron que acababan de llegar los familiares de la víctima.

Exactamente ochos minutos después de que Samuel terminara de hablar con Souza, hacían entrada dos hombres cargados con carpetas, y uno de ellos era el fotógrafo.

—Aquí tiene. —Dejó caer frente a él un sándwich dentro de un envase plástico transparente—. Supongo que tendrá hambre —comentó, al tiempo que ponía las carpetas sobre la mesa.

El otro no pudo ocultar una sonrisa burlona, mientras le dejaba una lata de Coca Cola al lado del sándwich. Samuel supuso que eso había sido una petición exclusiva de Souza, y era evidente que los hombres no estaban contentos con cumplir esa orden.

—Supones muy bien —dijo Samuel—, pero aún puedo esperar unos minutos para calmar el ardor en el estómago. —Se levantó—. Vamos a despejar el salón, rodemos esta mesa. —Sin esperar ayuda él empezó a rodar la mesa, hasta pegarla contra la pared.

Los dos hombres lo miraban sin comprender nada, si no fuera el excelentísimo Fiscal de Nueva York, se le reirían en la cara. No les quedó más que apilar las sillas y ponerlas al lado de la mesa.

—Vamos con el primer caso, la primera víctima, traigan las carpetas.

Samuel se sentó en la alfombra gris, mientras el moreno con los brazos tatuados le ofrecía dos carpetas, y lo miraba como si no pudiese creer lo que tenía frente a sus ojos.

El fotógrafo también le ofreció una carpeta que tenía por los menos, unas cincuenta fotografías con descripción escrita al pie de cada foto.

—Bien, empecemos. —Samuel puso sobre la alfombra la primera foto, donde aparecía la cabeza de la primera víctima, seguida del torso que había sido abierto desde la base del cuello hasta el hueso del pubis—. Tienes razón, son cortes perfectos —dijo Samuel, echándole un vistazo al fotógrafo, quien lo miraba de pie con las manos en las caderas—. Ahora pásame, primera y segunda foto de la víctima número dos.

El fotógrafo buscó lo que el fiscal le había solicitado, eran fotos idénticas, tenía la misma precisión y el mismo ángulo. Se acuclilló al entregárselas.

Mientras que el policía moreno de brazos tatuados iba leyendo cada descripción y hacía nuevas anotaciones.

Al cabo de pocos minutos, con un abanico de dantescas fotos sobre la alfombra, samuel se levantó y fue por el sándwich y la Coca Cola.

—Esta mierda es veneno —dijo girando la lata en su mano, como si buscara el nombre de la reconocida marca.

Regresó a donde estaban las fotos y volvió a sentarse en la alfombra, frente a las imágenes; sin reparos, empezó a comer, mientras sus pupilas buscaban el mínimo detalle en las fotografías. Eso para él era adrenalina pura, era regresar a su mejor época como asistente fiscal.

Los dos hombres lo miraban de reojo de vez en cuando, sorprendidos de conocer esa faceta del fiscal de Nueva York, que se mostraba como un hombre corriente, tal como ellos, un simple mortal.

Dos horas después, la alfombra de la oficina estaba totalmente tapizada por las fotografías de las víctimas; Samuel le pidió al fotógrafo que buscara su cámara e hiciera algunos planos de eso.

Definitivamente las únicas fotos que no concordaban para nada eran las de Priscila, porque la de las víctimas anteriores eran reproducción una de la otra.

Alguien llamó a la puerta solo para anunciarse, porque abrió sin esperar respuesta.

—Llegó la madre de la víctima, ¿quién va a interrogarla? —preguntó el hombre.

Los ojos de los dos hombres que acompañaban a Samuel estuvieron a punto de salirse de las órbitas e hicieron un movimiento hacia el fiscal.

Samuel sabía que el posible novato se la había cagado al hacer la pregunta delante de él, lo que ellos no sabían era que estaba tan acostumbrado a que se tiraran la pelota, que no le sorprendió en lo más mínimo. En Río, en Nueva York o en la Conchinchina, ningún efectivo policial quería afrontar el interrogatorio a los familiares de las víctimas.

—Yo voy —dijo el moreno de brazos tatuados con pinta de rapero del Bronx.

No tenía opciones porque interrogar no estaba en las funciones del fotógrafo.

—Voy contigo, conozco a casi todos los familiares de la víctima. —Se ofreció Samuel, levantándose de la alfombra.

Sabía que no iba a ser fácil, pero quería brindar su apoyo.

Caminó enérgicamente al lado del policía, al entrar en la oficina vio sentada de espaldas a Letícia, la madre de Priscila, y estaba en compañía de otra chica, que suponía era la hija menor.

—Buenas tardes —saludó el policía.

Letícia giró medio cuerpo y vio a Samuel, por lo que rompió en llanto y se levantó.

—Garnett, mi niña... Ay, mi niña. —Se cubrió el rostro con las manos para ahogar el llanto—. ¿Por qué a ella? ¿Por qué?

—Tranquilízate un poco Letícia. —La abrazó para reconfortarla, pero sabía que eso no haría gran diferencia.

—No, no quiero tranquilizarme, me quitaron un pedazo de alma, me quitaron parte de mi vida, me la arrancaron. Encuentra al asesino —exigió, elevando la mirada para verlo a los ojos.

—Eso estamos haciendo, estoy aquí para ayudar, prometo que lo atraparemos.

—Yo pago lo que sea, lo que sea..., pero quiero que me lo pongan en frente. Voy a sacarle el corazón con mis propias manos —juró con ira y dolor—. ¡Quiero que lo atrapen ya! —reclamó con desesperación, mientras se ahogaba con el llanto.

—Entiendo, te prometo que lo haremos, solo que lleva un poco de tiempo.

—No me interesa, no quiero que quede impune, no quiero que olviden lo que le hicieron a mi hija... ¿Cómo voy a decirle a Osvaldo? Recupero a mi esposo, pero pierdo a mi hija a manos de un

infeliz... Esto no se quedará así. —Se giró a donde estaba el policía parado detrás del escritorio, mientras la hermana menor de Priscila lloraba, al ver a su madre cargada de dolor e impotencia—. Haga algo por favor.

—Ya estamos trabajando en eso señora, por favor, siéntese —pidió el policía.

—Siéntate, Letícia. —Samuel la guio hasta la silla y ayudó a que tomara asiento, después salió de la oficina y fue por un vaso de agua.

Al regresar, ya la madre de Priscila le informaba al policía que su hija la había llamado el domingo por la mañana, dijo que saldría a correr como lo hacía todos los fines de semana.

En ese momento, se encontraba una comisión policial en su apartamento, tratando de recolectar pruebas; necesitaban saber si a la víctima se la habían llevado desde su hogar.

También le preguntaban si tenía alguna pareja, alguna relación, pero Letícia lo negó; el último novio que le habían conocido a su hija, vivía hace tres años en Boston.

Después de un exhaustivo interrogatorio, la mujer se marchó sin ningún consuelo, pero al menos se llevó la promesa de que Garnett haría lo posible por ayudar.

Casi a las seis de la tarde, Souza entró a la oficina donde estaba Samuel, junto al fotógrafo y el policía. Los encontró trazando un mapa del hallazgo de las víctimas.

—¿Y esa cara? Pareces perro regañado —comentó Samuel, desviando la mirada de una de las fotografías que pegaba en el mapa.

—Estoy hecho mierda, y para terminar mi día, me acaba de llamar el mismo Ministro de Justicia.

—Yo no lo llamé —dijo Samuel.

—Tú no, pero Letícia Mendes sí. —Se llevó las manos a la cabeza, demostrando estar agotado—. El caso se ha puesto feo para mí... Necesito capturar cuanto antes al maldito... No pudo elegir a otra víctima, tuvo que ser precisamente a una Mendes. —Se lamentó, sintiendo que el estrés lo superaba.

—Entiendo que en este momento estés con el agua al cuello. —Samuel sabía que no había nada peor que trabajar bajo presión, pero tal vez ese era el incentivo que Souza necesitaba.

Samuel siguió trabajando codo a codo con Souza y su equipo, pero ya no podía estar más tiempo, le había prometido a Rachell que estaría temprano en casa.

Se despidió, prometiendo regresar al día siguiente a primera hora, mientras que Souza, un tanto estresado, le exigía a su extenuado equipo trabajar toda la noche, no iba a dar ni un minuto de descanso.

Al salir del estacionamiento, un tumulto de reporteros casi no le permitían avanzar, pero él no estaba de ánimos para dar ninguna explicación, y mucho menos contaba con la autoridad para hacerlo.

CAPÍTULO 57

Cuando Samuel llegó a casa, no era un secreto para nadie que Priscila Mendes había sido la nueva víctima del supuesto asesino serial, todos los medios de comunicación se encargaron de bombardear con la noticia por todas partes.

Era imposible que pasara desapercibido el asesinato de una de las hijas del dueño de la principal aerolínea comercial brasileña, lo que ponía en el ojo de un huracán mediático a todo el equipo de la Policía Científica, que era presionado por la fiscalía y el Ministro de Justicia.

Rachell escuchó la llegada del auto de Samuel y se levantó del sofá que estaba en el salón adyacente al estacionamiento, donde recién se había reunido con Reinhard y Sophia, quienes también estaban totalmente consternados, y como padres de dos mujeres, sumamente preocupados.

Reinhard apenas se enteró de la noticia, puso a disposición de sus hijas tres guardaespaldas para cada una, exigiéndoles a los hombres que no las dejaran a solas en ningún momento.

Si por él fuera, las tendría en casa, pero ese par de rebeldes sin causa, no querían hacerle caso, y preferían su atesorada independencia.

Rachell caminó hasta el estacionamiento; justo en el momento que su marido bajó el auto, lo abrazó, acariciándole con energía la espalda, porque sabía que debía estar agotado y de alguna manera quería erradicar tanta tensión.

Abrazados se permitieron derramar algunas lágrimas, inevitablemente les dolía el asesinato de Priscila, como les dolería que algo malo le pasara a cualquiera de los chicos que asistían a la academia, y que habían visto crecer a la par de Elizabeth.

—No dejan de pasarlo en las noticias —dijo Rachell con la cabeza elevada para mirar a su esposo, mientras le limpiaba con los pulgares las lágrimas, solo delante de ella él se permitía esas muestras de debilidad.

—¿Cómo está Eli? —preguntó, sosteniéndole la cabeza a su esposa y plantándole un beso en la frente.

—No está bien, recibió la noticia apenas llegamos a casa, Bruno le avisó por teléfono y desde ese momento se encerró en la habitación, pero me encargué de hacerle compañía y hace unos minutos la dejé dormida.

—Quiero hablar con ella.

—Mejor déjala descansar un rato, así también te relajas un poco... Voy a pedir que te sirvan la cena.

—No tengo hambre.

—Sé que no, pero debes alimentarte.

—Antes quiero ducharme.

—Está bien. —Caminaron al salón.

Samuel saludó a su tío y a Sophia, no pudo subir inmediatamente a ducharse, sino que se quedó conversando con ellos por un rato, explicándoles lo sucedido y la teoría que hasta el momento él tenía.

Nadie lograría quitarle de la cabeza que no era ningún asesino serial, posiblemente uno solo era el encargado de asesinar a las chicas, pero con la ayuda de otros, llevaban a cabo todo el macabro plan de secuestrarlas y documentar a través de fotografías los días de cautiverio, presentando cronológicamente el desgaste físico de las víctimas.

Los pocos minutos que tenía pensado compartir con su tío, se convirtieron en casi una hora, hasta que fue Reinhard, quien le pidió que subiera a ducharse, porque necesitaba relajarse, ya que era

notable la impotencia que gobernaba a Samuel.

Rachell lo acompañó hasta la habitación, y mientras Samuel se duchaba, pensaba en cada una de las palabras que él había dicho sobre el asesinato de Priscila. Sabía que tenía que contarle lo ocurrido con Violet, pero no quería preocuparlo más.

Samuel salió del baño con una toalla en las caderas y caminó hasta el vestidor, de donde salió vistiendo una bermuda beige y una camiseta.

Bajó a cenar, lo que hizo casi por obligación, porque en su estómago aún se posaba esa gran piedra de angustia que le robaba el apetito.

No quería irse a dormir sin antes pasar a ver a Elizabeth, entró a la habitación, tratando de no hacer ruido, caminó hasta la cama de Violet, que como era costumbre, había lanzado la sábana al suelo, y la arropó, admirando a su pequeña, que cada vez le parecía más hermosa, le dio un par de besos en la frente.

Con mucho cuidado entró a la cama de Elizabeth y se acostó a su lado, abrazándola mientras le besaba la frente.

Ella se removió un poco y se abrazó a él, poniéndole la cabeza sobre el pecho; por experiencia ya sabía que su hija no estaba dormida y se lo confirmó un sollozo que se le escapó.

—Tranquila mi vida, dime qué tengo que hacer para que no sufras. —Le acariciaba los cabellos y se los besaba.

—Estaba molesta con ella, no logramos hacer las paces, y aunque muchas veces le deseé mal, no era en serio, no quería que le pasara nada malo —susurró, sin poder evitar llorar.

—Lo sé.

—Tal vez ha sido mi culpa.

—No, no ha sido tu culpa, la mayoría del tiempo, cuando nos molestamos con algunas personas, tendemos a desearle mal, eso no te hace una persona malvada —murmuró contra los cabellos de su niña.

—¿Por qué le hicieron eso?

—No lo sé mi amor, de lo que sí estoy seguro es de que van a capturar a quien lo hizo, y le harán pagar por todo el daño que ha causado.

—¿La viste? —preguntó, sintiéndose totalmente protegida entre los brazos de su padre.

Samuel guardó silencio por casi un minuto.

—Sí —dijo al fin—. Fui el encargado de reconocerla. —La voz se le espesó ante la tristeza e impotencia. Nunca le había gustado mentirle a su hija, por muy dura que fuese la realidad.

Permaneció con ella hasta que volvió a quedarse dormida, algunas veces, su atención era captada por Violet, quien tenía la costumbre de hablar dormida, y por lo que según el pediatra, no debían preocuparse.

Cuando se aseguró de que Elizabeth estaba profundamente dormida, con mucho cuidado se levantó, acomodó las sábanas y salió de la habitación.

Ya las luces estaban apagadas; sin embargo, fue a la habitación de Oscar, encontrándolo rendido; bajó a la cocina por un poco de agua y después subió a su habitación, donde Rachell lo esperaba todavía despierta.

—Ven aquí. —Le pidió que se acercara a la cama con señas de sus manos.

Samuel, mansamente obedeció y ocupó su lugar, al tiempo que dejaba libre un pesado suspiro.

—Todavía me cuesta creerlo —murmuró.

Rachell se puso de medio lado, apoyó el codo sobre la almohada y sobre su mano posó su cabeza, admirando desde ahí a su esposo.

—No quiero imaginar cómo está Letícia.

—Está destrozada, molesta... Me exigió que le pusiera en frente al asesino, y lo haré. Como padre

la entiendo perfectamente, si alguien llegara a hacerle daño a alguno de mis hijos, estoy seguro que no conseguiría actuar como un hombre de ley —confesó acariciando con los nudillos la barbilla de su mujer, mientras sus pupilas se paseaban por el hermoso rostro que tanto adoraba.

La notaba preocupada, pero suponía que se debía a la noticia del asesinato de Priscila.

—Sam... ¿Por qué esta tarde me pediste que fuera a ver a las niñas? —preguntó con el corazón retumbándole en la garganta, sabía que lo que se le venía no sería fácil, pero habían pasado muchos años desde que había prometido no ocultarle nada.

—Necesitaba asegurarme de que estaban bien, acababan de avisar lo de Priscila... No sé, tuve un mal presentimiento, aunque sabes que no creo en esas cosas.

—Tengo que decirte algo... Lo bueno es que no pasó nada malo. —La voz le vibraba y le esquivaba la mirada a Samuel.

—No entiendo, Rach. —Frunció el ceño, totalmente confundido.

—Creo que un hombre intentó llevarse a Violet. —Casi se ahogó con sus palabras, sabía que era mejor decirlo así, sin crear más suspenso del que definitivamente Samuel no era partidario.

—Rachell, ¿qué carajos me estás diciendo? —Se incorporó en la cama, tan rápido como los latidos del corazón se le desbocaron.

Ella se puso de rodillas, tratando de que las cosas no fuesen a salirse de contexto.

—Pero no pasó nada... Todo está bien.

—No, quiero saber qué pasó —exigió—. Explícame Rachell.

—Baja la voz, no quiero que los niños se despierten —suplicó, tapándole la boca.

Samuel cerró los ojos e inspiró profundamente, tratando de encontrar un poco de calma, al tiempo que se quitaba la mano de su mujer de la boca.

—Cuéntame, Rach. No puedo con la angustia.

—Está bien, voy a explicarte... Cuando llegué a la heladería, Elizabeth estaba ordenando, pero Violet no estaba con ella, y tampoco estaba en la mesa que se suponía debía estar... Me desesperé, juro que me desesperé. —Se llevó las manos al rostro y se echó a llorar—. Nunca en mi vida había sentido tanto miedo, es la primera vez que he estado más cerca de morir.

Samuel le quitó las manos y el acunó el rostro.

—¿Qué pasó? —preguntó con voz pausada.

—Alguien me dijo que vio a un hombre sentarse en su mesa... Pensé en muchas cosas, ninguna buena... Me siento culpable por pensar que cosas terribles pudieron haberle pasado a mi niña.

—Rachell, lo importante es que está bien, solo cálmate cariño y cuéntame. —Le levantaba la cara para que lo mirara a los ojos.

Rachell sorbió las lágrimas y continuó.

—Estuvo a punto de llevársela, pero Violet se asustó y corrió a los baños... Tengo el video de las cámaras de seguridad. Elizabeth los exigió.

—Quiero verlo ahora.

—Sí, sí... Puedes hacerlo. —Ella salió de la cama y él también lo hizo.

Rachell corrió al vestidor y buscó en su cartera el dispositivo en el que habían guardado la copia de la grabación.

Samuel al verla regresar, agarró el portátil y se sentó en la cama. Su esposa le ofreció el dispositivo y ella se arrodilló a su lado.

Los latidos del corazón de Samuel se hicieron lentos y dolorosos, mientras pasaban los segundos para poder ver el video, hasta que por fin apareció la grabación y los pálpitos se descontrolaron drásticamente.

Samuel lo vio detenidamente, conteniendo el aliento, anhelando tener el poder de traspasar esa pantalla y asesinar a ese hombre con sus propias manos.

—Maldito enfermo —gruñó, al ver que le tomaba la mano a su niña.

Se sentía impotente, por lo que no pudo contener su ira y empezó a darle golpes a la pantalla.

—Cálmate Sam, cálmate —suplicó Rachell, tratando de detenerle las manos.

Samuel se sostuvo la cabeza, casi con desesperación.

—Ni siquiera entiendo por qué Violet aceptó ir con ese hombre... ¡Dios! Le he dicho incontables

veces que no confíe en extraños, le he dado ejemplos de la maldad humada, he tratado..., he tratado...

—Se sentía totalmente impotente—. No han servido de nada todas las advertencias ni todo el empeño que he puesto en decirle que no confíe en nadie...

—Cálmate amor, ella se siente culpable, sabe que hizo mal, lo sabe... Supongo que ese infeliz, ya es un experto en convencer a las niñas.

—No puedo verle la cara, sabía que lo estarían grabando, por eso usó la gorra. —Samuel se quedó en silencio por un largo rato, después volvió a reproducirlo y lo repitió un par de veces—. Voy a capturar a ese hijo de puta y voy a hacerle comer su propia verga, pero primero me llevaré a los niños... Ya, en este instante. —Hizo a un lado el portátil y salió de la cama.

—Espera Sam, ¿a dónde vas? —preguntó y también salió rápidamente de la cama.

—Nos vamos, voy a despertar a las niñas.

—No Sam, piensa lo que estás haciendo... Son las dos de la madrugada, estoy de acuerdo en que regresemos a Nueva York cuanto antes, pero es arrebatado lo que estás haciendo. Primero deben preparar el avión, hablar con los pilotos, debes hablar con Reinhard... Sé que estás alterado, pero debes encontrar un poco de calma. —Le sujetó el rostro—. Tranquilo mi vida, piensa mejor en lo que estás haciendo, ya las niñas han tenido un día cargado de fuertes emociones, es mejor que descansen..., que descansemos.

Samuel se abrazó a Rachell y se permitió llorar.

—Rach, es mi pequeña... Un maldito sucio la tocó, se atrevió a sujetarle la mano, es mi niña, mi tesoro... Violet apenas es una bebé, es mi bebé. Quiero llevarla a un lugar donde nunca nadie pueda hacerle daño, este mundo cada vez está más jodido, cada vez hay más enfermos al acecho, y temo no poder protegerla.

—Amor, sé que el mundo está jodido, sé que hay cosas malas, pero también hay muchas cosas buenas, solo que no puedes verlo porque vives rodeado de violencia e injusticia, debes salir de esa cárcel del terror en la que vives. —Lo consoló acariciándole la espalda.

—Prefiero seguir en la cárcel y estar alerta, no puedo cerrar los ojos y pensar que si no me relaciono con lo malo, no nos alcanzará... Somos vulnerables Rachell, mientras tengamos que enfrentar al mundo, somos vulnerables.

—Lo sé, pero no podemos comportarnos como unos cobardes... Sé que eres un hombre valiente, inteligente, por eso me enamoré de ti. —Le acarició el rostro—. Quiero que descanses, te ves agotado.

—No podré descansar hasta que no me lleve a mis hijos.

—Lo sé, pero ahora están seguros, aquí estamos seguros... —Le sujetó las manos y lo instó a que caminara a la cama—. Ven, al menos acuéstate.

Samuel obedeció a su esposa y aunque sabía que se le haría imposible dormir, al menos se acostó.

Rachell apagó las luces y dejó descansar su cabeza sobre el pecho de su marido.

Samuel durmió contados minutos, a primera hora habló con su tío, le dijo que esa misma mañana se marcharía; evitó contarle lo sucedido con Violet, porque a su edad no quería preocuparlo, ya no estaba para recibir fuertes emociones; prefirió mentirle y decirle que se había presentado una emergencia y debía retornar a sus labores en la fiscalía.

A Reinhard le entristecía que Samuel tuviera que partir, pero no podía retenerlo, sabía que debía cumplir con importantes responsabilidades, a las que simplemente no podía negarse.

Samuel hizo todas las llamadas necesarias para que el avión estuviera listo cuanto antes y le aseguraron que a mediodía podía embarcar.

Le extrañaba mucho que Elizabeth no hubiese despertado, pero no iba a molestarla, prefería que siguiera descansando.

Estaba desayunando cuando recibió una llamada de Souza, imposible no romper su propia ley, de nada de teléfonos en la mesa, porque tuvo que atender.

—Permiso —pidió al tiempo que se levantaba—. Buenos días Souza —saludó, caminando hacia el jardín.

—Buenos días Garnett.

—¿Hay nuevas noticias?

—Sí, a menos de un kilómetro del lugar de liberación apareció una bolsa, con lo que suponemos era ropa de la víctima... También recibí las primeras pruebas de laboratorio, dio negativo cualquier tipo de ADN que no fuera de la víctima, tampoco hubo violación.

—Al menos eso concuerda con las víctimas anteriores.

—Te llamaba porque empezamos con los interrogatorios, por ahora a los integrantes de la academia de capoeira; según algunos testigos, tu hija tuvo un altercado con Priscila Mendes, y hubo amenaza...

—Espera..., espera. ¿Qué mierda me estás tratando de decir? —interrumpió Samuel, sintiendo que lo poco que había comido se le revolvió en el estómago.

—No intento decir nada, solo que tu hija tiene que venir a brindar declaración.

—Lo siento Souza, eso no se va a poder, de hecho, estaba por llamarte...

—Es un proceso legal —intervino.

—Me voy, a mediodía regreso a Nueva York.

—¿Cómo? Ayer no mencionaste nada. —De manera inevitable Souza se puso alerta, su instinto policial se disparó.

Le parecía extremadamente extraño que Garnett decidiera marcharse de la noche a la mañana.

—Porque no estaba en mis planes marcharme; ayer, mientras estuve en la escena de liberación, un hombre intentó llevarse a mi hija menor, no voy a exponerlas, si deseas interrogar a Elizabeth, que envíen a alguien de la embajada brasileña a mi oficina en Nueva York. Sé perfectamente que mi hija no tuvo nada que ver con el asesinato de Priscila Mendes —dijo sin opción a réplica.

—¿Cómo que un hombre intentó llevarse a tu hija?

—Sí, de una heladería en Leblon. Te haré llegar una copia del video de seguridad, y de verdad siento no ser de mucha ayuda con lo del caso de Mendes, pero si aún deseas que colabore, lo haré. Solo tienes que enviarme todo al correo. En este instante solo quiero llevarme a mis hijos.

—Entiendo, entiendo tu preocupación. Necesito el video y procederemos a abrir una investigación.

—Gracias por tu comprensión, sé que en este momento estás muy presionado, pero no descuiden lo que pasó en la heladería, posiblemente el hijo de puta lo haga con otras niñas.

—Envíame el video y seguimos en contacto, ahora voy a despertar a los muchachos, que les permití dormir dos horas.

—Sigo a tu orden para lo que necesites.

—Gracias Garnett. —Finalizó la llamada.

Samuel regresó a la mesa, sin poder sacarse de la cabeza lo que había dicho Souza de Elizabeth, seguramente en medio del acalorado encuentro, su hija no midió sus palabras, pero de momento no quería atormentarla.

CAPÍTULO 58

La luz del sol calando repentinamente en la habitación despertó a Elizabeth, provocando que casi inconscientemente se cubriera el rostro con las sábanas.

—Es hora de levantarse dormilonas —dijo Samuel, quien acababa de correr las persianas—. Parece que se les pegaron las sábanas. —Le haló la de Elizabeth.

—Papá —chilló, sujetándola—. Por favor, déjame dormir otro poquito.

Violet despertó risueña y admiraba a su padre molestando a su hermana mayor, sonreía y se frotaba los ojos con los nudillos en un intento por aclarar la vista.

Samuel permitió que Elizabeth volviera a cubrirse de pies a cabeza, esperó varios segundos y se llevó el dedo a los labios, pidiéndole a Violet que hiciera silencio.

La niña con una sonrisa pícara asintió, al suponer que su padre estaba por hacerle una maldad a su hermana.

Samuel, con gran precaución, levantó la sábana, se apoderó del pie derecho de su hija y empezó a hacerle cosquillas.

—¡Papá! —gritó retorciéndose y carcajeándose aunque no quisiera—. Ya papá, ya me levanto —decía sonrojada sin parar de reír, mientras su padre seguía torturándola.

Violet, quien también reía, salió de su cama y se metió en la de Elizabeth, y también empezó a hacerle cosquillas.

Blondy despertó, y desde la cama de Violet ladraba ante la algarabía.

—¡Ya, por favor! ¡Ya! ¡Enana, no! —Se carcajeaba, divertida.

Samuel le dio tregua y se lanzó a la cama en medio de sus princesas, ambas se le acostaron sobre el pecho, los tres estaban agitados por el momento de diversión.

Él aprovechó que tenía a cada una a su lado y empezó a hacerle cosquillas en los costados, arrancándoles sonoras carcajadas, las que a él le alegraban el alma.

Elizabeth y Violet compartieron una mirada cómplice, y en segundos, las dos se volcaron a hacerle cosquillas a él.

—¡Par de malvadas! —Se carcajeaba roncamente, al ser víctima de sus pequeñas.

Violet se puso de rodillas, riendo divertida, mientras sus dedos inquietos provocaban cosquillas en los costados de su padre.

—Tregua, tregua —suplicaba Samuel, pero no conseguía la clemencia de esas pequeñas pilluelas.

—¿Se puede saber qué pasa aquí? —Los sorprendió Rachell.

—Tus hijas quieren asesinarme —dijo Samuel riendo, mientras observaba a su mujer con las manos en la cintura.

—A ver niñas, ya dejen a su padre... —Aplaudió, y ambas, de manera inmediata, detuvieron su ataque para empezar a acomodarse los cabellos revueltos—. Sam, se hace tarde. —Le recordó que había ido a despertarlas porque en menos de tres horas debían estar en el aeropuerto.

Samuel se levantó acomodándose un poco la camisa.

—Niñas, vayan a ducharse, que nos regresamos a Nueva York en unas horas.

—¡¿Qué?! —dijeron al unísono.

—Lo que escucharon, a darse prisa que el avión nos espera.

—¿Cómo que nos vamos? —preguntó Elizabeth totalmente desorientada.

—No mami —chilló Violet.

—Aún nos quedan dos semanas de vacaciones. —Les recordó Elizabeth, sintiendo una extraña sensación de ahogo.

—Lo sé, pero debemos irnos —comentó Samuel cargando a Violet para bajarla de la cama y la puso de pie sobre la alfombra.

—¿Es por lo que le pasó a Priscila? —preguntó Elizabeth.

—¿Qué le pasó a Priscila? —curioseó Violet.

—Nada, solo que debemos irnos... Tengo trabajo —mintió Samuel, no quería que su hija menor se enterara de lo sucedido.

—Pero papi, no me quiero ir..., yo quiero quedarme a vivir aquí con Avô. —Los ojos de Violet se llenaron de lágrimas.

—Lo sé mi vida, sé que deseas estar con tu abuelo, pero debemos regresar, te prometo que volveremos pronto.

—No... Yo me quedo y después vienes a buscarme. —No pudo contener más el llanto—. Quiero quedarme con mi abuelo.

Samuel se acuclilló frente a ella con un gran nudo haciendo desastre en su garganta.

—No puedes quedarte, el abuelo estará ocupado. —Le acunó el rostro y con los pulgares le limpiaba las lágrimas, que corrían por las sonrosadas y pecosas mejillas.

—Si ya Avô no trabaja, solo quieres llevarme —sollozó, limpiándose los mocos con el dorso de la mano.

—Violet, debemos irnos, se nos hará tarde... Ven, vamos a ducharte. —Rachell le sujetó la mano.

—¡No! Yo me quiero quedar, por favor.

—Ya no llores que te ves fea...

—Tampoco quiero irme —intervino Elizabeth, sorprendiendo a sus padres—. No puedo irme ahora, en la academia organizarían un evento en honor a Priscila.

—Elizabeth, nos vamos —determinó Samuel.

—No quiero irme —repitió.

—Aunque no quieras, no tienes opción. —Con sus hijas era un padre totalmente paciente, pero ante la situación de peligro en la que estaban ambas, no podía mantenerse pasivo—. Vayan a ducharse.

—¡Papá! —protestó Elizabeth.

—Ya hablé Elizabeth, y se dan prisa que tenemos poco tiempo.

Rachell no iba a restarle autoridad a su esposo, por lo que las alentó a que fueran a ducharse. Al parecer, el único que deseaba volver a Nueva York era Oscar, porque no protestó en ningún momento.

—¿Nos llevaremos a Blondy? —preguntó Violet sin dejar de llorar.

—Sí, claro. —Samuel cargó al perro y salió de la habitación.

—No se demoren —dijo Rachell dándole un beso a cada una, y también salió de la habitación.

—Ve tú primero enana —dijo Elizabeth agarrando su teléfono, que estaba sobre la mesita de noche.

Violet caminó al baño limpiándose las lágrimas.

Elizabeth todavía no podía asimilar que tuviera que marcharse, e inevitablemente empezó a llorar, sin poder comprender esa sensación de nostalgia que la embargaba. Tenía el teléfono en la mano, pero no sabía qué hacer con él.

Las emociones no le permitían pensar con claridad, dejaba muchas cosas en Brasil, sobre todo nuevas amistades, y ya no tenía tiempo para despedirse de ninguna.

Sus dedos se paseaban por la pantalla, con la vista nublada por las lágrimas; aun así, le marcó a Cobra, porque era con quien tenía pendiente una cena.

Inmediatamente le saltó al buzón de voz, finalizó y volvió a intentar, pero volvió a obtener el mismo resultado, así que le dejó el mensaje.

—Hola... —suspiró para calmarse un poco y que no notara que estaba llorando—. Solo te dejo

este mensaje para despedirme, sé que no es la manera, pero intenté que al menos habláramos... En tres horas regreso a Nueva York, mi padre tiene trabajo... —Se obligó a reír un poco—. Queda pendiente la cena para cuando regrese, que verdaderamente, por ahora no sé cuándo será... —Se le terminó el tiempo y volvió a llamar, le tocó dejar otro mensaje—. No creo que sea pronto, Alexandre... —Pensó muy bien lo que iba a decir—. Te voy a extrañar —dijo casi ahogada, se limpió las lágrimas y terminó con el mensaje.

Violet salió del baño, todavía lloraba, pero ya su padre había tomado la decisión de volver y sabía que no importaba cuánto le suplicara que no se fueran, igualmente lo haría. Caminó al vestidor y buscó una ropa adecuada para el clima en su ciudad.

Elizabeth se fue al baño y antes de entrar a la ducha, decidió enviarle un mensaje a Wagner, ya no tenía tiempo para llamarlo, porque debía darle explicaciones.

¡Hola!

Espero que estés haciendo algo productivo con tu vida, y no solo estar jugando con Pirata. —Tecleó, tratando de ser bromista.

Wagner, me voy, regreso a Nueva York en tres horas, a mi padre le surgió trabajo. Me encantó conocerte y formar una amistad contigo, por ahora no creo que vuelva a Río por un buen tiempo, pero cuando quieras serás bienvenido en Nueva York, seguro que en la academia a la que asisto quedarán fascinados con tu técnica.

Lo envió y se fue a la regadera, se duchó rápidamente y justo al salir tenía una llamada entrante de Wagner.

Le contestó pero le puso en altavoz mientras se secaba.

—Hola Eli, ¿cómo que te vas? ¿Por qué tan pronto? —preguntó, como si ella no le hubiese explicado en el mensaje.

—Por lo que te dije, mi papá tiene trabajo.

—Pero tú puedes irte después.

—No, realmente no puedo, también aprovecharé para adelantar unos pendientes —comentó, dejando la toalla de lado y empezó a untarse crema en el cuerpo.

—No me digas eso, no quiero que te vayas tan pronto.

—No puedo eludir las responsabilidades —dijo, luchando con el nudo de lágrimas en la garganta.

—Me gustaría verte una vez más.

—Ya me voy, no nos dará tiempo.

—Voy al aeropuerto, ¿de cuál salen? —preguntó, esperanzado en verla una vez más.

—¿En serio te tomarás la molestia de ir al aeropuerto?

—No es molestia, quiero poder darte un abrazo de despedida.

—Salimos del Galeão —dijo, sintiendo que también lo extrañaría mucho—. Ahora debo darme prisa.

—No te vayas sin que nos veamos —suplicó.

—Está bien, date prisa también.

—Me doy prisa —dijo apurado—. Nos vemos en un rato.

Él terminó la llamada, dejó el desayuno a medias, ante la mirada cargada de desconcierto de sus padres, y corrió a su habitación.

Elizabeth se puso un albornoz, y en su camino al vestidor, vio a su hermanita sentada al borde de la cama, ya estaba vestida; se acercó a ella.

—Ya no llores enana. —Le dio un beso en los cabellos.

—Quiero quedarme con mi abuelo. —Se limpió las lágrimas.

—Seguro que si te dejamos, a la hora empiezas a llorar porque quieres irte.

Violet negó con la cabeza.

—Quiero quedarme —sollozó.

Elizabeth le acarició los cabellos.

—Te prometo que voy a convencer a papá de que regresemos. ¿Quieres acompañarme cuando venga a las prácticas del carnaval?

—Sí.

—Bueno, vendrás conmigo, ahora deja de llorar. —Le besó los cabellos y se fue al vestidor.

Se puso algo cómodo para el viaje y no tuvo que hacer maletas, más que recoger pocas cosas, porque siempre, a donde fuera, tenía las habitaciones totalmente equipadas.

Estaban por salir cuando tocaron a la puerta, y al abrirla, vieron a su padre, quien cargó a Violet.

—Es hora de irnos. —Les avisó.

—¿Y Blondy? —preguntó Violet mirando a todas partes.

—Ya está en la camioneta —respondió, dándole un beso. No le gustaba ver a sus hijas tristes, pero prefería eso a que siguieran expuestas al peligro.

En la sala estaba toda la familia Garnett reunida, quienes habían venido a despedirse.

Oscar conversaba con Renato, Liam y las gemelas, mientras Rachell estaba junto a Reinhard, Sophia, Ian y Thais. Todos tenían gestos compungidos, pero sabían que la despedida era inevitable y triste, como siempre que terminaban las vacaciones.

—Avô —sollozó Violet—, dile a papi que me deje. No me quiero ir, por favor tía, tú me cuidarás ¿verdad que sí?

—Ven aquí pequeña Violeta —pidió Reinhard, extendiéndole los brazos, y Samuel se la sentó en las piernas.

—Abuelito, quiero quedarme contigo, por favor. —Se abrazó fuertemente a él.

—Lo sé, pero debes irte, un pajarito me dijo que te llevarán a Connie Island.

—No quiero, ahí voy todo el tiempo.

—Es cierto. —Sonrió con tristeza, mientras retenía las lágrimas, porque sin duda la niña le brindaba mucha felicidad—. Pero adivina qué. Te tengo un regalo y te está esperando en casa, es una sorpresa que envié.

—¿Son brigadeiros? —preguntó curiosa, limpiándose las lágrimas.

Todos rieron ante la pregunta de Violet.

—Además de los brigaderios —dijo sonriente—. Es otra cosa muy especial, algo que te encantará, pero si te lo digo, ya no será una sorpresa.

—Tío Ian. —Miró al hombre de los tatuajes que tenía un brazo por encima de los hombros de su esposa—. ¿Me hiciste llegar el avión?

—No, tu avión violeta metalizado todavía no está listo —respondió sonriente.

—No podemos decirte, porque dejará de ser sorpresa —dijo Samuel.

Elizabeth y Oscar se despedían de sus primas y primos.

—Tío, se nos hará tarde —recordó Samuel.

—Entiendo —dijo Reinhard y permitió que Samuel cargara a su hija—. Mantégame informado durante el viaje —pidió, levantándose.

—Eso haremos —dijo Rachell abrazada a Sophia, ambas retener las lágrimas.

Samuel, con el brazo libre se aferró con fuerza a su tío y le dio un beso en la mejilla.

—Espero que te cuides con las comidas —aconsejó, enfrentándose una vez más al difícil momento de despedirse de su familia.

—Siempre lo hago —dijo Reinhard, palmeándole la espalda.

Samuel también abrazó a todos los demás.

Subieron a la camioneta con la tristeza de la despedida latente.

Samuel, junto a su familia, abandonó el estacionamiento, y a Reinhard se le desbordaron las lágrimas, pero se las limpió rápidamente, mientras sus hijas le besaban las mejillas y le acariciaban la espalda, tratando de brindarle un poco de consuelo.

El trayecto hasta el aeropuerto lo hicieron con lágrimas en los ojos, y Elizabeth revisaba a cada segundo el teléfono, anhelando una respuesta de Cobra. Varias veces escribió mensajes de despedida, pero cuando estaba por enviarlo desistía y los borraba, porque consideraba que era suficiente con los que le había dejado en el buzón de voz.

Justo cuando el chofer estacionaba frente a las puertas del aeropuerto, recibió un mensaje.

Estoy llegando, no te vayas todavía.

No pudo evitar sonreír ante el mensaje de Wagner.

Acabo de llegar al aeropuerto.

Respondió mientras bajaba de la camioneta, con toda su atención puesta en el teléfono.

—Elizabeth, date prisa. —Le pidió Samuel, al ver que se quedaba detrás.

—Espera papá, un minuto... ¿Podemos esperar un minuto? Siento como si estuviésemos huyendo —dijo, mientras guardaba el móvil en la cartera.

Se percató de cómo su madre lo miraba, solicitándole sin palabras un poco de calma, él suspiró y pareció relajarse.

—Está bien, ¿para qué desea el minuto la señorita? —preguntó, llevándose las manos a las caderas.

—¡Elizabeth!

Ella se giró y vio donde venía Wagner corriendo, y para no hacer tan distante el trayecto, también se echó a correr.

No dejaron de correr hasta que sus cuerpos se chocaron y se unieron en un abrazo.

—Ahora sí, lo que faltaba. Que alguien me explique por favor —pidió Samuel muerto de celos, al ver a su hija abrazada a ese chico.

—Es Wagner —dijo Violet, y también se echó a correr.

—No sé nada —dijo Rachell ante la mirada que Samuel le dedicaba.

—¿Quién se supone que es Wagner? —masculló.

—Tampoco tengo idea —comentó Oscar, levantándose de hombros.

Elizabeth sentía cómo Wagner la abrazaba con pertenencia y le susurraba muchas palabras lindas al oído.

—He sido muy afortunado de conocerte, espero que no tardes en volver; te voy a extrañar mucho, sobre todo tu risa tan delicada.

Elizabeth se alejó y sentía que terminaría llorando, pero se hacía la fuerte.

—También voy a extrañarte. —Sonrió, apretándole la barbilla—. Gracias por tu amistad, gracias por apoyar y comprender mi pasión. —Le guiñó un ojo e inevitablemente se le derramaron un par de lágrimas, que Wagner le limpió.

—Wagner —saludó Violet y él se acuclilló.

—Hola Violet, ¿cómo estás? —preguntó, sonriente.

—Triste, no quiero irme todavía, pero prometo que regresaré... Quiero volver a jugar con Pirata.

—No estés triste, ya verás que el tiempo pasa rápido y seguro que Pirata te estará esperando.

—Ven Wagner, voy a presentarte a mis papás. —Elizabeth le sujetó la mano y casi lo arrastró hasta

donde estaban sus padres.

Al chico se le aceleró el corazón, no era miedo, era algo más que no lograba definir; jamás se creyó con el honor de poder conocer personalmente a los padres de la mujer que se colaba en sus sueños.

—Mamá, papá... Les presento a Wagner Ferraz, es un gran amigo —dijo orgullosa, mientras sonreía—. Y este es mi hermano Oscar.

Samuel estudió meticulosamente con la mirada al hombre rubio que llevaba unas largas rastas sujetas en una cola alta.

—Es un placer señor. —Tendió la mano con seguridad, aunque por dentro tenía los latidos a mil.

—Igualmente.

—Señora, por fin logro conocerla en persona. Mi madre idolatra todos sus diseños —dijo totalmente seguro de que la belleza de Elizabeth era hereditaria.

—Gracias... ¿Ferraz...? Me suena tu apellido —dijo, apretando gentilmente la mano del chico.

—Seguramente, mi madre es senadora —explicó.

—¿Eres hijo de Mariana Ferraz? —preguntó Samuel, mientras el joven se presentaba con Oscar.

—Sí, señor.

—¿Y cómo conociste a mi hija? —A Samuel no se le pasaba en lo más mínimo que a ese chico le gustaba Elizabeth.

Si solo la quisiera como amiga, con un simple mensaje de despedida hubiese sido suficiente, pero ahí estaba todo nervioso.

Elizabeth tragó en seco y miró a Wagner.

—Nos conocimos en la laguna Rodrigo de Freitas.

Samuel asintió, mostrándose convencido.

—Bueno, ya debemos irnos... Un placer conocerte.

—El placer es mío, señor.

Elizabeth volvió a abrazarlo y su familia le permitió un poco de privacidad al avanzar, aunque fue Rachell quien le sujetó la mano a Samuel para que caminara.

—Ya, vete, o te dejaré el avión —dijo él empujándola un poco, jugándose de esa manera en que siempre lo hacían.

Ella le golpeó el hombro y se fue; sin embargo, Wagner permaneció en el lugar.

Cobra ya había perdido la cuenta de las veces que había intentado comunicarse con Elizabeth y la impotencia amenazaba con devorarlo.

—Maldita sea —gruñó cuando volvió a saltar al buzón de voz. Al tiempo que paraba la moto frente a una de las puertas del aeropuerto.

—Señor, no puede estacionar aquí. —Le dijo un hombre de seguridad.

—Solo un minuto, un minuto.

—No, no se puede.

—Putá mierda. —De igual manera no hizo caso, dejó la moto ahí, bajó y se echó a correr dentro del aeropuerto, mientras buscaba a Elizabeth desesperadamente con la mirada, y se guardaba el teléfono en el bolsillo de los *jeans*.

Por más que miraba a todos lados no la hallaba, seguramente había llegado muy tarde y un vacío torturante se le apoderaba del pecho, se detuvo para agarrar aliento, fue entonces que vio a Gavião a varios metros, aunque le molestó verlo, fue quien lo guio hasta la mujer que amaba.

Corrió, tropezando con varias personas, y estaba demasiado apurado como para pedir disculpas.

Llegó con la respiración agitada hasta donde estaba Gavião, quien no pudo ocultar su molestia al verlo; pero que comiera mierda, él solo quería ver a Elizabeth.

Logró verla a través de las puertas de cristal, estaba junto a su familia, y él se moría por gritar su nombre para que lo viera, pero solo se le quedaba atorado en la garganta.

Pero la miraba fijamente, suplicando que sus pupilas pudieran tener algún poder para atraer su atención, y tragaba en seco para bajar a su alocado y adolorido corazón.

Mientras su familia avanzaba, Elizabeth se volvió una vez más para mirar a Gavião, inmediatamente lo halló, imposible no hacerlo. Estaba de espaldas, y las largas rastas rubias que casi le llegaban a la cintura, lucían muy atrayentes.

Pero frente a su amigo, habían unos penetrantes ojos grises, mirándola con insistencia; irremediablemente se le erizó cada poro de la piel y se abrió el vacío en su estómago, provocado por una indescriptible felicidad; sin embargo, la realidad la golpeó bruscamente, esa puerta de cristal no era el único obstáculo que los separaba, sino que ante ellos se interpondrían kilómetros de distancia.

Sus pies le exigían a gritos que corriera hacia él, que lo abrazara y besara por última vez, porque lo necesitaría para poder sobrevivir a su ausencia, pero no podía hacerlo, no podía darle rienda suelta a sus deseos, y empezó a sentirse impotente, con los latidos del corazón alterados y las lágrimas subiéndole a borbotones por la garganta; casi no podía retenerlas al filo de los párpados.

Cobra volvía a sentir que esa sensación de abandono que tanto odiaba, regresaba a atraparlo en una torturante espiral de recuerdos maravillosos y la dolorosa realidad.

Decidió avanzar, la abrazaría así tuviese que infringir la seguridad del aeropuerto, pero no dio un paso cuando el imbécil de Gavião se interpuso en su camino, y le plantó la mano en el pecho, empujándolo.

—¿Qué carajos haces aquí? —siseó con rabia—. ¡Lárgate!. —Volvió a empujarlo. A Wagner le tomó por lo menos un minuto asimilar la presencia del malnacido de Cobra en ese lugar.

—No es tu maldito problema. —Le dio un manotón con toda la rabia e impotencia que sentía, apartándole la mano.

—¡No! —dijo Elizabeth, al ver que ese par iba a liarse a golpes.

—Elizabeth. —La llamó su madre al ver que avanzaba hacia las puertas, mientras su padre con Violet en brazos se acercaba al área de control aduanero, siendo seguido por Oscar.

Ella no pudo avanzar mucho, porque su madre la sujetó por el brazo, pero le dedicó una mirada suplicante por encima del hombro.

—Se hace tarde. —Le recordó, mirándola, y después desvió la mirada hacia donde estaban los hombres, quienes creaban un ambiente de cruda tensión—. ¿Es Alexandre? —preguntó, observando al hombre de rizos cobrizos. Lo imaginaba más viejo y con un estilo más señorial, pero era todo lo contrario.

Elizabeth asintió y progresivamente se le inundaron los ojos.

—Entonces no vayas, solo vas a complicar las cosas. Armarán un escándalo y tu padre se molestará.

Los ojos de Elizabeth se encontraron una vez más con los de Cobra, aún en la distancia, pudo percatarse de que los de él estaban lloroso, y eso aumentó la agonía en ella.

Sabía que su madre tenía razón, no podía salir. Si lo hacía solo empeoraría la situación entre Cobra y Gavião. Solo levantó una mano, en una triste despedida.

Aún en contra de todas sus ganas, se dio media vuelta y regresó al control aduanero; ya su padre y Oscar habían pasado.

Se mordía el labio y se tragaba las lágrimas, mientras toda ella temblaba, y su madre la guiaba con una mano en la espalda.

Cobra, al ver que Elizabeth se marchaba, se dio media vuelta y se alejó dando largas zancadas; necesitaba huir, antes de empezar a pagar la rabia que lo embargaba con Gavião, ya suficiente había mantenido el control.

Al llegar a donde había dejado la moto, se encontró con un policía anotándole la matrícula.

Le llevó por lo menos cinco minutos convencerlo para que le permitiera llevársela, tan solo con una multa que le tocaba pagar en dos días.

Se montó y arrancó, ya nada tenía que hacer ahí, Elizabeth se había marchado y ni siquiera tenía la certeza de si lo que había entre ellos continuaría.

Aun así, durante su huida, se detuvo en la orilla de la vía que conectaba a Barra da Tijuca con la Isla del Gobernador, donde se encontraba ubicado el aeropuerto. Desde ahí podía ver los aviones, imposible adivinar cuál abordaría Elizabeth.

Justo en ese instante empezó a vibrarle el teléfono en el bolsillo, y lo sacó rápidamente.

Nada más tranquilizador que ver una llamada entrante de Elizabeth; sin embargo, perdía totalmente el control que poseía, y las manos le temblaban.

Contestó y realmente no se le ocurría decir nada, lo único que quería pedirle era que se quedara, pero no le pasaba de la garganta.

—¿Aún estás en el aeropuerto? —preguntó Elizabeth en voz baja.

—Sí, ¿quieres que vaya por ti? —El corazón estaba ahogándolo, mientras paseaba su mirada por una de las medialunas que formaban las puertas de embarque, cada una ocupada por un avión.

—Quisiera. —Sonrió tristemente, encerrada en el baño del avión—, pero es imposible. Espero que no te hayas entrado a golpes con Gavião.

—Estuve a punto, ¿Elizabeth?

—Dime.

—¿Puedes serme completamente sincera y decirme si tienes algo con él? —preguntó y los motores de los autos que pasaban tras él, zumbaban en sus oídos.

—Es mi amigo... Solo mi amigo —respondió—. Quería despedirme.

—Te creo. ¿Cuándo regresas?

—No lo sé, posiblemente en algunos meses... Tengo cosas importantes que atender en Nueva York.

—¿Seguiremos en contacto?

—Deseo hacerlo... Me gustaría, pero no sé si sea lo correcto.

—¿Desde cuándo te detienes ante lo correcto? ¿Dónde estás?

—Estoy en el avión, en la terminal privada... Debo dejarte porque ya vamos a despegar.

—Está bien, supongo que debo dejarte marchar —murmuró y la vista empezaba a nublársele por las lágrimas—. Aunque sé que no te vas porque a tu padre se le haya presentado alguna emergencia, se van por lo que pasó con Priscila.

—Supongo que esa es la verdadera razón de mi padre, aunque no me lo haya dicho... Solo quiere ponernos a salvo.

—Solo por esa razón no estoy en este instante buscándote en cada puto avión, porque sé que yo no podría mantenerte a salvo, y te prefiero lejos pero segura.

—Si tuviera el valor para no acatar las órdenes de mi padre, te diría que estoy en un Embraer privado, gris y verde. Así no perderías el tiempo buscando en el lugar equivocado.

Cobra rápidamente subió a la moto y arrancó sin finalizar la llamada.

—Dame un minuto.

—¿Para qué? —preguntó con el corazón acelerado y casi no lograba escuchar.

—Para que me veas una vez más —dijo de vuelta al aeropuerto, entró al estacionamiento, y con total maestría subía cada piso, hasta el último.

Apenas llegó apagó la moto, dejándola en la primera plaza que encontró vacía; corrió y subió a la media pared, sentándose al borde. Buscó rápidamente con la mirada, hasta que por fin dio con el avión que contaba con las características que Elizabeth le había dicho.

—Lo tengo.

—Elizabeth, ¿puedes darte prisa? —Escuchó la voz de su padre al otro lado de la puerta.

—¿Dónde estás? —preguntó ella al tiempo que abrió, salió y caminó con rapidez por el pasillo, ante la extraña mirada de su padre.

—Estoy en el estacionamiento, en el último piso.

Elizabeth se asomó por las ventanillas, mirando al estacionamiento, y no pudo evitar reír al verlo sentado al borde.

—¡Estás loco! —rio, dejándose caer sentada en el asiento, sin quitarle la vista.

—Me gusta escucharte reír —confesó sonriendo, mientras luchaba con el estúpido nudo en la garganta.

Samuel y Rachell veían extrañados a Elizabeth hablar por teléfono, pero no podían saber con quién lo hacía.

—Te voy a extrañar —dijo, tocando la ventanilla.

—No más que yo mi mariposa.

—Alexandre...

—Cuando te confesé mis sentimientos, lo hice en serio. Juro que te quiero Elizabeth Garnett. Solo si me dices que también me quieres, lucharé para que lo nuestro funcione, y estoy dispuesto hasta a dejar mi vida en el intento.

—Elizabeth. —Volvió a hablarle su padre, para que dejara el teléfono.

—Un segundo papá —pidió, sintiendo que su padre era el hombre más aguafiestas que pudiera existir. Tenía a un hombre susurrándole las palabras más lindas, y Samuel Garnett le pedía que lo ignorara.

—Sé que funcionará —murmuró sin pensar en nada, solo dejándose llevar por las emociones—. Sí Alexandre, te quiero... Te quiero, pero si no te dejo ahora, mi padre me quitará el teléfono.

—Está bien, hazle caso..., pero ve diciéndole que voy a luchar por ti. —Sin duda alguna, ese momento se sumaba a uno de los más felices de su vida, que realmente eran muy pocos.

Elizabeth finalizó la llamada lanzándole un beso, pero siguió con la mirada en ese hombre sentado al borde de la pared del último piso del estacionamiento; entretanto el avión marchaba por la pista de despegue, él se alejaba más; cuando agarraron vuelo, se hizo cada vez más pequeño, hasta que las nubes no le permitieron seguir observándolo; inevitablemente, se le desbordaron las lágrimas que mezclaban felicidad y tristeza.

CAPÍTULO 59

Después de que Cobra viera a Elizabeth marchar, tuvo que escudar sus emociones, porque a nadie le importaba una mierda que se sintiera devastado y con ganas de subir al primer avión que lo llevara a Nueva York. No le quedaba más que afrontar su cruda realidad. Se pasó la mano por la cara para limpiarse las lágrimas y sorber otras tantas.

De un salto bajó de la media pared del estacionamiento, subió a la moto y se fue al trabajo, del que se había escapado sin importarle ser despedido a consecuencia de ello.

Le fue imposible que su jefe no se enterara que había estado ausente por más de tres horas. Después de un sermón por varios minutos y una amonestación que lo obligaba a trabajar cuatro horas extras ese día, pudo regresar a su puesto sin mayores complicaciones.

Su trabajo necesitaba de toda su concentración, pero realmente lo único que tenía su atención era su teléfono, que estaba a un lado del escritorio; hubo muchas llamadas entrantes, pero ninguna contestó, le molestaba que siguieran con la insistencia después de que se había negado.

Cuando por fin cumplió con su penalidad, no se quedó ni un minuto más; sabía que Elizabeth debía estar por llegar a Nueva York y quería estar en un lugar tranquilo y con toda la disposición para atender su llamada.

Salió en su moto a toda prisa, ansioso por llegar al apartamento, varias calles antes de llegar, sintió el teléfono vibrar en el bolsillo de sus *jeans*, y como había olvidado ponerse el casco, no tuvo más opción que sacar el móvil, inmediatamente el corazón se le descontroló al ver que quien lo llamaba era su moça.

—Hola —saludó, tratando de mantener el equilibrio de la moto con una mano y redujo la velocidad—. Dime que has llegado bien.

—Hola, sí. Acabamos de aterrizar —informó, queriendo ser más cariñosa con Cobra, pero su padre estaba cerca.

—Supongo que debes estar muy cansada —dijo con el corazón laténdole a mil.

—Sí, realmente lo estoy —confesó; sin embargo, no podía escucharle muy bien—. ¿Estás conduciendo? —preguntó, incrédula.

—Sí, estoy por llegar al apartamento.

—Detente ahora mismo o termino la llamada —condicionó, sintiéndose molesta por la imprudencia de Alexandre, y al mismo tiempo preocupada.

Cobra se detuvo a un lado de la calzada y apoyó las piernas en el suelo para mantener el equilibrio.

—Ya, me he detenido —suspiró—. Elizabeth, sé perfectamente conducir y atender una llamada.

—Pero no es prudente que lo hagas. Una moto no es un auto, es mucho más peligroso —explicó, mientras bajaba las escaleras del avión.

—Ya dejemos de discutir —suplicó.

—No estoy discutiendo, solo me preocupo por ti.

—Gracias, supongo que aún no me acostumbro a que alguien se preocupe por mí —sonrió, sintiéndose realmente importante.

Elizabeth tan solo llevaba pocos pasos, tratando de acostumbrarse nuevamente al clima neoyorquino, cuando empezó a llover.

—Vamos, dense prisa, no quiero que se enfermen —dijo Samuel, quien llevaba a Violet tomada de la mano.

—¡Fantástico! —Elizabeth miró al cielo y se echó a correr—. Está lloviendo, creo que tengo que

dejarte ahora —comentó.

—Está bien, ve tranquila.

—No sé si tendré tiempo para llamarte de vuelta, pero me gustaría que mañana por la noche podamos hacer una videollamada, ¿te parece?

—Me parece —asintió sonriente, feliz de saber que podría verla—. Antes de colgar, ¿por qué no me repites lo que me confesaste antes de que te fueras? —pidió, observando cómo una pareja de enamorados pasaban a su lado, tomados de la mano.

—No recuerdo qué te dije.

—Está bien, olvídale —dijo con aspereza.

Elizabeth guardó silencio por unos segundos, segura de que Alexandre se había molestado por lo que le había dicho.

—Te quiero, gato. —Se carcajeó—. Claro que recuerdo cada una de mis palabras, solo estaba bromeando.

Cobra sonrió, sintiéndose estúpido, porque había caído en el juego de esa jovencita que le había robado el corazón.

—No se juega con la emociones.

—Creo que me tocará trabajar arduamente en tu sentido del humor... Ahora sí, debo colgar.

—Bien, entonces mañana volveremos a comunicarnos.

—Así es. —Le lanzó un beso y esperó a que él le correspondiera, lo que hizo enseguida.

Elizabeth finalizó la llamada y Cobra se guardó el teléfono en el bolsillo, puso en marcha la moto y siguió con su camino.

A una calle de llegar al edificio, no se percató de la mancha de aceite en el suelo, cuando lo hizo ya era demasiado tarde para controlar la moto, los cauchos patinaron en la carretera y salió disparado, cayendo un par de metros, golpeándose fuertemente la cabeza.

No quedó inconsciente, pero sí estaba muy aturdido, de cara al pavimento; inútilmente intentó levantarse, porque estaba adolorido y mareado, por lo que decidió quedarse quieto, hasta que recuperara un poco las fuerzas o alguien acudiera en su ayuda.

Trataba de fijar su mirada borrosa en algún punto fijo, para aclararla, y pudo ver su moto por lo menos a dos metros alejada de él. Resopló sintiéndose impotente y porque el dolor en una de sus piernas era cada vez más intenso. Estaba seguro de que se la había fracturado.

—¡Mierda...! ¡Mierda! —Se quejó ante la certeza.

Al fin vio venir a alguien en su ayuda, un hombre cojeando de una pierna se acercaba con lentitud; suponía que era por su anomalía que no le permitía correr.

—Que gusto verte de nuevo, Cobra —dijo el hombre doblándose un poco para sujetarlo por el cabello, obligándolo a elevar la cabeza.

En ese momento una furgoneta con la puerta abierta se detuvo. Inmediatamente supo que no iban a ayudarlo, por lo que estiró una de sus manos por encima de su cabeza y se le aferró a la muñeca del hombre.

Varios autos pasaban, pero ninguno se detenía, y él era demasiado orgulloso como para gritar y pedir ayuda; sin embargo, era lo suficientemente valiente como para luchar, por lo que intentó girarse, pero no consiguió hacerlo, porque su atacante le estrelló con fuerza la cabeza contra el suelo, dejándolo totalmente aturdido e indefenso.

El hombre lo arrastró hasta la furgoneta y con la ayuda de otro lo subió.

Cobra, con las pocas fuerzas que poseía, intentó luchar, pero se ganó una patada en el estómago que lo dejó sin oxígeno, y no pudo evitar que lo sentaran en una silla que estaba fija en el suelo del vehículo, donde lo amarraron.

No podía mantener la cabeza elevada porque la sentía muy pesada, solo era conscientes de la

sangre caliente que le corría por el rostro, mientras intentaba recuperar el aliento.

Sin esperarlo, un chorro de agua fría empezó a mojarle la cabeza y eso lo espabiló.

—No sé quién eres, pero estás cometiendo un grave error —dijo con la voz ronca, saboreando la sangre que le entraba en la boca.

—¿No sabes quién soy? —preguntó, tirando de los rizos mojados para que lo mirara a la cara.

Lo primero que llamó la atención de Cobra fue la cicatriz que tenía encima de la ceja izquierda, y recordó que el hombre cojeaba.

—Te vas a arrepentir hijo de puta —rugió molesto, al reconocer al hombre que intentó secuestrar a Elizabeth en Rocinha.

—De hacerte conocer el infierno antes de matarte, no. —Negó exageradamente con la cabeza mientras sonreía con malicia—. No, de eso no me voy a arrepentir. ¡Vas a comer hasta mierda! —Le gritó, dándole un par de fuertes bofetadas—. Aunque, podría considerar no hacerte nada, solo si me dices dónde consigo a la putica que me robaste.

Cobra suspiró ruidosamente, armándose de valor y mirándolo con furia, mientras soportaba estoicamente el dolor latente en su pierna y el ardor en la mejilla que el malnacido le había abofeteado.

—No pierdas el tiempo, empieza a hacer lo que te dé la maldita gana conmigo —escupió con prepotencia—. Enfermo hijo de puta —aseguró con la mirada fija en él.

El hombre le dio un contundente golpe en la boca del estómago, Cobra se quejó, emitiendo un pitido por la falta de aire, pero aguantó con valentía una descarga de puñetazos que asaltaron sus costados y rostro.

Él trataba de poner la mente en blanco, para que el dolor no lo venciera, podían matarlo, pero no iba a dar el nombre de Elizabeth, mucho menos decir dónde estaba. Solo se concentraba en la marcha de la furgoneta, sabía que estaban paseándolo por la ciudad.

Después de ser por más de diez minutos el blanco de la ira de ese infeliz, agradeció al cielo una tregua, porque ya no conseguía respirar, posiblemente le había facturado varias costillas.

Exhaló temblorosamente, pero de su boca no salía ni una sola palabra, tal vez debía pensar en Luana y Jonas, pero no quería que ellos hicieran polvo el escudo de valor que había creado, porque estaba seguro de que no quería condenar a Elizabeth, e igualmente ese hijo de puta iba a matarlo, tal vez lo haría mucho más rápido, pero nunca había sido un cobarde y no pensaba serlo en ese momento. Así que seguiría soportando su infierno.

—¿Dónde está la putica? —Volvió a preguntar con el pecho agitado, mostrándose visiblemente agotado, mientras le sujetaba los rizos ensangrentados—. ¡¿Dónde está?!

—¿Crees que soy imbécil? —jadeó por el dolor, mientras sentía que el rostro iba a explotarle y la sangre le nublaba totalmente la visión—. Sigue, sigue hijo de puta, igual estarás muerto también, estarás muerto hijo de puta —dijo con ira, le escupió en la cara y sonrió con un cinismo, aunque verdaderamente estuviera suplicando alguna manera de salvarse de su agresor, e inevitablemente forcejeaba para romper las bridas que lo mantenían inmóvil.

Eso provocó que su atacante volviera a propinarle otra golpiza, hasta hacerlo vomitar y el dolor en sus costados casi le impedía respirar. Mientras la camioneta avanzaba por la ciudad.

El hijo de puta se cansó de golpearlo, agarró un pañuelo y se lo amarró en la mano, para cubrirse los nudillos que se le habían inflamado, mientras volvía a recuperar fuerzas bebía agua, y Cobra que estaba sediento, se obligó a no mirarlo para no aumentar su tormento.

Tan solo minutos bastaron para que volviera a la carga con sus ataques, y los jadeos de dolor de Cobra se confundían con los eufóricos de aquel hombre sin escrúpulos.

Cobra ya no sabía cuánto tiempo llevaban torturándolo, había llegado al punto en que solo quería

que todo acabara, para así terminar con el dolor que se aferraba a cada molécula del ser.

Lamentablemente ya no podía hacer nada por defenderse, porque tenía pies y manos inmovilizadas y sus fuerzas estaban totalmente agotadas, ya no era más que un cuerpo totalmente tembloroso y adolorido.

Por fin habían llegado a casa, estaban totalmente agotados, por las casi diez horas de vuelo; les parecía como si hubiesen permanecido muchos meses fuera de su hogar.

Violet bajó del auto llevando consigo a Blondy, al que había envuelto en una manta, para que el frío no le afectara.

Fueron recibidos por Esther, quien les había preparado la cena.

—En la habitación te espera una sorpresa. —Le dijo a Violet, mientras le sonreía con dulzura.

Los ojos de la niña brillaron ante la emoción, dejó al cachorro sobre el sofá y corrió a su habitación.

—Cuidado con las escaleras. —Le dijo Samuel, sin tener la más remota idea de qué se trataba la sorpresa.

Violet abrió la puerta totalmente entusiasmada, y al entrar, se encontró con un oso de peluche marrón adornado con un lazo violeta. Era el oso de peluche más grande que alguna vez hubiese visto, casi llegaba al techo de su habitación; el asombro la obligó a abrir la boca y gritar emocionada, al tiempo que corría a su regalo.

El peluche tenía en las manos una gran cesta, repleta de brigadeiros y una nota, la que agarró rápidamente.

Mi adorada pequeña Violeta.

Espero que te guste la sorpresa tanto como a mí me gusto dártela, y trata de que los brigadeiros te duren una semana.

Tu abuelo que te quiere.

—Avô —dijo emocionada, llevándose la nota el pecho, sintiendo que lo extrañaba demasiado. Al girarse se encontró con sus padres y hermanos, quienes miraban desde la puerta, tan asombrados como ella—. ¡Es mi sorpresa! —dijo varios saltitos, después se sentó en la pata del oso de peluche y sin perder tiempo agarró un dulce.

—Creo que la cesta vamos a guardarla, no es buena idea que la tengas aquí —dijo Samuel, consciente de que su hija podía comer brigadeiros sin parar.

—Papi, no me los comeré todos.

—Realmente lo dudo, mejor vamos a guardarlos en otro lugar.

—Está bien, pero dame otro.

Samuel suspiró, resignado ante la fascinación de su hija, y le dio otro bombón de chocolate.

—Voy a mi habitación, no creo que me dé tiempo de cenar, necesito conectarme con los chicos de la academia. —dijo Elizabeth, mirando a su mamá

—Ve tranquila mi vida. —Le acarició la mejilla con ternura.

Elizabeth asintió y se marchó.

Justo al entrar a su habitación, recibió una llamada de Bruno, quien le había prometido hacerle una transmisión en vivo del evento que habían preparado en la academia en honor a Priscila.

Subió a su cama y se sentó sobre sus piernas, mientras observaba cómo habían creado una roda

con velas, y todos estaban sentados detrás del círculo de fuego, todos con el semblante afligido.

Otavio se encargó de contar una anécdota de Priscila, lo hizo de la primera vez que la vio, cuando llegó a la academia con tan solo cinco años. Después del mestre, uno a uno de los integrantes pasó al centro de la roda para hablar de la compañera que había sido asesinada de manera tan brutal.

Casi todos con lágrimas en los ojos, casi todos lamentándose y exigiendo que se hiciera justicia.

Ella también tuvo la oportunidad de hablar. Con lágrimas en los ojos pidió perdón por no poder haber estado presente, también confesó que se sentía muy mal, porque su relación con Priscila había cambiado un poco, pero que a pesar de los inconvenientes que tuvieron, nunca deseó que algo malo le pasara, que siempre le tuvo mucho cariño y al igual que todos, exigió justicia.

Después de una hora, terminó la roda en honor a Priscila, ella se despidió y se fue al baño, donde estuvo por largo rato bajo la regadera, tratando de que el agua caliente le ayudara a calmarse un poco.

Realmente no tenía hambre, había sido suficiente con lo que había comido durante el vuelo, por lo que al salir del baño se puso el pijama y se metió a la cama. De manera inevitable, su último pensamiento antes de quedarse dormida fue hacia Cobra.

La furgoneta se estacionó al borde de un caño de aguas negras, mientras cortaban con una navaja las bridas con las que habían atado los pies de Cobra a las patas de la silla.

Le dio un empujón y el cuerpo totalmente ensangrentado y golpeado cayó en el suelo del vehículo.

—Si llegan a encontrarlo ni lo reconocerán. —Se burló el hombre, al tiempo que corría la puerta lateral, y el olor a cloaca fue casi insoportable.

Pateó el cuerpo maniatado hacia afuera, provocando que se estrellara contra el barro, dejando en el vehículo charcos de sangre.

El hombre bajó de un brinco y solo para asegurarse de que Cobra estuviera muerto, volvió a darle varios golpes al destrozado rostro. Él tenía los nudillos realmente adoloridos, pero eso no minimizaba el placer que había sentido con cada golpe que le dio.

No dijo una sola palabra, tampoco era que le importaba mucho que le dijera dónde encontrar a la puta, porque bien podría encontrar muchas más, no fue más que la excusa para que Cobra le pagara por lo que le había hecho.

—Date prisa. —Lo alentó el que conducía la furgoneta.

En medio de patadas, acercó el cuerpo de Cobra hasta el barranco que daba al caño de aguas negras, le dio un último empujón y lo vio rodar varios metros, hasta caer al borde del arroyo.

Subió a la furgoneta y con una botella de agua se lavó las manos, después se pasó al asiento del copiloto, puso música y encendió un cigarrillo.

CONTINUARÁ

CONTACTA A LA AUTORA

Twitter: @Lily_Perozo

Instagram: Lily Perozo

Página oficial en Facebook: Lily Perozo escritora.

E-mail: Perozolily@Gmail.com